



BIBLIOTECA NACIONAL



SANTIAGA DE CHILE



COLECCION MEDINEIRA

ANEXO

Piso	Estante	40
Tabla en que se encuentra		1
Volúmenes de esta obra		1
Número del volumen		25 28
Obra número		

ANE2488

SELVALÍRICA

JULIO MOLINA L.
JUAN AG. ARAYA

SELVA LÍRICA
ESTUDIO SOBRE
LOS POETAS
CHILENOS



ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS
CHILENOS POR JULIO MOLINA
NÚÑEZ Y JUAN AGUSTÍN
ARAYA (O. SEGURA CASTRO).

Eduardo de Burgos
1917
Talpa de Allende

SELVA LÍRICA



AA 52488

SELVA LÍRICA

ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS CHILENOS

POR

Julio Molina Núñez

y

Juan Agustín Araya

(O. Segura Castro)



SANTIAGO DE CHILE
SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO
Galería Alessandri 20

—
1917

ES PROPIEDAD DE LOS AUTORES

INTRODUCCIÓN

Desde el descubrimiento de Chile por los esforzados conquistadores que capitaneaba don Diego de Almagro (año 1536), hasta la época presente, la literatura patria ha sido en sus diversas fases, o un genuino producto de nuestro medio ambiente político y etnográfico, o un reflejo, a través de ese medio, de intermitentes proyecciones filosóficas o artísticas emanadas principalmente de las viejas civilizaciones latinas.

Durante el Coloniaje,—nuestra neblinosa y modorriente Edad Media,—(1541-1810), fueron escasas las manifestaciones intelectuales en prosa o verso, y tuvieron un carácter meramente histórico, épico o religioso.

Nuestros oscuros aborígenes, los araucanos, surgidos del fondo de una naturaleza selvática, no supieron escribir sus bárbaras epopeyas ni ofrecieron a los conquistadores españoles sino el rítmico blandir de sus coligües y la ondeante trayectoria de sus flechas. Uno de aquellos guerreros, el madrileño Alonso de Ercilla (1533-1594), escribió a la sombra de los indianos bosques, su epopeya histórica La Araucana, en que cantó el choque formidable de las dos razas cuyo maridaje había de engendrar un pueblo nuevo y fuerte. Entre otros poetas, Pedro de Oña con su Arauco Domado, Hernando Alvarez de Toledo con su Purén Indómito y Diego Santisteban Osorio con su Continuación de la Araucana ensancharon la obra de poesía guerrera del más ilustre de los épicos españoles.

La abigarrada legión de escritores, casi todos ocasionales, de aquella época, elucubraba sobre las más heterogéneas materias: crónicas, gramáticas, geográficas, tratados didácticos. No había por aquel entonces espíritu público; y las mentalidades desfallecían agobiadas por el vasallaje espiritual de la clerecía y bajo la opresión del poder monárquico. Innumerables monjes, españoles y criollos, y también seglares, aunque de cultura monástica, escribieron poesías sueltas para el gusto de los moradores de los claustros y de la sociedad exageradamente pecaminosa de aquellos tiempos.

El insigne abate y naturalista Juan Ignacio Molina escribió «El jovenado», composición latina en verso pentámetro, y el padre jesuita Juan José Guillelmo algunas elegías y poesías también en latín. Y por otra parte, dejaron imborrable huella en la imaginación popular, el padre López,—fraile dominico, al que se ha llamado el Quevedo chileno,—el cura Clemente Morán, el padre Escudero y el capitán de artillería Lorenzo de Mujica, quienes regocijaron a las buenas gentes de nuestra inocentona vida colonial con sus chispeantes improvisaciones de índole burlona y festiva, escritas en el verso sonajero de las décimas y letrillas.

No hubo, pues, en aquella nebulosa época, sino meros versificadores, ya que habría sido extemporáneo el surgimiento del lirismo, el que requiere para manifestarse, amplitud de pensamiento y libertad en la expresión de las íntimas y personales emociones.

Empero, la larga noche de la Colonia había de tener su aurora. La luz de la verdad empezó a encender en los cerebros oscurecidos los nuevos fuegos de la rebeldía independizadora. La filosofía enciclopédica que fulminó la Revolución Francesa, empezó a estremecer y templar los espíritus emparedados de los hijos de nuestro suelo. Camilo Henríquez, el fraile de la Buena Muerte, dió los primeros chispazos del nuevo credo político en sus versos ásperos y rudos, pero caldeados de ardor patrio. El argentino Bernardo Vera y Pintado forjó nuestra primera canción bélica, que después hubo de sustituirse, salvo el coro, por la de Eusebio Lillo, más suave y benigna.

Sin embargo, el choque de las armas no dió tiempo sino para escribir con caracteres de sangre, sobre el campo de combate, la epopeya triunfal de nuestra Independencia. La espada impedía coger la pluma, y cuando algún patriota logró tomarla, produjo obra urgida y fragmentaria, fiel reflejo de los sobresaltos de nuestro génesis republicano. Escritor típico de este período de disolución monárquica y fundación de una nueva patria, es el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, llegado a Chile en 1809, que desarrolló una asombrosa actividad intelectual escribiendo poesías líricas y satíricas, como también estudios sobre gramática, historia y filología. Este escritor trajo a Chile la primera imprenta digna de este nombre, y culminó su brillante carrera pública,

revistiendo la primera representación diplomática de nuestro país en Europa, en donde conoció a don Andrés Bello, al que hizo su secretario e invitó a acercarse entre nosotros, lo que efectuó el insigne venezolano el año 1829.

La poesía de este período tiene una marcada índole revolucionaria y acrática con relación al régimen inquisitorial y monárquico que ella contribuyó a derrocar. Más que por su forma, urgida e incorrecta, vale por su espíritu libertario, exponente de la idiosincrasia de una raza valerosa y fuerte, y por sus incipientes bríos hacia una tendencia más humana y más criolla.

Pasada la efervescencia épica que causara en los espíritus la violenta sustitución de los regímenes político y civil, transcurrió un lapso de efervescencia literaria. Los estudiosos laboraban los gérmenes de un florecimiento lírico que había de irruir hacia el año 1842. Don José Joaquín de Mora, ilustre humanista y poeta español, dictó sus enseñanzas clásicas a un escogido núcleo de jóvenes en el Liceo Chile (1827-1830). A su llegada al país, don Andrés Bello,—la más alta intelectualidad hispano-americana,—abrió su biblioteca a la juventud estudiosa, estableció su cátedra privada de derecho y literatura (1834) e inauguró la Universidad de Chile (1843), en reemplazo de la vieja Universidad de San Felipe, cuyas paredes estuvieron decoradas con retratos de Santo Tomás de Aquino y de los filósofos griegos Aristóteles, Heráclito y Demócrito. En su discurso inaugural el sabio Rector incitó a la juventud a abanderizarse en la escuela literaria romántica, muy en boga en aquella época: no quería «la docilidad servil que lo recibe todo sin examen ni la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón». Las enseñanzas catedráticas y los tratados de gramática, métrica y poesía de este varón insigne habían de influir y han influido grandemente en el desarrollo de la literatura nacional.

Entre tanto, doña Mercedes Marín de Solar daba con su Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales (1837), el primer grito de nuestro verdadero lirismo, al menos dentro de las formalidades literarias que ella conocía.

A nuestra tierra, que siempre fué asilo de proscritos ilustres, llegó hacia el año 1841 don Domingo Faustino Sarmiento, que en nuestra metrópoli, en el tercer piso de una casa opulenta, fundó una escuela, para ganarse el pan del ostracismo. Con él vinieron otros argentinos: Gutiérrez, López, Mitre, Alberdi, y todos, espíritus enardecidos por el azote del despotismo imperante en su país,

dirigieron miradas aviesas a nuestros gobernantes «pelucones» y motejaron a nuestros literatos de esterilizarse por el abuso en el estudio de los gramáticos y puristas.

En cuanto a carácter independiente y reformador, no iba en zaga a aquellos proscritos, nuestro renombrado escritor y sociólogo José Victorino Lastarria, quien inauguró la «Sociedad Literaria» (1842), con un discurso de bandería, pletórico de espíritu «libre y progresivo», en que invitaba a impulsar nuestra literatura mediante la libertad del genio, restringida únicamente por la moderación y el buen gusto. Al mismo tiempo fundó el *Semanario Literario* (14 de Julio 1842-43), revista en que el escritor festivo José Joaquín Vallejo (Jotabeche) y el poeta Salvador Sanfuentes mantuvieron en pro del romanticismo una sonada polémica con los argentinos López y Sarmiento, quienes contestaban los fuegos desde las columnas de «El Mercurio» de Valparaíso; polémica que en realidad no fué sino una ardorosa repercusión del célebre manifiesto romántico con que Víctor Hugo encabezó su drama «Hernani». Echando su cuarto a espadas, Alberdi pretendía que el romanticismo es una ley mecánica, por ser comprensiva de todas las condiciones materiales y externas del estilo, ley según la cual Homero, Shakespeare y Dante serían vencidos en certamen por un estudiante de retórica de quince años.

Por esta época publicó don Andrés Bello traducciones parafrásticas de «Les Fantômes» y de otras composiciones de Hugo. José María Núñez se dedicó a escribir sobre literatura francesa contemporánea y Francisco Bello sobre poesía inglesa.

Así se preparó la verdadera iniciación de nuestra poesía lírica: el movimiento literario del año 1842, cuya omnipotencia clásico-romántica no vino a romperse sino allá por el año 1895, al choque de un espíritu nuevo y fecundo, como lo veremos más adelante. Al reto que los expatriados argentinos lanzaron a nuestra juventud por su inacción y falta de originalidad, contestó Salvador Sanfuentes con su hermosa leyenda en verso *El Campanario*. Hermógenes de Irisarri da elevación y magestad al himno, con esplendores de belleza ática y serena, dentro de una forma trabajada bajo el rigor de un artífice culto y exigente. Eusebio Lillo, el «ruiseñor chileno», ritma al amor y las flores con verdadero encanto lírico, en alas de una música verbal nítida y armoniosa. Guillermo Blest Gana nos embriaga con la ambrosía de sus versos de ensueño y sus romances plañideros, íntimos y vehementes. Guillermo Matta arranca sonoros arpegeos al broncéneo cordaje de su lira, aunque en sus versos cerebrales choca

cierto desentono de propaganda filosófica y doctrinaria. José Antonio Soffia escucha el ritmo de la Naturaleza y evoca episodios legendarios, en poemas frescos y retozones, nutridos de recuerdos y afectos. Luis Rodríguez Velasco rapsodia en verso epopéyico el sublime heroísmo de Iquique, que sucumbe para alzarse grande e imperecedero entre los pliegues azul, blanco y rojo del orgulloso emblema de la patria. Pablo Garriga, en fin, da la sensación de un panteísmo poético con escasas raíces en nuestro suelo.

Al lado de estos poetas de primera magnitud, figuran otros no menos entusiastas que se poseionan febrilmente de las cualidades estéticas de Hugo, Lamartine y Musset, Byron, Espronceda y Zorrilla, y siguen tan de cerca a esos modelos, que su labor reminiscente llega a empañar el albor de originalidad que despunta en la obra de los mejores. Eduardo de la Barra es el más prominente de estos bardos culpables del pecado de imitación.

Algunos institutos y certámenes literarios contribuyen secundariamente en este largo período al estímulo de la producción poética. El país se preocupa de consolidar su organización política y administrativa y de fundar sobre bases nuevas su legislación civil, religiosa y económica. Estas preocupaciones son causa de que la calidad artística sea aventajada indiscutiblemente por la producción legislativa, oratoria y forense.

Hemos dicho que el movimiento clásico-romántico iniciado el año 1842 vino a quebrantarse en 1895. Sin embargo, con anterioridad a esta fecha se manifiestan en nuestro ambiente literario algunas corrientes renovadoras, con promesas de mejores días para nuestro lirismo. Era imprescindible reaccionar contra el atiborramiento de reminiscencias de los antiguos y contemporáneos escritores españoles, contra el fárrago de volúmenes de... Poesías... que con frecuencia salían de las imprentas a sepultarse en el polvo de los anaqueles. Al diario «La Epoca» (1887), que ofrecía ampliamente sus columnas a los artistas, corresponde el primer galardón de esta cruzada. Bajo la tienda bohemia de aquel diario, encontró refugio un núcleo de escritores que empezaban a sentir en sus frentes la caricia del «viento azul de Francia». Manuel Rodríguez Mendoza, Alfredo Irarrázaval, Luis Orrego Luco, Pedro Balmaceda Toro, descollaban con sus prosas chispeantes o parisinas, formando un verdadero mosaico lite-

vario. A incorporarse en ese grupo estudioso y culto, llegó con su semblante de «indio triste», el joven Rubén Darío, sin otras credenciales que la de haber publicado, en su camino errante, un pequeño libro, «*Primeras Notas*» (1885), que no era sino un producto esporádico de heterogéneas lecturas. En Pedro Balma-
ceda, estilista de una precocidad inaudita, caído en la brega muchacho aún, descubrió Darío un hermano de cruzada que le aventajaba en el conocimiento del moderno arte francés: encontró en él un amigo eficiente y un poseedor de libros novedosos, de que se sirvió el joven nicaragüense para ensanchar sus vistas por los nuevos rumbos estéticos. En 1887, Darío publicó en Santiago su opúsculo «*Abrojos*», dedicado a Manuel Rodríguez Mendoza, que es un conjunto de rimas ligeras, espontáneas y de color bohemio. De tránsito en Valparaíso, publicó en 1888 su más celebrado libro: «*Azul*»... o «*Año Lírico*», prologado in extenso por don Eduardo de la Barra, cuyos versos y prosas de arte francamente moderno, constituyó en Hispano-América primero y en España después, una especie de evangelio de las tendencias parnasianas y simbolistas de los poetas franceses que se inician con Aloysius Bertrand, Nerval, Baudelaire, Gautier y Banville, siguen con de Lisle, Heredia, Prudhomme, Mendés, Lahor y Dierx y avanzan con Mikhaël, Laforgue, Verlaine, Mallarmé, Samain, Moréas, Verhaeren, Fort y Maeterlinck, aparte de muchos otros que representan hoy en Francia las múltiples vibraciones del lirismo nuevo y reciente.

El certamen Varela (1887), al que concurrieron, sin contar a Darío, Pedro N. Préndez y Ramón Escuti Orrego con sendos «cantos épicos a las glorias de Chile» y Eduardo de la Barra y varios otros con sus colecciones de rimas bequerianas, no dejó en nuestra historia literaria sino una verbosa ráfaga de versos imitativos, sin otra originalidad que la de carecer de ella.

A causa de la revolución civil de 1891, sobreviene un vacío en nuestra producción intelectual que dura hasta 1895, año en que apareció el libro «*Ritmos*», de Pedro Antonio González, el más lírico de los poetas de este país y el iniciador del período contemporáneo de nuestra poesía.

Por estos tiempos aparece «*La Revista Cómica*» (1895-98), cuya importancia estriba en que voluminó una era de transición entre las corrientes antiguas y nuevas de nuestra literatura. Así, Ricardo Fernández Montalva prestigia con el romance de su vida bohemia, el verso sentimental y romántico; Julio

Vicuña Cifuentes cultiva el verso retórico, sin que en aquel entonces pudiera sospecharse su actual renovación estética; Eduardo de la Barra reincide en sus parodias y traducciones; Antonio Bórquez Solar empuja la tendencia decadente; Gustavo Valledor evoca, en estilo decorativo, los nombres y mitos del helénismo, y finalmente, Luis A. Navarrete y Abelardo Varela parafrasean y traducen a Baudelaire, Prudhomme, Méndes y Verlaine. Entre tanto, Francisco Concha Castillo y Narciso Tondreau se aíslan y no alteran, ni entonces ni después, la índole conservadora de sus producciones.

Sucedió a la anterior, «La Lira Chilena» (1898-1911), revista dominguera de índole popular, que no consiguió atraer la colaboración de nuestros mejores escritores. Con todo, despuntan en ella algunos vates románticos de cierta significación, como Tito V. Lisoni, Eduardo Grez, Eduardo Castillo, Ignacio Escobar y Luis Galdames, quienes, absorbidos por la vida práctica y profesionalista, no escriben ya y se limitan a recordar con gesto pesadoso y a veces despectivo, sus viejos versos. De esta dispersada falange, sólo Alberto Mauret Caamaño, suele remozar, con cierto brillo, la tradición erótico-romántica de Guillermo Blest y Ricardo Fernández.

Paralela a los agónicos esfuerzos de estos «portaliras» se desarrolla la corriente de Arte Nuevo que Pedro Balmaceda y Rubén Darío iniciaran en 1887. El potencial y luminoso incubamiento de «Ritmos» infiltró en los espíritus un fermento innovador y prolífico. La modernización de nuestra lírica no puede ya detenerse. Las rancias formalidades métricas se extinguen o evolucionan. Los parnasianos y simbolistas franceses son imitados hasta la exageración. El decadentismo, «posa» sus muecas ridículas y arroja piltrafas a la comentación y al escarnio. Y por sobre un cúmulo de errores estéticos, incurridos muchas veces de adrede para confundir a los criterios demorosos y fraccionarios, avanzaron los pies de rosas de nuestra Poesía por el terrenal sendero que había de conducirla a una región elevada, pero accesible, en que se aduna la belleza harmónica y fantástica con el esplendor de la verdad humana, sincera, íntima, vivida.

Marcial Cabrera Guerra fué uno de los más tesoneros paladines de esta cruzada. Después de formar algunos aprestos en «La Revista Cómica» y en su página literaria «Anexo Dominical» del diario «La Ley» (1899) fundó el hebdo-

madario «Pluma y Lápiz» (1900-4), el más alto pendón del movimiento reformista de nuestras bellas letras. Pedro Antonio González, Horacio Olivos, Antonio Bórquez Solar, Miguel Luis Rocuant, Francisco Contreras, Manuel Magallanes Moure, Jorge González, Carlos Mondaca y Víctor Domingo Silva, acuden al llamado de «Guerrette» y emprenden, aunque con éxito desigual, la más brillante de nuestras jornadas líricas.

En las revistas «Instantáneas» y «Luz y Sombra», que se conquistaron simpatías en el público merced a su director literario Augusto G. Thomson, empiezan a destacarse desde el año 1900, poetas de valía como Carlos Pezoa Véliz y Antonio Orrego Barros, cuyos trabajos de índole criollista contrastaban con el sabor francés que supieron dar a estos semanarios los prosadores Guillermo Labarca Hubertson e Ignacio Pérez Kallens (Leonardo Penna), y especialmente Thomson con sus estudios e impresiones sobre arte.

Junto con el intermitente agetreo de estas publicaciones volanderas, los poetas resumen sus cosechas líricas en el libro. Bórquez Solar afrancesa por fuerza su innato temperamento criollo y produce un libro bastardo, «Campo Lírico» (1900), que si bien contribuye al conocimiento de la liturgia del nuevo rito literario, no es sino una demostración del aspecto morbos o degenerado del arte moderno, vicio de que este zarandeado escritor no ha podido curarse en sus posteriores obras. Francisco Contreras quiere exagerar la nota decadente con sus «Esmaltines» y su «Raul» (1902), precedido éste de un preliminar didáctico sobre «Arte Nuevo», que es un manifiesto explicativo de la fórmula sobre el «libre desarrollo del temperamento creador», de Remy de Gourmont.

Diego Dublé Urrutia, Antonio Orrego Barros, Samuel A. Lillo, Carlos Pezoa Véliz y Víctor Domingo Silva se desentienden de las teorías francesas, sienten bullir en las venas su sangre de chilenos e impulsados por un virtuoso amor de patria, evocan las tradiciones heroicas de nuestra raza, psicologan los gestos nobles y altivos de nuestro pueblo y encauzan en poemas macizos y armoniosos la alegría y la pena de los sufridos moradores de las pampas, las minas y las selvas, «Del mar a la montaña», «Alma criolla», «Chile Heroico», «Alma Chilena» y «Hacia allá...» son los principales libros con que cada uno de estos bardos representa la tendencia nacionalista y criolla de nuestra poesía.

Junto a ellos, Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino), Baldomero y Emilio Lillo, Carlos Silva Vildósola, Víctor Domingo Silva (Cristóbal de Zárate) y Rafael Maluenda, dan la mano a los antiguos escritores José Joa-

quín Vallejo y Manuel Concha y forman con sus novelas, cuentos e impresiones, un caudal artístico sano y vigoroso que, dicho sea sin molestar a los sectarios del exotismo, es lo único que puede allegar una nota original nuestra al acervo de las literaturas extranjeras.

De los principales generadores y representantes del movimiento modernista de nuestra literatura, han muerto los precursores: Pedro Balmaceda (1889), Pedro Antonio González (1903) y Ruben Darío (1916). Los demás siguen laborando para gloria de nuestras bellas letras y para honra de Chile.

Así Horacio Olivos se aísla en el culto de la belleza externa labrada en la forma impasible y marmórea, lo cual constituye, en cuanto al esmero de la forma, una de las más altas cualidades según la más moderna concepción del arte poético. Ernesto Guzmán abandona la gimnasia de la rima y siguiendo los dictados, no de un esteta, sino de un profesor como es Unamuno, vacía sus poemas medulosos y serenos en el antiguo y difícil verso suelto o blanco, por lo general endecasílabo yámbico; cosa muy loable en un caso aislado como éste, ya que él viene a enriquecer el concierto polifono de la poesía. Zoilo Escobar lleva en su espíritu la sinfonía isócrona y doliente de las mareas y la visión del oleaje cotidiano de la gente de mar. Rocuant labora el verso macizo, burilado y armonioso, en poemas plenos de fuerza y ricos de gamas pictóricas. Contreras redacta estudios artístico-didácticos, y siendo un fervoroso prosélito del ideal antes que un poeta, ha tenido la fortuna de representar a nuestra república literaria en París, al lado de Nervo, Darío, Lugones, Ugarte y Gómez Carrillo, quienes con más propiedad que Contreras han prestigiado en el extranjero el nombre de sus respectivos países. Magallanes tantea entre la pintura y la poesía, la verdadera finalidad de su temperamento de artista, y termina por echar a vuelo su bella fantasía por un jardín poético en que rumorean perfumadas brisas entre estalactitas de fuentes cristalinas. Jorge González finaliza el ambular de la bohemia ciudadana para volver a su terruño, en donde encuentra los motivos de su poesía culta y elejiaca, con matices humildes y campesinos. Mondaca rompe su mutismo doloroso y publica los trenos de su amargura interna y profunda en poemas que florecen en carne viva. Víctor Domingo Silva hace vibrar su pandero con arpegeos sonorosos y triunfales, con rachas de notas humanas y patrióticas. Lagos Lisboa espacia sus miradas por los veneros y horizontes de la naturaleza patria y vacía el jugo de sus sensaciones y recuerdos en vasos burilados con los mejores perfiles clásicos. A Max Jara se le discute; entre rechiflas y aplausos exhibe el proceso de una evolución

indefinida y llega a incorporarse al grupo de sus hermanos de arte con el semi-prestigio de una obra sincera y valiente, pero salpicada de errores estéticos. Pedro Prado destaca su vigoroso temperamento de artista y echa las bases de un estilo poético de arquitectura frágil en que sus hermosas fantasías no logran encontrar un arraigue sólido y duradero. Alberto Moreno «capta sus poemas en fuentes invisibles», sorprende los más complejos momentos de la vida ordinaria y se alza con su obra refinada y brillante como una de las cumbres más visibles de nuestro Parnaso. Julio Munizaga brilla por su trova galante y por su verso claro y sonoro. Enrique Carvajal querría continuar en su aislamiento silencioso escribiendo más para sí que para el público esos sus poemas que condensan el esplendor de filosofía poética que irradia en las almas y las cosas. Gabriela Mistral moldea sólidamente su poesía gloriosa, pletórica de energía, y enciende los fuegos de un espiritualismo nuevo, delicado como caricias maternas al niño dormido, vehemente como el impulso de su firme corazón de mujer; fuegos azules que la juventud intelectual de España empieza a divisar como un seguro presagio de que nuestra mejor poetisa será proclamada la primera del habla castellana de estos tiempos. Daniel de la Vega conmueve dulcemente con su romanticismo legítimo, sin falsas lágrimas, que fluye al rozar las asperezas de la lucha cotidiana y al cristalizar, en sencillo estilo, sus recuerdos poblanos y bohemios y los encantos de su vida íntima; romanticismo lleno de claridad y emoción que no puede confundirse con la hueca y enfática sensiblería de algunos poetas de antaño. Hübner triunfa con sus versos emotivos a la vez que cerebrales y forma un caudal de buena poesía nutrida en el idealismo que emana de los aspectos complejos o sencillos de la Naturaleza. La sentimentalidad de Barella interpreta las delicadas vibraciones del Amor y remueve el fondo romanesco que se aduerme en las almas desgastadas y enfermas de tedio. Angel Cruchaga siente, medita, existe hondamente. Pedro Sienna se enrola en la farándula de los cómicos de teatro, finge en la escena la vida nocherniega de los personajes caracterizados y esboza en sonetos graciosos y ligeros la realidad y el colorido de un mundo representativo y ficticio. Pablo de Rokha inicia con brillo sus bizarrías líricas y malogra su talento en enigmáticas concepciones explayadas con frases caprichosas, casi totalmente incomprensibles. Olga Azevedo es un día la Mimi de nuestros cenáculos y otro día cualquiera se va en busca de su anhelada «lejanía»... Juan Guzmán Cruchaga forma su estilo con suavidades de seda y esplendores de luna. Luciano Morgad, Alberto Valdivia,

Daniel Vázquez, Juan Egaña y R. Echevarría Larrazábal demuestran que hay poetas casi anónimos, pero más sinceros, más exquisitos y menos discutibles que muchos de los que se afanan en publicar sus «cosas» en revistas aparentemente literarias.

Al lado de esta brillante parvada de poetas, avanza, briosa y sonriente, la muchachada, la legión de los poetas más jóvenes, en cuyas filas empiezan a destacarse verdaderos temperamentos, como David Perry, Eusebio Ibar, Roberto Meza Fuentès, Lautaro García Vergara, Arturo Torres Rioseco, Aída Moreno, Juan Marín y algunos otros que, si el destino no dispone otra cosa, figurarán junto a aquellos entre nuestros mejores intelectuales del presente.

Al recorrer los accidentados senderos de nuestra lírica selva, conjunto de venenosas zizañas y de bellas floraciones, hemos podido observar los diversos matices que han caracterizado a nuestra Poesía en el transcurso de su evolución. Cada etapa de nuestro lirismo debemos aceptarla como un medio necesario para llegar a la que le ha seguido en orden histórico. Según este criterio, no podemos sorprendernos que durante el período colonial primasen los poetas y versificadores extranjeros trasplantados a nuestro suelo, y que en la era de la Emancipación surgiese el canto patriótico sin más originalidad que su espíritu rebelde. Y puesto que en los demás países hispano-americanos ha ocurrido igual cosa, tampoco debemos extrañarnos de ese largo período clásico-romántico que es un ingerto en este país de la cultura artística hispana y francesa, y cuyas mejores producciones poéticas recitan hoy nuestros padres y abuelos al retoñar sus recuerdos de juventud.

Antes de concluir, queremos hacer un llamado a la juventud que se inicia en el culto de la poesía y desprender ante su vista algunas hebras del cañamazo del buen sentido. Es necesario que penetren en todos los criterios los sanos y verdaderos principios estéticos. No aceptar las escuelas o sectas literarias sino como un avance y un estímulo. No despreciar el Arte Antiguo, sin estudiarlo y sin aprovechar sus saludables proyecciones. Ceder a las influencias audaces y novísimas que extienden el imperio de la fantasía, cuidando de evitar los

arrestos presuntuosos, morbosos y degenerativos. Reconocer que la inflexibilidad retórica y estrecha del clasicismo y la ampulosa y falsa sensiblería de la secta romántica fueron supeditadas por los armoniosos y helénicos perfiles de la tendencia parnasiana y por las flexibles, sutiles e introspectivas figuraciones del simbolismo. No olvidar que Ruben Darío no pudo erigirse en espiritual maestro del estilo y del lenguaje sino a fuerza de conscientes estudios del arte poético de Grecia y Roma, Francia e Italia, hasta posesionarse de sus más secretos recursos para aprovecharlos en dar riqueza y amplitud a la poesía castellana, y ello sin desmedro de los innovadores bríos y de las divinas exaltaciones de su genio.

Ante todo, nuestros jóvenes deben precaverse de prematuros y perniciosos exhibicionismos, concentrar y pulir su labor incipiente o definitiva y aplicarse al estudio de las inviolables normas de la Gramática y del Léxico, no para dejarse dominar servilmente por ellas ni alardear de puristas y eruditos, sino para construir una obra verdaderamente artística, firme y duradera. El estilo claro, conciso y selecto es una virtud recomendada no sólo por los añejos y excesivos cánones retóricos; es un principio universal y sin él se malogran las mejores facultades artísticas. Claridad en las imágenes y en la dicción que las exterioriza; en todo esa bella claridad que es la piedra de toque de la consistencia de las ideas y de la sencillez o complejidad de las sensaciones. Después de la efervescencia de la inspiración desbocada, después de los tanteos nebulosos e impulsivos, el verso alejandrino, el reposo y la euritmia del verbo lírico, la alianza harmoniosa de los buenos aspectos de todas las tendencias, sean ellos de procedencias clásicas, nuevas o futuristas. Sólo así lograremos afianzar definitivamente el triunfo del modernismo, que es sinónimo de expresión nítida, amplia y sincera de las ideas y sensaciones de la vida compleja de nuestra época.

JULIO MOLINA NÚÑEZ.

Santiago de Chile, Enero de 1917.



Algunos párrafos sobre esta Obra

Chile, por su situación geográfica, es para los habitantes del Viejo Mundo y aún de las Repúblicas vecinas, uno de los países más desconocidos y olvidados de la América.

No es raro, pues, que se nos juzgue de una manera ligera o despectiva, cuando no estrafalaria, al tratarse sobre nuestra etnografía, sobre nuestros sistemas político, social o económico, de las corrientes científicas, artísticas o literarias, o de cualquier otro aspecto de nuestra vida intelectual o material.

Esto, nos perjudica enormemente, pues nos envuelve en un descrédito que no merecemos y en un olvido que nos coloca en lugares impropios de nuestro verdadero valer.

Plumas extranjeras, eminentes unas, y de cierto prestigio, otras, han cometido errores realmente diabólicos al comentar algún tópico de nuestra actividad nacional, creándonos, a veces, atmósferas de ridículas e ignominiosas decadencias ante los otros países, las que, si no han encontrado terreno propicio que fecundizar, por lo menos han contribuido a despertar recelos y recular simpatías en embrión. Se ha llegado a presentarnos roídos por antiguos defectos que hoy repudiamos y con juicios formulados frente a una falsa o incompleta apreciación de nuestra verdadera nacionalidad.

Así, se ha pretendido colgarnos poetas que no tenemos, Presidentes indígenas y revoluciones civiles a cada paso. Deteriorando nombres se ha suprimido algunas de nuestras personalidades científicas, y, desmenbrando otros, se nos ha medido ayer por lo que fuimos en tiempos ya lejanos.

Pero, mucha culpa de estos errores y desconocimiento que existen en el extranjero sobre nuestro país, se debe a la negligencia de nosotros mismos, al carácter apático y desdeñoso de los que valen algo, y al espíritu audaz, arribista y pretencioso de los que nada significan. Los intelectuales de mérito, muy poco se preocupan de que sus obras sean difundidas más allá de los mares o de la cordillera, y los insignificantes procuran ignominiosamente exhibirse fuera y dentro del país, como los representantes de la más avanzada generación de nuestro intelectualismo.

* * *

De la poesía chilena, por ejemplo, producto firme y valioso, de una originalidad y belleza superiores a cuanto pueda imaginarse del «país del salitre y del *roto*», se tiene formada una idea deleznable y una concepción profundamente errada.

Poetillas de cajón, versificadores de chamarasca, zarandeados por la indiferencia o la censura de casa, son los culpables directos de tales fracasos y errores. Huyendo de la justa indignación de sus compatriotas, han acudido a pedir amparo a la bondad tolerante de los extraños, de los de afuera, de aquellos que no los conocen a fondo, y han mendigado páginas para sus *versitos*, en diarios u obras extranjeras, loando la capacidad artística de sus dirigentes o autores y ofreciéndoles una *réclame* o un bombo recíproco para su apoteosis en el país.

Por la labor de esos Longinos del arte se nos ha juzgado muchas veces, y, lógicamente, el juicio sobre ella—producto bastardo de una representación intelectual apestada y absurda—ha tenido que resultar en la forma que era de presumir.

En otras ocasiones se ha saltado por sobre nuestros mejores poetas, y medido nuestro lirismo por el de algunos añejos o incipientes versificadores. Así, un Doctor y Catedrático de Literatura en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, que en 1911 publicó en Madrid su obra *Autores Españoles e Hispano-Americanos*, consagra poquísimas palabras a la poesía chilena. Para él no existen sino dos poetas de esta nación: Pedro de Oña, poeta colonial, y el lírico Eduardo de la Barra a quien dedica dos y media líneas en un apéndice de su libro.

Con conocimientos sobre nuestra literatura tan hondos y honrados como los que representamos, no es extraño se nos considere entre los más prosaicos y los menos idealistas de los habitantes del Nuevo Mundo.

* * *

El presente libro tiende a llenar diversos vacíos:

Los autores extranjeros que se propongan elaborar antologías, diccionarios o historias literarias, encontrarán en esta obra la verdadera representación de la poesía chilena, de cuya calidad podrá juzgarse por los trabajos que en ella se insertan.

Estas páginas, vibrantes de verdad y sinceridad, irán a destruir muchas glorias falsas que se yerguen injustificada y artificiosamente, dentro y fuera

de Chile, y levantarán a los modestos, a los misántropos, a los meritorios, que pasarán a ocupar el lugar usurpado por indecorosos versificadores.

Probamos: que Chile tiene también su grupo de poetas altamente apreciables, que, por lo menos, están muy por encima de muchas mediocridades coronadas de otros países.

* * *

A muchos, sin duda, va a espantar la factura de este libro, nueva, sincera y audaz, como pocas de esta índole, acostumbrados como estamos a rendir tributo con nuestro silencio pecaminoso a ciertos ídolos de papel chilense, que hasta hoy permanecen envueltos en una aureola de falso prestigio, y a callar cobardemente ante la invasión funesta de los gualdraperos de la literatura.

Es esta, una obra de juventud, de arte, de sinceridad, sin prejuicios ni animosidades bastardas, de combate y estímulo, de acción y evolución.

Para llegar a este resultado hemos tenido que valernos de toda clase de recursos, hasta de agudas estratagemas, ya que la natural apatía de muchos de nuestros poetas y los celos e indiferencia provocados por nuestros modestos nombres literarios, les hacían desconfiar de la labor de los autores de *Selva Lirica*.

Y, a pesar de todo, hemos luchado impasiblemente para obtener nuestro objeto, nuestro principal objeto de depuración y consagración artísticas. Y sólo entonces, en medio de esta lucha, en medio de esta serie de dificultades y negativas de quienes estaban obligados a ayudarnos, casi hemos justificado los errores y deficiencias de algunos autores extranjeros al tratar sobre nuestra literatura. Pero, así como algunos poetas nos han hecho sonreír amargamente con sus ridículas poses, otros, los más grandes siempre, nos han tendido fraternalmente las manos... Para éstos, nuestro más íntimo reconocimiento. Para aquéllos, nuestro más orgulloso desprecio.

* * *

En la composición de este libro y en los juicios sobre los poetas o pseudos poetas que en él figuran, no ha intervenido ningún resentimiento personal, ningún prejuicio escolástico, ningún ceremonial amistoso. Es un producto de nuestra visión y percepción psicológicas, después de haber servido de receptáculo a las emociones del autor mismo y a la consciente opinión de la multitud expectante.

Véase en nuestros pequeños estudios no el fruto de un análisis crítico de laboratorio, sino una impresión lírica emanada del espíritu de dos entusiastas cultivadores del ideal.

Este libro no es una antología poética, no es una obra de rigurosa selección, pues, para señalar las diversas etapas o modalidades del poeta estudiado hemos tenido que exhumarle las composiciones que responden a cada una de sus metamorfosis, con todos sus defectos y virtudes. Así, no es de extrañar que algunos autores figuren con trabajos que acusan caídas de estilo o de fondo, ya que, para llegar a revelar su perfeccionamiento o su evolución, hemos procurado siempre seguir al poeta desde su período inicial hasta sus últimas demostraciones artísticas.

Va dividida esta *Selva Lírica* en dos grandes partes: Primera: *Los neo-líricos*, y Segunda: *Los poetas de tendencias antiguas*. La *Primera Parte* va subdividida en tres: I) Los precursores y representantes de las diversas tendencias modernistas; II) Los poetas que les siguen en mérito, y III) Los nacionalistas y criollistas. La *Segunda Parte* contiene los poetas clásicos, románticos, tropicales e indefinibles.

Además, figura una *Reseña* sobre los poetas no comprendidos en las series anteriores; y, para completar nuestra obra, hemos agregado diversos estudios y trabajos sobre: *Poesía Araucana*; *Poetas Acráticos*; *Escritores festivos en verso*; *Fabulistas*; *Ateneo de Santiago*; *Consejo Superior de Letras y Bellas Artes*, y *Concursos Poéticos*.

Caben en esta obra todos aquellos autores que han actuado en nuestro Parnaso con o sin éxito durante los últimos veintidós años, colocados dentro de cada grupo por orden cronológico de nacimiento. Van algunos intercalados en secciones de mérito, a pesar de nuestro juicio adverso a su labor poética, no porque los consideremos dignos de ellas, sino porque a fuerza de tanto y tanto llamar la atención con libros o publicaciones periódicas en la prensa, se han hecho conocidos en tal forma que suele considerárseles con derecho a mérito, y porque vulgarmente se estima por ahí, en ciertos barrios extraviados, que la popularidad de que gozan marcha en relación directa con el valor artístico real de sus producciones, y, sobre todo, para no arrebatárles un lugar que tendrán que ceder a otros con menos pretensiones y mayor valía. Otros poetas van en secciones de menos mérito, que a las que podrían aspirar, porque su obra escasa o incipiente, aunque prometedora, no nos ha permitido darlos a conocer más ampliamente y formarnos un concepto cabal de sus labores líricas.

Si faltan algunos (nos permitimos dudarlo), no será culpa nuestra, puesto que por hacer este libro lo más completo posible, hemos recurrido a todos los resortes imaginarios, desde los avisos en toda la prensa nacional, hasta las invitaciones particulares en forma de solicitudes.

* * *

Estamos seguros que la mayor parte de los autores que figuran en *Selva Lirica*, especialmente los que van maltratados y los descontentadizos que nunca faltan, fustigarán nuestros buenos propósitos y verán alzarse de entre éstos el móvil de una venganza o de un sectarismo que jamás hemos sentido.

En cambio habrá otros, tal vez los menos, que nos estimularán con sus consejos y razonamientos honrados, para que la segunda edición de este volúmen, que necesariamente habrá de seguir a la presente, carezca de los defectos naturales a una obra primitiva.

JUAN AGUSTÍN ARAYA
(O. Segura Castro).



De los estudios contenidos en "Selva Lirica", corresponden a:

JULIO MOLINA NUÑEZ

JUAN AGUSTÍN ARAYA

(O. Segura Castro)

PRIMERA PARTE

I

Pedro Antonio González
Miguel Luis Rocuant
Francisco Contreras
Jorge González Bastías
Carlos R. Mondaca
Pedro Prado
Julio Munizaga Ossandón
Jorge Hübner Bezanilla
Carlos Barella
Pedro Sienna
Pablo de Rokha
Juan Guzmán Cruchaga
Daniel Vásquez

Horacio Olivos y Carrasco
Zoilo Escobar
Ernesto A. Guzmán
Manuel Magallanes Moure
Víctor Domingo Silva
Jerónimo Lagos Lisboa
Max Jara
Alberto Moreno
Enrique Carvajal
Gabriela Mistral
Daniel de la Vega
Ángel Cruchaga Santa María
Luciano Morgad
Alberto Valdivia
Olga Azevedo
Juan Egaña
R. Echevarría Larrazábal

II

Antonio Bórquez Solar
Alfonso de la Jara
Mariano Sarratea
Alfredo Guillermo Bravo
Armando Blin
Eliás Arze Bastidas
Eusebio Ibar
Evaristo Molina Herrera
Roberto Meza Fuentes

Luis A. Hurtado L.
Alberto Ried
Armando Carrillo-Ruedas
Guillermo Bouch
Guillermo Muñoz Medina
Juan N. Durán
Victoriano Lillo
Eduardo Jorquera González
Luis Enrique Carrera
Carlos Préndez Saldías
Enrique Ponce
Vicente Huidobro
Lautaro García Vergara
David Perry
Gabriel de León
Marcial Pérez Cordero

Augusto Winter
Diego Dublé Urrutia
Carlos Pezoa Véliz
Antonio Orrego Barros
Carlos Acuña Núñez
Ignacio Verdugo Cavada
Sady Zañartu

Samuel A. Lillo

SEGUNDA PARTE

Francisco Concha Castillo
Julio Vicuña Cifuentes
Ricardo Fernández Montalva
Ricardo Prieto Molina
Gustavo Valledor Sánchez
Marcial Cabrera Guerra
Oscar Sepúlveda
Allan Samadhy
Bernardino Abarzúa
Federico González
Abel González G.
Luis Felipe Contardo
Alberto Mauret Caamaño
Honorio Henríquez Pérez
Ernesto Montenegro
David Bari
Benjamín Velasco Reyes
Juana Inés de la Cruz

Leonardo Elíz
Gustavo Silva E.
Federico Zúñiga
Juan Manuel Rodríguez
Juan Ballesteros Larraín
Jorge Downton
Alberto Méndez Bravo
Manuel Tomás Alcalde
Héctor Arnaldo Guerra
Berta Quezada
Benjamín Oviedo Martínez
Carlos Garcés Baeza
Juvenal Rubio

RESEÑA

Benjamin Vicuña Solar
Ernesto Riquelme
Rafael 2.º Torreblanca
Abelardo Varela
Manuel Antonio Román
Clemente Barahona Vega
Rodolfo Polanco
Javier Urzúa Silva
Manuel Poblete Garín
Eduardo Gréz Padilla
Tito V. Lisoni
Luis A. Zamora
Claudio Barros
Ramón L. Henríquez
Carlos Villalón Lillo
Luis Galdames
Lisandro Santelices
Eduardo Castillo Urizar
Ramón Angel Jara R.
Carlos Soto Ayala
Felipe Aceituno
Antonio Bauza
Armando Rojas Molina

Mercedes Marín de Solar
Salvador Sanfuentes
Hermógenes de Irisarri
Jacinto Chacón
Eusebio Lillo
Guillermo Matta
Guillermo Blest Gana
Rosario Orrego
Adolfo Valderrama
Martín José Lira
Eduardo de la Barra
Carlos Walker Martínez
José Antonio Soffía
Carlos Morla Vicuña
Victor Torres Arce
Pablo Garriga
Pedro Nolasco Préndez
Policarpo Munizaga Varela
Luis Rodríguez Velasco
Heriberto Ducoing
Juan Enrique Lagarrigue
Santiago Escuti Orrego
Ambrosio Montt Montt

Jorge E. Silva S.
Victoria Barrios
Juan Rojas Segovia
Arturo Torres Rioseco
Neftalí de la Fuente
Manuel Bianchi Gundían
Enrique Miquel Zamudio
Gricelda Jiménez
María Stuardo
Jorge Orfánoz Rojas
Ignacio Fontecilla Riquelme
Ricardo Corbalán Trumbull
Calvún (y otros poetas indígenas)
Francisco Pezoa
Alejandro Escobar y Carvallo
Magno Espinosa
Manuel Rojas
Antonio Acevedo Hernández (y otros)

Alberto del Solar
Narciso Tondreau
Francisco Zapata Lillo
José Ignacio Escobar
Luis Bettelini Montenegro
Miguel Luis Navas
Juan A. Araus
Tomás Gatica Martínez
Eduardo Valenzuela Olivos
Gustavo Mora Pinochet
Pedro A. Macuada Oviedo
Julio C. Barrenechea
Luis A. Undurraga
César Herrera
Carlos A. Jara
Alamiro Miranda Aguirre
Juan Carrera
Alaíde Jorquera de Romero
Jocelyn Robles
Fernando Elizalde
Luis de Torrealba
Roberto Sánchez Bolaños
Tilda Letelier
Aida Moreno Lagos
Juan Marín
Mario Moreno Flores
Manuel Valenzuela Garrido
Guillermo Könenkamp C.
J. Molina Guzmán
Jorge Octavio Flores
Guillermo Arancibia Laso

SIMPLES VERSIFICADORES

Carlos A. Gutiérrez
Luis Edmundo Chacón Lorea
Blanca M. de Lagos
Rafael Viancos Calderón
Samuel Fernández Montalva
Juan A. Chesebrough
Julio Kloques Campos
Alberto Carrasco C.

Gustavo Melcherts
Indalicio Palma Suárez
Ismael Parraguez
Efraím Vásquez Jara
Humberto Bórquez Solar
Roberto Miranda
Francisco A. Lira
Victor Barros Lynch
Blanca Vanini Silva

ESTUDIOS DIVERSOS

Lírica araucana
Poetas acráticos
Concursos poéticos

Escritores festivos en verso
Fabulistas
Ateneo de Santiago
Consejo Superior de Letras y Bellas Artes.



PRIMERA PARTE

I

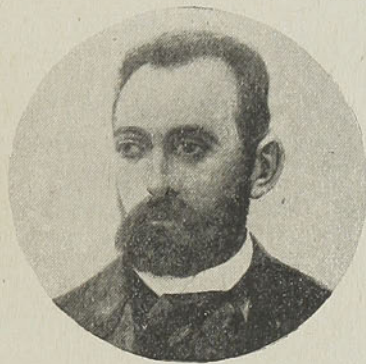
En esta primera serie figuran los poetas cuya índole lírica ha demostrado una acentuada inclinación hacia los modernos ideales estéticos, aunque éstos han sido trasplantados después de casi medio siglo a nuestras tierras, desde la vieja Europa. Hemos tomado como punto de partida a Pedro Antonio González, que con su libro Ritmos, publicado en 1895, inició un movimiento nuevo y desconocido en nuestra literatura, y cuya obra personal y originalísima, fué una especie de grito de rebelión contra las antiguas y manoseadas escuelas clásico-románticas que, desde los tiempos de la Colonia, extendían sus telarañas de seda sobre nuestro Parnaso. Son dignos de mención, al hablar sobre Pedro Antonio González y su apostolado de renovador, otros como Francisco Contreras y Antonio Bórquez Solar, sus prosélitos furibundos en esta empresa libertaria, tanto que, sus obras arrastradas a un esfuerzo hidrófobo de modernización poética, formaron un montículo de literatura rara y baldía que provocó la indiferencia o la acidez de la crítica y el público. Llevado el decadentismo hasta los extremos, resultó una degeneración del verdadero arte nuevo o moderno que palpitaba balbuceante en las páginas de Ritmos.

Los poetas de esta serie, en su mayor parte, han sabido mantenerse en un ambiente de actividad lírica de modernismo culto y elevado, y son capaces de competir y aún de sobreponerse a los mejores de sus hermanos europeos y americanos.

Parnasianos y simbolistas, viejos y jóvenes se dan la mano en esta parte de la obra, formando con sus tallas soberbias e inconfundibles un círculo de oro digno de las más altas alabanzas.

Pedro Antonio González

(Nació en Nirivilo, Talca, en el año 1863 y murió en Santiago el 3 de Octubre de 1903)



Hé aquí a uno de los primeros bardos de Hispano América. Por la senda a lo largo de la cual marchan los atormentados de la vida, ascendió hasta una nueva cima del Parnaso en donde rola entre los predilectos de Polimnia. El eglógico Garcilaso, el purísimo fray Luis de León, el ingenuo Becquer, el canoro Núñez de Arce, el opulento Darío, el delicado Nervo, el jupiteriano Díaz Mirón, el selvático Santos Chocano, el luncso José Asunción Silva, el legendario Valle-Inclán, el elegíaco Juan R. Jiménez, los españolísticos Manuel y Antonio Machado, todos ellos, cada cual con personalidad propia, son sus émulos, hermanos de raza lírica, compañeros de inmortalidad.

Pedro Antonio González Valenzuela fué en todo excepcional. No escribió como algunos muchachos precoces, antes de haber vivido. La influencia de fray Pedro Armengol Valenzuela, su tío—hoy Obispo de Ancud y lumbrera del clero de este país,—lo llevó a seguir sus primeros estudios en un colegio de los Padres de la Merced de Santiago; pero el niño que ya sentía sublevarse el pensamiento propio

esquivó la protección de los mentores religiosos y fué a continuar sus estudios en el Liceo de Valparaíso, cuyo Rector era el poeta Eduardo de la Barra.

La situación del estudiante continuó inestable. Volvió a la Metrópoli, e ingresó como interno al Colegio del Salvador de Rojas Carreño, hasta titularse Bachiller en Humanidades. Asistía intermitentemente a los cursos de Derecho de la Universidad del Estado, a la vez que hacía clases y pasos de Literatura y filosofía en colegios particulares, especialmente de niñas. Se instruía y enseñaba para ganarse el pan. Meditaba, filosofaba, escribía poemas. Vivía esos días grises en que el brioso cerebro protesta sorda y orgullosamente de la ayuda del estómago. Una muchacha adorable, una de sus propias alumnas, se enamoró, más que del hombre, de los versos del poeta: el matrimonio los unió transitoriamente. El espíritu errante del bohemio siguió allá arriba, en el azul, fascinado por el resplandor hiperbóreo de las constelaciones. Acaso él se desilusionó antes que su compañera. Eso no podía continuar y se separaron. Quedó el bardo solo. En una estrecha buhardilla de ultra-Mapocho, se escondía como un anacoreta en su santuario, sin un hijo, sin un perro, sin más compañía que una maritornes-vieja, zarrapastrosa, que le cuidaba maternalmente. La bugia lloraba la tristeza de aquella alcoba. En el misterioso silencio se oía el volver de las páginas de un libro de filosofía o el arañar de la pluma sembradora de ideas. Fumaba, fumaba y hundía su mirada en el humo voluptuoso. Y las carillas, en montón, cuajadas de estrofas, no iban por lo general a ninguna imprenta, sino que solían quedar abandonadas a la suerte de las cosas inútiles. Así fué como en más de una ocasión se extraviaron páginas recién escritas. Se recuerda que una vez la vieja maritornes, creyendo hacer el bien de poner orden en la revuelta buhardilla, barrió todo un manojito de manuscritos destinados a formar lo que hubiera sido el primer libro de González. Después de forjar uno de sus admirables poemas, agitado aún por el estremecimiento de las ideas, aún encendido su barbudo rostro de ermitaño por el fuego de la inspiración, llegaba súbitamente la hora de hacer alguna clase de filosofía y el poeta se lanzaba a la calle en busca de sus discípulos.

González tuvo buenos amigos. Estos fueron a sacarlo de su oscuro retraimiento. Enrique Oportus lo llevó al Club Radical, donde saludó a la juventud con aquella arenga en que le dice a modo deTRIBILLO: «Habla; toma el buril; pulsa la lira». Antonio Bórquez Solar lo acompañaba por las calles o lo coreaba en el mascullar versos, a la luz de la luna. Marcial Cabrera Guerra entró furtivamente a la alcoba del bohemio a registrar sus dispersos papeles. El diario «La Ley» engarzó en sus columnas varias composiciones tendenciosas del nuevo bardo como una nota curiosa, extraordinaria. Los literatos de antiguo cuño se escandalizaron. La juventud llegó al asombro. Se trataba de un poeta único, cuya inspiración desplegaba las alas de un espíritu enorme. Aquello fué como la aparición de un rutilante meteoro.

La época era de transición. Clásicos y románticos a la usanza española iban de retirada para dar paso a las renovadoras tendencias de los bardos de Francia. Las silvas sociológico-científicas de Guillermo Matta no saciaban el gusto de los amantes del arte poético verdadero. Parecían un eco lejano las clarinadas epopéyicas de Eusebio Lillo y Luis Rodríguez Velasco. El romanticismo de Guillermo Blest Gana y Ricardo Fernández Montalva emocionaba con sus últimos sollozos. Algo influían en los de casa los poetas hispano-americanos, ejemplarizados a su vez por Lamartine, Hugo y Musset y un tantico por Baudelaire, Banville y Gautier. La juventud se aprendía de memoria versos de Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón, a la vez que aplaudía sin reserva las curiosas páginas de «Abrojos» y «Azul» (Valparaíso, 1888), que el nicaragüense Rubén Darío publicara en Chile regalándolas a esa juventud como primicia de un lirismo aún desconocido.

Tal era nuestro ambiente artístico cuando Pedro Antonio González entregó a la admiración de nuestro mundo literario su primer libro, *Ritmos*, (1895), en el cual vibra un estro netamente lírico. Orquestales rumores de selvas y retumbos de olas; blancos rayos de luna y fascinantes sonrisas de ondinas; lágrimas de huérfanos después del quejido de un miserable; latigazos a los medradores de la pobreza y la ignorancia; relampagueos de verdad frente a la mentira y el dogma; profesiones de fe ante el positivo mérito del superhombre; cantos epopéyicos a la bélica pujanza de la raza aborígen; todo eso se agita en sus poemas como una ráfaga de lirismo humano y vivido que se remonta con alas de filosofía sobre la grosera materialidad de las cosas terrenas.

González deleitábase extrayendo el alto espíritu metafísico de las obras que devoraba allá en su buhardilla al claro-oscuro de la vela. De «Los Miserables» de Hugo extraía él tanta esencia de filosofía como de cualquiera obra de Schopenhauer. Ebullición en su cerebro concepciones sombrías; su pensamiento necesitaba silencio, aislamiento, abandono. La inspiración, esa llama que permite desentrañar la oculta belleza, venía a aletear sobre su frente, y entonces surgía el poeta espontáneo, único en sus perfecciones y defectos, que se lo debe todo a sí mismo. En este mérito de originalidad, no superan a González ni Díaz Mirón ni Gutiérrez Nájera, ni Guido Spano ni el mismo Darío, todos los cuales han recibido de los bardos franceses los blasones de su heráldica literaria. Para encontrarle par en América es menester recordar a José Asunción Silva, aquel soñador que se inspiró en el rayo de luna que arrojaba su senda, no en los sabidos versos de los otros, ni en la rutina malogradora del retoricismo.

Bienhechora fué la sacudida que *Ritmos* causó en los espíritus sedientos de nuevos rumbos. Admirándolo, la juventud empezó a olvidar la frialdad del clacismo y la artificiosa sensiblería romántica. Así fué como González, precedido por Rubén Darío con su *Azul*, y secundado por Bórquez Solar con su *Campo Lírico* y por Francisco Contreras con su *Raul*, demolió en gran parte la muralla china que limitaba nuestro estrecho ambiente artístico, y abrió las brechas por las que más tarde habían de penetrar las irrisadas libélulas del modernismo.

Hora es ya de evocar la última etapa de la extraña jornada funambulesca de Pedro Antonio González. Había realizado una obra no voluminosa, pero sí suficiente para ser comprendida en sus amplias proyecciones y definir la regia personalidad de un maestro, de un renovador. Pronto debía sorprenderlo ese momento negro en que el hombre detiene el paso en mitad del sendero y se sienta en el ribazo para mirar de cerca el infinito. El ajenjo y el tabaco habían envenenado su fuerte organismo, sin degenerar la potencialidad de su estro. Como Verlaine había plantado su tienda al margen de la sociedad; como el *Pauvre Lelián* concluyó por aceptar un sitio en el hospital, posible antecámara del cementerio. Sin haber vestido la chaquetilla gris del presidiario, como el autor del antinómico libro «Sagesse», Pedro Antonio González «sentía apagarse su pupila» después de realizar su jornada de lirismo verdadero, transcendental, muy cercano a lo perfecto. Llegaba para él la hora de emprender el viaje irretornable, sin otro dolor que el de alejarse de sus hermanos de arte, sin otra queja que la de sentir extinguirse para siempre aquellos íntimos poemas inéditos que hormigueaban en su cerebro. El poeta Isaías Gamboa, colombiano muy querido aquí, recogió al estrechar por última vez la mano del gran lírico el motivo de un poema, que es como el adiós de dos hermanos. Se acababa tanto amargo vivir, tanto abandono de sí mismo, tanto martirio de bohemio... Sus prosélitos, sus amigos, otros pobres poetas, lloraban ante aquel lecho de caridad parecido al esquife de un náufrago. Era la hora crepuscular y por rara coincidencia, la desfalleciente luz del Sol retocada por los primeros blancos fulgores de la luna, penetraba por los cristales de la sala común en que moría aquel estilista soleado y lunoso. En el gran pórtico de nuestra Escuela de Medicina, los estudiantes que solícitos habían mitigado el dolor del moribundo, montaron guardia de honor ante el tímulo del negro bajel, con la misma admiración y el mismo pesar con que otro tiempo los estudiantes mejicanos velaron la noche fúnebre de Manuel Acuña. Quien cuidó del poeta, como de un hermano querido, su amigo de veinte años, Marcial Cabrera Guerra, lloró sus más sentidos versos frente a la tumba que se abría, allá en el barrio de los nichos, para guardar los despojos de un Inmortal.

Así pasó por la vida el poeta que, habiendo plantado su tienda al margen de la sociedad, le entregó generosamente esos jirones de su alma lírica que se llaman *Ritmos*, *El Proscrito*, *Noctámbulas*, *El Mon-*

je, El Toquí, La Razón y El Dogma, Nuevos Ritmos, Asteroides. Algunos de estos títulos corresponden sólo a trozos de vastos poemas que la muerte presurosa no dejó terminar ni pulir. La obra de Pedro Antonio González, conocida ya en todos los países de habla castellana, ha ejercido y ejercerá sin duda una influencia considerable en el concierto de la lírica moderna.

LUCRECIA BORGIA

(TRIPENTÁLICA).

I

Era la noche. Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube;
zumbaba el noto, rugía el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro y caoba.
Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de una amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones
se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico
y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones,
el formidable, vertiginoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias,
que dilataron por la siniestra noche sombría,
sus arrebatos, y sus transportes y sus demencias,
mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía....

II

Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios, resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hechos pavezas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas,
yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios.
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soy todo, porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica,
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos
sombras que crecen y que se empujan y que batallan.
Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso;
y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno:

Cuando entro al templo como una reina, como una diosa,
tiemblan las novias que se desposan en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa,
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño,
y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
y en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una, sus agonías.

¡Oh! negra Noche, yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lóbregos pasos,
robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros;
tú por el cielo, como la esfinge de los ocasos;
yo por la tierra, como la esfinge de los sepulcros.

A PASTEUR

Fué ruda tu batalla: fué gigante!
pero tu alma fué audaz: fué ciclopea!
Te empujaron en triunfo hacia adelante
los grandes huracanes de la idea!

En vano la fatídica ignorancia
despertó de su estúpido marasmo;
y esgrimió con insólita arrogancia
la burla imbecil y el brutal sarcasmo.

No pudo con sus golpes derribarte,
y en cambio tú la derribaste entonces:
era la fe tu escudo y tu baluarte:
tú tenías el temple de los bronce.

Tu victoria titánica de Sabio,
a fuerza de ser grande fué quimérica;
escucharon el verbo de tu labio
muda la Europa, atónita la Américal

*

Tú cruzaste el magnífico proscenio
del formidable siglo diecinueve,
vibrando los relámpagos del genio
que en gigantescas órbitas se mueve.

Con fe que abisma, con valor que pasma,
seguiste al cosmos en su vasta elipsis:
ibas en pos del colosal fastasma
de una nueva y grandiosa apocalipsis.

Oíste palpar la Vida informe
en otro centro múltiple y diverso,
como una obscura nebulosa enorme,
allá en la inmensidad de otro universo.

Tenías la pujanza legendaria
de las soberbias águilas inquietas.
Tenías la visión crepuscularia
de la pupila audaz de los profetas!

Tu palabra lumínica y sonora
dilató por los ámbitos su imperio;
y estalló como un trueno y una aurora
sobre la vasta noche del misterio!

Delante de tu espíritu profundo
se alzó del hondo arcano el microcosmos,
como un mundo del fondo de otro mundo,
como un cosmos del fondo de otrocosmos!

*

De nación en nación, de labio en labio,
en una tempestad de aplausos grandes,
trajo la fama tu blasón de Sabio
del raudo Sena a los inmensos Andes.

Pero trajo también, de coro en coro,
en el soberbio, poderoso trueno
de su clarín titánico y sonoro,
como un emblema, tu blasón de Bueno.

El anciano y el niño ante tu paso
demandaron con fe siempre creciente,
doblando la rodilla, alzando el brazo,
la bendición de Dios sobre tu frente.

Fuiste genio y apóstol. Fué tu norma
disputar palmo a palmo el hombre en-
[fermo
a la tétrica muerte, que transforma
la tierra en tumba y el hogar en yermo.

Cruzaste bajo el sol que brilla en calma
como un nuevo Mesías el abismo,
en profundo monólogo con tu alma,
en diálogo sublime con Dios mismo.

No hay grandeza mayor que la que en-
[cierra
la misión que da paz, que da consuelo;
enjugar una lágrima en la tierra
es mostrar una aurora allá en el cielo!

*

Cesó ya tu misión fecunda y noble;
te disparó la muerte su guadaña.
Caíste ya. Caíste como el roble
que al rodar bambolea la montaña!

Cesó ya tu misión fecunda y bella.
Volaste lejos de la vil escoria.
Volaste a constelar como una estrella
el inmenso horizonte de la Historia!

Salve a ti que alumbraste el gran pros-
[cenio
del siglo diecinueve en cada rastro!
Salve a ti que aquí abajo fuiste un genio!
Salve a ti que allá arriba eres un astro!

Tú serás inmortal mientras que ruja
y encienda los crepúsculos profundos,
el viento apocalíptico que empuja
sobre sus vastas órbitas los mundos!

EL ALBUM

Oh, cuántas veces no me dijo a solas:
—¿Por qué está siempre tu semblante
[adusto?
Hallas a Dios para contigo injusto?
No amas el bien, la luz, la creación?

No tienes corazón ni pensamiento?
Heredó para siempre tu alma extraña
la salvaje aridez de la montaña
donde meció tu cuna el aquilón?

Tus comprimidos, macilentos labios
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.
Por tus pupilas nunca se divisa
un dulce rayo de pasión vagar.
Tú pareces un náufrago sin rumbo
que adonde quiera que a estrellarse vaya,
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,
se deja por las olas arrastrar.

Tú cruzas por la tierra como cruza
la noche pavorosa por el Cielo.
Horror, silencio, oscuridad y hielo
es lo que tú derramas donde estás.
Tu no sueñas, no luchas. Tú no albergas
ni una sola ilusión. Tú no ambicionas
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas.
Como un fantasma por el mundo vas.

*

Un día en que su labio, como siempre,
junto a mi oído murmuró lo mismo,
mi corazón se estremeció en su abismo,
y la sangre a mi frente se agolpó.
Temblando entonces le pedí una pluma.
Y su acero bruñido y reluciente,
al vivo impulso de mi fiebre ardiente,
sobre su Album, vibrando, resbaló.

*

No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos.
De que canté la abnegación sublime
del corazón que olvida
la inmensidad de su dolor profundo
para enjugar el llanto con que gime

la orfandad desvalida
que sin pan ni vestido cruza el mundo.
De que alcé un himno a la primer mirada
que, a un mismo tiempo de dos almas
[brotó

y en un mismo volcán sus alas quema;
que, tornando la noche en alborada,
de un corazón nace una dulce nota
y de dos corazones un poema.
De que alcé un himno a la esperanza mía
de hallar un ángel que con fe me adore:
un ángel dulce que conmigo ría,
un ángel tierno que conmigo lloré....
No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos....

*

Dejé la pluma y me quedé sombrío....
El moribundo Sol, ya desde lejos,
en sus mustios y lánguidos reflejos
enviaba al mundo su postrer adiós.
Ella tomó con loco afán el Album.
Y dando fin a sus amargas mofas,
leyó mis melancólicas estrofas,
en la vaga penumbra, a media voz.

Palideció de súbito su frente.
Huyó la risa de sus labios rojos.
Brilló una lágrima en sus grandes ojos,
y triste y silenciosa me miró.
Y desde entonces, ay! siempre que a
[solas
siempre que a solas a su lado me hallo,
Ella se pone roja y yo me callo,
Ella se turba, y me estremezco yo.

EL PACTO

Tendía la Noche su lóbrego velo,
cubriendo de luto la Tierra y el Cielo.
Y habló entre sollozos el buen pobre diablo,
sufriendo la bruma que entraba en su establo:
—Satán! Yo soy tuyo, si acaso me enseñas
alguna venganza de las que tú sueñas.
Hirióme de muerte mi Diosa de lodo.
Y huyó de mi templo manchándolo todo.

Satán oyó el ruego del buen pobre diablo;
y alzóse del antro del mísero establo.

Y bajo el susurro del ábrego frío,
le dijo en la lengua del mal:—Tú eres mío!
Pero antes escucha. Tú harás mi consejo,
pues tengo más siglos que el mundo más viejo.
Mira mi grandeza, mira mi pujanza,
déjame a mí solo tomar la venganza.
Y tú, si te agobia tu negro destino,
levanta la copa y apura su vino!

Después dijo a solas el buen pobre diablo,
sufriendo la bruma que entraba en su establo:
—Lírico latino, dame de tu vino.
Permite que apague la sed que me ofusca,
libando el Falerno de tu ánfora etrusca.
Hosanna a las vides de pámpanos rubios
que allá en la Campania te dan sus efluvios!
Hosanna al Falerno
que alegra tus noches allá en el Invierno!
El pone en tu lira de timbres de plata
el canto que triunfa, el llanto que mata!
Permite que sueñe que mató mis penas
en las Saturnales del viejo Mecenas.
Del viejo Mecenas que elije de amigos
a todos los grandes poetas mendigos!
Permite que sueñe que tengo los goces
que sólo el Falerno le roba a los Dioses.
No importa que digan mi cruel vaticinio
las hoscas Sibilas allá en su triclinio.
¡Bien vale el Infierno
un ánfora llena de hirviente Falerno!

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los tres reyes magos.

Quizás soi un mago maldito!—Yo ignoro
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra y de
[oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla.
Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras cudentes de lágrimas blancas!...

ROXANA Y ESTATIRA

La Reina Roxana se turba y suspira
delante de la alba princesa Estatira.
Fulguran sus ojos con el centelleo
de las esmeraldas del límpido Egeo,
del límpido Egeo que desde la Jonia,
se quiebra en las playas de la Macedonia

Mitad de Alejandro, la Reina Roxana
es tal cual su esposo también soberana.
Mas ella ve alzarse tras su poderío
la hija del viejo Monarca Darío.
La Hija de ojos de lánguida inercia,
del viejo Darío, Monarca de Persia.

La hermosa Estatira se yergue y florece
tal cual la azucena que al sol resplandece.
Parece que fuera la voz de Estatira,
la voz de una Musa, la voz de una Lira.
Al són de las copas del Chipre que vácia
la llama Alejandro la Estrella del Asia.

Es por su nostalgia y es por su belleza
la hermosa Estatira dos veces princesa.
Son de oro bruñido, son de Oro de Oriente
los bucles que rizan su ebúrnica frente.
Sus grandes pupilas son cual dos lagunas
que rielan dos Soles, que rielan dos Lunas.
Sus dientes son perlas que cuaja la onda
que irisa las playas del mar de Golconda.
Su cuello es más terso que el cuello febeo
que ondulan las garzas del golfo Eritreo.
Detrás de sus leves, indianos tisúes,
su talle se cimbra tal cual los bambúes.

La hermosa Estatira parece una Musa
del trágico cielo del reino de Susa.
Sus lágrimas brotan—sin que ella lo evite—
de un lago más negro que el lago Asphaltite.
Evoca en silencio la sombra que huela
de su ínclito padre vencido en Arbela.
De su ínclito padre que al fin fué por eso
la víctima roja del Sátrapa Neso.
No aleja su cuita ni el Genio de Pella
que su ánfora de oro levanta por ella.

Del Genio de Pella que en los Porvenires
le ofrece el imperio de inmensos Ofires...

La hermosa Estatira no ve el puñal rodio
que blande Roxana detrás de su odio!...

HETAIRICA

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul el sosiego;
tendrá rosas tu cutis de nieve,
y tu sangre latidos de fuego.

Melancólica y lívida y brava,
sin que nadie a tu espíritu llame,
tú, cien veces, con pasos de esclava,
has marchado hácia el tálamo infame.

No has perdido tu olímpico rango:
a pesar de tu insomnio estás bella:
si en tus plantas hay gotas de fango,
en tus sienes hay rayos de estrella.

Tu cabello es undívago y rubio;
y tu voz es un coro de escalas;
y tu aliento es un diáfano efluvi;
y tus hombros son gérmenes de alas.

Tu magnífico talle gallardo
lleva en torno el vapor de una nube,
donde flota el perfume del nardo
y el ensueño auroral del querube....

*

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la esperanza;
hará estelas de luz tu pie breve
bajo el raudo compás de la danza.

Son una arpa divina tus nervios.
Para ti son los regios coriampos;
los dactilos ardientes, soberbios;
los triunfales, pindáricos yambos.

Ni qué mórbida Venus fantástica,
ni qué huries, ni qué bayaderas:

nadie tiene la música plástica
de tus rítmicas y anchas caderas.

Tu alma azul bate el ala y suspira
cuando escucha el adónico cálido,
que en la olímpica y sáfica lira
canta el bardo neurótico y pálido.

Eres diosa que huellas coronas
cuando el talle gallardo y apuesto
al vaivén de la danza abandonas,
bajo el soplo del raudo anapesto....

*

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la alegría.
Eres hija del Sol, eres Hebe:
sé la estrella auroral de la orgía.

Hierve el vino en las copas de plata,
y su espuma con ritmo sonoro,
desde el fondo hasta el borde dilata
sus burbujas de púrpura y oro.

El hará que tú dances y ondules
a compás del ardiente deseo,
bajo un nimbo de ensueños azules,
ante el ara del gran Jineceo.

El hará que más bella que un astro,
entre aromas de rosa y de malva,
a tu lecho oriental de alabastro
marches tú bajo el nimbo del alba.

El hará que tus labios cerezos
de tu boca de virgen enferma,
tengan risas y arrullos y besos
cuando el bardo en tus brazos se duerma.

EL PROSCRITO

(INTRODUCCION AL POEMA)

I

A ti, caro Marcial, que tantas veces
me das alas y aliento
para sentirme fuerte en los reveses
y espaciar en la luz el pensamiento:
—que, como franco amigo,
mi mano estrechas con hidalga mano;
y que compartes mi dolor contigo,
más bien que como amigo, como hermano:
—que me infundes valor en la tarea
de dar forma y color, voz y armonía,
al Verbo eterno de la eterna Idea
que a través del abismo Dios me envía:
—que me infundes la fe sagrada y loca
con que mi audaz buril de artista enano
esculpe y talla en miserable roca
las gigantes visiones del arcano:
—que amas cuanto le arranca mi alma incierta,
azotada sin tregua por el cierzo,
a la Biblia infinita, siempre abierta,
del Dios del Universo:
—A ti te ofrendo en la nostalgia muda
de mis ensueños santos,
este poema de dolor, de duda,
sin rúbrica, sin nombre,
que lleva confundidas en sus cantos
las lágrimas del niño y las del hombre!

II

Hace ya mucho tiempo!—Mas yo entero
conservo el cuadro trágico y profundo
que en el instante del adiós postrero
presentaba el anciano moribundo.

Temblorosa la voz; la frente mustia;
reflejaba en la lóbrega mirada
una expresión de pavorosa angustia:
quizás la Eternidad!.... quizás la Nada!...

El me llamó con misterioso acento
junto a su solitaria cabecera,
reconcentrando su postrer aliento
para estrecharme por la vez postrera.

Resbaló por sus párpados escuálidos
una lágrima trémula y ardiente,
que enjugó con sus tristes rayos pálidos
el último fulgor del Sol poniente!....

De sus huesosas manos amarillas
yo recibí con ansiedad suprema,
cayendo ante su lecho de rodillas,
los revueltos fragmentos de un Poema.

En ellos con su sangre estaba escrito
su negro rumbo por la Tierra esclava,
donde, mártir como él, como él proscrito,
también como él, yo sin cesar vagaba!....

Flotan sobre estos trágicos fragmentos
todas las sombras que la noche encierra,
y todos los sollozos que los vientos
arrastran con sus alas por la Tierra!

Son ellos el recóndito gemido
que sin cesar mi corazón escucha,
en sus horas de afán como de olvido,
en sus horas de paz como de lucha!....

FRAGMENTO VI

(DEL MISMO POEMA)

Ay! ¡Cuántas veces, ante el libro abierto,
no me hallaron la noche con la aurora,
en actitud febril, meditabunda,
de ardientes gotas de sudor cubierto;
y la frágil razón enloquecida,
luchando con afán, hora tras hora,
por encontrar la solución profunda
de los grandes misterios de la vida!

Por el inmenso abismo de la Historia
dilaté la mirada.
Y en tropel agitaron mi memoria
las negras sombras de la edad pasada.

Artes y ciencias; religión, gobierno;
cuanto la humanidad en su camino
tuvo el delirio de llamar eterno,
no era más que un montón de ruinas frías,
al cual iba a llorar solo el Destino,
que, sin cesar, con el rumor profundo
de sus alas sombrías
alzaba el himno funeral de un mundo.

¡Cuántas revelaciones
en el silencio con que el tiempo rueda
hacia la eternidad desconocida!

¡Cuántas persecuciones
de las que apenas el recuerdo queda,
no han pretendido con horrendo grito,
no han pretendido en su furor insano,
con la hoguera encendida,
detener en su vuelo al infinito
al pensamiento humano!

¡Ay! de unas mismas leyes;
encadenados al eterno yugo,
ví desfilar los siervos y los reyes;
ví desfilar el mártir y el verdugo.
Ví rodar, confundidos, al reposo
de un mismo sueño, de una misma nada,
la virtud, con su lúgubre sollozo;
y el vicio, con su torpe carcajada.

Vanos fantasmas solamente han sido
los pueblos que han cruzado por la tierra
asordando el espacio con su ruido.
Estéril fué su miserable esfuerzo
al disputarse en espantosa guerra
la eterna posesión del universo.

El ancho mundo es un fatal proscenio
en donde el hombre sin cesar pregona
la religión del crimen;
en donde el rol que representa el genio
es el de un rey sin trono y sin corona,
que está con los que gimen.
Rey del espacio que al espacio sube,
soñando en su abandono
encontrar en el rayo y en la nube
su corona y su trono.

Errando por inmensas soledades,
sin darse paz, la humanidad batalla.

Es que en su seno lleva
un germen de sombrías tempestades,
que sin cesar estalla,
que sin cesar renace y se renueva.

Mas ¡ay! La inmensidad, desierta y muda
siempre le muestra, inexorable y fría,
en vez de la verdad, la eterna duda;
la perdurable noche, en vez del día.

El ideal se aleja de sus ojos,
cual visión fugitiva,
acrecentando, abajo, los abrojos;
y las sombras, arriba.

LAS ONDINAS

La Luna a lo lejos se quiebra en la falda
tal cual una perla sobre una esmeralda.
Vestidas de espuma las castas ondinas
cantando abandonan sus grutas marinas.
Sus grutas marinas que argenta y que dora
la luz de una extraña, fantástica aurora.
Sus muros de nácar se envían reflejos
como rutilantes, bruñidos espejos.
Las estalactitas de sus columnatas
pregonan el triunfo de sus escarlatas.
Su musgo se hiende tal cual una alfombra
en que se desmayan la luz y la sombra.
Las castas ondinas modulan compases,
batiendo sus bucles de undívagos haces.
Su veste impregnada de rica ambrosía
deslumbra y arroba con su pedrería.
Parece que danzan al són de sus trovas
las trémulas algas, las trémulas ovas.
Las castas ondinas, dejando sus tálamos,
ensayan en coro sus mágicos cálamos.
Saludan en ellos a la Primavera
que espléndida gira por toda la esfera.
Sus trovas divinas van una tras una
como almas de alondras en pos de la Luna!....

*

¡Hossanna, oh rosada, gentil Primavera,
que en tu hálito traes la vida a los seres!
Tú cambias el éter en una pradera
con tus amarantos y tus rosicleres.

Por ti, bella reina de las estaciones,
delante del áurea y errática duna,
al lánguido ritmo de nuestras canciones
nos mecen los golfos en su media luna.

Por ti allá en la aurora, por ti allá en la tarde,
la nube del bosque de sándalo y nópalo,
al fúlgido rayo del fuego con que arde,
nos orla con nimbos de púrpura y ópalo.

Tú esparces en torno, viajera celeste,
las hebras de plata con que recamamos
los pliegues del alba y undívaga veste
que al céfiro alado por ti desplegamos.

Nosotras amamos los pálidos manes
de las caravanas que el piélago eterno
ve hundirse a los golpes de los huracanes
que contra su ruta desata el Invierno.

El lóbrego Invierno con sus tenebrarios
apaga los faros de los promontorios,
y todos los iris que allá en los estuarios
enciende el enjambre de los infusorios.

El es el caudillo del agria cohorte
de las cataratas y los arrecifes.
El hunde en los antros las quillas sin norte
de los solitarios y errantes esquifes.

Nosotras al ritmo de lánguidas flautas
y sobre las alas de los huracanes,
llevamos los manes de todos los nautas
al mágico alcázar de los Ejipanes.

Su mágico alcázar se eleva en los flancos
de un terso y esbelto peñón submarino.
Lo alzaron en vagos crepúsculos blancos
los pólipos todos con su arte divino.

Sus altas columnas de rojos corales
se apoyan abajo sobre áureos cimientos.
Y arriba sustentan bruñidos cristales
que irradian los lampos de los firmamentos.

Su trono de amianto despliega doseles
de flámulas que arden cual los carmesíes;
y quiebra en el nácar de sus escabeles
el haz de sus perlas y de sus rubíes.

El haz de sus perlas esparce las huellas
con que ante las vetas que cuajan diamantes
argentan las blancas, lejanas estrellas
sus limpios Orientes allá en sus Levantes.

Y su haz de rubíes estalla y alumbra,
orlando al contacto de sus arreboles,
la trémula niebla, la vaga penumbra,
con ortos de luna i puestas de soles.

Los manes evocan allá en su beleño
la erótica virgen de eróticos opios
que tras de los prismas de su último ensueño
cruzó allá en la Tierra sus caleidoscopios.

Y plañen entonces las trágicas notas
de un desconocido y exótico canto
que se hunde en las vagas distancias remotas
dejando las hondas estelas del llanto!

*

¡Oh Tú, misterioso, divino Monarca de los Ejipanes
que todo lo puedes detrás de la noche del piélagó lóbrego!
¡Escucha las voces que a un tiempo te alzamos los pálidos Manes
que juntos regamos tu mágico alcázar con llanto salóbrego!

El brillo del nácar que en su amplio recinto tu alcázar encierra
ni ahora ni nunca podrá con sus iris llegar a empañarnos
la imagen ardiente de la hospitalaria y erótica Tierra
que sobre las alas de todos los sueños acude a besarnos.

Las irradiaciones que trémulas brotan de la pedrería
que argenta la niebla de que tus vasallos tomaron tu velo,
no tienen el fuego del ósculo de oro con que el Mediodía
desposa a la Tierra con el luminoso Monarca del cielo.

¡Nosotros amamos la Tierra lejana! Su imagen ardiente
va en pos de nosotros como una inefable y alada quimera.
¡Va en pos de nosotros nimbada del alba del último Oriente
que hirió nuestros ojos al darle la santa mirada postrera!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que al fin contemplamos!
¡El sol,—Rey de Reyes,—se irguió entre las nubes en medio del coro
que unísolo al éter, de pie en nuestra popa, nosotros le alzamos
debajo del vasto diluvio de rosas de su ánfora de oro!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que hirió la ribera!
¡El mar parecía debajo del palio del Dios de la aurora
la enorme llanura, la selva sin linde, la inmensa pradera
de una gigantesca, multimatizada, fantástica flora!

Nosotros, cantando, tendimos al viento las velas latinas,
y el viento nos trajo los ritmos que a un tiempo las olas ensayan
detrás de las rocas que en fila decoran como aras marinas
las playas remotas en donde la Luna y el Sol se desmayan.

Mas, ¡ay! De improviso se hicieron las sombras allá en el Ocaso.
Graznaron los roncós y lóbregos cuervos allá en lontananza.
Y atónitos vimos rodar hecho astillas—pedazo a pedazo,—
el árbol divino de nuestra florida, suprema esperanza.

Y náufragos todos en las soledades sin luz ni equilibrio
del piélago insano que alzaba y hundía sus montes de espuma,
también fuimos todos el desventurado, salvaje ludibrio
del rayo y el trueno, la sirte y el Bóreas, el agua y la bruma.

Y vimos entonces flotar nuestros cuerpos—ya todos sin vida.—
Los cuerpos que un tiempo ligó a nuestros Manes un íntimo lazo.
Los cuerpos que un tiempo colmó de deleites la virgen querida
que a solas nos daba detrás del misterio su cálido abrazo.

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca de los Ejipanes!
al fin se apiadaron de nuestra nefasta, misérrima suerte.
Y nos condujeron a tu ínclito alcázar en los huracanes,
cruzando el sendero que bajo la noche transita la muerte.

Las castas Ondinas, oh excelso Monarca del mar cristalino,
son dignas princesas de tu ínclito alcázar! ¡Hossanna por ellas!
¡Parece que fueran las cándidas hijas de un genio divino,
o de las espumas, o de las auroras, o de las estrellas!

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas, porque ellas son seres
que se desvanecen cuando uno las palpa, cuando uno las toca.

No tienen el fuego del beso vibrante que dan las mujeres
que ponen la gloria de todas las mieles en su húmeda boca.

¡Al fin a la Tierra devuélvenos pronto, sublime Monarca!
¡La virgen amada ya espera y aguarda tal vez pensativa
el dulce retorno de nuestra soberbia y espléndida barca
al puerto lejano de nuestra adorada ribera nativa.

¡La virgen amada! ¡Las castas Ondinas nos traigan sus cálamos!
Y te cantaremos en tu inclito alcázar las mágicas trovas
de los paraísos que sobre la Tierra y allá en nuestros tálamos
florecen al beso que turba el silencio de nuestras alcobas!

¡La virgen amada! ¡La vista se embriaga, la vista se embebe
cuando uno contempla—detrás del misterio fantástico y mudo,—
las tintas de rosa que bañan apenas la ebúrnica nieve
con que resplandece su busto estatuario, su cuerpo desnudo!

Nosotros amamos sus formas mortales, sus formas terrenas.
Su solo contacto nos ritma los nervios como una caricia.
Su solo contacto como una caricia nos ritma las venas.
¡Y cual su contacto no existe en tu alcázar ninguna delicia!

DANTESCA

Dante!—Legión inmensa!
Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa—
cruzan como relámpagos el viento!
Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna o el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del diluvio!

Dante!—Los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa!
Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águilas que rugen y que cantan
encima de la noche!
Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos!

*

Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena

2—SELVA LÍRICA

delante de los vértigos de Italia!
Oh, la Selva sombría
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!
Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!
Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!
Oh, las mudas congojas!
Oh, los oscuros miasmas!
Oh, las espumas rojas
de los monstruos fantasmas!
Oh, la luz del idilio!
Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!
Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

*

Dante!—Ni las Sibilas—desde el Túscolo—
ni los pálidos Druídas—desde el Elba—

vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su selva.

La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo.
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos
de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Y ambos penetran luego
por la cárdena boca
de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.

*

Oh, los nueve gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
Oh, la espantosa base
del fulgurante electro
que a los abismos, Satanás les hace
con sus alas fantásticas de espectro!
Oh, la lóbrega noche de su limen!
Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
su torpe infamia para siempre borra!
Oh, los inmensos focos
Oh, los largos caminos!
Oh, los vértigos locos
de los inacabables torbellinos!
Oh, las treguas y calmas
que invoca la blasfemia tras el ruego!
Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
Oh, los negros afanes!
Oh, los profundos ayes subterráneos!
Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

*

Dante!—Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:

sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas;
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombros en escombros,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro!
Su colosal deslumbramiento sube
más allá de los altos luminare
en alas de la nube
de una pena más honda que los mares.

*

Oh, la voz del idilio!
Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

*

Trepan los dos viajeros
a la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierde en el pálido horizonte.
Ascienden tras su blanco simulacro
las místicas escalas,
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta
del pórtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

*

Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles
en el zenit del Purgatorio gira!
Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra
los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!
Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimenta el dolor con sus abrojos!
Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!
Oh, los rítmicos vuelos

de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!
Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus candidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

*

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos cólicos
de las constelaciones del Zodiaco.
Vuelan como dos pálidos querubens,
al compás de dos cítaras sonoras,
sobre dos blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras!
Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de un águila más grande que un cometa!

*

Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo
cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

*

Dante!—Por sus oídos
pasa un viento sediento
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz.—Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

*

Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías—
los siete firmamentos colosales!
Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre
las siete escalas de los siete cielos
que se alzan en la luz como una torre.
Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que baten los arcángeles absortos
delante del gran Triángulo divino.
Oh, la constelación de los altares!
Oh, los órganos de oro!
Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
a los florecimientos
de las eternas primaveras místicas!
Dante!—No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abruma y oprime
el Triángulo divino su cabeza!
La Tierra con su espíritu recorre.
Ve sus montes mayúsculos.
—Juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

*

Le da Beatriz su bendición.—Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus rizos.
Se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

*

Él, parte bajo el sol.—Vuela sereno.
Arrastra sin desmayo
como escabel el trueno,
como dosel el rayo!
La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!
Sus alas son dos ampos de la nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!

ASTEROIDES

Grita, Criticastro!—Grita
contra el poeta que lleva
sobre su espalda bendita
un par de alas que agita
un par de alas que lo eleva!

No le importan tus asombros,
ni mendiga tus mercedes!
Él—sin mirar tus escombros—
conduce sobre sus hombros
un mundo que tú no puedes!

Resignate al triste marco
del tango donde resbalas!
Tú no ves desde tu charco
ni la gran sombra del arco
que él describe con sus alas!

Dobla tu rodilla, sierva!
Agradécele de hinojos
que a un patán de tu caterva
él le deje sin reserva
ir a hozar en tus rastros!

Está demás tu zozobra,
demás la hiel de tu vaso.
Él a ti nada te cobra
por ninguna sola sobra
de las que te arroja al paso!

Tus zahurdas son abortos
de unas sienes siempre estrechas,
que nunca hirieron absortos
los astros desde los Ortos
con el oro de sus flechas!

Tus zahurdas son hijastras
de unas sienes siempre obtusas,
que en vano azotas y arrastras
contra el pie de las pilastras
del gran Templo de las Musas!

Escúchame bien!—Tú ignoras
que los criticastros bufos
aunque rueden cien auroras,
y cien faunas y cien floras
no serán más que Tartufos!

*

De allá del Oriente venía una Musa,
flotando en un rayo del alba difusa.
Hundióse mi lira, cuando ella no vino,
allá, en el silencio de allá, del camino.
Por ti solamente, como antes de ahora,
de nuevo mi lira saluda la aurora.
Quién sabe si acaso también tú te alejas
y en otro silencio sumida la dejas!
En otro silencio que sea de muerte,
de modo que nadie después la despierte!

*

¡Oh, vieja Tierra del Asia
que nunca, nunca te agostas!
En ti mi mente se espacia,
y en moldes de oro al fin vacía
los perfiles de tus costas!

Hacia ti mi mente vuela,
recorriendo de una en una
las etapas de la estela
con que al Pacífico riela
la melancólica Luna.

En ti nacen sin afanes,
sin dolores, sin infamias,
las Evas y los Adanes,
en vaporosas Ceilanes
y en vagas Mesopotamias.

Detrás de las nieblas tuyas
bajo palios de rubies,
cantan dulces Aleluyas
en las áureas liras tuyas
Saras, Querubas y Huries.

En ti, pálidos Moiseses,
al golpe de sus cordones
y al conjuro de sus preces,
les arrancan muchas veces
agua viva a los peñones.

En ti, Mahomas y Budas,
y Cristos y Zoroastros,
van con las sienes desnudas,
en pos de las turbas mudas,
encendiendo nuevos astros!

No bastan los abrojos de la Tierra!
La turba grita todavía: ¡guerra!
Aun la turba ruin no desentraña
que es siempre algún tirano quien la engaña.
Oh, pobre turba-multa que aún ignora
que es la paloma que el halcón devora!
No surja un redentor allá en sus penas
que lime con sus manos sus cadenas.
No surja, nó, con su misión divina!
Tendrá—si no la Cruz—la Guillotina!
Tuvieron ya—por dilatar su ruta—
unos la hoguera y otros la cicuta!

*

Detrás de la niebla que el céfiro mueve
y enluta la margen del lago de acero,
el cisne despliega sus alas de nieve
y entona a la Luna su canto postrero:
—Yo he soñado, blanca Luna, que tus lagos son más blancos
que el plumaje vaporoso de mis alas sin mancilla.
Yo he soñado, blanca Luna, que no surten tus estancos
más que arroyos cuya espuma los ahuyenta cuando brilla.
Cuando asoma tu alto disco, mi pupila queda absorta.
Me parece que yo entonces me remonto, me sublimo;
me parece que ya el vuelo de mis alas me transporta
de la tierra que es el barro, de la tierra que es el limo.
Me parece que ya el vuelo de mis alas me arrebata
más arriba de la bruma, más arriba de la sierra.
Me parece que en tus lagos mi garganta de oro y plata
rompe un himno que no ha oído lago alguno de la Tierra.

*

Misterioso piloto que conduces
la barca de ciprés en que navego,
muéstrame el faro que con su haz de luces
marcá el puerto a que voy y al cual no llego.

En vano, en vano la pupila giro
en torno de la noche que me abisma!
A ti no más te veo cuando miro!
Tú eres más negro que la noche misma!

Hay en el solitario cementerio
esfinges melancólicas de piedra
delante del umbral del gran Misterio,
pero ninguna como tú me arredra!

*

Qué ardiente que estalla el rayo
en tus pupilas brillantes
cuando en mi cálamo ensayo
en las vendimias de Mayo
la canción de las bacantes!

Si parece que quisieras
imitar sus locas danzas,
columpiando tus caderas
en las lúbricas quimeras
de un espasmo que no alcanzas!

Si parece que sin tino
te arrojaras en mis brazos,
aunque riendo del destino,
en el frenesí del vino
yo te hiciera al fin pedazos!

*

El Invierno está sombrío,
melancólico Lutero!
No des al mar tu navío
mientras el Sol del Estío
no despeje el derrotero.

No todas las estaciones
son propicias a los nautas:

unas tienen aquilones
que derriban pabellones,
rompen quillas, borran pautas.

Aleja tu fantasía
de la idea que te asedia.
Mide y pesa tu osadía!
No arranques, ¡no!, todavía
de su sueño a la Edad Media!

Ella alzaría una racha
de sus templos seculares.
Ella empuñaría un hacha,
porque aún está borracha
del vino de sus altares.

*

Allá en el brumoso país de la Luna
yo he visto una Virgen que va sin cendal.
Es ella una Virgen que como ninguna
se acerca a mi puerta, se asoma a mi umbral.

La nítida espuma del lago no iguala
la tez de la Virgen de labios de miel.
No hay cisne que tenga más cándida el ala,
ni armiño que tenga más blanca la piel.

El mármol de Paros—que Apolo saluda—
con ser que es de Paros no iguala su albor.
Parece que fuera la Virgen desnuda
de carne de nieve, de sangre de icor.

*

¡Oh, raudo Río Salobre!
Suban tus ondas o bajen,
nunca en tu espejo de cobre
pone una estrella su imagen.

Tú en tu espejo sólo finges
nubes que en él, cuando pasan,
no dibujan más que esfinges
en las siluetas que trazan.

Siempre tú bregas y bregas;
el guiño tu espejo trunca;
y a tu término no llegas,
jamás, jamás! nunca, nunca!

Si algún día vas a hundirte
en un piélago remoto,
ya no habrá ninguna sirte
que tu espejo no haya roto.

¡Qué trenos—cuando caminas—
no brotan de los acordes!

con que interrogas las ruinas
que bate el cierzo en tus bordes!

Allá en las noches de Invierno
cuando el gran silencio hieres,
parece que al Cielo eterno
tú alzaras cien Misereres!

Cien Misereres que entonces
hundieran en los ocasos
el ay! de todos los bronces
que el dolor hizo pedazos!

Te conozco, raudo Río,
aunque siempre tú te escondas!
Tú eres mío! Tú eres mío!
Son mis lágrimas tus ondas!

*

El hielático Terral
desde los Andes sopló,

y a su paso no dejó
ni una rosa en el rosal.

La golondrina después
voló del alero azul.
donde colgó el primer tul

del nido que está a mis pies.

Desde entonces yo senti
crecer el frío polar
del mundo crepuscular
que llevo dentro de mí.

*

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.
Quizá cuando la Luna se alce incierta
yo estaré lejos de la luz que vierta.
Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.
Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.
No sé quién de otro mundo al fin me llama
de este mundo que no amo y que no me ama!



Horacio Olivos y Carrasco

(En Quillota, el 10 de Agosto de 1872)



Es el pastor exótico del paganismo, que dice sus canciones impasibles bajo la sombra de los templos de la antigua mitología. Es uno de nuestros poetas con personalidad literaria bien definida y sólidamente encauzada. Marcha solo, aislado, por los senderos de la poesía, sin importarle nada las grimas humillantes de aquellos envidiosos herméticos que, por no comprenderlo o considerarlo raro, estiman que sus versos son afectados y carecen de sinceridad.

Sus poemas rígidos e impecables, cuando se detienen en las antiguas calzadas abiertas a toda atmósfera a cantar las deslumbrantes bellezas exteriores de las cosas, difunden una espléndida floración de chispas fantásticas, bellas y sin calor; pero, cuando se empeñan en merodear por los estrechos y oscuros callejones de la vida interior de las almas, no conmueven y producen el efecto de la luz que despiden las lámparas agonizantes.

Es uno de los pocos representantes en América de aquellos viejos tercios puritanos que, sedientos de una belleza artística sin mácula, se agrupan al rededor del lustrero Leconte de Lisle.

Desde su primero y único libro *Neuróticas*, publicado allá por el año 1903, vemos la inclinación de este poeta por el culto de la belleza helénica; de ahí su fervor por el arte antiguo, por el arte pagano, que se despliega en envolturas brillantes sobre su poesía de parnasiano puro.

En este volúmen hay fuegos de Rubén Darío y de Pedro Antonio González.

Olivos y Carrasco es un poeta infatigable.

Como carece de recursos, se ve condenado a guardar en la obscuridad de su escritorio, siete u ocho obras que esperan con desconfianza una mejor situación pecuniaria del autor.

Sus libros inéditos son : *Falenas*, que publicó en «Sucesos» a manera de folletín; *Prosas Sentimentales*, *Cuentos Rápidos*, *Recuerdos Literarios*, *Páginas de Arte* (ensayos de crítica), *Rimas Sugestivas*, y *El amor criminal* (tragedia).

Su bella colección de poesías titulada *La Noche Lírica*, firmada con el pseudónimo de Poquita Cosa, fué premiada con el primer accésit en el Certamen Literario promovido en 1912 por el Consejo Superior de Bellas Artes.

Es profesor en el Liceo de Viña del Mar.

LAS CANTARIDAS

Porque ellas hacen de cada Otoño mil Primaveras,
mientras se encienden de los amores las rosas áridas,
en la afrodísia de mis ardientes locas quimeras
amo el divino símbolo augusto de las cantaridas.

.....

Al sol irradian sus capacetes multicolores
que luego fingen iris vagos en la enramada,
claros rocíos en el engaste de muchas flores,
rojos rubíes en el estuche de la granada.

En las sombrías y claudicantes frondas espesas
brillan sus petos con la elegancia de un simulacro,
como carbunclos, como esmeraldas, como turquesas,
como encendidos negros carbones de un fuego sacro.

Entre las lilas y los citisos del viejo monte
donde Afrodita tuvo su templo grande y austero,
acaso sueñan con la vendimia de Anacreonte,
con la belleza del paganismo que cantó Homero.

Bajo la doble coraza de iris que las guarnece
hay del alegre fauno lascivo la chispa grata
que es en las venas de los Vinicios: ola que crece;
y es en las bocas de las Popeas: beso que mata!

Acaso sueñan con Berenice. Sueñan acaso
con la cohorte de las bacantes de Alejandría;
tal vez lamentan de Cleopatra su último paso,
magas venustas que sólo fueron flores de un día!

Porque fué Safo sacerdotisa de cultos fálicos
Safo las quiso; y en sus jardines plenos de lilas
reverberaban cual diminutos soles metálicos,
reverberaban como curiosas raras pupilas.

.....

Porque ellas hacen de cada Otoño mil Primaveras,
mientras se encienden de los amores las rosas áridas,
en la afrodisia de mis ardientes locas quimeras
amo al divino símbolo augusto de las cantáridas.

HORA DE JUERGA

Los marqueses del Ensueño rememoran sus quince años;
señoritas Ilusiones, os espera el parque abierto....
suenan rítmicos violines, ritman cánticos extraños
que van pronto diluyéndose en el ámbito desierto.

Flotan sombras en el parque. Bajo el arco de las luces
cruzan, pasan fugazmente, como sombras, las parejas;
y hay aromas enervantes de nelumbos y altramuces
en el aire voluptuoso que modula cosas viejas.

¡Oh, los nobles del Ensueño! En el parque, los marqueses
tienen cisnes, grullas, gansos, que chapuzan en las ninfas;
con los mármoles helenos, lucen pórfidos franceses;
faunos, sátiros, eunucos y discóbolos y ninfas.

Los helechos de las islas, en las largas avenidas,
agigantan sobre el suelo sus ramajes de altos picos
y las palmas tropicales (del país de los druidas)
ensombrecen los senderos con sus verdes abanicos.

Señoritas Ilusiones, os espera el parque en fiesta;
serán vuestras las estatuas de las Venus y los Eros,
y los cisnes del estanque y el frú-frú de la floresta,
y el misterio religioso de los cómplices senderos.

Pan insufla en su carrizo leve y rústico motivo,
Pan celebra los quince años con sus flébiles canciones;
se os permite la vagancia por un lapso fugitivo;
vuestras son todas las sendas ¡oh, mis dulces Ilusiones!

A compás de las gavotas vuelan francas alegrías;
los marqueses del Ensueño rememoran sus quince años;
sean vuestros tantos goces, vuestras dichas sean mías,
que después, mis Ilusiones, ya vendrán los Desengaños....

DE ALBA

Flota un blando perfume. Junto al lecho
mi novia calza su escarpín de seda,
y, como Venus de la espuma leda,
surge sonriente del nidal deshecho.

Sus bronces y sus lakas en acecho
la atisban desde el piano. Ella se enreda
los cabellos dispersos, y se queda
contemplando las formas de su pecho.

Una sonrisa espléndida ilumina
su virgíneo semblante de alabastro
con arreboles de carmín de China.

Y atraviesa el boudoir, dejando un rastro
de claridad exótica y divina
cual si pasase entre la sombra un astro!

EN LA SOMBRA

La noche reina. En el huerto
céfiro duerme. Las hadas
cruzan el cielo desierto
enamoradas.

Flota en la atmósfera cálida
blando perfume de amores;
brilla la luna más pálida
entre las flores.

Duerme en las ramas la lira
que antes pulsara mi Musa;
y Hécuba, triste, suspira
toda confusa.

Cuelga el Amor las escalas
para qué ascienda Romeo,
mientras despliega sus alas
el dios Deseo.

Ya la Morgana doncella
se hunde en la diáfana linfa;
sigue, curiosa, su huella
cándida ninfa.

Sordo tropel de Centauros
que, huyendo veloz, se aleja;
y cabecean los lauros
allá en tu reja.

Las ondulantes Walkirias
bailan su alegre gavota,
cual las mujeres asirias
de terra cotta.

Sale a rondar la indiscreta
ronda de silfos alados,
ora en la altiva meseta,
ora en los prados.

Venus sonríe, y, opreso
quizá, su espíritu amante
da al dulce Adonis un beso
en ese instante!

Pan se ha quedado sin pauta.
Pan está triste. Algún gnomio
desafínole la flauta
sin saber cómo!

Todo, en silencio, reposa;
reina una calma profunda;
Dafne se pierde amorosa,
meditabunda.

Y en tu balcón entreabierto
do están tus flores inermes,
vela mi espíritu yerto
mientras tú duermes....!

VENCIDA

Junto al estanque sonoro
está la púdica Diana
como una griega sultana
de cabellera de oro.

Sus formas—rico tesoro
de morbidez parnasiana—
hunde en la linfa liviana
con recato y con decoro.

Tiembla su carne de rosa
como una flor pudorosa
que besa el aura marina.

Y al verse hermosa en la fuente
deja escapar, inconsciente,
su risotada argentina.

*

Tras unas rosas la acecha,
lleno de gozo el semblante,
un viejo sátiro amante
que en darle caza aprovecha.

Diana le ha visto en la brecha;
y de furor delirante
salta a la arena quemante
y coge su arco y su flecha.

Apunta al sátiro, y brava,
del pecho en medio le clava
su saeta vengadora....

Pero luego, arrepentida,
al verle rodar sin vida,
se arroja sobre él.... y llora!



Ernesto A. Guzmán

(En Bulnes, el 25 de Julio de 1877)



Bajo una presencia modesta, huraña y francamente antipática a los ojos, se oculta una personalidad refinadísima.

Completamente desconocido es este poeta en las esferas populares, y en los cenáculos artísticos se discute poco su labor intensa que alcanza a cuatro libros, dos de los cuales son de mérito innegable.

Guzmán odia la populacheria, las gentes incultas, los neófitos del arte y las discusiones literarias. Su retraimiento, su hurañez y sus actitudes silenciosas de escéptico profundo, le han abierto las puertas de una adversión natural, inevitable. Los intelectuales le miran como a cualquier hijo de vecino burgués, sin admiración, sin afecto especial y sin envidia.

Le conocimos en la Universidad del Estado. Su aspecto sencillote, indiferente, glacial, nos molestó, nos fué desconcertante. No creíamos, no queríamos convencernos que era él el poeta de *Vida Interna*, enmarañado, robusto, nervioso, íntimo. Se nos figuró un empleadito de casa de trapos, prematuramente envejecido y amargado por los sinsabores de la trastienda y del mostrador. Su misma conversación nos fué hondamente desagradable. Su gesto impasible, apático, y su palabra sin vibraciones, nada revelaron.

Es cierto que hay personas que en la intimidad, en el despliegue de sus facultades amistosas, sufren una gran transfiguración. Despierta en ellos el ángel que dormía en el fondo de sus almas filosóficas, herméticas y displicentes. Cae la pesadez artificial de la materia y se llena ésta de un fluido magnético, de un encanto exquisito que atrae, fortalece y despierta la simpatía exterior. Hasta los animales domésticos parecen comprender estos estados especiales de alma.

Tal sucede con Ernesto Guzmán. En las calles, para los indiferentes, será siempre una figura vulgar, innecesaria, hostil; pero, en el fondo de las amistades predilectas de la vida familiar, aparecerá su verdadera personalidad, con el tesoro que lleva oculto en sus entrañas bajo un exterior humilde, como para evitar el robo, la codicia o el vocerío de ciertos pilluelos del arte y la rutina.

La verdadera acción literaria de Ernesto Guzmán, empezó en 1909, con su libro *Vida Interna*. Ya, en 1902, había publicado *Albores*, versos adocenados, infantiles, bien modelados y gruesos y sonoros a lo Díaz Mirón. En este libro se respiran los buenos aires que soplan a toda juventud que aún no penetra a los linderos de los veinticinco años: amalgama de escepticismos dudosos, de ensañaciones altruistas que, como blancos vellones, se dejan en las zarzas del camino, y de gritos de animación, de exhortación para un combate futuro, cuyos fuegos, cuya sangre y cuyas heroicidades no pasan de ser una humareda, un relámpago de la juventud entusiasta, idealista.

Así son los versos de Ernesto Guzmán en *Albores* y *En pos* que publicó en 1906.

En aquellos tiempos era un loco «enamorado de las detonaciones de la rima», como lo dice en una de sus poesías. Por eso sus versos tienen cortes de espada y ruidos de cañón. Carecen de substancia íntima, pero son calurosos, con el calor de las trincheras. No conmueven, pero fortalecen, envalentonan.

En *Vida Interna*, ya tenemos al poeta siguiendo el derrotero de una personalidad propia y robusta.

Sus poemas revelan un temperamento estudioso, atormentado y original. En ellos discurre con la sutileza abstrusa de la metafísica. Los primeros principios de las cosas y las almas, el origen y la suerte de las vidas inmóviles y menudas que para los vulgares son piedras del camino, provocan en el poeta una verdadera crisis espiritual que lo obliga a arrancar los silencios dormidos, la labor anónima y legendaria de ciertos cuerpos impasibles, para ponerlos frente al símbolo de esta otra vida que palpamos cotidianamente en el rodar fatigoso del mundo.

Ya vemos a Guzmán sentado frente a la lámpara, en la soledad de su alcoba, revolviendo sus cabellos con las manos crispadas por la nerviosidad de la idea que se escapa o que no acude con la limpieza y claridad.

Ya vemos a Guzmán sentado frente a la lámpara, en la soledad de su alcoba, revolviendo sus cabellos con las manos crispadas por la nerviosidad de la idea que se escapa o que no acude con la limpieza y claridad.

ridad engendradas por su emoción, y agitarse a veces desencantado y displicente ante la maraña de una frase rebelde que ha traducido pálidamente los hondos pensamientos que hierven en su interior.

De aquí la visible obscuridad de algunas de sus estrofas que, no obstante su diletantesca substanciación, incorporan borrosos los relieves macizos de un audaz pensar. De aquí también que ciertos críticos de sacristía y péñola de ganso, le hayan colgado al pecho cuando no la cruz del decadentista, el capotillo del imitador.

Ellos han sorprendido en la poesía de Guzmán, un fraude de la obra lírica de Miguel de Unamuno. Sin embargo, éste le ha tendido la mano sin protestas, aunque con afecto ridículamente yoísta, en un prólogo a su libro *Los Poemas de la Serenidad*, publicado en 1914.

En los versos de este volumen encontramos latente la personalidad definitiva de Ernesto Guzmán. Doce poemas son éstos que acusan en su autor la concepción amplísima del arte verdadero. Modelados libremente, en blanco, sin trabas de rima que por lo general modifican lastimosamente, desperfectonan la médula de las ideas; escritos como al correr de la pluma después de una triunfante exploración alimática, llevan en ellos el estigma sereno de un misticismo acendrado, sutil y aromoso. La serenidad inefable de esta poesía emigra al espíritu del lector, lo conmueve con su majestad bondadosa y optimista e infiltra un extraño calmante que reanima y fortalece las miradas y dulcifica la actitud dolorosa de la vida en el cuerpo.

Los poemas de Guzmán tienen el incentivo de poder plasmar bellezas intensísimas con audaz colorido, sin envolverlas, como sucede a muchos poetas noveles, en las propias sombras que las amparaban. Por esto, sus versos, aunque de envoltura ideológica abstrusa, tienen un alumbramiento glorioso y fuerte. Aparecen en toda su forma, en todo su esplendor. Nada queda oculto en los montículos del cerebro, y su dignidad denuncia al artista sabio que explora los horizontes luminosos y lejanos y trae la perfecta visión de éstos asomada a las pupilas como un claro de luna.

Hay una secreta aristocracia en el movimiento y en la presencia de su poesía que, con su gesto noble y sereno, parece prohibir a los profanos y al vulgo la entrada al templo de belleza donde oficia bajo la solemnidad del silencio y de la hora.

Todos los poemas del libro de Guzmán son de un mismo abolengo. Parecen hostias de una misma eucaristía. Y son dolorosos, pero nó como las heridas que chorrean sangre, sino como las angustias que socavan lentamente el espíritu. Y tienen ternuras de madre y de perro. Son sanos y virtuosos como Jesús, como el agua de riego y como los caminos; humildes y blandos como una acción de gracias; cariñosos, activos y buenos como las manos y los ojos del poeta; hospitalarios y afables como el recinto de una casa; ignorados e inadvertidos como la vida superflua del destino de las hojas de un árbol, y felices y luminosos como el regreso al hogar vacío, símbolos todos que el poeta ha cantado en *Los poemas de la serenidad*.

En su último libro *El Árbol Ilusionado*, (1916), el poeta nos habla de su eterno panteísmo fervoroso, que, en comunión íntima con la naturaleza, desarrolla un calor admirable de humanidad y de fe para las luchas diarias, mucho más intenso que el de su obra anterior.

Si algo podemos esperar de Ernesto Guzmán, poeta, no es ya la profundidad de las ideas sino una mayor suavidez y armonía en la expresión de sus versos; menos rebuscamiento de palabras para hacer comparaciones diametralmente opuestas entre sí, y tal vez un poco más de corazón... Con esto habrá cumplido la alta misión que se ha impuesto.

Es profesor de Castellano en algunos colegios de Santiago.

JESÚS

Aquí bajo este sol que me liberta
de las malas pasiones, porque es tibio
como mano de madre; en esta tierra
toda nueva de flores y llamados
sucesivos y pródigos, suprema
por la reciente lluvia y puesta hermosa
de solemnes comienzos; bajo todo
ésto que solemniza en mis adentros
y de envíos me sacia, en que el espíritu

es resplandecimiento y es propósito,
Jesús, yo te comprendo.

Eternizaste

tu yó en algún instante parecido,
pero más grande que este mismo instante
que me hace soberano de la hora
y de la eternidad y de la tierra.
Ahora te comprendo, Jesús!

Fuiste

en todos los minutos de tus años
sereno enteramente; como hierba
húmeda sobre el suelo, tus acciones
y tus voces sumían sus raíces
lozanas en tu cuerpo ¡qué de extraño
que sintieran los hombres un callado
rumor de tierra que elabora y nutre
al acercarse a ti! porque en tu cuerpo
hacía resonancia toda cosa
y dentro de tu alma se agrandaba
el alegre universo!

Saturado

de todos los aspectos, poseído
de los ecos diversos y la gracia
de horizontes sobrantes!....

Tus dos ojos

eran dos corazones, e infundían
en la profundidad del organismo
cálidos crecimientos; suscitaban
en los hombres maduros una fuerza
que los hacía niños, y ponía
bajo los rudos sueños la confianza,
que fertiliza todos los instantes.
Eras el admirado permanente
del minuto y la brizna: los hallazgos
acudían a ti desde la hierba,
desde el astro lejano o la partícula
de polvo del camino; ningún hecho
te negó su recóndita substancia,
ninguna sensación, su preferencia,
y ningún pensamiento dejó su obra
para ti sin cumplirse: tú tenías
más atención que el sol y penetrabas
todos los hemisferios del espíritu.

¡Oh Infinito Remanso serenado
de mirar a los cielos cara a cara!

Todo lo más pequeño, lo superfluo
y lo insignificante se tornaban

magníficos en ti: se hacían hondos los gritos de las bestias; la montaña turbadora y estéril, florecía meditaciones altas; el comienzo del balbuceo humano se llenaba de grandes pensamientos; los endebles y diminutos brazos se cubrían de resueltas acciones; y la nube tenía una conciencia bienhechora. Maravillado y Pródigo, tus manos, mensajeras de ti, manos de siembras, no pudieron cerrarse, como fuentes que por las altas cimas con el cielo comunica, y agotarse no puede.

AGUA DE RIEGO

Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes....y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!

Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos; y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido;

verdura y claridad, en su esperanza;
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cuna.

Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endebles tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

MI CASA

Corazón del amigo, estás presente
en el recinto de esta casa; en ella
resuena el ritmo de tu sangre, pleno,
presuroso de acción!

Seas bendita,
casa mía, por todo: por la ayuda
a que debes tu origen y el apoyo
que te doy con mi afán, y la confianza
que pones en los ojos y en las manos
de mi buena mujer; en ellas siento
aleteos de pájaros que me hablan
de las fatigas y ansias de los viajes
y la promesa del descanso.

Nunca

he sentido a las cosas más humanas,
ni todos los objetos más amigos,
ni he olvidado mejor lo pasajero:
al detener la vista en tus rincones
yo los pueblo de ensueños, de los míos
y también los ajenos de las varias
personas que han venido, y se han dejado
un poco de sí mismas en cada una
plenitud personal que desplegaron;
así son desde entonces, y las palpo
presentes todavía: alguna hermosa
actitud yo divisó en este sitio
y que me da frescuras de agua clara;
y en ese otro, algún gesto cariñoso
de un amigo; y surgiendo del conjunto,
esta materna paz que me serena.

Eres abrigadora: yo he aprendido,
dentro de ti, el valor de lo pequeño,
cuando ha entrado un insecto diminuto

a alguna de tus piezas y buscaba
la salida angustiado; y poseído
de una piedad fecunda, lo he tomado
y dado libertad, porque de nuevo
fuera a sentirse poderoso y útil.
He aprendido el valor de toda cosa,
y he vivido la vida de las plantas
que ha plantado mi mano: cuando he visto
marchitarse sus hojas y he notado
endurecerse el suelo, he comprendido
que padecían sed y que sufrían
con algún corazón como este mismo
corazón de los hombres y las bestias;
y que al abrir sus flores, florecían
sus visiones internas.

Tú me tornas
abundante: comprendo los afanes
de la tierra por darse; de los frutos,
por entregar sus jugos; y del agua
y el sol para verter su impulso.

Miro
por tus puertas el cielo, y se hacen blandas
y serenas mis luchas: me avergüenzo
de las malas pasiones que los otros
me impusieron con gestos y con actos,
y procuro que el barro del instinto
vaya fertilizándote y bendiga
tus amparos.

NUBES!....

Buenas y santas nubes de verano
que me hacéis los obsequios de esta sombra
reconfortante y fértil!...

Porque siento
en mí la agitación de vuestra marcha
y vuestra liviandad; porque ha llegado
vuestra sonoridad imperceptible
hasta mi corazón, y habéis venido
a darme juventud y me habéis hecho
poderoso de anhelos; sed tan sólo
portadoras de anuncios: que ninguna
de estas manos que os ruegan, logren nada
concreto de vosotras. Sed promesa
visible y alejada, ésa que siempre
guarda en polen su fruto y santifica

a estos dedos que esperan y no cogen...
dedos magnificados por el ansia,
y que son más humanos y más puros!

Así amorosas en ofertas, pródigas
de probabilidades, haréis bella
y sonora la vida; a la manera
de la amada perfecta, la Suprema
que hemos puesto distante y que nos hace
inmensos y profundos; soberanos
de todo lo que vemos; moradores
del encanto continuo; los profetas
de nuestras voces íntimas....

Sed, nubes,
la caridad suprema, ésta que sabe
prolongar el minuto de la oferta
hasta la eternidad....

CONTIGO

Eres, mi corazón, una limosna
que no pidió la Vida y que le dieron:
En ti siento sonoro y siento cálido
a todo el universo: en ti registro
la piedad de las nubes por las hierbas
y la misericordia de las plantas
por las bocas hambrientas.

Tú eres todo
para mí; me has dado el infinito
dolor de mis pasiones, porque has puesto
esta pareja del amor y el odio
que transmitan sus sangres a mis obras;
y porque en ti ya olvide, ya recuerde
o arraigue ensoñaciones, la conciencia
de mí mismo es tu dádiva.

Tú fuiste
un vago ofrecimiento impronunciado
ya en la ansiedad de ser que aquellas rocas
primitivas soltaron al ambiente....
Y por eso eres triste; y por la espera
infinita, también eres humano.
Eres mi compañero y mi enemigo;
eres mi regocijo y mi diatriba;
mi rechazo y mi aplauso; mi alabanza
y mi reconvención. Yo te mantengo
de realizaciones; tú, de impulsos.

Te hago senda a lo largo de mis brazos
y la pongo nutrida de anhelantes
deseos silenciosos, cuando te echas
camino de mis manos a ofrecerte
a las manos ajenas, a las buenas
que se dan en alivio con la hostia
y el vino de la ingenua preferencia.
Las invades ansioso, y allí entero
se te acaricia el rostro a flor de palma.
Eres la cara interna, la que tiene
sólo gestos sinceros; la que pide,
asomada a mis ojos, que la entiendan....

Yo te pongo en mi boca y en mis labios,
que saben de tu carne y que la muestran
en el mundo exterior para dejarlo
restregado de ti; por eso suenan
con ansia y con pasión mis alaridos.

Yo te pongo de sello en toda cosa
y en la vida del rostro, porque tienes
las acciones sencillas, los pensares
de ingenuas transparencias; porque sabes
las palabras profundas que no mienten
y las meditaciones ampulosas.

Y cuando para todos te repartes
como una hostia humana ¡por qué entonces
has de ser, para mí, incansable puño
que agolpa sobre el pecho de mi vida
su infinito tesón de destrozármelo!....

MIS MANOS

Oh, buenas manos mías, precursoras
de la entrega, sembradoras felices
de mí mismo en los actos, compañeras
de mis íntimos gestos; no hacéis nada
que no sea resumen, y no muestre
el temblor del intento y las calladas
palabrerías de mi ensueño!

Fáciles
se tornan en vosotras los sentires,
y a las realizaciones vais seguras
como alas que se comban. No os sustraigo
a los diarios quehaceres: cada uno

da la miel que se puede, y el intento queda justificado en lo que resta.

No rechazáis oficio; habéis sentido, al cultivar las flores y las plantas, cómo os iba la tierra penetrando del estremecimiento de sus fuerzas; y cómo de los tallos se vertían calladas resonancias en vosotras; y hasta igual conmoción habéis tenido al guiarme esta pluma, cuando llena de vibración, en sendas de palabras ha fijado una huella al pensamiento!

Devotas manos mías! Temblorosas de irrealizados actos; fuertes, cálidas por la sangre del ansia, en ocasiones habéis estado plenas de llamados fervorosos y amargos, porque nadie, sino vosotras mismas, ha sabido de ellos y el objeto: erais entonces bocas que se torcían y estiraban bajo las turbulencias del secreto y las desesperanzas del contacto.... Devotas manos mías! los llamados que os han solemnizado, sean santos para la eternidad! y que por ellos no os puedan confundir!

Ninguna cosa dejará de saber, al ser tocada, la fértil devoción de lo que os resta!

CAMINOS!....

Caminos del terruño, caminitos tendidos en el campo por la mano piadosa de algún hombre para el viaje de los sueños del niño!

Me habéis dado religiosos deleites cuando han ido por vosotros mis pies, y muchas veces un ágil fantasear: tras de los bosques de la orilla del río, he colocado maravillosas tierras, guardadoras de todo lo anhelado. Me he sentido, en vosotros, señor: las cosas eran súbditos obedientes; mensajeras

de mandatos, las aves; la llanura,
un reino dilatado; y renacía
la tierra ante el dominio vigoroso
de mi infantil espíritu,

Caminos

de los anchos potreros y los verdes
y espacioso trigales! os adeudo
la devoción de inmensidad y el voto
de robustas acciones, que no cesan
de trabajar en mí.

Como unos brazos

largos y abrigadores, acudíais
a recibir mi encuentro: encima de ellos,
glorificado el cuerpo, mis sentidos
se abrían plenamente y recibían,
sin ningunos propósitos ni fines,
lo que les daba el cielo, el sol, la tierra
y la vega cercana.

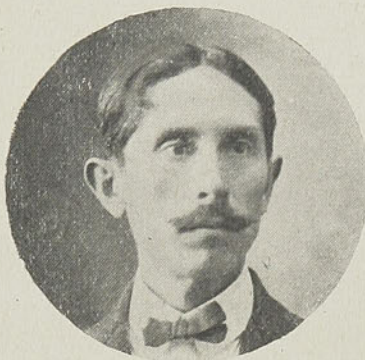
Caminitos

de mi mejor visión, yo aún os debo
la intención del recuerdo: sed lo mismo
que brazos llamadores para todos
los niños que se acerquen a vosotros,
y haréis mi gratitud resplandeciente!



Zoilo Escobar

(En Concepción; 1877)



Nos encontramos frente a frente de uno de los literatos más característicos de nuestra tierra, cuyo temperamento de artista habría escalado ya las más altas cimas si no fuera por su eterna modestia de hacer labor obscura de minero y por los eternos convencionalismos a que están amarrados los espíritus que, como el de este poeta, necesitan lamer el espinazo del capital para no morirse de hambre como un perro.

Zoilo Escobar es el menos conocido y uno de los poetas chilenos de más carácter, de más valer moral, tal vez el único de los que se consagran con verdadero abinco a la defensa anónima de los derechos del pueblo.

Apóstol de los ideales de fraternidad universal, se le ha visto figurar en «El Mercurio» de Valparaíso con artículos de fondo, en que abarca los problemas sociales con profundo conocimiento y amplitud de miras, exponiendo la causa de los males que azotan a la sociedad con su odiosa diferencia de clases y mostrando los remedios que son necesarios para evitar su completa corrupción.

Es el alentador de las multitudes a quienes, muchas veces, ocultándose bajo la humildad de un pseudónimo, ha arrojado sus versos pletóricos de cariño y de piedad y sus proclamas violentas de indignación, en las horas aciagas de los movimientos populares encendidos por el hambre o por la humillación patronal y en que el ánimo plebeyo decaía o las protestas amenazantes de la acción mancomunada eran disueltas a fuerza de tiros.

A veces sus versos rotundos e impecables, modernos y emocionados, cantan como los de Charles Vildrac las amarguras y miserias de sus iguales y muestran las desnudeces y las pústulas que padecen los humildes, insinuando al deber a los patricios del oro y del mando, con conmovido gesto y entonaciones desesperadas, sin hacer utópicas promesas y sin traer al recuerdo, como lo hacen tantos otros, los triunfos redentores de una Bastilla salpicada con sangre revolucionaria.

Como su vida es su obra: sana, limpia y pura.

Desde la altura de sus ideales humanitarios, puede contemplar, sin mancharse el espíritu, las mareas que suben de la ciudad estremeciente y hacer obra sincera, robusta y fructífera.

No ha publicado libro.

Redactó con Luis A. Hurtado «Selecta», semanario porteño que se publicó durante el año 1904.

Fué un ardiente colaborador en los trabajos de la difunta Universidad Popular de Valparaíso.

Ha publicado en algunas revistas y periódicos extranjeros y desempeña actualmente en la indiferencia rutinaria de cualquier burgués, un cargo de mediana importancia en la Gobernación Marítima de aquel puerto.

MIENTRAS EL SOL VISITA MI VENTANA

Me siento un millonario
de sol y poesía;
y nunca, como ahora,
mientras lloran las brisas,

he sentido el deseo
de llevar la alegría
a donde están los huérfanos
de todas las sonrisas....

A DONDE VAN LOS HOMBRES...

Hombres de todo el mundo que tenéis la riqueza,
hombres que sois los dueños de la tierra y el oro,
bajad, bajad al fondo de la misma pobreza:
Una vida no es grande contemplando un tesoro!

Las frentes de los pobres, llenas de esfuerzo y ansia,
también llevan la nube de los sueños, prendida....
En las flores sencillas hay amable fragancia
y hay inquietud de rimas en donde está la vida!

La bondad es la lumbre del Sol para los pobres!
¡Dad lumbre a los humildes, dueños de la fortuna;
porque a la tierra invaden los dejos más salobres,
de un odio hasta la muerte, que principió en la cuna!

Y el odio hasta la muerte, que aumenta en cada hora,
digámoslo bien alto, que es fiera vengadora....
que es el paso más torpe de un ilusorio afán....

El amor es la lluvia caída en los desiertos!
Por sendas tan opuestas, con pasos tan inciertos,
a dónde van los hombres? ¡A dónde....a dónde van!....

CLASE MEDIA

Tu historia, historia triste y en el tiempo perdida,
principió desde el hombre derrocó un privilegio
para engendrar mil otros....Naciste con la vida
de esperanzas que fueron rimas en florilegio.

Llegaste sana y recia, con la gran marejada
de ensueños libertarios. Así viniste un día;
y hoy caminas lo mismo que si fueras cansada
de todas tus nostalgias y tu melancolía.

Hoy eres como el ave que en su infinito anhelo
siente el frío en las alas para tender el vuelo....

Hoy ni gimes, ni puedes, en medio del barullo,
mostrar las altiveces, ni el honor de tu orgullo.

Hoy ya no eres ni el águila, ni el reptil, ni el gusano.
No eres señor ni siervo, ni hay quien te dé la mano....
Eres la mezcla informe de impotencia y de ensueño.
Percibes y no alcanzas....tu ambición es un sueño!

Y así con tu desvelo doloroso y gigante,
así con nuestro siglo vas tras de tu destino,
sin que en tu entraña aliente la fe del caminante
que ha de encontrar la fuente....no lejos del camino....

CON MI HERMANO EL JARDINERO

¿Cómo está? Buenos días, hermano jardinero.
Aquí estoy; vengo a verlo y a sahumarme de encantos....
siento un consuelo inmenso, cuando con tanto esmero

lo veo como riega las exquisitas rosas,
lo veo como arregla las filas de amarantos
y las rojas camelias de carnes voluptuosas.

¿No ve como se empina la gallarda amapola?
Mire al pálido lirio, bardo sentimental
que se estremece al viento. Repare en la corola
arabesca y sangrienta del clavel tropical.

Todas, todos, repiten que usted es hermano mío;
que en su pecho se clavan los dolores tenaces;
y que cuida las flores para aliviar su hastío
cuando recuerda el tiempo de los besos voraces....

CUANDO ME ACUERDO DE JESÚS

Cuando en mis horas llenas de grande desaliento,
me acuerdo de tu nombre, pastor limpio y divino,
parece que llegaran a mi mismo aposento
las aguas de un remanso profundo y cristalino.

Llega a mí tu figura con diadema de andrajos,
mostrándome tu reino del perdón y el olvido....

Y olvido los más agrios y forzados trabajos,
y a la ruda falange de los que me han herido.

Pero, cuando me acuerdo de la fuerza maldita
que azuzó a la vil plebe....la que de arriba incita
escondiéndose artera tras las murallas de oro....

¡Ay, no sé lo que siento, por ti, mártir sublime;
no sé qué angustia enorme me estremece y me oprime....
Ni qué venganzas pasan mientras me angustio y lloro!....

MAR, SOL Y VIENTO

Me dijeron: no he visto costa más desolada;
desque se llega a ella, no se ve nada, nada:
el agua, el sol y el viento fatigan la mirada.

Mas yo que admiro el agua, que admiro el sol y el viento,
me encaminé a la playa con el ardor que siento
por todo lo que brilla y esconde algún acento.

Me encaminé lo mismo que un amante lo haría,
escondiendo en su pecho su gran melancolía,
y evocando sus vivos espasmos de alegría.

Y mientras caminaba, pensaba a mi placer,
que yo con mi quimera: visión, ángel, mujer....
vería lo que muchos nunca han podido ver.

Por fin llegué. Las aguas en los negros breñales
batían sus espumas, rompían sus cristales
al són de cajas, trompas, dulzainas y atabales.

El sol desparramaba su vida en el crisol
de la inmensa llanura del agua tornasol,
y entre una y otra ola colocaba otro sol.

El viento, el viejo amigo y el músico viajero....
de su órgano arrancaba, quedas quejas primero,
y luego fieros ímpetus como choques de acero....

¿Cuántas horas pasaron? Decirlo no podría,
sólo sé que el motivo de la gran sinfonía
traía hasta mi espíritu su eterna poesía.

Que el vértigo de todo: luz, vida, marejadas
y todas las grandezas de cosas ignoradas,
querían abarcarlas mis ansiosas miradas....

Que los sueños, deseos....que a las almas anima,
acudían lo mismo que la miel de la rima,
o las robustas ansias de llegar a la cima.

De libertad el triunfo más grande y más humano,
me hablaba el pez, el ave que cruzaba lejano
y una nube que lenta subía hasta el arcano....

De un amor altruísta, me hablaba de igual modo
el sol—corazón de oro—para quien linfa o lodo
siempre le da lo mismo; pues se reparte todo....

También de gloria, fuerza, ensueño; todo en suma....
me hablaban mar y cielo, arenales y espumas,
y el horizonte envuelto con misterios de bruma.

Y así fué, lo recuerdo, que allá en mi corazón
cuando dejé la costa, grabé la anotación
de esta siembra de imágenes blandas como canción.

LEJOS DE LA CIUDAD

Ya el sol pasó las cumbres. El horizonte toma
tenues tintes violados. De la escarpada sierra
llega un viento repleto de oxigenado aroma
que levanta y sacude largas nubes de tierra.

Viento recio que al rancho lo amenaza y desgaja....
Al rancho que adornado de un naranjo y un pino,
con su penacho de humo, con su techo de paja,
se asemeja a un enorme sombrero femenino....

De la ciudad no llega nada más que un recuerdo
muy amargo, muy áspero, de todo lo que abruma:
trabajo sin descanso.... un reloj siempre lerdo,
y un cielo desteñido de tanto que se ahuma....

Aire impuro que ahoga.... Deseos comprimidos
de pan, de amor, de ensueño.... Nerviosas sacudidas
del vicio y la locura. Y odios mal comprimidos....
que van regando sangre, que van segando vidas....

Muestran todas las calles de la inmensa colmena,
los más fieros contrastes.... Un porvenir avanza
de inquietud y amargura. Se teje una cadena
de destrucción, de muerte, de ruina y de venganza....

Aquí lejos, muy lejos, de todo ese hervidero
de errores y de angustia.... la viña, la arboleda,
el arbustillo endeble, el repecho, el sendero,
el río que fulgura, que rezonga, que rueda....

Todo cuanto la vista abarca y la fascina,
todo anima la sangre, todo canta y encanta:
parece que la dicha se alcanza, se adivina....
parece que la vida se endulza y se levanta....

ANTE UN RETRATO DE MUJER

Mujer de aristocracia, rostro lleno de pena
y de voluptuosidad. No sé dónde te he visto
con todas las riquezas de tu carne morena,
y con todo el conjunto de tu carácter mixto.

Nada sé de tu historia, ni en dónde está tu nido;
lo que sé es que en tu rostro brilla un fulgor extraño
que sacude hasta el último pensamiento dormido,
que alegra y que entristece, que endulza y que hace daño.

Lo que sé es que el retrato que tengo ante mi vista,
es un poema abierto, tal si fuera la lista
de abandonos muy sabios.... que al corazón convida

a trocar las quietudes por violentos excesos,
y a hundirse en el infierno de la senda florida
en donde estallan todos los más quemantes besos....



Miguel Luis Rocuant

(Valparaíso, Octubre de 1877)



Vigor descriptivo, grandilocuencia sin énfasis, expresión fácil y robusta: hé ahí los rasgos culminantes de sus poemas que interpretan la belleza magnífica de la Gran Naturaleza y exponen ideales de amplias y luminosas proyecciones.

Si hubiéramos de asimilarlo a la escuela de algún maestro del arte, lo enrolaríamos en la del Pontífice del Parnaso, Leconte de Lisle.

Algunos de sus poemas tienen la precisión y rigidez de mármores bajo-relieves. Por poco no es un *impassible*, de quien pudiera expresarse lo que Guyau y Darío dijeran del autor de la soberbia Trilogía parnasiana: «De los griegos tenía la concepción de una especie de mundo de las formas y de las ideas, que es el mundo mismo del Arte; habiéndose colocado por una ascensión de la voluntad, sobre el mundo del sentimiento, en la región serena de la idea, y revistiendo su musa inmovible el esculpido peplo, cuyo más ligero pliegue no pudiera agitar el estremecimiento de las huma-

nas emociones, ni aún el aire que el Amor mismo agitate con sus alas».

Rocuant es un poeta objetivo y pictórico por excelencia. Colorea o modela imágenes de un mundo exterior panteístico. No nos habla de sí, ni hace alardes filosóficos o morales. Sólo materializa sin calor su pensamiento, en un lenguaje robusto, armonioso y espléndido.

BIBLIOGRAFÍA.—Ha publicado, en verso: *Brumas* (1902), con prólogo de Marcial Cabrera Guerra e ilustraciones de Santiago Pulgar; y *Poemas* (1905); y en prosa: *Impresiones de la vida militar* (1908).

Ultimamente ha reunido sus poesías en dos libros: *Las victorias silenciosas* en que pinta las luchas y los triunfos del espíritu y el corazón; y *Cenizas de horizontes*, en que revive sus visiones de la naturaleza. Sus prosas forman cuatro volúmenes: *Los líricos y los épicos*, impresiones de algunos poetas; *Tierras y cromos*, impresiones sobre pintura; *Las blancuras sagradas*, impresiones sobre escultura; y *Los ritmos anunciadores*, estudios relativos al arte musical.

EPILOGAL.—Los poetas hispano-americanos, sobre todo los noveles, acostumbran enviar con insinuante dedicatoria, un ejemplar de sus libros recién publicados a los viejos maestros o pontífices del Arte residentes en Europa. Al recibir estos exóticos «specimens», los maestros guardan para sus obsequiantes descortes y cruel silencio, o se dignan,—como quien escribe para Indias,—retribuirlos con unos cuantos renglones epistolares o con breves impresiones críticas. De tal manera, junto con hacer resonar sus nombres en los últimos rincones del Globo, los pontífices aprovechan oportunidades para insinuar a la juventud consejos de sana doctrina, cuando no tendenciosas iniciaciones de los más inauditos rumbos.

Muchos de nuestros literatos han recibido esas lejanas misivas que aunque sirven a menudo de pasto a la vanidad y suelen incautar a los crédulos, merecen por lo curiosas y estimuladoras no olvidarse del todo. Hé aquí algunos párrafos entresacados de las que ha recibido el poeta Rocuant:

—«Valientes, vigorosos y aurorales, tienen sus versos la idea y la forma, el perfume y la savia, la sonrisa y el gesto. A veces aspiran a ser un pétalo, a veces una montaña, pero siempre traen entre las ruinas su jirón de ideas, como los navíos exploradores traen la albura de las nieves entre el cordaje. *Poemas* clarean un nombre que yo conocía y apreciaba ya, pero que saludo ahora con un entusiasta aplauso».—**MANUEL UGARTE, París.**

—«He leído sus *Poemas* y con verdadero placer puedo decirle que su fisonomía intelectual y moral se destaca cada vez más de sus versos. Es muy interesante averiguar las influencias extranjeras que han contribuido a formar a usted.

Creo encontrar de Musset y Byron bastante; de Hugo algo, un poco de los decadentes franceses y tal vez de los parnasianos. Creo que los italianos no lo han impresionado mucho, ni siquiera Carducci, a pesar de haber escrito usted su «A Satán». Pero si se inspira en algunos maestros, usted no imita a ninguno y éste es su gran mérito.

«Alma Mater» es una bella profesión de fe panteísta, cuyo soplo recuerda, a veces, a Lucrecio. Hay muchas estrofas de una entonación magnífica, fuertes y armoniosas.

Lo que los distingue a ustedes los sud-americanos modernos de los de la madre patria es que, con la frecuentación de las literaturas extranjeras, ustedes han perdido la costumbre del énfasis castellano, pero guardando siempre las nobles y poderosas sonoridades de la vieja lengua.

Usted tiene un gran vuelo. Su horizonte abraza dominios más vastos que la lírica simplona de los juveniles amores, de los cantos de ruiseñor y de los tristes adioses. En su lírica entra toda su concepción del mundo y de la vida, toda una «Weltanschauung», iluminada por la luz rosa de la poesía y eterizada por una visión de arte».—MAX NORDAU, París.

«...Y después de leerlos sin interrupción he quedado encantado de la suavidad de la lengua, de la pasión estética que los anima y de su soberbio colorido. Reciba mis felicitaciones. En el mundo joven y nuevo donde usted tiene la dicha de vivir, son ustedes los poetas como los anfitriones y los orfeos de la Grecia primitiva, ustedes mecen a los sonos de la lira la renaciente latinidad. Solamente le recomendaría a usted que no se preocupara mucho de los pensamientos del viejo mundo.

Inspírese, sobre todo, en la espléndida naturaleza que lo rodea y las espontáneas impresiones de esas tierras libres que florecen al sol.—FEDERICO MISTRAL, Maillane.

EL SUEÑO DEL ARBOL

El árbol yerto a la primera y leve
escarcha cristalina del otoño
se estremece, despierta y se remueve
creyendo florecido algún retoño.

A la brisa más fría, cual si fuera
a los cálidos soplos con que anima
la tierra y el azul la primavera,
inclina su amplia, rumorosa cima.

Y si esa leve ondulación desprende
el hielo nocturnal de alguna rama,
lo imagina una hoja que desciende
y se pierde a lo lejos en la grama.

Y desde el tronco a la más alta fibra
de su ramaje tembloroso queda
soñando que un rumor de flores vibra
entre las hojas, que la brisa enreda.

Mas luego viene el día; se difunde
celeste luz en el confín, y el manto
de la soñada floración se funde,
gota por gota, en silencioso llanto.

Así también el corazón que espera,
en los instantes de fervor, de brío,
ve surgir claridad de primavera
que anima todo el horizonte umbrío.

Al verla, sueña revivir, sonríe
con alegría de estival orgullo,
y siente que su vida se deslie
en esperanza de amoroso arrullo.

Mas la verdad sus claridades vierte
y se disipa el ilusorio estío,
queda el ensueño detenido, inerte,
y vuelve el mustio corazón al frío.

Vuelve a sentir que su alegría expira,
que se han desvanecido los renuevos,
que era su floración una mentira,
mentira el rosa de los sueños nuevos.

Y perdida la luz que del hastío
lo llevó a la esperanza postrimera,
deja correr en lágrimas de frío
el soñado calor de primavera.

LA VISION DEL CALVARIO

Como el mar que recoge su callada marea,
huía de las playas del cielo de Judea,
un crepúsculo enorme.... De las cumbres ancianas,
al rítmico horizonte de las aguas lejanas

del lago Tiberiades, una calma sombría
dilataba silencio de pálida agonía.
Jesús, que iba muy triste, cruzando la montaña,
creyó ver, en imagen luminosa y extraña,
que el crepúsculo enorme bajaba de un Calvario
erguido allá en la altura del éter solitario;
que la fría tristeza de la luz mortecina,
velada por sutiles girones de neblina,
descendía al abismo, derramando a su paso,
como estela de heridas, las rosas del ocaso;
que el crepúsculo enorme se abatía doliente,
y cubrían la angustia de su lívida frente
los bucles de las sueltas tinieblas vespertinas
clavadas por los rayos, agudos como espinas,
de los astros remotos....Inmóvil, casi inerte,
miraba dibujarse la visión de su muerte;
y al ver, en los confines del poniente, la fosa
de la luz que se hundía desnuda y dolorosa,
al borde de la noche, formidable y oscura,
se postró de rodillas y lloró de amargura.
Mas, luego, cuando su alma, clareada por un rayo
de su ensueño celeste, volvió de su desmayo,
levantóse tranquilo, holló, en la arena, rosas,
y se fué por las mudas montañas tenebrosas.

MARMOLES

¡Labra el mármol, amigo! Cuando en mi sien vacila
una idea insegura—como gota que oscila,
próxima a evaporarse al borde de la flor—
el verso me parece una veste ligera,
y tener en relieves de blancura quisiera,
de esa chispa de ensueño, el desnudo esplendor.

La escultura es el ritmo y el aleteo.... Traza
relieves una línea, y en la piedra se enlaza
el ensueño que intenta su vuelo describir;
pero ya detenido, sus fervores palpitan,
y en el blanco tumulto de las formas agitan
de sus alas el raudó, presuroso batir.

El ritmo anima el mármol que es mole de blancura,
el que va por los frisos, en la suelta locura
de bacantes helenas olvidadas del tul;
el que sueña en estatuas de grandes ojos ciegos,
y el que avanza con pasos de intercolumnios griegos,
por la serena falda de una colina azul....

Yo sé que aún no esculpes tus sueños, que la arcilla
te suple la pureza que en los mármoles brilla,
que ignoras de los bloques el claro resonar,
y que rota la espátula y perdido el escoplo,
sólo enlazas la línea como lírico soplo
cuando animas la greda con tu leve pulgar.

¡Y quiero que tú esculpas! Yo quiero que tú bregues
con la luz del realce, la sombra de los pliegues
y la línea que busque gloriosamente un fin;
y quiero que a tu gama de blancos sueños áticos,
cuando modules gestos, ya heroicos o ya extáticos,
Corneille le dé sus bronce y sus sedas, Racine.

A veces, en mi anhelo, imagino tu esbelta
figura de esforzado.... En blanca blusa suelta,
hirsutos los cabellos, a la luz del taller,
persigues con atento mirar desde tu banco,
lineales melodías por el silencio blanco
del mármol en que sueñas un cuerpo de mujer.

¡Ya tomas el escoplo! Al beso de la línea,
la piedra se estremece, y cándida, virgínea,
esboza cuerpo eréctil, sin velos de pudor,
que luce de tu ensueño la nivea hermosura,
desnuda, esplendorosa, vestida en su blancura
de frío, de pureza, de luz y de candor.

Y vívidos, radiantes de alegría los ojos,
sigues, bajo la lluvia de los blancos despojos
que saltan a los golpes de tu hierro vivaz,
los últimos contornos, que la piedra te esconde,
pero que tú ya sientes, sin saber aún por dónde,
correr en melodía tumultuosa y fugaz.

Al verte así, en momentos en que nada te arredra,
fecundando la núbil blancura de la piedra,
ansío que a los sueños que llevas en la sien,
—ya esculpas tus idilios en pálidas baladas,
o eternos tus luchas en tragedias nevadas,—
Carpeaux les dé sus ritmos y sus sombras, Rodin.

*

¡Amigo, sueña! ¡arde! Suba el sol o tramonte,
no quieras con tus manos palpar el horizonte
que en torno de los ojos te despliegue lo real:
vivir de sueño niveo es una vida intensa,

y si en él tu vehemente anhelar se condensa,
tendrá que ser glorioso, tendrá que ser triunfal.

Un día,—cualquier día,—sobre terso alabastro,
el golpe de tu escoplo temblará como un astro,
y serán esculturas los sueños de tu fe;
los sueños que, vestidos de blancuras pentélicas,
se elevan de tu frente, cual las trombas angélicas
que evapora en celeste claroscuro Doré.

Y en tanto, si no esculpes, si al mármol milenario
aún no has dado golpe de cincel visionario,
y a veces desesperas y lloras de dolor,
tal vez, sin que lo sepas, un gesto de tu arcilla
es ya un instante plástico en que lo eterno brilla
sujetando tu gloria en inmóvil temblor!

MOMENTO ROJO

¿A dónde irá mi senda sobre el abismo? Pienso
en el mar, en mi rumbo, en la luz, en lo inmenso....
Van pasando las olas celestes, espumantes,
rasgadas por la proa; se aduermen los distantes
confines en la bruma; oscilan los cañones
enormes de la nave, por bajo los bullones
de las nubes altísimas, y el aire desmelen
los penachos del humo. ¿Llegaré? La cadena
que va al timón chirría; por los negros y ralos
cordeles que aseguran las vergas y los palos,
cruza un ave, y como ella que divaga, perdida
en el aire, en la luz y en el agua teñida
por el cielo celeste, mi esperanza despliega
sus alas invisibles, y soñando se entrega
al viento de la tarde.

El sol descende, pasa
la línea de occidente, y su fulgor abrasa,
por debajo, la comba de las nubes. La orilla
de cada pliegue blanco o ceniciento brilla
con un viso de púrpura que suavemente deja
caer sus bermellones sobre el agua azuleja.
El mar, clareado, sube, y hasta donde se pierde
reluce sin un punto de gris, de azul, de verde:
¡todo es luz escarlata! ¿Qué recuerdo lo agita?
¿Qué remueve el afán de sus aguas? ¿Qué excita
el fervor de sus sueños, y lo une al arrojo

con que cruza los aires este momento rojo?
Es tan humano el ritmo silencioso que impulsa
el avance del agua purpurada y convulsa,
que me turbo, y mis ojos, en los laxos o erectos
latidos de las olas, ven surgir, resurrectos,
los sueños porque un día se dieron a este abismo
los corazones locos de pasión o heroísmo.
¡Cómo lucen y tiemblan! ¡Cómo pasan aquellos
humildes y dolientes! ¡Cómo siembran destellos
triumfales estos otros! ¡Cómo este grupo deja
de su lánguida vida, una estela bermeja,
en tanto aquel que lucha, se crispa, se revuelve,
se levanta, se hunde, pero intrépido vuelve
a subir cual si fuese tras la luz ilusoria
que sonrío en los rojos laureles de la gloria!
Por aquí ruedan unos que van a donde quiera
llevarlos el capricho de un impulso cualquiera;
y por allá, por largas sendas desconocidas,
como revuelto grupo de hojas mustias caídas
en el obscuro otoño de la pasión, van esos
que encendió la sedienta locura de los besos
en ansias purpuradas, y que un leve suspiro
barrió como puñado de cenizas.... Aspiro
la esencia del instante visionario; me lleva,
me arrebató el prodigio. El oleaje se eleva
con luminosa insania de heroicidad, con brío
que yo siento en mi sangre como si fuera mío.
Es un ritmo en que dichas y dolores enlazan
raudamente sus lágrimas a sus rosas, y pasan
camino del olvido; es ímpetu que sueña
con alzarse del lodo, y oscila y se despeña;
es el himno ignescente que en la flor es perfume
y destello en el astro, el himno que consume
las fuerzas interiores de todo ser; es llama
que en su floral instante por algo eterno clama!
¡Oh los verdes laureles! ¡Oh la inútil porfía
de todo lo que lucha sangrando de alegría!
¿Qué me quiere esta hora? ¿A qué las remembranzas
de sueños extinguidos y muertas esperanzas?
¿A qué la imagen loca de la vida que llega,
en un minuto fúlgido, a caer en la brega,
como el mar que en su anhelo por salir de sí mismo,
no avanza y se revuelve sobre su propio abismo?

Cambia la luz: amengua. Es el viento, un suspiro.
Van por el agua undosa reflejos de zafiro
que se elevan y se hunden. Desciende la infinita
serenidad del cielo sobre la mar. Palpita,
a lo lejos, perdida en la luz azulosa,

una gaviota, alígera, como una mariposa,
y, por lo más remoto del confín solitario,
recogiendo hasta el último destello visionario,
el momento de púrpura se aleja y, desvaído,
se desliza con todos sus sueños al olvido.

DIA GRIS

Otoño. La garúa sus finas chispas llueve
sobre la mar. El agua cenicienta se mueve
apenas. No hay oleaje, ni espuma, ni murmurio
en toda la ribera, es un mar de mercurio
que a veces hunde el borde, arrastra los pedriscos
y de un golpe se quiebra en los agudos riscos
afelpados de musgo. Hace el gris que se ligen
los confines del agua con los del cielo. Siguen
mis pupilas la ruta de unas aves, y pienso
como, cual ellas, mi alma, sobre el abismo inmenso,
se ha cernido buscando los efluvios de ideas
que suben de las altas y las bajas mareas....

La vez postrer, quería una frase de aliento
de tus olas, ¡oh mar! y sólo el frío viento
me respondió. ¿Te acuerdas? La sombra vespertina
obscurecía el fondo de tu agua cristalina,
y algo extraño bajaba con las tintas inciertas,
algo como ilusiones, que con las alas yertas
de tanto levantarse y azotar las combadas
alturas silenciosas, cayeran desmayadas.

Había alma en el aire. Y tú que te esparcías
ligero, bullicioso, y que riendo ponías
en la sien de la ola una chispa de idea,
callaste ante la noche, callaste, y tu marea
—así como el romano gladiador que, vencido,
rodaba por la arena, y luego, enardecido,
descubría su pecho, sus mórbidos relieves,
y esperaba en silencio los pavores aleves
de la muerte cercana,— así, muda y bravía,
tu marea sus pliegues, sus músculos henchía,
y en su avance postrero, en la última bravura
del agua reluciente, bajo la noche oscura
quedó como quedaba, sin soltar un gemido,
en la ruda palestra, el gladiador caído!

Al mirarte postrado, no insistí en mi plegaria
a tu fuerza creadora, y en una solitaria

peña gris de la orilla, con la frente en las manos—
me sumí en un abismo de dolores arcanos.

Cuánto tiempo ha corrido? No lo sé. Hoy mi acento
ignora las pueriles tristezas y el lamento;
hoy respiro el aroma de la luz, hoy me ligo
a todo lo que sueña y se levanta, y sigo
en el vértigo eterno, la vida de las cosas,
ardiendo con los astros, muriendo con las rosas.

Pero a veces la senda es tan oscura.... ¿Dónde
el lejano destello que nos guía se esconde?

¿A qué volver los ojos? Tras lo azul que describe
su línea de horizonte ¿qué palpita? ¿qué vive?

Yo amé desde muy niño tus aguas verdes, lilas,
con las que tu grandeza besaba mis pupilas;
amé tus voces muertas en estos peñascales,
que oía yo en las leves arenas musicales,
cuando en altas cascadas las vertía en mis manos
al soplo de la brisa, y desde esos lejanos
instantes de mi vida, siempre hollé tu ribera
cuando quise en mis dudas un aliento cualquiera.

No seas hoy como antes: habla, responde, dime
cómo a la vida oscura se la exalta y redime!

Calla el mar, ¿sueña o duerme? Su inmensidad apenas
se arruga y desarruga; húmedas las arenas,
al pisarlas no crujen; cerca de mí se atreve
a triscar una onda, y su vellón de nieve
blanquea entre los riscos.... Miro, al confín, la curva
de las aguas tranquilas; va, ligera, una turba
de nubarrones grises, y, al ras del mar, el viento,
haciendo en la neblina fugaz desgarramiento,
traza una leve y larga línea azul.... Continúa
descendiendo la fina, temblorosa garúa.



Francisco Contreras

(En Itata, provincia de Maule, el año 1878).



La cualidad eminente de Contreras es el fervor artístico. Su labor literaria ha sido una constante prueba de paciencia y esfuerzo por alcanzar el pleno desarrollo de sus dotes intelectuales. Su cultura artística es grande. Quizás como de ningún otro escritor chileno puede decirse de él que es un estudioso, un refinado, un europeizante. Hoy es un parisino hasta en su indumentaria y modales y en su conversación atildada y elegante.

Desde muchacho tuvo gestos de innovador. A los 18 años de edad compuso su primer libro lírico *Esmaltines*, que publicó en 1898. De adrede hizo una cosa para escandalizar a los burgueses y a los escritores del antiguo régimen. Imitó a Baudelaire, Banville y Gautier; mezcló extravagancias y curiosidades con ingenio; injertó vocablos anacrónicos y neológicos a la vez, y de tales mixtos resultó *Esmaltines* que se imprimió para mayor novedad, en tinta azul. Después de «Azul» de Rubén Darío, era la segunda obra publicada en Chile en estilo netamente francés, con el propósito de

despertar a Polimnia de su pesado sueño escolástico. Sólo que Darío, a la vez que parafraseó, infundió a su obra un vigoroso sello personal; mientras que Contreras fué en *Esmaltines* mero imitador, por no decir caricaturador. Mas, por lo mismo que exageraba la nota, puede decirse sin ambages, llegó a ser más revolucionario que Darío. En esto de cuidar de las exterioridades y de la forma y presentación material de los libros, como si sólo anhelase el mérito extrínseco, Contreras desde muchacho, ha sido un maestro.

Acababa de morir «La Revista Cómica», y Marcia! Cabrera Guerra no había creado aún su «Pluma y Lápiz». En ese momento literario, (15 de Agosto de 1899) apareció el primer número dominical de «La Revista de Santiago». Director: Francisco M. A. Contreras Valenzuela; dibujante: Emilio Dupré; colaboradores en verso y prosa: al decir de la misma revista, distinguidos literatos extranjeros y chilenos. Durante cuatro o cinco Domingos se vió la revista y, como las efémeras, desapareció.

El 1.º de Diciembre de 1902 lanzó en Santiago su poema *Raúl*, con un Preliminar sobre el Arte Nuevo. Para muchos, ese proemio vale más que el poema. He aquí a Contreras europeizante: pregona con la palabra y con el ejemplo la suprema libertad en el Arte «sin límite ni restricciones», que la juventud francesa presidida por Jean Moreas había proclamado oficialmente a fines del siglo XIX, como una necesidad del espíritu moderno.

Aunque el entonces joven Contreras habla en él con cierto tonillo enfático, ese valiente manifiesto literario merece ser recordado. Es un documento histórico. Caracteriza una etapa de nuestra evolución lírica: ese periodo de lucha de escuelas en que era menester lanzar proclamas en pro del Modernismo. *Raúl* se divide en tres libros: «La Suprema Ilusión», «El Diabolo Femenino» y «El Llanto de los Violines», todos ellos en cuartetos dodecasílabos. De acuerdo con el venezolano Pedro César Dominici diré que en él «vaga el misterio, el amor y la muerte, entre suaves rimas pálidas y ricas cadencias voluptuosas». De *Raúl* puede observarse lo mismo que de *Esmaltines*: su mérito constituye su principal defecto: hay en ambos gran afán de importar e imponer la nueva tendencia liberal y modernista; pero su único objeto es hacer escuela y no poesía espontánea, pura, verdadera. De lo cual resultan obrillas vistosas, en donde hay menos arte que artificio.

En Mayo de 1905, este paladín de las letras fuese a Europa. Se fijó en París. Colaboró en «El Nuevo Mercurio», revista gruesa, mensual, de Gómez Carrillo, que apareció durante todo el año 1906. Escribió también en «L'Amérique Latine», y en las revistas madrileñas «La Lectura» y «Nuestro Tiempo». Por entonces, dió a conocer a Pedro A. González como un gran poeta.

El año 1906, publicó en París *Toison*, volumen de sonetos y sonetines, en su mayor parte. Contiene un Preliminar (con un epígrafe que es una significativa cita de Remy de Gourmont) sobre la evolución histórica del soneto, tan estudiado, tan completo, que, leído, puede decirse no hay más que decir ni más

que aprender sobre el asunto. En cuanto a factura, este libro *Toison* con sus subtítulos y clasificaciones, es correcto, geométrico. Dentro de su forma unitaria, el poeta sabe ser en sus sonetos infinitamente variado: los hay llanos y sencillos; unos que trasminan calor romántico y otros frialdad parnasiana. Gautier, Musset y Baudelaire han influido en este libro, que significa una obra de mayor aliento que *Esmaltines* y *Raúl* y basta para definir y consagrar la personalidad artística de Contreras: lirismo en estilo parisino mezclado con pacienzudos estudios de carácter literario-didáctico.

El poeta vive la vida de París. Entra a la camaradería de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Gómez Carrillo, Manuel Ugarte y otros gloriosos hispano-americanos. Pero no se olvida de Chile, de Santiago. Publica con el título de *Romances de hoy* (1907), tres pequeñas novelas rimadas: «Blanca Vargas», «Tulio Aguirre» y «Margarita Artigas», cuyas acciones se desarrollan en un ambiente netamente chileno. Los caracteriza un intenso colorido criollo que contrasta con la presentación elegante y francesa del libro, impreso donde Garnier. Es un esfuerzo para restaurar la poesía narrativa, tan escasa en la lírica de hoy. «Conservando las conquistas de la libertad de los géneros y la expresión y el gusto por la forma nueva y personal,—dice Contreras en su estudio sobre el Arte de Hoy que sirve de Proemio a sus *Romances*,— todos deseamos sencillamente vida o belleza en nuestro medio, tendiendo a la creación de una literatura propia y genuina que encuadre sólidamente nuestros nobles sentimientos de pueblos jóvenes y nuestros viriles anhelos de progreso y mejoramiento social». En otras palabras, aconseja a los artistas «hacer suyas las ideas de amor a la Naturaleza y a la Vida, y de entusiasmo por la espontaneidad formológica que caracteriza el Arte de Hoy, mas sin caer en la vulgaridad del costumbrismo o en la estrechez de la literatura regional». Contreras predica tales ideas y en sus *Romances* da el ejemplo.

La Piedad Sentimental (París, 1911) sigue el mismo rumbo lírico-narrativo de *Romances de hoy*. Ambas obras se completan: esta última es criolla por sus personajes, acción y ambiente; mientras que en la otra se trata de la vida vagante sud-americana en París.

En 1911, Contreras tomó a su cargo en la prestigiosa revista parisiense «*Mercur de France*», la sección de redacción fija sobre crítica de libros hispano-americanos. En ella ha trabajado empeñosamente por señalar a los europeos nuestra «aurora espiritual», haciendo simpática labor de literato a la vez que de propagandista de las repúblicas novo-mundanas.

Después de ocho años de ausencia, de peregrinaje y rudo batallar artístico, en 1913, regresó el poeta a Chile, al seno de los suyos y de sus antiguos camaradas y amigos. Antes de irse nuevamente a Francia, publicó aquí *Luna de la patria y otros poemas*, con una «Semblanza», de Armando Donoso. Esos *otros poemas* son: «Santiago», soneto dedicado a la muy ilustre ciudad; «Fatum Vaetis», poema alusivo de asuntos familiares íntimos, de fondo bilioso, que vale únicamente por su forma, por su entonación armoniosa y enérgica; y un cuento «Vuelta del Solar», escrito en buena prosa, con que termina el folleto. «Luna de la Patria», en cuartetos octosílabos,—es un hermoso poemín.—Hay en él armonía y dulzura, riquezas de ritmo y de rima, distinción en el decir. Flota en él suavidad de luna, sinceridad, calor y luz de poesía legítima, dulce y serena. La lectura de este poemín, netamente lírico, único en Contreras, me sorprendió; me entusiasmó: olvidé el artificio de otros versos suyos, innovados, correctos, obedientes a la Retórica, pero que muchas veces dejan frío al lector.

No es oportuno analizar aquí sus libros de impresiones artísticas. De esta clase es su obra *Los modernos* (París, 1909), que contiene críticas sobre algunos artistas en boga. En ella figuran los poetas: Pablo Verlaine y José María Heredia; novelistas: Joris Karl Huysmans, Juan Lorrain, Mauricio Barrés; el dramaturgo Enrique Ibsen; el pintor Eugenio Carrière y el escultor Augusto Rodin. También es autor de *Almas y panoramas* (Barcelona, 1910), que contiene en verso y prosa impresiones sobre Italia; de *Tierra de reliquias* (Valencia, 1912), sobre cosas de España; y de *Los países grises*, sobre Flandes, Neerlanda y Albión.

Durante su última breve permanencia entre nosotros, prosiguió la preparación de su libro *La evolución histórica de las letras chilenas* (crítica). Asimismo dió a la prensa algunos artículos sobre Rubén Darío y líricos novísimos franceses, artículos de didáctica poética que hacen *pendant* con los que ha publicado en Francia y España sobre literatura hispano-americana.

EL PUÑAL ANTIGUO

Sobre el tapiz oriental
de mi alcoba oscura y fría
tengo tu fotografía
clavada con un puñal.

Bajo el bruído metal
que guiara mi mano impía,
me mira tu faz sombría
con una angustia mortal.

Y cuando el día se pierde
y el aciago ajeno verde
exalta mi hondo dolor,

con qué perverso arrebató
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador!

AMBERES

Al son armonioso de sus cien esquilones,
que le ciñen como una inmaterial guirnalda,
«Amberes» sonriente, contempla en el Escalda
su corona historiada de antiguos aguilonos.

Los años no han podido abatir sus pendones.
Como en su éra de gloria, como en su Siglo Gualda
vibra en su Plaza Verde, esa vieja esmeralda,
llena de caballeros, de damas, de bufones.

Su magna catedral, melodiosa, aligera,
que se lanza a los cielos tras su torre flamígera,
parece arrebatarla en un delirio inmenso,

Y de su puerto férvido, sobre su río manso,
las cien naves que entran y salen sin descanso,
le envían su fecundo humo, como un incienso....

BRUJAS

Al eco de las graves plegarias ancestrales
que alzan las torres, bajo las cuales te arrebujas,
desde hace cuatrocientos años, duermes ¡oh, Brujas!
absorta en el ensueño de tus días triunfales.

Duermes en un silencio de noches invernales
pobladas de fantasmas, de nemures, de brujas,
bajo una negra sábana de agua sin burbujas,
en el ataúd pétreo de tus viejos canales.

Tu Canal Verde, verde de sauces y reflejos
de ventanillos en aguilonos bermejos,
que raya la llovizna con su perenne llanto.

Tu Canal del Rosario, ensenadas caóticas,
florido por las gablas de sus mansiones góticas...
tus canales de enigma, tus canales de encanto!

LUNA DE LA PATRIA....

*Luna de la Patria, luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.*

Luna en cuya faz de armiño
veía mi madre angélica
a la Virgen con el Niño,
sobre la burra evangélica.

Luna, que cual sol magnífico,
más puro tu rayo expandes
que la espuma del Pacífico,
que la nieve de los Andes.

Por fin vuelvo a contemplar
tu fosfórico zafir,
por fin te vuelvo a llorar,
por fin te vuelvo a reír.

Muchos años, muchos años
vagué por extraños climas,
bajo horizontes extraños,
escalando extrañas cimas.

Soy el mismo sin embargo,
todo ilusión y erotismo;
soy el mismo niño amargo,
soy el mismo, soy el mismo.

El mismo que diera todo
el oro por una rosa,
el mismo niño beodo
tras una azul mariposa.

El polvo de cien países,
de cien soles el destello
no han dejado tonos grises
en mi alma ni en mi cabello.

*Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.*

Un día te dije adiós,
abracé a mi madre y
hacia otros mundos, en pos
de loco sueño, partí.

No volví a ver tus tecundos
rayos de argéteo tisú:
la luna de aquellos mundos
no eres tú, no, no eres tú!

Surqué mares, crucé tierras,
fuí del Oriente a Thulé;
escalé gigantes sierras,
vibré, padeci, luché....

Y hubo generosas palmas,
que aplaudieron mi locura,
y hubo almas, nobles almas,
que endulzaron mi amargura.

Y hubo corazones tiernos,
bajo el lino y bajo el raso,
que a mis ardores eternos
dieron todo: aroma y vaso.

Oh, la dulce niña pía,
(vivió en amorosa crisis)
que el Azar me ofreció un día
y otro me quitó la Tisis!

Oh, la tierna niña amante
de cabello y de alma de oro,
que arrulló mi sueño errante
con su risa y con su lloro!...

*Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.*

La nostalgia abrazadora
vino mi sueño a turbar,
y un buen día volví prora
a mi patria y mi solar.

Quería ver la serrana
campiña que fué mi cuna,
besar a mi madre anciana
y contemplarte a ti, oh Luna!

La ausencia, la lejanía
me encendían de amor patrio:
mi sér todo entero ardía
como incensario en el atrio.

Daré a la patria, pensaba,
el fruto de mi afán loco,
y sólo me acongojaba
darla tan poco, tan poco!

Ay, mis anhelos ufanos
en llegando se abatieron!
Me negaron los hermanos;
los mastines me mordieron!

Tan sólo tú, más humana
que los hombres, Luna triste,
con piedad de única hermana
en tus brazos me acogiste.

Y a tu halagüeño cariño,
volvió a mi alma la ternura;
sentí mi candor de niño
y sollocé de dulzura!....

*Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.*

No me amarga el mal contrario,
en mí no medra el rencor;
mi pecho es un incensario,
que arde y perfuma de amor.

La hostilidad, el sarcasmo
con su exaltación de abismo,
podrán secar mi entusiasmo
pero jamás mi civismo.

Amo a la patria que adversa,
me desconoce o me olvida:

para ella será mi fuerza,
por ella daré la vida.

Amo la tierra hosca y rancia
de breñales y de espinos:
en ella mi clara infancia
soñó sus sueños divinos.

Amo la montaña eterna,
que hacia los cielos se exalta:
a su sombra mi alma tierna
aprendió a ser firme y alta.

Amo el cielo de fulgencia
no vista sobre las cimas:
en su azul mi adolescencia
tiñó mis primeras rimas.

Y te amo a ti, Luna angélica,
a quien la flor da su incienso;
a ti Magdalena célica,
que ungiste mi duelo inmenso!

*Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.*



Manuel Magallanes Moure

(Nació en La Serena, en 1878)



Si colocáis sobre la cabeza de este poeta nazareno el turbante legendario de los hijos de la Media Luna, os figuraríais encontraros delante de un joven Ministro turco apaciguado y silencioso ya a fuerza de luchar en las monotonías y altibajos de la política y de los negocios públicos.

Su aspecto exterior revela intensamente la espiritualidad, el modo de ser y obrar de su poesía, única entre nosotros por la dulcedumbre y el rumor inefable de sus ritmos.

La labor de este poeta es bien definida, sin vacíos oscuros, sin esas evoluciones imprevistas y asombrosas que levantan dudas o protestas, cuando nó negaciones rotundas de originalidad.

En 1900, más o menos, apareció Magallanes Moure entre ese grupo radioso que Cabrera Guerra destacó soberbiamente en su revista «Pluma y Lápiz», y que hoy ocupa el recinto de los consagrados en nuestro Parnaso. Desde los primeros versos se nota en el poeta una tranquilidad de conciencia, una manera mesurada y dulce, inconfundibles, al formular sus himnos que cantan con la misma expresión

íntima al amor, al mar o a los cielos.

En 1902 apareció en Santiago su libro *Facetas*, con prólogo de aquel mal versificador, buen Ministro de Estado y magnífico ironista que se llamó Efraín Vásquez Guarda.

En este libro como en el siguiente *Matices* (1904), que prologó el malogrado artista colombiano Isaías Gamboa, fuera de esa cualidad peculiar de dulcificación, de delicadeza y de ternura, que encontramos en toda la obra de Magallanes, no presentíamos al gran poeta que más tarde iba a incorporarse al núcleo de los virtuosos: Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y Amado Nervo, con sus canciones inauditas, sus himnos emocionantes al Amor que nadie ha cantado como él con esa suavidad, ese sentimiento exquisito y esa intimidad sobrehumana y el arrullo inefable «de un secreto dicho al oído» de que habla Ibsen.

Facetas y *Matices* representan el período de su evolución del romanticismo al modernismo: ideas semi-arrancadas a las antiguallas líricas, sometidas a la estructura de un molde substancioso de carne joven y envueltas en un ropaje lustroso y moderno que le dan un aspecto viril de mansa rebelión.

En *Matices* encontramos la dualidad pecaminosa del poeta y del pintor sin rumbos definidos, extraordinarios. ¿Quién prima sobre quién? La dulzura, el sentimiento del primero se colocan de un golpe al costado del colorido y las pinceladas del segundo. En una fusión de arte se neutralizan los esfuerzos de ese dúo intelectual, esparciéndose al viento, en inútiles vaivenes, los oros de su núcleo.

O se es buen pintor o se es buen poeta. O se es alto en ambos grados. O no se es nada. Pues, si es maldad ser un artista mediocre, es un verdadero delito ser dos artistas mediocres a la vez.

Pero, Magallanes Moure, con sus últimos libros ha salvado a gran distancia esa maldad y ese delito inconsciente que cometiera hace más de un lustro y que mereció algunas trases ceremoniosas de péñolas europeas interesadas en una réclame segura para sus libros; frases a las cuales prestan fe ciega y rinden culto homenaje muchos de nuestros escritores consagrados, que sacan a relucir triunfantes y olímpicos esos certificados o condecoraciones artificiales de montana, cuando la conciencia del crítico nacional suele mostrarle sin interés clandestino los lunares y cojeras de sus obras artísticas.

En 1910 publicó *La Jornada*, poemas hermosos que, por una diestra metamorfosis a que fueron sometidos por su autor, alcanzaron a dos ediciones consecutivas.

Canta en los versos de este volumen a todo aquello que lo arrastra honradamente a esa necesidad imperiosa de vibrar con las sensaciones multiformes que se experimentan en el preciso momento azul de la tensión psíquica.

En ellos no hay temas escogidos, problemas teosóficos de abstrusa resolución, propuestos al espíritu

por una imaginación ardiente. No hay ideas que revelen el trabajo acerbo, la fiebre laboriosa del obrero que modela fatigosamente la argamasa para la resurrección fugitiva.... Sus pensamientos son fluidos, livianos e intensos. Tienen la misma esencia, el mismo perfil y la misma substancia de las flores de Marquina. Pero, los versos de Magallanes incorporan una personalidad que no tiene aquél. Es la marca de propiedad que los distingue, es el blasón revelador de su prosapia. Nos referimos a su estilo eternamente sereno, augustamente apacible, profundamente enternecedor. Hasta ahora no hemos encontrado entre nosotros otro poeta que, como Magallanes, haga del Amor una filosofía tan sana, tan mística, tan saludable y tan emocional. Sus versos se nos figuran inspirados al calor de una lámpara oriental bajo la suavidad temblorosa de un crepúsculo rosado.

La última labor poética de Magallanes le acerca en forma visible a Mauricio Maeterlinck, por el desenlace sugerente de sus ideas. Arde en éstas el encanto misterioso, el silencio inaudito de las lejanías azules, el esplendor remoto y espectral, que conmueven y alumbran los versos del gran maestro belga.

Manuel Magallanes, como buen poeta, es un excelente crítico de arte. En «El Mercurio», en «Zig-Zag» y otras revistas, ha publicado con el pseudónimo de M. de Avila, magistrales estudios sobre diversos pintores nacionales y extranjeros y análisis profundos de las obras de algunos de nuestros poetas, escritores y músicos.

En 1905 fué director de la revista santiaguina «Chile Ilustrado». Es Director del Ateneo de Santiago y miembro de varios Ateneos americanos.

Como dramaturgo ha hecho representar, entre otras piezas, su hermosísima comedia *El pecado bendito*, que pudo naufragar por falta de conocimientos de su autor en el desarrollo del movimiento escénico, pero que se salvó brillantemente debido a la sutileza y al encanto de sus diálogos saturados de una miel de poesía exquisita.

En 1912 la Compañía Borrás estrenó con gran éxito su comedia *La Batalla*, una verdadera joya de arte teatral que fué un triunfo elocuente para su autor.

En 1914 se nos presenta el filósofo delicado, el estilista incorruptible, vaciando su temperamento artístico refinado en las páginas de *Qué es amor*, colección de bellos cuentos, de los cuales «Sol de estío» obtuvo uno de los primeros premios en el certamen de «El Mercurio» en 1913.

Prepara en la actualidad un nuevo libro de poesías y algunas obras dramáticas.

Ha figurado en política y ha sido primer alcalde de la Municipalidad de San Bernardo.

Es uno de los innumerables hermanos del círculo artístico «Los Diez».

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad del corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.

Era una soledad el cielo. Ahora,
por él la luna va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

EN LA SOMBRA

La viva luz del fósforo
brilla en la obscuridad
e ilumina tu rostro...
¡No he de olvidar tu sonrisa jamás!

A la breve vislumbre
me quisieron mirar
tus ojos entornados...
¡No he de olvidar tu mirada jamás!

Nuestras vidas fundíanse
en el beso total.
Suspirabas inquieta.
¡No he de olvidar tu ternura jamás!

De pronto tu belleza
se hundió en la obscuridad.
De tu voz en la sombra
¡no he de olvidar el acento jamás!

LA LLAMA

Aguza su llama la vela,
como la hoja de un puñal.
Inmóvil como ella, mi alma
piensa en el término fatal.

Sin tu amor que a la vida me amarra
fuera hasta dulce de pensar....
¿La muerte? Olvidarse de todo,
y descansar, y descansar.

Mas, tu amor, que hace un bien de la
[vida,
de la muerte hace un mal, un mal
tan horrible, que ante él tiembla el alma
como llama que al viento está.

Seguirán tus ojos amados
bebiendo sombra y claridad.

Buscarán otros ojos los tuyos....
¡Los míos no te verán más!

Tus labios, tus labios queridos
como ahora sonreirán,
y otros labios acaso los besen....
¡Los míos nunca, nunca más!

Tus brazos en viva guirnalda
de amor se entrelazarán,
y quizás a otro cuerpo se ciñan....
¡Los míos a ti, nunca más!

Este amor que a la vida me amarra
con mi vida también se irá.
Otros hombres podrán amarte....
¡Y yo nunca, nunca más!

HIMNO AL AMOR

Como la luz, eres, Amor.
Todo lo envuelves, todo lo bañas
y a todo das calor.

Eres rayo de sol en la alegría
y en el ensueño suave resplandor;
eres penumbra en la melancolía
y eres noche sin fin en el dolor.

Eres sombra propicia en pleno día,
en mitad de la noche eres albor;
eres contradicción y armonía,
destruyes y eres creador.

Como la luz, eres Amor.
Todo por ti se transfigura:
el fango en brillo y la carroña en flor.

*

Como el agua, eres, Amor.
Todo lo rozas, todo lo penetras
y a todo das frescor.

Eres loco torrente en la alegría
y en el ensueño lago encantador,
lluvia sutil en la melancolía
y ola amarga del mar, en el dolor.

Eres canto de gloria en la sequía,
eres calma y ternura en el ardor;
eres la onda bravia
y el arroyo adulator.

Como el agua, eres, Amor.
Por tí se enternece la roca,
rómpele el hierro y ábrese la flor.

*

Como la tierra, eres, Amor.
Todo lo acoges, todo lo fecundas
y a todo das vigor.

Eres jardín florido en la alegría
y en el ensueño bosque adormidor;
huerto de otoño en la melancolía
y desierto infinito en el dolor.

Eres montaña rispida y sombría,
eres sendero alegre y seductor,
eres estéril serranía
y eres campo de labor.

Como la tierra, eres, Amor.
Por ti la simiente germina,
y el fruto surge en la violada flor.

*

Como el fuego, eres, Amor.
Todo lo enciendes, todo lo devoras
y a todo das ardor.

Eres chispa riente en la alegría
y en el ensueño lánguido fulgor;
eres tibieza en la melancolía
y frialdad de muerte en el dolor.

En mi hogar fuiste lumbre y poesía
y te trocaste en rayo abrasador.
Fuego del alma mía,
purificame, oh purificador!

Como el fuego, eres, Amor.
Y las almas en círculo alado
giran en torno de tu roja flor.

EL ESTANQUE

En el vacío estanque caía la cascada
del agua alegremente. Como una carcajada
plena de regocijo, caía el agua adentro
y los trezados chorros en incesante encuentro
daban los claros timbres de una cristalería
que rodara hecha trizas. La buena agua reía
llenando aquel estanque, y según se elevaba
la onda temblorosa, en ella se ahogaba
la risa de los chorros, hasta que una vez lleno,
el estanque durmióse dulcemente sereno.

Los grillos ensayaban sus ásperos acordes
y las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua perfumaban su sueño. Suavemente
la luz languidecía en la tarde silente.

Entonces desde el fondo del estanque dormido
surgió un débil murmullo, un rumor parecido
al murmullo de sedas que produce la brisa
cuando va a campo abierto: armonía indecisa
como la de un suspiro; música de un aroma,
perfume de una música que como incienso toma
vaguedades de ensueño. Y aquel rumor suave,
que pudo ser el último gorgceo de alguna ave,
o el lejano recuerdo de alguna voz amada,
o el rumorear del aire, o el lenguaje de un hada,
fué llenando mi espíritu de una melancolía
dulce, así como el lánguido desfallecer del día.

El estanque durmiendo su sueño misterioso
decía en un susurro: «Oh! tu amor delicioso,
buena agua! Amada mía, cómo me has poseído

por entero! Al principio tus risas despertaron
en mi seno alegrías inmensas; agitaron
dentro de mí los claros cascabeles de oro
de la suprema dicha. Tu lenguaje sonoro
de voces cristalinas, llenó mi ancho seno
con la divina música del amor grande y bueno.

Después, según tú ibas entrando en mí, tu risa
desfalleció, tu alegre voz se tornó sumisa
cual la voz de una esposa que ama. Aquí, en mi seno,
tu alma clara, durmióse con un dormir sereno
y mi ser poseído por tu ser transparente
en un dulce desmayo sumióse lentamente.

Los batracios ritmaban sus místicos acordes
y las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua conservaban aún en sus corolas
una tenue luz húmeda. En sus ásperas violas
los grillos preludiaban la canción del crepúsculo.

Cayó sobre mi frente un insecto minúsculo
y ahuyentó mis ensueños.... Me alejé silencioso
bajo los grandes árboles, llevándome este hermoso
pensamiento que siempre florecerá en mi mente:
Como el Agua, el Amor. Como el Estanque, el Hombre.

ELEGIA

(En la muerte del poeta Isaías Gamboa).

Así, en la sombra, hermanos, acerquémonos
para hablar del hermano que se ha ido.

¿Recordáis su semblante atormentado?
Eran sus ojos, que agobió el hastío,
tristes como la llama de una lámpara
que ardiera en pleno día; cual dos cirios
ante un rayo de sol. Y en lo más hondo
de sus hondas pupilas, el fatídico
desfile de las negras obsesiones.

Y se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, agrupémonos
para hablar del hermano que se ha ido.

¿Recordáis sus canciones melancólicas?
Como una sombra errante tras el níveo
y tembloroso velo de la niebla,
lentamente camina por el lívido
paisaje de sus cantos la Tristeza.
Con el temblor de un largo escalofrío
va el dolor al través de sus canciones.
Y se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, estrechémonos
para hablar del hermano que se ha ido.

Como ave moribunda, ávidamente
se fué en busca del sol, y en lo sombrío
de la selva cayó. Como las aves
fué a ocultar en el bosque el cruel martirio
de su muerte. Revuelan nuestras almas
errantes, ignorando qué escondido
rincón de tierra guarda sus despojos.
Y se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, abracémonos
para llorar a nuestro hermano ido.

AMOROSA

Deja tu mano confiadamente
bajo la mía. Quiero deleitarme
palpando tu piel fina, suave al tacto
y al espíritu. Deja tu mirada
sobre la mía. Tu mirada es suave
como tu piel, y cuando tú la posas
sobre mis ojos, siento suavizarse
todas las esperanzas de la vida.

Porque tu encanto es ése, amada mía,
Tú haces que para mí las cosas sean
todas amables. Tú haces que yo encuen-
[tre
dulcemente adorables las violentas
llamaradas del sol, plácidamente

onduladas las líneas del paisaje,
serenamente melodioso el canto
de la naturaleza. Cuando tengo
tu mano entre las mías y en tus ojos
se bañan mis miradas, me parece
que todo es suave como tú, y advierto
que hasta las rocas ásperas poseen
contornos como curvas femeninas.

Cuando tu mano está bajo mi mano
mi adormecido espíritu se olvida
de maldecir la obra de los malos.

Porque tu encanto es ése, amada mía,
hacerlo suave y endulzarlo todo.

SUEÑOS, SUEÑOS MIOS

Sueños, sueños míos
de felicidad....
Dadme, mis sueños, esa dicha,
que me negó la realidad.

Voy al sueño como a una cita
porque sé que la he de encontrar
en la penumbra del misterio
con su belleza en claridad.

Sueños, sueños míos
de felicidad,
obscoreced aquellas lámparas
que brillan con luz espectral.

En silencio nos enlazamos.
Ella sonríe sin hablar.
Yo en sus labios pongo mis labios
y ella en mis ojos su mirar.

Sueños, sueños míos
de felicidad,

llevadnos por el buen sendero
que al país de la sombra va.

El fulgor de sus ojos buenos
languidece con el mirar.
El sabor de sus tiernos labios
se acrecienta con el besar....

Sueños, sueños míos
de felicidad....
Id más al fondo, más al fondo,
donde no llegue el despertar.



Jorge González Bastías

(En Talca, 1879)



Al divisarlo cualquiera se equivoca. Contrasta su figura rural con la hermosa fisonomía de su personalidad artística. Su sencillez se refleja en estas frases tomadas de una carta suya: «Mi biografía se reduce a haber sido colaborador de «Pluma y Lápiz», «Zig-Zag», «Sucesos» y «Apolo», de Montevideo. En Enero de 1912 publiqué un libro lírico *Misas de Primavera*, y si hay salud y un poco de entusiasmo terminaré otro, aunque no me empeño en ello, pues estoy muy lejos de ser un profesional del verso». Eso nos escribe desde Infiernillo en donde vive aislado, cultivando el campo y las letras, fervorosamente.

Perteneció al cenáculo de bohemios que dieron esplendor memorable a la revista de Marcial Cabrera Guerra. Ambuló por las oficinas de los diarios en busca del pan gris de los poetas, sin cuidarse, como otros, de llamativas exterioridades. «Ni gustaba melena (dice de él, Armando Donoso), ni chambergos sueltos, ni americanas ceñidas, ni chalecos estafalarios».

Escribía gacetas o editoriales, y esto sólo como un medio de asegurarse el diario sostén. La urgente labor de las imprentas escaso tiempo le dejaba para vaciar en el ritmo sus íntimos sentires. Su corteza, su vida exterior, fué descuidada, pero aquilatadora de su vida subjetiva que ganó en intensidad y amplitud. Así empezó el lirismo íntimo y elegíaco de Jorge González. No objetiviza, no describe la materialidad de las cosas, sino que desentraña la belleza interior, la quinta esencia, aquello latente que estaba invisible, aquello que parecía inexpresable. Traduce su impresión sobre una blanca noche de luna y ello es como el reflejo de un rayo de luz que se proyectase y difundiese después de descomponerse en el prisma de su alma de romántico, en su pupila humedecida por el recuerdo de sus pasadas congojas. Y para este sentimiento vivido e idealizado, a la vez que impreciso como errática bruma, González encontró el molde adecuado, sin monótonos golpeteos de rimas, con acentuación atenuada, suave y armoniosa. El mismo ha dicho bien: «no soy un profesional del verso».

Pero este poeta ¿se lo debe todo a sí mismo? ¿No sería demasiado elogio decir que es su *canto no aprendido*? Su manera retórica tiene, sin duda, semejantes. ¿Sería inoportuno recordar aquí a Juan Ramón Jiménez? Sin la prodigiosa fecundidad del bardo hispánico, Jorge González reconoce en él a su hermano espiritual, pues los dos ofician sus «*misas de primavera*» ante una misma musa elegíaca. Ambos se acercan a la Naturaleza, al Corazón, al Arcano. Ritman sencillamente, sin esfuerzos de técnica, y sus cantos conmueven. Aislados, en la soledad del campo, sacuden su corazón y su espíritu y exhalan al través de sus estrofas, perfumes de sentimientos, irradiaciones de poesía.

MISA DE PRIMAVERA

A dónde vas como las enlutadas
visitantes de Dios?...muy buenos días!
Bien sentí una cadencia de pisadas
sobre mi corazón. Tú, que venías....

Descansa aquí. Por entre el negro velo
me mostraras las gratas alegrías
de esos ojazos en que puso el cielo
todo el encanto de sus lejanías.

Porque tus ojos...aunque nó. Tus ojos
se alaban solos; guardaré mi empeño.
...Son, cuando te sombrea los sonrojos,
como las celosías del ensueño!

Desciñe un poco el velo que te cubre.
Para que más se alegren tus pupilas
yo robaré a la floración de Octubre
un manojo de malvas y de lilas.

Conversemos. ¿Te alarma la campana?
No es hora aún... ¿no ves? ya iremos juntos
y rezaremos toda la mañana
implorando perdón por los difuntos.

La oración que nosotros rezaremos
alegrará al Señor, y esa alegría
esparcirá un olor de crisantemos
que no hemos aspirado todavía.

Iremos juntos. En el templo inmenso
al verte Dios va a sonreír, de fijo;
velado por las ráfagas de incienso
tendrá como un temblor el Crucifijo.

Y los santos, los pálidos ascetas,
bajarán las miradas táciturnas
como ante las miradas indiscretas
de una ronda de sílfides nocturnas.

Y llegaremos ante el ara en donde
siempre tus oraciones depositas,
donde esa virgen pálida se esconde
como esperando conocer tus cuitas...

Y allí con ella, mística cual ella,
mostrarás tu ternura que se inflama,
y ambas pareceréis como una estrella
de doble núcleo y una sola llama.

¿Sonríes? Qué mañana más hermosa!
Todo sonríe como tú sonríes.

Del agua que en la fuente se alborozaba
viene como un perfume de alelías.

Nunca te había visto como ahora
tan bella ni tan dulce, aunque te he visto
semejar un pedazo de la aurora
velando una vestal de Jesucristo!

Y te he visto mundana y sensitiva
y trémula... Tu boca hoy me provoca!
Hoy más que nunca es una siempreviva
con fragancia de amor. Dame tu boca!

Qué dices?—La campana...! Bueno, bueno,
déjala repicar...—Está llamando!
Aquí en la capillita de tu seno
hay otra repicando, repicando!....

¿Escuchas? yo la siento... dulcemente
parece que habla de las cosas tuyas
y que te dice, trémula y sonriente:
es un beso no más, no lo rehuyas!

Ahora, cuando vamos a la misa,
presentarás a Dios, puesta de hinojos,
la reverberación de tu sonrisa
en los cálices santos de tus ojos...

¿Hablas?—Ya es hora...—Besaré esas
[manos]
que en el templo no pueden darme citas.
Allí entraremos como dos hermanos
que van por un jardín de margaritas!

EN LA ALDEA

Aquella mañana de tanta tristeza
como en otros tiempos a la aldea fuí.
Posar anhelaba mi pobre cabeza
sobre algo querido que fuese de allí!

Todo lo tenía presente en el alma:
las casas, los montes que había en redor;
alguna mirada que aun turba mi calma,
alguna primera sonrisa de amor....

Y crucé la calle desierta y sombría
como un caminante que llega a dejar
entre algunos brazos su inmensa alegría,
sobre alguna piedra su inmenso pesar!

Estaba mi pueblo desierto, desierto,
y nadie siquiera mis pasos sintió.
¡Todo estaba mudo, todo estaba muerto,
todo estaba acaso lo mismo que yo!

*

Salí de la aldea cansado del día;
mi melancolía siempre estaba igual;
no encontraba nada para el alma mía
que se iba muriendo de un extraño mal.

Sin fuerzas, rendido, tenderme a la sombra
quise, de algún árbol que tampoco hallé.
La tierra tan sólo tendía su alfombra
de musgos, de piedras, de qué sé yo qué.

El panteón del pueblo no lejos veía
y quedéme un rato mirando hacia allá.
Mi padre no lejos, no lejos, dormía,
dormía soñando conmigo quizá!

Ni una crucecita su tumba marcaba
ni había tampoco sobre ella una flor;
pero mi recuerdo perenne allí estaba
como una perenne corona de amor!

*

Seguí caminando, seguí caminando!....
Como un errabundo fantasma seguí,
Iría mi sangre regando, regando,
iría regando la tierra de allí!

Después brotarían adelfas acaso
de la sangre misma de mi corazón,
y acaso yo mismo—silente mi paso—
iría con ellas a ornar el panteón!

Al fin fatigado, llegué a reclinarme
de una casa en ruinas junto al paredón.
Una pobre vieja pasó y al mirarme,
se perdió ligera detrás del panteón.

Para aquella vieja mi frente era extraña.
Extraña! y mis ojos se abrieron allí!
Aquellos esteros y aquella montaña
y aquellos caminos se acuerdan de mí!

*

Caía la noche! La Luna subía
partiendo los cielos como una segur.
La tierra a mi paso crujía, crujía,
y se desataban los vientos del sur....

Yo sé las historias de todas aquellas
quebradas profundas partidas en cruz,
y cuando muchacho conté esas estrellas
que me bendecían al darme su luz....

Anduve vagando, vagando, vagando,
y cuando a la aldea de nuevo bajé,
con una tristeza lo mismo que cuando
de los cementerios se viene, pasé.

Pasé cabizbajo! Mas antes mis ojos
miraron con honda, con santa emoción,
la vieja casita de negros cerrojos
que guarda los sueños de mi corazón!

EL ENCANTO DEL BOSQUE

En el bosque dormido penetré silencioso,
muy silencioso, como para no ser oído.
Anduve, anduve, anduve, y el solemne reposo
no turbaron mis pasos en el bosque dormido.

No turbaron mis pasos el silencio ni nada,
porque apenas se oían como un murmullo leve.
Se iba la noche. Tenues sonrisas de alborada
el paisaje esmaltaban de púrpura y de nieve.

Y del bosque dormido se elevaban rumores
misteriosos—el dulce rumor de cada nido!—
y caían las hojas y caían las flores
y la luz de la luna sobre el bosque dormido.

Después, en caravana risueña, cien visiones
recorrieron mi espíritu—¡qué alegre caravana!—
y crucé silencioso con mis ensoñaciones
ante la pompa lírica de la aurora cercana.

Y en el bosque dormido algo así me decía:
No te vayas! No es tiempo ¡triunfador del olvido!
que se apague la llama de tu melancolía.
Y sueña, sueña, sueña por el bosque dormido.

ELEGÍAS SENCILLAS

Poesía, flor de acanto,
luz de ensueño y azucena,
mi cantar no tendrá llanto
ni de luna ni de pena.

Mi cantar tendrá alegría,
tendrá de todas las flores....
será mi melancolía
el sayal de los dolores.

Luna! no te he de cantar,
no te he de nombrar siquiera,
porque serás como una
alma que se me muriera....

Pena! la dulce, la santa,
no puedo nombrarte, pena....
pena, la pena que canta,
la de rosa y azucena....

Mi cantar tendrá dulzura
y amargor: vino y absintio,
y escanciará su ternura
como en un cristal corintio.

Poesía! Flor de acanto
con alburas de azucena,
tu cantar no tendrá llanto
ni de luna ni de pena....

*

Tenía blanco el cabello,
tenía la barba blanca,
y una dulzura de amor
y de ensueño en la mirada.

Tenía pálido el rostro,
tenía las manos pálidas....
se fué una tarde y ya nunca
más se oyeron sus palabras.

No se oyeron más sus pasos
en los patios de la casa,
ni lo han visto más sus perros
que sollozando lo aguardan.

Abandonado quedó
el bastón que acostumbraba,
nostálgico de esas pródigas
manos que ya no se alargan.

Pero aun en esas tardes
en que se recoge el alma,
en todo hay como una sombra
trémula que se agiganta.

Cuando se iba ya, dejó
en el campo una mirada
tan honda y triste, que aun
está congelada en lágrimas....

Tenía blanco el cabello,
tenía la barba blanca....
tenía pálido el rostro,
tenía las manos pálidas!

*

Cruza el ambiente nocturno
un lento són... lento són....
música de un corazón
dolorido y taciturno;

una música que viene
sollozando desde el río....
que viene de algún bohío
y tiene... no sé qué tiene!

Se oyen lejanos suspiros
y cantares más lejanos.
En los ábsides arcanos
hay esplendor de zafiros.

Y es un rumor.... un rumor
indefinible. Es el río
que sueña y es el bohío
y es el viento y es la flor.

Es el rumor sempiterno
de la noche.... un són cansado!
Es un barquero atrasado
que llama y tañe su cuerno!

*

Una guirnalda de rosas
para mi amor inefable....
Mis manos se harán piadosas,
mi mirar se hará insondable!

...Mis manos se harán piadosas!...

En la tierra habrá una extraña
primaveral florecencia
y me dará la montaña
su más recóndita esencia.

...Se hará blanca la montaña!

Mi sangre se hará más roja,
y en mi alma sensitiva
con el temblor de una hoja
brotará una rosa viva....

...con el temblor de una hoja...

Del Sol nada. De la Luna
la dulce melancolía.
De la estrella sin fortuna,
muerta acaso, la luz bruna
que nos besa todavía....

Del Sol nada. De la Luna
la dulce melancolía!

Una guirnalda de rosas
para mi amor infinito....
Mis alabras temblorosas
tendrán la angustia de un grito!.....

...tendrán la angustia de un grito!...

Mis sienes se harán más pálidas
y más vagos mis sueños,
como que serán crisálidas
de rosas y de cantares.

...de rosas y de cantares!

Para mi ofrenda yo quiero
uz de luna y luz de estrella,
y la paz de su sendero
y el perfume de su huella.

...Luz de luna y luz de estrella!

Recogeré la ternura
que sus ojos han vertido....
Será la rosa más pura!
Será una buena ventura
soñando siempre a su oído!

...soñando siempre a su oído!

*

Dicen que hay un rincón para el olvido
en el alma, rincón frío y huraño,
en donde el sueño ya desvanecido
se junta al desamor y al desengaño.

....Amada! yo no quiero que me ames
ni que me sacrifiques tus fragancias.
Iré a tu lado sin que tú me llames
y te amaré sin sueños y sin ansias.

Conversaré contigo y sin temblores
te nombraré; pero después te pido
que me des, sin pensarlo, algunas flores
y me dejes en tu rincón de olvido!

*

He soñado contigo y te diré mi sueño.
Coronada de flores: rosas y tuberosas,
sonriendo me mirabas y ponías empeño
en que aspirara el dulce perfume de tus rosas.

Yo te miraba triste sin poder comprenderte.
—Si tu amor me negaste, ¿por qué me ofreces rosas?
Dame adelfas simbólicas, flores de olvido y muerte,
dame malvas humildes, dame las tuberosas....

Y hondamente dormido me embriagué en tu fragancia
y se selló mi espíritu de visiones radiosas.
Sentí como una música que erraba por mi estancia,
me mirabas sonriendo y siempre rosas, rosas!....

*

Suena un canto triste y no sé dónde suena!
Sus notas perdidas llegan hasta aquí
como el grato aroma de alguna azucena
que se marchitara no lejos de aquí.

Suena un canto triste y no sé quién lo canta!
Pero sus acordes me hacen evocar
recuerdos de alguna divina garganta,
memorias de cosas que no volverán.

Viento vagabundo, llévate ese canto,
llévate ese canto que no quiero oír!
Para mí es la pena, para mí es el llanto,
y con el recuerdo de ese dulce canto
quisiera mi espíritu quizá sonreír.



Carlos R. Mondaca

(Nació en Vicuña, provincia de Coquimbo, el 29 de Noviembre de 1881)



Alma sombría, taciturna, encerrada en su Torre de Marfil, es nuestro excelente poeta pesimista. El mismo explica su *ego*, su reino interior, en la composición «Mi alma» de su libro *Por los caminos* (1910). Ha cerrado su huerto con un cerco de espinas que recogiera en todos los senderos, para sustraerse a las miradas frías e irónicas. Dentro hay armonías vagamente misteriosas, como los clamores de un río fatigado y lento, que se extinguen gimiendo o mueren callando. Hay un jardín de flores cuyo perfume envenena, como el de las malditas flores baudelaireanas. El sol no rompe nunca la espesura de sus árboles umbrosos. En el rincón más escondido hunde en el azul su mirada profunda una fuente luminosa y risueña, cuyo raudal cristalino, que absorbe clarores de estrellas y perfumes de lirios, inunda el huerto de frescor y de paz. Algo divino entraña esa fuente. De ella fluye un arroyuelo que, como la Vida, se desliza lentamente hasta perderse entre el bosque, con un rumor de adioses.... El bardo ha cerrado su huerto. Lejos, pasan los peregrinos. La fuente rumorea; brota una estrella; la

noche descende con su sombra misteriosa y consoladora. Y allí, donde están su hogar y su universo, el poeta, mirándose pensar, divisa cuán angustiosamente marchan aquellos peregrinos hasta perderse en el largo sendero.

Mondaca lo ve todo con obscuras proyecciones, como a través de un cristal ahumado. Sin estar poseído de la negra misantropía schopenhaueriana ni del enfermizo egotismo de Leopardi, nuestro poeta sufre la influencia de lo fatal y de lo sombrío. Según el psicólogo Sergi, que cual Nordau ha explicado mediante leyes fisiológicas la degeneración físico-mental del gran poeta infeliz, Leopardi, éste padeció un detenimiento de desarrollo en la facultad de percibir la realidad objetiva, obtusa en él como la visión ocular del que sufre ambliopía. Ese hecho, como pretende la teoría degenerativa, produjo en el prisma de su mente una oscura representación de la realidad como naturaleza y como sociedad. Se veía rodeado de tinieblas y el mundo exterior, ese formidable desierto, en nada le interesaba. Si cantaba a la Naturaleza no la sentía; sólo con mirada distraída la describía como un pintor violetista y su descripción no era sino el *leit motif* de su yo, de su universo. No comprendió a la mujer en la plenitud de su existencia carnal, a causa de su ineptitud para concebir la vida en su exterioridad. Misoneísta, odiando la evolución y la vida, vivió atormentado por su nebuloso pensamiento, inadaptado al medio ambiente contemporáneo, hundido el espíritu, que era su todo, en el vacío de lo negativo.

A Mondaca no podría atribuirse tales extremos, aunque entre él y el prototipo del pesimismo, existe cierta similitud por lo menos aparente. «Por la infinita noche de su espíritu (según expresión de nuestro poeta), cruzó el blanco destello de una aurora», como una bella promesa, como una Anunciación encarnada en una deslumbradora mujer que se alejó fugitiva. Ofrece a su amada compenetrar en su corazón su corazón y transfundir en sus venas, sangre de sus venas; pero ello a condición de que identifique al de él su pensamiento y como él se encierre en sí misma y marche sola, aislada en espíritu del miserable tráfago. Habla de «su calle», de aquella que, cuando regresa de la cotidiana tarea, parece reconocerlo maternalmente y ataviada de tímidas luces le señala el recto camino, hasta que llega a la puerta de su hogar, mientras aletea en la sombra crepuscular el lamento de una religiosa esquila. Compara las nubes blancas, rojas o grises que surgen del mar, ciéñense sobre la pradera y se remontan hasta la cumbre, con esas almas de sombra que pasan por la vida como errabundos girones de una noche sin alba: a estas almas les desea una próxima aurora y les dice su evangelio: Reflejad todos los tonos y todas las sensaciones de la Naturaleza. Amantes de la suprema verdad, sed como el agua. Que se vea hasta el fondo de vuestro pensamiento.

En conclusión: idea sólida expresada con sencillez y claridad, y ante todo, sentimiento verdadero, no sensiblería, es lo que puede esenciarse en la poesía de Mondaca. Sus poemas son carne viva, sangran, expre-

san la realidad entenebrecida por una filosofía dolorosa que, a semejanza del pesimismo leopardiano, es producto de un temperamento que ha sentido con mayor intensidad el aspecto sombrío y amargo de la Vida.

SOLEDAD....

Yo no sé dónde fué a morir mi acento:
tembló un instante y se perdió en el viento....
Y pasó por tu espíritu, lo mismo
que una estrella sin luz por el abismo.

Yo no sé dónde fué a expirar tu acento:
flotó como un perfume sobre el viento,
llegó como una música a mi oído....
Pero mi corazón siguió dormido!....

Para qué hablar?....Sigamos el camino
mudos hasta morir!....Es el destino!....

*

Ayer te vi llorar....Por tu mejilla bruna,
las lágrimas caían en gotas, una a una....
El cielo estaba claro, la tarde era tranquila,
y era como si fuera de noche en tu pupila.—

Y yo no sabré nunca la causa de tu pena!
Tal vez era tu espíritu como una ánfora plena,
tal vez te dió la muerte su beso largo y frío,
o te envolvió en sus alas viscosas el hastío.

Tu frente está sellada, cerrada como un huerto.
Mi grito es el estéril clamor en el desierto.
Las almas están lejos, perdidas y calladas.
Estamos solos....Solos!....Jamás sabremos nada!....

MI CALLE

Estas calles amables tienen un gesto amigo.
Mi calle me conoce. Cuando vuelvo a su abrigo,
los árboles se mueven con largos movimientos
pausados, y las hojas, donde suspira el viento
su oración musical, dormidas bajo el rayo
del sol, me dan sus sombras en un lento desmayo.

Sus casas blancas tienen un aire de pureza,
un aire humilde y bueno, que reconforta y pesa
tan blandamente....Calles con aire provinciano,
tranquilas, silenciosas....

Como de un mar lejano,
la voz atormentada de la ciudad.—La vida
fluye, corre y se pierde, sin rumor; recogida
como en meditación.

Aquí se aquieta el ansia,
y una mano de seda, bañada de fragancia,
resbala adormeciendo los nervios, largamente....

Estas calles amables!....Bajo su sombra, siente
mi espíritu una inmensa quietud. En sus ventanas,
la luz tiembla con algo de una mirada humana;
y sus puertas humildes se abren tan cariñosas,
como si se animaran y hasta se tornan rosas
las espinas que hieren.

Y en estas calles buenas,
maternalmente buenas, ni recuerdo que hay penas:
y cuando en las entrañas traigo el horror del Centro,
parece que estas calles me salen al encuentro!....

En su iglesia más pobre que una ermita aldeana,
he vuelto a ver el rostro de la Fe, tan lejana,
y en la voz temblorosa de la vieja campana,
la mística plegaria de mi edad más temprana.

Aletea un instante la oración de la esquila,
y cae en el silencio de la tarde tranquila.

Se oyen voces de niños, la tristeza de un piano,
el temblor de las hojas y un rumor muy lejano.

Ha venido la noche y ha encendido la gracia
de sus ojos de estrellas.

Tremulan las caricias
sus incensarios blancos.—Todo el aire está lleno
de perfume y de paz.

En el fondo sereno
de los muros, anuncian, las ventanas, la santa
comuni6n del hogar.

Y la calle me encanta
con sus tímidas luces, con sus sombras amables,
sus árboles fragantes y su amor inefable....

EL RELOJ

Corazón del tiempo. Víctima que cuenta
sus penas, y tiene la voz de una gota,
monótona y fría, monótona y lenta:
vida que fluyera de una arteria rota...

Corazón-misterio. Como el alma nuestra,
como nuestra vida. Corazón-misterio...
Pupila insondable, pálida y siniestra.
Claror de la luna sobre un cementerio...

Corazón-misterio. Golpea, resuena
sordamente, como la caja postrera

con la mano trémula, como la cadena
de un desesperado que se enloqueciera..

Latido, sollozo, queja de la hora.
Rabia de la ola que se yergue y muere.
Lamento de un río que la mar devora.
Puñal implacable que en el alma hiere.

Pájaro fatídico de rígidas alas.
Fantasma de brazos grotescos e inertes.
Sombria sibila que muda señala
todos los caminos que van a la muerte...

BESO

Semilla lejana! Semilla
de flores!
Blancura que brilla
con el fuego en que arden todos los fulgores!
Semilla de flores!

Semilla lejana! Caricia
lejana!
Gota que condensa toda la delicia.
Luz en que palpitan todas las mañanas.
Caricia lejana!

Ráfaga de un viento fecundo!
Ráfaga preñada!
Tu leve susurro, concreción de todas las voces del mundo!
Tu rumor, el Verbo que pobló la nada!
Ráfaga preñada!

Tu aliento, la brisa
de la primavera!
Tu ímpetu, la savia que en la flor se irisa:
blanco en las espumas, verde en la pradera:
¡Flor y primavera!

Llama eterna donde
todo arde, y de todo, nada se consume.
Flor en cuyo cáliz de fuego se esconde
la Vida!
Nube de perfume
donde tiemblan rayos de sol y de vida.

Nuestra vida pasa!
La gota
va a hundirse en el alma del sol que la abrasa.
Nuestra vida pasa.—La flor se deshoja,
pero el fruto queda como mancha roja
cuando en otra vida la flor se deshoja!

Gota de agua clara, tu beso:
mi boca lo espera!
Mi beso, la lluvia sobre la pradera;
tú, el místico huerto que la lluvia espera!

Sol de primavera
tu beso en mis ojos!
Cuando tú te vayas, cuando yo me muera,
vivirá el poema de tus labios rojos,
seguirán viviendo nuestras primaveras,
viviendo en el alma de otros labios rojos!

Gérmenes de auroras
tu beso y mi beso!
se irán con las horas
tu vida y mi vida;
pero este amor nuestro verá detenida
la fuga del tiempo.... Tu beso y mi beso
serán inmortales.... porque son la vida!

Fuente de embriagueces,
tu boca,
¡oh Amada!
Cuando tú me beses,
sentirá la roca
que le nacen flores.... Temblará la nada,
cuando en una llama tu boca y mi boca
se fundan ¡Amada!

Vivir lo infinito!
Ser nada y ser todo!
Sentir en el fondo de la entraña el grito
de la especie entera!
Ser la inmensa hoguera donde se fundiera
la estatua de lodo!....
Vivir lo infinito!.... Ser nada y ser todo!....

LOS PIANOS VIEJOS

La canción melancólica de un piano,
por la calle silente y soñadora,
me ha salido al encuentro....
La canción melancólica de un piano.

Una música alegre que solloza;
dolor desesperado de la risa....
—Viene un clamor de multitud que goza,
pasa un rumor de fiestas en la brisa.—

Pienso... Hay una muchacha que suspira,
mientras toca en su piano envejecido,
una pobre muchacha que delira
por un viejo placer desconocido...

Oh! la tristeza negra de estas vidas
estancadas como aguas de laguna!

Oh! las sangrientas ansias escondidas
bajo una palidez como de luna!

*

Melancolía de los pianos viejos,
en que tocó la madre en un borroso
tiempo, que endulza todavía el dejo
del primer beso que le dió el esposo....

Piano meditabundo en el que canta
su adiós agónico una juventud;
y entre las dos bujías se levanta,
frio y lustroso, como un ataúd.

Sigue llorando, piano viejo! Llorar...
Por la desesperanza de tu dueña;
por el dolor con que a la vida implora
su pobre corazón que ya no sueña.

JUVENTUD

La vi pasar por el camino,
como una blanca aparición.
Iba al encuentro del destino:
y se llevó mi corazón....

Era una virgen adorable;
resplandecía como el sol;
era terrible y era afable:
y se abrasó mi corazón.

Tuvo sonrisas en la fronda,
y con el agua se alegró.
Y me miró, callada y honda,
e iluminó mi corazón.

Por la ciudad ensangrentada,
ensangrentándose pasó.
Vi su alba clámide manchada:
y la lavó mi corazón.

La oí llorar entre la sombra,
sobre las zarzas del dolor:
y sobre el fango, como alfombra,
eché a sus pies mi corazón.

Desde el abismo, como un cirio
de amor y muerte, Venus vió
regar el ara del martirio
la sangre de mi corazón.

Cruzó por todos los caminos,
—lodo y azul, tiniebla y sol.—
Iba al encuentro del destino:
y se llevó mi corazón.

Y en un crepúsculo otoñal,
como un ensueño, se perdió....
.....
No la verá, ya nunca más,
mi corazón!....

VISION

Ha surgido en las sombras de mi vida...
—Los tres Reyes también vieron la es-
trella [trella
que he visto yo, la estrella prometida
para mi redención.—Yo creo en ella!

Yo creo en Ella!—Su pupila clara
tiene un beso de cielo que destella...
Qué lobregueces Ella no alumbrara
dentro mi corazón! Yo espero en Ella!

Yo espero en Ella!—Yo amo esa espe-
[ranza,
como nadie la amó...Si es la más bella

que a vislumbrar mi corazón alcanza!...
Mi fe, mi amor y mi esperanza es Ella!

ELEGIA

¡Gracias, madre!

Por todos los dones de tu corazón,
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión.

Por tu espíritu de fuego y de luz;
por tu amor de Jesús;
por tu ansia de la cruz;
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!

Por la intensidad del vivir;
por la belleza del sufrir;
por el encanto de escuchar;
por el milagro de mirar,
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer,
y no alcanzar;
y por la gloria de caer, y levantar
y de creer,
y de esperar!

*

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.—
Abrazate a la cruz de mis amores.
—Y te abrevaste en todos los dolores.
Tu vida fué más pura que una estrella:
Dios te miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el silicio
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor;
y te ciñó de espinas el amor.

*

Y ahora, Madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,

tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos que eran el perdón.
—El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino,
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando, ebrio del vino
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el Amor,
me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

*

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
¿Es una estrella que se apaga?
—Es un recuerdo que se va.

Es mi dolor—¡pobre de mí!—
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?....
O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?....

Yo no sé, madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muerdo en las sombras del vivir.
Tú que *viviste*, sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Yo no sé dónde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente
—sobre el dolor del desamparo—
aquel minuto de la muerte,
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adurmió?....

En la frontera de su imperio
te habló la muerte su verdad?
Dijo la Vida su misterio?
Se iluminó la eternidad?....

¿O era la Nada? ¿Y tú la velas?
Háblame, madre, sin piedad,
porque si tú no la revelas
¿quién me diría la verdad?....

Te adoré viva; muerta, te venero;
y si aún he de vivir, de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria,
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternos,
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones,
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corazón de azucena,
ponen un resplandor de luna llena.

*

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio....
y sobre tu cadáver se levanta.
¡Y lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no será más que ceniza
que ha de aventar un soplo de la brisa.

Y ya no te verán
estos ojos mortales, nunca más!....

Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un in-
[menso
deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,
y solo con mi pena y mi recuerdo,
aullarte como un perro!....



Victor Domingo Silva

(Nació en Tongoy, en 1882)



Es la figura más popular de nuestros escritores y poetas. El pueblo le admira y le adora, la juventud intelectual le aclama con delirio y ciertos talentos fracasados o en declive, y uno que otro sátrapa político, le temen y le odian.

Ninguno como él ha sabido abrirse paso por entre las guijas de la vida con más tesón, con más altruismo, con más fe en sus propios esfuerzos, para llegar a la altura que sueña su noble corazón idealista. Nunca ha sufrido un desmayo, un vértigo en la ascensión. En los altibajos de su jornada siempre ha brillado en su frente la aureola del apóstol. Para subir no ha acudido al cobijo de la sombra, ni a la injusticia, ni al beso de Judas. Sus ataques han sido de frente, mirando al fondo los ojos del adversario. Para el miserable y el canalla ha tenido el profundo desprecio de su dignidad. Para el amigo y el débil, para el hermano y el compañero, el refugio hospitalario de su esfuerzo, el estímulo caluroso de su palabra y el valor inquebrantable de su propio ejemplo.

Desde muy niño acarició el ensueño de las reivindicaciones populares, la defensa de los sagrados derechos de la libertad individual, que para las masas son un sarcasmo, y la altruista inspiración de purificar la sangre y el espíritu que se pudren en las cloacas de una vida miserable, desamparada.

Publicó sus primeros artículos en diarios de provincia, cuando apenas contaba quince años, y en ellos se revelaba ya el futuro periodista, el novel luchador que hacía vigorosamente sus aprestos para la gran cruzada....

En «Pluma y Lápiz», en 1901, empieza su verdadera jornada literaria. El inolvidable Cabrera Guerra, profundo conocedor de los hombres que llevan algo de dios prendido en las pupilas, reprodujo algunas poesías y prosas del anónimo poeta que en periodichuchos de villorrio mostraba sus dorados frutos al sol impasible de la indiferencia campesina.

M. Cabrera lo atrajo a su lado y ahí fué de todo: cuentista, crítico, poeta. Sus trabajos fueron aplaudidos con entusiasmo por la muchachada de aquel tiempo y a la cual pertenecieron Pezoa Véliz, Pedro Gil, Francisco Contreras, Luis R. Boza, González Bastías y otros.

En 1906 apareció su libro de versos *Hacia allá...* que es sin disputa una de las mejores obras líricas que se han publicado en el país hasta la fecha. Ningún cantor ha superado la belleza, el equilibrio, la delicadeza, la honradez y exquisita substancia de sus versos correctos y extrañamente sinceros. El alma chilena, netamente criolla, desgarró esa poesía como un vientre fresco y granado, y muestra la riqueza, el dominio, el color y el carácter del ambiente popular.

Victor Domingo Silva en *Hacia allá...* y Carlos Pezoa Véliz, en su libro póstumo «Alma chilena», son los cantores más genuinamente criollos. Hay escritores que pretenden hacer obra de costumbres nacionales, mejor dicho, populares, sin otra vocación y otro mérito que conocer más o menos el arte de retorcer estrafalariamente la lengua y saber ridiculizar, hacer caricaturas con las frases inculcas de nuestros huasos y de la gente ignorante de nuestro pueblo.

Consideramos que el «criollismo» verdadero, no es éste. Creer que se marca por ciertos giros de palabras degeneradas, ampulosas, groseras, triviales, revela una ignorancia, un desconocimiento del alma de nuestra raza. Lo nacional o popular debe contener la perfecta expresión, la característica inconfundible, la tendencia ordinaria del espíritu dramático del pueblo. Los escritores no deben especular con las manifestaciones de este orden, que son sagradas, abusando del mal gusto de las masas y ridiculizando a las mismas con sus propios defectos. Asimismo, el «teatro nacional» no debe tender a mostrar la faz cómica, estrafalaria, de la vida plebeya. Debe estudiar esencialmente la zona dramática, la parte dolorosa del bajo pueblo, con sus acontecimientos inauditos, con sus dolores menudos, pero propios, y sus estupores de asombro ante el paso de la moderna civilización que le olvida. Debe cantarse el poema melancólico del inquinaje

que sueña en las horas nocturnas al borde de un estero o a las puertas de los fundos, con un vago presentimiento de felicidad libérrima; al alma vagabunda de ese roto andariego y audaz que hemos visto apoyado como un enigma en la borda de un buque, entrando a un puerto, después de haber recorrido las Indias y la Europa entera.

Se debe penetrar a la vida miserable de los conventillos, de los cerros, de los malecones, de las salitreras y las minas, para sentir el verdadero aliento del alma fatalista del pueblo. Así se *hará poesía nacional, arte criollo*, que provocará entre todos un gesto de conmiseración, un estímulo de piedad, y no la carcajada epiléptica que se burla y goza, con la brutalidad ajena.

Víctor Domingo Silva y Pezoa Véliz—como hemos dicho,—han sido los cantores que mejor han vibrado con el sentimiento popular. Bernardino Guajardo, Peralta, Allende, Díaz Gana y otros, han sido caricaturadores del pueblo, pero nó poetas populares, en la más profunda significación de estas palabras.

A fines de 1908, V. D. Silva publicó su poema *El derrotero*, que, a decir de Armando Donoso, «en la obra de renovación de los recursos líricos del poeta, sintetiza la segunda etapa de su ascensión estética», y cuyo argumento de índole social llamó la atención por su novedad y el brillante matiz de estilo con que fué desarrollado. Lástima que una o dos ideas de este libro se hayan atravesado plenamente con otras de Gutiérrez Nájera o de Díaz Mirón. Fácil es explicar el origen de este cruzamiento: dos poetas pueden penetrar a un mismo hemisferio de inspiración y arrancar piedras preciosas de un mismo filón artístico.—Avanzar otra idea menos lógica, sería temerario, absurdo, tratándose de Víctor Domingo Silva.

En 1911 y 1912 sus colecciones de hermosas poesías *La Selva Florida* y *Romancero Naval* fueron distinguidas con el primer premio por el Consejo Superior de Bellas Letras y por el Círculo Naval, respectivamente, en los certámenes abiertos por ambas instituciones en aquella época.

A principios de 1908, Víctor Domingo Silva estrenó en Valparaíso su primera obra teatral *El pago de una deuda*, feliz ensayo que alcanzó mucho éxito y le indujo a proseguir en su carrera de dramaturgo, donde iba a obtener más tarde gloriosos laureles.

Siendo Redactor de «El Mercurio», en 1909, fundó con Horacio Olivos y Carrasco, Zoilo Escobar y otros intelectuales la «Universidad Popular» que dió espléndidos frutos para el pueblo porteño.

A *El pago de una deuda* han seguido las siguientes piezas teatrales:

Como la ráfaga, comedia, y *Los Cuervos*, drama, estrenado en Buenos Aires. Este último—se nos ha dicho—fué un fracaso para su autor. Sería el único que ha sufrido en su largo peregrinaje por las sendas del arte. Pero, cabe hacer presente que «los cuervos» o sean los personajes representativos de esta obra son tipos netamente chilenos, con sus hábitos, carácter y actitudes propias, nacionales. Son esa horda de tinterillos por lo común de chaquet raído, sombrero hongo, bastón grueso y una cantidad de papeles desordenados bajo el brazo, que, a las puertas de los Tribunales de Justicia, se les verá gesticular doctoralmente, manotear con calor y tratar de convencer a sus víctimas con su erudición rumbosa y su táctica sorpresiva, arrabalesca, de leguleyos astutos y sin conciencia. Un drama en que figuren tipos casi nacionales, chilenos, es difícil que triunfe en un ambiente extraño, como el de Buenos Aires, pues, el carácter de los personajes estudiados, por ser desconocido o menos familiar de aquel público, no adquiere el relieve ni la potencialidad que revestiría en un teatro del país. De aquí, posiblemente, la causa del fracaso de este drama, si es que ha existido.

En cambio, su comedia *Como la ráfaga*, de argumento universal, obtuvo un triunfo en la República Argentina, en cuya capital estuvo Silva en 1914. Ahí colaboró en «La Nación», «Caras y Caretas», «Ideas y Figuras», que le dedicó un número especial, y «Mundo Argentino».

Más tarde estrenó en el Teatro Municipal de Santiago su doloroso drama *Nuestras Víctimas*, que sentó definitivamente su reputación de dramaturgo de primer orden.

Ha escrito, además, para el teatro, un entremés, *A bordo*, y un diálogo en verso, *El primer acto*, representados con éxito en las tablas.

También ha publicado: *Las provincias del norte*, 1909, estudios locales. *Monografía histórica de Valparaíso*, 1910. *Golondrina de invierno*, novela, 1912; y publicará: *Agua mansa*, poesías, *Leyendas y Romances*, *Odas y Sátiras*, *Don Alonso de Ercilla*, drama; *Buena Presa*, comedia, y prepara: *Los Caballeros del Santuario*, novela.

Es increíble la actividad desenvuelta por Víctor Domingo Silva en todas las esferas de acción. Siendo periodista era empleado público, conferencista, político, tribuno popular, de todo. Siempre se le encontrará en los puestos de peligro, de combate. Nada para él se ha escapado. Luchador infatigable ha tenido por única norma posponer al interés personal el bienestar común del pueblo, el desarrollo de la intelectualidad y la purificación de aquellos servicios públicos corrompidos por las administraciones alejadas de los centros de Gobierno y que los caudillejos políticos reparten en familia, como quien divide una herencia legítima.

Por eso es que le hemos visto figurar brillantemente en el Ateneo, en la Asociación de Educación Nacional, en la Universidad Popular, en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; como mantenedor de

los Juegos florales en Valparaíso y Santiago; como miembro de diversos jurados de literatura; como fundador de la Sociedad Chilena de Autores Dramáticos y de la de Artistas y Escritores; en el sacerdocio del profesorado y en el Partido Radical que le cuenta entre sus miembros más pundonorosos y viriles.

Actualmente ocupa un sillón en el Congreso Nacional: es Diputado por Copiapó.

La lucha por la vida y un dejo inquietante y extraño va horadando lentamente su bella personalidad artística.

ACCION DE GRACIAS

(Pórtico del libro *La Selva Florida*).

A ti, mujer, que me amaste
un minuto de tu vida,
cuando a mi alero llegaste
como una alondra perdida;

y a ti, amable vendedora
de besos, que no quisiste
con tu boca pecadora
beber de mi vino triste;

y a ti, musa de mi infancia
que siento en mi alma vibrar
con la dulce resonancia
de una campana escolar;

y a ti, hermosa, a quien un día
con muda sorpresa oí
decir una poesía
escrita antaño por mí;

y a ti, traviesa y coqueta;
y a ti, suave y soñadora;
y a ti, por tu alta silueta;
y a ti, por tu tez de aurora;

y a ti, por saber reir;
y a ti, por saber cantar;
y a ti, por saber sentir;
y a ti, por saber soñar;

y a todas por haber puesto
en mi vida vagabunda
un rayo, una nota, un gesto
que la tornaron fecunda;

a todas, por haber sido
como el arroyo que pasa
cantando gloria al oído
del viajero que se abrasa;

por haber hecho brotar
en mi alma una luz de estrella,
como la arena del mar
vierte agua bajo la huella;

por haber, un solo instante,
con un soplo de pasión
sacudido el desolante
horror de mi corazón;

os debo un voto de gracias
y os entrego lo que os debo....
¡Brida quieren mis audacias
para lanzarse de nuevo!

Al insecto diminuto
que poliniza las flores
debe algún árbol su fruto:
así os debo mis dolores,

y mis dolores han sido
mi vida, pues me lo han dado
todo, menos el olvido;
nada, fuera del pecado!

Pero, entre todas, a ti,
noble amiga y compañera,
que eres siempre para mí
la más alta, la primera;

a ti, que no ignoras cuanto
hay de miseria en mis días:
mi incurable desencanto
y mis raras alegrías;

que no ignoras una sola
de mis íntimas torturas:
ni el orgullo que me inmola
en la cruz de mis locuras,

ni los callados terrores
de mis lúgubres tormentos,
ni los hondos estertores
de mis grandes desalientos;

tú, que llorando conmigo
te has uncido a mi fracaso,
recogiéndome al abrigo
de tu bendito regazo;

tú, que acallas mis sollozos
con tus palabras ardientes
en los vastos alborozos
de las horas confidentes;

tú, de mis luchas testigo;
tú, que nunca te has cansado
de soñar junto conmigo....
¡tú, que siempre has perdonado!

tú, que con tus claros ojos
has visto bien cómo soy
y vas limpiando de abrojos
la senda por donde voy;

tú, que al borde de la cuna
de nuestro ángel, has vertido
rayos de sol y de luna,
siglos de amor y de olvido;

tú, la novia adolescente
que revives el pasado,
y que, aunque el dolor te ausente,
sabes estar a mi lado;

tú, en fin, a cuya mirada
mi corazón, libro abierto,
no podría ocultar nada....
¡ni siquiera que está muerto!

A ti, que siempre has sabido
matar en mí la blasfemia
haciendo en tu pecho un nido
para mi musa bohemia;

a ti, por tu santo amor
y por todas tus virtudes
he de deber la mayor
de todas mis gratitudes.

Por nadie, sino por ti
está mi selva florida....
¡Por ti tiembla y sangra allí
la mitad de nuestra vida!

Es hijo del corazón
este libro algo sombrío:
lo comenzó la ilusión
y ha de acabarlo el hastío!

Tómalo, pues, en ofrenda
de gracias. Dale tu palma,
ya que él conoce la senda
que va derecha a tu alma.

Lleno de temor lo envío:
mas si lo objetas, te argullo
que si es tuyo, es por ser mío;
que si es bello, es por ser tuyo....

PROFESION DE FE

Aquí estoy. Soy el rápsoda. Camino
y canto al par. Me absorbo en lo profundo
de la naturaleza. Peregrino
del pensamiento, voy meditabundo
entre la hostilidad de los humanos
odios,—esos oscuros salteadores—
esparciendo mis sueños como granos,
deshojando mis versos como flores....

Así voy, visionario de la vida,
amando lo que vibra y lo que late,
dejándome llevar, tendiendo brida
a mis íntimas ansias de combate;
soñando con el bien, como Quijote,
odiando el mal y provocando el pismo
de las gentes beatíficas, al trote
del menguado rocín de mi entusiasmo.

Nací así. ¿Qué he de hacerle? Soy un loco.
Nací para luchar. Por eso vivo,
y tengo algo de Dios cuando desfloco
a todo viento mi penachó altivo.
Vivo para los sueños que fecundo,
vivo para los versos que derramo
y no comprendo la razón del mundo
sino por la virtud de lo que amo....

Soy así. Nací así. Hierve en mis venas
inédita pasión. Como el follaje
me hago rumor y escalofrío, apenas
cae la primera luz sobre el paisaje.
Me hago temblor y cántico, suspiro
y afeteo....Y, hambrientas mariposas,
rompen mis ansias en revuelco giro
por sobre la opulencia de las rosas.

¡Rosas de Octubre, como bocas, rojas
de juventud abiertas para el beso,
que entre la pelusilla de las hojas
llevan, con el perfume, eso inconfeso
de la virginidad! Manchas de flora,
entre cuyos matices adivino
algo como un destello de la aurora,
que se hubiera enredado en el camino....

Así voy, saludado por la gracia
de mi propia ilusión. No es mi quimera
más fuerte ni más noble que mi audacia.
Mi fe está en mí, mi brazo es mi bandera,
mi solo culto la belleza. Vivo
por la divina fiebre en que me abraso.
No tengo, como Pan, los pies de chivo;
pero calla la selva cuando paso....

Porque la selva, ese órgano sonoro,
sabe de la armonía de mis voces
y yo entiendo su lengua, que es de oro.
Habla la selva, y son los tenues roces
de la fronda en la fronda, es el diluvio
procreador que los pistilos baña,
el clorofilo verde, el polen rubio,
el amor de la tierra hecho montaña....

Como la selva soy. Siento que vibra
la vida en mí, como en la selva, en ruidos,
y que de cada nervio y cada fibra
arrancándome va desconocidos

acordes al pasar: unos violentos,
otros plácidos, vagos o profundos.
Si los crea la vida, mis acentos
fuerza es que sean, como yo, errabundos....

Adoro en mi ideal. La primavera
no vale menos porque esté perdida:
el cielo se ve azul como si fuera
la primera mañana de mi vida.
Adoro en mi ideal. Adoro en cuanto
solicita mi espíritu con mudo
recogimiento.... ¡Pleno de su encanto,
mi corazón es como un dios desnudo!

Mi raza vive en mí, como yo en ella..
Quiero ser el poeta primitivo;
el que arrancó su horóscopo a la estrella,
el que, ceñidas de laurel y olivo
las vastas sienes, arrojó en la sombra
todos sus himnos en un haz de lampos
y al tacto de sus pies tendió una alfombra
de milagrosas flores por los campos.

Quiero ser el poeta, hijo y hermano
de la tierra feraz, robusto brote
que se abre con el gesto de una mano....
Bardo y profeta, artista y sacerdote,
y todo!... Que se pierdan en el viento
mis frenéticas voces, siempre llenas
de este amor de la raza que yo siento
crispar mis nervios y expandir mis venas!

Que no haya una fruición ni haya un latido
que no se reproduzca en la salvaje
modulación de mis poemas:

Ruido
del mar, y de la turba hecha oleaje,
vuelos de la ambición, melancolía
de los humildes, místicas plegarias
del crepúsculo, errante fantasía
de éras para nosotros lelegendarias;

Viriles esperanzas, desvaríos
que hacen salirse el corazón del pecho,
orgullos locos, lúgubres hastíos
que están, prontos a herir, siempre en acecho;

dulces citas románticas, clamores
de las almas anónimas, plebeya
sed de justicia, angustias y terrores
que trazan en la sombra su epopeya....

Todo lo que suspira y lo que vuela,
todo lo que se eleva y lo que canta,
brizna que flota, góndola que riela,
risa del cielo azul: tristeza santa
de todos los que son, entre el estruendo
de la vida,—sinistra mascarada,—
idólatras del sol, que están muriendo;
nostálgicos de luz, que no ven nada!

Rudos mis versos son; pero en su aliento
hay algo de las ansias intranquilas
y algo del colosal deslumbramiento
que produce en las vírgenes pupilas
de la raza, la angustia, la increada
visión del porvenir.... Yo hago su exodo.
¡Alondra soy que canto en su alborada
y amo la luz, porque la luz es todo!

La luz es lo más alto, lo más libre.
La luz, sombra de Dios, es mi quimera.
Por eso quiero que en mis versos vibre,
juventud inmortal, la primavera,
y la luz, hecha prisma, se derroche....
¡Yo amo la claridad, como amo el día!
La noche es bella, sí; pero la noche
sin luna y sin estrellas ¿qué sería?

¡Sueño con extinguirme entre los míos!
Aguardaré el crepúsculo cantando
y cuando lleguen los primeros fríos
a aterirme los músculos, y cuando
se hundan mis plantas en la Selva Oscura
de donde nadie ha vuelto, ya vencido,
he de pedir a estrecha sepultura
la quietud, y el silencio, y el olvido....

¡Quietud, silencio, olvido! No los quiero
para mi vida aún. Amo y admiro.
Creo en mi fe y en mi esperanza espero.
Y sólo con el último suspiro

dejaré de cantar.... Mi alma se abraza
a su divino ideal. Sigue su huella,
y con honda emoción ve que la raza
busca la luz para bañarse en ella.

DESDE LEJOS

Niña gentil que ante mis ojos pasas
como la sombra de mi amor primero,
¡qué dulce es el ensueño en que te abrasas!
¡qué crueles las angustias en que muero!

Pasas ante mis ojos encendida
de adorable rubor. Eres hermosa
con la hermosura que hace amar la vida
en la estrella, en la perla y en la rosa.

Se abren tus ilusiones ante el cielo
que te da su alegría. Tienes alas,
y, cual si fueras a emprender el vuelo,
sin movimiento ni rumor resbalas.

Aún es pura tu edad! Esos quince años
con que todo lo encantas y alborozas,
ante mis días lóbregos y huraños
pasan como otras quince mariposas.

¡Mariposas de luz que en torno mío
rondar zumbando y cabrilleando siento
cuando, sólo con tu alma, desvarío
y echo hacia ti a volar mi pensamiento!

Aun es pura tu edad! Amas las flores....
Y, en medio de mi trágico infortunio,
llegan hasta alegrarme los amores
que te canta al oído el plenilunio.

Sabes reír. Es diáfana tu risa
como un cristal. En sus eternos giros,
llega hasta mí la vagabunda brisa
a repetirme todos tus suspiros....

¡Los tímidos suspiros que te arranca
en medio de tus horas más risueñas,

la visión auroral, mística y blanca,
de la cita romántica en que sueñas!

Tú pasas por la vida entre esplendores
y la haces resonar bajo tus huellas.
Buscan tu dulce plática las flores,
y te llaman su hermana las estrellas....

Mientras que yo,—ni imaginarlo puedes!
huérfano de la gloria que persigo,
vivo muriendo en las eternas redes
de una pasión que acabará conmigo.

¡Salve a tu vida en flor! Yo que atravieso
con la quimera al hombro todavía,
sueño con el temblor del primer beso
que incendiará tu adolescencia un día.

¡Hémos aquí a los dos! Por un momento
marchamos juntos.... Y después, quién sabe!
¡Quién sabe a dónde, bajo un mismo viento,
rueda la brizna o se remonta el ave!

Tú no puedes saber cómo combato
cuando el tropel de mis nostalgias suelto
tras el fantasma de un amor ingrato
que partió un día, y que ya nunca ha vuelto!

Ah! si supieras cómo son mis noches....
Aquel amor desventurado evoco,
y, entregado a suspiros y reproches,
se me figura que me vuelvo loco!

Aún deliro por él! Deliro en vano,
pero le hallo, en el fondo de mi olvido,
más adorable mientras mas lejano,
más delicioso mientras más perdido....

¿Por qué, pues sabes alegrar el nido,
no endulzas desde lejos mi tristeza?
¡Yo sé que las mujeres no han nacido
sino para encantar con su belleza!

Ojalá que, a la tarde, cuando leas
esta canción, bajo la lluvia de oro
de la apoteosis vespertina, veas
cómo en tu ausencia me atormento y lloro!

Ojalá que tus ojos en que anida
la pubertad, a la desdicha extraños,
viertan siempre a lo largo de tu vida
el esplendor de los primeros años!

Y que la victoriosa primavera
con que un día, al pasar, me sorprendiste
desparrame su luz, ella siquiera,
por mi horizonte eternamente triste!

Sé siempre así! Sonriente y encantada,
toda la vida en torno tuyo irisa
con el triunfo de luz de tu mirada,
con la gracia ideal de tu sonrisa....

Al través de la bruma en que me pierdo
como un pálido espectro de amenaza,
te repito mi adiós.... Yo amo un recuerdo,
y tú eres vida que se asoma.... y pasa!

LA MAÑANA SENTIMENTAL

Está la mañana tan triste!
Maniática bruma persiste
por sobre los cerros, sin un arrebol.
Está la mañana tan fría,
que flota en el aire como una agonía....
(Ayer hubo un poco de sol).

Vago a solas por entre los pinos.
Con sus cristalinos
gorgeos los pájaros, rien.... En fin,
algo lírico alegre siquiera
con su olor de fugaz primavera
mi invierno de bruma y esplín.

Otros días, mañanas como éstas
hacían vibrar las orquestas
de mis versos.... Hacían vibrar
ese poco de luz que en mi espíritu llevo.
Y en mi oído sonaban a nuevo
el rumor de las hojas y el ruido del mar.

Hoy mi espíritu tiembla y solloza.
Un ala fantástica roza
mis párpados ebrios de luz.... «Vamos ya!

Vamos, pues, a soñar, vagabundo!
Y con qué ansias de olvido me inundo
de esa vaga tristeza que viene de allá!

De allá de los altos nublados
que van en desfile, solemnes, pausados,
con rumbo a un lejano país,
pájaros que alean en son de agonía,
harapos del viejo sudario del día,
banderas de un trágico ejército gris!

¡A soñar! A olvidarse de todo,
a seguir devorando el exodo
del huérfano hogar;
a seguir devorando el vacío
de mis horas de angustia y de hastío,
dando cita a un olvido que tarda en llegar.

¡Soñador! Aún confías?
Aún recuerdas, sonriendo, tus días
de amor, de piedad, de ilusión?
Al borde del vasto silencio infinito,
aún te atreves, rebelde y precito,
a invocar la aurora de tu corazón?

Delante del turbio paisaje,
de la luz tamizada por entre el follaje,
en esta mañana otoñal,
tienes miedo a la muerte, y esperas
el regreso de aquellas quimeras
que te hablaban de ensueño, de ideal.

¡Tienes miedo! Este frío,
esta bruma, esta calma te ponen sombrío,
soñador incansable, fatal soñador,
quisieras morir a la luz, entre flores,
estinguirte en un mar de rumores,
mientras cierra tus ojos un beso de amor....

¡Pero no! Como sombra
va la muerte siguiendo tus pasos. Te nombra,
y tú escuchas su voz de fakir
que te dice, ante el tumulto abierto:
¡es muy dulce, muy dulce estar muerto;
pero es espantoso tener que morir!

LA CUNA VACIA

No ha muerto, nó, no ha muerto.

Ni siquiera se ha ido.

Siempre está con nosotros, aunque no haga ruido,
ni sus ojos enormes nos sonrían como antes.

¡Siempre está con nosotros!

No hay horas, no hay instantes
que algo, en la casa muda, no nos recuerde el día
en que, al verle en su cuna, creímos que dormía.

Dormía, sí, en efecto, los ojos entornados
e inmóviles, los labios secos y amoratados.

¡Era su sombra sólo! su sombra taciturna
que noble mano amiga depositó en la urna....
Su cuerpo, no su espíritu, no su ser ideal:
el vaso miserable, no el efluvio inmortal.

Porque él vive en nosotros.

Preside nuestras charlas.

Coge nuestras ardientes manos para besarlas.
Entre ella y yo, vacía, su sillita le espera,
y cada tarde un rayo de sol, cual si quisiera
borrar con su tibieza la pena del hogar
ocupa tembloroso su sitio familiar.

Está presente en todo.

Nada hablamos ni hacemos
sin recordarlo, nada.... Los silencios supremos
de las meditaciones, las frases indecisas
de un diálogo, el hojear de un libro, las sonrisas
y los suspiros, todo le pertenece. Es dueño
de nuestro afán,
de nuestra quietud,
de nuestro sueño.

¡Lleno está siempre el nido de su presencia! El pomo
conserva siempre el alma de su perfume.... Como
si siempre nos citáramos para hablar de lo mismo,
recordamos sus gestos, su gracia, su egoísmo,
su infantil inconciencia.

Y, ahondando nuestra herida,
nos parece que en torno se ensanchara la vida.

Nos sentimos más buenos.

Nos hiere en lo profundo,
como tristeza propia, la tristeza del mundo.

Es él, su dulce imagen la que el hogar invade.
Y esa dulzura íntima, romántica saudade,
que el corazón nos llena de amor y de indulgencia,
ángel! te lo debemos a ti y a tu presencia.

A tu presencia, que habla
sin hablar, que nos guía,
que envuelve nuestras almas en esa poesía
melancólica y tierna como un rayo de luna.
No estás, y estás en todo. La oquedad de tu cuna
guarda intacto el relieve de tu cuerpo bendito....
¡Si hay veces que saltamos creyendo oír tu grito!

¡Qué grotesca es la muerte, comedianta sombría,
ante el amor que triunfa! Todo el terror que un día
extrangulara nuestro corazón, ya ha pasado.
El hijo que perdimos ya no está a nuestro lado:
está en nosotros mismos! Su alegría inocente
pasa por nuestras almas cantando eternamente.

Bendito tú, que vives de nuestro amor! Benditas
tus risas gorgeadas, tus blancas manecitas.

Cuando ella duerme es sólo
contigo con quien sueña.
¡Tú eres quien hace gestos en su boca risueña!
y yo, mientras escribo, loco de tu cariño,
me digo:
«Chit! Recuerda que está durmiendo el niño!»

CARTA FILIAL

Madre! de tu tristeza
yo sé el secreto: todas las mañanas
observo con dolor que en tu cabeza
brillan, más que la víspera, las canas
y como sé también que no te aflige
la ancianidad, a mi pesar evoco
esa tarde tan triste en que te dije
que todo el mundo me creía un loco....

¿Recuerdas? Fué a la puerta
del hogar. Tú llorabas la partida
del noble compañero
que, con el alma a tu cariño abierta,
te adelantó en la senda de la vida.

—No llores. Yo no quiero,
yo no puedo (te dije) ver el llanto
en tus ojos amados, madre mía.

Y tú me respondiste:

—¡Pero si sufro tanto!

La triste soledad de la bahía
a nuestros ojos pareció más triste,
y el último fulgor crepusculario
hizo que el pueblo solitario y pobre
pareciera más pobre y solitario.

El viejo campanario
fué deshilando su tin-tin de cobre
al toque de oración.... Doblé la frente
y unimos nuestras lágrimas.... ¡Oh, instante!
Aún me parece oír tu voz velada
de infinita emoción, como una fuente

trémula y suspirante;

—Calla, hijo mío! No me cuentes nada.

Y es que tú adivinabas mi secreto,
tú leías en mí; tú conocías
esta ansiedad, este vivir inquieto
y estas penas de amor que son tan hondas
¡tan hondas y tan mías!...

—«Calla! Calla! Es lo mismo que me escondas
o me reveles tu penar....»

Mis ojos
te hablaban del delirio de mis noches,
de mis sueños violados y dispersos,
de mi vida hecha abrojos,
más que las quejas, más que los reproches,
¡más que toda la angustia de mis versos!

Te hablaban del fracaso
de mi continuo aventurar, mi paso
torpe; mi palidez; el ansia incierta
con que mi pensamiento vagabundo,
creía ver, tras la entornada puerta,
como una fiera muerta de hambre, al mundo.

Y me hablaste de ti, de tu ternura,
de tu orfandad, de todo lo que ha sido
rayo de sol o niebla entre la oscura
ramazón que sostuvo nuestro nido.
Me hablaste de él, y sollocé contigo.
Comprendí que, aunque en ruinas,
el nido familiar era un abrigo
para nuestro desvelo.

Y,—¡Felices (pensé) las golondrinas
que saben dónde han de posar su vuelo!

Me sentí aniquilado,
como una obscura golondrina inerme,
y escondí mi cabeza en tu adorado
regazo, madre mía,
como cuando a tu dulce «duerme! duerme!»
conversar con los ángeles creía....

Hoy nada queda ya! Todo ha caído,
en el tiempo, en la sombra, en el olvido....

A los golpes adversos,
del azar, ese viento despiadado,
los hijos de tu amor todos dispersos,
todos buscando el pan, se han alejado.

Ya no están a tu lado
para besar tus ojos, madre mía,
y transformar tu soledad de pena,
en bullicioso encanto de alegría.
Forzados del trabajo, todavía
cada cual va arrastrando su cadena.
Recordamos, a solas, tus consejos
y lloramos por tí, que eres tan buena,
y estás siempre tan lejos!

Perdona tú, perdona,
(perdonar es de madre) si te abrumo
con tanta queja. Mi penar me abona.
Mi vida es un cadáver que yo exhumo,
pero para quemarlo.... Es sólo un poco
de ceniza y de humo:
la fe de un niño y la ambición de un loco!

No te asuste el silencio, no te alarme
el no saber de mí. Corriente arriba,
he de bracear hasta poder echarme
sobre el verdor de la ribera, esquivando
como toda ilusión. ¡Es la postrera
a que prestó mi corazón abrigo!
Sé que me aguardas tú, sé que me espera
tu corazón contigo.

Aún me parece que tu voz me exhorta
a confiar en tu amor y en tu cuidado....
¿Qué el mundo no me entiende?

¡Y qué me importa
si sé que tú me entiendes demasiado!

GRITO ROMANTICO

(Sonata de Invierno).

¡Qué tristeza más honda! Frente al día
que languidece, desmayante y flácido,
languidece también el alma mía.
Cae en mí tu recuerdo como un ácido
de acritud corrosiva. Me enveneno
con ideas hostiles. Estoy triste,
y hallo un sabor sensual y casi obsceno
en el último beso que me diste.

En el último beso! Se diría
que derramaste en él todo el deseo
de eternidad de nuestro amor de un día.
Todo lo evoco; y, como entonces, veo
tu rostro oval, tus senos agitados
de angustioso temblor, y el brillo ardiente
de tus rubios cabellos desatados
como una tempestad sobre mi frente....

Aún siento el calofrío de tu mano
en mi mano ardorosa. Todavía
me contemplo a tus pies, como un gusano,
pidiéndote perdón por la agonía
de nuestro idilio; echándote a los ojos
todo el horror de un alma, hecha de frío,
de pereza y de angustia.... los despojos
de una vida extraviada en el vacío!

¿Qué quieres tú? ¿Pude pensar siquiera
que estaban en acecho los dolores,
y que en nuestra naciente primavera
se iban tan pronto a desgajar las flores?
Y hoy.... no lo sabes tú! Ni carcajada,
ni sonrisa, ni lágrima, ni beso....
¡El invierno es el gesto de la nada,
y el hastío es el triunfo del bostezo!

Estoy pensando en ti. Tu imagen, vaga
como un jirón de niebla, me ha rozado....
Hay algo en tu recuerdo, que me halaga:
acaso lo agridulce del pecado,
acaso lo auroral... lo fugitivo
de aquel amor.... Mi mano se resiste;
pero, jugando con la pluma, escribo
y ya no me lamento de estar triste!

*

....La tarde se despide dulcemente.
Se va la luz. Suspira la arboleda
y de los surtidores de la fuente
caen fugaces lágrimas de seda.
El día va a morir. Voces extrañas....
Temblores de pavor.... Para el gran duelo,
se visten de violeta las montañas
y se ilumina triunfalmente el cielo!

De frente a la ventana, mis pupilas
se hastiaron de absorber en su mirada
las lontananzas mudas y tranquilas.
Se hastiaron ay! de escudriñar la nada
y se han vuelto hacia mí, cuando tampoco
vuela sobre la estepa desolada
de mis ideas, más que un verso loco
como una golondrina fatigada....

Oh, el invierno del alma! En vano, en vano
abro con gesto trágico la mano,
como si pretendiera en mi caída
perpetuar el horror de una blasfemia
para todas las cosas de la vida
hoy que arrastrando voy, torvo y callado,
lejos de mi romántica bohemia
mis nostalgias de príncipe expatriado....

Soy como el sembrador junto al terruño
que ya nada produce.... Antes creía
blandir un arma al esgrimir la pluma,
que hoy me hace vacilar cuando la empuño.
En mi jardín, ya no es la poesía
trepadora que adorna y que perfuma,
y ya en torno al hogar ronda la bruma
con toda su invernal melancolía!

Y empero, recordando, entre la obscura
vaciedad de mis años, la ternura
del viejo idilio, la ansiedad secreta,
la íntima angustia, el grito de alegría
con que a mis confidencias respondía;
hurgando el rastro de mi vida inquieta,
siento que todavía soy poeta
porque no he envejecido todavía!

*

Ya la noche ha caído! Arden las luces
de la ciudad. A la distancia, un piano
rompe en sollozos.... Cúpulas y cruces
horadan la penumbra. Hay un lejano
halo de poesía y misticismo:
atmósfera ideal en que me pierdo
persiguiendo el fantasma de mí mismo
por los viejos caminos del recuerdo....

¡Recordar es morir! Placer de viejos!
querer ser niños, desandar lo andado....
Recordar es bañarse en los reflejos
de un crepúsculo: hundirse en el pasado
para engañar el asco del presente:
soñarse en días de verdor eterno
ay! para no advertir que en nuestra frente,
y en nuestro corazón, está el invierno....

Invierno estás aquí! Tu aliento es frío,
tu beso aflige, tu contacto enferma.
El cielo antes sereno, está sombrío.
Locas ráfagas silban. Algo flota
sobre la tierra desolada y yerma,
pues ya siento sonar dentro del pecho
la infinita tristeza de la gota
que cae sordamente sobre el techo....

Déjame en paz, recuerdo! Calla, piano....
¿A qué angustiarse con las cosas viejas?
¿Por qué a lo inalcanzable, a lo lejano,
a lo imposible, a lo que ya se ha ido,
han de volar, temblando, nuestras quejas?
¿Tal es la ley de nuestra suerte avara?
¡Miserio el corazón, si espera olvido
y más misero aún si no esperara!

¡Qué frío! Qué tristeza! ¿Estoy enfermo,
o es esta soledad en que me agito?
¿Por qué vivo entre angustias, y me duermo
con el remordimiento de un delito?
Ah, no lo sé yo mismo! Ni sé cómo
perdido en la blasfemia, en el reproche,
y en la súplica, a un tiempo, me desplomo
en brazos del invierno y de la noche....

LA LUZ LEJANA

Cuando ha caído la noche
sobre la ciudad dormida
y sólo el ruido de un coche
hace un último derroche
de actividad y de vida;

cuando el mar ronca o bosteza
su milenaria modorra
y confunden su tristeza
la nube que se espereza
y la estrella que se borra;

cuando tras de la neblina
suena el toc-toc taciturno
del vendedor que camina
o del guardián que en la esquina
hace el servicio de turno;

cuando en la torre más vieja
el reloj canta las doce
y pasa por la calleja
algún ebrio que se queja
o algún enfermo que tose;

salgo a la abierta ventana
y en los rincones más turbios
veo, pálida y lejana,
una luz que se desgrana
por la paz de los suburbios.

La veo clara y tranquila,
que alarga en la sombra un trazo
y palidece y vacila,
no a modo de una pupila
sino a modo de un brochazo.

¿Y qué es esa luz lejana?
Yo lo ignoro, yo lo ignoro....
Pero ella arde en la ventana
y en la noche se desgrana
como una cinta de oro.

Y algo extraño me sugiere.
Ternura? Melancolía?....
¿Nadie sabe lo que quiere
esa luz que no se muere
y está en eterna agonía!

Esa luz que así vislumbra
del arrabal soñoliento
sobre la muerta penumbra,
no puedo saber si alumbra
taller, tugurio o convento....

7—SELVA LÍRICA

*

Acaso es la compañera
que, sin pesar ni reproche,
sobre la gran mesa espera
que la joven costurera
termine su obra esa noche.

Lámpara de tonos rojos
de pie en la gran mesa, acaso
da artificiales sonrojos
a la que clava sus ojos
en las labores de raso.

Entre los dedos la aguja,
la pobre en silencio cose,
plega, hilvana y encarruja....
Y una sonrisa dibuja
porque es tan tarde y no tose!

Un grito. ¿Qué? Se ha pinchado!
Y los opulentos ruedos
que ella temió haber manchado,
con su rico encarrujado
hacen fru-frú entre sus dedos.

(¡No te afanes, costurera!
Hace mal la que se afana
y sufre de esa manera:
otra mujer hechicera
lucirá el traje mañana!)

*

¿Y, qué es esa luz lejana?
Quizás, con la madre espera,
fijo el ojo en la ventana,
a algún hijo tarambana
que esa noche duerme afuera....

¡Cuánto tarda! ¡Cuánto tarda!
Tic-tac.... Las tres en la esfera.
Tic-tac, tic-tac.... Pero aguarda,
y ni el frío la acobarda
ni el tiempo la desespera.

(Pobre madre! Tú no sabes
muchas cosas.... Pobre vieja!
Tú ignoras cosas más graves:
te ha robado hasta las llaves
el miserable, y te deja....

—¿Por qué—preguntas—se aparta
de mi lado el pobre niño?

Ya muy pronto estarás harta:
la copa, el beso y la carta
te han robado su cariño!

Tú no sabes, pobre vieja,
lo que hace ahora el muchacho....
Un borracho es su pareja
y el borracho le aconseja
que siga siendo borracho.

No sufras, madre, no esperes...
Cierra, cierra la ventana
¡En brazos de otras mujeres,
ese hijo que tanto quieres
no volverá hasta mañana!)

*

Aquella luz mortecina
que se asoma a la ventana,
¡quién sabe si en la cortina
de una alcoba femenina
su lluvia de oro desgrana!

¡Quién sabe si adolescente
niña en su libro se arroba,
y es su única confidente
esa luz auriluciente
que se desmaya en la alcoba!

Sonríe acaso a un ensueño
que por su espíritu pasa.
Enarca el labio risueño
y arde su cutis sediento
con la fiebre que la abrasa.

La luz desde el velador
envuelve en vivos destellos
aquel cuadro encantador....
¿Dónde estará el trovador
que la bese en los cabellos?

Deja el libro. Los paisajes
del muro mirando queda
y se absorbe en sus mirajes
mientras crujen los encajes
con cuchicheos de seda....

(No sueñes más, burguesita,
con amores medioevales.
Por más que seas bonita,
no hay luna para la cita
ni caballeros feudales....

Duerme, y piensa en cosas graves,
en un nido, en un esposo
que te engaña y tú lo sabes
y que te deja las llaves
porque no es nada celoso.

Sueña con un millonario
que use sombrero de copa
y viva por formulario,
y que en caso necesario,
podría llevarte a Europa....

Duerme, duerme! Tu quimera
es tan dulce como vana.

Duerme! La pálida cera
que hoy brilla a tu cabecera
seguirá ardiendo mañana!)

*

¿Qué inquietudes, qué desvelos
preside esa luz lejana?
¿Qué goces, qué desconsuelos?
¿Qué esperanzas y qué anhelos
de alguna pobre alma humana?

¿Es un padre que agoniza,
o es un pequeño que nace?
¿Surge allí el llanto o la risa?
¿Es ensueño que se realiza
o ilusión que se deshace?

¿Es un obrero encorvado
que lucha con su pobreza?
¿O es un fraile atormentado
que, al crucifijo abrazado,
trémulas plegarias reza?

¿Es un amante que vela
la x desconocida?
¿O es un pobre que se ofusca
y empuña con mano brusca
el revólver del suicida?

¿Es un inventor que busca
los despojos de la amada
que en su mortaja se hiela?
¿Es un pintor que en su tela
hunde febril la mirada?

¿Es un poeta que escribe
entre el frenético enjambre
de imágenes que concibe?
¿Es un bohemio que vive
de la gloria y para el hambre?....

La luz lejana, tranquila
junto al alma que acompaña,
ya no tiembla ni vacila:
es un faro que vigila,
no un fuego fatuo que engaña.

Desde sus rincones turbios
brinda amor, incita al sueño,
pone paz en los disturbios

y aunque brilla en los suburbios
es todo un mundo en pequeño.

Duermo ya, y la luz lejana
se derrama compasiva
sobre la miseria humana:

humilde estrella, es hermana
de las que brillan arriba....

¡Pobre faro que destellas
en la sombra, luz lejana!
Tus hermanas las estrellas
saben bien que tú, como ellas,
arderás hasta mañana!

IN MEMORIAM

Manos dolorosas,
largas manos febriles,
manos hechas para deshojar rosas
y enredar sueños sutiles.

Están heladas, están quietas
con la espantosa quietud final.
¡No más angustias secretas,
todo para ellas es igual!

No queda más que el tormento
de los recuerdos desgarradores:
la evocación de tu acento,
tu piano, mis libros, tus flores....

¡Pensar, que inmóviles, ahora,
tus ojos ven más que ayer!
Ya no brillan: pero una aurora
sobre tu frente se ve arder.

En el silencio los cirios
alargan rayos gesticulantes,
Hay rosas, y violetas, y lirios.
Se oyen repiques distantes.

Pasan las horas. Es una
horrenda cabalgata de dolor....
Tiembla en las gasas un rayo de luna.
Marea el aroma del alcanfor.

Amor que no pudo quererte,
mendigo claudicante que, ahora,

ante la brutalidad de la muerte,
se desespera y llora;

fatal y perpetuo condenado
a mirarte sólo desde lejos,
con el oído esclavizado
por los más razonables consejos;

este doloroso cariño
que me hizo perseguir tu paso,
que llenó mi vida de niño,
y que hoy me tumba en el fracaso,

nada es para ti,—nada!
en el horrible vacío:
inmóvil sigue tu mirada,
y yo todo pálido y sombrío.

Y pensar que todo este duelo,
que toda esta pena, tan sentida,
que todo este desconsuelo
tan hondo, los barrerá la vida!

Pasarán las horas. Y tú, amada,
tú, la que mi labio nombra
con una voz tan angustiada,
no serás al fin más que una sombra,—

una sombra empalidecida,
una fecha lejana y dudosa
que se guarda en el trajín de la vida
como se guarda cualquier cosa!....

ODA INGENUA

(A una mestiza)

Se enflora la primavera
y con su racha más tibia
va a agitar tu cabellera,
como si algo te dijera
de la lejana Valdivia.

¿De qué te charla la brisa
que la inquietud de la risa
pone unos brillos tan raros,
en esos ojos más claros
que un panorama de Suiza?

Las palomas siempre en fiesta.
Y aquel gallo de alta cresta
dónde está?
No conversa ya contigo,
no pregunta por su amigo
Monsieur K?

Ojalá me hables de todo:
de aquel sol, de aquel recodo
que iba allá,
de tus aves, de tus flores.
Y ojalá escribiendo llores.
Ojalá!

Y tu carta cuando llegue
y a mis ojos se despliegue,
me dirá

que la novia de otros días
eres tú que me decías
—«Ven acá!»

«Ven acá, mi amor te espera.
En mi amor la primavera
siempre está....»
Dónde está que no me invita?
¿Qué será de mi aldeanita,
que será?

Nunca ya mi amor se olvide
del perfume que despide
tu recuerdo: resedá....
Y en los éxtasis supremos
nunca ya nos separemos,
nunca ya!

ALAS...

Entra al arroyo la muchachuela,
planta descalza, pierna desnuda,
labio que incita, mano que duda.
Y el agua copia lo que ella vela.

Gorgoriteo de filomela
deja escaparse la risa aguda
y muestra al punto pidiendo ayuda,
su dentadura de castañuela.

Y como sigue subiendo el agua
con mano torpe coge la enagua....
Mas, olvidando qué debe hacer,

sube la enagua si el agua sube....
¡Le faltan alas para querube,
pero le sobran para mujer!

Un chico gordo que va a la escuela
la ve, la observa, detiene el paso,
y dando al diablo probable atraso
cuaja de gestos la cara lela.

Recuerda un viejo cuento de abuela:
si fuera cierto tan lindo caso,
la burda enagua sería raso
y un hada rubia la muchachuela....

Falla de pronto la hoja de parra....
El chico pierde libro y pizarra,
estira el cuello para mirar,

y allí se queda como bolonio....
¡Le faltan alas para demonio,
pero le sobran para escolar!

PAJAROS NOCTURNOS

De la noche (las claras estrellas
temblando de miedo se abrazan)
a solas o en grupo se deslizan ellas,
y vuelven y pasan.

Son ellas, las pobres tapadas,
os tienden la faz, os aguzan
las largas y humildes y hambrientas miradas,
y siguen y cruzan.

No es fácil llamarlas mujeres,
más bien bestezuelas de vicio;
para ellas su estúpido afán de placeres
es cuestión de oficio.

Vestidas de negro nocturno
desfilan por calles y plazas,
pese al espantajo del guardián de turno
y a sus amenazas.

Precisa pescar la moneda,
precisa vender boca y beso,
por algo se tiene la cutis de seda
pintada ex-profeso!

Y pasan....un roto las mira,
«la viuda no encuentra marido,
siempre tan bonita! Parece mentira
que se le haya ido!»

*

A veces por sobre la acera
arrastro mi lúgubre hastío,
y ellas me preguntan con voz zalamera
si no tengo frío!

La fiebre del vértigo urbano
las siega....La frase provoca,
odian al mendigo que tiende la mano,
y ofrecen la boca.

Su boca, que ya la lujuria
secara en el propio racimo....
en ella se torna vergüenza de injuria
la gracia del mimo!

Sus ojos son vidrios, de sombra
retazos de luz taciturnos....
¡Bien les viene el alias con que se las nombra:
pájaros nocturnos!

Incendian su amor de rameras
histerias, locuras, neurosis....
Y reserva tintas para sus ojeras
la tuberculosis!

Es suya la risa del chusco.
Es suyo el desprecio insolente,

cuando no el regaño beatífico y brusco
de la buena gente.

Es suyo el amor del borracho
que en ellas sus cóleras siembra....
Suyo todo el agrio capricho del macho
para con la hembra!

Para ellas no es nadie agresivo.
El hombre que paga es el amo.
¿No oís que os ofrece delicias el vivo
pist pist del reclamo?

*

A veces de noche me asomo
al sucio burdel sub-urbano.
Ah! el salón bastardo que es triunfo del cromo
y éxito del piano.

Incita y aturde la gresca.
Cosmópolis triunfa, y equipa
una abigarrada turba diabolésca
de gorra y de pipa!

Ahito de *Sobre las Olas*
vomita bravatas un yanqui.
Y un negro achispado dibuja cabriolas
como un saltimbanqui.

Un mozo que carga cadenas
y que echa hacia el ojo el sombrero
dice sin empacho que él paga la cena
porque es caballero.

Y ensaya una pulla en la broma.
Y pues la garganta se seca,
brinda un vaso lleno por esa paloma
que baila la cueca.

(Há rato que sobre el tablado
patea la misma pareja.
Las mismas piruetas del mismo soldado
con la misma vieja).

Pianito que cantas amores!
Pianito de seda que sales!
Managüito mío son pocas mis flores
para lo que vales!

Y el roto que a bordo ha sufrido
más pena que toda la tropa,
recoge las sobras de un beso perdido
y vacía la copa!

Se baila, se charla, se grita,
y bajo nubada de tierra
se ahoga en el trago la pena maldita....
¡La vida es tan perra!

*

Flechando lascivas miradas,
y riendo con gracia truhanesca,
por allí andan ellas, las pobres tapadas,
por si algo se pesca!

Amantes de oficio, su idea
es dar con un beso que halague:
negro, gringo o roto.... no importa quien sea,
con tal de que pague!

Se van al asalto. La presa
resiste. ¡No es fino el vocablo!
Manos que acarician y boca que besa,
¿qué más, pobre diablo?

Si pescan, se escurren de pronto
por entre la niebla. La hora
parece ayudarlas a dar con el tonto
que las enamora.

¡Mujeres perdidas! Quien se halle
exento de toda joroba,
diga por qué el beso que es sucio en la calle
es limpio en la alcoba.

¡Mujeres perdidas! Desdoro
de todo! ¡Mujeres perdidas,
no son por acaso las que cubren de oro
sus almas podridas?

¡Filósofo hambriento! Ludibrio
de todas mis cóleras rojas,
detén ese labio! No hagas equilibrio
con las paradojas!

Hipócrita lengua que lames
piltrafas.... Sujeta tus iras.

¡Son ruines tus frases, son ruines e infames
todas tus mentiras!

Detén ese trágico gesto
de máscara! Ahoga tu grito....
Quema con tus hierros lo que sepa a incesto
o a vicio maldito!

Mas, déjalas que hagan su obscuro
camino de rumbos eternos....
Ah! también en ese sacerdocio impuro
hay labios maternos!

Un día, fatal, silenciosa,
la muerte que no las espera,
dará con su cuerpo dentro de la fosa
y ¡adiós! que la tierra les sea ligera!

¡Filósofo! Ya no maldigas....
Si son mercachifles del vicio,
preciso es decirse: «son buenas amigas
y saben su oficio».

Preciso es temblar de vergüenza.
Preciso es luchar contra el lodo:
Lodo de ignominia y horror que comienza
a cubrirlo todo!

Preciso es luchar sin desmayo
con ansias bravías e inquietas,
y desde la sombra pasar como un rayo
por riscos y grietas.

¡Luchar contra el vicio nefando!
¿No oís? La virtud se desploma.
¿No oís? Es un viento que llega gritando:
¡Yo vengo de Lesbos y voy a Sodoma!

LA NUEVA MARSELLESA

Hermanos en la vida y en el trabajo, hermanos
en el dolor y en todo: estrechemos las manos
y pues marchamos todos por un mismo camino,
vamos a la conquista de nuestro gran destino.

Todos los que sufrimos debemos ser iguales.
Si todos recibimos los azotes brutales

de la maldad, si todos formamos los racimos
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos
y, apretados en torno de la común bandera,
saludamos la nueva, fecunda primavera,
y en esta tierra llena de honor y de impudicia
clavamos el augusto pendón de la justicia!

¡Hermanos en la vida y en el dolor! ya es hora
de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora
del gran advenimiento de los días supremos
de redención....Hermanos, llenos de fe, luchemos
por conquistar el trozo de pan que se nos niega:
nunca, jamás roguemos (sólo el mendigo ruega).
Ante la puerta de oro de ahitos Baltasares,
hermanos, escribamos el Mane-Tecel-Fares!

En esta gran catástrofe hasta el verbo de Cristo
se pierde extrangulado por la pasión....

Yo he visto
allá en las lejanías de mis viejas montañas,
a muchos pobres hombres desgarrar las entrañas
de las ásperas sierras, y hundirse en lo más hondo
como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo,
y con el heroísmo de a quien nada le arredra
a tiros y combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto en el bochorno de aridez de la pampa
al roto, a puro golpe de dinamita y lampa,
abrir el vientre enorme de esa opulenta tierra
que sembró de cadáveres, otro tiempo la guerra;
abrir aquella tierra pródiga de tesoro
y arrancarle el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto en nuestros campos, bajo el sol, bajo el viento,
a cien desventurados soportar el tormento
de arar la tierra propia para el ajeno grano
y en el arado ajeno cansar la propia mano!
Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas,
en ese horrible imperio de las sombras eternas,
bajar también los hombres al fondo del abismo,
gastar allí sus vidas de oprobio y heroísmo,
ser hijos de la noche y arrojar hacia el día
el carbón redimido que es luz y es alegría.

Yo he visto allá en los bosques del sur, en la frontera,
en esa tierra heroica, como sus hombres, fiera,
que nunca hollar pudieron los tercios de Castilla
y cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla;
yo he visto al indio viejo, desamparado y triste,

decir, llorando a mares, que «Arauco ya no existe»,
regar con sangre y lágrimas el suelo del terruño,
decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño
y ante el recuerdo negro del último episodio,
lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

Yo he visto allá en los límites del austral archipiélago,
entre esas viejas islas que bañan brisa y piélago,
a los últimos vástagos de aquella raza brava
venderse al oro infame como la carne esclava:
al pan tender la mano, tender el cuello al yugo
y ser al fin las víctimas del capataz-verdugo!

Y yo me he preguntado si son seres humanos
los que así se debaten, si son nuestros hermanos,
los que así caen, como forzados de galera,
luchando para otros en plena carretera;
los que así tan cruelmente la ambición crucifica
sobre esta tierra virgen, exuberante y rica.

Ay! colocando encima del corazón las manos
e invocando los fueros de la justicia. ¡Hermanos!
¿No es cierto que es preciso ser en la vida un muerto
para no condolerse con nosotros? ¿No es cierto
que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida
justifica al blasfemo y enaltece al suicida!

Caín, el fratricida, blande aún en la mano
la quijada sangrienta con que mató a su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos,
no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro,
puso entre él y su crimen una muralla de oro.

¡Y pensar que es tan fácil el remedio! Que tanto
dolor y tanta angustia; que tanta sangre y llanto
pueden ser suprimidos si un día comprendemos
que nada hay imposible para la fuerza unida
que aún de la misma muerte la unión arranca vida.

De un mundo al otro, sean todas las almas, una.
La fábrica y el diario y el yunque y la tribuna
forjando sin perezas, sin treguas ni desmayos,
el lívido tridente de lampos y de rayos
que tarde o que temprano provocarán sin duda

sobre la gran miseria de la tierra desnuda
—justo y sagrado triunfo del esfuerzo de ahora—,
el trueno apocalíptico de nuestra gran aurora.

¡Hermanos en la vida y en el dolor! La inquieta
voz de la multitud entusiasma al poeta.

Conmuevenle las voces que suben del abismo
y por pensar en todos se olvida de sí mismo.
Y entonces es profeta, y en su divino augurio,
habla de la suprema redención del tugurio,
habla de la justicia, y en su canto sonoro
se presiente el derrumbe de las torres de oro!

Sus versos doloridos de la miseria humana,
van por la noche a veces a sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio.
Y en el vivac del hombre, junto al arroyo turbio
que se arrastra sangrando como una rota arteria,
todas las podredumbres del vicio y la miseria
con voz que la amargura y el odio hacen sonora
murmuran de esperanzas, de redención, de aurora;
ponen oído a todos los ecos de allá abajo
donde hierve la eterna tragedia del trabajo,
y oyen la generosa pulsación de una raza
que se yergue y protesta, que grita y amenaza!

Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.
El poeta egoísta que ante la infamia calla
y calla ante el humano dolor, es un canalla.
En los días supremos, deben tener las lirás
los estremecimientos de las supremas iras.
El gran poeta debe tremolar su bandera
y lanzar sus estrofas por sobre la trinchera,
romper los viejos ídolos, marcar los nuevos rumbos,
salvar las marejadas de rayos y de tumbos,
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros,
alzar a los caídos, marchar por sobre escombros,
hacer vibrar las almas, mostrar expuesto el pecho
a los azotes trágicos del huracán deshecho
y en una misma ráfaga y en un mismo delirio
marchar con sus hermanos al triunfo o al martirio.

¡Hermanos en la vida y en el dolor hermanos!
Juntemos las banderas, estrechemos las manos.
Y, apretados en torno del común estandarte,
salvemos la barrera del último baluarte.
¡Unámonos, hermanos! Que mi misión es ésta:
Cantar para vosotros la Nueva Marsellesa!....



Gerónimo Lagos Lisboa

(Nació en San Javier, Linares, en Julio de 1883)



Hay pocos poetas nacionales con una idiosincrasia artística de más adaptación que la de G. Lagos Lisboa. Es esta una cualidad que ya se quisieran muchos de nuestros mejores líricos, porque es demostración de una sensibilidad exquisita, de un esfuerzo prodigioso de *mimetismo espiritual* con el ambiente y estados anímicos en que se vive. Este mimetismo espiritual es la facultad poderosa de saber recoger hasta los mínimos detalles de *todo* lo que nos rodea en cualquier instante y en cualquier sitio, estrujar este *todo* fugitivo, contra nosotros mismos, saturar nuestro ser con su propia esencia y transfigurarnos y confundirnos con su propio origen.

En el poeta, despliega todo su esplendor. El, vibrará canalllescamente en la música de los organillos o hará filosofía en el círculo afiebrado de rameran en un prostíbulo, y las mujeres aleladas beberán de sus aguas como de una fuente propia. El, encerrado entre los muros de su vivienda campesina, llorará sus bondades inconfesas, auscultará los instantes augustos de la jornada familiar; su cuerpo se teñirá

de la conciencia apacible y olorosa de los campos, y su alma será temblor en la luz de la lámpara, lealtad y valentía en el ladrido de los perros, angustia en el doblar de las campanas, mañesedumbre y amor en los ojos de la buena madre y alerta salvaje en los pitazos del tren que cruza las laderas. El, bajo la caricia de los astros del trópico, será nervio crispado en fogosas contorsiones; entre las mesetas nevadas de la gris Noruega, será ráfaga helante que sacudirá el espíritu en desgarradores escalofríos; en medio de los combates, sangre y ardor, y en el vago misterio taciturno de los palacetes ensombrecidos de Maeterlinck, será símbolo que levante sus actitudes dramáticas en una imprecisa voluptuosidad de emociones desconocidas.

La adaptación, forma raíces brillantes en el temperamento lírico de Lagos; raíces que han brotado espontáneamente, sin estimulantes, como al calor de un atavismo. Por eso sus poesías, dondequiera que alcen la siempre juvenil figura, tendrán el tinte de los cielos y los muros que vieran el resbalar de su sombra.

En su libro *Yo iba sólo...* (1915), sentimos palpar este doble esfuerzo ex-abrupto de mentalidad y corazón. A pesar de la deliberada y caprichosa distribución de sus versos, encajados precipitadamente, como para formar volumen, vemos, palpamos las evoluciones líricas, los cambios atmosféricos—diremos—del alma poética de Lagos Lisboa.

El, estuvo en un país caldeado por los soles tropicales. Su espíritu sufrió del mimetismo ambiente; se adoptó al régimen local y con su exquisita percepción intuitiva e ingenio sutil, encendió sus cantos nerviosos, estremecientes, rotundos, y confundió su vida, su carácter, con el carácter y la vida de los hijos de la tierra que sentía el calor de su planta y el temblor de su voz.

El, en los libros de ciertos grandes poetas americanos, vivió la vida romántica que se desliza con un rumor de lágrimas por sus hojas. Penetró entonces a sus antiguos templos, como un viejo devoto, santiguó su alma con el agua amarillenta de sus piscinas extenuadas y se saturó de las estériles gallardías e indigestos perfumes que se ofrecieron a su fervor.

Y él, por último, fatigado de vagar por senderos remotos y de olvidos, tornó sus huellas a los parajes recientes.... Se modernizó. Se adaptó una vez más al ambiente. No quedó emparedado como muchas momias del Ateneo. Y de esto, hace poco. A los treinta años de edad. En los umbrales de *le moyen age énorme et délicat*. Lo que revela mucho, lo que demuestra que es un poeta que vive la vida natural, que no vive artificialmente, muriendo porque le falta oxígeno, fósforo o valeriana.

Los versos de *Yo iba sólo...*, es decir los últimos, los nuevos, son de moderna arquitectura. Es inútil que algunos jóvenes intelectuales (Fray Apena, Carrillo-Ruedas y Préndez, entre otros), vituperen piadosamente este libro, por el presunto apego de su autor a los rancieros moldes, y declaren que sólo una o dos de sus composiciones pueden tomarse en cuenta por ser las de estilo más fresco.

La opinión de estos distinguidos literatos, es sincera, pero baldía. Lastimosamente confunden el de-

cadentismo con el modernismo, la palabrería enmarañada y de artificio, con el decir sencillo e inhallado, el pensamiento tumultoso, hueró y obscuro, con la idea limpia, sabrosa y tierna. Si Lagos Lisboa fuera en la actualidad un poeta decadente—supongámoslo un instante—, sólo entonces, para aquellos intelectuales, sería éste considerado como un poeta modernista. Error de apreciación que los conduce a un laberinto sin puertas. Ahora, el verdadero modernismo (afuera prejuicios sordos de juventud levantisca), tiende a hacerse clásico por la expresión; busca en la humildad, en la menudez, de las palabras más livianas, los ocultos fuegos, los ínfimos e inapreciables aromas, que es imposible arrebatár al engranaje violento de los propios estilos modernos. Aún más, creemos que el *modernismo verdadero* llegará a su forma definitiva, perfecta, impecable, cuando sus tendencias interiores se calcen los ropajes olvidados de los más puros y venerables de nuestros clásicos auténticos. No nos referimos a esos clásicos de pseudá estirpe, que fueron clásicos por no haber otros más osados en su época, y por saber vaciar donosamente sobre sus espaldas las guedejas de una peluca falsificada e indigna.

Y Gerónimo Lagos Lisboa va camino de ese ideal moderno-clásico, yuxtaposición absoluta de esa aberración moderno-decadente que un día acariciamos con alborozo de ciego y de niño.

No en balde la revista española «Nuevo Mundo», baluarte de las más puras y honradas de las escuelas literarias, ha comparado al autor de *Yo iba sólo...*, con dos o tres de los conocidos poetas enormes que tiene la América.

Pero, tememos que la modestia cobarde y deshonorosa de este poeta casi femenino por su carácter lechoso, perjudique el verdadero mérito de su obra. ¿Será que Lagos Lisboa odia la farsa atropelladora y cortesana de los zarrapastrosos, de los aguachirles y los especuladores de la literatura? ¿Será que está convencido del triunfo pantomimero de un Claudio de Alas sobre un Pedro Prado o un Alberto Moreno?...

Ofrece a la multitud dos libros: *Las Quimeras Hostiles* y *La Vibración de las Horas*.

CENIZA Y HUMO

«Ceniza y humo...» ¡Tu risa
lo canta, y tienes razón!
(Un cigarro y otro ron!)
Dices bien, María Luisa....

Vivir.... y vivir de prisa,
ésa es toda la lección....
Humo y humo la ilusión....
Ceniza, el dolor, ceniza....

Humo y cenizas.... ¡al viento!
Sopla el fuego, y que arda más!
La vida es para un momento:

vívela tú sin disfraz....
¡Ama y goza sin tormento!
Después....una cruz. Y en paz!

POR LA SENDA....

AYER

La noche, tibia. El corredor, sombrío.
La algazara jovial de los pequeños
bajo el parrón.... Lejano caserío
muestra hasta aquí el topacio de sedenios

puntos de luz. La madre pensativa
sale hacia el corredor. De sobremesa
fuma el abuelo. En el jardín, la esquiva
sombra de la belleza....

Tras del ramaje, como blanca niña
se alza la Luna a ras de la montaña,

y emerge aquí el trigal, allá la viña;
luego del *viñatero* la cabaña

casi escondida entre la fronda verde
y, huyendo de las frondas, el sendero
que al acercarse ondulator se pierde
como para bañarse en el estero.

Desde él se empina y al breñal se allega,
se agazapa después bajo el follaje
y hasta nosotros llega
como lejana insinuación de un viaje.

¿Vamos....? —la digo. Y Nelly, jubilosa,
viene hasta mí.... Jugando con los perros,
nos preceden con fresca y bulliciosa
risa los pequeñuelos. En los cerros

canta una voz agreste. Vuela alguna
ave medrosa a nuestro paso. El viento
mueve apenas los árboles. La Luna,
a través del follaje en movimiento

se escurre en busca de la senda grata
y va esbozando en ella, con su rastro,
alguna araña trémula de plata
o el fragmento de un astro.

Entre las yerbas, su nostalgia un grillo
en un aria romántica deslíe....
A nuestra voz se calla el organillo
de las *coigüillas* del remanso, y ríe

el agua del estero.... y va la brisa
con las cañas danzando en la ribera
y madrigalizando con su risa.
¡Aquí el rústico puente nos espera!

¡Cómo al pasarlo vibra!
Nelly recoge con temblor su enagua....
Y es como una ilusión que se equilibra
su imagen leve en el azul del agua!

Lo mismo que ella mi existencia ahora
del porvenir se grava en transparente
linfa de amor que de ideal se enflora
como de blanca espuma la corriente.

Musita el agua su canción. Callamos
con un afán de eternidad delante,
y en nuestros ojos, sin buscarlo, hallamos
de las estrellas el fulgor distante!

Un mismo ensueño nuestro afecto aviva,
en mi esperanza su esperanza se hunde,
y el alma de la noche pensativa
con las nuestras sonámbulas, se funde.

Seguimos a la viña. Del estero
se va el ruido apagando, y nos parece
que se orilla de nardos el sendero....
¡Siempre a la orilla del Amor florece!

Corta de pronto nuestros pasos una
vid sarmentosa que a otra vid se amarra,
y apunta como lágrima de Luna
un gusano de luz bajo una parra!

Rumorean las hojas, y a la vera,
fingen estremecerse los racimos,
como si hasta la viña compartiera
la emoción que sentimos.

Los chicos gritan a lo lejos, juegan....
Nelly me dice su inquietud por ellos
y cuando vamos a buscarlos, llegan
coronados de rosas los cabellos!

¡Salve, vida triunfal, que en la inocencia
así sueños en gérmenes balbuceas,
y abierta ya la flor de la existencia
en voz de amor tu eternidad traduces.

¡Salve a la sinfonía
que incuba el ala del amor fecundo,
y que es luz y es calor y es armonía,
alma de Dios y corazón del mundo!

¡Salve, vida triunfal! Salve a la norma
de uncirlo al núcleo de tus fuerzas todo;
tú cantas la epopeya de la forma
desde el éter sin mácula hasta el lodo!

Se pierde en el azul tu inmensa randa
y es el Amor tu lábaro encendido:
porque mi vida a su calor se expanda
yo voy junto al Amor soñando un nido.

¡Ven, mi adorada! Por mi senda avanza,
que desde los recodos de lo arcano
nos está haciendo señas la esperanza
con un haz de gardenias en la mano!

¡Ven ya lo sabes! Mi ansiedad se iguala
con tu ansiedad. ¡Triunfemos de la Muerte!
Mi ala es pasión. Idealismo es tu ala.
Rumbo a la eternidad va nuestra suerte!

Hoy

Está la noche tibia y el corredor sombrío.
Bajo el parrón es himno vibrante el vocerío
de alegres pequeñuelos. Hay luces en los cerros.
Frente al camino ladran indagadores perros.

Viajeros que la noche sorprende en largo viaje,
a pernoctar llegamos a este hidalgo hospedaje.
Mi amigo es viejo amigo de esta casa. Yo soy
sólo un huésped amable para los dueños, hoy....

Aquí no me conoce ya nadie.... Y sin embargo,
yo todo lo recuerdo. Tal cual si de un letargo
despertara al conjuro de intensa vocación,
me embebo en el milagro de una retrospección,
y hasta siento en mis nervios temblar un calofrío
que en hora de entusiasmo fué íntimamente mío....

La casa, igual. La misma plácida perspectiva.
En el jardín, el alma de la belleza esquiva,
la misma luna,—novia, que al surgir de su tálamo
velara sus pudores con las frondas de un álamo.—

Al corredor, la madre, saliendo como antaño
por vigilar los hijos desde vetusto escaño.
Y luego, hacia la viña, la banda de pequeños....
Tras ellos dos amantes tejiendo sus ensueños....

Todo es lo mismo. Sólo que la Nelly ensoñada
que hoy va de la colina por la senda lunada,
no es aquella de entonces.... ¡Aquella es madre ahora!
¡El día se hizo ocaso y amaneció la aurora!

Y no fué aquella Nelly mi amante compañera....
ni la hija es de mi vida la nueva primavera....!
Realidad que llegas deshaciendo mi hechizo,
oigo lo que me gritas: que fuí un advenedizo!

¡Verdad! Y ya es en vano que con ansias insanas
revuelva la implacable ceniza de mis canas!

¡Feliz hoy está Nelly, flor que abriendo a la Vida,
se va bordando idilios por la senda florida!
Y más feliz su madre, mi ensoñación de antaño,
que aquí serenamente, desde el vetusto escaño,
mirando hacia el nocturno paisaje difumino,
ve en la pareja amante que va por el camino,
—y que allá, en la colina, bajo la luna absorta,
del cielo sobre el biombo sus perfiles recorta—
a su amor hecho carne y a su misma ansiedad
junto al Amor siguiendo rumbo a la eternidad!

¡Pareja victoriosa! ¡Símbolo palpitante!
Broche con que el mañana se une al ayer distante;
eco de un pensamiento supremo que ha sabido
triunfar de las nubosas lagunas del Olvido,
yo miro en vos la rama que sus yemas va a abrir
a los maravillosos soles del porvenir!

En cambio, de mi vida ¿qué resta ya? Qué alud
arrasó con mis sueños y con mi juventud?
Qué se hizo el alma mía de ayer? Qué mis pasiones
que por el mundo fueron prodigando oblaciones?

A mi angustia responden oleadas de perfume....
¡Ya sé, jardín, que en tu alma la mía se resume!

Aquí donde ya nadie me ama ni me conoce
de mi alma de otros días vuelvo a sentir el roce.
Aquí entre los jazmines, junto a los lirios frágiles
que plantaron mis manos y que otras manos ágiles
cultivaron piadosas lejos de mí, aquí están
mi juventud, mis sueños que nunca más serán!

Alma mía de entonces, alma de amor y audacias,
que ayer dejé enredada aquí entre las acacias
que al corredor dan sombra, callen tus vespertinas
divagaciones....Sufre tu corona de espinas!
Sufre en silencio ¡oh, alma triste! que no has sabido
triunfar de las nubosas lagunas del Olvido!

*

Suspiran las acacias floridas....Indiscreto
el viento en torno de ellas llega girando inquieto,

y alzado por el brazo de la fatalidad,
las flores vacilantes arranca sin piedad.

¡Flores marchitas, flores que el viento une y revuelve
vuestro aroma es un alma triste que se disuelve.

LAS NOCHES DE MI PUEBLO

Noches, lejanas noches de mi pueblo... ¡Tranquilas
noches en que surcaban los cielos mis pupilas
junto a las de mi madre, que en ellos admiraba
la túnica por donde Dios se transparentaba....

¡Mi madre! ¡Aquellos años! ¡Cómo a sentir volviera,
la yema de sus dedos sobre mi cabellera!
¡Cómo mirar sus ojos donde estaba escondida
la piedad que curaba del dolor de la Vida!

¡Aquellas noches! Unas pensativas, serenas,
junto a los corredores con olor a azucenas,
—de frescas azucenas cuyo blancor sabía
a placidez y unciones por el mes de María.—

Y aquellas otras noches revueltas del Invierno
cogido en la tibieza del regazo materno....

Silencios apacibles en la sala pequeña....
Junto al brasero el gato que por dormir se empeña;
la lámpara filtrando su luz por la pantalla,
y en la pared, fingiendo temblores una raya
de sombra que proyecta la luz, porque mi hermana
ha movido la mesa donde escribe su plana....

En el jarrón antiguo ya no hay lilas ni rosas
y rondan la pantalla nocturnas mariposas.

Mi hermana las preserva de la traidora flama
y en cambio precipita zancudos en la llama.

Yo, que de la justicia del proceso no dudo,
protesto, sin embargo, por el muerto zancudo.

Chillan desde sus nidos en la iglesia vecina,
las lechuzas siniestras. Aulla en la cocina
el perro de la casa. Rápido y turbulento
pasa por la arboleda—brujo invisible—el viento.

Luego un rumor que crece y asorda. Es que diluvia
y está formando esteros por las calles la lluvia.

Las diez marca en la esfera del reloj el puntero
y ya está hirviendo el agua para el té en el brasero.
¡Las diez! Las da en la cárcel la campana sonora
y es su acento tan hondo que parece que llora.

Suena una campanada mientras otra se aleja
como alma de algún preso que huyera de la reja....

Como almas que pasaran rozando los cristales
y de llantos dejaran las húmedas señales
en los vidrios brumosos....Por el postigo abierto
la luz de nuestra lámpara pasa hasta un olmo yerto
que en la calle suspende sus ramas, en reproche
doloroso a los cielos, y al viento y a la noche.

Cae sobre la alfombra monótona gotera
y el agua burbujea dentro de la tetera.

Mi madre arrebozada, sobre el diván dormita,
y la criada, entrando desde el patio, tiritita.
La sigue *Inub*, el perro, que hundida la cabeza,
se acuesta hecho un ovillo debajo de la mesa.

Ha poco que ha pasado por la calle un borracho.
Y, como de costumbre, de vuelta del despacho,
el sacristán del pueblo canta una copla amarga
que esta noche es exótica porque el viento la alarga.

(Sacristán taciturno con algo de leyenda,
Pastén, va por la Vida sin que nadie lo entienda.

De los tiempos de antaño cuenta nobles historias,
y reza por las calles y rima sus memorias
de vuelta del despacho donde le fían pan
para su eterno mate de viejo sacristán.

Tiene Pastén ideas alegres y curiosas:
se da a cuidar claveles....y las leguminosas
se agostan en el huerto de la parroquia. El cura
reniega inútilmente contra su chifladura....

Pastén, que indiferente vive a extraño quebranto,
se aísla en una pena casi próxima al llanto
cuando llega el Otoño y huyen las golondrinas....

Pastén es un compendio de ideas peregrinas!)

Cesa la lluvia y siguen cayendo del alero
los hilos cristalinos....Canta en su gallinero
el gallo irreductible del maestro Fermín.

Responde el de mi casa....y otro....y veinte por fin,
como si fueran ellos vivas palpitaciones
de una red armoniosa de muchos corazones!

Yo me quedo pensando con solemne interés
si habrá cantado el gallo de la casa de Inés....
y si cuando en la noche sonó esa voz de alerta
ella estaba dormida o si estaba despierta....

Me arranca de mi ensueño lento mugir lejano,
y todo en el silencio, lo visible y lo arcano,
tiene un eco recóndito: el rezongo del río,
el viento que redobla sus ímpetus, bravío;
la voz que no se escucha de alguna ave transida
y el negror de la noche que arredra como herida.

Ventana mal cerrada de la escuela de en frente
golpéase al capricho del viento. De repente

alza la testa, enarca las orejas *Inub...*

Es que tosió mi padre que regresa del Club!

Me asomo a la ventana. La luz de un farol viejo
se ahoga de las aguas en el turbido espejo.
Brama angustiosamente a lo lejos un tren
y el viento despedaza las coplas de Pastén!

BAJO LA LUNA

Yo iba solo y sin destino
bajo la Luna,—azucena
marchita,—y en el camino,
mi pena encontró a tu pena,
niña íntimamente buena.

Seguimos por el sendero
con nuestro dolor sincero.
¿Recuerdas, niña? Seguimos....
y aquella noche supimos
que Amor buscaba un alero....

Y con tu empeño y mi empeño
entre el ramaje florido
hemos ido haciendo el nido...
Lo guarda un ave: el Ensueño!
No temas, niña, al Olvido!

Todo en el Amor se alegra:
mi alma ingenua, tu alma franca...
Hoy será la noche negra!
Mañana la aurora blanca!

Callen tu dolor y el mío,
niña blandamente buena.
La aurora traerá rocío
para tu pena y mi pena....
¡Niña blandamente buena!

De la tierra asciende aroma,
baja del cielo ilusión....
¿Ves? Allá una estrella asoma....
¡Cuéntale nuestra emoción!

Y anuda a los flecos de ella
nuestra amarga pena ingrata.
¡Qué cosa, niña, más bella
que ir por un puente de plata,
lentamente hacia una estrella!

Sigamos, niña, sigamos,
que ya un ideal formamos
de ternura y ansiedad.
¡Somos dos alas y vamos
con rumbo a la eternidad!

Y en el ansia informe y grave
de perpetuar nuestra huella,
será nuestro amor ¡quién sabe!
la incommensurable clave
del apuntar de otra estrella....

Yo iba solo, iba sin tino,
niña infantilmente franca....
¡Cómo bendigo al Destino
que te llevó a aquel camino
bajo aquella Luna blanca!



Max Jara

(En Yervas Buenas, provincia de Linares, 1886)

Su primer libro, *Juventud* (1909), fué un fruto de verdadero arte decadentista. Hay en él resabios de casi todas las escuelas literarias en boga, sedimentos del alma enfermiza y exótica de algunos maestros de ambos mundos, y síntomas de una vigorosa cualidad retentiva de arte y de una futura liberación, consecuencia ésta, sacudida lógica, de esos hábitos ajenos que adoptó al iniciarse en la vida de las letras.

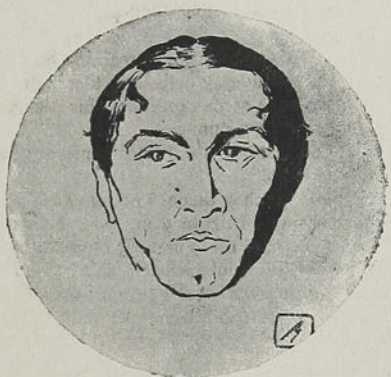
Alguien ha dicho: «El ejercicio fortalece la facultad. El poder de observación—por ejemplo—aumentado por el repetido ejercicio de la facultad, sólo puede explicarse diciendo que cada ejercicio sucesivo modifica la mente, aumentando su capacidad para funcionar y su tendencia a obrar de un modo particular». Max Jara ha disciplinado sus concepciones líricas con una gimnasia constante y amplia, en todos sus aspectos. Su facultad intelectual se ha desarrollado entre fórmulas de arte, complejas y sencillas, decadentes y sanas. Conoce los altibajos de las psicologías; le son familiares la sensibilidad, el desenvolvimiento, la transcendencia de los espasmos o ensueños espirituales y de las bellezas torvas o azules ocultas bajo la inmovilidad de cualquier pensamiento, y retiene hondamente los esfuerzos, la emoción que se invirtió en su procreación.

M. Jara se ha apropiado de las prácticas ajenas, en el modo de operar psicológico y material; lo último, nó en el sentido de someterse a este o aquel canon poético o código de literatura, sino en el de los recursos verbales, del desarrollo, de la distribución de las palabras en la forma de que echa mano para vaciar su poesía.

De este procedimiento o serie de procedimientos que afinan el instinto y depuran el gusto, a fuerza de beber de todas las aguas, resultará, lógicamente, la nota nueva, individual, esencial, del poeta o la descomposición absoluta de su temperamento artístico, si es que lo tiene. En el caso actual, aún no podríamos asegurar honradamente qué resultado obtendremos de la poesía de Max Jara.

En su libro *Juventud* revela poseer un temperamento artístico de fuertes y oscuros arrebatos. En sus versos impregnados de substancias vulgares cuando son ajenas, y ricas y admirables cuando suelen ser propias, vemos destacarse su afán tenaz de querer asombrar con golpes de una oratoria incomprensible y morbosa, sin que esto acuse una inutilidad absoluta de sus derroches internos. A veces llega a tocar el resorte prodigioso de los sones ideales, pero, casi siempre, sus vibraciones son chispas en la sombra. Y no es que Jara—estamos seguros—sufra de esa enfermedad que podríamos llamar *impotencia narradora*, ya que ésta es fácilmente curable cuando se posee el revulsivo, la fortaleza de un robusto organismo de *potencia creadora* que observamos en este poeta, y ya que, en otros casos, él ha fingido visiblemente, delibereadamente, síntomas de esa enfermedad, más para asustar a los vecinos sencillotes que por imposición de un factor involuntario, fluido de su propia naturaleza u originalidad. Tal fué así que muchos de los intelectuales jóvenes saludaron en el autor de *Juventud* el advenimiento de un maestro de sus ideales estéticos, y lo proclamaron, tácitamente y de viva voz, como a uno, si no el primero, de los mejores poetas de esta tierra. Engaño de ciego, de que hoy estarán arrepentidos. Leyeron *Juventud* y no lo comprendieron o lo comprendieron mal, y como esta obra fué una nota atrevida y brava en el concierto de vulgaridades hacia la época en que apareció a la luz pública, y como el mismo autor se encargó de afirmar con palabras y gestos de sinceridad efectista y atropelladora la bondad enorme de su libro, el semillero de modestos y crédulos poetitas incipientes de aquellos tiempos, le aplaudió como a cualquier héroe de gaceta y le defendió con denuedo de las declaraciones sesudas y reposadas de dos o tres críticos que no se dejaron tapar los ojos. Desde entonces Jara goza de una popularidad merecida a medias.

Juventud, es un volumen de treinta poemas más o menos mediocres, más o menos laboriosos y más o menos legibles, aunque para esto sea necesario que el lector interprete a su modo lo que el poeta ha querido decir.



Viviseccionadas fríamente las composiciones de *Juventud* nos dan mucho que pensar y poco que ver; muchísimos defectos de forma y fondo, y escasas, pero ciclópeas raíces de poesía de buena miga. Posee el ritmo y desprecia la rima, aun cuando procura acercarse a ella por todos los medios a su alcance. Piensa hondo, pero habla obscuro y revuelto. Los estados especiales, los momentos patológicos de alma, pueden esconder su vigor y transcendencia íntima a los ojos profanos, pero no aparecer en tal forma que nadie o muy pocos puedan comprenderlo. No se invoque en este caso la muy conocida puerta falsa de los *obscuros*, de que la comprensión del arte de unos depende de la educación o refinamiento de los otros. El arte, bañado de claridad, es el arte ideal. Lo demás es literatura fofa, añil de pájaro.

Juventud es una mezcla de poesía romántica, tropical y modernista, que forma una aleación de arte decadente. Su mediocridad pretenciosa va envuelta en un barniz claro-oscuro que hoy salta al calor de las manos.

Si se salva es por la reacción que produjo en su época y por la promesa que logró despertar con sus contadas y bellísimas ideas. En fin, como primer hijo de Max Jara, no es plenamente repudiable.

En 1914 se nos presentó con *¿Poesía....?*, título que nada anticipa con su trivialidad sobre el contenido de este volumen.

Con franqueza debemos confesar que esperábamos una obra muy superior a la que nos ofreció en su nuevo libro.

Por muchas razones no supera a *Juventud*, aun cuando en *¿Poesía....?* mueve sus versos un sentimentalismo ferviente y un dolor de arte, macizo y puro, cuyo desarrollo ideológico no encontramos en aquél. Pero, si no lo supera, tampoco es inferior al primero, a pesar de que algunos poemas de su último libro revelan o insuficiencia artística o falta de criterio para seleccionar sus trabajos.

La imprecisión del pensamiento, la inexactitud de los conceptos, el defecto de la forma traducido en supresión de palabras vitales para la comprensión, no lo abandonan aún; su verso escarba desesperadamente, maniobra en la obscuridad y da traspiés que acusan pérdida del camino propio. En cambio hay poemas en su nuevo libro que vibran de claridad y generosa emoción. Parece que Baudelaire le ha servido de biblia durante algunas de sus jornadas espirituales. Aunque tan disparejo como en *Juventud*, *¿Poesía....?* nos habla de un temperamento que persigue la unidad en la acción y la armonía imitativa en la música de sus versos. Nos referimos a la relación que guardan cada palabra o frase con el instante alámico que se desentierra y que Jara logra hacernos sentir con todo el peso de su actividad.

A medida que su juventud va madurando, su poesía va haciéndose más serena, menos retorcida y más sutil. Parece haber arrojado a tierra sus arrestos de *raro* intencional, y puesto su ingenio al servicio del verdadero arte. Pero por los sedimentos extraños e impropios que aún restan sobre su actuación de artista, por su lentitud en la ascensión, no podemos clasificarlo de *poeta insospechable*, no podemos asegurar sinceramente su triunfo absoluto, su arribo glorioso a la altura definitivamente ideal, como lo hacemos con Mondaca, Prado, Guzmán, V. D. Silva, Daniel de la Vega, Gabriela Mistral, Angel Cruchaga y algunos otros poetas más.

Pero, a pesar de todo, merece en justicia el sitio que le hemos designado en esta serie.

PRIMAVERAL

Mi desaliento no descansa,
su sed amarga idealiza:
es primavera su esperanza,
puso en el agua su sonrisa.

Bajo la nieve yace muerta
la Magdalena de mi pena;
hoy que florece toda huerta
paz a la muerta Magdalena.

Esta fatiga de los ojos
reposará sobre la espiga

y aprenderá de las hormigas,
y vivirá con los rastrosjos.

Virginidad de la laguna,
en mí veré tu arrobamiento,
y con el halo de la luna
he de nutrir un pensamiento;

y con rocíos una pena
de una mujer o mil mujeres...
Dolor del sexo, ¿qué me quieres?
Paz a la muerta Magdalena!

LOS BESOS

TU BESO

¡Gota de agua en mi desierto,
en mi noche luna llena,
en mi vida Noche-Buena,
en mi muerte única pena,
lágrima después de muerto!

Gota de agua en boca herida,
si sobre mi tumba brota
me limpiará en su caída;
en la muerte como en vida
gota de agua, siempre gota.

En mi noche luna llena,
verdor húmedo en mi huerto,
tú harás del canto de pena

un rumor de Noche-Buena,
gota de agua en mi desierto!

MI BESO

Y te beso: beso triste
que sobre tu sien reviste
la expresión amarga y suave
de un herido pico de ave
que el dolor inoculara;
voluptuoso, largo, triste,
cual si en mí el olvido hablara;
hijo de este enorme peso
de la vida que vivimos,
en cuya sombra sentimos
morir esos otros besos
de aquel hijo que no hubimos....

LA SENDA

Voy tras los amores de la virgen yema,
llevo las visiones del agua profunda,
y de sus espumas descifro el poema,
y de las riberas la humedad fecunda.

Para que en mis ojos haya claridades
y haya en mis oídos rumores de fuente,
y sean mis versos tibias humedades
y en mi ser anide la risa clemente;

guardaré rocíos en mi boca amarga,
guardaré murmurios de crepusculares
gratas perspectivas de esta senda larga
cruzada por vuelos de simples cantares.

Incita a seguirla, familiar y bella;
los árboles tienen vaivenes de cura:
semeja la senda un temblor, toda ella
envuelta en el blanco temblor de la luna.

Corazón amado, vayamos muy lejos
porque nos penetren sus tibios rumores;
que también nosotros seamos reflejos,
y también nosotros seamos temblores!

Muy lejos! Las hojas se quejan apenas;
oigamos qué dice nuestra hermana hoja

porque de la verde sangre de sus venas
tenga alguna gota nuestra sangre roja.

Agua de la fuente monótona y pura,
hay como tú, vidas que mi vida amara,
simples en el júbilo cual en la amargura,
agua de la fuente monótona y clara.

Los perros aullan: cuán fría, cuán fuerte
la punta afilada del lento ladrido;
por sobre los campos cruzara la muerte,
los perros aullan llorando al olvido.

Y las hojas tienen los escalofríos
de las viejas manos, flácidas y yertas,
y sobre los álamos pesan los hastíos
con las incoloras alas entreabiertas.

Senda de pavores bañada en sollozos,
llevo henchida el alma de tu cruel misterio,
del hastío lúgubre que tu gran reposo
arrancó al invierno de algún cementerio.

Pero, sin embargo, sigamos más lejos,
y pues ya en nosotros la ilusión no existe,
ladrando a la vida como un perro viejo,
ladrando a la muerte como un perro triste;

y pues conocemos todos los dolores,
en la perspectiva de la senda inerte
seremos nosotros como dos temblores
que bañara el blanco temblor de la muerte!

OPTIMISTA

Los puros cuerpos infantiles
—todo elegante fragilidad,—
por los senderos de verdura
van recogiendo eternidad.

Vestidos van de primavera,
pero a través lo accidental
brillan las formas sonrosadas
por una interna claridad.

Vibra en sus risas temblorosas
un alborozo musical,
su llanto hiere cual aguda
lámina rota de cristal.

Pies que desnudos en las aguas
maravillados de jugar,
y manecitas que encantadas
de poseer agilidad,

van descubriendo por el mundo,
con un deseo de pensar,
bellezas puras de la miel,
sabidurías de la sal;

limpios de ciencia y de experiencia
y de pasión triste y fatal,
todo en vosotros maravilla
y, sin embargo, es familiar.

Hombres, sabéis que por los niños
creer podemos y esperar....
Hombres, un día fuimos niños...
....nadie lo quiere recordar.

—Por vuestra magia reconozco
que el agua es buena y bueno el pan.
La gratitud de vuestros ojos
me da deseos de llorar;

de nuevo siento en mi vivir
amargo el bien y dulce el mal,
una tristeza de reír,
un dulce alivio de llorar....

Por esconder mi emoción, busco
bajo la verde claridad

de la arboleda, algún motivo
que me distraiga de pensar.

Aunque los niños que allí juegan
por mí no sientan amistad,
turbado estoy ante su vista
con emoción de humanidad.

Duélome de un afecto puro
que he desdeñado contentar....
(Rien los niños luminosos
en el fulgor crepuscular;

entre las hojas mueren risueñas
las vocecillas de cristal....)
La voz de niña que me llama
está llorosa de esperar....

ADOLESCENCIA

Mi espíritu está herido de pasión peregrina.
Comparable sería a la lírica encina:
perennemente verde en las nubes culmina,
y detrás de las nubes un pájaro azul trina.

Tras una melodía de mujer va el gorgoeo.
Un ritmo de verdad viste su balbuceo.
En su ingenua emoción me reconozco y veo
tembloroso de fe y triste de deseo.

Porque es del mal de amores la saprema elegancia
volvemos al asombro risueño de la infancia:
pone en todas las cosas un sabor y fragancia
y en hombres y mujeres el desmayo de un ansia.

El poeta comprende que su mal es divino.
Bástale la conciencia de su propio destino.
El cristal de lo bello es amargo y salino.
El amor del poeta es la flor del espino.

(Arbol gris y reseco de corazón sangriento
su contacto es punzante, su parecer violento:
pero florece, y cuando florido pasa el viento
nos llega su perfume al mismo pensamiento).

Por la dicha virtud, aunque a su afecto ajeno,
sé que sin parecerlo su primavera lleno:
y el agua sabe a vino y el negro pan es bueno
si me llega consigo, en el ritmo del seno.

Ausente estoy de mí mismo
esperando a la que viene.
A medida que se acerca
todo mi valor se muere;
y la deseo distante
para que no me avergüence
este dolor de saberla
a mi lado y siempre ausente.

Habré de seguir ajeno
a la senda de su vida!
En mí se posan sus ojos
sin conciencia de que miran.
La primavera en su cuerpo
está muriendo dormida.
Habrá de pasar extraña
por la fiesta de la vida!

Aunque tu ya estés dormida
mis ansias siguen despiertas;
están cual niñas pequeñas
en actitud de vergüenza
ante el ritmo de los senos
y la seda de las trenzas;
y suavemente te buscan
y dulcemente se quejan
por el olor de tu cuerpo
por el sabor de tu lengua.

De algún hilo de agua azul
entre las yerbas dormido
una mano de mujer
varió el curso y turbó el ritmo,
¿Y las yerbas florecidas
de los humildes destinos

que en él bebían la vida?....
....Hubo un hilo de agua azul
entre las yerbas dormido....

Escucho mi pensamiento:
se va arrastrando disforme
un río de aguas amargas
a lo largo de la noche.
Las aguas lamen lascivas
un cuerpo de mujer joven:
va desnuda sobre el agua;
desnuda y no lo conoce.
Sobre el río de la muerte
pesa el silencio en la noche,
y sobre el cuerpo se hieren
las miradas de dos hombres.

Ni los ojos que la siguen,
ni el deseo que la acecha,
ni el afecto que la goza
vivirán en su belleza,
como estos ojos, señora,
que te miran y te piensan
como una rosa vestida,
desnuda cual una estrella.

Refugio de los vencidos
alameda del silencio,
cuán hostil y fría yergues
tu perspectiva de invierno:
sobre la tierra escarchada,
bajo las nubes, de negro,
¿a dónde conducirás
alameda del silencio!

ELEGIACAS

Cerca del banco rústico, de madera pintada,
entre largas raíces de árboles corpulentos,
reposa mi alegría de vivir, desdeñada
que fué por mis cobardes y amargos pensamientos.

Hay, entre todas, una negra raíz que pesa
y se hunde en el sitio que su cuerpo marcara,

cual mi brazo extendido hiciera a su cabeza
hueco para dormir, pegada a mí su cara.

Y un desmayo infantil me posee y rebosa
suave y lípidamente de mi triste razón,
cuando, tocando al árbol—¡oh locura armoniosa!—,
siento que está más cerca de ti mi corazón.

*

En el verde rincón donde tu cuerpo yace
siento la tierra pródiga y el cielo protector.
Te conozco presente en la yerba que nace
y con un rumor de aguas entras en mi interior.

Me entenece la yerba naciente que te cubre;
admiro agradecido el insecto armonioso;
mi corazón en todas las cosas te descubre;
me parece que todas saben que fui tu esposo.

Mas, tan grata ilusión mi hambre de ti no sacia.
Estrujo tu recuerdo como un panal de miel.
Como ayer me posees y por darte las gracias
con doliente inocencia te pertenezco fiel.



Pedro Prado

(Santiago, 8 de Octubre de 1886)



La calidad artística es susceptible de graduación. Una gama podría organizarse con los valores poéticos de los diversos porta-liras que forman el ambiente lírico de una época. La nota más baja la da el traductor, el que modestamente vierte un poema en verso o en prosa de uno a otro idioma. Le sigue por la ascendente escala el que se limita a fabricar versos, para lo cual repite añejos lugares comunes, busca consonancias a manera de vulgar payador, rumia lo que mal ha digerido en los ya sabidos libros de los otros, demuestra sólo ciencia académica harta de áridos cánones y desusados ejemplos retóricos. Un escalón más arriba y sólo allí principian los dominios del arte lírico verdadero, aquel que enseña a escanciar esencia de divina belleza poética para ofrecerlas en regias ánforas a los modernos espíritus sedientos de nuevas y delicadas ambrosías. Sólo a esa altura se encuentra al Garzon de Ida que ministra a Zeus una copa del sagrado licor!

Es en este último plano donde descuella Pedro Prado, el del estilo mitad en verso, mitad en prosa rítmica. Es acaso el más poeta de nuestros poetas jóvenes. Su inspiración revela serenidad y beatitud en grado excelso. De él está lejos el satánico sensualismo baudelaire-verlainiano. Honesto de toda honestidad, escribe poemas plenos de vida, fuerza enaltecedora y honda religiosidad artística. No se propone versificar, sino plasmar sus concepciones en frases armoniosas que bien pueden resultar prosa o verso, según acudan o nó ritmos, y consonantes como al acaso sin que los puntos de su pluma los esperen «a outrance».

Pedro Prado tiene un estilo original, sin que ello signifique haya escapado a la influencia de autores precursores o contemporáneos. Con todo, hay en las páginas de este escritor cierto luminoso misterio, cierta precisa vaguedad, cierto esplendor de sana alegría; y todo ello es tan suyo, que sería aventurado decir de él que hubiese parafraseado el augusto trascendentalismo de Walt Whitman; las subjetividades indefinidas y casi amorfas de Maeterlinck o los arrebatos semi-líricos en prosa rítmica del spleenático Jules Laforgue, del impetuoso Theo Varlet o del metafórico Paul Claudel. Sin duda, nuestro poeta ha parodiado algunos de los rasgos característicos de su manera de escribir; sin duda, ha bebido en los maestros del simbolismo sus principios de libertad en el arte, de su afición a explorar nuevos veneros poemáticos, y esa tendencia suya a sugerir más que a nombrar y describir. Pero, hay algo en su obra que no es susceptible de parodia: su honradez artística y su ingenua sinceridad, cualidades que le permiten desdoblar ante cualquier extraño todos los repliegues de su alma compleja para exhibirnos en un ambiente de noble pureza, subjetivas sensaciones e íntimos estremecimientos que en otro resultarían una lamentable profanación.

No diremos que Pedro Prado haya formado escuela; pero es la figura central de un núcleo que lo admira y le sigue. En medio del maremágnum de poetoides versificadores, él arrojó sus *Flores de Cardo* que se remontaron y esparcieron libre y silenciosamente, como invitando a los vocingleros líricos a acallar su estridente algarabía, como evangelizando que conviene hablar con más naturalidad para mejor expresar lo que hemos pensado y sentido en un religioso y callado recogimiento.

Empero, sería más admirado y seguido si nuestro poeta tuviera alas, queremos decir si en sus poemas deleitara el despliegue alado del ritmo y de la rima. No es que propiamente sus poesías,—escritas muchas veces en prosa llena de gracia lírica,—se remonten sin alas a manera de las «flores de cardo», que no vuelan por impulso propio, sino de la ráfaga huracanada o de la blanda brisa que las sube por los espacios azules y al fin las abandona a su propia inercia. Nó!; las flores poéticas de Prado ascienden en razón de su propio aromador espíritu y no van a sepultarse como aquellas otras, lejos del sendero, allá en los ocultos rincones bajo el polvo del olvido....

En vez de «flores de cardo», anhelamos en sus poemas el revoloteo de mariposas azules, mariposas erráticas, multimatizadas mariposas. Es ineludible—y nos permitimos decirselo—es ineludible que el divino licor sea presentado en ánfora regia. La forma vaga se escurre como una nébula de pasc. Es menester que el espiritual perfume esté contenido en vasijas adecuadas para almacenarlo en la memoria y po-

der gustarlo en cualquier momento aunque no esté a mano el libro. Así, olvidando a Whitman y sus seguidores, han pensado, nos parece, Poe, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Prudhomme, Dierx, Fort, Dario, J. A. Silva, Banchs, Herrera y Reissig, y muchos otros artistas de médula cuyos prodigios rítmicos han contribuido a enaltecer sus prestigios de selectos poetas.

BIBLIOGRAFÍA.—*Flores de Cardo*, poesías (1908); *La casa abandonada*, parábolas y pequeños ensayos en prosa (1912); *El llamado del mundo*, versos y prosas (1913); *La Reina de Rapa Nui*, novela acerca de la Isla de Pascua (1914); *Los pájaros errantes*, poemas y divagaciones (1915); *Los Diez*, prosas con ilustraciones del autor (1915); *Ensayos*, sobre arquitectura y poesía (1916).

Actualmente, es uno de los redactores de la Revista «Los Diez», ediciones mensuales de filosofía, arte y literatura, cuyo primer número apareció en Septiembre de este año.

LAS PARRAS

Hijo: ya la viña
ha perdido todo su verdor,
y sus hojas,
como llamaradas de sangre,
así tan rojas,
véñse a la puesta del sol.

Si tú vieras las parras....
Tienen alma
en su rígida silueta atormentada.
En los nudosos troncos,
bases de las vidas,
no hay nada
que diga de reposo.

Es llegado el tiempo
de la poda brutal de los sarmientos.
Y habrá aún cepas
que engarzando la debilidad de los zarcillos
caerán abrazadas a la tierra.

En noches rigurosas del invierno
serán la gloria roja de las llamas.
Ya no habrán de vestir
con un nuevo verdor a cada parra.

Por cada herida
noches y noches, largos días
sangrarán en lágrimas de vida.
Qué quieres! Las hojas sobrarían;
no es menester de ellas
en vendimia.

Ha pagado su tributo toda rama
que robara savia
a racimos obligados a las parras.

Después, al llegar la primavera,
se esfuerzan por salir de cada yema
unas cuantas hojas....

Hijo, así los hombres
que todo lo sofocan,
que tienen por sobras a las hojas,
las verdes ilusiones que dan sombra!

No viven las hojas a espensas de los frutos,
son los frutos los que viven a espensas de las hojas.
Nacen primero ellas y de la luz y el aire
llévanles el jugo.

Cada racimo en cambio de una herida
son días que se quitan a la vida!

Y la viña....
en cuán desoladora perspectiva!
Las parras con todo el rigor de simetría
a uno y otro lado igual
como los seres
que carecen de paz,
porque han renunciado a la alegría
de sentirse personales en la vida!

PAN Y FLORES

Todo su fruto da,
pero no hay ninguno que a otro sea igual.

El fruto de las rosas,
no el rojo botoncillo granadino
sino la misma flor.

El del trigo: la dorada espiga,
nuestro pan.

Hombres hay que son como el trigo;
como las rosas otros hombres hay.

Los que el pan amasan
a todos exigen que lo mismo hagan
y porque de los que dan flores
sólo prueban el fruto
tan amargo y diminuto,
zánganos les llaman
y les tratan mal.

Y los que dan flores,
porque a las espigas-flores
de los que el pan amasan,
flores no llaman,
les creen unos pobres,
infelices, párias!

No pidáis
que den todos un fruto igual,
que todos, todos frutos dan;
pero algunos dan flores
y otros dan pan.

MI PATRIMONIO

Gracias, padre,
por ésta, la tuya,
roja, ardiente y pura,
por esta mi sangre!
Gracias por mi alma
reflejo de la tuya, y aún blanca!

Grandiosa fué tu herencia,
celoso de ella cuidaré.
Nunca el malgastar
de lo que sólo se pierde una vez
y luego a otros habrá que legar.
Que ya he encontrado en el reino de la Tierra
donde invertir mi patrimonio de vigor,
en la razón de mi sér y de la vida
en la suprema razón, en el amor!

VIVE

Vivir no es
dejar pasar las cosas
al través de las horas
sin saber el por qué.

No el quedarse a la orilla
viendo de las aguas el pasar,
tan sólo oyendo su cantar.

Éntrate en ellas
y ya no será tu imagen la allí refleja,
sino tú misma la del agua presa!

Sentirás su fresco bienhechor
que el alma eleva,

e inclinando un poco la cabeza
beberás, apagarás tu sed
y goce de la vida comenzará el saber,
que a perdonarlo todo
lleva el comprender.

No te quedes a la orilla,
mujer, tú, la que serás mía;
éntrate en esas aguas,
vive tu vida!

LAS MANOS

Manos de la amada dignas de una reina
si una reina digna de ellas fuera!

Manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen.

Manos compasivas, cariñosas,
con cuánta bondad siempre se posan
sobre mi frente; manos blancas,
cuando ayudáis a bien sufrir,
sois unas santas.

En el tiempo bueno, magas divinas,
palmoteando aumentasteis la alegría,
locas manos de niña.

Y siempre os extendéis prestando ayuda
nobles manos menudas.

Previsoras sin que os rinda la fatiga
sois las hormiguitas de la vida.

Manos blancas de azuladas venas
haced que mi vida sea buena.

Manecitas mías
otorgadme mi parte de alegría
y si hadas sois, llenad de flores
nuestro común jardín de los amores.

Cuando muera
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!

LAS OREJITAS

Rosas, pequeñas, nacaradas,
los poetas se olvidan de vosotras
caracolillos de la mar salada,
cuando sois la puerta
donde peregrinos siempre llegan
a golpear con palabras
en busca de amor para sus almas.

Decidme, en la noche callada
cuando todo se duerme quietecito,
¿qué le contáis a la bien amada?
«Nosotras recogemos el murmullo
de un algo muy vago y muy profundo
que acaso sea el ensoñar del mundo,
y cantamos runruneo de palabras
que han quedado encerradas,
que si dichas por ti muy en voz baja
a gloria sábenle a tu amada,
que con sus ojos abiertos en la sombra
las escucha encantada».

LAS PATAGUAS

Yo que conozco mi patria como el hortelano los rincones de su heredad, he buscado en ella algún símbolo hermoso para ofrecerlo a los que forman el alegre corro de la juventud americana.

Traigan otros el laurel obscuro o las hojas temblorosas de la palma, y vuélvanse todos portadores de su rama de olivo; que yo también traigo mi brazada de leña, y hé aquí que la arrojo dichoso en medio de esta hoguera santa que ablanda los corazones, como panales que derriten por fin la miel de que van llenos.

Ah! mis amigos, cuán dulce es la amistad de los jóvenes y cuán deseable su bulliciosa ingenuidad! Al creer en la poesía, permitid que yo, poeta libre como las aves locas, os comente mi envío.

Allá en los lejanos campos de mi tierra, donde los árboles bajan a lo más profundo de las hondonadas a beber el agua clara, alientan multitud de bellezas y de enseñanzas que se ofrecen a los ojos agradecidos de los perspicaces.

Allí vive un árbol hermoso, que no hiere el hacha de los leñadores y que por ser el preferido de las aves, va cubierto de nidos que penden de las ramas como los verdaderos frutos de la patagua.

Las pataguas son gigantes de troncos inmensos que, al penetrar en la tierra, se bifurcan como las pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproximándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros hasta fundirse en un solo madero nudoso, el más imponente de los bosques centrales de mi patria.

Como los jóvenes arbolillos, emergiendo de puntos diversos, se inclinaron hacia un centro común, se ha formado, y queda bajo el árbol viejo, una concavidad que los leñadores aprovechan. Ahí, cada patagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del montañés para librarlo de las ráfagas violentas. Y no temáis que las llamas hieran su vitalidad. La unión es tan estrecha, que resbalan en esa carne como sobre la peña dura.

Y más que amparadoras del fuego lo son del agua sana. De aquí, tal vez, el origen de su nombre. Sabed que todas las fuentes más cristalinas, que todos los arroyos más frescos nacen del pie de una patagua. Ninguna merece como ésta el nombre de agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que la prefieren entre todas, levantan sus casas, que el viajero ve reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad.

¡Bendito sea el árbol siempre verde que se ofrece a los nidos, que ampara el fuego y que mana el agua de la vida! ¡Estos son sus verdaderos frutos; y todos ellos se deben a aquella unión poderosa que atrajo a los vástagos dispersos para fundirlos en el Señor de la Selva!

Yo os ofrezco una rama de patagua florida. Sus flores blancas son como pequeñas campanas. ¿Qué otra forma podían tener? Reciba cada cual la suya, colóquela en su corazón y quede alerta al constante repique que llama a los jóvenes a desear el fuego y el agua de la unión!

LAZARO

«¿Quién me llama?» Y Lázaro, saliendo de la tumba, miró a Jesús y lo comprendió todo.
«¿Eres tú ¡oh sol! el que alumbras?
¿Eres tú, o todo es un sueño? María, mi hermana! Marta, hermana mía....!»

Hablaba lenta y vagamente, como un canto que brotara de las aguas.
Sus miradas sin brillo iban errantes por el ardiente paisaje de Judea; su voz estaba impregnada del opaco silencio de la muerte y su faz, serena y pálida, comenzaba a rizarse como un lago dormido a la llegada del céfiro.

Una frágil apariencia revestía su cuerpo.
Transparentaba su carne los truncos,
futuros designios;
adivinábasele un empeño interrumpido
de transformarse en lirios
y en miel de los higos,
en agua y en aire alado.

Marta y María contemplaban atónitas
el curso revelado de un misterio.
Un terror ardiente y una alegría enloquecedora
corrían como fuego por sus venas.
Allí, el hermano y el devenir del hermano;
allí, Lázaro vivo y el anuncio de sus lirios.
Tan solo la muerte no estaba en parte alguna.
La muerte es un instante fugaz,
el vuelo de un segundo, el cambio de un estado.

«Lázaro, anda!» exclamó Cristo.
Lázaro pareció no oír, e inmóvil
en la puerta del sepulcro, dijo al Nazareno:
« Como tú me llamaste, me llamaban
« las raíces de las vides y de los olivos,
« para resucitar en aceite y vino.
« Con igual imperio que el tuyo,
« el agua me inducía a disgregarme
« y huir con ella.
« Empecé a comprender con el morir
« el sentido de la voz de las cosas,
« y todas ellas no cesaron de llamar.
« Innúmeras vocecillas llenan los sepulcros:
« Lázaro, ven! Lázaro, canta! Lázaro,
« sube por nosotras y en nuestro perfume vuela,
« exclamaban las silvestres flores de mi tierra.
« Oh! poder de las voces veladas de la tumba!
« Yo, solícito, en mitad de todas ellas,
« como arena insegura que entre los dedos pasa,
« me sentía escurrir. Era
« un caer sin fondo,
« blando como el sueño de un niño.

«Qué de secretos descubiertos
« en el comienzo de mi transfiguración!
« El dolor de mi sangre
« camino de ser roca!
« El triste revolar de los cabellos,
« alentando sobre mi frente como las hojas secas,
« cuando el viento campesino se colaba
« por las rendijas de la loza».

« Las hormigas trepaban sobre mis piernas
« como yo, de muchacho, por las suaves
« colinas de Bethania, y mordían mi carne
« como pican los mineros
« a las montañas del oro.
« Cuando vivimos, es un dolor el dar;
« cuando muertos, una gran alegría.
« Es el único camino que nuevamente
« conduce a la vida.
« Mi carne se entregaba gozosa
« a la santa labor de las hormigas!

« Jesús, tú que todo lo das,
« y con placer, en vida;
« tú que juntas con el vivir la única
« alegría de la muerte ¿mueres o vives?
« ¿o quedas más allá de la muerte y de la vida? »

Y Lázaro lloró y dijo: « Yo lo sabía;
« sí, yo lo sabía cuando durmiendo estaba;
« pero toda mi conciencia de la tumba
« rueda a lo más hondo del olvido.
« Ay! para siempre he perdido
« el saber que alcanzara en mi agonía.
« Por eso lloro.... »

Y como llorara,
los ojos opacos de Lázaro adquirieron brillo
y quedaron con la luminosa y húmeda
mirada de los vivos.

Y Lázaro exclamó, en medio de sus lágrimas:
« Si por la muerte gimo,
« como por un bien perdido,
« por la vida que retorna, río. »
Y volvía la sangre a sus mejillas y a sus labios;
y el fuego del amor, a su corazón.

Cayendo de hinojos bajo el plateado
follaje de los olivos, dijo
con una voz que parecía arañar los corazones:
« He pasado y pasamos por la vida
« y por la existencia que se sigue a la muerte.
« Y cuando rige el imperio de una de ellas
« se borra de la otra la memoria.
« Gracias, muro inconmensurable del olvido,
« atalaya de ambos mundos que en la muerte te elevas!
« Oh! recia muralla impenetrable
« que nadie escala si no renuncia

« a su saber antiguo!
« Gracias, porque quien no recuerda
« el embeleso de la muerte
« puede abrazar a la vida con placer.
« ¿Qué muerto no estuvo entre los vivos?
« ¿Qué vivo no fué entre los muertos?
« Y así como nadie guarda memoria
« de su estadía en el materno vientre,
« nadie alcanzará jamas a recordar
« cuando muerto, a la vida,
« cuando vivo, a la muerte.

« Para mí se evapora la ciencia del no ser
« como el rocío que cae por la noche
« y que el sol bebe con avidez.
« Ya ignoro los goces del sepulcro;
« ya las doradas colinas y las rojas
« amapolas, y los ojos de María
« me ciegan de amor.
« Llueve a torrentes el olvido
« sobre mi sér.

« Vuelvo como viajero que retorna
« de islas remotas, cien veces mas bellas
« que los paternos lares.
« Y, porque regreso, vengo
« sumido en un goce que mece mas suave
« que las ondas azules.
« Vuelvo a mis duros terrones
« con amor prodigioso que todo lo enaltece,
« y veo que ellos se alzan mas deseables
« que las islas maravillosas del otro lado del mar.

« ¡Cuánto a la vida vivifica el olvido!
« Envuelto en su manto clemente,
« siento que todo es posible para mí.
« Brota otra vez límpida y hermosa
« una esperanza interminable!»

Entre las yerbas, Marta y María yacían agotadas;
estremecidos los apóstoles, veían llorar a los judíos;
pero sólo el Nazareno comprendía
la voz de Lázaro....

« Muerte dulce, vida intensa, esposas mías!
« Por vosotras dos se ha estremecido mi corazón;
« pero al volver a tu lado,
« oh! vida en juventud perenne,
« arribo como llegaría el viudo

« a quien le fuese dable gozar otra vez
« de las ardientes caricias
« de su primer amor desvanecido!»

ANTE LO IRREMEDIABLE ROGUEMOS POR OLVIDO Y POR SILENCIO

Oh! si yo pudiera darte
mi corazón! Tuyo es, porque tú impulsaste
su rítmico latir.
Te pertenece como las flores
que plantó tu mano.
Te pertenece con todo lo que a tu alma
debe impulso o debe amparo.

Tuyo, yo; pero no tú misma;
tuyo mi corazón, pero él no alienta
en tu pecho ni en tu vida!
De las flores que plantó tu mano
ninguna te ha dado su color,
que tan sólo por tus ojos resbaló!
Ninguna te empapara en perfume
que intangible en el aire disipó!
No fundieron contigo su existencia,
no amasaron su carne con tu carne
las flores! Tuyo es mi corazón; pero no es mi sangre
la que riega tus venas. Tuyas mis palabras
que el amor me dicta y vierto en tu alma;
pero no las fuentes de donde ellas manan!

Si algo nos perteneciera por entero,
nuestro vivir perduraría eterno!
Si los graves árboles, que solícitos fueron
con nuestro amor; si los mundos lejanos,
que en una noche de silencio contemplamos,
entraran en nosotros, moriría nuestro cuerpo
como parte pequeña de ese todo
que seguiría viviendo
en los árboles, y en aquellos
mundos lejanos que miranse en silencio!
Y yo seguiría viviendo en ti, no en recuerdo,
sino en dolor, en ansias, en secretos,
en la sombra invisible de mi cuerpo
que, unido al tuyo, por siempre llevaría
esa absoluta entrega de mi vida.

Pero no se puede! No lo puedo yo!
Nadie lo puede! Es rígida

la senda establecida:

« Tú vivirás tu vida; las ajenas

las verás vivirlas

a veces como un juego a tus ojos ofrecido,

otras, como rocas impasibles que rodean a tu playa

y a las que nunca amasarán tus aguas.

Agua, la propia; rocas, las ajenas.

A tan diversa consistencia alcanza

el juicio por la tuya y por sus almas!»

Puedo hacer la entrega de mis versos;

la entrega de mí mismo, yo no puedo!

Y dí, tú, qué verás en ellos,

adorada mujer? Los verás completos?

No habrá un detalle a tu modo de sentir ajeno?

Me creerás un loco? Sufrirás viéndome envuelto

en un dolor que no adivinas por entero?

Mujer, roguemos por olvido y por silencio!

Lo que quisiera daros, yo no puedo.

Mujer, porque venga a mí el olvido y el silencio, roguemos.

LOS PÁJAROS ERRANTES

Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo, elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco.

Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas.

Y las velas turgentes de la balandra eran como las alas de un ave grande y tranquila que cruzara, sin ruido, el rojo crepúsculo.

Yo estaba con los taciturnos pescadores que vagan en la noche y velan el sueño de los mares.

En el lejano horizonte del sur, lila y brumoso, alguien distinguió una banda de pájaros.

Nosotros íbamos hacia ellos y ellos venían hacia nosotros.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oímos sus voces y vimos sus ojos brillantes que de paso nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban y volaban unos tras los otros, huyendo del invierno, hacia los mares y las tierras del norte.

La peregrinación interminable, lanzando sus breves y rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente, la noche que llegaba iba haciendo una sola cosa del mar y del cielo, de la balandra y de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra, escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veía ya a su compañero, ninguno de ellos distinguía cosa alguna en el aire negro y sin fondo.

Hojas a merced del viento, la noche los dispersaría.

Mas nó; la noche, que hace de todas las cosas una informe obscuridad, nada podía sobre ellos.

Los pájaros incansables volaban cantando, y si el vuelo los llevaba lejos, el canto los mantenía unidos.

Durante toda la fría y larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar.

En tanto, en la balandra, como pájaros extraviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud y de deseo.

Inconsciente, tembloroso, llevado por la fiebre y seguro de mi deber para con mis taciturnos compañeros, de pie sobre la borda, uní mi voz al coro de los pájaros errantes.

PALABRAS DEL RELATO DEL HERMANO ERRANTE

Amarás a Dios,
y huirás de imágenes de Dios.

No hay en el cielo cosa alguna,
las estrellas, el sol, la luna,
que puedan representarlo.

Y no hay en la tierra nada,
ni en el mar, ni en la montaña,
ni en la selva, ni en el alma humana.

Amarás a Dios,
sin encontrar jamás la justa oración;
sin poder balbucear una palabra
que sea luminosa de revelación.

Amarás a Dios,
y no tendrá un eco en tu corazón;
y no valdrá el fuego del éxtasis, en tu amor,
para penetrar la sombra de Dios.

Amarás a Dios,
y el desborde de tu gran pasión
te llevará a los hombres
y a los tiernos animales del Señor.

Amarás a Dios,
rogarás todo el curso de la vida
por verlo y por oírlo;
y morirás. Cuando no vean ya tus ojos,
cuando tus oídos ya no oigan,
volverás a Él; volverás a Dios.
Muerta tu alegría y tu dolor;
muertas tus ansias; muerto tu amor,
entrarás, ignorando, silencioso, en la sombra de Dios.

ORACION DEL HERMANO ARQUITECTO

Pequeña casa que yo dibujo! Muros imaginarios; puertas por las que las hormigas no pueden entrar; ventanas abiertas sobre piezas de ilusión!...
A través de los cristales ningún rostro espía; tras ellos ninguna luz se enciende.

Como un juguete, mis ojos sonrientes te observan, sombra que mis manos concretan.

Y un día, no lejano ¡oh milagro de la voluntad! como liviana semilla en hoja alada, volarás hasta caer en tierra. En ella echarán raíces tuscimientos; se elevarán tus muros al compás del canto de los albañiles, y tus alegres ventanas serán ojos abiertos llenos de asombro ante el vasto horizonte.

Cuando en las piezas vacías resuenen los últimos golpes dados en la techumbre, cuando el polvillo fino de la postrera labor terminada aún vague por el aire lento, en el principio de tu vida, todo te será hostil; los mismos pájaros huirán de tus fríos aleros; el sol, con sus más vivos rayos, hará sensible tu advenediza apostura, y tu flamante apariencia será una pretensión más para las sabias y viejas casas que desde los alrededores te contemplan displicentes.

Mas el día llegará en que un hombre y su familia bulliciosa recorran tus aposentos, y suban y bajen inquietos como las ardillas.

El pobre hombre, fácil al engaño, al ensayar una sonrisa olvidada, creará que sus viejas tristezas quédanse afuera, y que dentro de tus muros va a iniciarse para él una nueva vida desligada de todo antiguo cansancio.

Como una estrella más, aparecida en la noche, brillarán tus luces encendidas para las aves nocturnas. Y los atrasados caminantes, que vayan por la falda de los montes vecinos, verán cómo pestañea y guiña la roja claridad como una señal amiga. Ellos no saben que las ramas de los árboles ocultos en la noche, que mueven vientos silenciosos, al ir y venir con sus vaivenes en frente de tus ventanas, fingen tan amable engaño.

La lluvia, que en toda la enorme sucesión de los inviernos tenía costumbre de encontrar tierra libre en el sitio que ocupas, murmurará de tu presencia y buscará vengarse. En mil pequeños regatos bajará por la larga pendiente de los tejados y ¡ay de que encuentre los más pequeños resquicios! turbará en la alta noche vuestro sueño como si cien relojes caprichosos se largasen a andar en el entretecho.

Ella, que viene a reverdecer la tierra, ya se ingeniará porque vuestra estéril techumbre reverdezca. Ella hace de una casa construida para los

hombres un refugio para musgos y yerbas locas. En grietas invisibles, en tres granos de polvo robados al camino por el viento que todo lo revuelve, ella hará que arraiguen y prosperen.

Una noche, en que la locura insistente de las ráfagas sacuda un postigo olvidado, desde el hueco de una teja vana, una lechuza, para expiar el merodeo de los ratones, pedirá reiteradamente silencio.

En la humedad que mantiene la sombra constante de los rincones, formará sus pequeñas viviendas toda una tribu de negros escarabajos y, arriba, en el ventanuco más alto e inútil, arañas cuidadosas tejerán hermosos visillos que las preserven del frío y de las miradas de las golondrinas.

Con el alba de una tardía primavera, habrá nacido bajo tu techo un niño que llorará sin descanso. Él va a ser en tu interior como un oscuro pensamiento que se insinúa.

Y una tarde cenicienta de un otoño dorado, el pobre hombre aquel que creyó empezar en ti una nueva vida, observará por última vez, antes de morir, las paredes desnudas de su habitación.

Por largo tiempo sólo se oirán llantos, quejas y lamentaciones, y entre ellos unos silencios, hondos y desconcertantes, que turban golpes siniestros dados sobre una caja hueca.

Después abandonarán tu abrigo. Todos volverán la vista para contemplarte antes de llegar al recodo del camino. Todos, menos el niño que nació bajo tu techo. El irá feliz; la idea del cambio le producirá un ingenuo placer que embargará todos sus pensamientos.

Nuevas familias llegarán, pidiéndote refugio. Habrá parecidas esperanzas e iguales amores; otros niños nacerán, y otros hombres y mujeres contemplarán el último crepúsculo desde tus ventanas.

Yo mismo, que ahora te dibujo ¡oh pequeña casa de ilusión! yo también dejaré un día de arrojar una sombra, porque bajo la tierra, que ya me cubrirá, todo es tan oscuro que mi sombra con toda otra sombra irá confundida.

Yo no viviré; mientras tú ¡casa de mi fantasía! seguirás amparando a las yerbas locas, a las arañas y escarabajos.

Cuando cien y cien primaveras hayan pasado, la tierra que te forma se habrá hecho blanda y viva. Crecerán demasiadas yerbas sobre tus muros desnudos y, como ventanas improvisadas, grietas y agujeros dejarán pasar la lluvia, el sol y el viento.

Una noche, tus maderos podridos cederán, y parte de la techumbre se derrumbará con estrépito sobre los aposentos abandonados.

Pero aún así buscarán refugio entre tus ruinas los amantes y los ladrones.

Por diez veranos aún han de madurar las mieses antes de que en el sitio que ocupabas no haya otra cosa que un montón de tierra.

Tú también habrás muerto ¡tú también morirás! Y sobre esa altura levantada como un túmulo a tu memoria, la primavera hará florecer todas las flores de los campos.

Morirá hasta tu memoria ¡oh pequeña casa de ilusión! tal vez un poco antes; quizás un poco después de la memoria que de mí yo deje.

Y con la parte de tierra que tú y yo a la tierra habremos devuelto, llegarán otros hombres a amasar con nosotros sus casas.

Ah! entonces con cuanta avidez ambos, nuevamente, por los abiertos vanos de las ventanas, contemplaremos aquellos olvidados horizontes....»

Alberto Moreno

(En Chañaral, el 8 de Agosto de 1886)



Su adolescencia fué sobria, mística, serena. Profundamente observador, sus primeros pasos en la literatura, dejaban en la senda las huellas de una filosofía prematura y el oro de una poesía exquisita. Su primer amor, romántico e ingenuo, hacia una muchacha materialista y desdenosa, le hizo romper la monotonía de su quietud habitual.

Y el poeta amoroso, el filósofo prematuro, abandonó la situación espectable de su hogar, arrastrado por el dolor de su pasión desdenada. Y su carácter dulce, apacible, se transformó en levantisco y desordenado, que le ha hecho saborear las más complicadas y ásperas bohemias.

Su espíritu, libertario desde entonces, ha atravesado por las alternativas más dolorosas y más blandas. Ha vivido los placeres más intensos y mordido las angustias más amargas. Juguete de las raras intrigas del destino, ha ocupado un asiento en la mesa de un magnate y cenado entre canallas en los mesones amanecidos de una última fonda de arrabal. Ha tendido su cuerpo en los lechos más severos y dormido a ras de tierra bajo toda intemperie.

Es el tipo del verdadero bohemio.

Su modo atormentado, su manera mística de formular las cosas y el dejo misterioso de su voz grave y lenta, palpitan elocuentes en su extraña naturaleza de artista.

Desapegado de toda escuela o tendencia literaria, vive su poesía con la fuerza del náufrago. Se interna por los vericuetos de la vida espiritual como una hormiga que preparara sus provisiones para el próximo invierno. Captura las psicologías más humildes, ignoradas y abstrusas, que escapan a la simple vista, y las transcribe al papel con una propiedad pasmosa, deleitable.

Alberto Moreno es el cantor exquisito y único de la vida ordinaria con sus múltiples zozobras espirituales.

Su refinamiento es voluptuoso, dentro de la forma velada y mística de sus concepciones líricas.

A veces sus pensamientos son sutiles, vaporosos; otras, mezcla de naturalismo y relativa obscuridad. Pero siempre sus expresiones alcanzan un objeto: transfiguran radiosamente, sacan a luz, como un tesoro virgen, la vida anónima y polvorienta de las cosas ínfimas que cantara Guerra Junqueiro, y el silencio mudo de la hora vulgar. Una científica naturaleza de arte coloreada de misticismo ibseniano, arrastra sus versos a una fórmula única y personal entre nosotros, que bien puede ser la del *futurismo poético*.

El poeta nos ha dicho: «Tendencia literaria—podría decirse—no tengo ninguna. Únicamente escribo por la *necesidad psíquica de fijar* ciertas bellezas interiores florecidas por el contacto de otras bellezas circunstanciales de la vida ordinaria. No escribo sólo por *escribir poemas* cuando se me antoje o cuando quiera hacerlas. No; escribo cuando la emoción me hace nacer esa necesidad psíquica de que hablo, y entonces trato de exteriorizar el *trance* con la mayor honradez posible y exactitud en la introspección, a fin de que resulte *originalidad*, es decir, la verdad....»

A pesar de que Moreno abomina del carnerazgo de las escuelas literarias y cree comulgar en la eucaristía de una tendencia propia y desconocida, nosotros estimamos que, por el lustre y subjetividad de su poesía, debe figurar como el primero de los poetas simbolistas, a la cabeza de ese fuerte núcleo de combate que forman Pedro Prado, García Huidobro, Jorge Hübner, Angel Cruchaga, Luciano Morgado y otros.

Hay poemas de Alberto Moreno que un Baudelaire o un Maeterlinck prohibarían sin vacilar.

Lástima que exquisiteces como las de este artista se pierdan en la sombra de un cuaderno personal desastroso, y es sensible que por el orgullo y la indiferencia de Moreno, su talento no haya ocupado el lugar que le corresponde en las Letras Americanas.

Poeta de talla muy superior a la de su amigo íntimo el perdurable Pezoa Véliz, heredó de éste [la forma impecable y el fondo ácido de escepticismo de su poesía. Jamás vibra su verso sin que un temblor nuevo conmueva las miradas y el alma del que le escucha. Siempre encontramos en sus poemas ese destello vigoroso y lancinante que hace destacar entre todos su personalidad de una manera inconfundible.

Ha aspirado la vida a todo pulmón: Alejado de los corrillos o monotonías literarias, en que las discusiones prejuiciadas oponen un código a las ideas avanzadas y rompen el fuego sobre todo aquello que significa un gesto de rebelión contra las normas rutinarias del día, él ha podido hacer sus jornadas espirituales sin arrepentirse ante una palabra que tratara de cortar las alas audaces de sus pensamientos, y ha sacado a luz su brillante cosecha y lucido su personalidad como un bello infante desnudo sobre los pañales de la cuna.

La labor de este poeta es vasta, pero desconocida. Tendría material para tres libros, si sus poemas, esparsidos al azar entre sus compañeros de arte y enamorados de sus versos, no tuvieran un destino dudoso.

Hace mucho tiempo nos prometió *Los cuatro reinos* (cien poemas en verso), título que tuvo que modificar por motivos de una ingeniosa y muy humana observación de Pezoa Véliz.

Ultimamente nos ha prometido *De las zonas vírgenes*, libro que estamos seguros jamás aparecerá si no se interesa directamente un editor.

Como dramaturgo Alberto Moreno es un anónimo absoluto.

En su obra *Los Inculpables*, drama en prosa y tres actos, hace palpitar en sus personajes, de una manera fuerte y emocionante las luchas sordas que entablan las eternas víctimas del amor, que caen inmoladas en alas de sus ideales, maldecidas por media humanidad y sin tener más culpa que la de ceder ante el misterio de los destinos irrevocables.

Como en la poesía, Moreno triunfa en el drama.

Sus diálogos son reposados y penetrantes. Convence con la actitud serena de una frase resignada. El epíteto es su fuerte. Una palabra, un monosílabo cualquiera, revela la tragedia dolorosa de un instante.

Sus personajes se mueven en una zona de profundo realismo. Nada de supercherías, de aditamentos teatrales. La vida íntima con sus múltiples aspectos resbala por las escenas como un viento huracanado que viniera de las nieves. Y pasa y concluye con la misma vulgaridad de siempre, pero dejando en el alma la amargura sin límites, la tristeza infinita de la fatalidad que suele atravesarse como un fantasma en el camino de los humanos.

Alberto Moreno es un Pezoa Véliz, más refinado, más grande, más fuerte. El examen de la obra de ambos colocará a cada uno en el lugar que le corresponde.

Ocupa actualmente un puesto en la Municipalidad de Valparaíso.

FRUTO MAXIMO

Después de los intensos desgastes
en que explotamos nuestra doble alma,
y hacemos elixir del fastidio
con aleaciones malas;

después de olvidar el otro mundo
y el misterio de esta vida vasta,
para poder sonambulizarnos
e invertir el *karma*;

después de la inmersión en la noche
anterior, y de violar la parda
brujería de horas evasivas,
sorpresas visionarias,

hème aquí, solitario, cobarde,
tendido cual espectro, en la cama,
rodeado de una sombra inquieta
en una tarde larga.

El pasmado silencio se activa
con sus redes enormes y raras,
forma un aire eternal en las cosas,
de sorda represalia.

Los temblores nerviosos aumentan
y el miedo del espíritu horada.
(Un viento huracanado, furtivo,
entreabrió la ventana).

Y se puebla de luces y ruidos
y figuras hundidas, la bohorda,
como alguna invasión de visiones
que mandara la Nada.

Anochece. ¿Qué número toca
a esta noche mortal como tantas,
esta noche que es sólo una angustia
sobre la hora urbana?

El crepúsculo inmenso desciende,
y como un abismo que se vacía,
forman una atmósfera de terrores,
una órbita macabra,

temblorosa de presentimientos,
embriones de pesadillas vagas
y dislocaciones de recuerdos
en épocas hermanas.

El *presente* entra al organismo
y de nuevos misterios lo baña.
El espíritu avizor palpita
por la implacable saña,

de los ungüentos de la vida,
los maleficios de jornada,

¡condenación final y negra!
¡y la nada, la nada!

Y con ázoe en los dolores,
revulso de infinito y alma,
quisiera ser irresponsable
cual muerto que alentara....

EL POEMA SECRETO

Y fué en el meridiano
de un día amplio y callado,
como una fiesta nueva
del espíritu. El cielo,

puro como la muerte,
inmune como el sueño,
estaba decorado
por sol ávido y grueso.

Vagaba en la inconsciencia
de asuntos familiares,
en esa hora sabía
del último silencio;

del último silencio
de nuestra alma; silencio
que nos da la certeza
de la última jornada
y el reciente destino.

Vagaba. El pensamiento,
en la destreza frío,
con sus parcas maniobras
saltaba los objetos;

se posaba en los duros
desgastes de las cosas,
ante los espectáculos
enanos de la alfombra;

bien discurría, ajeno
al diapasón violento
del sol, entre las huellas
de su propia pasada;

bien hacía capturas,
de gris psicología,
en la charla indolente
de hermana laboriosa;

de la joven inquieta
que resume mi espíritu
y da fruiciones vagas
a los diarios afanes.

*

....Un timbre que resuena....
Es la amada que llega.

Ella entró vulgarmente,
en ropas de negruras....
La familia riendo,
los abrazos, los besos,
las rancias atenciones.

En ropas de negruras
surgía *aquello grave*:
(mi emoción y mi ensueño,
mi objeto de terrores,
¡mi único paraíso!)

Surgía el rostro blanco
algo cansado y triste.

Esta mujer antigua
—para mí que soy niño
ante el tiempo y el alma—
es una mujer joven;

pero ha vivido tanto
en la existencia mía,
ha removido tantas
visiones y quimeras,
que en el misterio claro
de su belleza aún queda
un remoto espejismo
y una vieja añoranza
de tiempos misteriosos.

Estamos frente a frente,
fingiendo indiferencia,
(¡y se explosionan todas
las fibras más sutiles!)

Las charlas familiares
hacen común atmósfera
con los hondos efluvios
de dos almas inquietas.

Está bella, sonriente,
en su ardua compostura;
ni un pensamiento mío
se envuelve en sensualismo,
¡como si fuera diosa,
como si fuera mármol!

Transcurre el tiempo, sólo
para formar las redes
de los destinos todos.
Y el cañamazo nuestro
¿aún no termina el Tiempo?

No lo termina, porque
sentimos vago aviso,
un llamado perenne
a zonas más intensas;

y nuestras manos, nuestras
miradas; las presencias,
las risas, las palabras,
los silencios inquietos

de este amor estupendo,
van tejiendo la trama
para que las compuertas
del infinito se abran!

Y estamos frente a frente
movidos por la humana
tarea de cubrir los
ex-abruptos del alma!

Esperamos milagros
del Gran Todo; una fuerza
rica, suprema, augusta,
portadora de edenes
afrodisíacos; hondos
paraísos de hechizo,

que sacudan los nervios,
conquisten el Silencio
y avasallen los cuerpos
inmóviles y místicos,

para que surja la hora
maravillosamente

gloriosa del poema
de la carne y la vida.

*

Los arreos mundanos,
los convencionalismos,
aguardan tras las puertas
del misterio. Las almas
—nuestras almas— dejaron
de oficiar. Es la hora
de la vida ordinaria.
Diosa que desconoce
los tesoros que guarda.

De pie para marcharse,
ella ríe con todos
y muestra movimientos
graciosos y sencillos,
como para ocultar
la vida verdadera
del espíritu, ésa
que trasciende furtiva
en los bellos relámpagos
de su mirada triste
hacia mi alma en suspenso.

Y como siempre, siempre,
como todos los días,
su fina mano blanca
estrecha el temblor vago
de mi mano. Y entonces
los efluvios astrales
intervienen. Nostalgias
de algún remoto cielo,
en los nervios unidos
vibran como un poema.

Nos apartamos como
dos fuerzas misteriosas,
sabedoras que un día
—o talvez miles de años
después de estos encuentros—
comulgarán unidas
en el connubio psíquico
de las constelaciones!

DE LOS POEMAS NUEVOS

Sol extraño, de patología,
se ha desdoblado en mi corazón,
y quema implacable, noche y día,
como una vil brasa de carbón.

Es sol fantasma del otro sol
y su alma diluye en las arterias,

con la dinámica del alcohol
y los progresos de las bacterias.

Esta atroz calentura oculta
está transformando la vida,
sus lógicas fuentes sepulta
y deja el alma suspendida.

Intensifica los latidos,
procrea todos los terrores,
pone un gris vuelco en los sentidos
y escalofrío en los dolores.

Mis buenas tierras humanas,
mis dominios de existencia,
sólo serán zonas vanas
de monstruosa virulencia;

como las fosas comunes
con la virtud de un sol fuerte,
y en donde quedan impunes
los trabajos de la muerte,

hasta que la muerte tuya,
jamor duro, de delito!
mi pobre cuerpo reconstruya
y apague el fuego maldito!

MI GIGANTA

(A Carlos Baudelaire, como inspirador).

Maestro: Yo no sueño con las gigantas tuyas;
tengo una mujer viva, más real y fabulosa:
es moderna, vibrante—para que tú te instruyas
de los raros progresos de esta edad contagiosa.

Mi gigante no tiene las perezas serenas,
no es matrona, ni diosa, ni estatua simbolista;
sus carnes, sus ensueños, sus linfas y sus venas,
son savias, floraciones, de una magia realista.

Si la vieras, poeta, con su gran compostura,
tú que siempre soñabas artificios extraños,
en sus pasos ambiguos y en su inmensa figura
pierden sus agresiones la ceiba de los años.

Si la vieras cruzando las plazas dilatadas,
con su belleza rubia y el aire distraído;
los muslos prepotentes, las piernas ignoradas:
todo el firme tesoro debajo del vestido.

La veo en las mañanas, las siestas y las tardes
—viviente hechicería de la ciudad atroz—
como un poema enorme sin énfasis ni alardes,
nacido en el silencio para el vicio de un dios.

A veces he seguido su vasto encantamiento,
el hondo poderío de este fruto, salud
de rancieros desdichados, sin más resarcimiento
que madurar sus sueños dentro del ataúd.

He visto en sus ojeras y el mirar clandestino
telepatías hondas de noches solitarias,
tatuajes que no marcan vulgaridades, sino
divinos espejismos de sexos y plegarias.

¿Quién sabe los misterios de este vasto organismo?
¿Quién llega a los dominios de su rica nirvana?

¿Será desmesurado como el cuerpo el abismo
de su quimera sobre la forma sobrehumana?

Poeta: no la quiero como fría giganta,
como tú, al desear los encantos serenos,
los pródigos regazos de una ternura santa
«al dormirte besando la sombra de los senos»;

la quiero como un monstruo bendito y formidable
de estas pobres ciudades, de estos pobres poetas;
su fenómeno adoro—bálsamo saludable—
para mi gran fastidio, mis torturas secretas.

MUSA MODERNA

Mi musa está incurable, destruida.
¡Si la vieran, Dios mío! Los terrores,
los vértigos, fatigas de la vida,
la ahogan con enormes estertores!

Pobrecita! Tendida en los escombros
de un violento existir, mira, recuerda....
Con la fatalidad sobre los hombros,
no hay reptil ni dolor que no la muerda.

Mi musa está incurable. Las promesas
de los sueños, no existen. Las quimeras
se fueron como tropa de posesas,
cual fastuosas y bellas calaveras.

Agotó su vendimia de ideales;
ni una brizna encontró para su nido,
ni restañó la sangre de sus males
el curandero vago del olvido.

Hoy adora placeres misteriosos,
donde hay fósforo, azufre, valeriana;
donde hay espasmos tétricos, nerviosos,
y un regusto supremo de nirvana.

Irónica, impotente, ya no hay plectros
que encanten el retiro en que se abisma;
tan solo se solaza con espectros
redivivos del fondo de sí misma.

En las tardes el pecho le tortura
un deseo voraz al cual se aferra:
sed de una apocalíptica ternura,
hambre de nuevo cielo y nueva tierra.

Pero no hay fuego, sueño ni embeleso,
las venas muertas y los brazos rotos,
los labios impotentes para el beso,
los éxtasis oscuros y remotos....

Musa. Un secreto fuego te reanima:
prepara tus miserias, tu tesoro;
el éxodo supremo se aproxima
con sonos de arpas y mirajes de oro.

Cuando la eterna pálida te encuentre
pronta para partir, tal vez recobres
el inmenso ideal de abrirte el vientre
para nutrir el sueño de los pobres.

LIBERACION

Llenaste los minutos agresivos
de mis duelos, terrores y pobreza,
con tu pequeño amor sin incentivos,
con tu ruda y anónima belleza.

Llenaste de mi vida los vacíos
donde florecen todos los venenos,
donde el virus fatal de mis hastíos,
me aparta de la vida de los buenos.

Con tu afán de matar las vastas penas
buscabas paraísos de ternura,
en las noches tan rancias y tan llenas,
de una pasión vulgar, áspera y pura.

Fueron la disciplina de los besos,
de la cita, el abrazo y los proyectos,
los que con sus poderes inconfesos
derribaron mis vicios más abyectos.

Supiste en las silvestres inconciencias,
dominadoras de tu amor bendito,
poner bálsamo y sol en mis dolencias
y una quimera más en mi infinito.

Maravilla o milagro de los lentos
paseos rutinarios por la vía:
tus extraños, tus vagos crispamientos,
incubaron en mí la profecía

de que todo era un fraude del destino,
a pesar de ser mías tus visiones,
mío tu cuerpo nuevo y el divino
deseo de vivir con ilusiones.

Libertadora libre, ¡cómo estamos
viviendo el vaticinio duro y frío:
separados de todo lo que amamos,
tú en la fosa común, yo con mi hastío!

AGONIA DE UNA BELLEZA

Tu belleza se muere, pobre princesa mía;
ya tus ojos reflejan zonas crepusculares,
el otoño en tu carne pone su boca fría
y en tus labios fallecen los azules cantares.

Esas voces de sueño, nunca más las alcobas
llenarán con sus oros rítmicos y suntuosos;
ya tus flancos se pierden, no como antes arrobas
con los senos redondos, firmes y milagrosos.

Nunca ya sobre el piano vendrán resurrecciones
de primaveras vastas y deseos de amar,
no llenarás tus ojos con las mudas visiones
de navíos y diques y un domingo en el mar.

Todo el mundo bravío, los imperios del Nervio,
las lejanas comarcas de fiebre de pasión,
no tendrán sus riquezas ni el empuje soberbio,
ni savia de la tierra, ni sed, ni rebelión.

Ya las grandes quimeras buscan las sepulturas;
el Ideal, inválido, guarda sus armas rotas;
los besos han perdido sus divinas locuras
y las manos se alargan glaciales y devotas....

¡Y pensar que un poema indefinible llega
a morir como tantas frías vulgaridades,
en el turbión monstruoso de pavura que ciega;
en la vida que pasa con sus obscuridades!....

LO INEVITABLE

Consuelo de mis agrias depresiones
cuando creo enemigos los mortales,
son tus memorias llenas de emociones,
llenas de besos y de llantos reales.

Es un consuelo tu recuerdo. Vivo
ese trozo de tiempo extraordinario
para obtener el hondo lenitivo
como la azul virtud del incensario.

Resucito las horas distraídas
donde el cansado espíritu se embarque:
cuando con nuestras manos reunidas
forjábamos proyectos en el parque.

Con los ojos cargados de visiones
nos amamos sin goces, sin alarde,
sin más certezas ni otras confesiones
que ver dos paraísos en la tarde.

Diálogos lentos, roces extenuados,
querellas y locura perdurable;

espectros del Destino entrelazados
para el fin descompuesto, abominable.

Tus fiestas, tus perfumes, tu organismo,
se consumieron como buenas flores
en el escalofrío del abismo
donde se transfiguran los amores.

Moriste con la inmensa poesía
de los que van con su pasión divina
y tu vida la lleva el alma mía
como sol, amuleto y medicina.

UNA MARITORNES

Morena, bravía y sólida,
sin lujos y sin histeria,
llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua de río
—cuando estás en la taberna—
resucitan en tus vasos
con nostálgica belleza;

y tus ojos ciudadanos,
de hembra obscura, firme y nueva,

se cierran como un ensueño
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansías
¡y vives como ramera!

Y en los lechos mal pagados
donde el goce apuñalea,
rezas tu oración antigua
olor a ruca y a selva.

NUESTRO AMOR

Se plasmó en las mareas de ocultas potestades,
en los linderos mismos de nuestro azul destino;
nutrido de silencio, de nuevas claridades,
fué obra de infinito que asombró lo divino.

En las largas veladas florecía su síno,
como en los interiores las secretas verdades;
la muerte de los días le trazó su camino
y un vértigo de cumbres llenó sus soledades.

Así se eclosionaba el prodigio; así en medio
de nuestra vida absorta sofocó el duro tedio,
transfiguró los cielos y hechizó nuestras flores;



y en una noche fuerte, lejos de los humanos,
bajo todo el dominio de vastos esplendores,
pudo al fin constelarse, temblando, en nuestras manos.

Julio Munizaga Ossandón

(En Vicuña, el 11 de Julio de 1888)



Fundó y dirigió durante dos años la revista literaria «Penumbras» y fué redactor del diario «La Tribuna», de La Serena. Ha colaborado en casi todas las revistas nacionales y también en «La Revista Americana», de Río Janeiro; «América», de New York, y «El Ateneo», de Madrid.

En 1914 publicó su primer volumen poético, *Las rutas ilusorias*.

Munizaga Ossandón merece un franco aplauso. Digna es de elogio su estrofa llena, nutrida; su expresión sencilla y nítida. Sus poemas son llanos, sin afectación, plenos de vigor y colorido. Escribe con precisión lo que piensa y siente y lo hace tan bien que al punto es entendido y sentido. Tiene de al criollismo; pero su talento flexible no se encierra en esa limitada esfera. Por el contrario, vuela libremente por el amplio azul, y escribe poemas delicados, con verdadera unción de artista.

En los primeros Juegos Florales de Santiago, organizados por la «Sociedad de Artistas y Escritores» y celebrados en el Teatro Santiago, obtuvo el primer premio por su composición «Plegaria a María»; eligió Reina de la Fiesta a la bella y adorable señorita María Letelier del Campo y recibió una corona de laurel y una medalla de oro donada por la empresa periodística de «El Mercurio».

Queriendo rendir culto al Arte y la Belleza, Munizaga patrocinó la publicación de *El Libro de los Juegos Florales*, que es una ofrenda a Su Majestad la Reina de la Fiesta y a las nueve damas que formaron su Corte de Amor. Contiene además de las composiciones laureadas, varias poesías de poetas jóvenes, que haciendo el rol de vasallos líricos, loan a S. M. la Reina.

PLEGARIA A MARIA

(La del cielo).

Mística flor de idealidad,
ven a mi pecho lacerado,
apuñaleado sin piedad
por las saetas del pecado.
Mírame aquí desorientado
en esta horrenda obscuridad!
¡Ven a mi pecho lacerado,
mística flor de idealidad!

Vaso de amor y de terneza,
ruega por nuestras amarguras.
Sobre mis sienes tu pureza
vierta sus místicas dulzuras....
Tú que conoces las torturas
de la belleza y la tristeza,
ruega por nuestras amarguras,
vaso de amor y de terneza.

Ruega por nuestros desalientos,
ruega por nuestras inquietudes!
Bajo el furor de hostiles vientos
se deshojaron las virtudes.

En mi alma hay un rodar de aludes
y me duelen los pensamientos....
¡Ruega por nuestras inquietudes,
ruega por nuestros desalientos!

Por la blancura de tus sienes,
por la dulzura de tus manos,
por la ternura con que vienes
a florecer en mis arcanos.
Sobre el dolor de los hermanos
vierte tus gracias y tus bienes,
por la dulzura de tus manos,
por la blancura de tus sienes.

¡Si amor no hubiera yo te amara,
oh suave y pálida quimera!
Mi corazón se desampara
sin tu divina primavera.
Mi alma doliente te venera
y tú presides en mi ara....
¡Oh suave y pálida quimera,
si amor no hubiera yo te amara!

¡Ave María, gracia plena,
úngeme en tu consolación!
Mi alma de tu perfume llena
tendrá dulzuras de oración.

Recógeme en tu corazón,
tú que eres suave y eres buena,
y úngeme en tu consolación,
Ave María, gracia plena!....

EL AGUA DE LOS POZOS

El agua de los pozos!
Las linfas llenas de ansias eternas,
que sueñan con rumores y alborozos
en el fondo de las cisternas!

Las aguas tristes y dormidas
que sufren el tormento
de la quietud, sumidas
en la mazmorra del estancamiento!

Aguas dolorosas,
bajo cuya infecunda calma
duermen las ondas tumultuosas
como los sueños en el alma....

Aguas hondas y dolientes,
aguas taciturnas y ensombrecidas
como las siniestras frentes
de los poetas suicidas!

Aguas nostálgicas y mudas,
aguas estancadas,
tenebrosas como las dudas
de las almas laceradas.

Aguas donde el azul se copia
como un sucio cromo viejo,
y que su tristeza propia
muestran en su reflejo.

Aguas indolentes y serenas
dormidas bajo los espacios,
donde verdean lamas y euglenas
y rezan letanías los batracios.

Aguas que fecundan los protoplasmas,
donde palpita la vida inerte,
y donde bullen los miasmas
que van regando la muerte!

Aguas que sueñan ser empuje
y ser torrente desbordante,

y ser cascada que ruge,
y ser visión alucinante....

Que sueñan ser candor en las espumas,
nívea albura en las cumbres,
sueño alado en las brumas,
iris en las vislumbres.

Blanco en las tuberosas,
oro en los pistilos,
rosa en las rosas,
verde en los clorofilos....

Aguas enfermas de no amar,
aguas enfermas de no ir
hechas gorgéo, hechas cantar,
bajo los cielos de zafir!....

En su estéril quietud
las aguas muertas de los pozos
aguardan el declive del talud
para ser vida y luz en los campos gloriosos.

Porque en el fondo de lo inerte
se halla siempre escondida
en la vida la muerte,
en la muerte la vida!

¡Ah, las almas que viven en eternos sopores,
que no vibran, ni luchan, ni sueñan,
son inertes remansos que no tienen rumores
ni en torrentes de anhelos se despeñan!

¡Ah, los yertos espíritus, quietos bajo la frente,
que no saben de ímpetus ni de arranques,
son aguas que se pudren lentamente
en la inmovilidad de los estanques!....

CAUPOLICAN

Fué el hijo de la raza legendaria que un día
surgió bajo sus selvas de robles y de lumas,
fiera raza en que nunca se alzó una dinastía
de magnos Atahualpas ni excelsos Moctezumas.

Músculos de centauro, mirada hosca y bravía
corriera por sus venas la sangre de los pumas,

y erguido como un Hércules salvaje, se diría
un semidios de bronce coronado de plumas....

Él encendió la guerra bajo el bosque glauco,
y acaudilló a las hordas por las selvas de Arauco,
blandiendo como un cetro la formidable maza.

Y ante la tribu llena del más salvaje asombro,
se irguió bajo tres soles con un árbol al hombro,
como una majestuosa síntesis de la raza!....

LA PRIMAVERA EN EL JARDIN

Rumor eglógico y sonoro.
Olor de menta y de jazmín.
Fiesta de sol. Risas de oro:
¡La Primavera en el jardín!

Pone una luz cruda y temblante
matices raros en las flores,
y el paisaje es extravagante
con sus orgías de colores.

Es un paisaje de acuarela
de una coloración audaz,
dormido tras de la cancela
y lleno de sol y de paz....

Y el jardín es un cuadro vivo
y adorable con su rincón
maravilloso y sugestivo,
perfumado de evocación....

Caen borrachos de fragancias
los insectos desvanecidos,
o van en líricas errancias
por los parterres florecidos.

Y en tropeles abigarrados,
pintarrajeadas mariposas
semejant pétalos alados
sobre el incendio de las rosas.

Y un escarabajo se pierde
con su negro caparazón
por entre la maleza verde
que crece junto al murallón.

Y de las húmedas rendijas
sale a vagar un caracol,
y cruzan grises lagartijas
por las tapias llenas de sol....

Filtrándose por el ramaje,
sobre el césped que al suelo alfombra,
dibuja el sol como un encaje
tembloroso de luz y sombra.

Cantan los pájaros....Rumores
que se elevan por el confin.
Fragancias. Besos. Risas. Flores:
¡La Primavera en el jardín!

Y mi rincón es adorable
bajo su idílica quietud,
lleno de visión amable
que perfumó mi juventud.

Y se embriaga bajo la luna
que riela por lagos de azul
segando lirios como una
sinistra y pálida segur.

Y en esas noches estelares
vibra el silencio en el ambiente,
y rien las platas lunares
sobre el éxtasis de la fuente....

Y surgen voces misteriosas,
cuyo murmullo extramundano
brota del alma de las cosas
como un rumor vago y lontano....

Himno fecundo que renueva
las alegrías y que baña
de amor los surcos de la gleba
y el corazón de la montaña.

Génesis santa donde vibra
el misterio progenitor.
Soplo que enciende cada fibra
con su genésico temblor.

Visión serena que se ahonda,
con su efluvio generador,
en los arrullos de la fronda
y en las cúpulas de la flor!....

Y ésta es mi rústica heredad,
cuya inefable beatitud
me llena de la idealidad
que perfumó mi juventud.

Y este es mi predio florecido,
y este es mi apacible rincón
embriagado de paz y olvido,
perfumado de evocación....

Florido altar de agrestes misas.
Santidad blanca del jazmín.
Pajaros, Flores. Besos. Risas:
¡La Primavera en el jardín!....



Enrique Carvajal

(Nació en Santiago en 1889)



Escasa, pero íntima y honrosa, es la labor de este poeta raro y escéptico que modula sus balbuceos deliciosos en medio de la agitación de su vida, cediendo a los incontenibles arrebatos de su naturaleza profundamente artística.

Como las del gran Maeterlinck, sus composiciones líricas nos dan la sensación vaga y fugitiva de los minutos que se alzan en la soledad del vivir interior, cuando el propio espectro levanta sus actitudes taciturnas frente al alma universal. De aquí que sus poemas sean amorfos, breves, sutiles y teñidos del fugaz encanto que filtra de un estado anímico, vulgar y emocionante, acostumbrado a mirar con ojos de filósofo la poesía del símbolo menudo, que flota sobre las rutas inexploradas.

Sus versos atraviesan la tierra en silencio, a pie desnudo, como si temieran despertar la conciencia grosera del materialismo. Son como un ruido lejano que viniera acercándose y no llegara nunca. Y hasta el mismo dolor, el pesimismo que surge de sus poros, no tiene nada de humano, es como una inmensa sensación de infinito, como una atmósfera he-

lada que hace temblar de angustia y males desconocidos. Su poesía es la de un misántropo, aislado de las mareas urbanas. Es el dolor de un Hamlet.

En la soledad de su retiro y entre su horror al mundo, siente el oscilar de los ruidos exteriores que llegan a morir a su puerta en las veladas interminables, y, vencido por la ley fatal impuesta a los vivientes, estrangula a la humanidad impasible y odiosa, acariciando su propio yo, devorándose a sí mismo.

Esto, para los que sepan sentir la extraña poesía de Enrique Carvajal.

Momentos sentimentales, es el título de su libro por publicar.

DOLOR

Y sin embargo no amo a nadie....
Llevo en mí ser unas ansias de amor insaciables,
siento, a veces, el deseo colosal
de confundir al mundo en un abrazo;
y sin embargo, no amo a nadie.
¡Oh, dolor, no amando a nadie, amar a todos!

EN MI PUERTA HAN GOLPEADO....

En mi puerta han golpeado,
he creído que era el viento,
y no he salido a abrir.
¿Cuántas veces a mi corazón no han llamado?
Pero he creído que no era lo que esperaba,
y mudo he permanecido!
Y todo se ha ido
tal como ha venido....

LA VOZ

Fué en el mar, fué en la tierra, dónde fué?
La gran voz se oyó como una voz nunca oída.
«Poeta, canta. Canta la alegría de vivir!
La alegría de sufrir y de gozar,
la alegría de matar y de crear!
Poeta, canta. Canta la alegría de vivir».

Calló la voz, y la tierra y el mar temblaron
de un placer desconocido....

Desde entonces, en mi alma, la estrofa canta,
como canta sólo el mar, y el viento entre las hojas!

UNA FORMA BLANCA....

Una forma blanca pasa a mi lado
y mi alma, al oído, quedamente me dice:
—Ella es.

Después de un momento
(acaso un siglo, acaso un segundo?)
yo le pregunto:
—Alma, qué decías, alma?
Y ella, al oído, quedamente, me dice:
—Es tarde, ya!

—Oh, este corazón, este corazón,
que siempre sordo está.

SOLEDAZ

En esta soledad que tanto amo,
yo vivo devorándome a mí mismo....

Y aunque el amigo Hamlet, en tiempos legendarios
«To be or not to be, that is the question», exclamara,
sin embargo yo persisto en este amor de mí mismo,
tan estéril, tan estéril!

No poder ser uno, ser uno....Oh esta vida
que requiere para no morir,
ser indefectiblemente dos!

En esta soledad que tanto amo
yo vivo devorándome a mí mismo.

SIEMPRE TÚ

Alma mía, no descanses nunca en lecho
que tus manos no hayan hecho!

Y no calmes tu sed en fuente ajena....
Bebe sólo de tu fuente, que sólo tu agua es buena!

Alma mía, amargo es el pan de tu vecino....
Come sólo de tu pan, que sabe a pan divino!

Y sé tú, alma mía, tú, siempre tú!



Lucila Godoy

(Gabriela Mistral)

(N. en Vicuña, el 7 de Abril de 1889)



Muerta en hora infausta la inmortal poetisa uruguaya, Delmira Agustini, ha pasado a ocupar su trono en las Américas, con indiscutible derecho, la sencilla y valiosa personalidad de Lucila Godoy, que figura en las letras con el pseudónimo de Gabriela Mistral.

Es una digna continuadora de la labor de aquella extraña artista que en «Los cálices vacíos» depositó, con ingenio de audacias varoniles, la linfa purísima de sus ensueños insaciables, la sangre de sus dolores espesos y agitados y la leche fresca y fecunda de sus amores impetuosos.

La poesía de Gabriela Mistral es nerviosa y firme. No hay en ella vagidos temerosos, sensiblerías femeniles ni actitudes hieráticas. Surge de sus robustos poros la savia torrentosa de ideas macizas y profundas, reveladoras de las fuertes pasiones que encierra, y que cubre sus desnudeces con vestiduras dignas de su abolengo.

Nada de lamentaciones ni lloriqueos románticos, nada de confidencias infantiles con blancura en los ojos y lánguidas miradas a las nubes; nada de ternuras amorosas con espal-

das hundidas, palideces en la piel e hilachas húmedas en los labios.

Los cantos de Gabriela son enbiestos en la alegría y en la angustia, en la fe y en la desesperanza. Se asoman al amor, no para compungirse y ofrecer maniatados sus músculos y sus ilusiones a las vanas caricias del placer casero, sino para arrojar al infinito, interrogando de frente a Dios, el inmenso poema de su ideal incurable que «empujado por un negro viento de tempestad» (ella lo dice) fué, en hora triste, a naufragar silenciosamente en la desolada estepa de las sombras.

«Los Sonetos de la Muerte» (Flor Natural en los Juegos Florales de Santiago), son un grito obsesor de pasión y de dolor, de venganza y piedad, arrancado como la venda de una herida sangrante, a su joven alma de artista, que vació en viriles versos acerados sus más puros sentimientos de nobleza, piedras preciosas extraídas de entre los humores del mundo y que entre sus dedos tumultuosos y finos adquieren las esplendentes proyecciones de la más bella filosofía simbolista.

Cuando sus estrofas hablan al corazón del universo, invocando la majestad de la naturaleza o esfreciendo entre sus brazos amantes las dóciles cabecitas infantiles, adquieren un acento de sagrada admiración, inspiraciones solemnes, suavidad de regazos maternos y ternuras nazarenas.

Las vidas humildes, indiferentes e ignoradas en el fondo de su invisible grandeza, despiertan en su ánimo estudioso un afán humanitario de revelar al mundo las sanas doctrinas, las blancas experiencias, los ejemplos serenos que nos ofrece la naturaleza con sus árboles polvorientos y graves, alzados como patriarcas de una idea al borde del camino y con la inmutabilidad aparente de sus cosas insignificantes, e incorporan un amor y un deseo fervientes de encauzar por una senda luminosa de buenaventura el alma de los niños, en cuyas marañas sutiles se agita en silencio un mundo inaudito de pensamientos inexpertos que es necesario purificar y preparar para las luchas venideras.

La otra lírica de Gabriela M. es, por sobre todas sus bellezas, de amor sincero a la humanidad, sin ostentaciones falsas, sin llamados de venganza a las conciencias dormidas.

Su labor, relativamente escasa pero segura y definitiva, la ha colocado, y no tememos declararlo a pesar de los orgullos que se sentirán atropellados, a la cabeza de ese grupo de seis personalidades que son los más grandes poetas que ha tenido Chile en todos sus tiempos, y que en otra ocasión señalaremos.

Es sensible, sí, que Gabriela Mistral, absorbida poderosamente por sus preocupaciones de maestra, esterilice, diluya las exquisiteces de su talento poético, en cantos y cuentos para escolares, muy bellos en realidad y de la más humanitaria índole, pero que distraen sus excelentes disposiciones para el lirismo amplio con todas sus facultades y sin imposiciones de la hora vulgar.

Consagrada de lleno a su labor íntima, personalmente exclusiva, estamos seguros llegará pronto a ser una revelación y una bella esperanza para las letras de todas las hablas, ya que, con sus arrebatadores

preludios es un botón de honor en nuestra literatura, y, en las letras castellanas, no hemos visto aún alzarse una poetisa de igual fuste o que pueda hacerle sombra.

Publicará un tomo de poesías líricas y otro de cuentos y lecturas morales para niños.

LOS SONETOS DE LA MUERTE

Del nicho helado donde los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron
y que hemos de soñar sobre una misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
para tocar tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos....

*

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir....

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente,
y después hablaremos por una eternidad....

Sólo entonces sabrás el por qué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura,
sabrás que en nuestra alianza signos de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir....

*

Malas manos tomaron tu vida, desde el día
en que, a una señal de astros, yo dejé su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él.

Y yo dije al Señor: «¡Por las sendas mortales
le llevan. Sombra amada que no saben guiar!
Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el hondo sueño que sabes dar!

No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor!»

Y naufragó la barca rosa de su vivir....
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

HABLANDO AL PADRE

Padre has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé,
porque miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal,
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy,
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar,
para mis labios, en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz,
la gracia de la nieve recibir,
y por él ver
la Tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por él tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada sér
a la puerta llamar con suavidad;
portarle un dón
—mi corazón—
y nevarle de lirios su heredad.

Dame el pensar
en Ti, al rodar
herida en medio del camino. Así
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer;
dé tu arrullar
bello el soñar
¡hogar dentro de Ti nos has de hacer!

EL ARBOL DICE

No alabes el rosado arrebol de mis flores,
ni mis jóvenes hojas brillantes como espada,
ni mis leños potentes, del hogar constructores,
ni mi majestuosa cúpula abovedada.

Alábame al obrero sufrido que sostiene
mi macizo monstruoso, que a Hércules fatigara,
alába aquello humilde y escondido, que tiene
la abnegación de un nuevo Cristo que se inmolará.

La raíz parda alaba, que da nieve a mis flores,
y esmeralda a mis hojas, y a mi madera olor,
y en la tierra desciende a siniestros hondores,
en busca de agua y sales que me hinchen de vigor.

TARDE

Muere el día con una dulzura de mujer
y al celeste y al rosa va ahogando el violeta.
El hervor del espíritu se siente decrecer:
como un estanque pleno, cada pasión se aquieta.

La brisa misma mueve levemente sus sedas
y evita un golpe de alas sobre la faz sagrada
de la tierra seráfica. Van descendiendo quedas,
unas ovejas de égloga por la loma azulada.

Y el día que vivimos se extingue como un bueno.
Al caos que le traga le arrebató del seno
fuerzas para la última pulsación de ocre intenso

que hace arder todo el cielo con un amor inmenso!
El corazón de bronce solloza en las esquilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tranquilas.

LOS VERSOS DE NOVIEMBRE

Y nunca, nunca más; ni en la medrosa
noche callada, ni en la aurora rosa,
ni en la tarde sagrada.

Se perdió en la compacta, en la asesina sombra,
en el país enorme que con temblor se nombra.

¿Sufre? ¿Goza? ¿Se ha vuelto duro, o tierno
su corazón? Tal vez ni odia ni ama.
La nada, más horrible que el infierno!

Encontrarle algún día,
no importa dónde, en cumbre o en hondor,
en la luz que deslumbra o en el revuelto horror.
Encontrarle algún día,
y ser con él por siempre,
en la exasperación o en la alegría.

LA MAESTRA RURAL

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos,
decía, de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz».

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
Tal es el melodioso sembrador de Israel.
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
y era todo su espíritu un enorme joyel....

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida,
su sonrisa, manera de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa la insigne flor de su santidad.

¡Dulce sér! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
más ancha le dejaron las cuencas del amor.

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, que no viste el fulgor
del lucero cautivo que en su carne esplendía,
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
y en el solar de tu hijo de ella hay más que de ti

Pasó por él su fina, su perfumada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la Pálida la convidó a partir.
Pensando en que su madre la aguardaba, dormida,
a la de ojos profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes una constelación.
Canta el Padre para ella sus canciones de cuna
y la paz llueve largo sobre su corazón.

Como un hinchado vaso, traía el alma hecha
para exprimir aljófares sobre la humanidad,
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear,
y el cuidador de tumbas como aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos al pasar.

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O tú llegas después que los hombres se han ido
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?
¿No tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y otra cosa, Señor: cuando fúgase el alma
por la mojada puerta de las largas heridas
¿entra a tu zona hendiendo el aire quieto en calma?
¿o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura por error o malicia;
mas, yo, que te he gustado como un sorbo, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor.

Yo sé que como el hombre fué siempre zarpa dura,
la catarata vértigo, aspereza la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan la dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra.

¡Y espero, espero! Un día, tal como suele a veces
quedar del campesino la vista sorprendida
viendo echar flor a extrañas hierbas entre sus mieses,
te va a nacer, insólita, la piedad del suicida.

Por que Tú me miraste, y no encontré blandura
que faltara en las felpas hondas de tu mirada;
y al rodar a tu pecho, en trancé de amargura,
Señor, no le hallé un sitio sin condición de almohada!

EL RUEGO

Señor, Tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi plegaria te invoca,
ahora se enciende por el compañero mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquéllos en que no puse nada,
¡no pongas gesto torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro, como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienas como cuencos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado
de la misma manera que el nardo de su frente
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que lo quería,
y que él sabía suya la entraña en que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
No importa; Tú, comprende: ¡Yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de éso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas,
y la cruz (¡Tú te acuerdas, oh, Rey de los judíos!)
se lleva con blandura como un gajo de rosas.

Dí el perdón, dilo al fin. Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de diez pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la Tierra tuya sabrá que perdonaste!

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrez tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huírme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

Porque fuera sumar amargura a amargura
y dureza a dureza, si en tu pecho no tienes
cuando a Ti vaya, el rizo de su cabeza obscura,
junto al pequeño hueco reservado a mis sienes.

Pálpame el corazón hondo y atribulado.
Fué dulce y lo vendieron; salieronle al camino
malas manos, y fueronse con el que era su aliado,
por ley de la armonía y hechura del destino.

HIMNO AL ÁRBOL

Arbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo;

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que delate mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre los otros ejercida.

Arbol diez veces productor;
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador,

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme;
las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada tibio nido un sér:

dame un follaje vasto y denso
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano—inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

Haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi vida un invariado
y universal gesto de amor!

CERAS ETERNAS

Ah! nunca más conocerá tu boca
las vergüenzas del beso que chorreaba
concupiscencia, como turbias lavas!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¡Ah, nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis noches puso
obscuró horror: el nudo de otro abrazo!

Por su sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
ya ¡Dios mío! seguros!

Ah, nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternas
y duras de la Muerte!

¡Bendito toque sabio
con que apretaron ojos, con que apegaron brazos,
con que juntaron labios!

Caras ceras benditas,
ya no hay brasas de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!

TRIBULACION

En esta hora amarga como un sorbo de mares,
Tú, sosténme, Señor.
Todo se me ha llenado de sombras el camino
y el grito de pavor.

Amor iba en el viento como abeja de fuego
y en las aguas ardía.
Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.

Tú sabes que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena,
Tú sabes que vinieron a quebrantar los vidrios
de mi fuente serena.

Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible,
y viste de qué modo maravilloso hacía
el misterio indecible.

Ahora que llego huérfana, tu zona honda por huellas
confusas rastreando,
Tú no esquivas el rostro, Tú no apagues la lámpara,
Tú no sigas callando.

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento.
¡Lo tendrás que encontrar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave.
¡Lo tendrás que escuchar!

Gasta trazas de dueño, no le ablandan escusas;
rasga vaso de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas.
¡Lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina;
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina.
¡Le tendrás que creer!

Te echa venda de lino, Tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido; no le sabes huir.
Echa a andar. Tú le sigues hechizada, aunque vieras
que eso pára en morir....

Tú no cierras la tienda, que crece la fatiga,
y crece la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos tenía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
sólo los tuyos quedan; pero ¡ay! se van llenando
de un cuajo de neveras!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

Los muertos llaman. Los que allí pusimos
con los brazos en cruz y el labio frío,
suelen desperezarse; los quisimos,
nos ven vivir; y les parece lmpío!

Llaman, y a la siniestra algarabía
de nuestro carnaval de sangre y risa,

llega a entenebrecernos la alegría
ese loco gritar de la ceniza.

El también clama; pide que en la senda
el paso apure, y que mi cuerpo extienda
pronto en su huesa, angosta como herida.

Cierro el oído para no escucharlo;
quiero con carcajadas ahogarlo
¡y el clamor crece hasta llenar la vida!

*

Yo elegí entre los otros, soberbios y gloriosos
este destino, aqueste oficio de ternura,
un poco temerario, un poco tenebroso,
de ser un jaramago sobre su sepultura.

Los hombres pasan, pasan, exprimiendo en la boca
una canción alegre y siempre renovada
que ahora es la lasciva, y mañana la loca,
y más tarde la mística. Yo elegí esta invariada

canción con la que arrullo un muerto que fué ajeno
en toda realidad, y en todo ensueño, mío;
que gustó de otro labio, descansó en otro seno;

pero que en esta hora definitiva y larga
sólo es del labio siervo, del jaramago pío
que le hace el dormir dulce sobre la tierra amarga.

YO NO SE CUALES MANOS

Yo no sé cuales manos aquel día menguado
sin terror recogieron, con dulzura también,
las esparcidas láminas de tu cráneo trizado
los iris de los ojos, la astilla de la sién;

que lavaron la masa de cabellos, caliente
y mojada de grumos, y en gozo de servir,
la untaron de perfumes e hiciéronte en la frente
la señal de la cruz como a un niño al dormir.

Pero esta tarde, cuando rezó la boca mía
por su pena, y la tuya que no puede rogar,
pidió por esas manos AL QUE LAS VIÓ AQUEL DÍA,
por que antes que me muera, me las deje besar.

COPLAS

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Ya no tengo otro oficio,
después del que tuve, de amarte,
que este oficio de lágrimas, acre,
que tú me enseñaste.

El que da la mirada, la boca
que parla y que besa,
la risa gloriosa, los cabellos suaves,
el abrazo que estrecha,

ya puede tomarlos
en un gajo estéril: yo pienso
que no tienen razón de ser brazos
y mirar sin dueño.

Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡Boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
Ni voy en tu busca,
ni consigo tampoco olvidarte.

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo que no ven tus ojos,
de gozar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos.

¡Carne de miseria, gajo vergonzante
muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta trémulo
al impuro pezón de la Vida!

AL SEÑOR

No te llamas roca de diente sombrío,
ni plegado ceño, ni ademán avieso,
Te llamas mejor, sorbo de rocío
y otra cosa: beso.

No te llamas zarza de tallos torcidos,
ni tampoco dardo, ni tampoco espada.
Quien lo dijo, nunca sobre Ti ha dormido.
¡Te llamas almohada!

No tienes los ojos de siniestros mares;
hogueras de ocaso no incendian tus vestes.
Florece entre unas blancuras polares
tus ojos celestes.

Tus dos manos que hacia nosotros se tienden,
desde el otro lado del caos seducen.

¡No venden, no venden!
¡Conducen, conducen!

¿SIENTES ALLA ABAJO?

¿Sientes allá abajo
el ardor delicado de esta primavera?
A través de la tierra ¿te pasa
el perfume agudo de las madre selvas?

¿Te acuerdas del cielo,
del surtidor claro con cimera fresca?
del sendero con hondos tapices,
de mi mano plácida en tu mano trémula?

Esta primavera perfuma y afina
el dulce licor de las venas.

¡Si bajo la tierra, pegada la boca
bella no tuvieras!

Orillando el río, a esta apretadura
de fronda vinieras;
la tibieza que tengo en la boca,
me gustaras, sutil y violenta.

Pero estás abajo,
bien desmenuzada de polvo la lengua;
no hay modo que cantes conmigo can-
[ciones
dulces y encendidas esta primavera.



Daniel de la Vega

(En Quilpué, el 30 de Junio de 1892)



Hace más o menos cinco años apareció el nombre de este poeta al pie de bellísimos versos, en algunas revistas de la capital. Su nombre desconocido y modesto, y su poesía sin oropeles, sin aderezos subrepticios, nos simpatizó profundamente.

A juzgar por la corrección brillante de su estilo, por la serenidad de su verso y por el intenso sentimentalismo de su expresión, creíamos que el autor de aquellas estrofas sería un hombre ya formado, en reposo, viril, definitivo.

Sin embargo, cuán lejos estábamos de la realidad.

Le conocimos a la hora del meridiano, en un restaurant de segundo orden de la calle Merced, hace tres o cuatro años. Nos lo presentó nuestro común amigo el dibujante Primitivo Cepeda—otro bohemio, aburguesado hoy a fuerza de arrastrarse—y congeniamos a la primera ceremonia de nuestra presentación. Era un muchacho, un imberbe de unos dieciocho inviernos, alto, pálido, triste, extenuadamente flaco y con unos ojos grandes, clavadores, de un azul desteñido, remoto. Una gran corbata obscura, en forma de

alas como para volar hacia adelante, y un chambergo de aristocracia pueblerina, inclinado levemente sobre el párpado derecho, revelaban a la simple vista que aquel adolescente prematuramente melancólico como un ave migratoria, no era un vulgar, un perdido, un vividor, uno de esos tantos *artistas* anodinos que acuden al corazón de las ciudades en busca del vellocino de un vivir fácil y barato, y a quienes aporrea la suerte en tal forma que más tarde se convierten en carne de presidio o espectros de hospital.

Era todo un poeta: sano, limpio, moderno.

Sus versos, de una armonía deliciosa, de una música inefable, hacen llorar de ternura y amor a las muchachitas provincianas que sueñan asomadas al balcón de sus casitas solariegas, pensando en la sombra furtiva del amante vaporoso anhelado por sus corazoncitos en flor, y cuyas vidas se desvanecen lentamente en la esterilidad de las esperas y de las veladas interminables.

De la Vega tiene el dón exquisito de emocionar sin violentar los músculos, ni entenebrecer el espíritu. Su poesía penetra en el alma como un rayito de sol a través de un vidrio empañado. Es el perfume delicado que adormece los sentidos neurasténicos de las mujercitas casaderas.

Para los quinquagesimados, para los que adoran la psicología grave, los tortuosos laberintos del destino oculto de las cosas, las marañas inextricables del silencio exabrupto, talvez la poesía de De la Vega sea demasiado ingenua, demasiado epidérmica, demasiado sonajera. Pero, así como hay senderos que se internan en la obscuridad de las selvas grises y apretadas, también existen caminitos risueños a través de los campos libres, cubiertos de sol y verdores. La armonía es monótona. La luz y la sombra se han hecho para todos los mortales. Sin ambas cosas no podríamos existir. Es una ley natural que rige tanto para la materia como para el espíritu. Debemos ser amplios. El entusiasmo cambia, evoluciona con el tiempo y con el desarrollo y madurez del criterio.

Muchos piensan que De la Vega nunca será un gran poeta, porque sus poemas son livianos, cristalinos, azulados. Son los que creen que la poesía consiste únicamente en la emoción tenebrosa y violenta que puede hacer experimentar un Poe o un Baudelaire. No piensan en la poesía inefable, aligera, leve, de un Juan Ramón Jiménez.

De la Vega ha escalado rápidamente uno de los primeros puestos entre los poetas de la generación actual. Si no tuviera un poco de orgullo,—hijo de su propia fe en el triunfo—quizás su popularidad habría traspasado lejanas fronteras. Para brillar no ha necesitado lucirse en público: en la tribuna del Ateneo o en la de cualquier otra Academia hospitalaria, donde triunfan generalmente los que tienen hermosa melena, actitud adorable y golpes de oratoria y audacia.

Su primer tomo de poesías *Al calor del terruño*, publicado en 1912, le valió sinceros aplausos de la juventud intelectual a quien iba dedicado en un pórtico de magnético entusiasmo. Versos sonoros, brón-

neos y musicales, son los de este libro que tiene el calor y el idealismo adolescente, los arrebatos y el vaivén de las canciones de Víctor Domingo Silva.

De la Vega hizo su segunda jornada lírica en la prensa de Santiago, donde publicó, durante varios meses, poesías delicadas y sutiles, sobre temas tratados ya, con igual finura y deleite, por Martínez Sierra y Ramírez Angel, en España.

En su segundo libro *La música que pasa*, Daniel de la Vega ha sabido llegar al corazón de la multitud liviana que forman los burgueses, los estudiantes y muchachitas casaderas, las rezagadas del amor y la belleza, y las que, uncidas al yugo de un desengaño, llevan en las sienes amarillas el sello de la desesperanza y del desconsuelo.

Las obreritas y las muchachas provincianas que envejecen en la espera de un novio que no llega nunca encontrarán en *La música que pasa*, la armonía, el arrullo y la dulzura de esa canción redentora que solamente entre las vigiliias o entre el sueño de las febriles sábanas, ha llegado a sus oídos a morir como un eco lánguido y remoto.

Los estudiantes mirarán en cada *nena*, en cada chiquilla que atraviesa las alamedas floridas de esta obra, algo de ese amor romántico y delicioso que ha golpeado a las puertas de sus quince años con el divino prestigio de lo espiritual.

Las madres estrecharán a sus hijos contra el pecho, besándoles el rostro como si besaran al poeta, que, al comprender la malignidad de la vida, ofrece a Jesús Nazareno con toda la abnegación de un padre y de un poeta, el fruto de su sangre, «la rosa de su sangre», para que lo arranque dormido de la cuna y «queme sus labios y alumbre sus ojos en el evangelio de su corazón».

Por último, los gitanos, las mujeres tristes bajo el mantón, que cruzan las calles como un alma en pena; las tísicas a quienes la enfermedad empequeñece sus actos y sus cuerpos; los artistas y los vagabundos empujados por la fortuna en caprichosos vaivenes; las amantes misteriosas que languidecen detrás de las vidrieras de sus viviendas humildes y escondidas en los barrios pobres; la extranjera que cruza los paseos llevando en la retina el cielo de su patria y la nostalgia de los suyos; y, en fin, todos los personajes y objetos que se mueven o actúan en el medio de *La vida de siempre*, de que habló Ramírez Angel, encontrarán su rapsoda más digno, su trovador más inspirado, en este poeta tiernísimo y moderno como ninguno.

Su último libro *Cielo de provincia*, contiene pequeños poemas en prosa, azulados cuentos de la vida romántica de los pueblos, con olor a ingenuidad de amor y de ensueño.

Hoy, el poeta es más sereno, tiene más hombría, es más escrutador y sentimental. Pasados los primeros vagidos de su adolescencia, se ha arreglado el cabello, tomado nuevos bríos y sigue tranquilo, sin nerviosidades, por una senda que conduce a la personalidad.

De la Vega es también dramaturgo y de los de buen cuño. Será el primero si persiste en su ideal. Lleva ya representadas tres piezas teatrales de prosapia sana y fuerte:

El bordado inconcluso, *El camino propio* y *Cielito*, esta última premiada por la Sociedad de Artistas y Escritores de Santiago.

El bordado inconcluso obtuvo un éxito honroso en un teatro de la capital, que auguró lisonjeras esperanzas para su autor y fué una amenaza para algunos fracasados que le miraron con odios de vencido.

El camino propio fué recibido con frialdad por el público, quien, acostumbrado ya a los finales violentos o bien definidos, no alcanza a comprender la belleza de las escenas en que el silencio inmóvil y evocador parece gritar con más fuerza lo que los labios callan.

Cielito es una comedia dramática, vigorosa y profunda, la mejor de Daniel de la Vega, la que debió obtener el primer premio en el concurso abierto por la Sociedad de Autores y Escritores, por ser superior, a mucha distancia, a «El Rey Consorte» de Pedro E. Gil. Los intelectuales y el público en general discernieron con justicia sobre ambas obras. *Cielito* fué aplaudida con entusiasmo y representada varias veces; en cambio, «El Rey Consorte» en sus dos o tres representaciones, no ha obtenido más que el aplauso ceremonioso de la gente educada. Hasta el público grueso ha comprendido la arbitrariedad del jurado de la Sociedad de Artistas y Escritores.

Daniel de la Vega publicará próximamente:

Palabras de Gaspar Max, ensayo filosófico; *El contemporáneo*, comedia y *La heredita del sol*, versos.

VELANDO TU SUEÑO

Mientras duermes, yo pienso aquí en la cabecera
de tu camita. Dulce es mi pensar; sereno
mi sentir. Acaricio tu loca cabellera
y siento la alegría inmortal de ser bueno.

Tú duermes y yo pienso. Mi altivo pensamiento
ahora se levanta sin inquietud ninguna.
Mi pensamiento ahora es más hondo, y yo siento
que tiene la humildad de una canción de cuna.

Hija mía, tu padre, ante tu sueño santo
se confiesa. Mi espíritu ahora está encendido
de verdad. Y mi clara confesión será un llanto
de felicidad sobre tu corazón dormido.

Hija mía, tu padre no ha tenido un momento
que no pueda ser visto por tu casto cariño.
Juro que ha sido siempre noble mi pensamiento...
Y lo juro llorando sobre el sueño de un niño.

Contra todas las dudas, y todos los dolores
siempre yo me estrellé, frente a frente, en la altura;
te lo afirman ahora mis voces interiores
¡a ti que eres la carne de mi vida futura!

El padre de tu padre te lo dice en la herencia
de esta sangre caliente de orgullo que te ha dado;
y para levantar la luz de tu conciencia
la sangre ha de gritarte del fondo del pasado.

Hija mía, eres noble. He volcado en tus venas
la nobleza de ser buena porque eres fuerte;
y te hablará tu abuelo en las acciones buenas,
por encima del tiempo y al través de la muerte.

Hija mía, yo siento que tus blancos bracitos
cuando me estrechan quieren arrastrarme hacia el cielo;
tú fuiste uno de aquellos ensueños infinitos
de la noble y cansada cabeza de tu abuelo.

Hija mía, en la altura de la noche te arrullo
el sueño con mis versos y mis meditaciones;
y beso tus dorados cabellos con orgullo
porque los siento llenos de amores y ambiciones.

Tú y yo somos lo mismo. Es tuya mi heredad.
Hacia un mismo horizonte caminamos los dos.
Yo te daré el orgullo de amar la soledad
y de poder a solas mirar de frente a Dios.

Mi juventud revuelta, sedienta y errabunda
la vivo, hora tras hora, con terrible violencia.
Mi alegría es altísima; mi tristeza es profunda....
Tú, hija de un poeta, tómalas como herencia....

En tus ojos enormes, hondos y espirituales
veo que se reflejan las cosas que he vivido,
y en ellos resucitan los gritos inmortales
de todos los más nobles arranques que he sentido.

Y miro absorto cómo resucitan temblando
mis sueños que murieron entre flores y abrojos.
y ahora me conocen y me están contemplando
con amor desde el fondo sin fondo de tus ojos.

Los hijos en los ojos llevan la vida inquieta
de sus padres. En ellos canta nuestra alegría,
por eso es que en tus ojos, ¡tú, hija de un poeta!
llevas esa incurable y errante poesía!....

Y al verte así dormida dulcemente, me inunda
una claridad llena de alegrías extrañas
al sentir que mi historia bohemia y vagabunda
está dormida bajo tus rizadas pestañas.

Y descanso pensando aquí en la cabecera
de tu camita. Dulce es mi pensar; sereno
mi sentir. Acaricio tu loca cabellera
y siento la alegría inmortal de ser bueno.

MI ALMA

Palideció la tarde. El oro ardiente
bruñó el perfil de una montaña vieja.
Un charco de agua sueña santamente
en medio de la calle. En él refleja

la tarde su pasión desfalleciente,
y loca de oro y de esplendor se aleja.
Y parece que el charco de agua siente
la lumbre de nostalgia que le deja.

Se durmió la aldehuela, arrepentida.
Las calles se borraron. Y la vida
inciertamente se marchó por ellas....

Cuando los horizontes se escondieron,
los últimos caminos se perdieron
y el charco de agua se llenó de estrellas...

OFRENDA A JESUS

Jesús Nazareno, tú que los querías,
tú que los buscabas, tú que defendías
las blancas mañanas de sus alegrías,
tú que a tus hermanos siempre les decías:
«Dejad a los niños que vengan a mí»...
toma este florido rayito de luna,
carne de mi carne, sin mancha ninguna,
candorosamente dormida en su cuna,
Jesús Nazareno, te lo entrego a ti...

Te pido que nunca la dejes perdida
en las fragorosas aguas de la vida.
Está por tu propia sangre redimida.
¡Jesús Nazareno, te la doy dormida!
Su corazoncito también está así...
Su madre ha querido que te la dé plena.
Tómala así humilde, tómala así buena,
tómala, maestro, por ella y por mí...

Su madre ha querido que te la dé plena.
Haz que sea dulce, haz que sea buena,
haz que sea un rayo de luna serena
sobre las angustias de nosotros dos...
Yo quiero que sea su fe la más viva,
yo quiero que sepa mirar hacia arriba
con hambre de altura, de lumbré, de Dios.

Tómala, maestro, tómala inocente,
quiero que te rece fervorosamente,
y que en las mareas de su vida ardiente
ame humildemente, ame dulcemente,
todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones.
esas alboradas, esas devociones,
esas alegrías, esas oraciones,
esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilusión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abrojos,
y quema sus labios y alumbra sus ojos
con el evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna,
es rosa de sangre, sin mancha ninguna.
Jesús Nazareno, tómala en la cuna.
Ella me ha pedido que te la dé así...
Es luz de nosotros, es luz de mi vida.
Tómala, maestro, ¡te la doy dormida!
Tómala, maestro, por ella y por mí!...

GRITO

Quiero vivir conmigo mismo,
perfumarme de soledad,
sentir pasar las horas llenas
de mi ternura y mi pensar.

Quiero sangrar serenamente
mis rimas llenas de emoción,
y oír las misas del recuerdo
en mi encendido corazón.

Quiero cantarme todo entero,
pues mi vida es una canción,
y sólo encuentro palabras muertas
sin locura y sin vibración.

Oh, el dolor de no cantarse!
Oh, el dolor de no encontrar

la cifra, el número, la nota,
el alarido, el ademán
que desgarré el alma para
poder vaciarla en un cantar!

He de hallar la música cálida
que transparente mi emoción,
y mis paisajes interiores
y mi desorientación.

Mi cantar tendrá un espasmo
como de ansiosa posesión,
y después quedará mudo
con la única ambición,
de convertirme en una cosa,
en una piedra, en un cerro, en un árbol,
y dormirme bajo el sol...

INCOHERENCIAS

Siento que me consumo en inútiles sueños
que de lujuria enferma mi carne desfallece,
y que mi pobre espíritu se atormenta en la triste
claridad de un crepúsculo sonoro y decadente.

Siento que estoy muriendo entre mis afebradas
contemplaciones místicas y arrebatos sensuales,
y que, como una carga, en mi espíritu llevo
el dolor taciturno de la luz de la tarde.

Siento que estoy muriendo. En mis miembros hay una
modorra voluptuosa de deseo saciado,
y corre por mis nervios una tristeza enorme
cuando escucho la música las noches de los sábados...

Sobre las horas grises de mi vida aburrida
dejo las enfermizas sonatas de mi Otoño,
y camino y camino con mi mudez escéptica,
con mi boca sin besos y con mis nervios rotos.

A veces el recuerdo de unas muchachas rubias
que tristes me sonrieron detrás de una ventana,
llena de amor mis horas, y entonces resucita
melancólicamente mi vida provinciana.

Y pienso en los amigos que ya tenían novias,
que hablaban de política y organizaban zambras,
y charlaban conmigo de noche, largas horas,
parados en la acera al frente de mi casa.

Y pienso en esas horas de confidencias tibias
murmuradas temblando junto al piano que duerme,
y en el placer de oír de labios femeninos
hablar de amores idos desencantadamente.

Y pienso que una tarde recorriendo las sucias
callejuelas de un barrio desconocido,
al doblar una esquina hallé un vals de otros años
en el alma gitana de un antiguo organillo.

Y camino y camino, y pienso en muchas cosas
deshojando las cálidas sonatas de mi Otoño....
Y camino y camino con mi mudez escéptica,
con mi boca sin besos y con mis nervios rotos....

YA SE VA LA FARANDULA....

Vieja tienda bohemia, te dejamos! Mañana
se irá por el camino la alegre caravana.
Pájaros que persiguen el temblor de una estrella,
nosotros, los gitanos, nos marchamos con ella...

Cuando suenen lejanas nuestras últimas voces
y los pañuelos blancos te manden sus adioses,
en ti han de sollozar recuerdos angustiados
de músicas dormidas y aplausos apagados.

Vieja tienda bohemia, en nuestra alma pusiste
la emoción angustiosa de tu música triste,
y ahora resucitan con un dolor sereno
esos vales oídos en las noches de estreno....

Nos vamos! Tal vez nunca nuestra suerte consiga
volvemos a juntar bajo esta tienda amiga....
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida....

Gitana, ¿tienes pena? Consuélate, gitana,
que el cariño nos une y el dolor nos hermana,
y en la quietud piadosa de este amor que bendigo
cuando tú tengas pena yo lloraré contigo....

Ya se va la farándula! Gitana, dile adiós
a la tienda que fué techumbre de los dos.
¿Te entristece la música de nuestra caravana?
Ahora vas conmigo... ¡consuélate, gitana!

No importa que se acerquen los días dolorosos
y la melancolía te asalte en la jornada.
No importa! Ahora tienes mis hombros amorosos
donde inclinar tu triste cabecita adorada....

Ya se va la farándula! Sonrisas, carcajadas....
pero debajo de ellas hay flores deshojadas....
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida....

Vieja tienda bohemia, mis más humildes cosas,
en las pasadas noches vibrantes y olorosas,
sintieron nuestros sueños y oyeron nuestras charlas....
Yo no podré olvidarlas.... Yo no podré olvidarlas....

Farándula risueña, aunque las sendas cruces
dichosa, evocarás con intensa emoción,
cuando se marchó el público y apagaron las luces
después de terminar la última función....

Ya se va la farándula, ya se va! Apasionado
te contaré la historia de mi ensueño sonoro,
tanto tiempo escondido, tanto tiempo callado....
Algún día sabrás desde cuándo te adoro!

—Nos vamos, adiós vieja tienda bohemia! Adiós
vieja tienda que fuiste techumbre de los dos....
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida!...

DEVOTAMENTE A TI

Dame la mano, amada, vámonos lentamente
por la senda sombreada de los días felices,
dame la mano, amada, vámonos lentamente
conversando de muchas cosas tristes...

Da tu adiós a las calles y a las cosas ruidosas
donde canta el sonoro gorrión del regocijo,
dame la mano, amada, vámonos lentamente
perfumando el silencio del camino.

Tú, amada, eres un blanco milagro en la jornada,
un reposo, una senda,
un árbol en la linde de un camino
y una queda canción de primavera.

Cogidos de las manos te rezaré ferviente:
te amo cuando te ríes, te amo cuando meditas,
te amo cuando me llamas,
te amo cuando me olvidas.

Te recuerdo en mis dudas, te recuerdo en mis gozos,
y cuando me hallo triste, y cuando me hallo solo,
venero tus silencios, venero tus palabras,
y tus ojos serenos, y tus manitas blancas.

Te amo porque sonríes y porque sueñas siempre
y porque hablas de todo, amarga y locamente,
porque sabes reír, porque sabes pensar,
porque sabes querer, porque sabes llorar.

De mi breviario amante he sacado este rezo
musical y ferviente,
y te lo he de decir, con las manos unidas,
melancólicamente, melancólicamente...

Y después de rezarte te besaré en la boca
para que el beso sea como una comunión,
y después seguiremos por el blando camino,
amándonos, besándonos, tomándonos los dos.

Por la acera sombreada de los días felices
echemos a rodar nuestro cariño siempre,
humildes, ignorados, silenciosos, felices...
Dame la mano, amada, vámonos lentamente.

MI PADRE

Padre! Bajo el estruendo de este luchar odiado
a solas te recuerdo cuando me hallo cansado,
y suelo arrodillarme para dejar mis besos
sobre la tierra santa que recogió tus huesos...

Padre, yo no estoy solo. Aún siento en mis manos
el calor de las tuyas; aún en mis hermanos
veo resucitar tu nobleza y tu altura;
y cuando me fatiga esta batalla oscura
contra todos los hombres que me cercan, hay una
mano que me acaricia, una canción de cuna
que mece mi encendido corazón, una santa
palabra que me riñe dulcemente y me canta
ternuras de otra edad...

Eres tú, padre mío.
Eres tú, que no estás en el nicho sombrío,
sino que te hallas siempre, inmortal, en el fondo
de mi fe, en lo más íntimo de mi alma, en lo más hondo
de mis nervios, y surges, sereno, del pasado
cuando tu pobre hijo está triste y cansado...

Padre, yo no estoy solo; yo no quiero estar solo.
En esta lucha larga y ruda en que me inmoló
apoyo mi cabeza sobre tu pecho fuerte
que no me lo ha podido arrebatar la muerte!

¡Qué sería de mí si a veces no cayera
tu mano de perdón sobre mi cabellera!
La lucha es larga; el viento contrario no reposa
de golpear mis carnes; la vida tumultuosa
se arrastra indiferente, pero voy defendido
por tu recuerdo, y nada todavía me ha herido!

¡Cómo no he de seguir seguro la jornada,
cómo no he de tender radiante la mirada
sobre todo, si llevo en mis venas ardientes
el inmenso latido de tu vida!

Frecuentes
han de ser los obstáculos que me ponga el destino,
ruda será la cuesta, agrio será el camino,

y contrarios los vientos y las dudas ajenas
de ocultas amarguras vendrán las horas llenas,
pero yo iré contigo por la senda hosca y dura
recibiendo la vida de frente, a plena altura!
Y por eso, te entrego, tal como un homenaje,
esta fe en el futuro, esta fuerza en el viaje...

Ninguno supo nunca de tu altiva nobleza,
ni comprendió tu fuerza, ni sintió tu tristeza,
ni vió tu corazón de roble secular
que luchó con la tierra, con el cielo y el mar...

Pero un día, un gran día de loco amanecer
y de tarde larguísima, tendrás que renacer
todo entero en mis versos, hecho lumbre y canción
tal como yo te llevo dentro del corazón!

La sangre de los mártires renace hecha tristeza,
despierta hecha ternura, florece hecha belleza!

En los versos que cada poeta arroja al cielo,
se hace luz el espíritu de algún lejano abuelo
que en silencios heroicos, hace siglos, sufría
¡y su nieto en la sangre heredó poesía!

Cuando en las altas horas de la noche yo escribo
bajo la llamarada de un soplo fugitivo
de pasión y misterio, que no sé si ha llegado
del fondo del futuro, del fondo del pasado,
y del fondo ¡quién sabe! de Dios, suelo sentirme
más cerca de tu pecho noble, sereno y firme,
contra el cual ¡tantas veces!, cuando yo era un chiquillo
solías apretar mi corazón sencillo....

Desde entonces conozco el ritmo de tu pecho;
y todo lo que he sido y todo lo que he hecho
lleva el sello triunfal de tu espíritu.

Pobre

será mi vida, tranquila mi canción, pero sobre
estos desnudos versos vibra el secreto aliento
de un muerto, se estremece el fuerte pensamiento
de un inmortal. Yo, ebrio de verdad y de emoción,
lo juro con las manos sobre mi corazón!

Sobre todo el futuro se proyecta la sombra
de mi padre. Por eso voy solo. No me asombra
ninguna de las dudas que nos deja la vida.
Yo he vivido en la sangre gloriosa y encendida
de mi padre; he vivido en las horas de duelo
y en las horas de triunfo cuando se ensancha el cielo.

Yo he venido arrastrando mis pensamientos, como
grandes peñascos. Solo, trepando por el lomo
de la sierra, he dejado que pasaran los vientos
contrarios, las ajenas voces, los elementos

hostiles. Ante mí no había senda, pero
a medida que andaba iba haciendo el sendero,
y sobre las promesas de mis santos amores
la Cruz del Sur abría sus brazos redentores!...

Tú me diste este empuje, tú me diste esta fiera
energía, que salta rotunda y altanera
en todos los momentos de mi vida. Tus labios
destilaron copiosos esos consejos sabios,
que a golpe de verdad y a golpe de pasión
cincelaron—con ritmo y luz—mi corazón.

SOLO CONMIGO

Aspero, amargo y solo, va mi espíritu. Cada
día voy penetrando mejor la claridad
y la altura que esconden la noche y la alborada,
el agua y la armonía, la tierra y la verdad.

Mis virtudes son rudas, terribles y conscientes,
como los viejos vicios de un señor feudal;
tienen orgullos sólidos, tienen gestos ardientes
y una intensa y viril tristeza intelectual.

Mi orgullo fuerte y hondo adora el casto brillo
de la escondida senda que muy pocos verán.
Bendito eternamente será el vivir sencillo,
y benditas las flores y la risa y el pan.

Profundamente solo seguiré por la vida,
algunos ojos hondos me mirarán vivir....
Mientras yo, firme, mudo, con el alma encendida,
iré como una proa rompiendo el porvenir.

A mis viejos rincones no llegan los halagos
ni las injurias. Sueña en la altura mi hogar.
Vivo solo. Mis ojos son distraídos, vagos
y hondos, como de tanto meditar frente al mar....

Me asomo a mi ventana a mirar el camino.
Pasan los caminantes con precipitación.
Y yo me quedo solo, cara a cara al destino,
pues sé que no me tiembla jamás el corazón.

Me escupirán los odios, me gritarán las dudas,
cruzaré por abismos de tedio y de rencor,

pero cada mañana estas manos desnudas
volverán más ardientes que nunca a la labor.

EL BORDADO INCONCLUSO

(Prólogo de una comedia)

La monótona vida provinciana
rueda olorosa, tímida, inocente;
llora un cantar, rezonga una campana
y las tardes se apagan mansamente.

Las muchachas detrás de los balcones
contemplan florecer las primaveras,
y entretienen sus locos corazones
con quiméras, quimeras y quimeras...

¿No viene el novio? Y tienden la mirada
sobre las soledades de la vía....

¿Viene el novio?—preguntan—¿viene?
—Nada!]

Y suspiran—No viene todavía!

Todo es monótono en el pueblo. Todo
duerme una siesta blanda y conventual,

todo sigue rodando de igual modo,
igual la angustia y el paisaje igual...

Alguna vez penetra en una casa
el amor loco, lírico y triunfal;
deja en el aire ensueños...pero pasa...
Y el pueblo sigue exactamente igual...

¿Pasó el amor?—pregunta la campana.
Un curioso pregunta:—¿Quién lo vió?
¿Pasó el amor? Y en la quietud poblana
ninguno sabe si el amor pasó....

Pero el poeta que escribió este cuento
dice que cuando empieza a atardecer,
los corazones saben que en el viento
hay humedad de llanto de mujer....

Sobre este asunto rueda la historieta
tejida con vellones de emoción,
la escucharéis de labios del poeta
como de corazón a corazón.

LOS MOMENTOS

Estoy viviendo mal.
Vivo preparándome
para vivir mejor
otra vida que no deja
nunca de acercarse.

Vivo atropelladamente
sin gustar los amores
ni las dudas
de estos días veloces.

No le doy importancia
a nada del presente,
pues me parece
que mañana,
cuando llegue esa vida,

todas estas mismas cosas
las viviremos verdaderamente.

Cada sensación de hoy
me parece que no tiene
más valor
que el de un pequeño accidente
que sucedió en un viaje....
y así voy derrochando
una gran cantidad
de vida....

Todo lo espero del futuro,
y al presente no le pido nada,
y me aterro pensando
que el futuro tendrá que ser presente,
yo que sueño que el futuro
sea siempre futuro!

❖ ❖

Jorge Hübner Bezanilla



Nació en Petrópolis (Brasil), el 3 de Octubre de 1892, época en que su padre, el escritor Carlos Luis Hübner, era Encargado de Negocios de Chile en aquel país. Es autor de una parte de la obra *Prosa y Verso* publicada en 1909. Con Vicente García Huidobro fundó la revista «Musa Joven», ya fenecida. Durante algún tiempo fué profesor de estética en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

Hübner es todo un temperamento de artista. Suele declamar sus poemas en público. Pose elegante, gallardía, voz ondulosa y simpática, todo le acompaña. Y sus frases armoniosas son como un raudal de poesía exquisita, sentimental y dolorosa, que deleita al auditorio como un susurro de rátagas en una tarde abrilena.

Su memoria es prodigiosa; al menos así lo demuestra al exteriorizar sus propias obras. Tiene inédito un libro que aún lleva en los repliegues y nexos de su cerebro, en el que los poemas vibran, crecen, ondulan y se reforman hasta la estancia definitiva, como nebulosas proteiformes que giraran vertiginosamente hasta condensarse, no de-

jando al estamparse en el papel sino escasas huellas de escoria.

Si contempla la Naturaleza es para extraer de ella gestos de sufrimiento, es para desentrañar lo íntimo y recóndito de las cosas, es para infundir calor a lo gélido, luz a lo caótico, movimiento y vibración a lo estático y rígido, consiguiendo el esplendor poético velar toda flagrante antinomia.

Esta poesía de Hübner me llena el gusto: es armoniosa, alada y plena de encanto lírico. Está en el justo medio exigido por el Arte. No sé hasta qué sendas de perfección pueda llegar todavía este bardo que se debe más a su intuición poética que a la reflexión lógica y al estudio de los códigos literarios.

En sus últimos trabajos, se nota más intensificada y definida esa su tendencia a desentrañar el dinamismo de las cosas, las íntimas vibraciones y sensaciones de la Naturaleza. al traves de ese dinamismo poético, al través de lo misterioso e incognoscible que flota en el Gran Todo, desde el átomo al cosmos, sube el aroma místico, el perfume de las almas buenas, el perfume de las divinas tristezas.

Como no se dedique demasiado a escribir artículos de prensa, Hübner continuará descollando entre nuestros líricos nuevos.

EL ARBOL

Arbol que, como el hombre, te alimentas de lodo,
pero que alzas al cielo los brazos retorcidos
y, apretado a tus ramas, mantienes alto todo
lo que amas: hojas nuevas, botones, flores, nidos;

quiero tu paz severa, tu fe en orar en vano,
tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen,
tu silencio más hondo que mi cantar humano
y tu ardor por cubrirte de flores, que fenecen....

Tú te bastas: tú creas la flor que lleva un germen
que en cualquier campo sano perpetuará tu sér:
el hombre, tras de angustias de amores que le enfermen,
pondrá en su sangre oscuras influencias de mujer.

Tú das tu sombra a todos los seres; tu perfume
por el amor del viento se puede disfrutar;
pero el hombre, en sus ansias de darse, se consume
por ofrecer un bien que no puede formar.

Buscándolo, recorre los valles; su destino
obsuro le hace ser eterno vagabundo
y tú, inmovilizado junto a cualquier camino,
le dices que encontraste tu sitio en este mundo.

LA MONTAÑA

La montaña es el molde del enorme sollozo
que hizo el mundo en sus ansias por llegar a la altura:
si los hombres se olvidan de aquel esfuerzo hermoso,
no lo olvida la nieve que la premia en albur.

El hombre con sus artes y el árbol con sus flores
hasta la alta montaña no suben.... Sus anhelos
la hicieron levantarse sobre tantos dolores
para vivir la adusta soledad de los cielos.

De sus cimas descienden blancos ríos de vida
que, hora tras hora, rompen la gracia de sus moles:
la montaña, en su obra pausada, se suicida
para darnos un agua que han limpiado los soles.

Los vulgares, mirando la quietud que la baña,
la creyeron sin vida; pero sufra un segundo
el corazón de fuego que tiene la montaña
y temblarán, humildes, las llanuras del mundo.

LA LUZ

La luz tendió en la tarde serenos gobelinos,
se hizo pronto una hoguera en que el mundo iba a arder,
cayó después en lluvia de azul por los caminos:
¡yo la he visto variar como alma de mujer!

Vi al arroyo anegarse en la luz del oriente,
en pupilas de niño sorprendí su claror,
entró a la pieza triste de una convaleciente:
¡la luz se ha dado a todos como Nuestro Señor!

La luz con unas nubes hizo encendidas fraguas,
disfrazó a los torreones con un ancho albornoz,

creó en el viento náyades surgiendo de las aguas:
¡la luz formó de nada sus mundos como Dios!

Por la luz, unas flores me enseñaron dulzuras
y una tarde violeta me dijo que soñara
y unas hojas formaron frases claras y puras:
¡sin la luz toda cosa su misterio guardara!

LOS INSTANTES

Oh Tiempo, tuve los momentos
con que mis ansias hoy humillas
y los lancé a los cuatro vientos,
sin conocer que eran semillas....

Eran semillas pequeñas
y no vi el germen interior
que en gestaciones infinitas
florecería en gran dolor.

Eran semillas uniformes
que no intenté seleccionar:
unas son árboles enormes,
otras pudriéronse en el mar.

Unas cayeron en el seno
de los que quise: no las vi
llevar un germen de veneno
que arrancó lágrimas por mí.

Otras, llevadas por un viento,
tomaron vuelo de ansiedad:
no sé a qué fueron y las siento
esperarme en la eternidad.

Y miro aún mis manos llenas
con las semillas, sin saber
cuál lleva un germen de azucenas,
cuál el dolor de una mujer.

PLEGARIA

Virgen, tus ojos lánguidos y vagos
rezan, como las llamas de los cirios....

Virgen tus manos pálidas y trémulas
piensan, como las manos de los ciegos.

Por tu fervor, mi beso se hizo hostia
y llevó toda mi alma a tus entrañas.

Nuestras vidas serán como dos manos
que se unirán apasionadamente.

Mis estrofas serán como esas naves
que parten silenciosas en las noches

y me entraré contigo en el silencio
de las pasiones grandes.

LA TIERRA

Tierra ardiente y morena que amas al sol, y buscas
que su rayo acaricie toda tu entraña abierta
y que, en el lento espasmo de sus caricias bruscas,
quedas en gozo llena de palidez de muerte;
tierra, callada cómplice del amor, que transformas
tu sangre en savia y guardas la semilla en tu seno,
que por ser tan fecunda sufres y te deformas
y que pones en todo lo que nace un veneno
para hacer nuevos seres del cadáver caliente:

tierra: el hombre, tu hijo, quizá como tú fuera,
si la luz de la luna, melancólicamente,
el bautismo de ensueño no pusiera en su frente
que hizo un poeta triste de un hijo de ramera.

LA NUBE

Nube que, como una alma golpeada por los vientos
hostiles, has buscado todas las formas suaves
y has quedado más bella moldeada en sufrimientos
y has vertido a los llanos la sombra de las aves,

te he mirado morir, en lo alto, sin un grito,
consumiéndote entera en un lento calor,
con la más bella forma de entrar a lo infinito,
dejando el aire lleno de alimentos de flor.

Y, si te vi llorar, fué tu llanto fecundo
y el agua de tu entraña calmó ajenos ardores:
¡llanto del hombre, ido por las venas del mundo,
no infiltres hasta en almas remotas tus dolores!

Toma ejemplo en la nube que, cuando era pantano,
se llenaba de estrellas y esperaba la hora:
el sol de lo alto actúa sobre tu barro humano
y algo tuyo se lleva la luz de cada aurora.

¿EN DÓNDE ESTÁ?...

Antiguo amor,
te has levantado en mis recuerdos con un murmullo de dolor.
Me hablas de aquella
de quien el viento del camino ha destruido toda huella.
Dices que inquiera
dónde se ha ido, que es la única alma que mi alma comprendiera.
Me haces oír
cómo lloraba de tristeza la tarde en que me vió partir.
Me haces llorar
cuando me dices que en la vida jamás la volveré a encontrar.
Antiguo amor,
te has levantado en mis recuerdos con un murmullo de dolor!...



Carlos Barella

(En Santiago, el 7 de Diciembre de 1892)



Nada más sugestivo y regocijante, dentro de nuestro limitado ambiente artístico, que ver a esos muchachos que de cuando en cuando suelen venir a la Metrópoli desde provincia y especialmente desde Valparaíso con el objeto de leer un cuento o un poema en el Ateneo. Vienen dos, cuatro, seis. El día lo ocupan en visitar a los amigos, otros bohemios como ellos, o en recorrer las librerías para adueñarse de las últimas novedades modernistas. Por la noche la bulliciosa comparsa de donceles melencólicos se dirige a la sala del Ateneo; cada uno a su turno sube al paraninfo, al lanzadero de reputaciones literarias. Leen, declaman; se hacen aplaudir; y a la salida son rodeados por amigos y admiradores. Después regresan triunfantes a su terruño, con la cabeza plena de nuevos ideales y la imaginación caldeada por el aplauso estimulador. Así han venido entre otros Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Ernesto Montenegro, Ignacio Verdugo. Así también, Carlos Barella: leyó un poemín, se le aplaudió, y satisfecho del éxito, regresó «al puerto». Eso es todo. Estos trovadores no ambulan de

pueblo en pueblo como los antiguos juglares y rapsodas. Tienen residencia fija y llegan acá, en viaje rápido, sólo a hacer una diligencia, una diligencia literaria.

Campanas Silenciosas (1913),—con fraternales preliminares en verso por Daniel de la Vega y Vicente García Huidobro—contiene lo más selecto de la labor lírica de Barella. Sonatas musicales con suavidades de seda, tibias, palpitantes de sentimiento. ¡Con qué sencillez y sinceridad le dedica estrofas a su madre! ¡Con qué filial ternura le escribe a su madre! Hay mucho que esperar de un poeta que transmite al papel, blanco y pío, los estremecimientos de sus propios nervios, las palpitaciones de su sangre, los nobles movimientos de su espíritu. Ese es el verdadero rumbo; nada de artificios, extorsiones o rebuscamientos para construir una obra absurda o inverosímil.

Un revistero ha dicho de él: «Es de los que valen por lo que ya han escrito, pero mucho más por lo que les queda que escribir».

ALBORADA ESPIRITUAL

Por fin, por fin, un nuevo resplandor,
una dulce, una pálida alborada
inefable de amor
bajo la castidad de tu mirada.

Bendita tú que puedes ayudarme
a salir de este interno frenesí:
he de purificarme
para llegar purificado a ti.

Bendita tú que llenas
mi alma de un raudal de poesía,
y en la oscura penumbra de mis penas
deshojas tus camelias de alegría.

Bendita tú que todo lo iluminas
y que en la tarde de mi ensueño vago

como una sombra pálida caminas
escortada por cisnes, junto al lago.

Calmas mis decepciones
y mis dolores hondos y perversos,
y transformas en dulces oraciones
mis angustiados versos.

Eres como ninguna,
pobre flor de pasión, desencantada,
doliente como una
Ofelia eternamente enamorada.

Yo alabo los sonrojos
que tu mirada cariñosa efluvia,
me extasío mirándote los ojos
y tu sedena cabellera rubia.

Algo místico tienes:
un halo sacrosanto de pureza,
palidez en las sienas,
y en los labios un gesto de tristeza.

Eres en el idilio que yo enhebro
la pureza ataviada con sus galas,
que por el bosque en flor de mi cerebro
furtiva sombra de un amor resbalas.

Eres diáfana y casta y eres buena,
con la bondad suprema de las rosas,
que de puro dolor mueren de pena
encantadoramente silenciosas.

Oh! benditos sean tus
ingenuos y dulcísimos candores:
alma que ciegas con tu propia luz,
estrella de mis últimos amores.

Yo llegaré a tu lado
y al contacto amoroso de tu seno
seré un enamorado
como ninguno espiritual y bueno.

A tu lado el dolor se dulcifica,
la pena matadora se adormece,
el deseo de amar se purifica
y la materia desfallece.

A tu lado otra vez me siento niño,
resucitan mis ansias de llorar,
se puebla de quimeras mi cariño
y me estremezco bajo tu mirar.

Bendita seas ya que a mis canciones
las transformó tu virginal candor,
en dulces, inefables oraciones
de un imposible amor.

LA TARDE AQUELLA...

Este año tú no prendiste
tiernas flores en mi ojal:
estabas pálida y triste
y yo muy sentimental.

Herido por los extraños
dardos de viejos dolores
¡cómo pensé en esos años
en que tú me dabas flores!

Cómo pensé en la lejana
ternura de tus abrazos,
cuando como una alma hermana
te dormías en mis brazos.

Nunca más mis manos frías
acariciarán tu frente,
ni leeré poesías
a tu lado, dulcemente.

Ya nunca más volverá
tu acento sereno y leve
a leer con pena «La
Sinfonía de la Nieve».

Nunca más mimosa y buena
besarás mi frente mustia,
nadie espantará mi pena,
nadie espantará mi angustia.

Si me dejas tú, que fuiste
la más tierna sensitiva,
la más romántica y triste
y la más meditativa;

¿quién ha de prestarme alientos,
quién ha de prestarme ayuda,
para tantos sufrimientos,
para tanta pena ruda?

En esta vida de abrojos
aunque el dolor me taladre:
¿dónde encontraré unos ojos
como tus ojos de madre?

Ojos sedientos de luz,
ojos hondamente humanos
para mirar una cruz
y crepúsculos lejanos.

Este año tú no prendiste
tiernas flores en mi ojal:
estabas pálida y triste
y yo muy sentimental....

Nuestra charla fué imprevista,
trivial, monótona y fría,
y tuvo nuestra entrevista
aplastante cortesía.

Y aunque yo sentía sed
de hablar contigo de amor,
tuve para ti un usted
brutalmente aplastador.

Se iba llenando de sombra
el salón: desencantadas
se clavaron en la alfombra
nuestras penosas miradas.

Y éramos dos angustiados,
dos enfermos de pasión,
que teníamos llagado
por la pena el corazón.

En nuestras almas había
ansias de amor y de arrullo;
pero ¡ay! fué cruel tu porfía,
e irreflexivo mi orgullo,

y en implacables excesos
el silencio triunfó impio,
y todos, todos mis besos
agonizaron de frío.

Después sentí que muy leda-
mente dejaste el salón,
gimió tu traje de seda
y me dolió el corazón.

Entre la penumbra incierta
a tu andar lloró la alfombra:
cruzó tu imagen la puerta
y se hizo sombra en la sombra.

Y al quedar solo en la estancia
humillada mi altivez,
sentí irresistibles ansias
de ir a llorar a tus pies.

EL SUICIDIO DE LAS ROSAS

Estaban entreabiertas sobre el piano
simbolizando la melancolía....

La helénica blancura de una mano
se preocupaba de ellas cada día.
Y las ponía al sol. Ellas, las rosas
fueron palideciendo poco a poco:
¡rosas! como mujeres, caprichosas,

se enamoraron de un ensueño loco....

Y tenían inmensos devaneos;
soñaban con el campo y el rocío
y a coro salmodiaban sus deseos,
hasta que un día cálido y doliente
sobre el piano también muerto de hastío
se deshojaron silenciosamente....

CUADROS DEL PUERTO

Cómo está el figón de obscuro!
La vieja lámpara abyecta
sobre la sombra del muro
sus contorsiones proyecta.

Hay mucha melancolía,
el viento rumores trae,
la llovizna densa y fría
monótonamente cae.

Es de mañana; el hastío
hace bostezar y abruma;
en el mar pone un navío
su vaivén entre la bruma.

Una que otra embarcación,
y un hombre, canturreando,
con bruta resignación,
remando, siempre remando.

Sobre el gris del cielo enarca
su angustiosa contorsión
el humo gris de una barca
que llegó de otra nación.

Y junto a un pretil de piedra
extático, mudo, yerto,
se traga su pena negra
un vagabundo del puerto.

Una maritornes pasa,
un marinero la mira,
otro más audaz la abraza
y un gringo pobre suspira.

Suspira y para apartar
la amargura que lo aqueja
se pone a mirar el mar
y enciende su pipa vieja.

LOS VIEJOS

Quando se quedan solos, ¿qué pensarán los viejos?
Los pobres viejecitos que vienen de tan lejos
por los caminos llenos de abandono y tristeza.

¡Qué encorvados los hombros! ¡qué blanca la cabeza!
Vienen tristes, sombríos; los engañó el destino,
los asaltó la angustia; ah! qué largo el camino,
qué camino más largo, y tener que seguir
rendidos de cansancio, enfermos de sufrir.
Andando por las sendas con paso lento y tardo,
los hombros agobiados por el pesado fardo
de los años, parecen decir con la mirada
el frío del sendero y el mal de la jornada.
Los pobres viejecitos con qué tristeza miran....
Miran como a través de lágrimas, suspiran
y con las manos juntas y los ojos clavados,
acaso en un recuerdo que torna en indecisas
vaguedades de ensueño, se quedan extasiados,
y por sus labios pasan llorando las sonrisas.
Los ojos de los viejos! Apagados de olvido,
sueñan con las miradas de algún muerto querido.
Ojos que las pasadas alegrías añoran
y se tornan risueños, pobres ojos que lloran
cuando pasa entre calles desvalidas de flores,
como una virgen blanca, como una sombra incierta,
aquella a quien amaran con todos los amores,
la pobre niña débil, la dulce novia muerta.
Y acaso más lejanos, más tristes todavía,
como dulcificados por la melancolía
y la muerte y el tiempo, los grandes ojos buenos,
los ojos de la madre, esfumados, serenos,
que sugiriendo ensueños retornan a mirar
las cosas de la vida como para alumbrar
al hijo que está viejo, al viejo sin cariño,
que vive entre la sombra, que muere como un niño.
Los ojos de los viejos llenos de evocaciones
acopian los arcanos de infinitas visiones;
cansados de la vida se van cerrando a ella
con una dulcedumbre de crepúsculo y flor
para abrirse, dormidos, entre lampos de estrella
a las contemplaciones del azul interior,
en donde se destacan lejanos e indecisos
bajo una luna de oro radiantes paraísos.

Los pobres viejecitos que todo lo han sufrido
a un golpe de la suerte gimiendo habrán caído,
y solos, con la horrenda soledad del fracaso,
dolientemente solos, sin tener un regazo
donde hundirse a llorar en las horas fatales;
sin tener unos senos, piadosos cabezales
para la frente triste que acongojó la suerte,
cuántas veces soñaron en la noche callada,
cuántas veces soñaron llorando con la muerte,

la gran consoladora, la pálida enlutada!
Y así, almas cansadas de la existencia, en guerra
con el dolor, siguieron su paso por la tierra
cayendo un día, al otro levantando, perdidos
en medio del camino, fatalmente impelidos,
por las huracanadas ráfagas de la suerte,
por senderos de angustia al valle de la muerte,
como si los guiara un misterioso sino.
Almas desengañadas, fueron en el camino:
oración, las humildes; las tristes, desencanto,
blasfemias, las rebeldes, y las débiles, llanto.
Como son viejecitos tienen la certidumbre
de que han de morir pronto; sienten la pesadumbre
de la vejez; por eso se llenan de una extraña
melancolía, advierten que un resplandor los baña
cuando cierran los ojos. La hora se aproxima
y pronto han de ascender a la invisible cima;
pero sufren; sollozan. Bien saben que no es buena
la vida, sin embargo ¡dejarla! da una pena....
No ver ni el sol ni el campo, abandonarlo todo,
dejar todos los seres que se quieren, las cosas
familiares ¡morirse! perderse en el recodo
último de la vida, trasponer las borrosas
riberas de la muerte, y ser entre la bruma
un sueño que termina y un alma que se esfuma!

El crepúsculo borda bellas ráfagas de oro.
Se colora de lilas el brumoso horizonte
y la tarde se alhaja con el regio tesoro
de un desbande de estrellas; en el llano y el monte,
en el bosque y el prado, la emoción se silencia;
hace el sauce dormido una gran reverencia
y se plagia en la limpia soledad del bancal,
donde cantan las ranas a la tarde estival.
¡Oh, qué paz más intensa! A esta hora los viejos,
a esta hora en que todo se entristece y se apaga,
y la iglesia y los montes se van viendo más lejos,
a esta hora tan honda, tan sugestiva y vaga....
¿qué pensarán los viejos?

Sentados a la puerta
de la casa sencilla o andando lentamente
por el jardín florido o la florida huerta;
los ojos muy cansados, muy pálida la frente,
los viejecitos piensan. La tarde silenciosa
se recoge, dormida de claridades muere
con un rumor de hojas que sabe a miserere....
Melancólicamente una esquila solloza
y por las soledades de los senderos-rosa
que tranquilos se duermen, el Angelus se aleja,

y pasa por los valles lo mismo que una queja.
Y vuelven los gañanes y balan los corderos;
se van desdibujando los campos y senderos,
y ya es de noche; lejos, entre la fronda brilla
en una casa pobre una lumbre amarilla.

Los viejos, ¿han llorado? ¿han dormido? ¡quién sabe!
Se quedaron solitos meditando. «Qué suave
la voz del abuelito»—canta la voz de un niño;
«Papá, ¿por qué estás triste»? preguntan con cariño;
y ellos nada responden, se quedan silenciosos,
en la lámpara fijan sus ojos dolorosos,
y en un éxtasis vago permanecen perplejos,
con el alma dormida y los ojos muy lejos.
¿Qué pensarán los viejos, qué pensarán los viejos
cuando se quedan solos?....

Viejecitos del alma,
yo no vengo a turbar torpemente la calma
de vosotros ¡tesoro de excelsitud! yo llego
y traigo a flor de labio un cantar que es un ruego;
yo traigo hasta el silencio de vuestras soledades,
mi cantar que resume todas las humildades,
y todas las dulzuras; poeta, antes que nada,
tengo el alma de sol y de amor hechizada,
y porque os amo mucho, hasta vosotros vengo
a daros este poco de ilusión que mantengo
viva en mí. Si mañana otros soles me doran
el alma, si no puedo llorar con los que lloran,
mis versos os dirán que no os pongo en olvido.
Por eso hoy por vosotros piadosamente pido,
por vosotros los buenos, los tristes:

«Padre Nuestro
libra de la amargura, de todo mal siniestro
a los viejos que tanto han luchado y sufrido,
y guíalos, Señor, por un sendero ungido
de rosas, un sendero que los lleve de aquí
en alas de un ensueño de dulzura y de amor,
sendas de paz y gloria y de perdón, Señor.
Que bien caigan tus iras sobre los pecadores....
pero ellos que no pecan! que son los resplandores
últimos que se extinguen, las almas que a ti llevan
su tesoro de amor ¡todo lo que les diste!
Pero ellos que no sufran. Verlos sufrir ¡qué triste!
Pero ellos que no sufran ¡ellos que hacen el bien
con mirar solamente! ¡que no tengan dolores!
¡Sálvelos tu grandeza y tu bondad! Amén.»

Traed flores, más flores, traed flores, doncellas,
despojad los rosales de las rosas más bellas,

y traedlas, traedlas en silencio ¡Murieron!
¡Ya descansan los viejos!.... ¡Ah! qué pena! se fueron
en el mes de la lluvia, de la niebla y el frío,
en el mes de la lluvia, en un día sombrío
entre nubes borrosas y gemidos del viento,
¡en el mes de la lluvia! En la iglesia cercana
sollozó todo el día, sollozó la campana.
¡Y era un día de lluvia!.... Traed flores, doncellas,
despojad los rosales de las rosas más bellas.

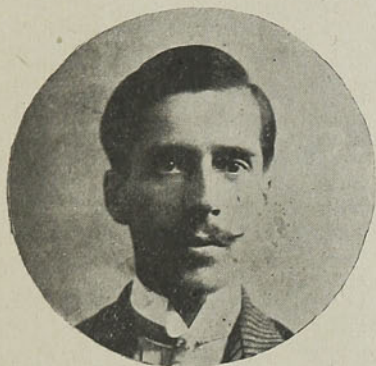
¡Oh, dolor de la vida!.... ¡oh, dolor de la vida!
Tan larga la jornada, tan triste la partida.
Desde niños sufriendo, hasta viejos llorando,
¡solos por los senderos de la mala fortuna!
siempre buscando algo y siempre sollozando....
¡Y pensar en los niños que duermen en la cuna!....
Larvas de la tristeza en capullos de armiño,
irán envejeciendo, ¡oh, almitas de niño!
Todos sois de la angustia y en un tumulto santo,
todos vais a la vida bautizados con llanto.
¡Oh, Tristeza, son tuyos, son tuyos los que yacen
durmiendo para siempre, tuyos los que vinieren
a la Vida!

Lloremos por los niños que nacen,
oremos por el alma de los viejos que mueren....



Angel Cruchaga Santa María

(Nació en Santiago; Mayo 23 de 1893)



Cuando Vicente Huidobro publicaba sus revistas «Musa Joven» y «Azul»—sostenidas por un grupo de intelectuales jóvenes, de entre los cuales recordamos a Martín Escobar, Alberto Moreno, Pedro Siena, Daniel de la Vega, Rojas Segovia, Jorge Silva, Alfredo G. Bravo, Carlos Barella y Juan Guzmán—el más modesto de esos colaboradores, el menos bizarro, el más tenaz y el de menos peso lírico, era Angel Cruchaga S. M., que hoy sólo cuenta con veintitrés años de edad.

De repente, se retiró al olvido del silencio laborioso, como hastiado del estéril batallar en la palestra pública.

Su retraimiento fué considerado por muchos como una derrota inequívoca.

Pero, cuán lejos estábamos de la verdad.

Una tarde, a la salida de nuestras oficinas de trabajo, nos encontramos de súbito con el poeta perdido, eternamente misterioso y grave en sus actitudes, con su viejo chambergó en descuido y su oscura corbata revolucionaria, como reveladores de los ardientes fuegos democráticos

que corren por su cuerpo moldeado vanamente en azulosos abolengos.

Con su voz apacible y lenta nos declaró: «Pronto publicaré un libro. No se lo anuncie a nadie, a nadie, ¿oye?» Y esto último, pronunciado precipitadamente, con cierto énfasis hinchado de tatuidad, cierto ocultismo apocalíptico, con cierta inflexión pretensiosa que equivalía a decir: Quiero sorprender a todos, con una obra maestra.

Mientras sus pasos se alejaban presurosos por la calzada llena de luz, nosotros pensábamos tristes: Cruchaga es un *poseur*, como tantos y tantos otros....

Sin embargo....

En Septiembre de 1915, apareció en las vitrinas de las librerías santiaguinas, el libro prometido misteriosamente por Angel Cruchaga, *Las Manos Juntas*, y algunos días más tarde saboreábamos y comentábamos con Carrillo-Ruedas, en plena plaza pública y al estrépito de una música marcial, los delicados poemas de aquel poeta que creíamos un *poseur* y que inefablemente venía a desnudarse en un *yoismo* soberbio y desesperado sobre los versos temblorosos de su poesía repleta de savia nueva y valiosa.

Soplan por sobre los movimientos espirituales de su obra, brisas saturadas de perfumes orientales que parecen venir desde lejanías azules y floridas, y de atmósferas desgarradoramente levantadas en el silencio enorme y místico de las grutas milenarias.

El malestar íntimo del poeta aplastado por el materialismo de este siglo de sangre y hierros, lo arrastran a una secreta comunión con las alturas inmarcesibles del cielo y los abismos de su propio interior; y, poseído de su fuerza psíquica poderosa, deja su cuerpo bamboleante sobre los riscos de la tierra, y su alma se precipita en alas de una locura de penumbra, a auscultar el silencio de zonas desconocidas y a recoger los frutos invisibles que han de dar forma y sabor a sus símbolos de maestro.

Cruchaga—estamos seguro—sufre enormemente al amasar y al desembarazarse de sus bellas simientes.

Muchas veces, por hacer poesía nueva y espantable, por huir lo más lejos posible de las trilladas sendas, atormenta su cerebro, su sér, en gimnasias de dolor e inspiración que lo obsesionan y trasminan a su carne el mismo sufrimiento que experimenta su moral. Esta es la única maldad, el único vicio que se adivina y trasluce en algunos de sus versos; pues, para su espíritu que empieza recién a morder las amarguras de la vida, de la experiencia, de la filosofía del mundo, es una hipérbole, un absurdo, concebir esa tortura como la suya, tan tenaz, tan virulenta y tan pegada a la materia.

Pero, por sobre este desgarramiento de dolores palpablemente rebuscados o íntimamente sentidos, surge su gran alma de artista, como una substancia olorosa y diluida, que perfuma los ajenos sentidos con su propia sensibilidad exquisita, que embriaga las conciencias en una atmósfera mística de altar y cuyos

aromas inefables hacen juntar las manos y cerrar los ojos en una desesperación de suplicio divino, de fatiga terrenal, y en una ansia de cruzar los espacios etéreos en un vuelo interminable.

Hoy, aquel modesto colaborador de «Musa Joven» y «Azul», ha salvado una gran distancia, ha repescado en forma formidable por las pendientes del lirismo y es actualmente uno de los porta-estandartes de la valiente y meritoria generación de nuestros poetas modernos, a pesar de ciertos rastreadores de literatura que han visto en el fondo de su poesía simbolista las pisadas delatadoras de un Rollinat y de un Francis Jammes.

LUZ

(Ven a mi silencio).

Hermanita pequeña:
acércate a la sombra de mi vida;
permite que mis manos amarillas
se santifiquen en tu cabellera:
mis manos que se alargan
desgarradoramente en la penumbra.
Hermanita pequeña:
deja mirar tus ojos que sonríen,
porque no saben nada de la vida:
porque ves que te besan
y hay luz en los jardines
y mucha compasión para los niños.

Deja mirar tus ojos
con los míos enfermos de fastidio
y háblame de Dios para que crea.
Y en las noches eternas
cuando siento el cerebro
morirse en un dolor inacabable,
junta tus manos finas
y rézale a la Virgen
por la agonía del hermano triste,
que siente que el espíritu se aleja
con los ojos abiertos en la muerte.

A VIVIR

No he visto sus pupilas ni he sentido su halago.
Las horas se doblégan sobre mi corazón;
y todo es tan lejano, indiferente y vago,
que semeja mi vida un ciego en un rincón.

Mi silencio de seda espera la fragancia
de su risa, que vuela como una mariposa.
¿Dónde están sus pupilas? Morirá en la distancia
como pintura antigua, encantada y borrosa.

¿Y la hora lejana y blanca de morir
no se acerca al silencio? Seguirán las mañanas,
y será una ironía cada alegre lucir
del sol en los cristales de las pobres ventanas.

Acaso alguna tarde tercamente aburrida,
su silueta en la hora doliente y desmayada,
deje un perfume vago de muerte y despedida,
el último perfume que se elevó en su almohada

Y pasará a mi lado. Miraré sus pupilas:
se hundirán en mi espíritu como anclas luminosas.

Será la tarde de oro. Las almas intranquilas
verán la indiferencia maligna de las cosas.

Doblará lentamente la dorada cabeza
y dejará un perfume y pasará sonriendo.
....Y seguiré viviendo.... y seguiré viviendo....

LA VOZ QUE VIENE

Y tus ojos azules en las páginas,
sentirán la agonía de mi espíritu
en un largo morir maravilloso.
Tus ojos me verán como un mendigo
que ha juntado los párpados y tiembla,
sujetando la luz de las visiones,
que en la carne se duermen como niños,
que sienten miedo de los ojos malos.

En tu mano mi vida fué el maduro
fruto desprendido en el silencio.
Se consumió mi sangre bellamente
en el lento cedazo de mi sombra.

Tú verás el dolor de los minutos
que en mis versos se agitan naufragando
en un cáliz de estrellas, mi cerebro;
tú verás el impulso de mi vida
exangüe, que te busca en el sigilo
donde pasó tu pie como un aroma.

Para ti fué mi corazón un mudo,
que puso las preguntas en los ojos
y en las manos, enfermas de esperarte.

Fui débil como el perro que se encorva
y que tiene los ojos ahondados
de pensar en las cosas.

LAS RAÍCES

Oh raíces, mineros de la tierra,
que buscáis algo nuevo, en la apacible
región de un limbo oscuro y milagroso,
para decirlo riendo en la alegría
serena de los brotes, y en el ruido
de la savia potente que circula
por las venas del mundo!

Oh raíces hundidas en mi carne,
auscultando el momento luminoso
de mirar una nueva maravilla!
Raíces, apacibles caminantes,
cansados de vagar en el silencio
oscuro de la tierra. Las estrellas
no han visto vuestros pasos diminutos
y humildes en la mística modestia.
Los corazones saben de vosotras!
Conocen el latido imperceptible
que hace temblar el árbol, con el miedo
del niño solo, frente al cielo enorme.

Oh raíces, las místicas, que buscan
a un Dios en el vacío de la sombra

y no miran la luz: buenas raíces,
ciegas y temblorosas en la marcha.
Cuando el agua os visita, el regocijo
sonríe en un temblor que se prolonga
en dèsmayos sensuales y profundos.
Rezando en el convento subterráneo
miráis la pequeñez de los humanos
y la red de sus malos pensamientos.
Vais a tientas, cansados del cilicio
de tanto meditar, contemplativas
como las santas religiosas.

Oh raíces de Dios en los planetas,
laboradoras del futuro, manos
que modelan el cuerpo de la vida.
Oh los hombres ocultos que juntaron
los párpados del alma, en un suplicio
de Dios y de tristeza! Sus raíces
sazonan espantosas maravillas.
Raíces del silencio en los rincones
—Ocasos que interrogan a un Mesías—

que dé su sangre para redimirlos.
Oh raíces punzantes del cerebro,
que sienten el tormento indefinible

de las hermanas sumergidas!
¿Y mis raíces siguen en la marcha
o el curso detuvieron?

DEL ABANDONO

Acaso en la mañana blanca del ataud,
cuando estés amarilla, mordida por gusanos,
sollocen mis campanas, locas de juventud,
por la enorme distancia de tu rostro y tus manos.

Acaso en un silencio aromado en virtud,
mi alma—la niña triste de ideales sobrehumanos—
se muera entre los brazos de tu cruz. La inquietud
florece en la cadena de mis días malsanos.

Cuando pienso en la angustia interior de quererte,
cuando en el milagro extraño de la muerte
se junte mi imposible al imposible eterno,

como última sonrisa, mi vida desgraciada
será un blanco satélite de la tuya cansada,
allá por las sangrientas auroras del infierno.

MI SOMBRA

Mi sombra en la pared parece triste,
como la sombra que dejara un muerto.
Oh sombra atormentada
por el padecimiento de mi vida!
Cuando los amigos me abandonen
parecerás más débil y doliente,
y tendrás el temblor de la agonía
en el silencio azul de las callejas.
Amiga que me sigues
para decirme frases que me alivian,
Amiga, me conversas

del brote de los árboles,
de las luces dolientes de las calles,
de Dios, que me contempla
en el florecimiento de las cosas
y en los ojos cristianos de mi madre.
Oh sombra atormentada
la que brotó de mi cerebro triste!
Como un sueño de Dios en el silencio
de mi carne de luz y de neblina,
semeja un velo azul,
y cubre las heridas de Jesús.

VIENE EL MUNDO

Por la ventana abierta viene el mundo
para romper mis ojos con su brillo.
¡Oh las hojas inquietas de los árboles
sonoramente claras en el cielo!

¡Oh perfume del sol, perfume fuerte
que hace las manos sabias y felices;
tamiz donde la sangre se destila
para volverse melodiosa y pura.

A través de la carne se ve el mundo.

¡Oh sopro milagroso de la tierra,
cantando te sumerges en mi cuerpo
y tus dedos ocultos me acarician,
los brotes jubilosos del espíritu.

Por la ventana abierta se desploman
las cosas en el cuarto; tienen pasos
de ser humilde, de raíz pequeña.
Como los pies serenos de la amada
penetran por el alma dulcemente.

¡Oh cosas que perdieron sus aristas
bajo el mutismo de unos ojos puros;
vuestro vino se vierte en los sentidos

con la sabiduría de una dádiva
que resumiera todo lo inefable.

Por la ventana abierta viene el mundo
para marcar los ritmos de mi vida
en el vuelo sonoro de una abeja
o en la flexible ondulación de un árbol.

En la colina verde los espinos
son arañas oscuras en reposo.
Un ave negra pasa por el cielo,
sobre mi corazón junta las alas
como dos manos en un rezo enorme.
Todo el cielo en el cuarto se desploma
y sonriendo en mis ojos lo recibo.
A través de la carne se ve el mundo.

LA VOZ SERENA

Y ser sencillo y claro, en ambiciones parco;
no amonestar la vida con la ponzoña nuestra;
vivir entre los árboles y temblar con el arco
del mundo, conmovido por la mano maestra.

Ser dulce y silencioso, como perro sin dueño
que al levantar la vista del corazón enferma;
que la carne vencida se transforme en un leño
dócil y fragante, y en su virtud se duerma.

Que presenten las venas los brotes diminutos
en una compasiva sonrisa del semblante;
que al caer de los árboles los amarillos frutos,
el corazón reciba jugo tibio y fragante.

Amar a una mujer tan pura y tan sencilla
que al mirarla en los ojos la adivinemos toda;
y tener en el alma, muriendo, la semilla
de su alma, alegre y triste como un canto de boda.

ESTERIL

Mujer, estás vencida y madre tú no fuiste.
Soportas un cilicio: tu carne transparente.
Pobre surco sin brote, aletargado y triste,
la boca del infierno te sorbió la simiente.

Mujer, tu corazón siente vergüenza y miedo,
viendo a los niños ágiles jugar en los jardines,
y hasta la Eucaristía tiene un sabor acedo
en tus labios dormidos para los hombres ruines.

Los ojos terrenales, temblorosos de vicio,
no sabrían amarte, mujer delgada y fuerte.
¿Por qué fuiste el madero que ardió en el sacrificio
del mundo? ¿Por qué Dios se gozó en ofenderte?

Cuando en el surco quede tu cuerpo soliviado,
no temblará en tu muerte la cabellera blanca
de un hijo tuyo, fino y dulcemente abismado.
¡Si llamas de lo eterno, no habrá quien te responda!

Pasan sobre tu vida los momentos hostiles
con una lentitud de ancianos desvalidos;
y tus ojos se vuelven sabiamente sutiles
como ante la presencia de rostros conocidos.

Mujer, estás vencida; tu corazón se pierde
No escucharás al hijo sollozar cuando mueras.
Todo estará tranquilo en la pradera verde.
¡Y reirán los niños de blondas cabelleras!



Luciano Morgad

(En Santiago, Mayo 26 de 1893)



Después de confidenciar artísticamente con este pequeño héroe de Carlyle, de escuchar su palabra ardorosa que se defendía de ataques invisibles de los profanos y mediocres, y de recoger sus escrúpulos y temores de verse emparedado en alguna posición inconveniente en nuestra obra, nos leyó sus poemas con una voz repleta de animación espiritual, de religioso misticismo, que temblaba serenamente como las manos honrosas que se alargan para hacer una buena acción.

Sobre nuestra alma caían sus palabras como una lluvia desconocida y deseada, armónica y acariciante; soliviantaron nuestros ánimos, transfiguraron las mequinas y diarias pasiones y remozaron el corazón ciudadano, saturándolo de atmósferas saludables arrancadas de aquel otro viejo corazón del universo con sus soles alegres, sus fieras y ágiles montañas, ilusionadas lejanías y saturados campos.

Sus estrofas, libres de todo yugo y movidas por un poder dinámico de trascendental y sobria emoción, nos muestran

semi-veladamente la extraña floración de un psiquismo didascálico destinado a reconstruir la ruina humana y hacer de cada hombre un dios y poner en cada corazón un sol.

Esta índole de poesía, encarnada en L. Morgad, es el único ejemplo que existe talvez en nuestra literatura. Walt Whitman en Norte América y más tarde los «unanimistas», en Francia, encabezados por Jules Romains, trataron de someter el arte a un régimen psicofísico.

A la liberación absoluta de la forma añadian la persecución de un alto ideal individual, un amor desesperado por la Naturaleza divinizada bajo su planta y sobre sus cabellos, un anhelo de rebelión material contra los prejuicios sociales y la ciencia estrecha de los libros, un orgullo inquebrantable en el propio yo y un amor sin límites para todos y una esperanza secreta en el valer de cada uno de los pequeños dioses que nos rodean, móviles o inmutables.

La poesía de Morgad es una mezcla del «humanismo» de Fernando Gregh, del «naturismo» de Saint Georges de Bouhélier y del «integralismo» de Adolphe Lacuzon de que nos hablan Diez Canedo y Fernando Fortun.

Sus símbolos colocan a la idea en una altura que nos produce la infinita emoción de las nubes azules y lejanas, y en un hondor que nos causa vértigos y escalofríos. Arrastran a la imaginación a los mismos recintos que explora el poeta y nos llenan los ojos con la visión que asoma a los suyos. Sugieren enormemente.

Los poemas de su libro inédito *El viajero solitario* (primera encarnación), son momentos íntimos, angustiosos, de toda un alma desolada, y excéptica a veces, pero siempre con un anhelo de vivir y remontarse, y con un calor whitmaniano en los músculos y en el corazón.

Dentro de nuestro Parnaso, L. Morgad es original, pero de una originalidad única y concreta, que no vemos ni en Pedro Prado ni en Max Jara ni en Ernesto Guzmán.

No ha influido en él la lectura de obras importadas del viejo mundo ni de estas tierras.

Sus ojos se han aguzado frente a su alma y el universo. Auscultando la vida en torno suyo, ha observado cómo «el mutismo de todas las cosas parecía estallar en sollozos»; cómo éstas le llamaban con sus voces inauditas y alargando sus manos con ademán de súplica. Y ha sentido «el canto salvaje de la palma de su espíritu en su intensa llanura sedienta» y su corazón danzando de gozo o estremecido de pena. Ha visto su propia tristeza resbalándose en silencio junto al cuerpo agobiado y mudo, y la sombra de la montaña descendiendo como un fantasma sobre el río.

Concentrado en sí mismo y lleno de las visiones exteriores, ha vivido una poesía fuerte, rítmica y personal como pocas. En la deformidad física de sus versos encontramos la amorfa armonía de los árboles. El poeta, obedeciendo a un ritmo propio, interior y espontáneo, sin despreciar la métrica oficial, nos presenta una escala de notas nuevas, musicales y pungentes.

Su poesía va brotando como una agua mansa de su espíritu y llega purísima a la superficie del verso que no sufre agitaciones ni movimientos rebuscados y *conscientes* como para destruir compuertas legales y asombrar con rebeldías de mujer caprichosa y egoísta. De aquí que sus poemas sean desaliñados pero líricos, de un lirismo enfermo, vacilante, que marcha a una completa regeneración.

Y como Luciano Morgad es un poeta altruísta, original y sincero y de trascendentes actividades psicológicas puestas al servicio de lo divino y de lo humano, debemos considerarlo como un pequeño héroe de Carlyle, tanto más cuanto que su obra espiritual se encuadra íntimamente con las siguientes palabras del viejo y humanista filósofo inglés: «*Héroe* es el que vive dentro de la esfera íntima de las cosas, en lo verdadero, en lo divino, en lo eterno, que existe siempre, invisible a los más, bajo lo efímero y trivial; su sér está en eso; él lo hace público por obra o de palabra o como mejor venga declararse al mundo. Su vida es un pedazo del sempiterno corazón de la misma Naturaleza....» Hé aquí el mejor símil de Luciano Morgad, poeta y hombre.

UNA PALMA GIGANTE....

Una palma gigante, motivo único
en la melancólica, vibrante esplanada,
como un sueño, como un pensamiento mío, fúlgido,
en la interna desolación aún ilusionada.

(Palma gigante....
ensueño profundo,
estéril, fecundo,
loco, loco, loco).

En horas movidas o serenas
lanza la palma su canto.

Oh! el canto salvaje de la palma en la esplanada,
como un alarido de vida,
como un alarido de muerte.

Oh! el canto de mis pensamientos
en mi interna llanura sedienta.

.....

Al fondo, una lejanía dorada,
y una palma gigante, motivo único
en la melancólica, vibrante esplanada.

EN EL PARQUE....

En el parque, bajo los árboles.
Alguien saluda cerca de mí. Contesto.
El hombre con su alegría de sapo.

Le digo:

Como yo, tienes un corazón.

Sin embargo....

Y tienes alegrías y tristezas, como yo.

Sin embargo, eres tan distinto de mí.

Y yo sé que tú puedes ser mi igual.

Ejercicio! Alas! Alas!

Yo te digo: en cada hombre hay una posibilidad

YO....

Yo, yo mismo, ante mi propio corazón
nutrido de la sangre de un ardiente, alegre sol,
que no sabe renunciar.

El héroe ante la multitud atónita....
Por qué no me igualáis?
Por qué no me superáis?

Que cada espera no sea en ti un morir,
que cada triunfo sea sólo un comenzar.

Quisiera ver en cada hombre un dios,
quisiera en cada corazón un sol.

El héroe ante la multitud atónita....

Yo, yo mismo, ante mi corazón afirmativo,
que sabe decir: Yo vivo.
Y por sobre los montes suaves, ágiles, fieros,
abierta la clámide azul para mi espíritu.

Que cada espera no sea en ti un morir.
Que cada espera no sea en ti un morir....

¿QUIEN?

En el ambiente de silencio y de fatiga,
siento cómo mi alma palidece
en lenta y angustiosa onda de agonía,
que lleva lágrimas a los ojos ávidos
y de lo hondo un grito a los labios mudos

Se sufre, se sufre....

Los árboles inmóviles son sombras
sobre la sombra de la montaña
que desciende al río.

En la vasta desolación del azul
callan las estrellas.

Se escuchan las querellas
tristes de un surtidor....

un misterio que permanece suspendido
y cuyo origen incógnito atormenta.

Hay penas, nostalgias, amarguras,

¡Oh, Natura! ¿Soy yo? ¿Eres tú?

UN PIANO CON SUS NOTAS...

(A la virgen que sabe sostener la lámpara
del fervor en su testa coronada de ensueños.
Oh! amable animadora...)

Un piano, un piano, con sus notas de bronce y de cristal,
y sus tonos graves, lentos, de angustia y cansancio en el vivir.

Amada! Amada! ¿Qué se han hecho tus manos que no cantan?
Ansioso el teclado espera los lirios ágiles y sabios.

Muda la fuente de las elegías y los alborozos....
¿Por qué no la agitan tus manos, Alma?

Amada! ¿Qué miran tus ojos suaves que no encuentran?
(Palpita en ellos dormida el alma infinita de los pianos).

En la calle solitaria la nota soñada rasga el silencio....
Oh! cantos de alegría, ácidos, vibrantes de ilusión.

....Y los ojos, los ojos, enormes, suaves, humildes,
que interrogan: ¿Señor?

.....
Un piano, un piano, con sus notas de bronce y de cristal,
y sus tonos graves, lentos, de angustia y cansancio en el vivir.

HACE HELADO, INERTE....

Hace helado, inerte, bajo el cielo tan azul...
tan azul que roba una lágrima.

Insatisfecho de vastas saciedades
estoy solo en la estancia
junto al balcón.
Cada cosa me mira, inmóvil, muda,
y alarga las manos en ademán suplicante.

Florece el deseo en rubíes sangrientos
y la alegría se esboza
y el dolor se acentúa.

El horizonte se ensancha....

Desde allá lejos las cumbres nevadas me llaman
y mi corazón solloza, mi corazón solloza.

Ah! pobre corazón que te nutres de imposibles ..
Darne, darne todo,
en cada cosa ser yo y sentirme ella....
Pobre corazón que te nutres de imposibles....
Oh! qué, quién sabrá calmar mi sed?

Desde allá lejos las cumbres nevadas me llaman
y mi corazón solloza, mi corazón solloza

UNA NOCHE....

Una noche he caminado bajo la lluvia,
otra, lo he hecho bajo la luna;
y mis sentidos cóncavos han colmado de vida,
para mis ojos ansiosos no había puertas cerradas,
para mis oídos atentos no había muros discretos.

Y siempre y sólo el mismo afán creaba vanidades,
vanidad de perpetuarse,
una ansia infinita de vivir,
en gestos vanos, imprecisos, locos,
en palabras que se angustian y mueren de impotencia.

En todas partes se oía la misma plegaria,
alguna vez en forma de canto,
canto que ahogaba el silencio.
Y las actitudes siempre semejantes
se fundían en la sombra.

De todo, queda solo
el recuerdo de una senda perfumada
que se aleja, lentamente.

Y unos ojos espantados, suplicantes,
ante la fuga rápida de los horizontes,
y del sol, del bello sol, que también miente

Oh! la vida, la derrota ilimitable,
continua, hasta el único triunfo, el cesar.
Triunfo? Es posible hablar de triunfo en la existencia
ya que al pasar es de hecho una derrota?

(Tu súplica llena de ardor,
oh, Goethe! la siento en mi corazón).

Sólo vale la hora presente,
aquella que nuestro afán agiganta,
que nunca es todo, que nunca es más.
Sólo vale la hora presente....

Una noche he caminado bajo la lluvia,
otra lo he hecho bajo la luna,
y mis sentidos cóncavos han colmado de vida.

Ah! mi corazón danzaba de gozo....

La honda, vasta esencia
del agua, del cielo, del viento, del sol,
vibraba en mi interno.
Y mi corazón danzaba de gozo,
mi corazón danzaba de gozo....

CAMINO MUDO, SOLO....

Camino mudo, sólo, bajo el cielo cálido....
Camino, lento, fatigado de mí mismo.

En la anchurosa calle aromada de jazmín
he encontrado mi propia tristeza.
¿Por qué?
Mi corazón de solitario se estremece
al contacto de su profunda pena henchida.

Pienso en la distante, hoy incomparable,
armoniosa juventud arbórea
que ahoga mi sed inmitigable.
Qué de lejanías en sus cabellos!....
Cuántos sueños en sus manos breves!....

Camino, mudo, sólo, bajo el cielo cálido....
Sueño....
Mi corazón de solitario se estremece
al contacto de su profunda pena henchida.

ESTA TARDE...

Esta tarde de silencio tembloroso
me he encontrado junto a mí,
solo, mudo.

Todas las cosas estaban pálidas
por un esfuerzo inútil.
E impulsos ciegos se debatían
desesperados, truncos.

Hubo alguien que dijo: Sale!
y en seguida: Permanece!
Luego, ahogando un grito profundo
con una voz de susurro: Calla!

No es hora aún de dormir eternamente?

Yo pensé:
La razón es estéril.
Los minutos indecisos
van labrando poco a poco
un hondo surco,
y abren más, una a una,
esas heridas de otro tiempo
que no cierran nunca.

El mutismo de todas las cosas
parece estallar en sollozos.

Hay en un muro blanco una mancha de
de oro, borrosa,
que se va. [sol

¿LOCO? LOCO DE DIVINAS ANSIAS.....

¿Loco? Loco de divinas ansias
huí de los jardines en flor
y fui a la gran ciudad, aladas las plantas,
pleno, desbordante de amor.

Y cada cosa fué para mí un placer,
cada cosa fué para mí un dolor.

La santa alegría de lo posible
ungió mis sienes ardientes y fervorosas.
Las luces, las sombras, las líneas, el ademán,
tuvieron el encanto del abrir de muchas rosas.

La tristeza honda de lo realizado
rompió la euritmia de mis sedientos labios.
A la bendita ilusión que da consuelo
la vi abrir sus alas en pavoroso vuelo.

Huí de la gran ciudad estremecida
y me refugié en los campos saturados.

Oh! cada cosa fué para mí un placer
cada cosa fué para mí un dolor.

MI ALMA ES UNA ESTRELLA...

Mi alma es una estrella pendiente en el azul.
Oh! los cantos de silencio y de luz semi-velada.

Mi carne flagelada por todos los instintos....

Y mi alma son mis carnes vibrantes de heroísmo;
heroísmo de vivir, de perpetuarse,
pleno, ilusionado, enfático de sí mismo,
vano, absurdo, ridículo, como todo heroísmo.

Carne miserable que no sabes renunciar....
Carne torturada que aún puedes adorar....

Carne miserable divina en tu miseria....

.....

Ha salido la luna por sobre unos montes,
diáfana, fresca; radiante,
como unos ojos muy abiertos, anhelantes,
de mujer.

Mi alma es una estrella pendiente en el azul.
Oh! los cantos de silencio y de luz semi-velada.

LA VIDA OPACA...

La vida opaca, angustiosa y lenta,
se ha enseñoreado de mi espíritu;
siento la muerte en el tedio inmenso
que se abre en corolas anchas, largas, exangües.

Y ante el bostezo enorme de las lontananzas
brotan desgarrando las dolorosas lágrimas,
mientras en el prado yermo e interminable
florece loca, locamente obscuro el nó de todo.

«Canta alma»—hay una voz animadora
y en la penumbra se insinúan dos ojos interrogantes
en una actitud desoladora....

...BROTABA DE TODO UNA FIEBRE SUTIL Y CADENTE...

Los cielos occiduos sobre los montes suaves,
agonía de azul en el palor de los árboles.
...brotaba de todo una fiebre sutil y cadente...

Y mi sangre rugía hambrienta de eternidad,
y mi espíritu cóncavo en su ansia de inmensidad.

...mis sinceridades todas, frenéticas, en sangre...

Junto a la ruta la fuente sedienta
me aguarda, ansiosas sus linfas
como manos febriles.

—Bebe! Bebe!

—A qué beber si tu sed acrecentará la mía?

—Bebe! Bebe!....

El calor infinito me abrasaba las sienes.

Y bebí aturdido, aturdido de eternidad.

Oh! la sed inmitigable, loca de inmensidad,
me llenó de espanto, de silencio, de sombra
plena de voces henchidas de lágrimas.

Luego un reposo de mar incoloro.

Y un deseo profundo, estrujante,
de albas jóvenes, ígneas de sol.

...mis sinceridades todas, frenéticas, en sangre...

Florecieron muchos cantos grávidos de azul.

Canto porque amo....

Cuánto amo?

Cuánto amo!

Junto a los pianos el agua canta su canción continua.

EN EL CIELO UNA NUBE...

En el cielo una nube semeja un gran barco
camino silencioso a la remota comarca;

en él va mi espíritu, mi sangre, toda mi vida,
ansiosa de estar ya en la colina florida.

De codos en la borda misteriosa
atisbo el horizonte dilatado
y ebrio de azul, estremecido,
siento abrir en mi interno rosas
de esperanzas.

Pleno de unción escucho mi propio ritmo....

Luces lentas anuncian la ribera,
y se agrandan y se angustian en la espera.

¿Por quién ruegas Alma?
¿Por quién la devota plegaria?
Hénos aquí, ya en la tierra anhelada....
¿Por quién ruegas Alma?

Ante las pupilas atónitas abrió la luz en sombras,
el falso terreno onduló bajo los pies ligeros
y los sentidos cóncavos se mustiaron de sed,
la sed enorme que hace florecer las rocas.

Ah! las lejanías ilusionadas....
No desees más que eso.
Como ves, aquí, igual que en tu tierra,
mudos los hombres y yermas las praderas.

Con el prodigio del horizonte
huyó tu ensueño.
En su persecución se arrugará tu ceño
y entumecerán tus miembros por la muerte.

.....

En el cielo una nube semeja un gran barco...



Pedro Sienna

(En San Fernando, el 13 de Mayo de 1893).



Más que un pseudónimo—Pedro Sienna es un nombre adoptivo que ha sustituido el nombre de pila de uno de nuestros más originales artistas.

Temperamento multiforme, se inició como pintor y caricaturista.

En sus primeros trabajos poéticos se nota el afán de hacer reminiscentes preciosuras y japerías, en que hay más que verdad, externa y superficial habilidad.

Después... Después la vida le ha enseñado a ser hondamente humano y sincero. Hoy el ritmo de su poesía entraña el caldeado ritmo de su sangre, el estremecimiento doloroso de sus íntimas fibras.

En los juegos Florales de Santiago celebrados en 1914, este poeta llegó a la plena luz. En una velada memorable leyó sus «Rogativas a mi corazón» (premiada con una medalla de plata en aquellos Juegos) y entusiasmó al público que se sintió movido por una ráfaga de afectiva e intensa emoción. Ahí se le premió con un grandioso aplauso, que fué toda una consagración.

En pos de este triunfo, de este pequeño gran triunfo, lo estremeció el vacío de la muerte: golpeado por desengaños de amor, pleno de juventud, su hermano Marcial,—intenso poeta que brilló como un relámpago de asombro,—se hundió por su propia mano en la eterna tiniebla. Por ese trágico episodio, Sienna se concentró, se aisló, al extremo de producir la impresión de que ambos poetas se habían ido...

Una noche, el actor dramático Bernardo Jambirina insinuó a Sienna la idea de dedicarse al teatro y lo invitó a enrolarse en su *troupe*. En el acto Sienna improvisó su baul de viaje y horas más tarde marchaba rumbo a la República Argentina, asimilado a una cosmopolita caravana de bulliciosos cómicos.

Todo esto hacía recordar la figura romancesca de Alberto Glatigny, quien por conocer el ambular de la farándula se enroló en una compañía que vagabundeaba de una provincia a otra y fué en ella «apuntador, comediante, autor dramático, improvisador y poeta». Mucho de esto hacía Sienna, nuestro querido Glatigny... Y ¡qué facilidad para derrocharse la de este diablo de Sienna! Así figuraba en el cartel, como escribía «teatralerías», o una serie de sonetos. O un drama. La misma compañía de Jambirina le estrenó uno, «La Tragedia del Amor».

Recitación deschilenizada, *argot* de bastidores, pose sobre las tablas y ante espectadores heteróclitos, maquillajes y caracterizaciones para ilusionar transformismos rápidos y efectistas, todo lo aprendió, como un repentista, para desenvolverse en ese mundo en miniatura, que es el teatro.

En esta época disolvióse la compañía teatral en que el poeta trabajaba, por lo que hubo de ingresar a la redacción del diario rosarino «Nueva España», en el cual colaboró con versos y crónicas de arte. Singularmente grata fué para Sienna esta nueva faz de su peregrinaje por la República Argentina: en Rosario encontró buenos camaradas, poetas y escritores, con los cuales fraternizó durante algunos meses, hasta que pudo enrolarse de nuevo en alguna compañía teatral.

Así vivió Sienna una vida errante, bohemia y nocherniega, en la que conoció los complicados secretos de la farsa y las anormales psicologías de los cómicos, como también las veleidades del público, ese monstruo de cien cabezas que no tiene sino dos gestos: el silbido o el aplauso.

Así pasó este poeta del preciosismo a lo que puede llamarse verdad de lo teatral, naturalismo de lo ficticio. Se ha embadurnado el rostro para representar un rol indiferente, un burgués o un príncipe; pero también ha debido sin duda fingir una risa en el instante mismo en que veía cruzar la sombra trágica de su hermano, o sentía la angustia de encontrarse solo, lejos de su patria y de los suyos.

Farsa es el teatro; pero en él, más que en la vida, van quedando derroches de talento, jirones de salud, desgarramientos de alma...

Producto de este vivir errante es la última labor poética de Sienna; producto estético genuino, vivo, con olor a patchuli y a haschich, traslucos de velos femeninos y actitudes arlequinescas. Esa labor, que es la más original de este artista, formará un volumen poético, *Vida de Cómicos*, y otro en prosa, *Crónicas de*

La Farándula. Mantiene también inéditas sus colecciones de poesías *Muecas en la sombra*, *En la quietud poblana* y *Calcomanías*, que contienen la obra del poeta anterior al año 1915.

Por hoy, trabaja febrilmente en sus libros. Dentro de poco, no sería extraño saber que va en peregrinaje por lejanos países, sirviéndose del teatro para mejor conocer el mundo.

ROGATIVAS A MI CORAZON

Nadie te supo comprender;
nadie sufrió con tu dolor:
una mujer... y otra mujer...
¡siempre el engaño del amor!

Sacude tu agria laxitud,
ahoga todo tu penar;
que la carcoma del laúd
nadie la puede adivinar.
¡Qué siempre sea mi cantar
una canción de juventud!

Fea es la luna... ¿no es verdad?
Es enfermizo su claror...
Ella dejó sin heredad
tanto poeta soñador.

Sueña un fantástico jardín
de extravagante floración
y ríe... ríe, corazón,
con un trinar de mandolín.

Como un guerrero medioeval
ve a rescatar Jerusalén,
besa la cruz de tu puñal
y sigue en pos del Ideal
en tu soberbio palafrén.

Haz todo rojo tu pendón,
enamorado paladin,
y como irónico festón,
deja colgando del arzón
los cascabeles de Arlequín.

Enciende toda tu emoción
en las quimeras que vendrán,
y que un aroma de perdón
lleven en lenta procesión
las golondrinas que se van.

...Y cuando veas ondular
una silueta de pasión,
medita en el dolor de amar,
¡yo te lo ruego! ¡¡corazón!!

ESTA VIEJA HERIDA

Esta vieja herida que me duele tanto
me fatiga el alma de un largo ensoñar;
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aulla en el mar...

Siempre va conmigo, poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.
¡Cuánto más antigua tiene más encanto!
...¡Dios quiera que nunca deje de sangrar!

Y como presiento que puede algún día
secarse esta fuente de melancolía,
y que a mi pasado recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente
yo voy defendiendo románticamente,
esta vieja herida que me duele tanto!...

MANOS ARTISTAS

¡Oh, las manos sabias, que desenmarañan
la sutil madeja de los sentimientos,
y prenden las áureas hilachas, que engañan,
al cáñamo fuerte de los sufrimientos!

Las manos arañan..., las manos arañan...
—¡los hilos se tuercen a todos los vientos!—
pero al fin de cada hebra desentrañan
suspiros... abrazos... adioses... lamentos!...

Las pálidas manos que el dolor aguza
tejen un bordado como ciencia abstrusa
que nunca un profano podrá comprender.

¿Qué importa?... ¡Ya brotan en tonos soberbios
florones de sangre con tallos de nervios
sobre el fondo triste de un atardecer!...

SOMBRA DE IDILIO

Mujer que suavizaste mi juventud dolid
con la ternura blanca de tus frágiles manos;
mujer que envenenaste de amor toda mi vida...
Mujer hecha de luna... de perfumes lejanos!...

Nos separó la suerte, la eterna pervertida,
que disloca los brazos de los seres hermanos;
desde entonces te busco, con el alma vencida,
en la música triste que sollozan los pianos!...

Hoy, olvidando todo mi romántico orgullo,
voy siguiendo la sombra de tu amor homicida
desencantado y solo, como un fantasma tuyo.

...¡Tengo sed de tus labios, de tus senos, tus manos,
¡oh, sombra idolatrada, dolorosa y perdida,
me mata la nostalgia de perfumes lejanos!...

EN LA QUIETUD POBLANA

Mañanita de invierno... Dejo el alma
borronear la página... Las letras
bordan en fondo blanco las sutiles
cavilaciones de esa historia muerta,
trágica, ilusa, redentora y triste
que rimo con la tinta de mis penas.

La calma hace soñar... En los borrosos
vidrios que encuadra la ventana abierta

se copia adormilada la tortuosa
perspectiva invernal de la calleja
encharcada de lluvias... Pasa una
beata que va de misa, por la acera
de pedruscos pastosos... Allá abajo
se perfila incolora una silueta
que al fin se desvanece, destiñéndose
entre las motas grises de la niebla...

Canta un gallo distante clarinadas
que despiertan un eco de leyenda
en el mar silencioso de los duelos
que me hicieron ser solo en mi tristeza.
¡Es un ronco llamado al optimismo
que tapa un cascarón de indiferencia!

Un pitazo de tren, como un gemido
punza el ambiente azul y abre una brecha
de añoranzas dormidas en lo hondo
de mi desolación... Casita vieja
que se quedó allá atrás, en el recodo
que hizo mi vida ilusionada y ciega,
donde llora mi madre las ternuras
del hijo que se fué... Tal vez aprieta
sobre su seno mi recuerdo... Lejos,
dolidamente lejos, parpadean
los ojos enigmáticos de aquella
que me ha olvidado acaso...

Cotidiano

pregón de mercancía... Majadera
persistencia de un perro... Con estruendo
de hierros y de tablas mal clavadas
traqueteando pasa una carreta.

SONETOS DE LA FARÁNDULA

Así se pasa la vida

Levantarse a la una de la tarde. Vestirse
con toda la pachorra de un millonario inglés.
Colocar una perla en la corbata. Irse
al ensayo que empieza—por ahora—a las 3.

Ensayar, chismorrear y fumar. Aburrirse
muy soberanamente hasta el final. Después
dar una vuelta en coche por el Parque. Sentirse
un poquito bohemio y otro poco burgués.

El «vermouth»: con amigos, piano, flauta y violines.
Hablar mal de la Empresa, del Teatro y de los «cines».
Cenar luego a la carta. Y a las nueve: ¡función!

Trasnochar hasta el alba. Creer en la promesa
de una boca pintada que muerde cuando besa...
...Y entretanto: ¿Qué ha sido de ti, mi corazón?

El «Maquillage»

...lo que se ve en el espejo de mi camerino.

La pared, salpicada de retratos,
manchas de colorete y vaselina,
ropas ahorcadas, sables, garabatos
de la firma de alguna bailarina.

...y en el borroso fondo del espejo,
de una bombilla eléctrica al reflejo
hay un muchacho pálido que estuca

Al rincón, una vieja cartulina
estiliza la broma de unos gatos
y a ras de suelo luce su extrafina
labor la batería de zapatos.

el sereno dolor de su semblante,
y corona la máscara hilarante
con la irrisión total de la peluca!...

El público de «matinée»

Es sano. Se compone de maridos modelos
que van con sus esposas y prole, en caravana;
reclutas con permiso, nodrizas con gemelos...
¡Gente que filosofa a la pata la llana!

La Empresa, sabedora de tan doctos desvelos
preséntales comedias de gracia chabacana,
que nosotros hacemos barajando «camelos»
con las «morcillas» hueras de toda la semana.

Ellos aplauden, rien; les encanta la intriga
del comisario loco y el lorito enseñado
y su risa es simpática, gordinflona y sincera.

...¡Pero yo los detesto! Su asistencia me obliga
a andar entre telones y «caracterizado»
sin ver la tarde rosa que se amustia allá, afuera...

El cuarto N.º 13

De la estación, con hambre, con esa pesadumbre
que deja un viaje largo, con noche y sin amigo
llego al «Hotel Iberia» a buscar la techumbre
que me ampare del viento y a estar solo conmigo.

Mis pupilas se quedan escrutando la sombra...
...Aquí nadie me espera... Ni preguntas ni besos.
...Enciendo luz y miro... Ninguna voz me nombra.
...¡El frío de este cuarto me hiela hasta los huesos!

Los muebles, (estos muebles que no arañé en mi infancia!)
se inmovilizan, hosclos, en contornos hostiles,
como si maldijeran mi rebelde vagancia.

Y en el muro vacío de este hogar alquilado,
con egoísmo irónico, dibuja sus perfiles
un letrado que dice: «Se paga adelantado».

Así es...

Al tric-trac de la máquina de coser, las modistas,
ingenuas bordadoras de ensueños y costuras.
piensan en la suprema visión de ser artistas
y lucir en las tablas pomposas vestiduras.

Al amor de la lámpara, hojeando las revistas
que de una tiple cómica cuentan las aventuras,
las burguesitas sueñan con teatrales conquistas
y en sonar el pandero de las siete locuras.

¡Tantállica vislumbre de luz de candilejas!...
Cuántas muchachas viven en perenne tortura,
porque nunca han logrado tu claro luminar!...

...En cambio las actrices se van haciendo viejas
acariciando siempre la remota ventura
de concluir sus días en la paz de un hogar!...

LA FARÁNDULA SE VÁ

La estación. Madrugada gris violeta.
Hormiguar de gente en el andén.
Uno que grita: «¡Coge la maleta!»
Pitazos. Choques. Ha llegado un tren.

Tres campanadas vibran. Ya es la [hora.
Abrazos. Despedidas. De repente
suelta un pitazo la locomotora.

El galán y la dama, la coqueta
damita joven—moza de chipén—
y el empresario, rey de la peseta,
todos, charlan y rien. ¿Yo?... también.

Partimos. ¿Cómo van los corazones?
¡Qué sé yo!... Lleva el tren, pomposa-
[mente,
un loco cargamento de ilusiones!...

MUSICA OLVIDADA

Aire lastimero... piano callejero...
música de circo... canción de arrabal...
...va por mi memoria dejando un sendero,
vago, triste, amargo, trémulo y fatal...

Eco dolorido... música penosa...
cadena invisible de un antiguo amor...
romanza romántica, de tarde lluviosa...
aroma perdido que fué de una flor...

Yo no sé ni en dónde ni cuándo te he oído,
yo no sé en qué pueblo ni sé en qué calleja
se prendió en mi alma tu vago sonido.

...Música fantasma que en la noche deja
sabor a recuerdo con niebla de olvido.
¡¿En dónde te he oído musiquilla vieja?!...



Alberto Valdivia

(N. en Santiago, en 1894).



Flaco, pálido, de apariencia enfermiza es este adolescente que lleva en el alma la tristeza descolorida de los campos otoñales y en el rostro el reflejo de su poesía apacible.

Rodea sus actos, un silencio y un misterio de prestigio, reveladores del incurable misticismo que palpita en sus poemas.

No habíamos escuchado aún canciones más dulces y tiernas que las suyas.

En lenguaje humilde y en lirismos de una emoción sutilísima, vacía la sombra azulada de sus crepúsculos interiores y tristes. Sus versos lloran, pero no tienen lágrimas. Son como una queja desgarradora empapada de piedad y resignación para la vida.

Hay temblores de luna en los ensueños de este muchacho.

Su espíritu sólo vagabundea por los parajes alejados del ruido fastidioso de las ciudades y sus abruptas pasiones; y las fuentes, los jardines, los ocasos, los cielos y el amor, adquieren en sus versos una consistencia de serenidad campesina, olor de primavera y matiz de lontananza.

Este poeta es de los inadaptados, de los que arrastran su vida en la metrópoli, asfixiados por el ambiente hostil a su organismo, a su temperamento, el que, allá en los dominios naturales, se sacudiría de los estragos urbanos y recobraría sus perdidos vigores, apareciendo en todo su esplendor.

Su estilo es modesto y manso como los pensamientos que encierra.

Es un hermano de Juan Ramón Jiménez. No sería hiperbólico asegurar que es un gemelo de éste. No mentiríamos tampoco si dijéramos que Alberto Valdivia tiene poemas de mejor cuño que los del cantor de «El Laberinto».

Sus defectos son pequeños ante la bondad e intuición de su obra: descarríos de juventud que más tarde borrarán los años, la experiencia y un criterio artístico ya más conformado.

TODO SE IRÁ...

Todo se irá, la tarde, el sol, la vida,
será el triunfo del mal, lo irreparable;
sólo tú quedarás, inseparable
hermana del ocaso de mi vida.

Se tornarán las rosas en un cálido
ungüento de otoñales hojas muertas;
rechinarán las escondidas puertas
del alma y será todo mustio y pálido.

Y tú también te irás hermana mía.
Condenado a vivir sin compañera
he de perder hasta la pena, un día,

para acechar, cual triste penitente,
a través de mi pálida vidriera,
el último milagro de la fuente.

LAS PUERTAS ESTÁN CERRADAS.

Las puertas están cerradas
y me canso de llamar.
¡Oh las pupilas amadas!

¡Oh las almas desgarradas
que se tornan a cerrar!

Las puertas están cerradas.
¿Cuánto tiempo llamaré?
¡Oh las pupilas amadas!
¡Almas, puertas entornadas
que a abrir no me atreveré!

Las puertas están cerradas.
¿Cuánto tiempo llamé yo?
¡Oh las almas desgarradas
a cuyas puertas guardadas
tanto tiempo llamé yo!

ANTE EL OCASO

He tenido en mis manos el oro del ocaso.
¡Qué tristeza tenía el paisaje legendario!
era como una rosa de ilusión o de raso,
arrancada de un blanco jardín imaginario.

Los árboles goteaban con rumores de seda
hojas amarillentas sobre la tierra yerta;
era la hora del sol en que el banco y la alameda
toman un pensativo color de carne muerta.

Yo iba, solo y errante, por una senda roja
de lilas perfumadas.... La tarde se adormía,
y de un jardín lejano vino a rodar una hoja,
palabra de oro puro, sobre la yerba fría.

Los senderos huyeron... El lejano poniente
se diluyó en la gasa sedaña de las horas,
y un suspiro distante, musical y doliente,
fué a dormirse a los besos de las ramas sonoras.

¡Cuántas quimeras tristes, entre sus dedos rotos
acarició mi alma yerta en su primavera,
en esa hora en que nuestros sueños más remotos
vuelven a ser cual muerta fuente que reviviera!

LAS ROSAS DEL CREPÚSCULO

Las rosas del crepúsculo se van poniendo tristes.
Alma! toda cubierta de Chopin y arrebol,
prepárate que iremos por sendas amatistes
—estrellas errabundas—donde vaya este sol;

este sol amarillo, ingrato, de bonanza,
que se hace a nuestros ojos en los días de bruma,
como un lírico rayo de mística esperanza,
que muere en las arenas mullidas de la luna.

Este sol todo ruinas de antiguos ventanales
que al orín de los siglos y el luto del olvido,
mostrará sempiterno, a ras de los cristales,
una mano enjoyada y un rostro humedecido.

Este sol todo música, olvido, adolescencia,
que tiene brisas de alma, tristezas de caminos,
y tiene sueños de oro, miradas de inocencia,
y todo lo que piensan los pobres peregrinos.

Tras él, tras él, iremos, alma mía doliente,
buscando como el pájaro el árbol, la fontana,
y el arroyo más verde. En el oro del poniente
seremos dos estrellas puras de la mañana.

CIELO GRIS.

Cielo gris. Monotonía
de viejo amor en las cosas.
Bajo la pena del día
flota un ensueño de rosas.

mientras los viejos marfiles
de la clave abandonada
sueñan caricias sutiles
de una mano perfumada.

Oh! ¿qué fué de aquellas manos
refinadas y olorosas,
lirios de pasión, hermanos
hoy del musgo de las fosas?

Cielo gris. Melancolía
de adolescencia en las cosas.
Bajo la pena del día
se han marchitado las rosas.

Tarde gris. Tristeza, calma....
Las fontanas se han callado.
En el ramaje de mi alma,
hay un nido abandonado.

Agonía de canciones....
En invisibles bandadas
las últimas ilusiones,
van emigrando calladas.

Flota en las blancas vidrieras
lejano olor de jardines,
caricias de primavera,
tañer de viejos violines;

Sólo va quedando mi alma
en un remanso de olvido
para no mover la calma
de este ocaso adormecido.



Pablo de Rokha

(N. en Curicó, el 20 de Octubre de 1894).



Escribió en la efímera revista «Azul», de la cual él y Juan Guzmán Cruchaga fueron redactores. En la «Página Literaria» de «La Mañana» se veía con frecuencia la firma de este simpático vate, al pie de poemas valientemente modernistas. Esa página y singularmente esos poemas atrevidos, con tendencias a un corte libérrimo, escandalizaron a los «tesoreros de la lengua», a los tradicionalistas momificados ya.

Los catadores del buen vino del Arcipreste, los gustadores de la miel eglógica de Garcilaso, los que marchan al sabido són del clarín de Núñez de Arce no han podido perdonar las audacias escritas de este nuevo trovador evangelizante.

Es de nuestros «novísimos». Va con la farándula, muy cosmopolita y algo bohemia, de Hübner, Huidobro, Julio Munizaga, Pedro Sienna, Cruchaga Santa María.

Eso decíamos hace cosa de dos años. Después, este temperamento poético ha experimentado evoluciones bruscas, vertiginosas. Ha sido una personalidad en crisis: cerebro, corazón, apetitos, ideales, todo el sér en álgida función y

vitalidad. Su espíritu penetró en la selva agria y nebulosa de Nietzsche y salió de allí desgarrado, herido, desorganizado, pero con la certidumbre de entrañar una pontencialidad fuerte y enorme.

Es un espíritu inquieto, tremante, convulsionado por cataclismos íntimos que han repercutido en actos cotidianos anormales, como anormales, desquiciadas y amorfas han sido sus últimas concepciones artísticas. Así se ha producido el extraño maridaje de trozos de sencilla belleza y retazos de sincera emoción que aparecen como incrustados al azar en una malla de frases desarticuladas y mórbidas.

En tal situación de desorden psíquico y morfológico, se ha erigido en el corifeo de un sistema estético inusitado que por sus libérrimos proceder en cuanto a concepción y ejecución correspondería a su parecer en forma amplia y total a las exigencias no sólo de su temperamento individual del instante, sino a un movimiento literario futurista que él recién inicia. Trabajos suyos de esta índole ultra-moderna son su «Canción del hombre bueno», «...apunte» y «Sobre el cuerpo que todavía se mueve, ahí», los cuales bastan para exhibir los perfiles de una tendencia no bien inclinada hacia finalidades de verdadero arte.

Como Góngora,—para no citar sino al sumo pontífice de los judíos gongoristas esparcidos por todos los ámbitos,—Carlos Díaz tuvo su primera etapa de llaneza y sencillez, cualidades que antiguamente no significaban más que la expresión de emociones llanas y sencillas y que hoy acuden a moldear complicada sensaciones del espíritu moderno. Después, en Góngora el verso es ajustado a la ley métrica, espléndidamente sonoro y rítmico, y a la vez ampuloso, ahito de transposiciones y retruécanos, pletórico de figuras mitológicas y alusiones abstrusas, al extremo de formar impenetrable maraña geroglífica, oscura como el vacío.

En la última evolución de Carlos Díaz no hay verso; se suprime en nombre del libre vuelo de la idea, como si la armonía del verso para quien instintivamente la escucha como una gracia interior, alcanzara a constituir una traba para la amplia emisión psíquica y no contribuyera por el contrario a solidificar la vaguedad de lo sutil e intangible y a retener lo fugaz y lo volátil del pensamiento como la pauta convencional aprisiona entre sus signos un melódico acorde; o el pétalo, vistoso y simétrico, sujeta en lo posible el perfume, alma de la flor y del fruto.

Pero no sigamos por este penoso sendero. ¡Es tan lamentable seguir las huellas extraviadas, del talento! Llámense conceptismo o eufemismo, llámense liberrismo a lo Carlos Díaz (si es permitido el término), estos rebalses del mal gusto han sido repudiados en todos los tiempos y ambientes.

Sin embargo, no sería plausible olvidar lo que hay de explicable y hasta cierto punto de lógico y humano, en la transfiguración estética de este escritor, tan joven por lo demás, y por ende, susceptible de

nuevas evoluciones y reacciones. Aludimos a su incursión por las ásperas y nebulosas estepas filosóficas de Fedrico Nietzsche, de las cuales retornó con impetuosidades de ciclope, pero también con tenebrosidades y desequilibrios en su temperamento de poeta. De la neblinosa Montaña bajó al Llano en que los mortales soñamos y vivimos. Llegó convertido en *Pablo de Rokha*, personaje dual y simbólico que sufre la «pasión de ir hecho un hombre por los caminos».

Ante él la materialidad grosera de lo vulgar, común y cotidiano, desaparece para no contemplar sino los aspectos superhumanos y selectos de las cosas y acontecimientos de la vida terrena. Pablo ama con amor pleno, integral, a una humana Musa, a un adorable ser de poesía, cuyos grandes ojos hipnóticos le han sugestionado como a un mortal cualquiera. Ha construido un proemio, raro, espasmódico, incoherente quizá, para el último libro poético, aún inédito, de los compuestos por su bien Amada. Y en esos prolegómenos, de factura inaudita y de una audacia verbal sin restricciones, se alternan bazarías metafísicas y estéticas que flotan en una onda de intenso amor emocional a la vez que ideológico, sensual y positivo a la vez que platónico y romancesco.

Es de esperar que el espíritu bullente y errátil de Pablo habrá de serenarse al través de la llama del amor y la caricia del epitalmio. Mas, Pablo, ¿qué será de ti? ¿Floreceás poemas? ¿O serás, como alguna vez tú dijiste, sólo carne, carne, carne?...

LA POBRECITA DE LOS OJOS TRISTES

Pasa por mi calle todas las mañanas
vibrando como una cuerda de violín;
y su figurita pone en las persianas,
una angustia que habla de cosas lejanas.
La novia.... la reja.... la luna.... el jardín....

Se van destiñendo las dos bendiciones
de sus ojos como musgos de panteón,
ritman sus pasitos acordes temblones
y mancha el corpiño tibio de oraciones
un clavel llagado como un corazón.

Gatita adorablemente regalona,
se pinta en la ingenua gracia de su mohín
y su aristocracia doliente pregona
el blanco milagro de su alma dulce
de polkas antiguas y de folletín.

Bajo el miserere de un día de lluvia,
largo como un pasadizo de hospital,
se insinuó su loca cabecita rubia
poniendo como una gotita de lluvia
tras los vidrios de una pieza de arrabal.

Sus manitas flacas sobre la costura
fingían dos crucifijos de marfil
arando la tierra de una sepultura;
y por su boquita cruzó la amargura
del repiqueteo de algún tamboril.

Su alma se podría como un osario
metida en las grietas de la soledad,
sus miradas eran clavos de calvario
y su voz rodaba como el milenario
crugir de una puerta sangrando humedad.

Pasa por mi calle todas las mañanas;
la miro.... me mira.... Después?... Nada más!...
¡Quién sabe si somos dos almas hermanas
que se van buscando por rutas lejanas
desde mucho tiempo! ¡Mujer! ¿Dónde estás?

CARNE TRISTE

Tu vejez de taberna fatiga mis rodillas
chorreando la angustia de las Flores del Mal;
y tu sexo marchito fecunda las semillas
de mi noble cansancio psíquico-cerebral.

Tus gracias lamentables exangües y amarillas
perfilan una enferma caravana espectral;
y encienden tus palabras trémulas lamparillas
bajo un toldo doliente de ruindad material.

Y en tanto que a la triste compasión de mis besos
se estremecen tus nervios, tus carnes y tus huesos,
bajo los pegajosos andrajos de tu piel;

tu espíritu es un viento que sopla de lo eterno,
acaso irá rodando por las rutas de invierno,
igual que un destenido fragmento de papel.

....APUNTE

Yo soy como el fracaso total del mundo, oh! Pueblos,
....el canto ahí de bruces frente a Satanás
habla con la ciencia dolida de los muertos;
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Aún, mis días son pedazos de muebles viejos.
(ayer tarde veía llorar a Dios....) Los gestos van
así, mi guagua, solos y tú dices: «te quiero»,
cuando hablas con tu Pablo, sin oirme jamás.

Hoy, las bocas de mujer hieden a tumbas;
el cuerpo mío se cae sobre la tierra bruta
lo mismo que el ataúd del infeliz.

Y sin querer al hombre aullo por los barrios
un mal, aquel más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro,
que el hipo de cien perros botados a morir.

SOBRE EL CUERPO QUE TODAVIA SE MUEVE, AHI;

(v. gr., el automóvil, dinamo, etc.)

...canta por los caminos realizándose, a muecas...

...Oh! es un músculo, fenómeno azul de la fuerza cósmica, pues, hijo del hombre,
(o átomo mental), parece un trozo de energía humana, nueva, feliz acaso; y tiene música.

...guarda el ritmo frecuente, gris, de un lago, la acústica de los cielos profundos,
vastos de Chile, y la virtud macabra, total de siete poetas móviles, a la siga de un país
errante, feroz como el catafalco del Sócrates negro, que viene.

...acto sintético de la mímica vital, expresión de la estética posible también, ríe el
motor, máquina divina, neutra, con jadeos de mujer sexual, alegre, triste.

...cáele a patadas el sol agrio del día y sus nervios crujen y se torna canto, digní-
simo, fuerte, poema de bronce, himno gozoso de fraguas, en génesis hoy.

...los días humanos echáronle tristeza, polvo, horror de tardes caídas sobre tumbas,
echáronle decía, mas él ataca como un héroe limpio, aunque simbólico, mundial, los
vértigos, las furias del límite geográfico.

...limitación sin límites, el gesto, valor de sus actos, le borra y se pierde en un plano
absoluto, a pesar de la forma suya, sola, eficaz como el destino.

...seguro, definió las cosas de antes, habla con Dios, intuye el deber y obra así él, el
trágico, el cual se agarra a la tierra, como un cerebro que fuera luz, soledad, acción o
susto elocuente y móvil.

...hombres le quieren, y el ente último, educa tal un filósofo, libro de filosofía uná-
nime, y encumbra lo humano, lo muerto, el minuto mismo, y abstrae, actúa y reúne el
andar con un tranco grande, lógico, o absurdo hasta la verdad.

...claro, igual a un profeta, quizá a un sepulcro, a un querer, a un pan, anda con
seriedad, y cuando grita se parece a Job; (...yo Pablo de Rokha, el simple, veíalo ir, con-
tinuar el mundo, talvez).



Olga Azevedo

(N. en Santiago, en 1895.)



Olga Azevedo es, después de Gabriela Mistral, la poetisa cuya obra nos inspira la sensación más encantadora de sinceridad espiritual y riqueza artística, y la seguridad más absoluta de su triunfo no lejano.

Le sigue, triunfalmente, a pesar de sus defectos y decadencias de novicia, Berta Quezada, espíritu preparado en fuertes disciplinas artísticas.

Más atrás, y a mucha distancia, con pasos lentos y penosos, viene Juana Inés de la Cruz, a quien pretenden darle alcance T. Brito Letelier, Victoria Barrios, Gracelda Jiménez y María Stuardo, que marchan en un grupo compacto disputándose tenazmente el puesto delantero.

Y por último, a paso de tortuga, van haciendo su jornada tomadas de la mano y rezagadas en una empresa imposible, las anémicas del arte, la mala yerba de nuestra literatura femenina: Loreto Urrutia, Blanca Vanini Silva y Blanca M. de Lagos.

Es necesario que estas tres últimas depongan sus quimeras artísticas. Es inútil oponerse al impulso práctico de sus temperamentos; jamás podrán dar algo bueno en materia

de poesía. Sus primeras producciones deben ser las últimas. Cuando más allá o al borde de los treinta años, no se ha hecho nada revelador, y, por el contrario, la labor producida es añeja e insignificante, y la que se va produciendo demuestra, no estancamiento (que al fin y al cabo en esto podría abrigarse una ligera esperanza) sino un receso visible, es mejor, para tranquilidad de propias y extrañas conciencias, que rompan para siempre sus peñolas mohosas y estériles.

Olga Azevedo es una enamorada del arte de Gabriela Mistral y ha llegado tanto a saturarse de él, que, en algunos casos, sus estrofas se confunden en un mismo gesto y actuación psicológicos. Pero, casi siempre encontramos en la poesía de aquella un sentimentalismo morbos, apasionado, una voluptuosidad erótica, que delatan el espíritu intensamente femenino de que están impregnados sus versos.

Su estilo es moderno y a veces inclasificable, sin llegar jamás a tomar actitudes añejas. Vocablos audaces, de interpretación defectuosa, imprecisa, suelen desperfeccionar bellísimas ideas de arte simbolista. Con todo, en el acto de leer sus versos se adivina que Olga Azevedo es una poetisa *auténtica*; que es sincera a fuerza de sufrir enormemente, y honda a fuerza de comprender los modernos ideales estéticos.

Si prosigue por tan magníficas rutas triunfará inevitablemente, será un orgullo para nosotros, y llegará a colocarse al lado de Delmira Agustini y frente a frente de Gabriela Mistral.

LEJANIA!

Lejanía! Lejanía!
¿sabes tú dónde estará?
Ayer fui a verle a la estancia. Y está revuelta y vacía....
Y lo he buscado y no está!

Lejanía! Lejanía!
Tú has de saber donde va....
Busca su sombra de oro. Busca su vida que es mía....
Y luego dí.... dónde está!

Yo le he llamado asombrada
dentro la alcoba en sopor....
Y ha sido un hálito frío de soledad angustiada
con amargor de ironía, el responder a mi amor!

Lejanía! Lejanía!
¿sabes tú dónde estará?

SERENATA....

(Para tí... Luna de mis silencios... Luna de mis tristezas).

Rayo de luna suave que llegas a mi estancia....
Entre tus velos blancos mi Carne disolved!
Este espíritu puro puede ser la fragancia
del espíritu blanco de tu buena merced!

Rayo de luna suave que llegas a mi estancia
a ponerme de blanco «la tristeza de ser»....
Ya que en tus albos tules soy como una fragancia
¡hazme como una nube que no pueda volver!

Llévame entre los pliegues de tus rasos plateados!
Tómame con tus manos que son flores de amor....
Vedme como una novia con los velos rasgados
y con los azahares deshojados en flor!....

Rayo de luna suave que llegas a mi estancia....
¡Vedme como una novia que no habrá de ser más!
Ya que en tus blancas gasas soy como una fragancia
¡hazme como una nube que no vuelva jamás!

LILAS MUSTIAS

Estas horas no tienen como entonces... los astros
de sus ojos inmensos que nutrieron mi ideal.
Estas pasan cual nubes con los gélidos rastros
derramados al cáliz de este triste Rosal!

En sus frías neblinas se diluyen los restos
de la nupcia deshecha, de aquel pacto de Amor.
Se deshojan mis rosas con los ásperos gestos
de su hiel prolongada por mi huérfano hondor....

Los postreros acentos en el alma del piano
se atenúan llorando su lejana Canción.
El salón me pregunta por el pálido hermano
que hace tiempo no viene ni se asoma al balcón....

Y las flores se atristan en los vasos de plata.
Los cojines se duelen de su tibia virtud.
En los versos se dobla su visión escarlata
como el llanto perenne de un exangüe laud.

Todo muere en la niebla de estas huérfanas horas.
Ya no están *sus* estrellas que nutrieran mi Ideal.
Todo queda en suspenso sin sus rubias auroras....
hasta el piano y los versos, y el salón.... y el Rosal!

DE MIS PAGINAS....

Este gemir del agua por el sendero quieto
y este deshojamiento de románticas rosas....
esta es la estrofa bella.... este el triunfal soneto
de mi vida extenuada por tan trágicas cosas!

Esta azucena yerta que por sobre las ondas
marcha al reino encantado de mi amiga la Muerte...
esta es la dicha mía que murió entre las sombras
cuando me maldecía....«el Señor de la Suerte»!

LOS MALOS VIENTOS

Yo venía rosada de fresca adolescencia,
por la campiña verde, bajo el azul de Dios...
Yo venía cantando mi sana floescencia
con el cristal sonoro de mi cándida voz.

Yo venía rosada. Yo venía fragante
oliendo a agüita clara y a risueño botón...
Tú estabas a la vera de mi huella triunfante
para torcer mis pasos hacia tu corazón!

Y como fascinada yo seguí el laberinto
de tus suaves pendientes todas llenas de Amor...
Yo venía rosada con olor a jacinto
Yo venía cantando sin saber del Dolor...

Y hoy... que un viento de olvido sacudió mis hondores
vengo triste y velada por mortal palidez...
Yo venía rosada con mis sueños cantores
y hoy me vuelvo amarilla de temprana viudez....



Juan Guzmán Cruchaga

(En Santiago, 27 de Marzo de 1895.)



En sus concepciones se nota ausencia de ese sensualismo malsano que afea la obra entera de algunos poetas jóvenes.

Con Vicente García Huidobro y Carlos Díaz redactó la revista de arte «Azul». En 1914 publicó un tomo de versos, *Junto al brasero*, saturado todo él de un ambiente casero que evoca dulces y serenas veladas invernales.

Lo posee una especie de culto por su hogar, sus antepasados, su casa solariega. Es de los que ven en el hogar un santuario de honor y de nobleza en donde se guardan venerandas reliquias de los abuelos. De Guzmán Cruchaga no podría, empero, decirse que en ese santuario supervive el recuerdo de insignes varones cuyas preclaras virtudes y heroicas acciones vinculadas a la patria historia no sirven hoy sino de heráldico emblema que vela y cohonesto en muchos casos la carencia de méritos propios de nietos y choznos.

En los últimos tiempos, ha evolucionado haciéndose más introspectivo, sin abandonar del todo, por fortuna, esa su tendencia evocativa de cosas arcaicas. ¡Sentimiento filial es ese que al través del Olvido remonta hasta un mundo ya

pasado y arrastra de allá del fondo un jirón de Recuerdo, una última remembranza de aquello que pudo borrarse para siempre! Se consigue, así, ensanchar la órbita del lirismo personal, echando a vuelo la fantasía por senderos que llevan hacia la prolongación de la subjetividad, hacia los troncos y raíces que dan aún savia al propio temperamento.

En el momento actual este poeta sigue un rumbo nuevo, que él ha encontrado en sí mismo, en el estrechamiento sentimental de su estro lírico. Aunque nunca hizo versos huecos y sonajeros, hoy se preocupa menos del rimaje de las coyundas métricas, que de la emotividad de su poesía tranquila y serena. Ha olvidado casi en absoluto la gimnasia cerebral de parodiar a éste o aquel pontífice del arte, o de trabajar versos en forzado número y volumen a los cuales el orfebre se cree en la obligación literaria de adherir, aunque sea esporádicamente, tales o cuales figuras retóricas. La poesía mana de su fuente espiritual, como el agua de un arroyo perfumada y fresca. En el ondear de esa poesía dulce y suave, hay blancas luces de alboradas y brisas tenues que mueven apenas las hojas y pasan dejando en los espíritus el eco de una armonía suave y serenamente emotiva.

En un momento de meditación y de nostalgia, el viento pasa turbio, mojado de lágrimas, mientras la Luna, que destila blanco por entre las ramas, alarga en la pared un miedoso temblor de manos pálidas. Así, casi literalmente, hay que repetir uno de sus breves poemas, cuya idea matriz aparece única, sin aditamentos preliminares o terminales, como es costumbre cuando se trata de producir efectos verbales o ideológicos. La sensación estética de este poema se dirige directamente a nuestras fibras sentimentales; esa sensación no nos hace razonar; sencillamente nos hace sentir imponiendo ante nuestro espíritu el prestigio de una poesía verdadera, legítima. Así triunfa el Arte. Así nos cautiva deliciosamente el lago, la brisa, la flor, porque sí, porque entrañan y exhalan poesía en sus rumores, sus cromos y sus perfumes.

CASA DE LOS ABUELOS

Casa de los abuelos, casa ruinosa y santa,
casa oscura y dormida con alma de convento,

un jardín de violetas y una fuente que canta
burlándose del rezo sentimental del viento.

Casa de los naranjos, casa triste y oscura
de mis primeras penas y mis recuerdos viejos,
todavía en tus patios resuena la voz dura
y enferma de la anciana que me daba consejos.

Todavía resuena sobre los corredores
el andar suave y lento de los seres queridos
que de ti se alejaron, casa oscura y dormida.

Todavía perfuman santamente tus flores,
todavía se escuchan cuentos de aparecidos:
«Esta era una princesa que pasaba la vida...»

ATARDECE

Las rosas se adormecen; el jardín se ha quedado
soñando con el sol; el jardín está quieto
y parece que el viento perfumado
a la casona vieja le ha confiado un secreto.

El salón de la casa se ensombrece y se sume
en la vaga tristeza de la tarde; la brisa
entra al salón envuelta en el perfume
de las rosas y deja el frescor de una risa..

El viento se ha dormido en el jardín y en una
rosa blanca una abeja ebria de aromas; lejos
un grillo canta, mientras en el salón la luna
ilumina los gestos de los retratos viejos.

EL NIÑO EN LA LUZ

Voz infantil que vienes llorando. Tu fragancia
da ensueño a mi jardín neblinoso de olvido,
sobre el agua de nieve su cuento de oro escancia
y trae una amorosa plumazón para el nido.

Carne tibia y dorada en la luz vespertina,
manos que son recuerdo de otras divinas manos...
¡con qué delicadeza florecéis en mi ruina!
(rosales taciturnos y cariños lejanos).

A la sombra de acacia que vierte mi canción,
reposa, un sueño mío te servirá de almohada,
ya que tienen los campos sangre de corazón
y la tarde pupilas de novia abandonada.

CON LA TARDE HA VENIDO...

Su mirada suaviza los objetos
y deja en todo su divina gracia.
Con la tarde ha venido. El aire tiene
la tristeza y la luz de sus palabras.

Este cuarto florido de silencio
se hace puro y sencillo como un alma.

Queda vaho de luna en las paredes
viejas y carcomidas. Una vaga

melancolía de cuento apacible
se deshoja en el sueño de la estancia.
Tiene el jardín una sonrisa amable.
¡Qué tranquila y qué suave está la casa!

EL AGUA DICE...

«Canta al durazno agradecido
que te alarga las manos infantiles
de sus flores rosadas.

Estruja y purifica
la maravilla de oro
que da luz a tu sangre.

Muéstrate sano y fuerte
a los ojos del sol, corre desnudo
como un alma y entrégate a los campos
verdes y vigorosos, acaricia
la frente de los lirios
que te miran pasar y son humildes
y conocen tu voz y tu belleza».

LO IRREPARABLE

Cuando se fué sufrimos la amargura
del perro abandonado
que esperaba en el viento
las palabras del amo....

Después la juventud ilusionada
dijo los claros sueños
en la nieve del campo
y el corazón se fué con ellos.

Ahora que no hay flores
sobre la tarde muerta
pensamos en la novia que se fué....
(su recuerdo nos besa).

Soledad de castillos arruinados
tiene el viejo dolor
y no llega su luz.... (la más cercana
de nuestro corazón!)

EN EL ALBA AZUL

Nevada y olorosa carne desconocida
bien presienten mis manos la luna de tus manos;
tu sonrisa de triunfo vagará por mi vida
dando música a mis dolores cotidianos.

Oiré tus palabras en la voz de la lluvia,
sufrirá tu dolor el viento en los cristales....
Otra vez el recuerdo de tu cabeza rubia,
luminosa de antiguos oros sentimentales.

Tus ojos darán una voz distinta a las cosas
familiares; bendita tristeza de quererte
que alarga la pequeña sonrisa de las rosas
en el camino helado por la luz de la muerte.

LOS CAMINOS HUMILDES

Rostro desvanecido
detrás de los cristales
donde sufren los últimos
oros crepusculares.

Sinfonía del viento,
melancólica amable,
olor a río, a tierra,
a corazón y azahares.

Cantar lejano y lento
que se pierde en el aire

con el humo pacífico
de los buenos hogares.

Luna que se disuelve
sobre los quietos árboles,
blancura del camino,
deseos de alejarse....

Y me llama la tierra
con llamados de madre....
Quisiera hacer del alma un aro azul
para echarla a rodar sobre los valles.



Daniel Vázquez

(N. en Santiago, el 4 de Agosto de 1896)



Quisiera que esta nota preliminar no fuese una impresión crítica de la labor de este poeta original y único. Quisiera que fuese una glosa poética, un ditirambo estruendosamente lírico, al margen de su poesía sentimental y mística.

Al entrar a la capilla artística de Daniel Vázquez, hay que descubrirse como al trasponer el pórtico de una deífica morada que estuviera al pie de una montaña, frente a una enorme llanura y a un enorme océano.

Al través de la vida ondula el sendero que lleva hasta esa capilla de fe sin ritual, amor incorpóreo y pensamiento extrahumano. Muchos dirán: «hemos dividido ese divino sendero»; pero la verdad es que se desviaron para seguir por las rutas que huella la uña del sátiro perseguidor de ninfas.

¡Inmersiones del pensamiento a lo inmenso y eterno! Lo cognoscible y finito! ¡Lo intangible y etéreo! ¡Lejanos reflejos del orbe estelar! ¡Retroversiones al mundo íntimo, grande o pequeño! ¡Sentimiento de inmenso amor y de inmensa gratitud! ¡Un corazón materno que ritma lejos de un corazón filial! ¡Aislamiento sin egotismo! ¡Recogimiento fervo-

roso! ¡Abandono del espíritu ante el Misterio y ante la Vida!... He ahí lo que flota en el sacro ambiente de ese templo que ha levantado este artista al término de aquel divino sendero. En él salmodian las sentimentales flautas del órgano una serie de himnos breves, elegíacos, plenos de arpeggiante y luminosa armonía.

Es de desear que este precoz artista publique en breve un libro que lleve hasta muy lejos el nombre de su país en alas de los poemas más intensos que hayan producido nuestros poetas nuevos.

Porque Daniel Vázquez, no es como esos árboles estériles de superabundante ramazón. Nó; se parece a esas plantas en cuyas precoces yemas eclosionan bellas flores entre escasas hojas, las precisas para completar armoniosamente el conjunto.

Sus concepciones entrañan *éter poético*. Claridad y concisión son rasgos característicos de su dicción natural y espontánea, cualidades eminentes en nuestro mundo literario, si se considera que en él abunda el abuso de lo ininteligible verboso y de las incomprensibles concepciones rebuscadas y oscuras.

Daniel Vázquez es un visionario de cosas misteriosas y ultraterrenas. Sus micropoemas,—mejor dicho, sus poemas breves,—entrañan ideas trascendentales expresadas con un bello esplendor que aparece realzado por la aristocracia de su estilo. Cada pensamiento, cada verso suyo, son como embriones de vastos poemas inexpressables. Por eso, al leerlo, hace vibrar nuestro cerebro con un estremecimiento en que brotan múltiples mirajes de escondidas bellezas.

Si continúa laborando en sus vírgenes filones hasta hacer obra definitiva, saludaremos en él a un novísimo, a un máximo poeta hispano-americano. Será un nuevo desentrañador del Enigma; la reencarnación del espíritu poeniano, sin duda.

No es inoportuno recordar la precocidad de este poeta que a los dieciséis años de edad publicó su opúsculo *Rebeldías líricas* (1913), colección de poesías de una marcada índole acrática que contrasta de un modo increíble con la actual tendencia mística y elegíaca de su poesía. Publicará: «La sonrisa Inmóvil»; «Las Fuentes Encantadas» y «Los Jardines de la Muerte».

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.
(Sobre mi corazón pongo la mano...

Siento cómo se pudre mi tristeza).
El éxtasis de Dios es mi belleza,
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembra mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

MOTIVO

La tristeza en mi carne se ha tornado elegía...
(Presiento los gusanos que han de roer mi carne).
Se ha llenado mi vaso con la melancolía.
(Con sólo abrir los brazos soy cruz de mi martirio).
(El viento enreda símbolos por todos los caminos).
En mis silencios graves pienso llegará un día
que sentiré a la tierra sobre mi boca fría
y entonces los gusanos de mi carne sombría
descosiendo el sudario me dirán la armonía
que fué perenne ensueño para mi exantropía...
(Tórnense en mariposas y en flores los gusanos)
La tristeza en mi carne se ha tornado elegía...

MISERERE...

La juventud, amor, lo que se quiere,
han de irse con nosotros: ¡miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro: ¡miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos: ¡miserere!

Y hasta, quizás, la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte: ¡miserere!

ARS

La belleza inmortal no resiste la norma
de la muerte, del ritmo, del verbo, de la forma:
a veces en la música de algún verso se enreda
o en un símbolo deja su tactación de seda.
Inefable y desnuda se va del pensamiento,
pero a veces ¡milagro supremo del momento!
transfigura en divinos los éxtasis humanos,
torna en estrellas de oro los carnales gusanos...
(Y luminosamente, y silenciosamente,
la eternidad nos pasa temblando por la frente).

RUEGO

Déjame, madre, solo, frente al cielo dormido;
no digas mal del cierzo ni pretestes querellas;
no importa que la noche me dé besos de olvido:
quiero sentir mis ojos florecidos de estrellas.
¿Qué me hará mal? No importa; sólo así, madre mía,
tendré resignación de morir cuando muera
y podrá sonreír de la melancolía
con la sonrisa inmóvil mi propia calavera.

ELEGIA

Madre: cuando hayan muerto nuestra carne y el mundo;
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas;
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleve por divinas ascensiones de escalas:
supervive la esencia de mi triste palabra,
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna, y espero que Dios abra
para tus santidades las manos del milagro;
y cuando nos gocemos de la vida futura
supervive el pasado de este valle desierto
para que entonces, juntos, lloremos con dulzura
por esta tierra de hoy que será un astro muerto...



Juan Egaña

(N. en Santiago, el 31 de Mayo de 1896)



Nombres absolutamente desconocidos como los de Juan Egaña, Alberto Valdivia, Luciano Morgad, Echevarría, etc., que figuran en la parte más selecta del presente libro, provocarán cierto malestar, cierto gesto despectivo entre aquellos poetas olímpicos e irritables que creen que, para conquistarse el derecho a ocupar un asiento en el cenáculo de los *elegidos*, es indispensable haber publicado varias obras, poseer recomendaciones o laudatorias de autores extranjeros, ser profesor de castellano o director de cualquier revista adinerada, tener excelentes biceps y algunas decenas de años de gimnasia artística, o pertenecer a esa sociedad anónima—rediviva de los tiempos medioevales y con pujos de ultramodernista—denominada «Los Diez» y que se dedica a vastas y ambiguas especulaciones.

Pero, nosotros, despreciando aquellas protuberancias de los *olímpicos*, hemos reunido en un mismo plantel a los poetas consagrados y a los poetas anónimos, pero dignos. Para los autores de estas «impresiones líricas» están en un mismo plano de valor artístico los que ya han llegado (observo que

de éstos no hay ninguno, puesto que continúan en la brecha) y los que vienen llegando y que traen fuegos reveladores y bríos soberbios en las proyecciones de su espíritu.

Juan Egaña es uno de esos poetas desconocidos que salvarán su anonimato con la gran belleza de sus poemas.

El mal del siglo sacude sus ruidos enloquecedores y sus neblinas húmedas y grises sobre el espíritu de este poeta-niño que, a fuerza de escarbarse la eterna llaga íntima que nace con nosotros, se ha transformado en un pequeño filósofo moderno, dolorido y heroico para el vivir.

Gritan su mal —extraño mal atávico, quizás—la palidez de su rostro, la angustia que parece fluir lejanamente de sus pupilas y sus versos escépticos, pesimistas, con un filtro de inquietud y dolor exacerbados que le hacen vagabundear sin quererlo por las rutas a que suelen acercarse sólo los desventurados de la vida.

Para Egaña, el dolor, la tristeza, la decepción y el fastidio, le han formado un lente de experiencia precoz, con el cual contempla, cejijunto, el desarrollo, las agitaciones del mundo, las deleznares actitudes del viajero que pasa despreocupado frente a él, las emociones mecánicas o serviles del amigo que le tiende la mano ceremoniosamente, la belleza compuesta de la mujer hidrópica y frívola que a su lado habla de cosas triviales, y, en fin, todas esas imposiciones inevitables que atormentan las horas de un espíritu exquisito.

De aquí que sus versos encierren emociones de refinamiento movido dentro de un círculo de dolor con tendencia al morbosismo. Si el dolor fuera hembra, Egaña sería un sátiro.

El estilo de este poeta es en ocasiones desaliñado a fuerza de ser sincero. Aunque lírico por naturaleza, prefiere la asperidad del vocablo rotundo, la idea íntegra en verso dislocado, a la meliflua entonación de la estrofa rítmica, pintiparada y esmirriada por el corset de la forma.

Para terminar, al fondo de los poemas de Juan Egaña, he visto temblar el alma de otro de esos poetas insospechables a que me he referido más adelante.

Tiene inédito un tomo de versos.

EL CANSANCIO ETERNO

Finalizó en silencio mi poema de amor,
y no hubo ni ruegos, ni desconsolación.
¿Por qué?... Me está sonando a hueco el corazón...

Sólo quedó en mi espíritu, enfermo de dolor,
el eco agonizante, suspenso, de una voz
que se fué modulando esa suave oración
que reza por el alma de aquello que pasó..

Y voy sintiendo cómo, de nuevo, mi cadáver
torna a ser el paciente conductor de mi carne.
Mi carne que, cansada de errar, no puede más
con el peso espantoso de mi conformidad.
(Oh, las rutas eternas... oh, el martirio obsediante
de llevarme yo mismo, de sentir que soy alguien...)

El alma sabe cómo va agonizando el alma,
porque a través de sus calles imaginarias
mira hacia atrás hacerle muecas la juventud
riendo sobre la tapa negra de su ataúd...

¡Oh, el daño de la terca lentitud con que marcha
la procesión de cosas que se van a la Nada...!

Adoro el frío trágico que brota de mí mismo;
y en tanto caminando voy por el laberinto
silencioso y sombrío de mi mundo interior,
gozo escuchando atento el ruido macabro
con que van derrumbándose, en feliz descalabro,
las virtudes que en mi alma puso, irónico, Dios...

LAS LETANIAS ENFERMAS

Alma romántica, alma inquieta,
deja tus sueños sin hilar;
deja tus sueños... su silueta
ya no da sueños que soñar.

Alma, despierta, y sé discreta
y sé secreta en tu llorar...

Amor, que como un fatuo fuego
me iluminaste el corazón
y me llevaste como a un ciego
por tus senderos de ilusión...
único ideal... ¿por qué tan luego
te fuiste de mi corazón...?

Heroica lágrima perlina
que de dolor se consumió;
suprema lágrima divina
que iba a caer y no cayó;
tú, que hubiste de deslizarte
por mis tesoros de interior,

tú, que al Alcázar de mi arte
pusiste el oro del dolor...
tú, que has sabido deslizarte...
engázzate en mi corazón.

Alma, despierta y sé secreta
y sé poeta en tu llorar
porque tus sueños... su silueta
no irradia sueños que soñar...

Corazón, alma, llanto heroico
que pudo caer y no cayó,
formad vosotros el estoico,
el grande alcázar de mi Yo.
Oculto dentro, en lo profundo,
haremos vida sin igual:
descubriremos otro mundo
y otro motivo, y otro ideal.
Haré un altar de primaveras
muertas, y de desilusión;
y entre cenizas de quimeras
pondré a dormir el corazón...

LOS RESPONSOS SENTIMENTALES

No lo busques, que ha muerto ahogado entre tus manos,
sin alcanzar hasta tus labios.

¿Se enredó acaso a tu alma el perfume del muerto,
blandiendo perfume a sangre y a recuerdo...?

Siempre es grato el sabor de las cosas lejanas...
únicamente es bello el *ayer*, y el *mañana*...

Sólo quedan cenizas de aquel fuego, y al fin
volaron por mi espíritu, tiéndolo de gris...

Suele decirse «amor» sólo una vez; porque el
corazón da las mismas flores solo una vez...

...Que cuando tú ahogaste mi amor entre tus manos
el alma hecha una sombra se escapó de mis labios...

VISION

Tristeza vaga, inquieta, suave...
penas que nunca hemos tenido...
añoranzas... ¿de qué?... Dios sabe...
Tristeza vaga, inquieta, suave...
penas que nunca se han sentido...

Nostalgias, desorientación,
conciencia de no saber nada...
resignación de ciego, helada;
ciega, brutal resignación...
¿Se habrá podrido el corazón
en la mitad de la jornada...?

Mas nuestro espíritu no ignora
lo que somos y a dónde vamos...

hay largos siglos hasta la hora
de llegar a lo que ignoramos...

Tristeza vaga, inquietud suave...
presentimiento de algo grande:
apóstol, genio, sombra, ave,
(arcano, clave)
cerebro autómatas que ande...

Mientras, vivamos sin motivo;
sigamos, sin saber por qué.
Yo sé que hay algo eterno y vivo...
sigamos, mientras, sin motivo:
yo sé...

Y VAGAR...

Nacer, entre dolores,
para dar a la Muerte un nuevo cuerpo
que llevar a la Nada.
Seguir, entre quimeras,
para alcanzar hasta los desengaños;
amar sin ser amado
para saber de las desolaciones,
y conocer entonces

que la grandeza de alma es una horrible
ironía de Dios...

Y tener un cerebro que nos haga
saber serenamente
que nuestro propio mal a nadie importa;
y, al fin de la Jornada,
abandonar el cuerpo a los gusanos
y seguir caminando...

LA VIDA CIEGA

Sé que no es mi destino el que me lleva
a desoir las voces interiores
que a muchos nada dicen. Sé que hay algo
en mí, que tiene aquella efervescencia
de los fuegos internos. Inquietudes
de locura que estalla. Palpitantes
angustias de corrientes subterráneas,
y a veces, fugitivas claridades
que alcanzan hasta el labio...

Pero la vida está sobre el espíritu,
y el amor, que adormece los cerebros
con sus horas intensas, y esa íntima
musicalización que nos arrastra
irremisiblemente, hacia las bellas
trivialidades de las horas blancas...

Ese tranquilo sino de agua clara
de las aguas que pasan por la vida
saturadas de ensueños, en puntillas
sobre su alba corteza de hojarasca;

Ese blando soñar despreocupado
tiene más armonía con mis ansias
humildes, de encontrar en este mundo
solo aquello que aduerme, sueña o canta...

Mi espíritu cansado, no apetece...
la efímera fruición de los arcanos,
y quiere abandonarse en el remanso
en que flotan, durmiendo, las sencillas
venturas de las almas entreabiertas...

Es la alegría santa de su alma,
es su aureola de paz, es ese efluvio
de apacible y serena bienandanza
que surte de sus ojos...

Que cuando ya la carne se resista
a seguir con nosotros, para esa
inquieta ebullición habrá una ruta...

Y será éste un paréntesis de oro
en la futura evolución suprema
del átomo a la luz... hasta la hora
de la enorme victoria, en que, vencidas,
las sombras se desprendan de los ojos
para dejarnos ir serenamente
cara a cara al Arcano...

AMOR

Vendrá una hora blanda, y yo le diré: «Vamos»;
y ella, sus manos dulcemente me tenderá...
Nadie nos verá ir por el blanco sendero...
y nos alejaremos, para no volver más...

Y en la paz de sus ojos se copiará el camino
todo lleno de luna y de serenidad.
La noche elevará vibraciones lejanas...
Y nuestros labios, juntos, nunca se saciarán...

Y correrán los días tranquilos y callados;
y una tarde, muy lejos de la torpe ciudad
donde no pesará la ausencia del hermano,
nuestras espaldas beatamente se curvarán...

Pero siempre serán sus palabras amigas
y sus manos tendrán la misma suavidad
para posarse sobre mis ojos afebrados...
Mis ojos, los que un día le enseñaron a amar..

Será una tarde plácida... ¡Tiene cosas la vida!
Llamará muchas veces... ¿quién le responderá...?
...Y entibiarán mis carnes gratamente sus lágrimas,
y mi espíritu, triste, mirándola, se irá...

ABANDONO

He medido en tus ojos, mudamente,
todo el mal de mi horrible
desamparo de amor. No me has querido
nunca, y no me querrás. Ya no me vale
buscarte en otros ojos de mujer.

Yo te he perdido para siempre cuando
he sentido vibrar sobre tus labios
el asco de tu espíritu, al besarme.

No me has querido tú, que me comprendes,
no me has querido tú, que eres tan buena...
no me vale buscarte en las demás...

Seguiremos, tú y yo, pues que lo quieres,
por esa senda que te mostré un día,
blanca de luna y de serenidad.

Yo, más triste que nunca con mi muerte
y midiendo en tus ojos
todo el mal de mi horrible desamparo...

Tú estarás pensativa,
y yo adivinaré tus pensamientos
por el alcance que me dan los míos:
«No lo he querido, yo que le comprendo,
no lo he querido a él, a quien debiera
haber querido siempre...
no le he querido a él... ya no me vale
buscarle en los demás...»

Seguiremos, meditativamente:
tú, pensando en las cosas de la vida,
yo, pensando en tu vida y en mi muerte.

Seguiremos meditativamente
por los campos desiertos...
(No habrá luna en el cielo... mas la senda
estará siempre blanca. ¿No son blancas
las lágrimas del alma...?)



R. Echevarría Larrazábal

(N. en San Javier, 1897)



Es uno de los fuertes poetas simbolistas que figuran en esta obra. Su poesía tiene potencialidades baudelaireanas y una ligera inclinación hacia la más razonable de las fórmulas del futurismo: el arte refinándose a través de las verdades científicas y de orden práctico; exhumando el yo individual para resolverlo en símbolos compuestos sobre relieves macizos de alma sutil y materia pura e interpretados con una mezcla de lenguaje familiar y de términos tecnológicos esenciales. Esto, sometido a cánones estéticos propios, que hoy parecerían ridículos, y sin la epidemia de dolor y pesimismo que infesta el espíritu de casi todos los jóvenes poetas modernos de la actual generación. Por el contrario, el alma del cantor futuro, soliviantada ante la animación fantástica y triunfal del Gran Cerebro Civilizador—depondrá la inútil herencia que le legaran sus antepasados—bagaje de lágrimas de esterilización y hastio en el vivir—y cantará al imperio del músculo y de la luz, con frases que serán para todos baño de regeneración total.

La poesía de Echevarría es precozmente melancólica. El contagio moderno le ha estragado como a casi todos, haciéndolo vibrar con un dolor puramente artístico, de poeta, pero que llega a justificarse por responder a toda una época y a todo un ambiente.

Sus versos tienen el mismo galopar resuelto y ruidoso, con interrupciones bruscas, de las cuadrigas líricas de Gabriela Mistral. Se detiene a veces, inopinadamente, para renovar sus alientos en la ascensión.

Es poeta, R. Echevarría, y de esos que están destinados a triunfar porque sí, porque han nacido poetas.

Prepara un libro de versos.

EL POEMA DE LAS HORAS

(Oración de una muchacha
a un sátiro joven).

La hora del presentimiento

Una fragancia a carne gloriosa se disuelve
sobre la luminosa fiebre de mis tejidos,
como un embrujamiento celeste que me envuelve
en la metempsicosis de un séptimo sentido.

Caen las telarañas de la vida enfermiza
y se alientan los nervios en un ansia de sol...
todo se hace más leve, todo se sutaliza
como si se encontrara a doscientos mil volt.

¿Qué serán todas estas raras complicaciones
que nos dejan las manos estrujando visiones
que no hemos visto nunca con estos ojos hondos?

¿Qué serán esos labios que nos hacen un guiño amoroso, en la sombra de paisajes sin fondo, entre el amoratado resoplar del gran piño?

La hora sensual

Señor amoroso de las manos suaves
haz que mis caminos se lluevan de amor;
clava tus pupilas en mis soledades
y en cada tristeza gotea un albor.

Haz que mis dos brazos sean trino de ave
para hacerte un canto de espumas, Señor;
abreva mis venas llenas de saudades
con una mixtura de luna y de flor.

Ven Señor florido y dame la mano
—blanca y alargada—Señor extra-humano
con todos los dones que tú sabes dar...

Y después goloso—Sexo te provoca—
muérdeme los senos, las manos, la boca,
hasta que la sangre se haga flor de azahar.

La hora muerta

Señor me has dejado con los nervios muertos,
con los ojos hondos de tanto sentir,
con los labios llenos de ruidos inciertos;
Señor, me has dejado muerta por vivir.

Ya no tengo aquellos temblores de loca
que me derretían los labios en flor;
ya no tengo aquellas fiebres de la boca...
me has dejado muertos los nervios, Señor.

Las manos se quedan sin las convulsiones
de sangre, se aquietan las viejas visiones
y los labios sueñan blancas emociones...

Señor, ¿que será este cansancio de vida?
¿será la juntura de la florecida
carne con la sombra de las cosas idas?

LA ESPERADA

No serás como todas... Llegarás blancamente
con las manos sangrantes de divina piedad;
llegarás una noche, que haga luz, suavemente,
con los brazos abiertos a ayudarme a soñar...

Traerás en los ojos un ensueño de cuna
y sobre las ojeras un rubio de panal;
llegarás por las sendas escanciadas de luna,
con los brazos abiertos a ayudarme a soñar...

Vendarás las heridas de mis sueños lejanos,
con la suave y divina perfección de tus manos
—un sembrado de estrellas sobre un charco de azul—...

Y yo tendré mis versos para aromar tu paso,
y llevaré el fastidio de todos mis fracasos
para que con las manos me los perfumes tú...



II

Caben en esta segunda serie los poetas de tendencias modernas más diluidas que las de los anteriores, más complejas y con menos calor de arte. De mérito secundario y de cierta celebridad discutida, sospechosa a veces, son también dignos de aplausos por haber ofrecido siempre su concurso a las actuales corrientes literarias. Avanzan lentamente con intenciones de enrolarse entre los del «círculo de oro». Son poetas éstos, algunos muy de verdad, que pueden, con mejores aprestos, llegar a colocarse al lado de sus mayores. Los más jóvenes, son indudablemente los que destacan con más vigor su personalidad en este grupo y los que merecerían ir agregados al término de la primera serie.

Antonio Bórquez Solar

(Ancud, 1874)



Necesitaba visitarlo, saber de sus íntimos gustos literarios y de su labor inédita. Un joven poeta me condujo hasta el Internado Barros Arana, plantel de Humanidades situado en un barrio tranquilo, como un monumental castillo, entre avenidas y copiosos árboles. Al transponer la verja, me pareció que, aparte del portero, ese fiel canchero de los estudiantes, no habría allí persona alguna. Grandes patios, pasadizos, corredores, varios cuerpos de edificios, pisos bajos y segundos pisos. Todo vacío, silencio; pero un vacío y silencio en que parece flotar el recuerdo del moscardoneo de la colmena estudiantil, del cristalino coro que forman gritos, voces y risotadas de los muchachos durante el recreo. Al fondo de aquel laberinto, se cruza un jardín fantástico, sombrío, húmedo; se sube por una escalera en caracol, aváncese por un balcón corrido y se llega por fin a la celda solitaria de Bórquez Solar, internado allí, lejos del mundo, para mejor ritmar sus ensañaciones o es-

cribir combativos artículos de prensa. En su carácter de profesor de Castellano, en receso durante aquellas vacaciones, Bórquez estaba allí a solas en una amplia pieza, algo mejor que la buhardilla de bohemios que Ambrogio antaño describiera, tal vez para solaz de esos infelices que gustan mofarse de los pobres diablitos que se llaman ellos mismos artistas. Sobre una mesa grande, muchos libros, revistas, carillas recién borroñeadas. En los muros, oleografías, retratos y caricaturas del poeta, suficientes para hacer una interesante iconografía. A un lado anaqueles llenos de libros favoritos, mezclados en heterogénea promiscuidad lo antiguo con lo moderno, lo barroco con lo exquisito. Y en medio de esa capilla artística, Bórquez, mira hacia el azul a través de sus lentes, se inspira metódicamente, salmodia sus ritmos con voz zigzagueante, mefistofélica...

Cuando declama, su rostro moreno, curtido con sal cómica, iluminado por una alegría satánica, con su actual gesto de fraile demoníaco, contribuye al regocijo de sus auditores. ¡Es de oírlo recitar sátiras! Su charla es festiva, con chispa de ingenio, tendenciosa.

De este Bórquez (porque hay otro, su hermano Humberto), se han propalado muchas exageraciones. Pero en toda exageración, dijo un pansofo, hay un fondo de verdad. Según sus *croniqueurs*, Arturo Ambrogio inclusive, Bórquez dió sobrados motivos para que se hablara mal de él. Sólo que se les ha pasado la mano. En tiempo de Pedro Antonio González, es cierto, tuvo sus ratos de bohemia en compañía con el gran lírico; pero, en tratándose de tabaco y alcohol, de ajeno o haschich, suelen urdirse tantas suposiciones, tantas...

Hacia el año 1887 empezó a publicar en «La Juventud», periódico de los alumnos del Liceo ancudiano. Por aquel entonces, Bórquez era un perfecto retórico, un clásico a la española. Llegado a Santiago, el hombre evolucionó. Se enroló en el movimiento modernista iniciado en Chile con la publicación de «Azul» de Rubén Darío. Bórquez, el chilote, curtido por el Austro, venido de allá del fondo del Archipiélago, se sintió catequizado y quiso ser un raro. A francesó su indumentaria y su estilo literario. Así la característica de su rareza, llegó a ser una abigarrada mezcla, parte exótica y parte criolla.

Fruto de un extraño forzamiento del nato temperamento artístico por una influencia poco afín a él fué su volumen de versos *Campo Lírico* (Primera Siega), publicado en Santiago en 1900. El libro éste, llamó extraordinariamente la atención de los intelectuales y acrecentó la popularidad de Bórquez.

Aunque su valor intrínseco fuese discutible, se trataba de una obra que al fin y al cabo debía influir grandemente en la renovación y modernización de nuestra lírica. No fué un libro original, pues la cosecha se hizo con semillas de Francia, especialmente de Baudelaire y Banville. Hay en este libro una influencia evidente de «Ritmos», de Pedro A. González. Pero ante todo Bórquez supo presentar en él la técnica de la escuela llamada *decadente*, y eso, aunque era ya viejo en Francia, fué aquí una novedad, una bella novedad, una original novedad. Darío con su «Azul» había imitado ya a los modernistas franceses; pero, a cierta dosis de imitación decadentista unió el bardo nicaragüense, otra que era producto de su temperamento

propio. La paráfrasis de Bórquez fué más estrecha, más servil y por lo mismo que se parecía muchísimo al original fué esa importación de exotismo literario más comprensible y útil en nuestro medio ambiente artístico, ya muy decaído y anémico a fuerza de ceñirse siempre y siempre a anticuados cartabones. Para señalar nuevos moldes a los rutinarios explotadores del verso endecasílabo, Bórquez, siguiendo a González, cultivó el decasílabo, el dodecasílabo y el tripentálico. Hizo versos libres; tercetos y cuartetos monorítmicos; sonetos sin el sonsonete de los pareados dobles. Restringió las rimas pobres que arrastran al renglón siguiente o subsiguiente la palabra consabida. Intercaló versos asonantes y prosas rimadas. Ojeó el Diccionario e incrustó palabras raras, poco o nada conocidas. En aquella época pareció vituperable audacia eso de emplear vocablos raros (v. gr. ofiuro, rictus, gongo, plúmbeo, cariofilo, lamantina, crag, idea-címa, ritormelo, aquelarre, nictálope), con una profusión que para algunos constituía abuso de la paciencia e ignorancia del lector. Hoy, por fortuna, esas palabras desentrañadas del Léxico chocan menos y por lo mismo que la cultura artística se ha intensificado, ya empieza a aceptarse ese enriquecimiento del lenguaje poético, aunque siempre será condenable el abuso o amontonamiento de palabras rebuscadas. Otra novedad trajo *Campo Lírico: el leit motiv* de la literatura exótica. Bórquez, el chilote, habla de su copa de whisky, de su perro bodeleriano, de nereydas y egipanes, de parisinas tardes grises. Y parodia en todo: imita a Pedro Antonio González, a Bécquer, a Rubén Darío, a Baudelaire... y quién sabe a cuántos más. De ahí resultó un libro heterogéneo, mezclado, escrito en «estilo zurdo», como en alguna parte dijo Francisco Contreras. Gestos verlenianos y exóticos snobismos caracterizan la obra; pero nadie puede negarle sus valientes impulsos de progreso artístico. *Campo Lírico* es todo lo transplantado que se quiera; mas, eso no quita que sea la obra más transcendental de Bórquez.

La Floresta de los Leones (1907), acentuó definitivamente la personalidad de Bórquez. En este libro hay calor de humanidad, amor al desamparado, al paria que espera su hora de justicia y de redención. El literato argentino Manuel Ugarte, en su obra «Las nuevas tendencias literarias», dice: Otro poeta batallador y demócrata es el chileno Antonio Bórquez Solar, cuyo notable libro «La Floresta de los Leones, ha cosechado tantos elogios en su país y en el resto de la América. Si algunas veces decae el estilo, otras cobra un empuje singular, como la composición titulada «Los Huelguistas». «Antes, con algunos trabajos de *Campo Lírico* («Hablo a Cristo») y una serie de sonetos publicados en el diario «La Epoca», bajo el título «Las Tristezas del Suburbio», este poeta había exteriorizado sus doctrinas igualitarias, sus altruistas anhelos de mejoramiento de la vida en las esferas populares. En la prensa del país, especialmente en los diarios que han usado el trapo rojo del radicalismo, como «La Ley» y «La Razón», Bórquez Solar ha publicado valientes artículos doctrinarios. Así se explica que ese su tervor libertario se haya infiltrado en gran parte de sus versificaciones.

Libros en prosa, ha publicado: *Dilectos Decires* (1912), que contiene ensayos filosóficos, y la *Belleza del Demonio* (1914), que es una «novela histórica, dramática y bárbara», de ese bello monstruo que se llamó Catalina de los Ríos Lisperguer, alias «La Quintrala».

Este autor tiene inéditos varios libros: *La Gesta de Ercilla*, drama histórico en versos clásicos y modernos; *Estrella romántica*, drama en prosa que obtuvo una distinción en el Concurso de Bellas Artes de 1914; *La Conquista del Sol*, leyendas heroicas de la Guerra del Pacífico, en verso; *Al quebrar los Albores*, cuentos rimados; *Amorosa Vendimia*, poema dramático en verso; *Epifanía de la Quimera*, poema dramático en verso y prosa; *Dilectos Decires Nuevos*, prosas filosóficas. Varios volúmenes de poesías líricas: *Laudatorias Epicas de Arauco*, *Aurora Epica de Chile*; *El Antifonario de Afrodita*; *El Trovador del Archipiélago*; *Loas del Cielo, de la Tierra y del Mar*; y *Laudes de las Islas de Esmeralda*. Además bosqueja *La Tragedia de Carrera*, en verso.

Tan enorme bagaje basta para llamar a Bórquez el más laborioso de nuestros literatos.

Una de sus excentricidades: jamás ha querido gastar un céntimo para publicar sus libros. Como los bohemios de Henry Mürger, espera siempre la ayuda del Acaso o el desprendimiento de algún amigo.

LOS POBRES

Una cabeza fiera y fosca, como
la cabeza de un búfalo salvaje.
La barba le temblaba como a un Cristo
cansado bajo el peso del madero
que tuviera la enorme pesadumbre
de veinte siglos de pecados trágicos.

Pálido, con la lúgubre y terrosa
palidez de una vieja calavera
puesta en el paño negro de los túmulos,
iba marchando en medio de los frailes
hacia el maldito patio del patíbulo.
Y sus grillos crujían y sonaban
su sonido de angustia, corto y seco,
como el sonido de una esquila rota
donde doblara sus maitines fúnebres
con su huesuda mano un esqueleto.
El maldito grillete rechinaba,
y este rechinamiento era maldito....
Cuando cayó su cuerpo estrangulado
por las negras angustias de la muerte,
sentí en mi pecho un doloroso luto,
sentí en mi pecho germinar el odio,
la santa compasión por esos pobres
que há siglos son las víctimas alzadas
por sobre los calvarios más sangrientos,
clavados en las cruces más infames,
apurando las hieles más amargas,
sufriendo las torturas más horrendas.
Y yo pensé en los lodos más abyectos,
en las horribles vidas del suburbio
donde unos flacos perros lengüetean
las rojas carnes que manchó la lepra,
los pobres cuerpos que floreó la llaga.
Y ví los pobres cuerpos flagelados
por los sangrientos látigos del hambre,
destrozados los vientres de las hembras,
en la gélida noche de los partos,
por la Miseria escuálida que marcha
aullando su canción de los presidios
donde hay un pan amargo y un sepulcro,
donde está la gran boca del patíbulo,
gran boca de un enorme Minotauro
que nunca llena la Justicia humana.
Y ante mí desfilaron en cortejo:
la procesión triunfal de las tabernas
donde danzan las llamas demoníacas
de los turbios alcoholes que envenenan;
y los rojos puñales afilados
en una sed rabiosa de venganzas;
y la negra cucarda del harapo;
la legión explotada en la faena;
todas las pobres vírgenes cloróticas
que manchó con su fango la impudicia
de los grandes y ricos de la tierra;
y los lechos que infaman las forzosas

prostituciones; todas las angustias
de los que crucifica la miseria....
Entonces una santa compasión
tuve yo por el pobre del banquillo
y pensé en las augustas redenciones
de todas esas almas de ojos ciegos.
¡Y ví que no era justa la Justicia
con los que crucifica la Miseria!

LOS HUELGUISTAS

Levantados de su charca
de sangre fresca y de barro,
fueron tirados al carro
los veinte que hirió la Parca,
en el carro donde embarca,
boca arriba y a destajo
a los muertos del trabajo
esta justicia del hombre,
tan inicua y tan sin nombre
cuando se implora de abajo.

Y allí van los veinte muertos
cuyas sangrientas heridas
para clamar por sus vidas
llevan sus labios abiertos;
y aunque estén ya todos yertos,
en la pupila que brilla
hay un fulgor de cuchilla,
y hay amenazas de huelga
en cada brazo que cuelga
fuera de la barandilla.

Muda la ciudad reposa.
Desde los cerros al mar
viene la niebla a llorar,
más humana y más piadosa,
sobre el dolor de la esposa
en tan tristes funerales
y son los blancos cendales
de la neblina que baja
la fría y blanca mortaja
de sus despojos mortales.

Cayeron, porque pidieron
esos pobres que allí van,
otro pedazo de pan
a los que se enriquecieron
con el sudor que les dieron

esos tristes del salario
que, al desplomarse al osario
vieron brillar a sus plantas,
como las víctimas santas,
el resplandor del Calvario.

Bajaron como el lobato
que echa de la madriguera
el dolor del hambre fiera
sobre los campos ingratos,
dando alaridos a ratos,
para morir en los crueles
colmillos de los lebreles
que, en las sangrientas batidas,
acabaron con sus vidas,
con sus hambres y sus hieles....

Y han dejado en un minuto
a sus vástagos sin padre
y a la miseria que ladre
sobre el horror de su luto.
¿A quién culpar de este fruto
que han dado las barricadas?...
Tras las horas desoladas
de los hijos de la estiva,
se alza más trágica y viva
la Aurora de otras jornadas.

Y surgen sobre los llantos
el fulgor de una hoguera,
una cruz y una bandera,
un hosanna y unos cantos:
y en su carrera de espantos
sobre esos veinte ataúdes
pasan millares de alúdes
empujados desde el lodo
en un magnífico exodo
de lágrimas y virtudes.

Ahora nadie acompaña
a los que van a la huesa,
que el que muere en la pobreza
es una ruin alimaña
cuya muerte a nadie extraña;
ni en la torre el funeral
dice la esquila glacial,
que ella sólo dobla y toca
cuando el badajo en su boca
es oro del capital.

Flores caigan en la tierra
de tan humildes sepelios,
que a los nuevos Evangelios
estos pobres que hoy encierra,
cuando concluya la guerra,
han de salir del osario
y juntos con otros tantos
han de ser ellos los santos
de otro nuevo calendario.

EFÍMERA

El conventillo es largo, muy largo y triste;
una ansiedad suprema cada puerta reviste.
El sol apenas cae, su flecha se resiste....
Y en esa abierta puerta, una vez te sonreíste.

Era tu faz morena
como de una azucena;
yo creo que valías más que el sol, más que el sol....
Entonces fué que dije:—Tengo melancolía,
mucha pena y dolor;
de tu viñita pura, al terminar el día,
dame siquiera un poco de su intensa alegría....

El grito de un chiquillo....
También un vendedor.
Se alegró el conventillo
y brilló más el sol.

Es que tú eres ya viejo;—de ese modo dijiste.
Yo me puse triste con mi pena más triste.
Tomé mi blanco vino
y este vino tenía un sabor peregrino.

Quise darte un abrazo. Pasó el mismo chiquillo
como una flor abierta. Rióse el conventillo.
Una intención de idilio puso el sol en su brillo.
Y se alegró de nuevo el largo conventillo....

LA MONTAÑA CHILOTA

Bajo la blanca claridad del orto
desde el escarpe de un ribazo asciendo
y frente a la montaña quedo absorto.
Mensuro la osadía de mí mismo
y su grandeza sin rival contemplo:
como un gusano soy ante un abismo,
como una brizna en el umbral de un templo.

El cielo allá. Y el sol pálido emerge:
en un brillante cataclismo de oro
sus cien diluvios hacia aquí converge.
Preludia el mar un wagneriano coro,
y cuando los alerces más enhiestos
el sol pálido baña,
se estremece en un vuelo de anapestos
la santa catedral de la montaña.

Es tan impenetrable, tan inmensa,
tan imponente, gigantesca, altiva,
que parece que piensa
como una esfinge que estuviera viva.

En su grandiosa majestad se yergue.
Su dombo enorme hasta el azul se enarca.
Es que es acaso el misterioso albergue
del genio-Rey de la insular comarca.

Venzo mi temor y entro;
y como si esto fuera
lo mismo que esperara la montaña,
parece toda entera,
que me sale al encuentro.

¡Oh, qué indecible sensación, qué extraña!
Bajo los pabellones de verdura
los troncos en desorden, o enfilados,
en un silencio que jamás perdura,
cortos, gruesos, o altos y flexibles,
se parecen millares de soldados;
otros caídos en la sombra larga

se agazapan y atisban en la sombra
como si en la revuelta de una carga,
en su actitud postrera de combate,
caído hubieran en la verde alfombra.
Hay brazos retorcidos y robustos
sin una hoja en su extensión entera,
sólo en su extremo su florón de ramas
que cuando el viento temblador lo bate
se parece el florón, una bandera.

Y no hay una palabra, no hay un símil
para esa trabazón que se hace arriba:
bóveda de una Alhambra inverosímil.

En la arquería de verdura espesa
de laureles, de alerces y de robles,
bajo la cual la media sombra reza
y el Austro canta sus liturgias nobles,
la trepadora de robustas hebras
asciende por los troncos y se añuda
en la rama más alta y más desnuda
como una enredadera de culebras;
o salta al árbol que se erige al frente
y en espiral se tiende por su espalda,
y queda en el espacio como un puente
que hubieran hecho de una gran guirnalda.

Y por entre los mirtos y las lumas
y por entre la blanca quilineja,
el cándido copihue se asemeja
un copo de blanquísimas espumas.
Y otras mil flores con sus mil matices,
en una conjunción de maravillas,
en la maraña entreabren sus matices
todas rojas, azules, o amarillas.
Y cada arbusto grave y solitario
y cada madreselva pudorosa
que en el misterio forestal se goza,
son como un regio y místico incensario.

Toda la gama del perfume embriaga
olor de nidos y de tierra nueva
que regada en la noche hubiese sido
por la mano filial de alguna maga.

Y luego a cielo abierto,
bajo el diáfano azul del horizonte
irrumpe la armonía de un concierto
con las liras magníficas del monte.
Son los jilgueros, diucas y chingolos.
a los cuales responden los zorzales
y los tordos, detrás los matorrales,
con el mágico silbo de sus solos.
Entonces la montaña está de fiesta
y en su gigante catedral se oficia
al refulgente sol, a toda orquesta.

Mas, yo pienso en las noches del Invierno
cuando pasa en ruidosa calbagata
con sus locas fanfarrias y su cuerno
el Austro fiero con su hoz de plata.
Entonces la montaña es más la iglesia
bajo cuyos macizos de arbotantes,
a medida que el viento más arrecia,
se escuchan las salmodias más gigantes....
cada gancho del árbol más escueto
al azote del Austro que le hiere,
se alza con el fervor de un esqueleto
que alzara de un halcón un *miserere*.
—Así mi fantasía lo columbra....
Los *mañius* se chocan con el *muermo*
mientras el trueno estalla en la penumbra
y rueda de las nubes hasta el yermo.
Las hojas rezan con temor extraño,
y cuando el viento rompe y hace lonjas
los troncos, llenas de íntimos temblores
favor imploran con su voz de monjas....
Y es el canto magnífico y terrible,
y ronco y grave es él;
se inclinan al oirlo pavorosos
los robles, los cipreses y el laurel;
canto de imprecación y de sollozos,
de anatema, de súplica y perdón,
dice de los misterios dolorosos
y tiene los rugidos del león.

Esta montaña impenetrable vive,
se fecunda, florece, se agiganta,
se vuelve más tupida, más espesa,
más dura hace en sus troncos la corteza
que más firmes arraigan a su planta,
más al cielo sus árboles levanta,
con más fuerza entrelaza sus ramajes

más encanto coloca en sus misterios,
más dulzura en sus cantos y salterios,
más resiste del Austro los ultrajes,
más perfume en sus cálices derrama,
más tibieza en sus nidos de paloma,
más calor en sus folias de retama,
más a las nubes a mirar se asoma,
y más su vida exuberante ama,
para entregarse toda entera, asina,
con todos sus tesoros a su dueño
que la ama con amor que la asesina,
al brazo domador, al brazo isleño!
Y no le importa ni el dolor del hacha
que abre en su corazón el hondo tajo,
ni le importan los dientes de la sierra,
¡oh, bendita Montaña de mi tierra,
premio de oro al esfuerzo del trabajo!

TRIBULACIONES

Anatolio es un hombre mezcla de luz y lodo;
tiene ansias infinitas y hastiado está de todo.
Al Abismo en la noche se confiesa a su modo
sonambulesco y triste, de amarguras beodo:

—Oído del Abismo, tú que estás en mí mismo,
Oyeme bien y dame tu gran palabra, Abismo:
¿de qué barro estoy hecho? Pero, ¿de qué fermento
de unas cosas protervas como zumo de yerbas
venenosas? ¿De qué blancuras, de sacramento?
Todas mis horas pasan estranguladas, siervas
del Pecado maligno y del Arrepentimiento.

Sí; tengo envenenada mi pobre carne flaca
y busco muchos años sin encontrar la triaca.
Yo quisiera ser humildemente bueno, bueno
como un árbol modesto perdido en la montaña,
dar mis flores y frutos y estar siempre lleno
de ese dulce reposo que las florestas baña;
pero son mis pasiones como potros ariscos
que corbetea, piafan y quebrantan su freno;
y desbocados saltan torrenteras y riscos,
borbotantes de espumas estos potros ariscos.

Ya todo lo he probado, lo bueno y lo vedado,
el amor inocente con el amor comprado
y de los dos, no acierto cuál mejor me ha engañado;
pero tras ellos corro como un desatentado.

No me sacian los besos y amo hasta el sufrimiento
sin compasión ninguna, de la vida que gasto,
hasta llegar las horas del arrepentimiento:
las horas mordedoras, pero sin eficacia,
en que me torno bueno y en que me torno casto.
Y después que estas cuitas me acribillan de heridas,
me parece que vuelvo otra vez a la gracia
de mis horas de armiño, de mis horas floridas.

Primero sufro mucho y me doy horror yo mismo,
me avergüenzo y me envuelvo en un puro misticismo;
con rudas disciplinas me sangro y me flagelo
hasta que el dolor me hace como un bloque de hielo.
En seguida viene la paz, un dulce consuelo
que ilumina mi alma como una luz del cielo.
Y amo todas las cosas, las piedras y las rosas,
la palma del martirio, el humo de la gloria,
y torno en oro puro hasta mi misma escoria.

Mas cuando ya parece que estoy regenerado,
caigo otra vez de nuevo en las fauces del Pecado...
¡Oh Padre y Señor mío que estás en el Abismo,
socórreme; no puedo socorrerme yo mismo!

Y angustiado Anatolio le preguntó al Abismo:
—¿Qué debo hacer?

Y Él:—Pues, ¡vécete a ti mismo!

LOS OJOS DEL MAR

Gelatinosos y oscuros,
ojos graves, ojos muertos,
perdurablemente abiertos
son estos ojos del mar.
Enigmáticos, sombríos,
muy abajo se abren todos
y en sus cuencas de mil modos
por la fuerza hay que mirar.

Sugestionan y fascinan.
Como un gancho, de allá al fondo,
se me clavan en lo hondo
de mi sentir y pensar:
y horas de horas yo me paso
frente a esos ojos tan graves
que hablan en lenguas sin claves
desde las cuencas del mar.

¿Qué saben o qué me dicen
esos ojos, ojos muertos
perdurablemente abiertos
sin cansarse de mirar?
Talvez sean las pupilas
de los millares de isleños
que se hundieron con sus leños
entre las algas del mar.

Y que hace millares de años
ahí guardan su leyenda
para quien audaz pretenda
una gloria secular...
Y como son mis hermanos
me fascinan juntos todos
y me llaman de mil modos
con sus ojos, bajo el mar.

Carta abierta.—Santiago, Enero de 1917.—Señor Antonio Bórquez Solar.—Presente.—Muy señor mío: Impreso lo anterior, he leído en el último número de la revista «Zig-Zag» un artículo en que, después de tratar sobre algunos de los libros poéticos aparecidos en Chile durante el año 1916, expresa usted *tener noticia* de la publicación de una Antología de poetas chilenos formada por dos señores de buena voluntad y totalmente desconocidos en las letras nacionales.—Indudablemente usted se refiere a los autores de «Selva Lirica», y, a pesar de que usted no los conoce, les lanza una andanada de frases que tendrían alguna fuerza despectiva si el que las ha proferido poseyera el prestigio literario suficiente para alcanzar ese resultado.

Al leer tales impropiedades, pensé: Este escritor habla en forma inculta de lo que no conoce; carece por consiguiente de honradez literaria. No sabe que «Selva Lirica» es un reto a la crítica adocenada que repara únicamente en faltillas gramaticales o retóricas y descuida los verdaderos rumbos y los nuevos horizontes del Arte. Este escritor, pensé, ignora que existe en nuestro país una brillante muchachada de genuinos artistas,—poetas del buril, el pincel, la pauta o el verso,—que por sus solos méritos empieza a irruir y a imponerse triunfalmente en nuestro limitado ambiente artístico. No sabe, no quiere saber, que ha sonado la hora de acompañar fraternalmente a esa juventud y marchar con ella so pena de que los mentores literarios se queden rezagados y hagan obra anacrónica y puramente estéril o negativa. Este escritor ha trabajado profesionalmente en literatura durante muchísimos años; pero jamás ha producido poemas tan

intensos como los de un Daniel Vázquez ni tan originales como los de un Eusebio Ibar, para no citar sino dos muchachos, pretas de verdad.

Todo eso, me dije, lo ignora el gratuito detractor de «Selva Lirica». Si nó ¿cómo ha podido esgrimir la lanza quijotesca, mejor dicho la pluma emponzoñada, contra un libro de juventud que atesora nuevas savias y nuevas orientaciones, las últimas palpitaciones y los últimos estremecimientos de nuestra poesía lírica?

Así reflexionaba, no sin admirar una vez más el espléndido florecimiento de nuestros poetas que ponderan a pesar de la envidia de ciertos pseudo-críticos y del servilismo de algunos crédulos que no juzgan con pensamiento propio.

Empero, no crea usted, señor detractor de «Selva Lirica», que la lectura de sus malévolas apreciaciones haya alcanzado a causarme la menor molestia. Muy por el contrario. Cuando tales cosas pensaba sobre los valores estéticos de nuestros mejores poetas y los paragonaba con la pequeñez del proceder empleado por cierto escritor caído en desuso, llegó al cenáculo que ha servido de hogar artístico a muchos de los escritores, bohemios o no, que figuran en este libro, un grupo de jóvenes poetas que bulliciosamente comentaban el destemplado artículo de marras. La risueña y chispeante muchachada escuchó la lectura de los improprios escritos por usted. Para el regocijado grupo y especialmente para los autores de «Selva Lirica», aquello era como sentir cosquillas. Pero cuando la alegría del grupo juvenil llegó al colmo, fué al leer el auto-retrato que usted se hace modestamente en estas líneas: «Algún que es considerado en el país y en toda tierra hispano parlante como uno de los más grandes de América y consagrado por las traducciones de sus poesías en revistas extranjeras de fama mundial».

En el grupo de jóvenes escritores estalló una estrepitosa carcajada. Oh! esa carcajada!... Ella regocijará hasta el último día de mi vida como un *eco cónico y dilecto que viniera desde el fondo de un austral archipiélago a través de un campo lírico a medio segar o de una lírica floresta poblada de sátiros y leones*.—Su admirador, JULIO MOLINA NÚÑEZ.



Luis A. Hurtado

(N. en Valparaíso, el 11 de Octubre de 1877).

Descendiente por la rama paterna de Don García Hurtado de Mendoza.

Es uno de los pocos poetas que, a pesar de nuestra evolución lírica de los últimos años, ha podido conservar incólume la tendencia que imprimió a sus primeros trabajos literarios.

En 1902 se nos presentó con sus *Vibraciones* que cimentaron su reputación de parnasiano puro, no obstante cierta inflexión subjetivista allegada a algunas de sus composiciones líricas.

Sus poesías, claras, precisas, impasibles, van encerradas en un molde impecable. No emocionan, pero dejan sobre los ojos, aquello que no alcanza a penetrar al espíritu: la visión luminosa de lo que canta. Son verdaderas vibraciones que quedan un momento temblando bajo los párpados.

En 1907 publicó un segundo libro *Sobre las ruinas*, gritos arrancados a los horrores de la catástrofe que sacudió a Valparaíso y ciudades vecinas el 16 de Agosto de 1906. Pasó inadvertido para el público azorado aún por la catástrofe,

a causa de la escuela artística demasiado sobria de su autor y a pesar del esfuerzo de éste por empapar la rigidez del parnasianismo incorruptible de su verso, en un baño de subjetividad que le resultó superpuesta, raquítica.

Las lamentaciones, los dolores y los espantos erguidos en esta obra, no llegan al corazón, no alteran el ánimo, pero dejan prendidas en las pupilas una atmósfera vaga, indefinible, de la inquietud y malestar percibidos por el poeta en una forma y transcritos al papel en otra distinta.

Por esto, su libro alcanzó solamente algunas apreciaciones demasiado ligeras de la crítica.



Luis A. Hurtado, como autor, es un encastillado, un impasible. Hasta él no alcanzan las pedradas de la censura porque las desprecia y no las teme.

Trabaja indiferente bajo las tempestades. Casi despreciado. Se le niega talento poético y no se le discute. Y, sin embargo, vale más que muchos otros. Porque es un temperamento de artista disciplinado en esa escuela gloriosa y positivista que diera cantores como Leconte de Lisle y José María de Heredia.

Es, además, un propulsor ardoroso de las letras. Lleva catorce años de colaboraciones periodísticas.

Ha obtenido diversos premios y menciones honrosas en los Juegos Florales de Valparaíso y Chillán y en certámenes celebrados en Santiago. Últimamente obtuvo el primer premio con su poesía «La Agonía de una Raza», en el concurso abierto por el Ateneo.

Ha sido director propietario de simpáticos semanarios artísticos prematuramente muertos, como «Selecta» y «Novedades», y colaborador de varias revistas extranjeras.

Publicará próximamente un tomo de poesía y otro de prosas.

DEL CREPÚSCULO

Cae la tarde gris. La opalescencia
del crepúsculo de oro que agoniza,
tiene la sutileza de una esencia
que muere diluyéndose en la brisa.

Quiebra un beso de azul fosforescencia
sobre el lomo del mar que el viento

[enriza,
y, como en un desastre de opulencia,

la riqueza del sol se pulveriza.

Admirando esta tarde que se aleja,
como el eco muriente de una queja,
de la sombra sutil ante los rastros;

en la resurrección que el alma invoca,
acaricias mi frente con tu boca
y aparece la gloria de los astros.

RISA FEMENINA

Risa femenina,
fresca como un chorro de agua cristalina
que brota en la peña, vibrante y sonoro
cual timbre de mezcla de bronce con oro..

Risa femenina,
que bates tus notas como una ocarina,
con ruido de choques de acero y cristales,
con el cuchicheo de besos nupciales...

Risa femenina,
gentil, picaresca,
vibrante, sonora, espléndida y fresca;
risa cristalina,
risa que aletea como golondrina,
risa coquetona, dúctil y burlesca...

Risa, yo te adoro
por el tintineo de tu timbre de oro,

por tu noble audacia,
por el abolengo de tu aristocracia
y por tu opulento arpeggio sonoro
que nunca se sacia...

Risa, yo te adoro,
risa toda gracia...!

Risa en que me quemó
como en un chispazo;
risa que eres nota de un himno supremo
que junta a los hombres en un solo abra-

[zo,
y vas de un extremo del mundo a otro
[extremo
hiriendo a las almas con un aletazo...

Risa, yo te temo
como a un latigazo!...

RONDA DE AMOR

Pobrecilla doliente, que te vas por la vida
bajo el fardo pesado de tu ingrata labor:
es tu vida un misterio y es tu boca una herida;
hay ensueño en tus ojos, y hay en tu alma dolor.

Tú naciste, cuitada, como nace la aurora,
para dar luz y vida; como nace la flor,

para dar su perfume; como el ave canora,
para el tibio regazo de su nido de amor.

Pobrecilla doliente! Mariposa nacida
para el vuelo incesante de una ronda de amor;
al cogerte la racha de huracán de la vida
de tus frágiles alas ha tronchado el primor...

Tú naciste a la vida, como nace la nube
blanca y pura, naciste de un rocío de amor;
para ampliar tu horizonte eres astro que sube,
más que el ave y la espuma y la nube y la flor.

Y te pasas la vida como flor agostada,
mientras tanto se duermen en un triste sopor,
en tus pálidas manos la caricia increada,
la sonrisa en tus labios y en tu pecho el amor!

¡Cuántas veces, volando tu febril fantasía,
mientra exangüe tu mano se durmió en la labor,
ha soñado un mancebo que la despertaría
al volverte a la vida con un beso de amor!

¡Cuántas veces tu anhelo de mujer ha creado,
para darte el encanto de un idilio de amor,
la leyenda galante de un palacio encantado
y una esclava amorosa que se da a su señor...!

¡Cuántas noches de insomnio tu ilusión ha sentido
que ha llegado a tu alcoba tu galán seductor:
un poeta romántico que te dice al oído
madrigales y rimas y secretos de amor...!

Yo seré tu poeta, tú serás mi elegida;
yo seré en tu palacio tu galante señor;
y en tus nervios de enferma que maltrata la vida
yo pondré vida nueva con un beso de amor.

Deja, sólo un instante, la angustiosa tarea,
tira el fardo pesado de tu ingrata labor;
da más fuego a tus ojos, y verás que aletea
la sonrisa en tus labios... ¡Y despierta el amor!

Y verás que la vida tiene encantos supremos;
y verás que la vida tiene amable dulzor
y encantados jardines; ¡y que allí rondaremos
desflorando misterios con caricias de amor!

TENGO EL VINO ALEGRE...

Tengo el vino alegre! Cuando un beso imprime
en mi frente pálida el dolor sublime,
con su helada boca que infunde terror,
busco en las burbujas de mi alegre vino,
como un caminante que abrevia el camino,
la franca alegría que irradia el licor...

Tengo el vino alegre! Mi musa sonríe
picaresca y tierna, y su amor deslíe
en mi copa el zumo de una flor vital;
vibra en mis oídos su voz que me abrasa,
y su aliento tibio por mi frente pasa
como una caricia de luz auroral...

Tengo el vino alegre! Mi cerebro siente
vagas armonías, germina en mi mente
la idea sublime de forma gentil;
y a mi vera entonan risas cristalinas
rojos pulchinelas, frescas colombinas
y pierrots risueños de faz de marfil...

Tengo el vino alegre! Mi barca, el Ensueño,
se estremece y rompe del oleaje el ceño,
en el hondo abismo del mar del Dolor;
y surca las aguas amargas su quilla,
gallarda y ligera, como una chiquilla
que busca en el prado su cita de amor...

Tengo el vino alegre! Busco de la vida
la faz más alegre, por ser más querida;
la eterna quimera me canta doquier;
todo me seduce, todo me enamora:
la vida es risueña, dulce y seductora
como una graciosa boca de mujer...!



Alberto Ried

(N. en Santiago, 1884.)



No es un poeta. Es un estudioso, un asimilador, que, a fuerza de rozarse con algunos artistas, ha logrado hacer versos inflados de una poesía laboriosa, muchas veces obscura, otras vulgar, y casi siempre refleja.

Casi a los treinta años de edad publicó su primer libro *El Hombre que anda*. Pedro Prado defendió esta obra, más por solidaridad de afecto, tal vez de convicciones, o por deber, que por razones de justicia. No podía haber obrado en otra forma la zalamera bondad de P. Prado, ya que Ried le dedicó su libro con una frase que es una verdadera solicitud de auxilio.

Los versos de *El Hombre que anda* carecen de la emoción propia, de la vitalidad que nace del esfuerzo espiritual provocado por la necesidad de hacer obra artística y que vemos desplegarse en todas las escuelas literarias, aún en aquellas que escapan al subjetivismo.

En esta obra se adivina la tortura desesperada que descubre el autor para cumplir una faena obligatoria, no impuesta por esa necesidad de que hablamos arriba, sino por

el compromiso material, absurdo, de redimirse de una jornada forzosa y egoísta.

Alberto Ried ha hecho versos simplones, no ha hecho *poesía*. Ha construido poesía falsa, sobre versos falsos y ha logrado *epatar* a cierto público, con esa misma falsedad encubierta con dorados ungüentos.

Ha intentado hacer poemas, pero no ha logrado su propósito. En casi todos ellos abandona el objetivo y divaga en estériles y rastrosos detalles. En otros, rellena su primitiva intención con escenas teatrales

destinadas a dar a su compuesto una actitud de formal dramatismo. Y, en algunos, la impostura de su emotividad llega a anunciarse como un temblorcillo de epidermis. Pero siempre revelan un esfuerzo mental anémico y disciplinado en largas gimnasias de buceador de símbolos. Así su estilo resulta periodístico; sus temas rebuscados, y, el desarrollo de éstos, con carácter cinematográfico.

Ried trata de hacer misterio con las cosas insignificantes y fracasa, pues, ellas, en vez de transfigurarse, adquieren un relieve de vulgaridad más acentuada.

Es un hombre de talento, simulador de poeta, que suele llegar a costa de grandes sacrificios a tener pensamientos hondos, pero deteriorados y oscurecidos por la fiebre de un abrupto laborio.

Pedro Prado y Ernesto Guzmán han ejercido en su producción una influencia mal aprovechada.

Alberto Ried puede ser un lírico. Por seguir corrientes extrañas a la suya, ha sacrificado su inclinación artística y violentado los fáciles recursos de que pudo disponer en otro sentido.

Tal vez pudo hacer mejores versos y no peor poesía, si hubiera obedecido a su propio instinto de *dilet-tanti*, a sus naturales fervores de *amateur*, sin seguir rastros ajenos.

Quizás, admira demasiado la obra de los poetas aludidos y ha querido colocarse de un salto al lado de ellos, como si este propósito dependiera únicamente de la agilidad intuitiva, del estudio o del talento, y nó del pequeño dios que llevamos en nuestros espíritus.

En uno de los últimos poemas de *El hombre que anda*, Ried parece aproximarse a una fuente más propicia a sus anhelos clandestinos de arte. Se ve cómo, ejercitándose en el manejo de la idea y la métrica, ha adquirido una práctica muy parecida a las atávicas funciones del artista por naturaleza.

¿Es esta práctica, demostración de que A. Ried puede despojarse del pesado bagaje de una influencia extraña y torpemente aprovechada?

Nó. Consideramos que por mucho talento que tenga un individuo, por muy simulador de arte que sea, jamás podrá llegar a confundir sus producciones con las de los *poetas reales*.

Por último, le hemos dado un rincón en esta serie, porque su libro—para cualquiera que desconozca tanto el origen de éste, los factores que contribuyeron a su formación y el amaneramiento velado de sus páginas, como el fervor y el egoísmo patentes que le incubaron—tiene un mérito que parece efectivo; y, sobre todo, porque la crítica ha tenido frases injustas de elogio para el autor, y estímulos que es necesario abatir, mostrando el mal, para evitar accesos de poetas falsos y consagraciones perniciosas para nuestra literatura.

HIMENEO

Las velludas arañas escondidas
en los huecos oscuros;
las arañas de patas retorcidas
y de artejos peludos;
las que pasan encantadas la vida
los arácnidos mudos...

Nadie os mira, vejadas penitentes,
pacienczudas obreras,
tejedoras extrañas, inocentes
torcedoras de seda...

Largas horas de sombra entre las
[redes,
corre el tiempo en la espera
y se estira la tela en las paredes
y nada, nada llega...

De improviso la malla se remece
y la araña vacila:
es la racha inclemente que estremece
el encaje y que silba...

Torna sola y paciente a su destierro
la ventruda sedosa;

entra el sol por la brecha del encierro
y solaza a la ociosa.

Con la luz, un amante se avecina;
ya la lumbre lo llama;
ya la tela simétrica se cimbra:
Diminuto es el que ama
a la reina carnuda y entumida.

Trepa tímido la escala de cuerdas,
se detiene, se arredra...
Y trepidan los palpos que se acercan
y el incauto la estrecha...

Dura poco el instante enmudecido.
Un desmayo angustiado...
Un temblor prolongado, y dolorido
y en encajes vencido,
la celosa ventruda
a su amante estrangula...

La carnosa velluda!
El soplar de una racha polvorienta
y la red que se avienta
y el silencio en la estrecha rasgadura...

MI DOLOR

A través del cristal de un microscopio
he mirado la nieve.
Y la encontré hermosea.
Y ha crecido mi asombro,
al ver constelaciones
y radiosas diademas
que copiaban la bóveda celeste.
Se enredaban las perlas,
se engarzaban las joyas.
Y era la nieve lila

la misma nieve lila
que baja de los cielos mansamente
balanceando la gracia de una pluma
y arrastrando visiones.

Silencioso dolor...
Vivir mirajes áureos de infinito,
y con ellos migrar
por un camino largo
rodando enmudecida
hasta morir deshecha en propio fango.



Armando Carrillo-Ruedas

(N. en Rengó, 21 de Agosto de 1887).



De entre los intelectuales que conocemos personalmente, de entre aquellos con que nos rozamos a cada instante en la intimidad abstrusa de la vida ordinaria, Arm. Carrillo-Ruedas es al que más apreciamos como hombre y amigo, y el que menos fe nos inspira como poeta que tiene pretensiones de transpasar los umbrales de la mediocridad en que vegeta desde hace más de seis años.

Y, sin embargo, tiene estrofas que valen por todo un poema.

¿Qué será? ¿Prejuicio? Pero ¿por qué?... Con él menos que con nadie!

¿Acaso no es un amigo noble, un artista moderno y un temperamento personal?

¿Acaso sus versos son vácuos e insignificantes?

Nosotros, que somos más poetas que graves Aristarcos, que somos poetas porque así hemos nacido, nó por eventualidades de la suerte, tenemos un profundo espíritu de introspección, de profecía; adivinamos los dramas humildes que se desarrollan detrás de las paredes de la carne; palpa-

mos, como con los dedos, la visión del presente y del futuro en los hombres y en las cosas; dejamos que nuestros espíritus cumplan sus invisibles destinos rasguñando los secretos rincones del corazón y el alma ajenos; sentimos en nosotros mismos el ruido que hace la vida en los extraños cuerpos que se transfiguran ante nuestros ojos; conocemos sus misterios, sus suplicios, sus júbilos, sus actos y sus empresas imposibles; sabemos dónde se encuentran los verdaderos y los falsos tesoros, las grandezas, las medianías y las insignificancias, y casi no nos equivocamos nunca.

Las pupilas se han hecho brillantes, sibilinas, a fuerza de escarbar en nuestro propio yo y ante las voces imperceptibles y recónditas con que nos hablan al oído los fluidos psíquicos que surgen del corazón del universo y buscan su órbita propicia en nuestros actos mismos.

Tenemos un deber inviolable de ser sinceros, de decir lo que pensamos, aun cuando se levanten polvaredas que nos cieguen; aun cuando los otros se confabulen y piensen en forma distinta; los otros, los vulgares o profanos, mezquinos o egoístas, ignoran, desconocen, lo que sucede más allá de su diminuta esfera de acción. Si nos equivocáramos, siempre cumpliríamos con nuestra misión, ya que habremos propendido a refinar más el estudio de la psicología humana, a aguzar mejor el instinto de adivinación, y las generaciones venideras llegarán con el espíritu reforzado, madurado ya sobre nuestros propios errores.

Las víctimas de un día se levantarán y caeremos nosotros los victimarios.

No importa, si se salvan la sinceridad y el Arte.

Las vacilaciones de hoy, son errores de ayer y serán triunfos de mañana.

Perdónesenos, no por nuestra obra presente, sino por lo que ella significa para el futuro.

Arm. Carrillo-Ruedas ¿es un poeta? (Me refiero al verdadero poeta, nó a los mediocres ni a los versificadores. En *poesía* se es o no se es. No hay término medio).

Repito: Carrillo ¿es un poeta?

Vosotros que leeréis sus bellos trozos transcriptos más atrás, que no comprendéis el verdadero significado, el prestigioso trascendentalismo que encierra la palabra *poeta*, me diréis indubitablemente que sí. Y yo os diré entonces que nó.

—Pero, ¿por qué nó, cuando hace buenos versos, y, si se quiere, mejor poesía, en ciertos casos?

Y yo os responderé: Porque, conociendo intensamente la labor lírica de Carrillo, sé de sus oscuros procedimientos mecánicos, sus visibles padeceres ante lo divino que se escapa y deja entre sus dedos el polvo de la escoria dorada, su lentitud evolutiva, sus versos febriles, tirantes y sudorosos, aderezados a fuerza de ordinarios menurjes, y sus propios silencios mojigatos ante cualquiera declaración nuestra sobre su arte, agresiva, y franca como siempre.

Carrillo-Ruedas hace versos porque sabe hacerlos, ha leído mucho, aprecia a los poetas y tiene un buen espíritu de artista. Y, sinceramente, es un artista.

Pero, poeta, nó. Hay una gran diferencia entre éste y aquél.

¿Y porque Carrillo-Ruedas suele hacer correctos versos y construir lógica poesía, es un poeta, sabiéndose que sólo acude a los recursos indirectos de la métrica, la retórica y la gramática, que posee como buen pedagogo, y a los auxilios directos de su talento de artista y de su conocimiento que tiene de todas las escuelas literarias y de su fervor por el arte y su pasión por lo raro?

¿Es poeta virtuoso, de esperanza real, quien declara cierto día haberse equivocado de rumbos y en otras ocasiones lo contrario; quien se siente asfixiado en los moldes líricos y escribe versos que no suelen serlo y que a veces son una prosa alambicada o de silabario, deshechos y con pujos revoltosos?

¿Es poeta quien hace versos premeditadamente desarticulados; quien siente la infinita voz de la poesía agitarse en su alma y se desespera y sufre porque no puede sacarla a flote convertida en palabras que sean el reflejo cristalino de sus emociones, de su estado interior, de sus momentos hondamente vividos?

Nó, no es poeta.

O es un diletante o es un artista versificador.

En este caso, Carrillo-Ruedas—bien lo conocemos—es un artista, apasionado del verso más que de la prosa. Y ésto le perjudica. Como *artista* que es, no debe abusar de los estrechos y sagrados moldes para vaciar sus sentimientos e ideales, ya que aquellos se rebelan ante él; ya que, por encajonar sus pensamientos y dignificarlos para el verso, relame las palabras y deteriora la forma que debe ser inviolable para el poeta, hasta que no se modifiquen los consagrados mamotretos de la literatura oficial; y ya que puede valerse de otros medios más al alcance de su mano para ver desdoblada su personalidad, frente a sí mismo, como ante un espejo, tal cual lo sueña su ambición artística.

Carrillo es un literato muy artista, no un poeta.

En la novela, en el cuento, en la prosa en general, estamos seguros encontrará su verdadero yo. Porque es un escritor de virtudes eficaces y propias, de frases sobrias, macizas y elevadas, de espíritu generoso con tendencias humanistas bien acentuadas, y de sentimientos magnánimos de libre pensador.

No es poeta Carrillo, y conmigo está de acuerdo la casi totalidad de todos los que han leído sus versos, intelectuales y cerebros romos, consagrados y principiantes.

Se inició con *Gotas de opio* (1910), libro de versos que valen, más que por su mérito intrínseco, por el gesto de rebeldía y orgullo y por el valiente reto contra el clasicismo encastillado, que se yerguen altivos en el introito de su obra, y en el que hace una vibrante y entusiasta profesión de fe artística, que no ha podido cumplir a pesar de sus buenos propósitos.

Esta obra fué recibida con fieros latigazos por la crítica, que levantó indignada su férula, unisona y justiciera esta vez, para pulverizar con sus golpes de fuego una poesía mediocre—negación rotunda de la profesión de fe artística de su autor—y un gesto bizarro y sincero, nacido al calor de un juvenil prejuicio, que fué interpretado por la mayoría como una vulgar *pose* de galopín.

Los versos de *Gotas de opio*, son algo prosaicos y faltos de emotividad, pero *personales* dentro de las tendencias de nuestro Parnaso. Sus temas nuevos, casi siempre diálogos con fervor panteísta, cogidos de la vida ordinaria, contienen momentos psicológicos inadvertidos por la generalidad. Vaciados en el estuche de un verso impecable y saturados con la substancia de un verdadero temperamento poético, habrían sido aplaudidos sin reservas.

Sin embargo, Carrillo-Ruedas logró hacer poesía original, extraña para nosotros, nó por el volumen de las palabras, sino por la novedad de sus ideas, por el alcance ultraterreno de ellas.

Fué tal vez, así mediocre y todo, uno de los primeros líricos fuertemente simbolistas.

El arrojó la semilla, un tanto raquítica, que iban a recoger más tarde nuestros mejores hijos de Baudelaire maestro.

En 1912 publicó su novela *Bendito sea el fruto...*, premiada por el Consejo de Bellas Letras de Santiago, que es una obra de cierto mérito, escrita en prosa viril y gruesa, en la que reveló su carácter indomable de célibe empedernido, de apóstol del amor libre e igualitario, sin prejuicios sociales ni cadenas perpétuas. Fué injustamente atacado por el sectarismo de la prensa clerical que vió en su libro nó la obra de un artista joven, talentoso y rebelde de ideales, sino el atentado de un profano contra los inviolables ritos de la moral encubierta.

Vencerá en este sitio de lucha, sin duda alguna, a pesar de la escabrosa concepción que posee de los deberes sociales y de su falsa apreciación acerca de la legislación humana que, aunque deficiente, tiene rigores que son frenos poderosos para la inmoralidad y que, suprimidos, desorganizarían las familias y los hogares, haciendo del mundo una desvergonzada ramera.

En las últimas producciones líricas de Carrillo-Ruedas, dialogantes y panteístas por lo común, muchos encontrarán pedazos de poesía incrustados entre mucho pedrusco. Siempre se adivina en ellas al obrero que, a blusa quitada, machaca y machaca tratando de horadar la piedra milagrosa, pero en vano. Sus músculos febriles se cansan y apenas hacen saltar una que otra chispa lejana.

Publicará: *Vidas ajenas*, cuentos; *Diálogos*, versos; y *El secreto*, novela.

JUVENTUD!

Héme aquí en tus dominios, Juventud obsequiosa,
dentro de mí la fe que tomé por esposa.

Me hallo en pie desde el alba, y al evocar su aroma,
me parece más blanca verla en mi alma que asoma.

Soy, sin duda, un poseso; pero mi encantamiento
me eleva y me idealiza como a la voz el viento.

¡Juventud! hoy tus suaves, eglógicas veredas
se ofrecen a mi espíritu que preso en ellas queda,
y cuela de tus árboles, ebrios de melodía,
como fruto de oro, la fragante alegría.
Que ella me dé sus mieles, hoy... mañana... pasado...
La pena no nos muerde cuando hemos pecado.

¡Juventud! que mañana seas como eres hoy,
el alma del sendero de luz, por donde voy!
que no caiga la sombra jamás en mi camino,
que al llegar a mis lares se extravíe el destino,
que cuando el sol no brille, me dejen ver la huella
del amor de la víspera, la luna y las estrellas.

Y en caso que al fin suene la hora de perderte,
¡Juventud! ¿Habrás algo más allá de la muerte?

SIN BRÚJULA

Salir un día de alba; nudo ciego
echar al sentimentalismo, y luego
dejarse arrebatar por el destino
que nos salga a la vuelta del camino.

Darse al amor incondicionalmente,
y a cualquiera alegría del presente,
y lavar, con unción, nuestras heridas
en la misma corriente de la vida.

En adelante no pensar jamás
en la suerte que nos aguardará;
pues, buena o mala, así, nuestra fortuna
por lo menos será como ninguna.

Y al fin, cuando mañana recordemos
nuestro vivir multicolor, creeremos
hallar en nuestra ruta, contenida
como una multiplicidad de vidas.

¡ANÁLISIS! CORAZÓN

¡Corazón, corazón! quiero sentir
sin pretender en números saber
el valor de los hechos impalpables!

¡Análisis, análisis, análisis,
cómo librarme de tu criticismo!

¡Si me fuera posible conformarme

con beber en las fuentes del espíritu!

¡Corazón, corazón! ¿por qué no hablas?
Dame tu sencillez que me hace falta,
quítame tanta pretensión que sobra!

¡Análisis, análisis, análisis!
¿Me dirás la importancia de tu obra?

SI YO TE HUBIERA CONOCIDO ¡ANTES!

¿Por qué tu parte no guardé mujer?
¿Por qué no adiviné que tú vendrías?
y no como me quejo me quejara.

Al bañarme en tu gracia, mancharía
la esencia de tu sér. Quemé en el ara
de otros amores mi salud triunfante.
¿Por qué tu parte no guardé mujer?

Mi juventud está desvanecida

para tus veinte años desbordantes
de ilusiones—primicia de la vida—.

¡Si yo te hubiera conocido antes!
si hubiese hallado ayer en mi camino
tu risueña ternura y la frescura
de tus labios—no solo pan y vino—

¡Si yo te hubiera conocido antes!

IMPOSIBLE

Van ya varias veces
que coincidimos en pensar
cómo frente al deseo palidece
la posesión de que podemos disfrutar.

Cómo en un espasmódico momento
beberse el uno al otro, y estrujar
hasta la última gota de su aliento
para siempre jamás.

Cómo (para los otros intangibles)
poderlo en cuerpo y alma contener,
y cómo a lo que somos y pensamos
poderlo unir también;
pues, aunque lo sabemos imposible,
hay veces en que ¡vamos!
uno no se quisiera convencer!

EL AMOR A LA BRUTA

Ah! sí, me acuerdo; aún siento
mi espíritu cansado vagar en otros días,
allá... cuando, mareada con mi aliento,
en darme besos cortos, *achi...* te entretenías.

Eras muy tonta; vamos! con tu mirada incierta
me hacías gozar mucho... de aquel mirar de asombro
lo raro me agradaba: cuando, la boca abierta,
adormida quedabas sobre mi hombro.

Mareado por tus ojos de muñeca,
floreaba con mis dedos tu cabellera de oro,
y al jugar, como un niño, con tu cabeza hueca
tu amor de tonta, eso era, eso era mi tesoro.

Loco de atar: lo raro
ha sido para mí la mejor fruta;
te quise porque pude quererte con descaro,
y te amé, nada más que por lo bruta!

GESTACION

Sentí que me envolvía la onda de su aliento
y el cálido contacto de sus muslos en flor.
Me ví reproducido más allá del momento
y devolví anhelante sus dádivas de amor.

Oración sin palabras. Me la concedió plena
de virtudes el goce del fecundo querer.

Creí sentir mi sangre circular por sus venas
y ver que en sus pupilas retoñaba mi sér.

Y unimos nuestros labios hasta dejar el alma,
y cerramos los ojos como para morir...

Hubo un segundo... un siglo de fervorosa calma.

La gestación solemne del que habrá de venir.



Guillermo Bouch

(N. en Santiago, el 12 de Septiembre de 1888).



Si el ser poeta estibara únicamente en tener vocación artística, mentalidad suficiente y dicción fácil y clara, y la *poesía* consistiera en un simple ejercicio de palabras y pensamientos colocados al capricho de un autor, en cada renglón de una página en blanco, sin sujeción a cánones de estética, despreciando la música, el artefacto de la estrofa, la euritmia invisible de sus ideas, arrugando la forma y el fondo, haciendo de la poesía toda una substancia alotrópica cuya deformidad heriría la vista, el oído o el sentido común; si la poesía no fuera la expresión *artística* de la belleza por medio de la palabra sometida al metro y al ritmo del verso, cuando no de la rima; y si la gracia, la riqueza, el encanto indefinible, la elasticidad y la divinidad, no fueran más que una prerrogativa del arte poético, que cualquiera pudiera dejar a un lado como un bagaje de mampuesto, tomado sin responsabilidad alguna, resultaría que todo escritor o literato con talento, sea cual fuere su tendencia artística, podría,—más, aún,—*debería* ser poeta. Bastaría que, para ello, llenara sus páginas con frases bellas colocadas a su antojo, en una ringlera de extensión indeterminada.

nada.

Esto no es lógico, ni siquiera sería justificable en un principiante.

La poesía como el drama, la novela, la pintura y el arte en general, descansan sobre una base vital e imprescindible: la estética.

Cada acto artístico tiene que someterse a una especie de legislación que es la resultante de una serie

de procedimientos mecánicos depurados y llevados a su más severo y refinado destino, después de innumerables ensayos y morigeraciones.

En el arte plástico o en el pictórico, la estética se referirá al conjunto exterior, al golpe de vista íntimo que nos dé la obra, y, en la poesía como en la música, a la intangible armonía de sus escalas. Tendremos entonces que, en estas dos últimas ramas del arte, debemos respetar también una estética que, en este caso, sería una *estética de sonidos*, confiada al buen gusto del lector o del auditorio.

Debemos estar seguros de que no hay novedad ninguna en torturar, en desarticular la forma, puesto que antes de que se conocieran los reglamentos poéticos de hoy, se debe haber principiado necesariamente por donde quieren terminar algunos, es decir, por hacer versos malos, disparejos y disonantes, como los de Bouch, Prado y otros, ya que entonces había amplia libertad para ello, por la misma razón de no existir trabas que impidieran ésto.

La rareza y la novedad en la forma de las actuales producciones de algunos de nuestros poetas, fué un pan demasiado ingrato y ordinario de que echaron mano los primeros cantores del mundo, allá por los tiempos prehistóricos del arte, cuando el lirismo era una cosa vaga, presentida pero inasible, necesaria pero rebelde.

Después, vino la modificación lógica, la regeneración, la perfección del verso, para lo cual se implantaron metodologías propias, a las que debieron acogerse con verdadera unción y regocijo aquellos que desconocían el ritmo y la armonía que encierran las estrofas bien acondicionadas.

Por cierto que es noble y bello reaccionar contra las antiguallas y lo rutinario, pero, siempre que haya probabilidades de establecer en su lugar algo que sea revelador de un positivo progreso, no de un receso posible. Y mientras esto no se entrevea ¿para qué innovar con cambios violentos, con degeneraciones y extravijs que conducen a hacer más patente la añeja virtud y la empolvada serenidad de aquello mismo de que se abomina, y, sobre todo, si se trata de hacer ésto oponiendo al prestigio de un arte, precisamente, la bazofia de este mismo arte?

¿Para qué recurrir a los elementos rudimentarios de que se valieron nuestros más lejanos antepasados al hacer sus primeras cruzadas artísticas? ¿Acaso ellos agotaron para siempre el caudal rítmico de la poesía, de la perfección lírica, de las fórmulas métricas, para que se intente un movimiento subversivo de imperfecciones y amaneramientos, que son desastrosas decadencias de arte? ¿Acaso no es más honrado y menos baldío escribir en prosa pura que en versos maliciosamente deformados *pour épater le bourgeois*? ¿No hay acaso versos modernos, enormemente líricos y armoniosos, en que poder vaciar la poesía moderna?

Escribíase en buena prosa lo que no puede hacerse en buenos versos; no se pretenda modificar estérilmente la una ni los otros, pues el único resultado que se alcanzará es demostrar incapacidad para hacer ambas cosas.

Estas consideraciones nos hemos hecho leyendo la obra rebelde y retrógrada de Guillermo Bouch, escritor que ha encerrado en conatos de versos (que son conatos de prosa), ideas nuevas, hermosas y fuertes. Su arte es personal, individual, al menos en nuestra literatura. Respira celos ardientes de un panteísmo misantrópico, cuyo egoísmo le hace merodear por campos diametralmente opuestos a los de Luciano Morgad, su hermano mayor. Esto, en cuanto a la índole moral, humanizante—diríamos—de sus poemas.

Mientras L. Morgad es un «unanimista», Guillermo Bouch es un «unimista» en ciernes. Mientras el arte de aquél es sano, óptimo, soliviantado, el de éste es enfermizo, pesimista, escéptico.

He comparado a estos dos artistas por la profunda discrepancia espiritual que hay entre ambos (almas yuxtapuestas en la vida por una atracción extraña), siendo casi idéntico el modo de operar en la forma, no obstante la más perceptible musicalidad del verso de Morgad.

Los poemas de Guillermo Bouch son trozos de una filosofía ácida, casi siempre hermética y anómala, sin fin determinado, cuyos elementos vacilan en la obscuridad y se revuelven en contradicciones y repeticiones de frases que apenas sugieren uno que otro punto imperceptible del estado nervioso *especial* del autor. Son piedras de valor extraídas, más que de la vida misma, de las páginas de Whitman, Rodó, Nietzsche y otros filósofos.

Bouch hace una mezcla de todo lo leído y acumula y da forma viciosa a una substancia espiritual heterogénea que toma ambiguamente por buenos y malos derroteros. Pero siempre se ve en los poemas de Bouch destacarse su yo, anémico, agostado prematuramente a fuerza de jarabes y revulsivos demasiado violentos para su organismo artístico.

Al contacto de la naturaleza, Bouch siente las más fuertes emociones que le hacen transformarse en un pensador que, más que recalentarse en la aridez de la filosofía canosa, desearía refrescar sus labios jóvenes en las fuentes de la verdadera poesía.

Es un fisiócrata decepcionado de la humanidad, y, sin embargo, está presto para recibir de ésta las semillas que fecundan su espíritu.

Pero, ante todo, no es un poeta. Es un cazador de fórmulas filosóficas fáciles; un literato de biblioteca, un turista del arte.

LA COMPAÑERA HUMILDE

Estréchate a mi corazón,
tú eres triste, yo lo soy.
Estréchate a mi corazón!

En lo más hondo llevo
una maldición extraña,
Caín, Caín, calla...
¡es una maldición extraña!

Tú eres mi esposa, tú eres mi hermana,
qué hacer, alma mía?
Si la existencia está llena de cien ca-
[minos...
¿qué hacer con nuestros ojos peregrinos?

Yo no tengo fe para nada,
si todo es igual a todo,

si cualquier camino tiene espinas,
si cualquier camino también rosas
¡yo no tengo fe para nada!

La separación sangra en mi corazón...
¡La separación sangra en mi corazón!

La aspiración de un triunfo vano
que no está sino en uno mismo...
Edifiquemos la casa al borde de cualquier
[camino
y esperemos allí la muerte.

En lo interior todos los hombres son
como un delicioso histrión
que se engañara a sí mismo.

AMANECER

Cuando niño yo tenía
un ensueño de campanas
y este amanecer claro
me lo recuerda todo,
¡este amanecer claro!

Tendido en el lecho pienso
mientras la claridad invade
las cosas todas,
en mis amores, en mis libros,
en la vida toda,
mientras la claridad invade las cosas
[todas!

No soñemos, alma imposible,
levántate y trabaja
que el vivir es acción...
Y el alma mía toda pereza
se deslíe en la ilusión.
No soñemos, alma...

En la parroquia cercana
tañe melancólica la campana

y es un gemido suave
la anunciación de algo vago
que flota en las cosas todas,
un ensueño no preciso,
una claridad blanca,
un rostro plácido y dormido,
el cacarear de los gallos
y el mugir de los rebaños
en los caminos vagando...
Es sonreír a la vida
ilusionado a la acción
es la imagen de algún triunfo
que me hará más fuerte
más sabio y mejor
¡es la derrota de la muerte!

La claridad avanza lentamente
todos los objetos toman su valor
¡va a salir el sol!
¡va a salir el sol!
Los pájaros cantan
¿por qué no canto yo?
¡va a salir el sol!

PLENITUD

Gota a gota deslíe
la soledad su amargura,
soy solo
soy mío!

En fuerza de atesorar
rebalsa como una copa llena.

Hay un sufrimiento intenso
en mi continuo crear.

Una vez soñé
mi cabeza tan erguida
por sobre la multitud:
parecía un monumento

como son las montañas:
era una época lejana
no puedo recordar.

Aquella agilidad pasmosa
con que llegan a ti las cosas!

Sufro aislamiento,
siento el agotamiento
del continuo diálogo interior.
Soliloquio tormentoso
que nos da un raro goce...
pero es mejor, mejor sufrir
en ese escarbar continuo
que platicar con amigos...

Todos son banales
y no nos entienden nada,

mas,
están siempre en acecho
para rebatir y luchar:
hay ventaja en callar.

Cuando sientas, corazón,
este mismo dolor
no busques mujer, ni amigo;
camina al campo pensando,
descubre tu testa, al viento
que te acariciará ufano;
él se sentirá tu hermano,
volverás calmado y sonriendo
y de nuevo ilusionado.

Gota a gota deslíe
la soledad su amargura
soy solo, soy mío!

AGUILA

Tu actitud de reposo
conmueve;
tu actitud de vuelo
es un *hossanna* a la fuerza.
Y en tus ojos al parecer
inexpresivos
hay una cólera sorda
que los inunda.

Con tus garras oprimes la peña
y con los ojos atentos
escrutas el horizonte.

Las montañas envuelven tu soberbia...
y tu busto amado
estaba en los pendones
de los antiguos dominadores.

Te bastas a ti misma
con tu orgullo frío,
y cuando mueres ¿acaso
alguien encuentra tu cadáver?

Tú no puedes cantar
apenas lanzas gemidos:
canta el inocente

que no ha sufrido.

Tú no invitas a nada,
apenas ves pasar la vida
sobre una presa cazada.

Tu vida es triste y sincera:
no tienen los festines trágicos
aspectos de comedia...
son apenas el trabajo
de esperar la otra muerte
escrutando el horizonte...

Qué afán vigiloso en tus pupilas arde:
es la espera inútil
que sufrimos todos...
¡Esperar! He ahí la vida
y morir bajo el sol una tarde!
con la angustia continua de vivir...

Yo te saludo, ave hermana,
tienes las altiveces mías;
a quién sino a ti,
que nada humano tienes,
dedicaré
la poesía mía?



Alfonso de la Jara

(N. en Santiago, el 29 de Noviembre de 1888).



Uno de nuestros poetas silenciosos. Alcanzó a escribir en «Los Lunes de la Tarde». Después ha publicado poco en revistas, generalmente con pseudónimo. Así se explica que no tenga un bullado nombre de artista. Y qué poeta es! Más, mucho más, que tantos de esos que se afanan por estampar sus nombres semanalmente al pie de insípidas versainas.

Nos las habemos, a ratos, con un pesimista. Algunos de sus poemas están ensombrecidos por el tedio, esa enfermedad del espíritu que agobia por lo general a nuestros vates jóvenes. En otros, consigue ahondar en las tinieblas introspectivas y escanciar poemas «captados en las fuentes invisibles», según la original expresión del poeta Alberto Moreno.

De la Jara ofrece un caso extraño. Pocos como él deben mezclarse en el fárrago forense y oficinesco de los tribunales, y sin embargo, en sus poemas parece vivir en pleno Mediodía Evo o en un Trianón frívolo y galante. Su espíritu selecto flota como una onda de perfume en el pesado ambiente en que se debaten, sobre el papel sellado, las miserables flaquezas humanas.

HERALDICA

He presentido, amada,
tu llegada:
mis rosas encendieron.
Y en el oculto carmen
de mis sueños abrieron
una a una
bajo el plata añorante
de la luna....

Desde aquesta mañana,
mi ventana
está florida; en mi frente
de arabesco
salta el agua cantando,
y, en el mágico ambiente,
mi jardín tiene un algo
versallesco.

Por rendirte homenaje
lindo paje,
un madrigal compuso,
y, en sus versos,
amorosamente sabios,
toda su ciencia puso
en cantar tus ojos anchos,
verdes, tersos.

Mis viejos escuderos
por senderos
sonoros
han partido
en busca de la Amada
cuando en sus limpios oros
esta tarde ensoñada
se ha dormido.

Llévante mis saludos
y en escudos
de plata mis ofrendas,
y la rosa
mejor de mis cercados
para que tú la prendas
al pelo, con tu mano
temblorosa....

Todo espera a la Amada:
su llegada
será como un regreso
de un lejano
país de ensoñación....
....De sus labios el beso
perfumará el Dolor
del hermano!

Y ante el vivir que enferma,
mi cariño
se dará, como el agua
se da a la tierra yerma,
y dormiré en su falda

como un niño.

¿Por qué los escuderos
por los blancos caminos
aun no han vuelto?

SONETO

Aquí en su estancia, donde vivo ahora,
abierto el piano está; como si fuera
a herir sus dedos el marfil. Dijera
que en el silencio de la noche llora
alguien conmigo siempre....

Se colora
por luz extraña la ojival vidriera
y un rayo, al resbalar sobre la estera,
finge un contorno de mujer....

Es la hora
de las evocaciones. Se perfila,
tras los cristales del cristal inmerso
en las sombras, la luna, cual la cara
inmensamente pálida y tranquila
de la amada, al través del vidrio terso
del ataúd, que mi dolor velara!

MEDIOEVAL

*(El paje enamorado,
de negros ojos y de voz sonora,
que en el silencio del castillo ha dado
en morir de amor por su señora
da lectura a un rondel que compusiera
para
que lo escuchara
quien en su pecho la pasión prendiera).*

Era
en esa edad de rudos caballeros
un castillo feudal. De la ventana
de balaustres godas,
la hermosa castellana
inquiérese los caminos
por los que esa mañana
pasó la caravana
de zingaros rapsodas.
Señor! que, tendría
el aire, el campo, que sabía
a gloria y poesía!

Acaso fué el doncel
que en la comparsa iba,
que al cantarle el rondel,
más que la glosa, aquel
mirar... la dejara pensativa!
¡Amor y juventud, prenden un beso!
¡Quién sabe, si fué Amor, el que se espera
y no pasa nunca en Primavera!
¡Amor y juventud fugaz suceso
que hace vivir la vida!...
Cabe la blanda herida
del corazón dejar el labio impreso!
La hermosa castellana,
ida la tarde, en sus jardines, rosa,
cerró la ventana
y fué a llorar sobre la blanca clave
por aquella pupila luminosa....
Su hada madrina,
que de su pena sabe,
en pos la caravana
por senderos de plata se encamina....
Duerme el juglar soñando en su princesa
y el hada, al tiempo mismo que la besa,
le arranca las pupilas y en un fino
cendal hecho de luna las esconde
y regresa por donde
se hace menos largo su camino.
La hermosa castellana
ya no quiere esos ojos....
Y su hada madrina
que su pena adivina,
por calmar sus enojos,
en pos la caravana
por senderos de plata se encamina....
esta vez de la mano....
Interrúmpese el paje
y la princesa con no oído acento
le dice: «Fernanflor, prosigue el cuento».
Pero la tarde huye
tan dulcemente vaga que concluye
por embrujar de azul el pensamiento.
Llevada del encanto la princesa
ha cerrado los ojos....
Mientras el paje la besa
largamente en sus rojos
labios, por los confines
de los regios jardines,
oculto tras los mármoles de Paros
toca su flauta extralasciva Pan.

A su són,
como a una evocación,
por los claros,
de los bosques añudos,
bajo la plata de la luna, van
las ninfas acosadas
por un tropel de sátiros velludos.

MUY DEL SIGLO XX

Amor, te has dignado venir
cuando el rosal principia a abrir
sus rojas flores de pasión.
Cansado estaba de mirar
los senderos de mi solar
que tú debías caminar
para encender mi corazón....
Amor, te has dignado venir
cuando el rosal principia a abrir
sus rojas flores de pasión.

*

Mi juventud se me moría
en primavera, y no sentía
el desespero de esperar.
Era en mi castillo interior
la vida como un gran dolor
cuando llegaste, mi Señor,
sus recias puertas a llamar.
Mi juventud se me moría
en primavera, y no sentía
el desespero de esperar.

*

Por no saberte peregrino
serví a la mesa el mejor vino
que destilara en mi lagar.
Y del huerto todo en flor
van de las frutas, lo mejor,
porque a ti, mi regio Señor,
no hay con qué te bien pagar.
Por no saberte peregrino
serví a la mesa el mejor vino
que destilara en mi lagar.

*

Cuando te vayas a partir,
con cenizas he de cubrir
la mi desencajada faz....
Prenderé fuego a mi castillo;
daré mis tierras al rastrillo,
los mis lebreles al cuchillo
y el alma a Dios o Satanás.



Guillermo Muñoz Medina

(N. en Parral, en 1888).



Es el verdadero poeta *regulador* de las corrientes literarias románticas y modernistas.

Es un *romántico*, sin la fraseología capciosa, erizada de fantásticas visiones, y el tono esmirriado y femenino de nuestros abuelos; y es un *modernista*, sereno, moderado, sin amaños de psicologías incomprensibles ni adornos churriguerescos con que recargan el fondo y la forma algunos poetas de este tiempo.

Su poesía es blanda y armoniosa, con defectos como es de rigor. Sus fervores por la música le han hecho arropar sus versos en un aire apacible de secreta armonía imitativa. Es casi un elegíaco a lo Jiménez, aunque más vigoroso y menos monótono. Frente al paisaje arbóreo sus poemas se tiñen de morriña y dulzura campesinas; ante las visiones inclementes de las heladas comarcas de Noruega, tienen escalofríos penetrantes que dan la sensación de la atmósfera y territorios que se describen; y, en las crisis espirituales, comunican sus íntimas zozobras o sus quietudes paradisíacas, con perfecta naturalidad.

Muñoz Medina es un poeta sin afectación, sincero como pocos y sin ninguna ambición personal ni artística.

Ha sentido el llamado del arte y ha corrido a su encuentro, emocionado pero grave, despreciando los ceremoniales puntillosos y las expansiones patéticas de quien se siente honrado con una visita inesperada y grata.

No ha recurrido a extraños estimulantes para hacer su poesía; por esto no encontraréis en ella novedades violentas ni modas atrasadas.

Y como Muñoz Medina es un anacoreta humilde que vive retirado de los comicios artísticos y bullangas cursis de los aficionados y diletantes, más por instinto de su idiosincrasia apacible que por egoísmo, no llegará a ocupar un lugar distinguido en nuestra lírica.

Pasará, como tantos otros, envuelto en la penumbra de un semi-anonimato.

Tiene inéditos dos libros de poesías y otros en prosa sobre impresiones y crónicas literarias.

Es miembro de la Redacción de «La Nueva España», importante diario de Madrid, que dirige el eminente diputado a Cortes y distinguido intelectual, don Rodrigo Soriano.

VAGUEDAD

Presentimiento eres tan vago
que no te acierto a definir:
eco impreciso, azul de lago,
suave crepúsculo de Abril.

Vienes a mi alma y no se atreve
tu voz confusa a articular...
Como la vida me es aleve,
miro en tu anuncio algo fatal.

Soy una pobre flor de loto
que arrastra el río del dolor;
voy avanzando hacia lo ignoto
bajo la noche del terror!

¿Qué luz, entonces, desentraño
de lo indeciso de tu luz?

¿Anuncias rosas para mi año
de tempestad y de inquietud?

Eres tan vago y tan difuso
que desconciertas mi ansiedad...
¿A tu latido, acaso, impuso
una misión la Eternidad?

Eres tan vago que no advierto
si me prometes el placer
de darme calma y darme puerto
en el amor de una mujer.

Hace ya tiempo a que yo aguardo
la redención de mi sufrir,
fuerzas amigas para el fardo
que echó la pena sobre mí...

Hace ya tiempo a que yo anhele
compensación a mi pesar,
amanecer para mi duelo,
limitación para mi mal...

Hace ya tiempo a que deseo
que en mis arterias haya sol;
soy un eterno Prometeo...

¿Cuándo obtendré liberación?

¿Tal vez su anuncio es lo que expresa
tu misteriosa vaguedad?

¿Tu profecía es solo ésa
y no la atreves a insinuar?

¿Me hablas de vida y esperanza?
¿Me hablas de pena y de ataúd?

No sé, mi espíritu no alcanza
a comprender lo que hablas tú.

Porque eres tenue y eres vago
yo no te acierto a definir:
esfumatura azul de lago,
suave crepúsculo de Abril.

Vienes a mi alma y no se atreve
tu voz de Esfinge a articular;
como la suerte me es aleve
miro en tu anuncio algo fatal!

PERSPECTIVA

El sendero está húmedo y los campos dormidos
y en la luz soñolienta e indecisa del día
palideces enfermas y oros desvanecidos
destejen sollozantes efectos de elegía.

Sin embargo, sigamos, que al final del camino
una casita humilde y hermosa nos espera:
se abatirá en su ambiente nuestro contrario Sino
y habrá para nosotros calor de Primavera.

.....

Después el aguacero deshilará su hastío
sobre el agonizante desmayo de las cosas,
y nuestra casa, en medio del vendaval y el frío,
tendrá el prestigio alegre de un búcaro de rosas.

Y luego, cuando al piano, sentada dulcemente,
latir hagas el alma de Mendelshon, mi vida
será la del que, errando por entre flores, siente
que ya cerró el abismo sangrante de su herida!

¿Cesó la lluvia? Entonces saldremos de aventura
y, al viento destrenzado nuestro placer, seremos
dos notas temblorosas de intensa partitura,
que ríen mientras lloran de amor los crisantemos...

Yo tendré Primavera donde te encuentres. Tienes
virtud de estrella, de ángel, de ruiñeñor... La pena
que ciñe una corona de espinas a mis sienes
me nimbó a tu lado con hojas de azucena!

La tapia derruida y escuetos los rosales...
será el paisaje un vaso de gris melancolía;
pero ante la victoria de nuestros ideales
reventará en sonrisas su pálida armonía.

Nuestra casita blanca nos abrirá sus puertas
y en plena soledad, cantando locamente,
llenaremos de Estío sus oquedades muertas
y el dolor de la tierra mojada e inclemente.

Y aunque la azul y opaca tristeza de estas horas,
tratará de embriagarnos con la hiel de su vino,
seremos dos rosadas y espléndidas auroras
sobre el recogimiento brumoso del camino!...

SUGESTIVA

Yo amo el país noruego, la taciturna tierra
donde las almas sueñan las más extrañas cosas,
esa comarca rústica del *fiord* y de la sierra
que se arrebujá en tules de opacas nebulosas.

Yo amo la tierra frígida con su penumbra suave
que vierte en los espíritus letal melancolía
y pone en cada frente la pesadumbre grave
de una nostalgia aguda de sol y de alegría.

¡Oh, la comarca mística de pálidas auroras!
¡Oh, la región del hielo, de los sudarios blancos
que arropan en los valles cadáveres de floras
y visten de los montes los virginales flancos!

Yo amo la desolada región de los paisajes
de magestad hierática, donde el silencio habita;
la selva amarillenta de anémicos boscajes
sumida en una calma perenne e infinita.

Yo amo el poema errante del frío ventisquero
y el misterioso abismo de la caverna helada,
donde polares ráfagas con diapasón severo
modulan los acentos de una canción sagrada.

Yo amo el país noruego con su plumizo cielo
y grises horizontes de oscuras lejanías,
que tienen las negruras de un torvo desconsuelo
y el uniforme aspecto de las monotonías.

Yo amo la densa bruma que arroja sobre el alma
un tedio melancólico que enerva y adormece;
yo amo el esplín que todos los sufrimientos calma
y hace un feliz sonámbulo del hombre que padece.

¡Oh, las comarcas rudas donde la nieve es gala
y adorno el líquen áspero! ¡Oh, el páramo sombrío!
¡Oh, la soberbia cumbre desde la cual resbala
la musical cascada o el fecundante río!

¡Oh la región desnuda donde la Luna vierte
sus tonos de acuarela, donde las roncás olas
riman las penas trágicas que en el peñón inerte
las procelarias cantan en tristes barcarolas!

Yo amo la tierra fría del Polo acariciada,
la tierra de los lúgubres y tétricos ensueños,
donde el coloso Bjoernson de su alma acongojada
lanzó el enjambre mustio de sus azules sueños.

Yo adoro el solar hosco de luz desfalleciente,
de las visiones tristes y raras fantasías,
de las neurosis hondas de sensación doliente
que Grieg vertió en sus trozos de raras armonías.

¡Oh, la región abrupta, la tierra en que derrama
sus dones invernales el inclemente Polo;
la tierra del exótico y el yermo panorama
donde vivió Henrik Ibsen, meditabundo y solo!

Yo adoro Escandinavia, y un invencible anhelo
me invita a ver sus montes, a divisar los tules
que cual crespones fúnebres despléganse en su cielo
y el palio inmenso y único de un bosque de abedules.



Mariano Sarratea Prats

(N. en Santiago, el 24 de Abril de 1889).



Al revés de quienes esteriliza la rutina del deber oficinas-co, este muchacho vagabundea por teatros y centros literarios, entre artistas y gente bohemia. Ha crecido viajando. Es locuaz y cecea como un señorito de Madrid.

Espiritualmente, parece el hermano menor de Leonardo Penna. No lo ha escrito; se ha forjado, ha vivido su «yo». La finalidad de lo que escribe oscila entre una tendencia satánica y otra teosófica. Ha moldeado poemas capaces de arrancar palmadas a un auditorio culto, o de emocionar a un lector que a solas gusta ir de cuando en cuando a su reino interior. Pero es verboso, desperfeñado, incorrecto a veces. Ojalá estudiara hasta enmendarse. Acaso lograría encumbrarse como un poeta filósofo, al estilo de los que quería Novalis.

No ha publicado ningún libro, «porque no encuentra un editor que se allane a no cobrarle anticipado el costo de impresión». *Reino sombrío, Ritmo insonoro, Redención, Musa Nueva* y *En el libro de oro* son títulos de obras suyas inéditas.

¡ALAS! ¡TRINOS!

La ilusión:
blonda canción.
Ala trémula que avanza:
la esperanza.
Mi amor: Ave.
Tu amor: Nido.
Mi vida: Vuelo. ¡Dios sabe
si alcanzará el Ave al Nido!

Muchas veces alcanzado lo he creído
y el destino me ha burlado.
He volado y he caído;
he ascendido y he rodado.
El cansancio no me vence ni la adversidad
[me espanta,
y mi amor siempre hacia el tuyo vuela
[y canta.

Vuela y canta, porque quiero
que si muero
antes de alcanzar su gloria
nuestro amor, que es nuestra historia,
un perfume amable deje por memoria,

sobre los tristes caminos,
una sutil remembranza
de ilusión y de esperanza:
¡Alas! ¡Trinos!...

BRISA DE ANGUSTIA

Cada día más sabio y más huraño.
Adorando la Idea se hizo asceta.
Hoy se siente morir de un mal extraño.
¡Pobre poeta!

En el laboratorio de su mente
creyó hallar el elixir de la vida
perfecta: del futuro la simiente.
¡Pobre suicida!

Una mujer le amó, como él hubiera

querido ser amado; sin embargo,
juzgando aquella dicha pasajera,
envuelto en una nube de quimera
pasó de largo...

Hoy la recuerda y llora su belleza
sobre su Obra, montaña de granito
árida y fría, donde la tristeza
de su alma ya escombra lo infinito,
maldiciendo su genio y su grandeza.
¡Pobre proscrito!

RUINAS

Rosal, hermano, ¿qué hondas angustias
han deshojado tus alegrías?
Caen tus rosas al suelo, mustias,
como esperanzas que fueran mías.
Rosal, hermano de hondas angustias
que han deshojado las alegrías.

Alondra, hermana, ¿por qué no exhalas
tu cristalino canto auroral?
¿por qué repliegas, triste, las alas
sobre una rama yerta, espectral?
Alondra, hermana de trinos y alas
que ha helado un fuerte soplo invernal.

¿Por qué derramas, hermana luna,
tu plata inútil sobre el jardín

que, como mi alma, tuvo fortuna
y hoy está pobre, mísero, ruin?
Hermana luna, bella importuna,
lleva tu plata de mi jardín.

Sendero, hermano, gris y desierto,
amortajado de atardecer,
como a un anciano querido y muerto
te vengo a ver.
Sendero, hermano de mi amor, muerto
y amortajado de atardecer.

Cruzó mi vida, cruzó mi huerto,
la sombra trágica de una mujer...



Juan N. Durán

(N. en Coronel de Maule; 16 de Mayo de 1889).



Desde sus primeros versos publicados en las páginas literarias de la prensa santiaguina, se descubre en él la influencia de los más refinados poetas franceses modernos: de Baudelaire, el sensualismo morboso y enmarañado de la expresión, y de Verlaine la idea mística y blanda, con la voluptuosidad de una espiral de incienso.

En 1913 publicó su primer libro, *Flores del Bien y del Mal*, que fué bien recibido por la muchachada intelectual de su generación, a quien iba dedicado fraternalmente.

Los versos de este libro, raros por la áspera belleza de su fondo filosófico agri dulce y por su forma ya elegantemente clásica como en «Atavismos» o ya diabólicamente anarquista como en «Pereza», obtuvieron en el Ateneo un aplauso unánime y espontáneo, sin formulismos ceremoniosos, producto de una pequeña reacción en el público acostumbrado a la música dulce o rotunda de ciertos tropicales chilenos o extranjeros, que fastidian a la patria, a la luna o a la amada, con la eterna ramplonería de sus versos endomingados y de librería.

Sus libros próximos a publicar: *A raudales* (versos) y *A través del espejo* (cuentos), marcarán la ruta definitiva de este poeta.

MOTIVOS

Color de sol el campo... Color de oro!...
Pasa la laxitud que me aletarga
y la lluvia de luz en que me doro
me hace olvidar una tristeza larga!...

Fué una historia romántica, traviesa...
«Ella y yo»...Uno muerto...otro rodado...
Un cuadrillo de vida... La tristeza
de una bohemia alegre que ha pasado.

La tristeza...el recuerdo...¡Vida, Vidal!
lucharemos los dos. Serás la amada
que poniendo los labios en mi herida
sabrás de una tristeza ya curada!..

Color de sol el campo... Vida mía,
llévame hacia la luz eternamente...
Llueve la tarde su melancolía;
líbrame con tus besos en la frente...

El recuerdo. ¿Por qué? Oye la historia:
Ruedan las copas del festín alegres;
en torno de la mesa ojos de gloria
y me robaron unos ojos verdes...

Versos que van... Palabras que chis-
[pean...
Sobre las locas cabecitas, lluvias;

lluvias de flores que revolotean
y me seducen unas hebras rubias...

El piano vibra. Presta una Duquesa...
las armonías de sus manos blancas;
desgranar exotismos las Princesas
y la Duquesa mi delirio arranca...

Dice el Poeta. Bullen las miradas,
pupilas claras, levantado incienso,
y dos pupilas verdes, apagadas,
dialogan con mi alma mientras pienso...

La danza rueda. Todo a mí ceñidas,
giran sus apretadas carnes vivas...
Y mis Flores del Mal ya coloridas
perfuman sus maneras sensitivas.

Ruedan las copas del festín alegres
entre una embriagadora algarabía;
en tanto a la Duquesa de ojos verdes
le he hurtado un beso que la ha dicho mía.

*

Sederías. Un saloncito rojo.
La Duquesa...
Sorbimos el placer hasta el dolor...
Náufrago del abismo de sus ojos

me embriago en el licor
de su rareza...

*

Sederías. Un saloncito oscuro.
La Duquesa...
Riman los cirios la melancolía
y entre sus labios de color impuro,
bebo una esencia fría
de tristeza!...

La tristeza...El recuerdo...¡Vida, Vida,
lucharemos los dos!... Serás la Amada
que poniendo los labios en mi herida
sabrás de una tristeza ya curada...

Color de sol el campo... Color de oro!...
Pasa la laxitud que me aletarga
y la lluvia de luz en que me doro
me hace olvidar una tristeza larga...!

ARROGANCIAS

Escucha, Princesa, yo te quiero por eso,
pues son tus ojos vagos remedos del azul,
y tus labios aroman la tentación y el rezo
y eres nerviosa como parpadeos de luz.

Es por eso, Princesa: eres carne y ensueño,
la novia deseada que forjaba el Poeta,
y es tu cuerpo tierra, tu espíritu risueño,
de ideales quiméricos, enfermo de fiesta.

Yo no miro la sangre que corre por tus venas
porque mi extirpe es regia de tiempos de Quijano.
No conozco mi historia pero siento a las Penas,
empujarme en conquista de blasones perdidos
y yo quiero, Princesa, llevarte de la mano,
porque tus labios tienen mi capricho escondido.



Victoriano Lillo

(N. en Quillota, el 21 de Diciembre de 1889).



Con su poesía «Saudades», premiada con la segunda medalla en el Certamen abierto, bajo el patrocinio del poeta inglés Swinglehurst, por «El Mercurio» de Valparaíso, y en que Lagos Lisboa obtuvo el primer premio, ingresó Lillo al grupo de nuestros poetas nuevos.

Sus versos, a veces imperfectos con esa imperfección de los que trabajan por el oído e ignoran la retórica y los cánones métricos, tienen vibraciones tropicales y movimientos lujuriosos. Un naturalismo desenfrenado lastima con frecuencia su expresión exterior, haciéndola rastrera y menuda.

Estimamos, sin embargo, que los primeros poemas de Lillo, por su musculatura ideológica aunque todavía implume, son una promesa para el futuro.

Muchas de sus composiciones líricas han sido modeladas bajo extrañas influencias. La lectura o la atracción de ciertos autores, como J. Asunción Silva, ha extraviado su temperamento, original por naturaleza y artístico por su origen.

Tiene en preparación dos libros de versos, *Anforas de Tristezas* y *Anforas de Armonía*.

SAUDADES

En esta noche, que al recuerdo incita,
llena el alma de angustia dolorosa,
voy a soñar contigo, Sulamita;
y a recordar tu encanto,
vaso de perfección y de dulzura
donde escancí mi llanto.

Entera estás en mí; si alguien te nombra
da un vuelco el corazón, cierro los ojos
y florecen los tuyos en la sombra.
Divina turbación luego avasalla
todo mi pobre sér, y el alma herida
de tu recuerdo, se estremece y calla...
Principio y fin de todos mis pesares,
motivo eterno del cantar
de todos mis cantares.

¡Ojos lascivos, de promesas llenos,
inefable cadena de tus brazos,
gloriosa comba de tus blancos senos!
¡Cómo volvéis a mí, en rondas perfumadas,
encantos de tus ojos, dulzuras de tus

[labios

y sutiles caricias de tus manos amadas!
Por eso, hoy que me hiere
esa angustia infinita
del que quiere matar lo que no muere,
voy a soñar contigo, Sulamita,
y a recordar tu encanto,
vaso de perfección y de dulzura
donde escancí mi llanto.

CARNAVAL

Han pasado las rientes mascaradas
pletóricas de vida y de alegría
y en el hondor de la tristeza mía
aun revuelan sus locas carcajadas.

El desfile gentil de las mesnadas,
al rumor de su ingenua algarabía,
perdióse en la confusa lejanía

por las calles vibrantes y soleadas.

.....
He vuelto a mi retiro silencioso
y viendo en el cuadrado luminoso
del viejo espejo mi actitud sombría,
el rictus de mi boca se ha acentuado
y a mi propio dolor he preguntado:
¿en dónde está el Pierrot que antes reía?

Edmundo Jorquera González

(N. en Combarbalá; Septiembre de 1889).



Con una serie de poesías bajo el título de *Urna de Cristal*, obtuvo la flor de oro en los Juegos Florales celebrados en Ovalle a principios del año 1916.

Un rumor eglógico, un canto melancólico de flauta pastoril ensayan sus versos emocionados a la manera de Paul Fort.

Jorquera es un poeta moderno por la tendencia acentuadamente simbolista de sus estrofas. Persigue la sencillez musical de la forma.

Para este joven porta-lira el cerebralismo poético a lo Jorge Hübner o a lo Daniel Vázquez (Domingo Gómez Rojas), es como un paramento químico que puede fabricarse con los ingredientes del estudio, del talento y la ingeniosidad, después de fuertes disciplinas artísticas y estando en posesión del conocimiento sutil de los engranajes líricos y del espíritu más o menos dúctil, más o menos cohechable de la multitud que nos rodea.

Jorquera desearía tener en lugar del cerebro un enorme corazón sentimental, y en vez de vivir en medio de la atmós-

fera ciudadana repleta de hervores irritantes, incubar sus ensueños entre los arbolados aromosos, bajo el cielo perennemente elegíaco de nuestros campos.

Así, sus versos serían más fluidos, menos ingenuos; tendrían emociones más naturales, menos estragadas por el dolor de las urbes.

Es autor de una comedia para niños: *El Chafir de Cristal*.

Publicará: *A lo largo del camino* (artículos) y *Los Luján* (novela de costumbres nacionales).

LA BALADA DE LA NIEVE

Visten los caminos
sus trajes nupciales.
Han prendido linos
sobre los cristales.

La tierra cansada,
de alburas se agobia.
Bajo la nevada,
semeja una novia.

Qué dedos divinos,
qué manos benditas,
echan margaritas
sobre los caminos?

Qué huerto cerrado,
de sus azahares
se ve despojado?
Quién a los altares

robó el blanco lino,
que era destinado
para el adorado
Cordero Divino?

Es, madre, la luna
que ha quedado ciega,
y a la tierra llega?
Es que, una a una,
deshoja el Dios-niño,
rosas celestiales

y lirios pradiales,
blancos como armiño?

Madre, tengo pena
mientras, en el día,
la campana suena,
llena de alegría.

Yo no sé por qué
madre, me hallo triste,
cuando alba se viste
la tierra. No sé...

Quisiera este día,
llorar de emoción
la melancolía
de mi corazón.

La pena me agobia.
Yo recuerdo el día,
lleno de alegría,
cuando era una novia.

Con el alba, un día,
mi amado se fué.
Se fué mi alegría
con él y mi fé...

Era fino y leve
mi traje nupcial.
Igual que la nieve;
de blancura, igual.

LAS ARAÑAS

Pequeñas hilanderas,
que hilais en vuestras ruecas, bajo la noche mansa
los velos impalpables
de vuestras telarañas,
donde hay azul de noche,
donde la Luna, como sobre una frente casta
de novia pensativa,
puso todo el encanto de su beso de plata;
pequeñas hilanderas,
que colgáis de los muros de las casas,
vuestros palacios, bellos como un ensueño de Hadas;
que adornáis los rincones polvorientos
con los velos tejidos bajo la noche mansa,
cuando cansadas, duermen las abejas

y en su negro hipogeo las hormigas trabajan;
pequeñas hilanderas
que hermozáis la trágica
fealdad de los muros
y de los polvorientos rincones de las casas;
yo os amo, yo comprendo
vuestra labor paciente de obreras, y en la calma
de la noche, hasta escucho
el ruido de las ruecas que trabajan
en los velos sutiles,
cuando la sombra casta
envuelve en su misterio los objetos
y Satán, con sus alas de murciélago, llama
a los cristales
de las ventanas,
en las frías alcobas de las vírgenes
a la hora en que las brujas por los espacios vagan.

Pequeñas hilanderas,
vosotras a las casas
que fueron
abandonadas
vestís con el ropaje fino de vuestros velos;
por eso es que el Poeta
os llamó sus hermanas,
porque él como vosotras,
las fealdades trágicas
de todas las miserias
humanas,
adornó con los velos del Ensueño
y la Esperanza.



Alfredo Guillermo Bravo

(Valparaíso; 5 de Febrero de 1890)



El año 1908 publicó, en colaboración con otro escritor, un pequeño volumen poético, *Plumadas*. De 1910 datan sus obras *El jardín de mis ensueños*, con premio de Gustavo Silva, y de 1914 su *Torre sonora*, ambas de poesías.

Savia, nervio, vigor, entraña el estilo de este poeta. Se le puede tachar no pocos defectos de métrica y de gramática, y esto hay que decirlo sin ambajes. Se nota en él una visible fuerza progresiva. Empero, debe exigírsele mayor corrección de forma para que exista armonía entre el verso y su contenido.

Desfilan por su «Jardín» bohemios, trasnochadores, ciegos, truhanes, barredores nocturnos, mujeres del arroyo, organilleros de arrabal, toda una turba de miserables. Y de toda esa pobre gente, el poeta como el hermano Gorki, se conduce. Tiene frases consoladoras, impregnadas de la sudorosa filosofía del sufrimiento, para los infelices parias que arrastran su vida dolorosa en los bajos fondos sociales. No estigmatiza el vicio, la mugre, la tisis, el alcohol. Tampoco idealiza la miseria para hacerla aparecer como un andrajo ilu-

minado por una luz hermosa a la vez que falsa. Bravo sufre ante la miseria, se conmueve y canta. Su conmiseración repercutirá socialmente y acaso conmoverá al magnate y al funcionario que pueden mejo-

rar la deplorable situación de ese gran huérfano, el Pueblo. ¡Caridad! ¡Altruismo!... El nombre poco importa. En todo caso, el poeta cumple así una noble misión.

LUNA DE MEDITACION

PRELUDIO

La virtud, la abyección, la fe, la duda....
¿En dónde está el secreto de la vida?

Y en la serenidad del plenilunio,
como una esfinge misteriosa y muda,
quédase mi alma por el infortunio
de la meditación, sobrecojida.

Bajo la noche, la ciudad lejana
resopla como un tísico al que una
monja de blancos hábitos, la luna,
brindara el dón de su piedad cristiana.

El amor, el dolor, el triunfo, el duelo....
¿en dónde está la estrella del camino?
Medito zigzagueando en mi desvelo;
la noche, en tanto, sigue su destino
y está muda la tierra y mudo el cielo.

La vida, la imperial, la complicada,
psiquis de azul y carnación de lodo,
que equilibra el espíritu del todo
sobre el abismo ignaro de la nada....

Madre, primera gloria de mis horas,
a los veinte años ya desvanecida,
que por tu loco pensativo lloras,
¿en dónde está el misterio de la vida?
Amor mío, primera angustia mía,
Samaritana en cuyo cristalino
jarro aplaqué mi sed de poesía
¿en dónde está la estrella del camino?

El placer, el dolor, la fe, la duda....
Pienso. El paisaje como un Arlequino
duerme empolvado por la luna muda.

BUSCADORES DE ORO

Sonambulescos bajo el mal nativo,
el mal de la insatisfacción, tenaces,
desde la torre azul—mi alma—en que vivo,

los he visto buscar su lenitivo
y ambular bajo todos los disfraces:

asceta, en el silencio de los claustros,
besadora, en los tibios lupanares,
aventurero, en los extraños lares,
filósofo, en el mar, bajo los astros,
sátiro, en los jardines del exceso,
funámbulo, en las pistas mercenarias,
artista, en el olímpico embeleso,
héroe, en las hazañas temerarias,
vagabundo, en las turbas de emigrados,
primer blanco, en las trágicas partidas,
orate, en los asilos de alienados,
despojo, en el mesón de los suicidas.

Son los desesperados del misterio,
rebeldes al mutismo de la suerte
que entonan el fatídico salterio,
del dolor, del instinto y de la muerte.

Pobres, buscan la dicha, el vellocino
vedado, y contra Dios, contra el destino,
bañados en sus lágrimas salobres,
aullan por la estrella del camino....
Inútilmente, inútilmente....Pobres!

Sonambulescamente pensativos,
mírolos desde mi ancestral guarida
de ensueño, entre mis días fugitivos.
No tienen corazón, despojos vivos,
al vivir condescienden con la vida....

LA ORACIÓN EPICÚREA

Y hierática, estoica, mi voz reza:
En el nombre de la Naturaleza,
de su Belleza y de su Arte, Amén.

Oh, luna esposa de poetas, luna,
madre de la romántica tristeza,
por todos los que en pos de la fortuna
rindieron el espíritu y la sien,
haz a imagen de tu alma el alma mía,
con las sonrisas de tus claridades,
la gloria de tu fúlgida armonía
y la gracia de tus serenidades.

Astral, imperturbable, entre señeros
raptos de amor y arrobos de beldad,

a lo largo de todos los senderos
quiero ir tan solo hacia mi saciedad.

Peregrino del cielo, sobre el lodo,
para mi anhelo de sentirlo todo,
nunca las horas me satisfarán.
Como en un áureo búcaro, la esencia
de toda sensación, en mi existencia
las ansias de mi ser escanciarán.

¿El horror del vivir?... No se remedia
con llanto, con blasfemia o con locura,
el viejo mal de Adán que en todo asedia.
Si hallan los pies sobre la senda abrojos,
refulge un millón de astros en la altura
para el placer de los profundos ojos.

¡Oh, luna, diosa del romance, luna,
por la pasión de la cuadrilla en pena
que busca por el mundo la fortuna,
haz mi alma clara, armónica y serena,
propicia al goce, heroica en la tristeza,
grata al instinto, plena de desdén;
luna, símbolo blanco de entereza,
ven a mi corazón y a mi cabeza.
Alma serena de la luna, ven....

En el nombre de la Naturaleza,
de su Belleza y de su Arte. Amén!

DESOLACIÓN

¿Y el Ideal?...—Vivir inmóvil.—Pero
ideal es vigor, pasión, jornada.
Dilema cruel.... Vacilo, desespero,
y le grito a la noche ensimismada:
¿cuándo ha de iluminarse mi sendero?

El ideal.... Yo debo por su inmenso
culto de luz heroificar mi vida,
consumirme en su amor, como el incienso
se consume en la bóveda dormida,
sonreírle, bregar, rendir mi empeño
hasta alcanzar sus invioladas flores,
yo debo para redimir dolores
eternamente perseguir mi ensueño.

Debo luchar.... ¡Quién lo pudiera! Flébil,
perplejo, venenoso, envenenado,

neurótico y sin fe,—civilizado—
yo nací enfermo de mi tiempo, y débil,
el mayor triunfo para mí no fuera
compensable al amor sacrificado
en lograrlo. Luchar.... ¡quién lo pudiera!

Es que soy un inválido. Palpito
sobre la tierra como una perdida
nebulosa que cruza el infinito
sin orientarse.

Luna, astro bendito
¿cuándo ha de abrirse el arca de mi vida?

Oh, mi demoledora incertidumbre....
Pienso. La luna, muda va en huida
tras el negror de la lejana cumbre....

SONATA RESIGNADA

La virtud, la abyección, el triunfo, el duelo
el ferrado misterio de la vida,
¿a qué escrutarlo? Y ya convalecida
emerge mi alma de su astral desvelo.

Bajo la noche, la ciudad sombría
resopla como un tísico al que una
monja de blancos hábitos, la luna,
hubiera abandonado en la agonía.

El placer, el dolor, la fe, la duda....
una brisa aromática deslíe
sobre mí su frescor; mi sér sonríe
como un viajero ante la esfinge muda....

La dicha es la satisfacción en todo;
ser feliz es erguirse de igual modo
que la vida; fatal, silente, esquivo
a la investigación de los arcanos.
La dicha es la resignación. Hermanos,
cantemos al vivir contemplativo....

Preciso es avanzar a nuestro sino
que irremisiblemente nos reclama,
sin atender los gestos del destino,
(penas, placer, miserias, oro, fama)
ni interrogar jamás en el camino....

¡Resignación, magia de fortuna,

digo—El paisaje como un Pierrot clama
 por su fugada Colombin, la luna....

Ave, Resignación.... Pienso, sonrío,
 y me parece adivinar como una
 resurrección inmensa en torno mío.

A TERESA DE JESÚS

(Santa Teresa, amigo Bermúdez, es el don Quijote hembra).

Alberto Insúa.—*En Tierra de Santos*).

Dicen que eras hermosa como una primavera,
 que mirabas con ojos hondos como un dolor,
 que caía en cascada negra tu cabellera,
 que tus manos ducales, cual la mística cera
 del altar, eran blancas, suaves y sin calor.

Y diz que tu alma hallábase forastera en la tierra,
 —alma de iluminada, de celeste adalid—
 que vivías pensando, como una flor que cierra
 su broche a los azotes del viento, y que en la guerra
 contra el pecar te alzaste sublime como el Cid.

Hoy, cuatrocientos años después, cuando domina
 la vanidad que obliga a negar o descreer,
 se halla en tela de juicio vida tan peregrina,
 los psicópatas hurgan en su ciencia anodina,
 unos sonríen y otros invocan a Voltaire....

Y aunque fué tu hermosura la de una primavera,
 inculpan a tu carne no sé qué oculto horror,
 y aunque tu alma en la tierra se hallaba forastera,
 hay quien afirma «espíritu enfermo de quimera,
 una loca obsecada por la fe del Señor!»

Loca, sí, madre de Avila. Loco fué el Nazareno
 y loco el más heroico de los hombres: Colón;
 tu locura fué de esas: mal augusto, sereno,
 que al corazón mantiene perpetuamente pleno
 de ardor, pleno de ansias, pleno de redención....

Fuiste una formidable soñadora. Supiste
 en medio de la humana ruindad, sólo exprimir
 quimeras en el cáliz de tu gran alma triste.
 No te saciaste nunca de soñar y moriste
 acariciando el sueño de un más alto vivir!

Y tu amor fué infinito. Cifraste las delicias
de tu sér impoluto, como luz, como flor,
en ofrendar las blancas rosas de tus caricias
a un Esposo Invisible.... Entregaste primicias
por promesas.... ¡Oh! inmensa maravilla de amor....

Más que santa, eres héroe. Tus místicos delirios
pudo acaso engendrarlos tu propia condición;
pero tu hambre de cielo, tus conscientes martirios,
tu certidumbre férrea de ver al fin los lirios
de tu esperanza abiertos, gestos de héroe son.

Tu vida es como un hondo poema en que se aprende
todo, pues simbolizas la pureza y la fe.
¡La pureza, tesoro que nunca se comprende!
La fe, sol que en la lucha reconforta y defiende....
Fe, pureza.... ¡Oh Maestra, cuán tarde te encontré!....

Tu tiempo está reñido con mi tiempo. Tus años
fueron los del hermoso triunfo del Ideal.
Paladines, los hombres combatían huraños
por el bien mancillado, por desfacer engaños,
igual que don Alonso Quijano, el inmortal.

Hoy, cuatrocientos años después, hoy nos domina,
si no la indiferencia, la duda o el descreer;
por eso es un asombro tu vida peregrina;
se interpretan sus rasgos por la ciencia anodina
y unos sonríen y otros invocan a Voltaire....

Pero ¡oh Divina Oveja! las almas sentidoras,
tus hermanas de anhelos y utópico fervor,
comprendemos la gloria de tus líricas horas....
Bendita tú eres entre todas las soñadoras
y bendito es el fruto de tu espíritu: Amor...



Luis Enrique Carrera

(N. en Valparaíso, el 22 de Octubre de 1891).



Demostó desde muy niño inclinaciones artísticas y una gran piedad por las turbas oprimidas.

Su prosa y sus versos, acerbados y firmes, son clarinazos de redención social, de odio para la vida ciudadana que destruye los más hermosos ideales con su marea de prejuicios y su materialismo asfixiante. Por eso ama la quietud de los pueblos campesinos, en donde los hombres, el amor y las conciencias, se adormecen bajo la sana caricia de la espiritualidad.

Este artista, apasionado fervoroso de Pezoa Véliz, es un intuitivo y a la vez un asimilador como ninguno de nuestros poetas.

Desconocedor absoluto de los cánones retóricos del clacisismo y del engranaje complicado del modernismo poéticos, perfila sus estrofas y desenvuelve un cuento o un poema como un buen estilista.

Sus versos poseen el corte y la substancia de los de Víctor Domingo Silva; a veces tienen el gesto agrio de los de Pezoa Véliz, y, otras, el individualismo casero y apacible de Eva-

risto Carriego. Cada poeta o escritor que despierta simpatías en él, tendrá que asomar inexorablemente su idiosincrasia artística por las puntas de la pluma de Carrera.

Esta falta de originalidad y sobra de asimilación le han perjudicado enormemente, pues, entre los intelectuales, goza sólo de una buena fama de «dilettanti».

Es un laborioso sin énfasis ni ambiciones bastardas. Trabaja silenciosamente, ahogada su voz de un santo cristianismo, en la montaña de una empresa imposible. Es un fervoroso del arte en todas sus manifestaciones.

En sus tiempos de muchacho quiso gritar a todo pulmón, su amor inmenso por la casta maldita de la esclavitud contemporánea sin cadena y con amos; pero, rendido por su impotencia, enmudeció y arrojó al núcleo indiferente sus carillas incendiarias, que, como tantas y tantas otras, rodaron en el vacío.

Ha colaborado en una infinidad de periódicos y revistas del país.

Como periodista de combate fundó y dirigió sucesivamente en La Calera, cuatro órganos de carácter socialista y político que murieron por inanición.

Espera restringir los gastos de la vida ordinaria para publicar tres libros: uno de poesías, otro de cuentos y una novela inspirada en una estrofa de Pezoa Véliz, que se titulará *La vida es así...*

Actualmente es redactor de «El Mercurio» de Valparaíso.

ELLA ME HABLABA ASÍ...

Ella me hablaba así: confiada, ingenuamente,
como nos hablarían los niños
si nuestra imperfección no nos vedara
comprender sus profundos balbuceos.

Me decía de las desolaciones de su alma,
de sus incertidumbres,
del dolor que vació en ella la maldad de los hombres
y de su incapacidad para odiar.

Hablaba lentamente.

.....
Hablaba como un niño que ha sufrido,
pero que aún es niño.

En el ambiente estaban plasmadas sus palabras:
yo las percibía con todos mis sentidos:
las veía.
Las palpaba.

Penetraban en mí por mis oídos,
por mi boca, por mis ojos,
y por mis poros.
Me besaban con el aire.

Eran la idea hecha materia
y musicalizada por su acento.
(Su acento, fresca enramada de armonía,
para el ardor estival de su espíritu).

Yo escuchaba la música de sus palabras,
bebía sus ideas,
comía sus ideas,
y me nutría de su alma.

¿Qué fué de ella? No sé...
Talvez se diluyó en la sombra
.....
¡Siempre juzgué que no era de este mundo!

LAS NOCHES DEL BARRIO

Cuando ya anochece, salen mis vecinas
a pasear un rato fuera de la casa,
hacen los galanes coro en las esquinas
y algunos abusan de la luz escasa.

Pronto forman grupos; brotan galanteos;
hay voces que ríen y hay voces que cantan,
y otras que comentan esos devaneos
de las parejitas, que ya se adelantan.

Aunque se prohíben las murmuraciones,
circulan las frases de doble sentido,
y no es raro que alguien forme discusiones
pidiendo que expliquen «algo que ha oído».

N «falta, en el grupo de los despechados,
algún envidioso (del que no hacen caso)
que critique a «aquellos dos desvergonzados
que van tan campantes, cogidos del brazo».

Tampoco escasean los *guapos* audaces
que provocan serias escenas de celos,
y como se exaltan con gritos y frases,
vienen desafíos a riñas y duelos.

Entre ellas acallan al que así molesta,
y hasta le amenazan con «dejarlo a un lado».
—«Nunca falta un torpe que turbe la fiesta!»
—«Y eso que se cree tan bien educado...»

Vuelve la confianza; surgen confesiones;
el calor da audacias a toda sonrisa;
los diálogos tienen rumor de oraciones,
y entre risa y besos, Amor canta misa.

Como algunos temen a los indiscretos
buscan la penumbra de amables rincones,
y a solas se dicen los dulces secretos
que siempre desbordan de sus corazones.

Estallan las ansias; el grupo se anima;
en todos los ojos brilla la embriaguez,
la mano acaricia, la palabra mima,
el corazón salta: ¡No des un traspíés!...

Los minutos corren... Pronto se desgrana
el grupo. «Es muy tarde, y hay que separarse».
Se entreabre una puerta y una voz de anciana
dice: ¡Son las once, niñas! a acostarse!»

* * *

Impera el silencio, la quietud estática.
Luego, alguien que silba. Se abre una ventana.
Y una parejita reanuda la plática,
mientras a lo lejos suena una campana.

Rumor de suspiro, de beso o de queja
de almas que se abrasan en locos anhelos...
Cierre sigiloso... Sombra que se aleja.
.....
Después...

«Padre nuestro que estás en los cielos»...



Carlos Préndez Saldías

(N. en Santiago, en 1892).



Si le vierais por esos portales de Santiago, envuelto en su enorme gabán negro, mirando olímpicamente a todo el mundo, a través de sus gafas cristalinas, y con su chambergó flotante sobre la gran melena almidonada—servil y pigmea imitación de Federico Mistral— creeríais tener delante de vosotros a un maniático pasivo, a un filósofo impenetrable de baratillo o a un poeta de esos que en las tablas sirven de caricatura para hacer reír al público liviano.

Este misterio que rodea su figura acaramelada y popular para ciertas gentes, es uno de los encantos exquisitos de que podéis disfrutar.

No os acerquéis a él, porque vuestro encanto rodará destrozado por los suelos.

No escuchéis sus confidencias en la intimidad de una conversación, porque sentiréis deseos de abofetearle las mejillas y de estrujarle esos labios que parecen abrirse sólo para extrañas revelaciones.

Hablad con él, de artista a artista, y creeréis encontraros ante el más vulgar de los vividores, ante el más insignificante de los empleados de un Correo.

No hay nada en sus palabras que refleje un pensamiento sutil, una idea refinada, un ensueño de poeta.

Es brusco, grosero y trivial, desabrido, hermético y contundente para emitir sus opiniones críticas; y, cuando procura hacer demostraciones de gracejo, cuando intenta chistes y misceláneas, allá en las mesas pobladas de libertinos y vasos de mosto, propicias al aplauso hilaridante, necesariamente deberéis reiros para no llorar.

Su primer libro *Misal Rojo* (1914) es de mérito. Hay gestos entre sus páginas que, más que poemas vividos, son posturas de apóstol de pacotilla, bizarrías de monos de cera; pero, por sobre todas estas debilidades, se levanta la burbuja de una poesía lustrosa y carnosa que lleva, en su vientre cristalino, sonidos inauditos que balbucean magníficas promesas.

En 1915 publicó *Paisajes de mi corazón*, almáco de canciones dolorosas y fuertes, demoníacas, inquietas y tumultuosas, que hablan de una originalidad absoluta pero vacilante, de una individualidad desorientada que va recta hacia las cumbres aisladas y luminosas, aunque, a tropiezos, como los ciegos que saben a donde dirigen sus pasos pero temen extraviarse al sentir el vacío del más allá.

A veces, su alma batalladora y bohemia, tiene momentos de reposo y cansancio, y se detiene en actitudes piadosas y místicas al borde del camino polvoriento. Y canta, y sus canciones de amor y ternura tienen murmullos inefables de brisa en la arboleda, temblores de manantial agitado por una mano de mujer. Y entonces es cuando tal vez alcanza el más puro y bello ideal del poeta: estremecer, conmover, obsesionar los corazones sin provocar espantos ni desgarramientos interiores; humedecer con lágrimas de espíritu la conciencia extraña y no salpicar con plomo hirviendo el rostro de la humanidad. Esto, para los que no lleven sangre de poeta en las venas.

Carlos Préndez, si no tuerce sus huellas como los agitadores acomodaticios, llegará a adquirir cierta originalidad entre nosotros.

Tiene inédito un tomo de poesías, *Salmos Prohibidos*, que piensa publicar próximamente.

LA PENA QUE BENDIGO

Cuando nos encontramos en las calles dormidas
y distraídamente nos miramos las caras,

sufro toda la angustia de las horas perdidas
en que rogué a la Virgen que nunca me olvidaras.

La pulsación enferma que tienen las heridas
parece que en mis sienes a tu paso dejaras,
y lloro lo imposible de las tardes vividas,
como si en mis recuerdos algo resucitaras.

La blancura enfermiza de tus manos pequeñas
habla calladamente de las noches que sueñas
el ardor inefable de los goces arcanos.

Y bendigo la pena de todo lo vivido,
yo que pude en tus senos entregarme al Olvido
y sanar la enfermiza blancura de tus manos!

RÁFAGA DE OLVIDO

Cierra al camino la ventana.
Vive en la sombra mi canción.
La rubia hermana
ya no viene, corazón.

Deja que ría la mañana

sobre la paz de tu balcón,
mientras tu pena se desgrana
como pedazos de oración.

Cierra al camino la ventana,
que pasa el viento, corazón.

HUERTOS INTERIORES

(Habla mi corazón).

Eternamente floridos,
como la pena de ser,
sufren mis huertos dormidos
la nostalgia de querer.

En los rosales caídos
viven las rosas de ayer,
con los jugos exprimidos
en tus labios de mujer.

En las sendas olvidadas
están vivas las pisadas
femeninas de tu pie,

y los mudos surtidores
dicen con viejos rumores
la canción de lo que fué.

*

En las noches, ilumina
su fragante soledad
la florescencia divina
de tu rubia mocedad.

Reza una voz cristalina
la plegaria de otra edad,
y en su ritmo se adivina
tu luminosa piedad.

Por la fe de mis antojos
siembran lágrimas tus ojos
para que te lllore más,

y en los senderos, parece
que mi nostalgia florece
cuando en silencio te vas.



Enrique Ponce

(N. en Valparaíso, en 1892).



No es de esas mediocridades vejestoriamente definitivas, como la de un *Antonio Bórquez Solar*; no es de esas mediocridades que nacen y mueren en desgracia de mediocridad, como el aludido Bórquez.

Suele creerse por ahí, entre los bajos fondos de la multitud, que es más apreciable un vejete autor de media docena de volúmenes atiborrados de nulidad, menesterosos y churrescos de arte e inflados de pretensión a lo pavo real (me refiero a *Antonio Bórquez*), que un poema vibrante de lirismo, de emoción y juventud, de cualquiera de los adolescentes casi anónimos que figuran en ésta y en la serie anterior de nuestra obra.

No se toma en consideración el verdadero mérito, sino los años, las arrugas, los bigotes, las dimensiones y las fatuidades de ciertos poetas.

No se piensa en que son más dignas del aplauso, antes que una mediocre realidad estancada, una mediocre esperanza en movimiento, y antes que una chochez churrullera, tatuada con timbres, cascabeles y vistos buenos de academias

venales y liliputienses para el Sano Juicio, una juventud discreta, moderna y honrada, que repecha por sus propios esfuerzos y lucha por ideales propios, que, en su gran modestia, jamás llegará a colgarse alabanzas que son un sambenito y una demostración de cojera espiritual, y que, para trascender al público, no necesita andar a la caza de directores de diarios o vegetando en las salas de redacción de cualquiera revista, como un vulgar principiante.

Enrique Ponce es una mediocre esperanza en movimiento, no una mediocre realidad estancada. Es una juventud, no una chochez. Es un poeta que será, no tanto por lo que representa ahora sino por lo que significa para el futuro.

Publicó su primero y único libro, *Flores de Espino*, a fines del año 1916. No fué ni una revelación, ni un apóstrofe al buen gusto; nació en pañales tibios. Y, sin embargo, en todos los corrillos literarios se dijo: Hé ahí un hombre, un hombre poeta!

Y, en realidad, sus versos son los de un poeta, de uno que se inicia cobijándose bajo banderas más o menos nobles.

Y sus primeros poemas—reminiscentes de los de Herrera y Reissig, Carriego y Francis Jammes—hablan de un temperamento fuerte de pintor realista, de un cantor descriptivo del alma nacional, y de un rapsoda romántico que fracasa cada vez que gime ante las muchachitas suburbanas creadas para el espíritu esmirriado de un Carlos Barella.

Dura, maciza y casi libidinosa, es la corteza de los poemas de *Flores de Espino*, como los trozos de vida que palpitan bajo ella. Cuadros íntimos del hogar y del terruño, tipos característicos del pueblo, animales domésticos, útiles de cocina, menestras caseras y películas de la vida ordinaria y vulgar, adquieren en las estrofas de Ponce un vigor tragi-cómico de poesía criollista. No porque sean productos bastardos de un espíritu incapaz, sino porque así los coge su retina de pintor lírico y porque así los reproduce su emoción artística.

Si este poeta abandonara las fórmulas exteriores de Herrera y Reissig (lenguaje argentinesco que resalta en casi todo su libro), podría figurar en nuestra literatura como un tipo original y de mérito.

Sus temas nuevos y sus ideas bizarras, desconocidos entre nosotros, hablan de todo un carácter, ahito ya de buenos versos comunes y sediento de renovación.

Publicará próximamente: *Cuentos perversos*.

Es empleado de Banco en Valparaíso.

LOS ESPINOS

¿Quién fué el señor y dueño de toda esta montaña
de cuyo reino apenas quedaron los espinos?
¿Qué brujas de leyendas cruzaron los caminos
por donde aún se escurren siniestras alimañas?

¿Por qué es su nevazón retorcida y huraña
cual si una maldición pesara en su destino?
¿Por qué hiere los pies del dócil peregrino
que en la noche se acerca rezando a la montaña?

¿Quién descifra el misterio del árbol saturniano
que a los buhos perversos acoge como hermanos
y a las mansas palomas desgarras sin clemencia?
Si son vidas prolíficas y han rendido tesoro
y a cópulas de diablos debieron su existencia,
¿qué gnomo bajo tierra cosecha el fruto de oro?

LA ALACENA

Empotrada en el grueso paredón de la cocina,
esparce su bucólica fragancia la alacena...
Tesoro agrario guarda: viejos mostos, cecina,
los quesos y los higos con la harina morena.

Desde la madrugada, róndala con inquina
un gato taumaturgo de facha nada buena,
y aunque la maritornes se precia de ladina,
es fijo que ese gato ganará al fin su cena...

Al caer de la tarde, le corren un cerrojo
confiadas en que el bicho no logrará su antojo,
mas nunca falta, en cambio, un hijo calavera
que arriba, a media noche, borracho como parra
y cediendo al empeño del compinche que espera,
sustraiga el viejo mosto para seguir la farra.

EL GUARDIA

Muy grave entre los graves, lo espera el tabernero;
salúdanse cordiales, con gravedad patricia,
y discutiendo el tema: «la clausura edilicia»,
le sirve una botella al «artículo primero».

Achácale en su halago la muerte de un cuatrero
y en la hora de almuerzo, con ladina malicia,
le brinda de un clarete que es todo una delicia...
(La cuestión es que al guardia se le agoten los «peros»).

Y triunfa de un hortera el consejo erudito;
la jugada al esbirro regocija al distrito,
pues mientras el Domingo se anuncia en las vihuelas

mejor que en la apostólica unción de la parroquia,
del guardia desarmado, el cual ya *soliloquia*,
se burlan los compadres bebiendo sin cautela.

LA SIESTA

Dan las dos de la tarde. La merienda concluye.
Por ser bueno el hartazgo nadie hay que de él se duela;
si alguien deja la mesa, es que del calor huye;
los más, repantigados, explóranse las muelas.

Del meollo embotado el chiste ya no fluye
y a poco la modorra nuestras miradas vela
y en los cerebros chatos los proyectos destruye
del cura, apotecario y maestro de escuela.

Todos duermen. En tanto la bravía mucama,
a quien un ardor único todo su sér inflama,
cautelosa e hipócrita, se acerca a los postigos,
y viendo que sus amos son presas de la siesta
como una ninfa impúdica de helénica floresta
se escurre entre las viñas tras un sátiro amigo.

EL PUENTE

Eliana grita y jura que en él no ha reparado,
que suya no es la culpa si el puente no resiste
y al agua van los dos... «Debió haberse guardado»,
pero como él no cede, ella, sonriendo, insiste...

Y hay ansias y caricias... mil ansias de pecado
y voces incitantes en todo lo que existe
y el efebó ardoroso que el amor ya ha gustado
contiene su deseo como a un toro que embiste.

Mas, de pronto, él advierte en las aguas tranquilas
las gracias ondulantes de unos muslos desnudos,
y al mirarse de nuevo en las claras pupilas,
contémplanse febriles, en un éxtasis mudo,
y retroceden juntos por el puente que oscila
para echarse en el césped mullido hechos un nudo...

EL MATE

Arden con llamas verdes las lámparas cobrizas,
el corrillo decrepito trasunta a Zuloaga,
y en torno del brasero se pierde entre sonrisas
un charlar cacofónico sobre penas aciagas.

Con manos sarmentosas, la criada sumisa,
va peinando a la tía trenzas y moñas vagas;

los chiquillos, dormidos, sueñan, y en la repisa los intima Jesús mostrándoles sus llagas.

Pensando en su «mañana» cuando el sol ya no alumbre gargariza la abuela con santa mansedumbre, y mientras los cedrones prodigan sus fragancias, de pronto, el sahumerio de la azúcar tostada erige una columna serpentina en la estancia y escapan por los muros arácnidas mesnadas.

EL CORTEJO

Una nube de polvo va dejando el cortejo que antes de anochecer llegará a la montaña. ¿Quién lo hubiera creído? Morir por fin el viejo que parecía el alma de toda la campaña.

Ponía en lo que hablaba siempre tanto gracejo, que daba gusto oírle contar de alguna hazaña y aunque era aficionado un tanto al vino añejo, él nunca con sus bromas sembraba la cizaña.

—«Varón más bueno y santo (afirma el pobre cura que supo del difunto quizás mil amarguras) no se verá en el pueblo, ni lo verán mis ojos...»—

Y asienten los labriegos, llenos de pesadumbre, mientras van con el féretro por entre los rastros y miran la agonía del sol sobre las cumbres.



Vicente Huidobro

(N. en Santiago, el 10 de Enero de 1893).



Este muchacho artista es un carácter. Cuando otros, a su edad, con su posición social y sus millones, se entregan a la esterilidad de una vida estragada de ocios blandos u obscuros libertinajes, él, demasiado poeta y con algo de un Quijote moderno en el alma y en las pupilas, alza la pluma como una bandera de luminosos ideales, depone sus prejuicios de estirpe, y escribe sus libros que son como una rebelión para su cuna, puesto que canta a los desheredados del mundo, blasfemando contra las cadenas sociales; que son una amenaza, pues su prosa centelleante tiene apóstrofes sangrientos y escupitajos contra los falsos ídolos que ensombrecen las alturas: y que son un triunfo, pues sus versos los aplaude la vigorosa generación actual de ahora, y los gruñen sordamente, como perros sarnosos, los veteranos vencidos de peluca y pluma de ave de nuestra literatura.

Vicente Huidobro es un orgulloso. Contra toda marea, contra todo prejuicio, lanza sus libros robustos, de versos que huelen a pólvora y a adelfas para los pelucones literarios de esta edad media que estamos renovando; y que son, para nosotros, apocalipsis de acentos nuevos, jornadas de

alma y sensaciones imprecisas de un arte propio y firme.

Huidobro es un temperamento: pagado de sí mismo, nada teme ni nada le importa. En uno

de sus más ardientes libros dice: «Tengo completa fe en mí mismo. Tengo tal seguridad de las cosas que si el mismísimo D'Annunzio me atacara literariamente, lo sentiría mucho por él. Y más adelante agrega: «Siempre he tenido la seguridad de que yo haré mi obra y llegaré al triunfo; por eso no temo gritar alabanzas con todos mis pulmones a los que creo las merecen. Si ellos hacen su obra, yo también haré la mía. Si ellos llegan al triunfo, yo también estoy seguro de llegar».

Nosotros creemos lo mismo. Llegará.

Los versos de este poeta son disparejos, ásperos y gruesos, pero musicales. Se nos figuran gusanos de espíritu inflamados de materia gris. Son musicales como la música de los oleajes y de los truenos. Cortantes, como las espadas de doble filo. Penetrantes, como el aire de una noche siberiana. A veces tropiezan y vuelven a remontar el vuelo. Otras, se cansan de andar en las alturas y corren como arañas por los muros bajos. Pero siempre son altivos: en las caídas se ven mejor sus inflexiones supremas.

Su poesía tiene la pujanza de sus veintitrés años. Es un simbolista de fuerza pasmosa. Su poema «Cuando yo me haya muerto», debería llevar la firma de un Mallarmé o de un Rollinat.

Sus ojos de poeta tienen una profunda intuición. Lo que no ve, lo que no presencia, lo adivinan sus párpados cerrados por el peso de la concentración psíquica, a larga distancia y a través de lo impalpado, de lo desconocido, y ante el influjo de un milagro intuitivo sorprendente.

Esta es una cualidad más del poeta, que a muchos causa una sonrisa despectiva y dudosa.

El olímpico además de sus versos produjo escoror en la piel acetrinada de ciertos zoilos jornaleros de la prensa, que le abrieron las puertas de una popularidad prematura.

Ninguno tan laborioso, tan entusiasta, tan fiel a sus ideales, como Huidobro. Nació para poeta, morirá en gracia de poeta. El lo ha dicho con un gesto de orgullo en su dedicatoria de *La Gruta del Silencio*: «Dei Gratia Vates».

Su regia mansión de la Alameda de las Delicias, en Santiago, fué, hasta hace poco, el cenáculo más concurrido por todos los intelectuales sin distinción de rango, de escuelas literarias o artísticas y credos religiosos.

Para todos ha habido en ella una charla común y un común afecto, que han hecho insensibles e inolvidables las veladas.

Es el poeta más fecundo de la generación a que pertenece. Lleva publicados seis libros:

Ecos del Alma (1910), poesías de los dieciséis años;

Canciones en la Noche (1913), poesías;

La Gruta del Silencio (1913), poesías;

Pasando y Pasando.... (1914), crónicas y comentarios;

Las Pagodas Ocultas y Adán (poema) 1916.

Cerca de medio centenar de salmos, parábolas y otros poemas en prosa, constituyen el penúltimo libro de V. Huidobro, que lo coloca en uno de los lugares avanzados de nuestra actual literatura.

En ésta, obra vibrante de lirismos y concepciones plasmadas en el molde de los símbolos e ideales más bellos, de tendencia sutil y moralizadora, vemos alzarse la figura bizarra de un escritor lleno de juventud, que va por un camino propio cosechando admiraciones y aplausos de los grandes y mordiscos e indiferencia de los envidiosos y de los pigmeos.

La Gruta del Silencio es un libro bello y alucinante que muchos babearon porque no lo comprendieron y que ha sido el zarpazo más audaz de rebelión contra los tiranos códigos de la métrica, la idea afeminada y homogénea, y la aguanosa claridad de la expresión clásica.

Su poema *Adán* significa un retroceso en su labor artística; es un libro pretencioso, ingenuo y mediocre que apenas se salva por algunas chispas de ingenio poético.

En 1913, Huidobro estrenó con éxito, una comedia *Cuando el amor se vaya*, escrita en colaboración con Gabry Rivas, poeta tropical.

Fué fundador y director de las revistas de arte puro «Musa Joven» y «Azul», que fallecieron después de una fructífera cruzada en pro de las bellas artes.

Grandes escritores nacionales y extranjeros le han felicitado y estimulado por sus obras.

Tiene listos para publicar tres libros de diversa índole artística, entre éstos *El Canto Imperceptible*, versos.

Habría figurado con brillo en la primera serie de esta obra si su poema *Adán*, último libro de este poeta, hubiera acusado la originalidad que le es característica y no la influencia de escritores que están a su misma altura.

Hace poco ha sido nombrado adicto a la Legación de Chile en Italia.

CUANDO YO ME HAYA MUERTO

Habrá presentimientos en las cosas
y en la muda quietud de los objetos;

me vendrán obsesiones intensas, dolorosas,
y sentiré unas ansias de contar mis secretos.

Arañaré las sábanas en rudas crispaciones,
la nariz afilada tomará albor de lino,
a todos los presentes les pediré perdones
y sentiré sollozos en el cuarto vecino.

.....

Mi alma se quedará mirando el cuerpo inerte
como quien mira un traje que recién se ha quitado,
y por una ventana se escapará la muerte
sin ruido y yo velando me quedaré a mi lado.

Veré cómo mi cuerpo se enfría poco a poco;
veré cómo me ponen un traje negro y grave,
un Cristo entre las manos, acaso el que coloco
sobre mi velador; el de mirada suave.

Me cruzarán las manos ya frías sobre el pecho,
me enjugarán el último sudor de muerte helado;
la huella de mi cuerpo se quedará en el lecho
que guardará mis penas postreras apiadado.

Me pondrán en la caja y en la capilla ardiente
donde lloran las velas y hay olor a alcanfor.
Y veré cómo entra, reza y sale la gente....
Acaso de los míos besar querré el dolor.

Después vendrá el entierro, me sacarán de casa
para jamás volver, aunque mi amor lo quiera;
alguien habrá que al ataúd se abraza
y la quitan por fuerza y la arrastran afuera.

Mi espíritu irá siempre detrás de los que he amado
¡qué horrible si yo quiero besarlos y no puedo!
¡Qué horrible ir viendo cómo de mí se han olvidado
y sólo me recuerdan cuando me tienen miedo!

Y luego los sobrinos: «El ánima del tío»,
y arrancarán veloces en las noches oscuras....
Allá en el cementerio yo temblaré de frío
y la luna de Otoño me envolverá en blancuras.

Se sentirán mis pasos en las piezas desiertas
y se sentirán golpes, suspiros, raspaduras;
¡qué susto pasar frente a las ventanas abiertas
que se quedan a veces en las piezas oscuras!

Creerán ver mi cara detrás de los cristales
y pasarán corriendo o mirando de reojo,
verán en todas partes mis huellas, mis señales,
¡qué gritos tan horribles cuando suene un cerrojo!

¡Cómo se arroparán los niños la cabeza
por no verme parado a los pies de la cama,
y mi espíritu cómo llorará de tristeza
al contemplarse huérfano de los seres que ama!

Tal vez alguna vieja sirvienta visionaria
contará haberme visto cruzar los corredores,
me pintará de alguna manera extraordinaria
envuelto en una especie de flotantes vapores.

Y después, cuando mueran los seres más queridos,
al lado de la muerte los estaré aguardando
y qué goce tan grande cuando otra vez unidos
en los hondos misterios yo los vaya iniciando.

Vendrá una noche en que alguien llorosa y ya cansada,
la única persona que no olvide jamás,
pregunte por mí al aire, quejosa y desolada,
y acaso habrá algún cuervo que grazne: ¡Nunca más!

LA ARAÑA NEGRA

¡Oh la araña negra, la mala suerte!
la fosca anunciadora de la muerte.
Las que crían las Parcas en su pelo,
las que escuchan al tiempo arrastrarse por el suelo.
Ahí está quieta en la pared clavada
como una pelusa de plumero.
Parece que en mí fija su mirada,
parece que medita. Luego anda ligero
y luego corre más.
Mueve veloz las patas cual remos sin compás;
luego, se pára,
contorsiona sus patas alámbricas y raras
y yo siento como si el alma me arañara.
Después se queda allí medio estirada
cual si estuviera en el papel bordada.
Dime, araña, ¿qué tienes?
¿Para qué junto a mí vienes?
¿qué me quieres anunciar?
¿Qué tiene la araña que me hace temblar
cual fuese la tejedora

del hilo de la vida y me viniera a espiar?
Está escuchando al tiempo y siente cada hora
que resbala retratando un momento
como un cuadro que se cae y se rompe.
Me parece que siento
hasta su más pequeño movimiento
repercutir en mí. Vuelve a andar ligero
(me atraviesa los huesos un lento escalofrío).

Alargando las patas se mete a un agujero
y yo creo sentir que se lleva algo mío.

.....

¡Bah! son meras alucinaciones
del ajenjo, son torpes obsesiones.

Ella sabe los secretos
de las rendijas,
de las calaveras y los esqueletos;
sabe los secretos de la flor y el nido
y sus telas prolijas son como el olvido;
han cubierto ataúdes,
maldades y virtudes.
Sus telas han enlazado el bien y el mal,
la escoria y el rosal,
lo pequeño y lo ideal.

ELEGIA A CARRIEGO (1)

Se rompió el organillo de Evaristo Carriego...
El silencio se duerme en el suburbio largo
y lloran como nunca los ojos de aquel ciego
que aguardaba en la puerta con un aire amargo.

Cómo te habrán sentido el triste, el vagabundo,
con qué pena tan grande te habrán llorado; acaso
ahora se encuentra solita en el mundo
la costurerita que dió aquel mal paso.

Quién sabe si parada junto a su puerta, alguna
muchachita se acuerda de cuando tú pasabas
y fija sus miradas, llorosas en la luna,
recordando el encanto con que tú la mirabas.

(1) Evaristo Carriego, gran poeta argentino, cantor exquisito de la vida popular. Murió a los treinta años, asesinado por la fiebre y los delirios de la gran cosmópolis bonaerense.

Cuando tú te alejaste lloró la sensiblera,
la linda vecinita que consolabas tú,
la que hacían llorar los chicos de la acera
cantándole el «Mambrú».

Las casas del suburbio cuchichearon su pena,
lloraron los faroles sus lágrimas de luz,
tu alma para todos era una madrecita buena,
tus versos bendecían y amaban cual Jesús.

Cuando tú te alejaste una flor pueblerina
lloró, lloró la luna hasta quedarse marchita,
y entre las cuerdas dulces de una mandolina
se suicidó una blanca vidalita.

EL POEMA PARA MI HIJA

Hija, tú que eres un retoño de mi vida,
tú que eres una continuación de mí mismo,
de mi silencio y de mi melancolía;
tú que tienes la dulzura de lirio
de tu madre, mírame largamente
con tus ojitos llenos de alborada,
llenos de una tristeza que se presiente
porque el talento es una gran desgracia.

¿Qué quieres que te diga
cuando abres el interrogativo de tu mirada?
¿Quieres saber algo de tu vida
y por qué de repente te has encontrado aquí?
Tú eres una refundición de ella y de mí,
tú eres el retrato y la firma de nuestro amor,
tú tienes de los dos:
tienes de mi tristeza meditativa
y de la fuente clara de tu sonrisa.

.....

Hija, tú has encendido
una luz en mi corazón,
tú has sido un florecer divino
en el desdoblamiento de mi amor.

Tú me perdonarás mi dolor de Arte,
mi amor a las alas de cisne,
mi fervor a lo triste y lo grande,
mi terror a la vida que sigue.

Amo y medito sobre el milagro astral
de los hombres divinos,
tiemblo ante todo lo sobrenatural
y lloro como un perro a lo desconocido.

Mi tristeza de ensueño enorme y dolorosa
registra por el alma en busca de algo,
va como una princesa loca
que recorre el palacio con los ojos clavados.

Ama la luna escuálida
que cruza en un blanco derroche,
la reina tísica y pálida
presa en la cárcel de la noche.

.....

Hija no creas en la ironía de los blasones
sé tú misma toda tu aristocracia,
la gran aristocracia de los bosques
que se resume en levantar sus ansias.

.....

El otro día al cruzar la Alameda
vi unas niñas jugando a la rueda
y una niña pobre que miraba de lejos
con ojos codiciosos y llenos de dolor;
su madre la arrastraba y ella volvía los ojos
como diciendo: «Por qué no puedo jugar con ellas yo?»
Y su madre decía:
«Ven, ese es el juego de las niñas ricas».
Pensé en ti, hija mía,
maldije los blasones
y pensé que tú habrías jugado
con la niña pobre.

—————

LA OBSESION DE LOS DIENTES

Tenía los dientes tan finos y delgados,
como las hojas de una margarita,
y al reir con los labios desplegados
al abrir su boquita,
me venía el deseo importuno
sentía la obsesión malvada
de arrancárselos uno a uno
jugando al «me quiere, mucho, poquito, nada».



Armando Blin

(N en Santiago, el 20 de Mayo de 1893).



No contorsiona la frase, no rebusca su tecnología poética, so pretexto de sutiles y verbales refinamientos. Así su verso resulta fluido, llano, fácil.

Cultiva de preferencia el sonetín. Y, a decir verdad, por su calor y movimiento, los sonetos de Blin no parecen forjados en ese clásico molde de hierro. Su composición «*Maria Cenicienta*»,—declamada con franco éxito en el Ateneo de Santiago,—es una feliz rememoración del hermoso «*Crepúsculo*» de José Asunción Silva.

Ha viajado por casi todo Chile, de Tacna a Valdivia, región esta última en donde tuvo oportunidad de admirar esas espléndidas floraciones del sur, que con sus orquestales rumores nutren de panteístico lirismo el sediento espíritu de los turistas que buscan el olvido de las monotonías de la urbe. Blin ha logrado, así, recibir sensaciones estéticas directas de la naturaleza, del campo, del viaje, del ambiente; lo que le ha evitado en mucho la producción de una simple labor refleja, como ocurre a quienes, al escribir, rememoran bajo la influencia de una fatal obsesión, lo leído en libros y revistas.

NEBLINA

Con su aliento de humedad,
ténueamente blanquecina,
baja lenta la neblina
enturbiando la ciudad.

Por los callejones viejos
los faroles alineados
parecen ojos cansados
de pretender mirar lejos.

Como apariciones quietas
los álamos sus siluetas
en largas sombras diseñan.

Los viejos sauces, en tanto,
hacen más denso su manto,
y bajo su sombra, sueñan...

CONCIERTO NOCTURNO

Canta un gallo en el corral,
ladra un perro en la alquería,
y llora su hipocondría
la rana en el manantial.

Cerca de mi estancia, un grillo
(que también se une al concierto)
entre las hierbas del huerto
reza su corto estribillo.

De dos sonoras campanas
melancólicas, lejanas,
se oye el quejumbroso acento,

y el bosque, uniéndose al coro,
modula su largo lloro
arrancado por el viento.

MI CIGARRO

Es íntimo confidente
de mis horas de tristeza;
él envuelve mi cabeza
con sus tules, dulcemente.

Mientras que mi mente loca
descansa, tranquilo fumo,
y gozo mirando el humo
que borbotea mi boca.

En largas noches de frío,
tú, cigarro, amigo mío,
entibias mi alcoba helada.

y sumido en embelesos
yo te pago con los besos
de aniquilantes chupadas.

DESNUDEZ

Senda de paz dormida
entre los brazos de los troncos rudos.
Me he dejado llevar por la avenida
como si fuera con los pies desnudos.

Flota y vaga
un aroma de flores.
La tarde se apaga
con una larga estela de rumores.

Quietud, oh la quietud
del momento feliz, agonizante..
Y esta hermosa virtud
de ser infante.

Y esta locura de sentir el lento
nacer de una alborada.
Flotar, flotar quisiera sobre el viento
envuelto en esta luz fina y dorada.



Elías Arze Bastidas

(N. en Los Angeles, el 27 de Mayo de 1893).



Cuando se conozcan estas páginas, Arze Bastidas será una revelación. Trátase, en verdad, de un exquisito, de un sentimental. A menudo su estilo evoca ese sello aristocrático de los poemas de José Asunción Silva, aunque con cierto leve barniz de frivolidad de que carece el bardo colombiano. La muerte de una hermana suya, que era bella como un ensueño,—según la expresión de un poeta,—enlutó su juventud, del mismo modo que José Asunción Silva vió enlutarse su vida por igual causa, sólo que éste «se abrió por su mano la puerta de las tinieblas soterrañas».

Cultor del sentimiento y cultor agrario de la paterna heredad, nuestro novel porta-lira seguirá sin duda haciendo obra de arte purísimo y sólo en ésto queremos se parezca al nervioso y apolíneo cincelador de «Nocturnos».

Ha colaborado en «Chantecler», revista de fino humorismo, editada en Concepción, en la época en que alcanzó mayor prosperidad bajo la dirección del poeta Ignacio Verdugo.

EN EL LAGO

En busca del placer que la enajena
llega del lago al espumoso flanco,
y de la playa en la sedosa arena
apenas hunde el piececito blanco.

De su cuerpo de rosa y azucena
con ademán voluptuoso y franco
descorre el velo, y de rubor se llena
como el rojo copihue del barranco.

Oleadas de nardos y violetas
perfuman el ambiente de la tarde
en alas de las ráfagas inquietas.

Y al mirarla besada del ocaso
por los rayos del sol que apenas arde
siento como un eléctrico chispazo.

FLOR DE FANGO

Carne viva y palpitante,
carne palpitante y viva,
¡cómo se me hace agresiva
tu esplendidez insultante!

Mujer, flor mala y punzante,
mujer, flor roja y lasciva,
¡quién te hiciera siempreviva,
mujer, flor agonizante!

Has crecido sin tus galas!..
porque naciste en el fango
tienes manchadas las alas.

Flor que mueres, flor lasciva,
¡quizá una cuna de rango
te hubiese hecho siempreviva!

FUMADORA

La mujercita pálida y tosedora enarca
la boca, ansiosamente, para alejar su esplin,
al extremo anguloso de su pipa.—La marca
del opio aquel es marca que fuma un mandarín—.

Su vicio pone ensueños en su pupila zarca
y voluptuosamente se arroja en un cojín,
y, entre volutas de humo, ve una exótica barca
llena de chucherías traídas de Pekín.

Sueña con garabatos endiablados y extraños,
o con mujeres de ojos oblicuamente huraños,
o con las siete fauces de un enorme dragón...

Y así calma y olvida su desconsuelo propio;
¡oh, mujercita, sigue, dando tu vida al opio
que yo haría otro tanto por matar mi aficción!...



Lautaro García

(N. en San Fernando, el 8 de Octubre de 1895).



Hemos leído algunas composiciones líricas de este joven poeta ingenioso que irrumpió de su obscuridad en 1914, año en que el Consejo Superior de Letras le colgó la primera mención honrosa, por un manojito de versos que presentó al concurso anual celebrado por dicha institución.

El alma artística de García tiene un vigor secreto de asimilación. De sus versos se desprende un fervor desesperado por el arte moderno, que le arrastra a las más obscuras exageraciones ideológicas y a los rebuscamientos lingüísticos más imperdonables.

Ideas hermosísimas que, expresadas con el lustre verdadero y propio del modernismo, sin bullicios huecos de cascabel ni colores chillones, arden de vez en cuando, como bellos resplandores, en sus versos que suelen sufrir dislocaciones premeditadas, con la pícaro intención de espantar a la burguesía de los clásicos.

En su afán de *modernizarse*, retuerce los vocablos despiadadamente, deteriora adjetivos que ya están consagrados en nuestro léxico, desentierra palabras relegadas hoy al olvido y repite otras con profusión que desespera.

Nosotros, que tal vez pequemos de modernistas avanzados, amamos con unción el modernismo culto y llegamos hasta perdonar ciertos deslices y bizarrias de nuestros escritores y poetas jóvenes, pero no podemos aceptar ni menos aplaudir, locuras literarias como las de García.

Hace muy poco, pasada ya la crisis nerviosa de sus lirismos de los dieciocho años, ha depuesto los ardorosos e insurgentes prejuicios que le hacían mirar con horror las serenidades y encantos mansurrones del verso hondo, claro e impecable, lanzándose como un desesperado por las quebradas de los amaneramientos y artefactos retóricos sin valor alguno, y camina lentamente, pero con pie firme, por un atajo que está muy próximo al verdadero ideal de la poesía.

Sus resabios de juventud desaparecerán cuando este adolescente se compenetre del verdadero gesto del Arte Moderno, y, estamos seguros que, si Lautaro García, no arroja a un lado los fuegos de idealismo que hoy iluminan sus pasos, llegará a ocupar un sitio predilecto entre los poetas de esta tierra.

EL CURA

Este cura de pueblo tiene un nombre de santo,
tiene una hermana vieja y una suave sobrina
que en el mes de María letaniza en su canto
las santas soñaciones con su voz cristalina.

Es un cura de pueblo que cuida su parroquia
con un esmero y celo dignos de mejor fin,
y que frente a sus santos, tranquilo, soliloquia,
pensando que en el pueblo él solo habla latín.

En sus predicaciones politiquea un tanto;
no obstante tiene mucho de anacoreta y santo
cuando vuelve los ojos a su reino interior,
y acierta arranques bellos en muchas ocasiones,
y prende la emoción sobre los corazones,
este cura de pueblo, en nombre del Señor.

EL MAESTRO DE ESCUELA

El maestro de escuela de ideas modernistas
tiene un viejo chambergo de dudoso matiz,
al desgaire le cae su corbata de listas
y usa grandes quevedos en la enorme nariz.

Sobre literatura entabla casi a diario
polémicas inútiles con el gobernador
y en el club de pelambres, que tiene el boticario,
es el que retoriza las cuestiones de amor.

Tiene ideas malsanas el maestro de escuela:
cuando el cojo cartero con su única espuela
se aleja al trote lento de su rocín overo

y el párroco pasea sonriente por la acera,
él pasa entre las beatas de la misa primera,
con gesto indiferente, sin sacarse el sombrero.

EL PRESENTIMIENTO SERENO

Mujer, recoge tu alma como al atardecer;
junta las manos blancas; te voy a hablar, mujer;
cierra los dulces ojos, dulcemente, mi amor;
cuando cierras los ojos tú me escuchas mejor:
ante el inevitable silencio gris e inerte
surgió el presentimiento sereno de mi muerte.

Serás muy viejecita, amada, pero en ti
veré la primavera del tiempo que perdí.

Te soñaré tan blonda como te veo ahora,
en el disfraz sereno que me finge la hora.

Será mi último día. Estaremos los dos
sin decirnos la angustia, esperando el adiós.

Será un día cualquiera; agónico y doliente
empezará mi cuerpo a helarse lentamente.

La tarde se hará noche, sentiré tu llorar.
Después ya muy lejano no podré despertar.

Se borrará del muro la sombra familiar,
como la vez primera me vendrás a besar.

Se borrará del muro la sombra de los dos,
me habré bañado todo de eternidad de Dios.

Se morirán en ti los pensamientos ledos
y juntará mis párpados el marfil de tus dedos.

Y sentiré la tibia dulzura de tus manos,
como en los días buenos, sonrientes y lejanos.

Por mis ojos hialinos querrá salirse el grito;
pero el secreto irá conmigo al Infinito.

*

Se hará savia fecunda mi fuente de emoción.
Se hará tierra en la tierra, mujer, mi corazón.

Algún hermano bueno levantará del mal,
para arrojar sagrada mi semilla de ideal.

Cuando vayan las almas perdidas a lo lejos

y caiga una tristeza de luna entre los viejos:
mis versos llorarán—mis pobres organillos—
exégetas anónimos de otoños amarillos.

*

Cuando llore el pequeño sin saber el por qué,
pensando íntimamente que su padre se fué.

Cuando llegue la hora de la blanca mortaja
y golpee mi cuerpo al caer en la caja.

Y se alce el imposible de tu vivir, callando,
me quedaré mirando, me quedaré mirando.

¿Qué mirarán serenos los ojos tan abiertos,
qué mirarán los muertos, qué mirarán los muertos?

¿Qué miraré ya muerto, al parecer dormido?
¿Habrá luz de crepúsculo en lo desconocido?

¿Qué miraré ya muerto cuando sonría quieto?
¿Habrá alumbrado el sol las nieblas del secreto?

¿Qué gritarán mis ojos a tu vida futura,
qué misterio dirán en su abierta pavura?

Lo que todos presienten, lo que nadie lo nombra,
lo verás en mis ojos, cuando pierdan tu sombra.

En silencio quizás... en la bruma callada,
cuando vaya mi barca caminando en la Nada.

MOMENTO GRIS

Mi inquietud pesimista se atormenta en la hora;
analiza el pasado y lo que ha de venir,
y la sombra de su alma se proyecta en mi sombra
y me hundo en mí mismo sin poderlo sufrir.

Reconcentro mi extraña dualidad sensitiva
y me siento bañado en temblor de emoción;
cuando pone en la íntima soledad de mi vida
como amparo materno todo su corazón.

No será de nosotros—mi dolor lo presiente—
nunca, nunca la blanca comunión de las horas;
mi esperanza agoniza como un cirio de muerte
en el recogimiento que mi hondor atesora.

Doblegado al vivir nacerá de mi exodo,
el inútil milagro de sentir florecer
junto a mí el sereno cabezal de su hombro;
y seguir esperando sin saber el por qué.



David Perry

(N. en 1896).



Si se pudiera aquilatar el mérito de los poetas exclusivamente por la factura de sus versos, David Perry, sería el primero entre todos. No encontramos ni en Julio Munizaga Ossandón, ni en Miguel Luis Rocuant, ni en Horacio Olivos y Carrasco, que son verdaderos cultores de la forma, al artifice que vemos en el muchacho que aparece al frente de esta página.

Su libro *Témpanos errantes* (1915), fruto de los diecisiete años, nos dieron a conocer a un poeta nuevo, con altas pretensiones ideológicas y un aticismo, una perfección exterior del verso, anunciadores de precoces refinamientos artísticos.

Sus palabras robustas, marchan en armonía con sus ideas enérgicas y siempre en un vuelo interminable hacia arriba. No tiene su libro estrofas enclenques ni temás infantiles. Es rotundo y elevado como una orquestación. Se diría una escala de notas wagnerianas. Su estilo sin galimatías ni amañeos de efecto, persigue un ideal de parnasianismo puro.

Ante sus méritos, sus defectos se empequeñecen: adulteración de algunas palabras, neologismos inaceptables y decadencia de la idea matriz del poema; pero, esto, aisladamente, embutido como a disgusto en medio de sus estrofas, más para perfeccionar la onomatopeya, la música del verso, que para demostrar desprecio a la gramática o ignorancia de ella. Casi todos sus poemas van sólidamente contruidos y remachados.

La vida galante de la Francia perturbadora y artística, los pasados tiempos de nuestra colonia con sus incentivos de empolvados blasones y señoriales residencias, las oscuras horas de los barrios bajos de la urbe, y, casi siempre, los organismos anónimos, menudos y laboriosos, que hacen vida paralela e indiferente a la nuestra, han inspirado sus versos y disciplinado su temperamento en la caza de psicologías exóticas y novisimas para nuestra literatura.

Si no se despoja de sus hábitos parnasianos, llegará en poco tiempo a ser el primero dentro de la escuela literaria en que hoy milita.

Tiene en preparación: *La entrevista* (ensayo teatral) y *Cuentos enfermos* (prosa).

LOS POTROS

En el llano, donde alcan los álamos enhiestos
sus empinados troncos, sobre blandos follajes,
se adormecen los potros, con descuidados gestos
y pesados bochornos de monarcas salvajes.

Bajo el sol lujurioso que enerva sus arrestos
y prolonga reflejos en sus firmes pelajes,
tienen sueños de sátiro, los grandes ojos puestos
en líbricos contornos de lejanos mirajes.

En las tardes sacuden sus esplines silvestres
como altivos sultanes de serrallos campestres.
Y cuando las campiñas, donde laten las siembras,
echan al aire aromas penetrantes y rudas,
ellos hinchán gloriosos sus narices membrudas
aspirando en el viento proximidades de hembras...

VERSALLES

Es un cuadro nocturno. De las vecinas calles
llega un ritmo lejano de aletargados sonos
y envueltos en la sombra de fúnebres crespones
naufragan los contornos y mueren los detalles.

Levantán las estatuas sus empinados talles
en el parque, y con gestos de inquietantes visiones
se yerguen en la noche los esbeltos Trianones
y las enhiestas cúpulas del Teatro de Versalles.

En el movable espejo de la vasta laguna
las múltiples imágenes cambiantes de la luna
fingen un conciliábulo de gigantescas nucas.

Y van bajo las frondas los nobles caballeros
de doradas casacas y plumados sombreros
y las damas ilustres de empolvadas pelucas.

COMO UN CIEGO...

En las noches de invierno, fumando en mi aposento,
pienso en tu larga ausencia, mi rubia y triste hermana,
y tu recuerdo llega como un ave lejana
que viniera escapando de la lluvia y del viento.

Percibo entre las sombras latir tu suave aliento;
cierro los flojos párpados y siento muy cercana
tu hipnótica presencia, y aún tu boca grana
pasa sobre mis labios con ténue rozamiento.

Sé que eres imposible, para siempre perdida,
que tu destino errante no besará mi vida,
que a mi granja dormida ya no habrás de volver.

Y en hondas inquietudes dulcemente me pierdo
suspirando el perfume de tu vago recuerdo
como el ciego que siente pasar a una mujer...

TERTULIA

En los pausados giros de las viejas pавanas
se entremezclan los suaves crujidos de las colas
y van los uniformes de finas filigranas
con sus largos estoques y sus ilustres golas.

Distinguidos varones y vetustas ancianas
se miran impassibles en las altas consolas,
y en los redondos vientres de finas porcelanas
ponen sus toques rojos las grandes amapolas.

Cautivo en un circuito de adorables espaldas,
entre un crujir de sedas y un palpar de faldas,
refiere sus galantes proezas el marqués.

Y quiebran las bujías sus cambiantes reflejos
en las brillantes calvas de un corrillo de viejos
que bostezan jugando partidas de ajedrez...

SPLEEN

Los barcos elegantes de amplias arboladuras
alzan su complicada red de cordelería
y sobre el ritmo lánguido de la ola sombría
duermen las proas ágiles ahitas de aventuras.

Desde el suburbio inmenso gestaciones impuras
levantan una pútrida miasma de anatomía
y en ondulantes cuencas de vaga hidrografía
se van las calles, múltiples, retorcidas y oscuras...

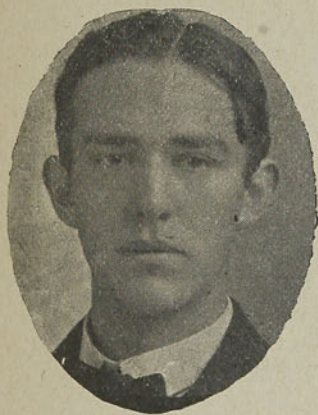
Con un recogimiento místico de cartujas
sobre el llano, los techos y las torres-agujas
la tarde pone un vasto temblor de escalofrío.

Y de la urbe anónima y de los tercos montes,
circundando en un manto glacial los horizontes,
como una niebla estéril sube el eterno hastío.



Eusebio Ibar

(N. en Constitución, 1896).



Ya se divisa en él un artista, a pesar de cierta desproporcionalidad que se nota en el uso de sus elementos poéticos.

A través de tonalidades aún deficientes suelen encontrarse rasgos tan valientes y originales que aquellas son preferibles a una forma que a fuerza de paciencia y estudio ha llegado a la perfección gramatical, pero que en el fondo ya no puede dar más de sí. ¿Qué gana la Poesía con esas tiradas de versos hechos en el yunque de la Retórica, si leerlos es como pretender libar en una copa vacía?

Ibar será, a lo que parece, un pintor de nuestras costumbres, vigoroso y colorista, sin que esto signifique que no sepa desdoblar repliegues de su mundo íntimo, de su corazón, de su propio soñar y existir.

ENERO NUBLADO

(En la falda de un cerro).

Bajo la concha de plumas
de un cielo blando y nublado,
duerme el pueblo, arrebujado
en la humedad de las brumas.

Mella el mar sin horizonte
sus olas que se desgranán,
en la arena en que se aplanan
los pies del último monte.

Y, hundidas sus esmeraldas
en las cenizas del cielo,
parece el río de hielo
un pez echado de espaldas.

Los cerros al otro lado
—tendidos montones de humo—
cercan el pueblo en que sumo
los ojos medio cerrados.

Cantos de gallos muy lejos...
Humo que vive un instante...
Llorando en la bruma, errante
el alma de los reflejos.

Grita un lejano heladero
con su corneta de «cacho»...
Pasa cantando un borracho,
y un jote arriba hace un cero.

NOCTURNO ASPERO

Mi cerebro es negro rescoldo.
Quiero un canto de cálidos timbres
que retumbe en el fondo de mi alma
como golpes de hacha en el tronco de
[un boldo!
Tengo sed de algo ardiente,
de un pedazo de sol!
Quiero ver

una lucha de astros en un cielo sin Dios!
.....

Y entreabro el balcón;
afuera la noche silente.
Solo en las tejas del frente,
parten el cielo dormido
en dos mitades eternas,
las líneas que tiran las verdes linternas
de un gato bandido!

ASI

Mi corazón es sombra muerta:
todo negro y callado desde entonces.
Solo al verte pasar, dos lucecitas,
—recuerdo de dos besos de una noche—

brillan en él muy débiles, lo mismo
que los ojos abiertos de un cadáver
donde brilla la luna cuando pasa...

Gabriel de León

(N. en Concepción, el año 1896).



Poco se puede decir sobre este poeta que hace sólo algunos meses irrumpió de su obscuridad, desde el difunto mensuario chillanense «Primerose», con primicias reveladoras de un dúctil temperamento artístico que busca disciplinarse en nuestras más modernas escuelas literarias.

Se desprende de sus versos, vestidos con ropaje ultra modernista, un hiriente perfume de romanticismo, producto visible del aula escolar con sus crestomatías añejas de perfumes conventuales. Por eso encontramos que su poesía tiene dos caracteres: uno vicioso, la idea anticuada, y otro virtuoso: el molde moderno. Se nos antoja su espíritu poético, el último figurín de la moda parisiense, con actitudes y movimientos de un cortesano de principios del siglo XVIII.

Los últimos trabajos de G. de León nos revelan el esfuerzo que hace por sacudir el agua que vierten sus estrofas, y el éxito que le asiste en este noble ideal.

Después de Roberto Meza Fuentes, este poeta es el que, de entre todos los de esta serie, levanta una personalidad artística de más seguros arrestos.

Julio Arriagada Herrera o sea Gabriel de León, desempeña una modesta oficialía en la Biblioteca Nacional de Santiago.

LA CANCION DEL JUGLAR

Con rastros perdidos
de ensueños, Señora,
bordé este cantar.
Son pajes dormidos
que aguardan la aurora
de vuestro mirar.

Llegó el viajero ante la hermosa
niña de azules ojos y
de suave tez color de rosa.
Cayó de hinojos. Y habló así:

«Niña, si fuese yo guerrero
deshojaría a vuestros pies
la altanería de mi acero
y el lema audaz de mi pavés.

Si fuera rey adornaría
vuestros cabellos blondos con
la más excelsa pedrería
que se forjara mi ambición.

Pero ¡ay! no soy rey ni tampoco
guerrero. ¡Soy el que al hablar:
para los cuerdos es un loco;
para los locos, un juglar!...

Perdón para este peregrino
si en vuestras manos coloca el
cantar más raro que el destino
talló con trágico cincel.

Huyó el viajero. Y a la hermosa
niña de azules ojos y

de suave tez color de rosa,
dejó el cantar, que empieza así...

Nó! Yo no podría
decir cómo empieza
la triste canción.
¡Se derramaría
sobre mi cabeza
como maldición!

Cayó la niña enferma. Y una
noche serena halló su fin
bajo los besos de la luna
entre las flores del jardín.

Las malas lenguas divulgaron
que era embrujado aquel cantar.
Y las viejas se santiguaron
ante el recuerdo del juglar.
.....

¡Ay! nunca falta en el sendero
de nuestra vida una canción,
que como aquella del viajero
nos envenene el corazón!

Con rastros perdidos
de ensueños, Señora,
bordé este cantar.
Son pajes dormidos
que aguardan la aurora
de vuestro mirar.

RESURREXIT!...

Amiga: el exorcismo doliente de tu mano
ha roto los altares de mi culto profano.

Los ídolos—la Muerte y el Amor—han caído
de bruces en la huesa sin fondo de mi olvido.

Las llamas de los cirios—sangre de mis angustias—
se han deshojado lánguidas como las rosas mustias.

El cáliz encharcado por mi boca sensual
se ha deshecho a mis plantas con gritos de cristal.

Tu mirar—flor de luna—mi templo ha iluminado
y ha ahuyentado a los negros fantasmas del Pecado.

El maternal arrullo de tus palabras suaves
ha puesto un soplo de primavera en las naves.
.....

Y ante el conjuro mágico de tu mano de armiño
mi yo se ha estremecido como si fuera un niño.

Y en sus telarañados sarcófagos abiertos
han sonreído los labios marchitos de mis muertos.

LA HORA MUERTA

Aquella hora tronchada por la fatalidad...
Cuando mi alma no pudo perfumar su ansiedad
de dolor, con un dejo de espiritualidad...

Hora, roto fragmento de mi sér, y blancor
de luna en la madeja de una historia de amor...
¡Un zarzal del camino arañó tu fulgor!...

Hora despedazada ¿eras piadosa o cruel?
¿A negras asechanzas servías de broquel
o traías los labios saturados de miel?

En la noche te he visto caminar al trasluz
de mis sueños como una mujer hecha de luz...
¡Y tu cuerpo intangible arrastraba una cruz!...

Tras de ti séres raros formaban procesión:
algunos entonaban un litúrgico son
y los otros aullaban salmos de maldición.

Hora en pena, no llegues a empañar el cristal
del sueño de la amada con tu corte infernal...
¡Hazme el solo culpable!... ¡Clava en mí tu puñal!...

Envío

Amada: En aquella hora muerta para los dos
¿habría sido la última queja de nuestra voz
la fecha de la cita próxima... o el adiós?...



Evaristo Molina Herrera

(N. en Santiago; el 6 de Julio de 1896).



Estilo llano, a veces hondamente sentido y otras evocador de lo pasado.

Es un concienzudo estudioso de los bardos franceses y un admirador de la belleza helénica. «Acepto todas las evoluciones artísticas, siempre que se respeten siquiera las más elementales reglas estéticas. No creo, como pretenden algunos, que el Modernismo sea una nueva interpretación del Arte. Esto es un absurdo e importa desconocimiento de la historia de éste. El Modernismo es la evolución lógica y natural a que han tenido que llegar todas las manifestaciones de la belleza de acuerdo con los nuevos estados del alma moderna». Así ha encontrado Molina Herrera su norte literario con ese buen sentido que es una de sus características.

En los Juegos Florales de San Juan (República Argentina) obtuvo un primer accésit, con su trabajo «El Poema del Amor» y en el concurso del Consejo Superior de Letras y Música de Chile (1914), un segundo premio, con su colección de versos *Rosales perfumados*. Fué el mantenedor de los Juegos Florales de Ñuble (1915). Durante algún tiempo

dirigió la revista literaria «Primerose». Esta revista fué fundada en Chillán el 2 de Noviembre de 1913, por un grupo de jóvenes de aquel pueblo, bajo la dirección de Alberto Carrasco y Jocelyn Robles, sucesivamente. Desde Marzo de 1916, «Primerose» cambió de rumbo, modernizándose a gusto del núcleo de jóvenes intelectuales que le dieron nueva vida. El hogar de la revista en Santiago fué el mismo cenáculo en que se ha formado esta «Selva Lírica».

Molina Herrera ha inventado,—al menos él así lo cree,—una tendencia sinfonista. Dicha tendencia es «una adaptación de las formas, métodos y elementos musicales, a la Poesía». Así sus «Sonatinas», siguiendo la técnica musical, constan de tres temas, caracterizado cada uno de ellos por un motivo distinto, pero estando todos ligados por una idea principal. En esto procura imitar verbalmente la sonata musical, en la que por lo general se distinguen tres partes: una amplia y vibrante; otra más reposada y grave, y otra más ligera y alada.

SONATINA RUSTICANA

Spiritoso

Ese gañán apuesto, de contextura recia,
que maneja el arado como una leve pluma,
que en sus músculos tiene la potencia del puma
y la belleza enérgica de los dioses de Grecia,
el que domeña toros, con gesto torvo y fiero,
y derriba los robles con su hacha cortadora,
al hallarse delante de su bella señora,
se torna dulce y tímido como un manso cordero...

Ese gañán apuesto, de contextura recia,
que tiene la belleza de los dioses de Grecia
y que une una dulzura al gesto fiero y torvo,
al mirar una tarde de Otoño encantadora
contemplar un retrato a su bella señora,
lo ví ponerse pálido y acariciar su corvo!

Adagio

El viejito canoso que nos contaba cuentos
en las noches heladas del Invierno lluvioso,
al calor del brasero, con ritmo tembloroso,
mientras que los muchachos oíamos atentos,
el que contaba historias y combates sangrientos
en que luchó, en la Guerra del Perú, siendo mozo
alegre y atrevido, peleador, bullicioso,
y ahora no servía más que para los cuentos...

aquel buen viejecito de cabeza canosa,
en una noche oscura, helada y tempestuosa
de un invierno lluvioso, dobló serenamente,
rodeado por nosotros, su marchitada frente...
¡Y rugían los truenos, cual la voz de un gigante
que contase algún cuento macabro, horrorizante!

Rondo

Aquella muchacha de grandes ojeras
y ojitos hermosos, color verde mar,
que cuenta tan solo quince primaveras,
como quince lirios prontos a brotar,
es toda una perla brillante y preciosa
de nuestra campiña, de nuestro lugar;

vagando en los campos, parece una rosa
que mueve atrevido el viento al pasar...

Aquella muchacha de grandes ojeras,
que cuenta tan solo quince primaveras,
como quince lirios que están en botón,
un día de Estío me dió una mirada,
y bajó la vista, muy ruborizada...
Y yo sentí un golpe sobre el corazón...



Marcial Pérez

(Murió en Santiago, el 29 de Septiembre de 1915).



Quemadas las sienes por el polvorazo suicida, cayó en la capital, en medio de la vía pública, para no levantarse más, este quijote avanzado del amor, este sentimental trovador adolescente, que era una esperanza luminosa para las letras nacionales.

Marcial Pérez Cordero, poeta de los últimos y de fina prosapia, cuya poesía dolorosa era el reflejo de su vida atormentada por los más extraños presentimientos y angustias que le impulsaron a vaciar en sus versos las visiones de su espíritu agorero, arrancadas a la escéptica filosofía del mundo, murió a los dieciocho años, trágicamente, estrangulando con sus dedos convulsos por la desesperanza, la aparición impiadosa y quimérica que le arrojaba al abismo.

Cayó para siempre, envuelto en la agitada fiebre de la ciudad asesina que enfermara su espíritu de soñador empedernido, que destruyera el sueño único y fatal de su vida y que colocara en su mano resuelta el arma del suicida que mata para vindicar los derechos del corazón y para destroz ar prejuicios y mezquinas debilidades.

Sus versos fuertes y jóvenes, cantan su paso agobiado por el mundo implacable, y tienen el pesimismo desdeñoso de quien contempla desde lo alto de una montaña, el menudo y deleznable organismo de la tierra y la humanidad.

Sus amigos, como un homenaje póstumo a su recuerdo y su talento, imprimieron en un libro: *De vida, de amor y de muerte*, los poemas de este malogrado artista.

EL CAMINO GRIS

Si camino la vida de fracaso en fracaso,
si no vislumbro nada que no sea incisivo,
si para mi caída no se tiende ni un brazo,
si todo me es huraño y heladamente esquivo,
si todo lo que veo va chorreando veneno,
¿cómo habré de ser bueno,
cómo habré de ser bueno!

Si bebí la amargura de una pena infinita,
si tuve aquí en el pecho un corazón de seda
que todo desgajado ni siquiera palpita,
del cual nadie se acuerda, del cual nada me queda,

¡si yo sé de la historia triste de Nazareno!
¡cómo habré de ser bueno,
cómo habré de ser bueno!

Si la inquietud enorme de mi vida cansada
va curvando mi espíritu, va minando callada-
mente mi alma, de una quimera enamorada.

Si todo lo que veo va chorreando veneno,
si yo sé de la historia triste de Nazareno,
¡cómo habré de ser bueno! ¡cómo habré de ser bueno!

AL PASAR SILENCIOSO BAJO DE TU BALCON

La tarde desgajada sobre las calles mudas,
rimando su tristeza con mi eterno dolor;
yo, tras de la lejana solución de mis dudas,
nacidas a la vera de mi callado amor.

Sorprendí los secretos que arrancabas al piano,
al pasar silencioso bajo de tu balcón,
y tras las celosías vi el mármol de tu mano
bordando la ternura de un melodioso són.

Tenías hacia el cielo los ojos levantados,
de una cinta de seda tus cabellos atados,
y en tus labios un gesto mimoso y regalón.

Te miré largamente tras de las celosías,
y olvidando la pena de mis cansados días,
con un beso invisible me alejé del balcón.

RITO DE AMARGURA

Otra copa de acibar derramó su veneno
sobre la albura nivea de mi precioso altar
y me ahondó la herida, mi dolor escarmento,
y los ojos rebeldes se niegan a llorar.

El altar está mudo, sus rosas desmayadas,
la lámpara que un día su quietud alumbró
tiene lo tembloroso de las noches lunadas
que un secreto martirio de dolor empapó.

La hostia está tronchada en su cáliz sombrío,
la hostia que, tu pecho junto del pecho mío,
en las tardes serenas me hiciste comulgar.

Mis labios están secos, mis sienes abrasadas
desgarrado el recuerdo de las horas pasadas,
y los ojos rebeldes se niegan a llorar!

BOSQUEJO DE MUERTE

Una sombra de ataúd
vierte en su cara morena
la enfermiza laxitud
que sus nervios envenena.

Todo el frío de un alud
nieva en su frente serena,
que nimba la extraterrena
luz de la eterna quietud.

Y desgarrando la herida,
el sarcasmo de la vida
le recuerda esa mujer...

La bella, la tan amada,
¡aquella que despiadada
no lo quiso comprender!...



Roberto Meza Fuentes

(N. en Ancud, el 25 de Junio de 1899).



Al través de las páginas anteriores, hemos visto desfilar, en actitudes bellas y triunfales, nuestros más selectos poetas modernistas.

Ahora va Meza Fuentes, el más muchacho de todos ellos, el recién llegado al cenáculo de «Selva Lírica».

De Ancud salió en busca de nuevos horizontes. En Talca publicó su libro *El jardín profanado* (1916) y con él se presentó ante sus hermanos de arte, en Santiago.

En la buhardilla del pintor Fernando Mesa, el poeta ancuditano encontró un ambiente nuevo y propicio, mezcla de fraterno afecto y de iniciaciones estéticas hacia finalidades más amplias. Tuvo así oportunidades para volcar el ágora de sus versos sentimentales y dolorosos. Así pudo, en horas íntimas, volcar las mejores páginas de su libro de amor, aquel en que evoca la sombra de La Imposible, «la más amada y más lejana».

Y pasó el portalira con su corteza áspera y su gesto de pequeño hombre fuerte. Las zarzas del sendero han hecho sangrar su corazón de niño bueno, románticamente ingenuo,

románticamente comunicativo y pródigo de insistentes pesadumbres e idealismos escépticos.

Hojecemos su libro. Al «jardín» del poeta llegan sus amigos, fraternalmente. Todos le abrazan y le acompañan. Y allí, en noches lunadas, los visitantes sienten deslizarse y desvanecerse la sombra enlutada de la madre del poeta-niño y la sombra blanca de La Imposible Desconocida. Juan Marín le pide que oculte su dolor y le vista de seda, de luna y de marfil. Echevarría Larrazábal ve pasar la aristocracia blanca de La Imposible. Armando Carrasco Silva alude al niño que prematuramente perdió su madre, «loca quimera soñada allá en la cuna», que al hijo envía intangibles abrazos de ensueño.

Termina el libro de Meza Fuentes una auto-biografía, sencilla e ingenua. Pocos días de haber nacido, murió su madre. Después, un incendio que destruyó la casa paterna, estuvo a punto de aniquilar al niño, el que escapó con algunas quemaduras indelebles. Recuerda su primer día de colegio, sus libros, su progreso escolares. Recuerda que a los diez años de edad, escribió sus primeros versos, aquellos que merecieron la burla de un estudiante de humanidades quien le reveló que para hacerlos era necesario saber muchas reglas y algo que el incipiente bardo ignoraba: métrica, ritmo, rima... Sin quererlo, el poeta-niño repugna instintivamente el error de quienes confunden al mero versificador, al fabricante de versos de encargo o ad-hoc en cuartetos, quintillas o décimas, con el verdadero poeta que extrae de un mundo íntimo sus concepciones estéticas y las vacía en el molde que su intuición le señala como el más adecuado para materializarlas bellamente.

Hemos aludido a la precocidad de este pequeño hombre fuerte, en cuyos diez y siete años se han concentrado treinta por lo menos de amargura desolada e idealismos inasibles, a la vez que de iniciaciones bien orientadas y energías prometedoras. Ojalá que en día no lejano le veamos consagrado como un buen poeta de su terruño y su isla, del Archipiélago y el Austro.

POEMAS TRUNCOS

Y le temo, le temo, porque nada he dejado,
porque mi senda propia no existe, está perdida...
Y bajo el sol que engendra un ensueño dorado
antes que llegue Ella me vencerá la Vida...

Y la espero, la espero como un bien, resignado
bajo el sol o la luna, bajo el gris o el azur.
Y después... un remanso sereno y esmaltado
me tendrá diluido... Soplará un viento sur.

Me olvidaré de tanto ensueño fracasado.
Miraré largamente el dolor del jardín.
Después... En el silencio nocturnal y nevado
besaré las raíces fragantes del jazmín.

*

En la tarde de seda habrá un silencio lila
dissuelto en el misterio de la bruma violeta;
estrujará una lágrima la flor de su pupila
y helará la mudez los labios del poeta.

Mis ojos, largamente, beberán el carmín
que se filtra en los labios del más rojo clavel.
Después tendrán opaca la visión del jardín
y mis manos marchitas tendrán un gesto cruel.

Irán mis ojos turbios vacíos de visiones,
irá dormido y yerto mi corazón desnudo.
Acaso habrá unas frases amables y oraciones
y unos pocos amigos por el sendero rudo.

*

Tenue rayo de sol, mi esperanza se muere...
Oro y pálido deja mi jardín interior
y mi espíritu trémulo entona un miserere;
es mi vida un poema de imposible y amor...

Palidece mi frente, palidecen mis manos
y mis ojos se apagan y mis labios no quieren
sangrar en esos gritos de «amigos» y de «hermanos»!
Como un rayo de sol mi esperanza se muere...

Me siento disgregarme y disolverme; dejo
una semilla en germen y una flor que me espere
y en mi jardín, enfermo de un pálido oro viejo,
como un rayo de sol mi esperanza se muere...



|||

En esta serie figuran nuestros poetas de tendencias nacionalistas y criollistas. Los hemos agrupado dentro de los neo-líricos, por ser poetas que para cantar los deberes cívicos, las inclinaciones genuinas del pueblo, los rasgos característicos del terruño, la vida de nuestros antepasados o el desenvolvimiento de nuestra raza, escancian en los brillantes vasos de las estrofas modernas, sus sentimientos incubados en el seno mismo del alma popular, a la que sirven como de receptáculo que da luz a sus esfuerzos, sus dolores, sus alegrías, sus ambiciones y sus ensueños de grandeza, frente al corazón de la patria.

La colocación de estos poetas en tercer término nada dice de sus méritos mayores o menores al de los precedentes, y sí, obedece a nuestro propósito de exhibir las diferentes fases de nuestra poesía lírica, cualesquiera que sean sus manifestaciones espirituales o sus tendencias estéticas.

Augusto Winter

(N. en el Mineral de Tamaya, 28 de Septiembre de 1868).



Hay en la vida de este poeta no sé qué predestinación extraña. Nació en un bohío, nido de águilas, entre bocaminas y torrenteras. Nada se sabe de su juventud literaria, si es que la tuvo. Para darlo a conocer en Santiago, fué menester que don Samuel A. Lillo leyera en el Ateneo una composición del poeta ignorado, «La fuga de los cisnes», y la insertara en el pequeño florilegio, «Veladas del Ateneo», que ese instituto publicó en el año 1906.

Desde esa época el nombre de Winter se ha hecho famoso. Hasta se ha pretendido adornar la personalidad del poeta lejano con fantasías de leyenda.

La revista «Austral» (Valdivia), de Alberto Mauret Caa-maño, publicó en 1915 algunas de las últimas producciones poéticas de Winter: no ha decaído ni evolucionado; continúa siendo el poeta espontáneo, sencillo y sin asomo de exotismo literario, que ha cantado los cisnes, las gualas y los flamencos.

Actualmente el bardo reside en Nueva Imperial, cerca del Lago Budi que él evocara en el poema a que he aludido.

Este Lago es el alma de un pedazo de naturaleza, exuberante, paradisíaco. Alucina con el espejo de sus aguas, el rumorear de sus florestas y la quietud misteriosa o la polifona estruendosidad de sus islas montañosas, aún pobladas de indios que suelen ir a tierra firme en canoas labradas en gruesos troncos. En la lejanía se divisan como manchas verdinegras las selvas que bordean en sinuosa línea la extensión azulosa del Lago. El viento marino riza las superficies verdes y azules arrancando una orquestación de grandiosa armonía. Y en las noches de luna, puede remarse hasta las islas o cerca de las grandes rocas que sobre el agua plateada proyectan sombras fantásticas.

En ese Lago encontró Winter el motivo de su mejor poema: Al alba, todo es alegría. El Lago sonríe. De súbito aparece en el horizonte una columna blanca. Es una bandada de cisnes. Sin perder su simetría ciérranse a gran altura sobre el Lago. Se les mira descender hacia la ribera lejana. Pero divisan en ella la obra del hombre: desembarcaderos y viviendas. Ven usurpados sus naturales, sus propios dominios, y arrastrados por un solo instinto, sin tocar como antes la arena de la playa lacustre, trazan en majestuoso viraje el vuelo de regreso y se alejan para no volver más. Ese estremecimiento íntimo, nostálgico, doloroso, de los blancos plumajes, es lo que Winter ha conseguido aprisionar en «La fuga de los cisnes».

Es autor de un poema simbólico: *Las hadas*, y de un poema montaños: *Carmela*.

LA FUGA DE LOS CISNES

Reina en el lago de los misterios tristeza suma:
los bellos cisnes de cuello negro de terciopelo,
y de plumaje de seda blanca como la espuma,
se han ido lejos porque del hombre tienen recelo.

Aún no hace mucho que sus bandadas eran risueños
copos de nieve, que se mecían con suavidad
sobre las ondas, blancos y hermosos como los sueños
con que se puebla de los amores la bella edad.

Eran del lago la nota alegre, la nota clara,
que al panorama prestaba vida y animación;
ya fuera un grupo que en la ribera se acurrucara,
ya una pareja de enamorados en un rincón.

¡Cómo era bello cuando jugaban en la laguna
batiendo alas en los ardientes días de sol!
¡Cómo era hermoso cuando vertía la clara luna
sobre los cisnes adormecidos su resplandor!

El lago amaban donde vivían como señores
los nobles cisnes de regias alas; pero al sentir
cómo implacables los perseguían los cazadores,
buscaron tristes donde ignorados ir a vivir.

Y poco a poco se han alejado de los parajes
del Budi hermoso, que ellos servían a decorar,
yéndose en busca de solitarios lagos salvajes
donde sus nidos, sin sobresaltos, poder formar.

Quedaban pocos; eran los últimos que no querían
del patrio lago las ensenadas abandonar,
sin contagiarse con el ejemplo de los que huían,
confiando siempre de los peligros poder salvar.

Mas, desde entonces fué su destino, destino aciago,
ser el objeto de encarnizada persecución:
vióseles siempre de un lado a otro cruzar el lago,
huyendo tímidos de la presencia del cazador.

Y al fin, cansados los pobres cisnes de andar huyendo,
se reunieron en una triste tarde otoñal,
en la ensenada, donde solían dormirse oyendo
la cantinela de los suspiros del total.

Y allí acordaron que era prudente tender el vuelo
hacia los sitios desconocidos del invasor;
yendo muy lejos, tal vez hallaran bajo otro cielo
lagos ocultos en un misterio más protector.

Y la bandada gimió de pena, sintiendo acaso
tantos amores, tantos recuerdos dejar en pos!
Batieron alas; vibró en el aire frú-frú de raso
que parecía que era un sollozo de triste adiós!

*

Reina en el lago de los secretos tristeza suma,
porque hoy no vienen sobre sus linfas a retozar,
como otras veces, los nobles cisnes de blanca pluma,
nota risueña que ya no alegra su soledad.

Si, por ventura, suelen algunos cisnes ausentes,
volver enfermos de la nostalgia, por contemplar
el lago amado de aguas tranquilas y transparentes,
lo hallan tan triste que, alzando el vuelo, no tornan más.

LAS GUALAS

La luz de la tarde, que va fugitiva
corriendo hacia arriba
detiene su paso del monte en la altura,
por ver a las sombras salir silenciosas
y andar vigorosas
cubriendo del lago la tersa llanura.

Ya sobre las ondas sombrías del lago
se siente aquel vago
clamor, que remeda la voz lastimera
de huérfanas almas... Ya cantan las Gualas,
plegadas las alas,
flotando en el lago su queja postrera.

Son muchas... van juntas... su número asombra,
nadando en la sombra,
la onda obscurecen del lago sombrío;
el viento recoge sus quejas... su canto
es lúgubre llanto,
que infunde en el alma pavores y frío.

.....
Oid cómo lloran
las Gualas del lago;
su misero, aciago
destino deploran:
«Nosotras tenemos tristeza infinita:
con muerte maldita
llegamos al mundo y en hora fatal,
decimos, Natura, ¿por qué nos regalas
inútiles alas
si nunca con ellas sabemos volar?

En medio del agua vivimos nosotras,
mirando a las otras
aligeras aves del vuelo gozar,
las ondas nos mecen a todos instantes,
vivimos flotantes
sin nunca, en la orilla, descanso buscar...

Amamos las sombras... Dejamos que guarde
la pálida tarde
en hondo misterio los restos de luz,
y luego entonamos las quejas tan hondas
que lleva en sus ondas
el lago sereno, sombrío y azul.

Y vanios muy tristes... y somos hermosas!...
nosotras las cosas
secretas del lago sabemos hallar,
lo bello, lo triste, la pálida bruma,
la frágil espuma,
la onda que gime la brisa al besar.

De nuestras canciones el dulce contento,
vibrando en el viento,
dilátase en ondas de inútil pesar!...

llenando del valle los ámbitos queda
la rítmica y leda
plegaria, que nadie comprende quizás!»

Hay almas que llevan, cual llevan las Gualas,
plegadas las alas
y sobre las olas de un mar de dolor,
cantando a la sombra, se quedan flotantes;
son almas errantes
sin grandes ideales, sin fe, ni valor!...



Samuel A. Lillo

(N. en Lota, el año 1870)



Es uno de esos *poetas insospechables* a que me he referido anteriormente. Y, sin embargo, la juventud intelectual de esta tierra le ha zarandeado como si se tratara de esa «gente de la mala bohemia» de que habla Rubén Darío.

Y esa noble juventud que, justicia en mano, escupe sus desprecios a los cacógrafos del arte, a las caricaturas de poetas, como Humberto Bórquez Solar y Samuel Fernández Montalva—por nombrar sólo a algunos—ha cometido una injusticia lamentable al atacar a Samuel Lillo, poeta genuino, cantor de nuestra etnografía, voz legendaria de nuestros aborígenes, símbolo espiritual de nuestros gloriosos capitanes de la Independencia y corazón representativo de los fuegos epopéyicos de nuestra raza.

Porque Lillo es la sombra rediviva de nuestros valerosos antepasados, el fantasma del indio quijotesco, huido de sus montañas y sus selvas para gritar su amargura de paria y su heroicidad indomable en el seno mismo de la civilización que le olvida.

Porque Lillo es carne de nuestra alma, blasón de los deberes universales, paladín de todas las libertades que engrandecen, y apóstol que encarna bajo una capa polvorienta y romántica la carcomida religión del amor de los hijos por la patria.

Porque Lillo es tal vez el único de nuestros poetas que no ha hecho abdicación de sus ideales ni ha sufrido desmayos en la lucha.

Porque nació cantando las glorias y virtudes del terruño y morirá llorando la ingratitud de muchos de sus hijos que desearían ver convertido en figurín de moda a ese Lázaro olvidado del alma primitiva de nuestros aucas, de nuestros cóndores y de nuestros héroes.

Este poeta es una víctima fatal, una noble víctima sacrificada a las puertas del ambiente moderno con sus costumbres, doctrinas y hábitos completamente nuevos, propios de un siglo que repecha y está al borde del más estúpido materialismo.

No sé por qué, observando a Samuel Lillo con sus oscuros ojos cargados de alma y sus actitudes de cansancio y de angustia casi nazarena, he pensado en esos patriarcales sillones de los tiempos de la Colonia, sobre cuyo prestigio solemne y apacible hubiera deseado reposar mis rebeldías, mis locuras, mis ciegos y tumultuosos entusiasmos juveniles.

Mirándolo, escuchando sus confidencias espirituales, se ve desprenderse de su personalidad, como una neblina azulada, el alma de un poeta de generaciones difuntas, de montañas perdidas y olvidadas en lejanos bosques, alma que, en medio de las urbes, sufre por las homéricas indias, irredentas del hambre y la miseria, canta las glorias inmarcesibles de los guerreros que nos dieron patria y enciende con sus épicos clarines los dormidos empujes que han de arrastrarnos hacia adelante y en busca de las cumbres.

Y, sin embargo, la juventud de hoy le denigra, le muerde injustamente.

La juventud de mi tierra comete un error, una injusticia abominable. No mira al fondo de esta cisterna antigua. Ve únicamente lamas flotando en la superficie y retira con asco los ojos de sus aguas.

Removed las lamas, observad el fondo, y veréis un vasto tesoro escondido, pedrerías que serán pedacitos de sol en vuestras manos y para vuestras vidas.

Juventud de mi patria: atacáis a un poeta que os ama y os defiende cuando os rasguña la maleza.

Atacáis a un poeta que no habéis leído, puesto que lo atacáis, y a quien glorificaréis cuando comprendáis el gran mérito de su obra, construida sobre añeja arquitectura, pero teñida por un pedazo de cielo en que el sol de la patria ha puesto todo el oro de una canción de raza!

Biografía: Es Abogado, Profesor de la Universidad Nacional, Secretario Perpetuo del Ateneo, Miembro del Consejo Superior de Letras y Bellas Artes, Pro-Rector de la Universidad del Estado y Profesor de instrucción secundaria.

Bibliografía: Ha publicado: *Poesías*, 1900; *Antes y Hoy*, poemas 1905; *Canciones de Arauco*, 1908, 3.^a edición; *Chile Heroico*, 1911, poesías premiadas en los Certámenes del Centenario; *La Concepción*, poema 1911, 2.^a edición, premiada en el Certamen del Consejo de Letras; *La Escolta de la Bandera*, poema 1912; *Canto a la América Latina*, 1913, primer premio en los Juegos Florales de Tucumán; *Canto a Vasco Núñez de Balboa*, 1915, primer premio en el Certamen Universitario, y *Canto Lírico a la Lengua Castellana*, primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

En prensa: *Canto Lírico a Isabel La Católica*, premiada con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza en Concepción; y *Bajo la Cruz del Sur*, poesías.

CANTO A LA AMERICA LATINA

Nadie sabe todavía
cuándo, desde la profunda mar bravía
que azotaba el huracán,
tus gigantes cordilleras
asomaron sus cabezas altaneras,
coronadas con penachos de volcán.

Ni de dónde a tus orillas arribaron
las extrañas,
fuertes razas que poblaron tus montañas,
y tus valles y tu mar.
Sólo sí que se extendieron como enjambres vigorosos
y cubrieron con sus tribus, sus imperios poderosos,
sus innúmeros guerreros,
del lejano septentrión a los postreros
arrecifes en que llora el mar austral.

Junto a un lago
que brindábale el halago
de su linfa rumorosa,
en la tierra del ceniztle y del quetzal,
se expandía,
formidable y belicosa,
la temida monarquía
que fundó Quetzalcoatl.

Con sus sólidas falanges de guerreros
sus caciques altaneros,
con su corte de pintores y poetas
imperaba en las mesetas
y en el valle de Anahuac;
y llegaba,
sin reparo, el albedrío
de su inmenso poderío
de Tezcuco al Orizaba,
desde el golfo al otro mar.

Con sus coyas, sus vestales,
sus palacios y sus templos colosales
su gobierno patriarcal,
el imperio de los Incas se extendía
por la América y cubría
a los pueblos con su púrpura real.

En las faldas de los Andes orientales,
donde hay lagos suspendidos,
como espejos, en los cuales
se contemplan los erguidos
soberanos de las cumbres, habitaba el aimará
una raza de gigantes
que ha dejado huellas hondas de sus pasos
en los ásperos ribazos,
en las islas de sus lagos ondulantes,
en la cima del volcán.

*

Si, entregados a las guerras,
los feroces y salvajes guaraníes
dominaban en las tierras
del Brasil y el Paraguay,
los valientes e industriosos cachalquies
dedicados a pacíficos trabajos,
habitaban las montañas y los bajos
de la sierra cordobesa al Tucumán.

Y los indios de las pampas vigorosos y arrogantes,
de ágil cuerpo, compartían con el indico jaguar
el dominio de sus sábanas gigantes,
por el sol y por el viento acariciadas,
que aun palpitan en oleadas
de verdura como un mar.

Y detrás de las ingentes
cordilleras, orgulloso, soberano,
defendido por las lanzas de sus úlmenes valientes
levantábase el gran pueblo araucano,
siempre listo a combatir
por las sierras escarpadas
y las lóbregas quebradas
de su indómito país.

*

Al través de los incógnitos océanos,
unos seres sobrehumanos
con una ansia inextinguible de tesoros y aventuras,
arribaron de las tierras desde donde viene el sol;
y, escribiendo con su sangre cien homéricas hazañas,
escalaron las montañas
y asolaron las llanuras,
como oleadas de una enorme inundación.

Y cayeron, uno a uno, los imperios seculares,
y se hundieron en los lagos, y en los mares
y en las selvas, donde nadie penetró,

los despojos de las tribus primitivas
que, diezmadas, pero indómitas y altivas
resistieron al empuje del turbión.

Y entre roncos aullidos,
estampidos
de mosquetes,
raudas cargas de jinetes
y disparos de cañón,
escuchóse la agonía
de una raza que moría
de otra raza ante el asalto abrumador.

Y se irguieron bravamente los primeros
los aztecas, los guerreros
que escribieron la epopeya mejicana,
que es hermana
del poema de Lautaro y Tucapel,
pelearon frente a frente con sus lanzas y sus mazas
sin temor a las corazas
a los rayos de las armas ni al empuje del corcel.

Fueron ellos los soberbios mejicanos
que, encerrados a la postre por los hierros castellanos,
por la peste, por el hambre, la miseria y la crueldad,
no queriendo convertirse de señores en esclavos,
prefirieron enterrarse como bravos
en las ruinas de su gran Tenuchtitlán.

Y cruzando por las olas
nunca hendidas del remoto mar del sur,
las osadas compañías españolas,
realizando la quimera de su empresa,
como leones que aprovechan el descuido de su presa,
sorprendieron a los incas del Perú.

Y arrollaron los Pizarros a los quichuas indolentes,
a los súbditos pacientes
de este imperio conventual,
con la voz de sus cañones
y los cascos de sus rápidos bridones,
como a un tímido rebaño montaraz.

De las márgenes del Plata
a las pampas infinitas como el mar,
pronto el reino de Castilla se dilata
sin atajo, cual el raudo viento austral.
Y la tribu que corría libremente por sus llanos
ve, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos,
invadido y pisoteado su pastal.

Pero un día se estrellaron los ejércitos hispanos
con los rudos
capitanes araucanos,
de los pechos indefensos y desnudos
que, rodeados por sus bárbaras indiadas,
sus montañas nunca holladas
se aprestaban a librar.
Y rodaron los jinetes castellanos
al empuje de sus lanzas y sus hachas.
Como caen, resonantes,
derribados por las rachas
en el alto Nahuelbuta, los gigantes
del pinar.

Y ya nadie puso diques
a los índicos arranques. Los caciques
y guerreros más audaces protegieron sus figuras
con las férreas y brillantes armaduras
que quitaron en los campos de batalla al español,
se habituaron al tronar de los cañones
y montaron los fantásticos bridones
sin recelo ni temor.

¡Cuántas veces contemplaron los iberos
cómo iban los indianos caballeros
con las riendas en los dientes, en furioso galopar,
lanza en ristre y embrazando los broqueles,
inclinados sobre el cuello de sus rápidos corceles,
los escudos de sus viejos enemigos a golpear!

Fué cesando lentamente
en las selvas y en los llanos la pelea,
y el hispánico poder del continente,
cual la bíblica marea,
desde Méjico al estrecho sepultó;
mas quedaron en los límites australes
del Arauco legendario los caciques inmortales,
invencibles bajo el sol,
como quedan en los mares,
a pesar de las crecientes,
los peñascos seculares
que levantan hacia el cielo su erizado pedernal,
vencedor de las rugientes
marejadas que subleva el temporal.

*

Y los siglos pasaron,
y del cruce fecundo
de las dos bravas razas que pelearon
el dominio de un mundo,
brotó una raza nueva,
robusta y aguerrida,
fuerte como los pumas y jaguares
que pueblan la temida
fronda de tus montañas seculares.

Una raza altanera que tenía
la noble bazarria
de un quijotesco hidalgo castellano,
del gaucho la serena poesía,
la bravura del indio mejicano,
y el sublime heroísmo
de un cacique araucano.

En brazos de tus hijos
¡oh! América, dormías perezosa,
reclinada en las faldas
de tus montes bravíos
o en el verde alfombrado de tus llanos,
oyendo la corriente sonora
de tus gigantes ríos
o el rudo canto de tus dos océanos.

Mas un día, a la luz de una alborada,
escuchaste vibrar la clarinada
que lanzaron las águilas francesas
cuando, poblando el aire de rumores
de libertad y guerra,

volaron anunciando por la tierra
el fin de los tiranos y opresores.

Te erguiste lentamente
con el suave vaivén de la marea,
que en el principio toca
apenas con su espuma dulcemente
el dorso de la roca,
y que, luego, más firme y animada,
hacia el asalto viene
con el apoyo de otra nueva oleada
que la anima, la impulsa y la sostiene.

Y cuando terminó la incertidumbre
y se oyó por doquier la voz vibrante
que mostró de la hispana servidumbre
roto por siempre el manto,
e hizo resonar por vez primera,
desde el llano a la cumbre,
el nombre de la patria sacrosanto,
se lanzaron tus hijos a la lucha,
al viento la melena alborotada,
cual sale de la hirviente marejada
revuelta por los raudos aquilones
la aulladora jauría,
a tomarse los altos murallones
de la costa bravía.

Y los héroes brotaron
de toda la amplitud del horizonte
con la misma bravura
con que antes levantaron
sus testas orgullosas, en el monte,
el valle y la llanura,
los caciques del suelo americano,
al sentir resonar en sus montañas
el rudo casco del corcel hispano.

¿No oís como bramidos de huracanes,
como un ave gigante que aletea?
¿bostezos de volcanes,
rumores de pelea,
voces de imprecación, salves y hosannas,
y junto al son de bélicos clarines,
el himno de las místicas campanas?
Es que envuelto en los cálidos vapores
de la sangre y la gloria,
sube, desde la puebla de Dolores,
despertando los valles y las sierras,
la gran figura del patriarca Hidalgo
a redimir las mejicanas tierras.

Al frente de sus bravos inmortales,
el gran Bolívar llena
la amplitud de las zonas tropicales
con la heroica leyenda que derrama
los ecos de su gloria y de su fama;
y, vencedor en la sangrienta arena,
tremolando el patriótico oriflama,
de Quito al mar Caribe
y desde el Orinoco al Magdalena,
la libertad de América proclama.

A los pies de la andina cordillera,
álzase el grande O'Higgins. Su bravura
sobre los campos de batalla deja

atrás a los más inclitos campeones
y de Rancagua en la sangrienta plaza
cierra el poema de la Patria Vieja
con la carga inmortal de sus bridones.

Entretanto que el inclito Belgrano,
vencedor o vencido,
aun lucha contra el fiero castellano,
midiendo desde el llano
la insalvable barrera
que le opone el riscál de la montaña,
San Martín silencioso
su grande hora espera,
como el tigre nervioso
aguarda por la tarde en los herbajes
de la pampa callada
el rítmico trotar de la manada
de los potros salvajes.

El noble O'Higgins llega
y junta sus deshechos batallones
a las nuevas legiones
que San Martín sacara
de sus llanos desiertos y sus breñas,
como Moisés, en otros tiempos, hizo
borbotar a los golpes de su vara
cristalinas corrientes de las peñas.

Y ávidos de cumplir la grande hazaña
de libertar un mundo, el alto monte
traspasaron chilenos y argentinos,
y fueron sobre el escuadrón de España
como bandas de cóndores andinos
que caen sobre un león en la montaña.

Salvaron los abismos y las cimas
con sus alas de vuelos soberanos
y, bajando a los valles de Aconcagua,
como alud gigantesco, en Chacabuco
vengaron reunidos los hermanos
la sangre clamadora de Rancagua.

Y la bandera de la blanca estrella,
símbolo del poder de un pueblo nuevo
cruzó los mares y, a la sombra de ella
los guerreros de Arauco y de la pampa
derribaron del trono a los virreyes.

Y desde las riberas
donde cantan los mares antillanos,
remontando salvajes cordilleras,
mortíferos pantanos,
abatiendo a su paso las banderas
y los escudos y las armas reales,
una legión de bravos colombianos
de raza ciclopea
vino, con sus guerreros formidables,
sus cargas de corceles y sus sables,
a decidir la homérica pelea.

Y al pie del Chimborazo
que con su blanca frente
domina la mitad del continente,
sellaron juntos en fraterno abrazo
la redención del suelo americano
los dos héroes más grandes:

Bolívar, el titán venezolano,
y San Martín, centauro de los Andes

*

¡Salve, América, están libres los senderos
que te abrieron tus guerreros
con los filos de sus sables
a los toques sonoros del clarín.
¿Quién contiene tus avances formidables
hoy que pasas
con tu séquito de pueblos y de razas
a cumplir tu noble fin?

¡Salve, América, se acerca ya la aurora
cuya lumbre bienhechora
va anunciando por montañas y por llanos,
de las sierras hasta el mar,
el sol nuevo de justicia, sol de hermanos,
que, al calor de sus miradas, sin envidias ni recelos
bajo el dombo gigantesco de los cielos,
de la América latina las naciones unirá.

Y tus hijos arrogantes y briosos
con el alma estremecida por anhelos generosos,
hermanados por la épica memoria
de los héroes que esculpieron la leyenda de tu gloria,
juntaránse bajo un mismo pabellón;
y del Golfo Mejicano a los canales
donde se alzan los enjambres de archipiélagos australes,
formarán con sus cien pueblos una sola y gran nación.

Y así juntos alzaremos una valla
semejante a una granítica muralla,
donde vengan, impotentes,
a estrellarse las corrientes
desbordadas
de las razas antagónicas y extrañas que, en oleadas
espumantes, de los viejos continentes llegarán,
un gigante acantilado, cuyas cimas vencedoras
pongan diques a las bandas invasoras
de las águilas del norte, que, de lo alto de sus montes,
escudriñan codiciosas los ignotos horizontes
donde brilla la serena cruz austral.

Envainadas
las espadas
al compás de los martillos y al sonar de las azadas,
mientras se oiga de los trenes el jadeante galopar,
nuestros hijos alzarán en el futuro
los acentos de su cántico más puro
a vosotros, los períncitos latinos,
que llevasteis estos pueblos hacia altísimos destinos
y supisteis de esta raza la grande alma modelar.

A ti, ¡oh! Galia, redentora
de las razas oprimidas,
que marcaste en nuestras vidas
la grande hora
que anunciaba la soñada libertad,
y que alzaste allá en las cumbres tus ideas

fulgurantes, como teas
que guiaron en la sombras a esta nueva humanidad.

A ti ¡oh! patria de los Médicis y el Dante,
de Leonardo y Rafael,
que al palenque de las artes nuestra mente vacilante
has llevado con tu mágica paleta y tu cincel.

Y a ti, España, madre amante,
que, en tu raza valerosa y arrogante,
nos legaste tu hidalguía, tus hazañas y tu ideal,
y, engastado, como perla, sobre el oro valioso
de tu idioma sonoro,
el Quijote, que es el símbolo de tu alma noble y leal.

EL LAGO DE LLANQUIHUE

Tus ondas oscuras, que inquietas se mecen,
con azul de Prusia teñidas parecen;
los jóvenes coigües que pueblan tus faldas
bordan en tu orilla franjas de esmeraldas.
Por sobre los cerros que se alzan en torno
guardián de tus olas, se yergue el Osorno,
que ve reflejarse su testa nevada
en el claro espejo de tu onda callada
pensando en los tiempos que pasaron luego
cuando, con la frente nimbada de fuego,
junto con sus otros ya muertos hermanos,
retemblar hicieron montañas y llanos.

¡Oh! lago tranquilo, tu linfa dormida
como el mar, tu padre, también tiene vida;
como él tienes alma, que sueña y que siente
la dulce caricia, la cólera hirviente.
Si el viento te besa, no son tus oleadas
como las redondas, largas marejadas
que semejan torsos de mujeres, suaves
y ondeantes, que pasan rozando las naves.

Al golpe del norte, tus olas no ruedan,
se engrifan y saltan, sus filos remedan
las hojas enhiestas de agudas cuchillas
que hieren las naves en flancos y en quillas.

¿Qué guarda en sus negros misterios tu abismo?
tal vez la leyenda de algún cataclismo
en que pelearon, como los titanes,
olas turbulentas, lavas de volcanes.
Nadie ha conseguido sondear todavía
de tu honda Ensenada, la gruta sombría,
y aquel que, en un tiempo lo intentara osado,
aun duerme en tu lecho profundo, ignorado.

Y cuando más tarde quedaron calladas
de tus ígneos montes las bocas airadas,
sobre tus orillas, en vez de las rachas,
se oyeron los golpes rudos de las hachas
de una raza nueva de rubios germanos
que, con el esfuerzo de sus férreas manos,

abrieron tus bosques, y ornaron tus lomas
de trigales áureos y doradas pomas.

Los raudos vapores hoy surcan tus olas,
llenando de vida tus montañas solas.
Cuando el barco roza tu mansa ribera,
lo besa la espiga de la sementera,
y se oye, en la sombra de los manzanares,
el zumbar sonoro de los colmenares.
Y al oír los claros y alegres pitazos
que da el barco, bajan hacia los ribazos,
suelto los cabellos, y roja la tez,
lindas muchachuelas de rosados pies.

¡Adiós! ¡oh Llanquihue ¡adiós! dulce lago,
quien haya sentido ya el cándido halago
que esparcen en torno tus vividas ondas,
tus pálidos cielos, tus playas y frondas,
no puede olvidarte, que hasta el alma fría
que nunca supiera lo que es poesía,
se siente más joven, más fuerte y más pura
ante la belleza de tu amplia llanura.

LA EPOPEYA DE LOS CÓNDORES

Era la edad lejana
de los tiempos heroicos de esta tierra,
en que vibraba todavía el grito
de libertad del mar hasta la sierra;
en que cada labriego,
al ascender la noche sus montañas,
contaba junto al fuego
el poema viril de sus hazañas;
el tiempo legendario
cuando en la soledad de los alcores
luchaban con los pumas,
como nuevos Davides, los pastores,
y cuando los aldeanos,
al asomar la aurora,
miraban descender hacia los llanos,
más fieras y más grandes
talvez que las de ahora,
las bandadas de cóndores del Andes.

En grupos bulliciosos acudieron,
al conocer la nueva de aquel día,
los fornidos muchachos montañeses
a tomar su lugar, como otras veces,
en la gran cacería.

Construyeron el campo de la liza
al pie de unas alturas
que cierran allí el valle, y lo cercaron
con una red de troncos que amarraron
con fuertes ligaduras.
En el centro dejaron por la noche

un toro recién muerto que atrajera,
al clarear la alborada,
la interminable hilera
de la hambrienta bandada.

Desde el alba, la turba de muchachos
en espera del duelo,
atisbaba escondida en la maleza
cual bajaban los cóndores del cielo.
Algunos descendían con presteza
para entrarse resueltos al cercado;
otros, revoleteando con pausado
y airoso movimiento,
o con las grandes alas extendidas,
pasaban por encima y se alejaban,
como naves llevadas por el viento.

Al sonar la campana
que en la hacienda lejana
llamaba a la oración del mediodía,
cerca de una centena
de cóndores enormes
ocupaban la arena,
formando en torno del becerro muerto
un inquieto montón, en que peleaban
los pájaros más fuertes y temidos
la presa ensangrentada, en un concierto
de aletazos, carreras y graznidos.

Hartos, por fin, de carne,
uno a uno del grupo se apartaron

y, abriendo lentamente los resortes de sus alas gigantes, intentaron en vano alzar el vuelo: rendidos y jadeantes, chocaban con la recia empalizada y aleteando rodaban por el suelo.

Cuando de duras pieles revestidos, penetraron los mozos, llevando a la cintura sus cuchillas y empuñando a la vez las gruesas lumas, los cóndores quedaron silenciosos y se agruparon junto a las orillas; hasta hubo alguno que alisó sus plumas, estiró el cuello y entreabrió las alas, como los medioevales paladines que oían en el viento la lejana señal de los clarines.

Un viejo cóndor que llegó postrero tranquilo se quedó: se desquitaba de sus días de ayuno en las montañas. Con su pico de acero, apoyando las garras formidables en la res, le rompía las entrañas. Luego agitó sus alas sorprendido de la brusca invasión, y enardecido lánzose contra el mozo delantero, mas un golpe certero dejó su cuerpo colosal tendido.

Fué aquello la señal: en un instante juntáronse los bandos en la arena; algunos de los buitres espantados trataron de escapar; otros airados y con los picos y collares rojos de sangre todavía, saltaban a los ojos de los bravos muchachos y atrevidos, esquivando los golpes de sus brazos, dando roncós graznidos, los herían con recios aletazos.

Ya alguno de los mozos de alma fiera entre arranques de ira o de alegría, rota en partes la piel que lo cubriera y libres a los vientos los cabellos, como un nuevo Rolando, discurría en la espesa legión que revolvía sus negras alas y sus blancos cuellos.

Ora uno de los buitres más bravíos, resguardando su espalda con los troncos, dando saltos enormes, rechazaba de los zagales los pujantes bríos; y de súbito al fin se escabullía al fondo de la liza, semejante a un jaguar que ha burlado la jauría.

Como nubes oscuras, torbellinos de yerbas y de polvo subían desde el fondo a las alturas, al par que el formidable vocerío con el rudo golpear de los campeones, iba llevando por la sierra el eco de un combate de cóndores y leones.

Cesó un momento la porfiada lucha, las aves vacilantes, mirando con tristeza sus montañas, al fondo del corral se refugiaron silenciosas y hurañas. Los mozos jadeantes las sudorosas frentes se enjugaron, alegres comentando sus hazañas, y algunos de los cóndores vencidos con los sangrientos miembros destrozados buscaron un rincón en la maleza para morir tranquilos, resignados, escondida en la yerba la cabeza, como al caer en los romanos circos, antes que pedir gracia a sus señores, solían esconder bajo el escudo su cabeza los fieros gladiadores.

Del fondo del palanque, avanzó de improviso un recio cóndor de gigante altura y de ancho collar blanco que contrastaba con su veste oscura, y, abriéndose camino, en actitud airada frente a un muchacho a colocarse vino.

Parecía un antiguo condotiero que pelease por toda la mesnada. Al verle junto a él, resuelto el mozo saltó sobre el caudillo; y en el centro del cuello vigoroso, sepultóle hasta el mango su cuchillo. Irguióse el ave y antes que pudiese dar nadie ningún paso, lo abatió con un golpe de sus alas y el cráneo le rompió de un picotazo.

Alzóse un espantoso clamoreo de horror y de protesta. Los que antes contemplaban trepados en los troncos las fases de la fiesta, en confuso tropel se descolgaron y en medio del palanque penetraron: al par que los jinetes bajaban por la cuesta a la carrera, y rompían los recios estacones con el rudo empujón de sus bridones.

Y cuando separaban conmovidos los labriegos al ave y al muchacho

estrechamente unidos,
los cóndores que estaban agrupados
dispuestos a la lucha todavía,
salieron por la brecha que se abría.
Y al encontrarse afuera,
sacudiendo las alas triunfalmente
cruzaron, dando saltos, la pradera.

Alzaron luego el vuelo, lentamente
pasaron por encima de la liza;
y al mirar el montón de sus hermanos,
con el cuello en tensión y contraídas
las garras por la saña,
se fueron, desfilando en larga hilera,
con rumbo al peñasal de su montaña.

LA MINA ABANDONADA

Es el negro socavón,
en la falda del lomaje,
una herida sin vendaje,
expuesta al viento y al sol.
Junto a su boca se ve
roja tierra amontonada,
como sangre coagulada
que se secó sin correr.

Firme aún la cabria está,
descubierto su envigado,
semejante a un descarnado
esqueleto colosal.

En lo alto del cabrial
inmóviles, las poleas,
y las viejas chimeneas.
sin su penacho triunfal.

Vagonetas de carbón
se ven a trechos volcadas,
como tortugas tumbadas,
sobre su caparazón.

Y desde lo alto al final
de la pendiente, montones
de ruedas, tubos, cañones,
madera y planchas están
en tan triste confusión,
que creen mirar los ojos
de un naufragio los despojos.
que hasta allí el mar arrojó.

Cuando su adiós la luz da,
sólo un sereno se interna
con su rojiza linterna
por el desierto escombral;
y si el recio vendaval
sopla silbando en la altura
y la vetusta armadura
de la cabria hace temblar,
cree el nocturno guardián
que es el genio de la mina
que todavía domina
sobre el muerto litoral.

Hoy en lugar del rumor
de máquinas y de gritos,

de bocinas y de pitos
sobre el alto farellón,
sólo interrumpe la paz
de la mina abandonada
la bulliciosa bandada
de aves que sube del mar.

Ya en la noche, el esquilón
no da sus toques vibrantes,
a cuyos llamados, antes,
como a una evocación,
por la boca del talud,
mil luminarias brotaban
y por las sendas bajaban
como serpientes de luz.

Era el épico tropel
de los invictos mineros
que, dejando en los veneros
gotas de sangre y de hiel,
surgían de la *labor*
a buscar los nuevos bríos
en los tugurios sombríos
junto a un vaso de alcohol,
para, en seguida, subir
a la luz de la mañana
en callada caravana,
abatida la cerviz,
como enorme multitud
de negros escabarajos
que huyeran por los atajos
sorprendidos por la luz.

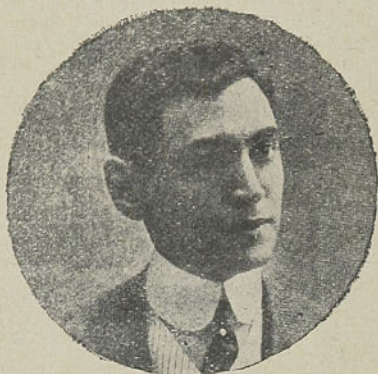
¿Y hoy los siervos dónde están?
Unos duermen todavía
en la muerta galería
que una noche llenó el mar.

¿Y qué fué de los demás?
Con su miseria y su pena,
como los granos de arena,
los aventó el huracán.
Y habrán llegado tal vez
en su peregrinación,
a otro negro socavón
en que han de dormir también.



Diego Dublé Urrutia

(N. en Angol, en 1877).



Desciende de una familia de esclarecidos guerreros. En 1898, publicó su primer libro de poesías *Veinte Años*, que recuerda a Numa Pompilio Llona y a Juan de Dios Peza. Inició su carrera diplomática, en 1902, como segundo secretario de la Legación de Chile en Francia, país desde el cual enviaba correspondencias literarias para «El Sur» de Concepción y «El Heraldo» de Valparaíso.

En 1903 apareció su principal obra poética *Del Mar a la Montaña*, que fué todo un éxito de librería. Aquí canta la naturaleza de Chile central, el propio terruño, con sus aguas, sus montañas, sus campesinos, en un ambiente netamente criollo. Es un primoroso paisajista nativo, y en esto se diferencia esencialmente de Pezoa Véliz, quien ahonda mucho más en los repliegues del alma chilena, por lo cual supera a Dublé en el calor y movimiento líricos.

Desempeñó la Secretaría de nuestra Legación en Río Janeiro desde 1906 a 1908, año en que fué ascendido a Encargado de Negocios en Austria.

La casa Garnier de París le imprimió su hermoso volumen *Del Mar a la Montaña*, que contiene las poesías publicadas aquí con igual título, lo más selecto de *Veinte Años* y algunas composiciones inéditas. La «Revista de América» correspondiente a Enero de 1913, da a conocer cuatro capítulos de otra obra de Dublé: «Le Muria, Titeres para niños grandes, Vida y aventuras de un lemur en Le Muria y Tierra firme, novela humorística y filosófica». En Diciembre de 1913 dictó en la Biblioteca Nacional de Santiago una conferencia sobre el notable escritor chileno Ignacio Pérez Kallens (Leonardo Penna), tal vez nuestro mejor estilista. La Biblioteca Internacional de Obras Famosas, tomo XII, dice que Dublé tiene en preparación varios trabajos literarios: *Don Pedro de Torres*, *Doña María de los Nidos*, *San Bruno*, *Doña Catalina de los Ríos* y *Don Diego de Almeida*, explorador del desierto de Atacama.

Se publicó aquí, en 1915, su bella composición «Fontana Cándida», en la cual se nota una marcada renovación de su estilo descriptivo hacia una tendencia menos detallista. La juventud ha aplaudido francamente este poema. Ojalá sea él la iniciación de una faz más trascendental de la intensa labor de Dublé, un tanto olvidado por su forzado alejamiento de nuestro actual ambiente artístico.

LA VOZ DE LA RAZA

España?... Francia?... Roma?... No! no!... No turba el vuelo de mi alma la nostalgia de sus campañas de oro en donde habita y reina, como un distante abuelo, el viejo sol latino: ¡Risueño sol!—No lloro, ni tiemblo, ni me agito por los brumosos montes de la Germania heroica o el setentrion distante, ni arranca al ojo mío sus patrios horizontes la enorme y formidable visión del balbuceante imperio que hasta el cielo remonta sus viviendas: mansión de águilas locas, laboratorio augusto, que hace temblar a Hohenzollern sobre su trono adusto y estremecerse al Anglo bajo sus viejas tiendas.

Pequeño como un grano de arena, sueño, espero, perdido aquí, en el fondo de mi nativo estero.

No aspiro a la mar honda de que hablan los alciones
errantes que atraviesan, volando, las naciones
y los mares... Me basta, para la gloria muda
de mi ambición, tendido sobre la arcilla ruda
que holló mi planta siempre, saber lo que le cuenta
la savia engendradora a la raíz sedienta;
oir el rumorero del encinar futuro
en la simiente muda; bajar al reino obscuro
del porvenir; ser hombre, ser hijo, ser esclavo,
ser bardo, serlo todo por este pueblo bravo,
por este mundo nuevo sumido en la penumbra,
que desde el alto polo la Cruz del Sur alumbra;
por esta virgen ruda que adora mi alma inquieta
con fiebre evocadora de amante y de poeta!

¡Ay, del cachorro torpe que las maternas ubres
desdeña, porque en ellas no está la leche fuerte
de la africana leona! Desgarra oculta mano
con hierros de nostalgia, la frente que no advierte
la luz y en ella mora. Precisa ser gitano
plumón de cardo loco para entregarse al viento,
cruzar tierras y mares con su turbión violento,
ser paria en este mundo, y errar por él proscrito,
sin detenerse nunca, como Caín maldito!

Mozo! la tierra agreste que te sustenta, cava;
pídele fuerza y sea tu amiga y no tu esclava.
Respeto, roble joven, el bosque: genio suyo
es tu potente genio y es gloria dél, tu orgullo.
Alma sensible que oyes a la distancia y sabes
hasta lo que preludian las errabundas aves,
escucha en torno tuyo y acoge el peregrino
cantar que tu alma busca, y alegra tu camino!

Y tú, alma mía, canta las penas y ternuras
de tu progeñe amada. Sé lumbré en sus oscuras
cavernas. Canta, canta, la mar gloriosa, el llano
fecundo, la montaña que aun guarda un eco indiano,
y esparce sueños dulces y luz de estrellas nieva
sobre esta cuna agreste que abriga un alma nueva!

En las amargas horas del gran camino, en donde
nadie protege a nadie, ni humana voz responde
cuando el altivo llama, haste para tu guerra
dos báculos gigantes del cielo y de la tierra.
No desprecies la ortiga, ni el vendaval contrario,
ni las silentes bocas, ni el coro tabernario
de los batraquios: todo para el potente es bueno
como la miel; le alegran el odio y el veneno.
Que no es el himno grande la nota dulce y pura,
sino el clamor unánime que el águila en su altura
recoge: tempestuoso, tiernísimo, protervo,
mezcla de insulto y ruego, de amor y de odio acerbo.

¡Oh, espíritu! ¡Sé fuerte! ¡La tierra intacta espera
tu amor: arraiga en ella, y arriba! siempre arriba
remóntate, cual llama de incendio, prisionera
del suelo que la nutre y del azul cautiva!...

FONTANA CÁNDIDA

Para mí, nada pido,
dadme una rama de árbol, una roca,
y las tendré por nido.

Mi nombre, pronunciado
con ánimo gentil por vuestra boca,
me hará creerme amado.

Evocad mi memoria
al ver una luciérnaga, una estrella,
y me daréis la Gloria.

Pobre es mi celda, pero
a veces canta o se lamenta en ella
el universo entero.

¡Mi Ideal!...lo harta un perfume
de yerba fresca; en la oblación de un beso
su mole se consume.

Llama que al cielo amaga
es mi ambición...que un niño cruza ileso,
y una lágrima apaga.

Todo lo tengo; y, breve,
cabe en un verso mi caudal: más grave
es un copo de nieve.

Detesto el mal, y amigo
del malo soy,—mi carne bien lo sabe,—
pero a mis jueces digo:

Dolor me apacentara.
Soy el loto que sorbe en agua impura
Su aroma y su miel clara.

Mi cuerpo, con sus lodos,
dejádmelo, que es mío; con su albura,
mi espíritu es de todos...

Y así, aspirando al cielo,
y aspirando a la tierra, y aspirando
a la quietud y al vuelo,

en este inquieto viaje
me siento derribar de cuando en cuando
por el contrario oleaje.

Y duermo... y en el sueño
me pregunto: ¿quién soy?...¿quién me
[conoce?...]
¿Estoy despierto o sueño?...

¿Es crimen, es mentira
el placer que me aflige?... ¿santo goce
el dolor que me inspira?...

Y alguien responde: acaso
el angel bueno que me guarda; el malo
que me perturba el paso;

Dios mismo: acaso Cristo,
por la boca del lodo en que resbalo
o el lirio que conquisto...

Y el dictamen obscuro,
bajo el aire celeste, en la vigilia,
deformo o transfiguro,

en dádiva secreta;
en salmo de esperanza a la familia,
al amigo, al poeta;

En hieles del despecho;
en áspid que amenaza por la espalda,
y me emponzoña el pecho:

En un meditar solo;
o en hoja y flor que en ática guirnalda
tiendo a los pies de Apolo...

Ya aletazo aquilino
toca mi ciega fuente, y va a los vientos
el chorro cristalino:

Milagroso fantasma
que enloquece a los pájaros sedientos,
y a los árboles pasma.

Ya mi ala a Dios exalto,
y mi pluma se inflama como loca
en su fanal más alto.

Ya mi bordón requiero,
y no aquieta mi labio hasta que toca
la sandalia de Homero...

¡Tu cielo azul, tus lares!
¡Patria! Nevado monte! Casa vieja!
roble de mis cantares!

Que tu amor me apacigüe.
quiero ser en tu rama dulce abeja,
solitario copigüe...

Y, tú, que el agua acreces
del mar en que me esperas, con tu llanto
¡Madre!... ¿no fui mil veces

golondrina en tu alero;
Rey Mago en tu Pesebre; en tu quebranto
serenador lucero?...

¡Oh, Amor!... Para invocarte
unjo de aromas finos mi piel ruda,
mirome en tu agua, aparte...

Para ablandar tu reja
pido al hambre su súplica más muda:
a la torcáz, su queja...

Y si me das oído,
y me entrega su miel tu labio joven,
en tu más hondo nido

vuelo a asilar mi aurora,
para que las alondras no me roben
la eternidad de tu hora!...

Mas, ¡ay! cuán poco dura...
Murciélago me ve la tarde triste,
candil, la noche oscura.

Cabe la turbia poza
gime la rana humilde: por su alpiste
mi ruiñeñor solloza...

Dios, patria, amor, ensueño,
se me apartan... Embriágame el Olvido
con su fatal beleño;

y me entrego a mi suerte,
frágil alga que azota enfurecido
un esquilon de muerte...

Y al vendaval, el alga:
¡Muévate, oh Dios, mi lóbrego destino!
¡Mi confesión me valga!...

Y al alga, el vendaval:
flota y canta; serás carbón divino:
te mudaré en cristal.

TIENEN LAS CAPUCHINAS...

Tienen las capuchinas
una campana,
colgada de una viga
desvencijada;
laúd de mal agüero,
que sólo tañe
cuando las capuchinas
se mueren de hambre.

Cuando a la media noche
su voz resuena,
la misteriosa esquila
no pide, ruega...
Ruega, y con tanto acierto,
que al otro día
ya no se mueren de hambre
las Capuchinas...

Cuántas almas hambrientas,
abandonadas,
cruzan por nuestras calles
sin ser notadas!...
es que nunca han tenido
las pobres almas,
como las Capuchinas
una campana;
un esquilon de hierro
que al mundo advierta
que ya se mueren de hambre!
que ya están muertas!...

Almas que por la tierra
cruzáis calladas;
la caridad del mundo
quiere campanas!...

EL CARACOL

Cuando la brisa barria apenas
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas,
con sus espumas como azucenas
jugaba, en sueños, la mar cercana,
junto a la choza de sus mayores,
se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía:
ella gemía ¿qué haré yo ahora?...

Y una gaviota revoladora
oyó al marino que le decía
que era su virgen, su pescadora,
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «toma
—le dijo el mozo—ya el viento asoma,
la gente sale ya viene el sol...»
y recogiendo del agua clara
que entre las rocas la mar dejara,

más armiñado que una paloma
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero,
que oigas mis quejas en sus rumores;
de cierto, vale poco dinero,
pues que son pobres nuestros amores,
pero es eterno su rumor suave,
y aunque es humilde, su labio sabe
de los remotos mares bravíos
y de los mundos que voy a andar,
más que tus padres y que los míos
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron: un ave inquieta
graznó sobre ellos; el humo lento
de las chozuelas de la caleta
blanqueaba apenas, como un aliento;
y bajo el cielo más transparente,
tras la fortuna que se ama en vano,
partió el navío, rumbo a Occidente,
sobre el inmenso y augusto océano.

Y cuenta el viento que desde aquella
mañana triste ¡fatal mañana!
acariciada por la doncella
la humilde concha de porcelana,
le habló en su lengua de rumores
de viajes locos, de pechos fieles,
de remembranzas y devaneos
junto a la borda de los bajeles,
de aves errantes que van a pares
buscando albergue sobre los mares,
de tempestades y de ciclones
y de esos tristes besos perdidos
que van con rumbos desconocidos
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,
siguiendo siempre su ruta ciega,
con el misterio de aquella nave
que en una extraña canción noruega
lleva invisible su casco lento
bajo las brumas del mundo aquel,
siempre azotada de un mismo viento
con un fantasma por timonel...

Y con los años la niña hermosa
cuya, frescura ya ajaban canas,
mirando al agua desde la choza,
vió marchitarse la tinta rosa
de sus mejillas, antes lozanas...
Aún no clareaba detrás del monte
y ya copiaban el horizonte
sus grandes ojos color de mar;
y en ellos iban las golondrinas,
en sus revuelos de peregrinas,

a ver las barcas ultramarinas
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
y humilde prenda de amor, seguía
contando historias del nauta errante
llenas de inmensa melancolía:
ya eran nostalgias desconsoladas,
en lo infinito del mar lloradas,
noches de nieve que el viento azota,
miserias y hambres en tierra ignota;
triste cortejo que siempre avanza
por esas rutas, en que sus huellas
deja, guiada por las estrellas,
la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
y en sus mudanzas siguió la mar,
y al campo santo más de un abuelo
en la caleta fué a descansar:
siempre escuchando la voz lejana
la pescadora tornóse anciana;
barcos ignotos aves de paso
ya del oriente, ya del ocaso
la mar surcaban cada mañana;
sólo aquel loco bajel risueño
que al occidente partiera un día
tras la fortuna, que es sólo un sueño,
en lontananza no aparecía.

Y de la concha susurradora,
la amable historia, doliente azaz,
seguía oyendo la pescadora
vaga y distante cada vez más;
la sombra triste de otros amores
cruzaba a veces por sus rostros;
hasta que un día trajo el destino,
con los clamores de un torbellino
y entre infinitos ecos perdida,
la última queja del peregrino
sobre una roca desconocida...
Y entre las brumas de la mañana
de un taciturno día de invierno
sobre cuatro hombros subió la anciana,
vuelta hacia el cielo la frente cana,
por las colinas del sueño eterno...

Dejó la tierra como paloma
que abandonada su alero deja
y errante sigue de loma en loma
tras del amado que se le aleja...
Le dió la tumba refugio blando
y allí a su lado siguióle hablando
junto a los mares, el caracol,
del sueño eterno la eterna espera,
y de ese humano vivir soñando
sola y distinta dicha sincera
que el hombre alcanza y alumbra el sol.

LAS MINAS

Ante el eterno y vago rumor de las mareas australes, bajo un cielo que enormes chimeneas mantienen siempre obscuro y en la ribera en donde bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde sus ya domadas cuestas occidentales, medra la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra bajo nacientes bosques de resinosos pinos exóticos, en hondos filones submarinos, y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas lo extraen los rastrillos para encender las fraguas y los fogones pobres.

Cuando los estivales meses la costa alegran, llegan los temporales para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas empujan las oleadas rugientes y las locas espumas, levantando su risueña blancura hasta los mismos árboles, sobre la tinta oscura de los ramajes, posan su lividez de nieve. Luego viene el invierno. Llega la niebla. Llueve, y alto, sobre los verdes cerros de la ribera pasan las ventolinas sin que la más ligera ondulación enturbie los trémulos cristales del mar. Entonces bajan las lianas invernales a acariciar su imagen sobre las aguas. Chilla la pálida gaviota pescando por la orilla, y en la tranquila borda de algún lanchón posados meditan, largamente, los cuervos enlutados, mientras que allá en la altura cruzan con vuelo lento las nubes, en rebaños, arreadas por el viento. Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas blanquísimas sonríen para los pobladores de aquellas tierras hartas de brisas y de flores; hombres descoloridos y adolescentes, viejos antes de tiempo, viven en aquél mundo, lejos de toda luz, en lo hondo de las obscuras minas, a rastras y arañando sin fe, con sus felinas uñas, la virgen roca donde el carbón se encierra... rasgando, tristemente, los senos insalubres de esta fecunda madre que se llama la tierra, madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!...

* * *

Es triste y miserable, como la muerte triste la vida de las minas: el hombre allí no existe; la pobre bestia humana gastada y sudorosa, arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa de míseros candiles, como cualquier gusano... El hombre es en las minas un simulacro humano. No es aire el vagabundo bostezo que en las frías labores olvidadas y ardientes galerías pesadamente flota, sacando los sudores

más acres de los cuerpos de aquellos luchadores de las tinieblas; de esos humanos desperdicios que viven encorvados al peso de mil vicios y pasiones ajenas, porque para los hombres aún no ha llegado el brazo que aprobará que hay nombres y hombres, y hará sin vanos egoísmos ni utopías cargar a cada uno con las miserias propias! Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza; la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza con sus risueños rayos a calentar la pena de aquel oscuro siervo que ignora su cadena. Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento de las revueltas locas que encienden las angustias, un pan de limpio trigo para sus fauces mustias. Y ruge, pero entonces, ¡oh justa y santa mengua! el plomo o la metralla le destrozan la lengua, o acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre de los amables dioses o de la paz del hombre, sepulta para siempre bajo su techo helado hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado!

* * *

A veces en la negra ciudad de los ausentes del sol, entre el helado gotear de las vertientes y el son opaco y hondo que vibran las barretas al arrancar el bloque de las obscuras vetas, se escucha un misterioso clamor, el dolorido clamor de un gran cetáceo que se sintiera herido... algo como si un fuerte y extrahumano minero clavara, rudamente, su barreta de acero en las entrañas mismas de aquel país en penas; algo como distantes rumores de cadenas... es que allá arriba, en lo hondo del mar que, sobre el lomo de las cansadas minas, su pesadez de plomo descarga... algún risueño bajel, tal vez venido de las distantes tierras del sol, entre el rugido de las alegres olas y el vocinglero acento de cuervos y gaviotas, sus áncoras fondea, en tanto que los rudos marinos dan al viento, largando las cadenas su eterna melopea... Arriba la esperanza, la luz, los sonrosados crepúsculos, el aire que alegra o que restaña cualquier dolor; abajo, los dorsos encorvados, la fuga de la sangre y el hambre cruel que araña. Y mientras en el fondo del mar, en lecho blando, las áncoras dormidas se sueñan navegando; y mientras el marino respira el aire fresco y alegra sus nostalgias, mirando el pintoresco paisaje de la orilla, las nubes que semejan fantasmas y los barcos que llegan o se alejan; abajo, en esas cuevas sin luz, en donde anida la tisis, los forzados bastardos de la vida empujan, arrastrando sus torsos por el barro tiznados y desnudos, un miserable carro; el carro en que al incierto fulgor de los candiles

destella el rico bloque que arrojarán mañana,
—hecho diamante u oro—las impudicias viles
de algún viviente inútil, sobre el jergón de Nana!

* * *

El bienestar es pobre de amor y el egoísmo
en la corriente humana sólo se ve a sí mismo.
Aquel que sueña bajo la luz del sol, ignora
las lágrimas del triste que en las tinieblas llora.

De ahí que alguna mano caritativa y sana
tenga que abrir los ojos a la miseria humana;
mostrar sus pobres ropas a los demás mortales,
desenterrar del tiempo la clave de sus males,
romper la venda de oro que cubre tantos ojos
y echar simientes nuevas en ruinas y rastros.
Hoy que por donde quiera se alegran los caminos
al eco de los cantos de aquellos peregrinos
que há tanto que dejaron la tierra: la olvidada
Justicia, la risueña Esperanza y la sagrada
Fraternidad; recuerden los que su voz escuchan
a aquellos que en el seno de las tinieblas luchan.
Y tú, mortal, que cruzas la tierra con los ojos
clavados en ti mismo, levanta los abrojos
que pisas, y contempla, si tienes alma, tantas
espaldas como sirven para aliviar tus plantas!
Y tú, viajero amable, que en los serenos días
de la estación del trigo, piadosamente guías
la paz de tu conciencia por esas ya taladas
colinas, donde surgen las minas arruinadas;
por esas rumorosas riberas de los mares
de Arauco, donde sueñan las rocas seculares,
en tanto que chicuelos desnudos, de los riscos
arrancan encorvados, malezas y mariscos;
al asomarte a un pozo colmado de aguas muertas
donde las ranas cantan sus canciones inciertas,
y en cuyos rotos bordes, hundidos y deshechos,
los frescos musgos brotan y crecen los helechos...
piensa en los tristes días en que por allí mismo,
ceñudos y callados, bajaban al abismo
los que hoy acaso duermen, hundidos con sus penas
en el rincón más hondo del infeliz venero,
sin que a turbarlos lleguen, ni el son de las cadenas,
ni el eco de las anclas, ni el paso del viajero...



Carlos Pezoa Véliz

(N. en Santiago, 21 de Julio de 1879.—M. el 21 de Agosto de 1908)



Es uno de nuestros mejores líricos. Otros epopeyizaron la raza de los aucas. A él correspondió modelar en el poema el alma de nuestro pueblo, amasado con sangre ibérica a base araucana. Ninguno como él ha usado palabra más enérgica y colorida para estereotipar los rasgos burdos, los altivos gestos, la lengua dicharachera de nuestro roto legendario. Nadie como él abondó más adentro el alma chilena para desentrañar en cultas estrofas lo que en ella hay de natural malicia y simpatía, plebeya nobleza y arranque sentimental y dramático. Los grotescos cuadros de nuestra vida campesina, al reflejarse en las azules pupilas del poeta, imprimen imágenes de graciosas líneas y contornos refinados, como si esos cuadros se mirasen mejorados al través de prismas multicolores. Pezoa observa la vida real y delinea su objeto con toques precisos, a la vez que sobredora lo descrito con ese tinte de perenne tristeza que emerge, aun en horas aparentemente alegres, de la idiosincrasia fatalista del bajo pueblo. La mansedumbre del labriego de recia musculatura en contraste con la bizarria de ese mismo

labriego cuando se le toca la fibra del patriotismo o del amor propio; el pobre peón embrutecido en incómoda e inhumana vivienda; el perro vagabundo, hambriento,—hambriento de justicia como un socialista,—que al pasar gruñe al perro aristócrata, que ostenta inútiles y molestos cascabeles; el movimiento de los donkeys y embarcaciones en la bahía del puerto; el vaivén de cargadores y granujas que en la pampa salitrera sudan bajo el peso de los fardos hasta convertir en oro esterilino el yacimiento salobre; el ambulante organillo arrabalesco que distrae las penas del vulgo con entrecortados sollozos de una vieja canción. He ahí algunos perfiles del *alma chilena* que, trazados por Pezoa, resultan gestos de una fisonomía lírica propia. Como nadie este vate ha comprendido el silencioso sufrimiento del pueblo, su resignado pesimismo, su mansa tranquilidad con rebalses bravíos.

Mas, la lira de Pezoa no es unícorde. También fué rimador galante, sin que jamás pueda confundirsele con la turbamulta de románticos grafómanos. Sus canciones de amor acusan un sentimental delicado y exquisito, así como es de tierno y conmovedor aquel poema en que Pezoa se dirige a su madre y le consuela con frases de arrepentimiento propias de un hijo roda-tierras que vuelve al lado de los «buenos viejos»...

El estilo de Pezoa es inconfundible. Verso o prosa, es de un sabor criollo neto, como las costumbres y paisajes que evoca. Su descripción tiene color elocuente, vigor de agua fuerte. Frase concisa, y a veces áspera; pero hasta este detalle que pareciera un defecto, contribuye a dar impresión de la rudeza del alma criolla. Su estrofa semeja en ocasiones, a fuerza de pulimientos y retoques, la obra de un paciente orfebre. El continente podrá no ser siempre un ánfora; pero el contenido que Pezoa nos ofrece es siempre un sorbo del divino licor.

En sus cuentos y bocetos costumbristas en prosa, que pensó coleccionar en un volumen denominado *Tierra Bravía*, se revela no sólo un folklorista de los sentimientos de nuestro pueblo,—como observa Augusto G. Thomson,—sino un verdadero folklorista del lenguaje popular, rico en sabrosos dichos y oportunas «salidas».

Ernesto Montenegro quiso vincular su nombre al del poeta publicando en Valparaíso (1912) un volumen con el título de *Alma Chilena*, que contiene lo más escogido de la poesía y de la prosa literaria de Pezoa. El núcleo central de esta obra póstuma se ha formado,—dice Montenegro,—con los manuscritos y recortes que el poeta entregó a uno de sus íntimos, después de corregirlos cuidadosamente en las horas de tregua de sus males, y es el mismo del libro que Pezoa proyectó publicar con el nombre de *Las Campañas de oro*.

En realidad, esta edición contiene varios trabajos de Pezoa en verso y prosa (cuentos, apuntes, pen-

samientos) que bien podrían formar un segundo tomo, el que por supuesto sería de un mérito inferior al primero, aunque no menos interesante.

Adornan esta obra piadosa un Prólogo de Montenegro y un Epílogo de Thomson, en que se compendia la vida y la labor de Pezoa. El prologoísta lo presenta como el poeta más chileno, como un noble «poeta popular» y afirma que al morir el poeta, el Pueblo—ese gran huérfano—ignoró que era una vez más desheredado. En su afán de comprobar documentalmen- te esa especie de tesis, de que Pezoa estaba destinado a ser el genuino poeta de nuestro pueblo, y engañado por las apariencias y antinomias que caracterizaron la vida del bohemio, Montenegro aludió con insistencia a una supuesta genealogía bastarda. Con este motivo, D. Samuel Lillo y un primo del vate, D. Efraín Jaña Véliz, publicaron en la prensa sendos artículos («El Mercurio» y «La Mañana», año 1912) en que se expone la verdadera biografía de Pezoa. Por ellos sabemos que sus progenitores fueron «personas de modesta, pero holgada condición social»; que hizo sus estudios en el Colegio de los Padres Agustinos, de esta metrópoli, y que después de una corta interrupción, terminó las Humanidades dando exámenes en calidad de estudiante de clases privadas. Enrique Oportus fué su profesor de literatura y filosofía. (A menudo, el alumno había de ambular en busca del maestro para darle la cotidiana lección; se sabe que varias veces fué a encontrarle en San Bernardo, en casa de Nemesio Martínez Méndez, talento literario tan luminoso como estéril que a Oportus atraía). Con la ayuda pecuniaria de sus padres, Pezoa se embarcó en Valparaíso y peregrinó por el Norte hasta el Ecuador. Poco después, recorrió la pampa salitrera. Allí se acercó a los trabajadores,—escribe Lillo,—participó de su vida, les dió conferencias y aún les facilitó libros. En 1898, vistió la casaca de aspirante a oficial. Acompañado de sus padres y algunos «alegres primos», solía pasar largas temporadas veraniegas en una hacienda colchagüina. En esta época floreció su vocación artística. Sus primeras poesías se publicaron allá por el año 1900 en las revistas santiaguinas «Pluma y Lápiz», «Instantáneas» y «Luz y Sombra». Formada ya su reputación literaria, se radica, si así puede decirse, en Viña del Mar. A pesar de sus ribetes de enguantado rastá y de su inconstante carácter, se vió sinceramente estimado, Augusto G. Thomson, V. D. Silva, Magallanes Moure, Labarca Hubertson, Isaías Gamboa, Ernesto Montenegro y otros perseguidores de quimeras, concurrían a los curiosos téés literarios que Pezoa, chispeante charlador, les ofrecía en su modesta buhardilla con humos señoriales.

En 1905, aparece nuestro movedizo portalira frecuentando las imprentas de los diarios de Valparaíso. Su trabajo periodístico en pro de determinada candidatura política le valió ocupar en 1906 el puesto de Secretario de la Municipalidad de Viña del Mar. Cuando empezaba a estabilizarse, a disfrutar del *at home* más o menos holgado, vió romperse súbitamente los soportes del desplomado castillo de sus fantasías. También el Caso Fortuito había de atentar en su contra, fatalmente. El bardo, pletórico de juventud, cuando más anhelaba la caricia de la Vida, se vió aplastado por los escombros que sobre su Destino precipitara el Terremoto del 16 de Agosto. Desde entonces fué una ruina viviente que debía arrastrar, por algún tiempo, con ayuda de muletas, el cuerpo dolorosamente deformado de quien se esforzó otrora parecer un mozo gallardo. Convencido que pronto debía marchar al Reino Sombrio, se hizo trasladar al Hospital de San Vicente de Paul en Santiago. Allí, como Pedro Antonio González, pocos años antes, murió, descansó de su infinito martirio. Como González fué llevado al barrio de los nichos, un día brumoso; tristemente brumoso, como su espíritu, como su obra, como su vida. Sus amigos musitaron aquella vez silenciosamente, como una oración dolorosa, estas últimas estrofas del poeta, no escritas, sino recogidas de sus labios moribundos, en que alude a su soledad de enfermo:

«Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
 llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza
 duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
 llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
 pienso».

Así, prematuramente, murió cantando como un cisne, uno de los poetas hispano-americanos más originales y romanescos y acaso el más propio para caracterizar el ambiente étnico en que floreciera.

EN LA PODA

Cantando va el alegre carretero
frente a sus bueyes mustios y cansados;
en su carreta lleva el limonero
que me daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados.

Qué alegre vas buen hombre! dije al [guía,
y al seguir canturreando por la vía
me respondió:—Cómo anda siempre el [pobre!
Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos tal vez sobre.

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados,
Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;

esos nervios del bosque donde el trino
más de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú del hombre feliz la imagen eres,
tú, cuya fuerza a la labranza uncida,
te hace vivir sin pena ni placeres
arrastrando la carga de la vida
entre los cantos de tu amor a Ceres.

Tú no vienes al bosque a hablar de [amores
con la alegre y coqueta Poesía,
ni te amargan los besos seductores
de esa florista que nos da sus flores
escondiendo el puñal de la ironía!

Canta! Canta feliz, buen carretero,
frente a tus bueyes mustios y cansados!
Llevas en tu carreta el limonero
que nos daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados!

A LA CRIADA

Criadita alegre, vé
a dejar el café frío;
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Ni té.—Quiero de ese que
hierve en tu genio bravío,
donde el sabor del hastío
se mezcla al sabor del té.

Así el espíritu mío
tendrá su ensueño zahareño,
calor de ensueño y ensueño
con torvas brumas de hastío.

Y así no verás ya que,
hastiado, sombrío y torvo,
paladee sorbo a sorbo
el sabor de ese café.

EL PERRO VAGABUNDO

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza siguiendo interminables viajes
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.

Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria, por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Le persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada há tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fué propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiestas
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un *bull-dog* con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo,
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una bohorda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: tres!
Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que há tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorio sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia,
qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto ...
Solo Juan Pereza sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el blok.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? Porque sí!
Se sufre, se sufre,... Y así pasa un año
y otro año... Qué diablo! la vida es así...

EVA

Alba de amor, alba nueva,
sorbo de vino francés,
en cuyo agri dulce nieva
su frío el esplin inglés.

Tu pubertad se subleva
y no obstante indúctil es:
si mi amor pide una prueba
respondes: después, después...

Flor que reclama el estambre,
por ti se olvidó de su hambre
un bardo sentimental.

Y en una tarde de invierno
te hizo un distico moderno
en su laúd de cristal.

EL ORGANILLO

Para el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

también hay consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda.

En los rezongos lejanos
de algún organillo viejo
que masca versos indios
y polkas de estilo añejo.

Cuando al son de un aire aciago
llora, o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares.

Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra,
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

Pobre peón! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parrón, sus guías,
las bestias, sus aparejos.

Cuando la tierra era buena:
cuando no había patrones
que hicieran siembras de pena
y vendimias de pulmones.

Cuando el amo aún no había
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos,
iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra,
del arado y la picota
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

Pobre peón! más tarde vino
a la aldea. (Adiós, montaña!)
Y fué ladrón y asesino
con gente de estirpe extraña.

Y hoy es un andrajo errante
qué en los quiebros de la vía
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fría.

Pobre peón! De día cruza
la calleja solitaria,
donde el hambre viste blusa
y la blasfemia es plegaria.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algún pillo
paga al hermano la ronda
o una polka al organillo.

O alguna mazurka ambigua,
que en una cadencia larga
cuenta una historieta antigua,
tan amarga, tan amarga...

Sí, al armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peón presidario
para quien la alegre vida
fué una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes cuando bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre cán que aulla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

Bien se sabe el osco pillo,
bien se sabe el perro huraño.

lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja al pasar por la vía,
andrajos de remembranzas,
hilachas de poesía...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrías pobres
y a los nostálgicos perros.

Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurkas acerbas!

Mientras un muchacho pobre
hunde los ojos sin brillo
en un cuadrito que hay sobre
la tabla del organillo.

En el que una mancha inválida
muestra un fondo de taberna
y una bailarina escuálida
que al aire enseña la pierna.

El peón calla. Ah, esos días
están lejanos, lejanos...
El rancho, las noches frías,
las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
són masculla: nada, idiota!
La música sigue: nada!
El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
Está enfermo el organillo!
Enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo le acosa...
¿Y cómo quieres que calle
toda esa vida penosa
que a su paso no hay quien no halle?

Y el peón huye. La grosera
polka le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira larga, larga...

NADA

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardian nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.—
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada!...

TEODORINDA

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla mui linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, fresca, diablura, risa;
tiene quince años no más... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte, fascina, daña...
y más de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia: brava muchacha
para las hambres de su patrón!

Antes que el alba su luz encienda
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda

por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cúdala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y la echa un beso por el testuz...

PANCHO Y TOMAS

Pancho el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás,
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel;

o montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

Son ya mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
no hay bestia, por terca y nueva,
que no sepa quien Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturón.

Ah, qué cosas las de Pancho!
Qué alegrote y qué feraz!
Cómo se alborota el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero, ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
Todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas,
ama el rancho, la mujer...

a veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz;
Pancho ondea a los gorriones;
Tomás canta; sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre, Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho, abrupto, monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en las noches Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas,
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y sirvo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo,
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo;

y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

Y pasa un día, otro día,
una semana y un mes;
pasa un tiempo de alegría
otro de melancolía
y otra alegría después.

Y pasa un año y otro año,
otro año más y otro más...
Pancho siempre alegre, extraño,
el viejo hablando de antaño,
y oyendo absorto Tomás.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey.

Como si eterno desdoro
le hiciera por siempre andar
en busca de algo incoloro;
una hembra, un potro de oro
que viera en sueños pasar...

La tierra es siempre robusta;
el amo es siempre señor
bajo la herencia vetusta:
siempre el peón bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pancho ha crecido en la brega
como un potro brusco, audaz;
Tomás el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haría capataz).

Tomás es padre. Un año hace
que Teodora es su mujer:
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderín que pace...
Todo un ensueño de ayer!

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre y mordaz;
gusta el licor y el cigarro...
(Y hasta haría un despilfarro
por la mujer de Tomás!)

Porque ésta que es moza guapa,
revoltosa y de intención,
a todo el mundo se atrapa;
y de sus ojos se escapa
algo como una canción.

Y por eso Pancho ronda
su rancho al anochecer;
y cuando ella va a la fonda,

Pancho convida a una ronda
por Tomás y su mujer.

Ah qué cosas las de Pancho!
El es mozo y ella es más:
los dos se tienden el gancho...
No hay en la comarca un rancho
como el rancho de Tomás!

Y mientras Tomás trabaja,
Pancho llega. Y si ella ve,
vuelve el caballo; lo ataja
y hace cantar la rodaja
en la espuela de plaqué.

Qué garbo! El mozo es bravío,
rubio como es el patrón;
sus ojos destellan brío,
ama el poncho, el atavío
y usa corvo al cinturón.

Y su ademán que perturba
y sus ojazos de curva,
noble, su porte, su tez,
son bellos. Su frase turba...
Vaya un muchachón cortés!

No es humilde su aparejo,
ni es rústica su expresión,
ni es campesino el gracejo
con que se burla del viejo,
serio, brusco y socarrón.

Y como es igual al amo,
todos preguntan por qué...
Decid al leño, al retamo,
de dónde ha venido el gamo
de alto cuerno y ágil pie!

El mozo entra... Afuera hay ruidos
tristones. Canta un gorrión
e imperceptibles tañidos
hablan de insectos perdidos
como ecos de una canción.

Los jilgueros revoltosos
y hasta un errabundo tríl,
cantan versos olorosos
en los troncos achacosos
o en la viña juvenil.

Allá lejos los ganados
guía un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
Los bosques ensimismados
beben con ansia el calor.

Y un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
Y lejos hay un espino

y un jilguero campesino
que se oculta en el maíz.

Pobre Tomás! Pancho toma
fruta de ajena heredad.
Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
Aves del bosque, llorad!

Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peón,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peón!

La labranza ni el sosiego
nunca, nunca volverán...
ni sus noches de labriego,
ni su mesa junto al fuego,
ni sus charlas junto al pan.

Todo se irá. La faena,
el rancho, la ágil mujer...
Labriegos de faz morena,
llorad, llorad por la pena
de Tomás y su querer!

Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peón,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peón!

Y pasa un día, otro día,
otra semana y un mes...
La noche impasible y fría
deja su melancolía
sobre los campos en mies.

Y pasa un año y otro año;
otro año más y otro más
hallan al peón siempre huraño...
El viejo no habla de antaño,
porque há tiempo duerme en paz.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey.

Como si olfateara el paso
de aquel alegre peón,
de aquel mozo, de aquel huaso
que usaba en la bestia el lazo
y un puñal al cinturón.

¿Dónde está? Cuatro años idos...
La guerra... Morir, matar...

Una tarde los bandidos,
de kepí y dormán vestidos,
asolaron el lugar.

Pancho se fué. Los sargentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos
repetían los lamentos
de las madres. A morir!

¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.

Y los hombres que peleamos
de esta y otra patria, son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos,
y peleamos en la acción.

...Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué peón del riego
ni su hermano capataz.

Pancho es un hombre aun guapo
y hace vida de cuartel;
ama el dormán y el guiñapo;
en Tacna sostuvo el trapo
y salvó a su coronel!

Es un sargento aguerrido
y usa sable al cinturón.
El buen Tomás ha caído:
torvo, enjuto y carcomido
ha caído en la inacción.

Y pasa un año y otro año,
otro año más y otro más...
Tomás vive solo, huraño;
el viejo no habla de antaño,
porque ha tiempo duerme en paz.

Duerme... la tierra le oculta...
Duerme Teodora... Dormid!
Dormid que el tiempo os sepulta!
Gente pobre, vieja, inculta,
mejor es morir... Morid!

La noche, la sombra, el frío,
la torrentera, el peón
donde envejece el bohío...
la queja eterna del río,
la montaña en oración.

Todo le habla! Tomás llora...
Junto a la vieja heredad,

la casa en que el amo mora
se alza. Su provocadora
techumbre suda crueldad!

Las ruinas de hosclos tapiales
se enfastaman... Un torreón
canta diez golpes iguales:

los profundos matorrales
prestan extraña atención...

Duerme el viejo... También ella!
Ella, el hijo, su niñez;
Tomás llora. Allá una estrella...
¿Cuándo hallar la dicha aquella?
El viento sopla: después...



Antonio Orrego Barros

(N. en Santiago, el 1.º de Septiembre de 1880).



Es uno de los más aventajados cultivadores de la *tendencia criollista* de nuestra poesía. Pezoa Véliz nos exhibe la ruda psicología de nuestro pueblo; Dublé Urrutia describe sureños paisajes de Chile con motivos, cromos y tropos netamente criollos. Estos poetas, así como Lillo y Winter, de tendencia que pudiéramos llamar *nacionalista*, han empleado, salvo rarísimas excepciones, el lenguaje que hablan corrientemente las personas cultas de nuestro país. Orrego Barros, no sólo se singulariza por el colorido local de sus descripciones y narraciones sino que usa el idioma, viciado si se quiere, en que el pueblo chileno acostumbra exteriorizar espontáneamente cuanto siente y cuanto piensa. Esa jerga salpicada de pícaras palabras y matizada de pintorescos giros es la terminología que Orrego Barros ha empleado generalmente en sus versos, en forma de constituir en él, mediante tal procedimiento, una personalidad literaria con rasgos definitivos.

Estimulado por el sabio lingüista don Rodolfo Lenz, estudió empeñosamente el Folklore chileno, es decir la len-

gua, las costumbres y las tradiciones de nuestra nación; y pensando que esa hermosa ciencia es útil al Arte la aplicó a los motivos de sus poemas. Así, este escritor ha conseguido en sus versos, hablar la lengua guasa de nuestro pueblo, especie de dialecto o «patois», que no es otra cosa que un castellano desfigurado; y aunque pertenece por su nacimiento y educación a una familia de patricios abolengos y aristocrática cultura, ha logrado escribir como lo habría hecho un poeta espontáneo surgido del seno del Pueblo. Nuestro escritor se interesó vivamente por las teorías y orientaciones folkloristas del Dr. Lenz e imaginó que la labor del artista debe reflejar los caracteres y tendencias que, en los órdenes étnico, demográfico, tradicionalista e histórico, constituyen la idiosincrasia de su propio país. A su juicio debe escribirse en el idioma del pueblo que, por cierto, no es el de la alta sociedad ni el científico de una época sino una lengua más propia de la raza y más fácilmente comprendida por todos, como que es arrancada del corazón del pueblo, y es,—como lo ha expuesto nuestro autor,—«sangre de su sangre y alma de su alma».

Orrego Barros ha sido acaso el primer escritor culto que entre nosotros ha empleado sistemáticamente el habla guasa. En esto no ha hecho sino lo que el poeta argentino Estanislao del Campo, que escribió poesías en estilo gaucho y lo que el poeta español Vicente Medina que emplea el lenguaje típico de La Huerta, Murcia, su florida y humilde cuna.

Por lo demás estos escritores no han hecho sino fijar, en obras de mayor aliento, dándole patente literaria al habla criolla que ya había usado el pueblo, con anterioridad, en sus cantares y narraciones en verso.

Las primeras producciones poéticas de Orrego Barros están contenidas en el hermoso volumen *Alma Criolla*, publicado en Enero de 1903. Siéntese en él una impresión real de la sencilla vida campesina y montañesa en la región central de nuestro país: ahí está singularmente estereotipado el monte con sus que-

bradas y vertientes, sus árboles, majadas y ranchos; ahí se reflejan las fugaces alegrías y las penas largas de los pobres hombres y de las pobres mujeres que trabajan la tierra allá en el bajo y ordeñan cabras allá arriba entre los riscos; ahí se ven los fieles animales de labranza y de pastoreo como también las cantoras avecillas atemorizadas por los bravíos pajarracos de rapiña, semovientes todos cuya suerte se entrevera e identifica con la vida del rudo campesino y del montañés taciturno.

Así nos exhibe escenas y paisajes de una sencillez encantadora. Empero es necesario observar algo que ha olvidado la crítica: el poeta mira un poco distraídamente el campo y la montaña. Cuando se lee *Alma criolla* parece que se ve al bardo recostarse a la sombra de frondoso árbol, respirar oxígeno a pulmón lleno y solazarse en la tranquila contemplación del torrente que a saltos baja de la sierra; del pajarraco que pesadamente desciende en busca de carroña; del labriego que tras la yunta empuña la esteva y ensurca la simiente... Todo eso es bello, encantador sin duda. Mas ¿es eso todo? ¿no es verdad que al observar el poeta detiene su misión, dándonos una bella impresión meramente platónica y bucólica, en vez de una observación más honda que enseñase a las gentes cultas el por qué de esas «penas largas» de nuestro campesino? Este dolor replegado en el alma del labriego lo ha desentrañado Pezoa Véliz, en poemas vigorosos que exhiben el alma criolla en toda su plenitud. No basta hacer hablar a los montañeses su rústico idioma de palabras truncas; es menester que se nos muestre toda su alma tan criolla como es ella, en muchos casos amargada por la opresión del amo y del capataz, resignada bajo una errónea creencia fatalista, cohibida en estrechísimo radio espiritual por el analfabetismo y el abandono en que la mantiene cierta burocracia agraria en consorcio con cierta autoridad oligárquica. Es preciso llegar al origen del sufrir de las almas criollas, de esas almas huérfanas que no saben o no se atreven a expresar sus sentires. Puede ser que así el artista logre despertar, al través de la lectura íntima de un poema, sentimientos humanitarios y compasivos en quienes deben aliviar la condición moral y material de los humildes.

La nave vieja, es una histórica narración en verso del combate de Iquique, hecha por un marino, viejo lobo de mar, con todo el colorido de su modo de hablar criollo. Tal vez nuestro autor ha hecho bien en evitar en este poema el uso de ciertos modismos o barbarismos propios de la gente de mar, que aunque constituyen un matiz del alma popular, no está al alcance sino de muy pocos lectores.

Escrito también en jerga guasa, está su hermoso drama «La Marejá», cuyos protagonistas son gente montañesa. No nos corresponde analizar esta obra teatral, como tampoco su último drama «El Capitán Trovador», en que rememora la vida aventurera y romántica del épico autor de «La Araucana», don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

MARGARITA LA LAVANDERA

Como un perfume que se ha aspirado,
como un murmullo de voz lejana,
como un buen sueño que se ha olvidado
y se recuerda por la mañana,

Surge la historia vaga, infinita,
de aquella vida de primavera;
la historia alegre de Margarita,
de Margarita la lavandera.

Un rancho viejo, junto a un estero,
un jardincito lleno de flores,
y una batea, bajo el alero
que sombreaba los corredores.

Junto a unos ojos llenos de risa,
una boquita siempre sonriendo,
y en la batea, más que de prisa,
sus manecitas yendo y viniendo.

En los cordeles ropa tendida,
ropa tendida sobre las breñas,
ropitas blancas que a mi venida
me parecía que hacían señas!

Aunque vivía desamparada
lejos, bien lejos del caserío
y aparentaba no saber nada
de lo que pasa próximo al río,

me relataba con voz sumisa
los mil enredos de aquella aldea,
mientras batía, siempre de prisa,
la ropa blanca de la batea.

La eterna historia del amorío
con sus enjuagues y sus enredos,
que perturbaban al pueblo mío,
me relataban sus labios quedos.

Tal fué la historia de mi alborada,
siempre escuchando su voz parlera;
jesa voz suave y acariciada,
de Margarita la lavandera!

Pasó mi infancia, vino la vida;
dejé mi casa; dejé el lugar...
¡Cómo lloraron mi despedida
las buenas gentes de aquel hogar!

Ella me dijo, desvanecida,
con su lenguaje vago y sincero
que no me fuera, que era su vida,
que me quedara junto al estero.

De aquella vida ¿qué es lo que queda?
Pasó mi infancia... pasó mi gloria...
¡Como un perfume de la arboleda
guardo en el alma sólo una historia!

Como un extraño llego a mi tierra,
sin que se alegren de mi venida
ni las aldeanas de aquella sierra
ni los amigos de aquella vida.

Ya nada resta del pueblo mío;
nuevas viviendas y nuevos dueños,
entre las gentes del caserío
nuevos amores, nuevos ensueños.

¡Y allá en el rancho, junto al estero,
no hay jardincito lleno de flores,
ni ya hay batea bajo el alero
que sombreaba los corredores!

¡Ni se ven ojos llenos de risa,
ni esa boquita siempre sonriendo,
ni aquellas manos yendo de prisa
entre la ropa que están batiendo!

¡Vi el pobre rancho de lavandera,
sin ropa blanca que me llamara,
sin niña alegre que sonriera
ni jardincito que me alegrara!

Llegué a la puerta... llamé en voz
[clara...
¡ni un eco amigo que respondiera,
ni un conocido que se acordara
de Margarita la lavandera!...

CHUMA

¿Te acordáis de la Rosa? de aquella
que queríais ser vos el pairino
cuando el niño del plano le hablara
y allá, onde el cura, ijieran lo mismo?
¡Qué pareja tan bien hermanáa
cuando andaban corriendo juntitos
por los bien re empinaos faldeos,
o, al caso, trepaos arriba en los riscos!
¡Quién ijiera lo qu' iba a pasarles
a Rosa y a Chuma,
a esos dos chiquillos,
a la Rosa tan pobre y tan güena
y a Chuma pa too tan ágil, tan listo!

Yo creía qu'estaban templaos,
y todos en el monte creían lo mismo,
por lo bien hermanaos
qu'eran dende niños.

Es el caso que el taita e Chuma
le icía e icía al chiquillo:
mira qu' eres criaio en el plano,
tenís plata y al fin eres m'hijo,

Y no quiero que andís con la niña
que vive allá arriba, trepá por los riscos.
Y el chiquillo queaba callao
pus, pa mí, no pensaba lo mismo.
«Tú mereces, iciale el viejo,
una niña que tenga destino,
más mejor presentá pá la gente,
y que lleve mejor apellío»,
y el chiquillo queaba callao,
pus pa mí no pensaba lo mismo.

Siempre que los paires
arman los festejos,
resultan las cosas tan feas, tan malas;
amores armaos al fin por los viejos.

Quién iba a pensarlo,
quién iba a creerlo,
que al pobre e Chuma
con una del plano le armaron enreco.

Jué un día domingo
el que descogeron;
como sin destino
partió la pareja camino del pueblo.

Di aquellos contornos
lo que e ve primero
es el cerro e las cruces
allí amarillando como un pelaero.

Y too el que del monte
se apea pal pueblo,
tiene que mirarlo
con su cruz de palo, con su pasto seco.

Bajaron los novios,
y bajó el cortejo
siguiendo los rastros
que ejan las chanchas e los leñateros.

Toititos bajaron
y toititos vieron,

en lo ondo del valle,
al cerro e las cruces amarillo, seco.

Y sobre el picacho
que corona el cerro,
onde están las cruces
allí colocáas por lo misioneros,

allá, onde encienden
la vela a los muertos,
estaba la Rosa
calláa, llorosa, vestía e negro.

Y dende allá arriba
batía el pañuelo
di un moo tan raro
que apenaba el alma, daba esconsuelo.

Y cuando en la tarde
los novios golvieron
ya echáas las cruces
y bien recansaos con toos los festejos,

Allí la encontraron,
trepá sobre el cerro,
tan triste, tan sola
que apenaba el alma, daba esconsuelo.

Creen por el plano
que naide en el mundo se muere e pena
ni naide en el mundo se muere e contento
y aquello lo creen, a pie e juntillas,

Porque nunca en la vía han trepao a
[los cerros,
porque nunca en la vía han mirao estas
[gentes
que ponen en too su querer entero.

Jué tanta la pena que tuvo la Rosa,
que ni trepó al monte
ni bajó pal pueblo,
y allí lo pasaba, metía en el rancho,
amurrá e pena y callá sufriendo.

Felices los ricos que pasan sus males,
que tienen amparo, que tienen contento,
ellos no se saben lo que es una pena
cuando se está solo, trepao en un cerro.

Sufrió mucho Rosa
mucho y en silencio,
de ná se quejaba
mas la calentura la ejó en los güesos.

Empezó el verano,
llegó el mes d' Enero;
con toos sus calores,
con toa la alegría e los días güenos.

Y por fin un día,
de pascua pa ellos,
tan solo por verla,
por hablar con Rosa jué Chuma pal cerro.

Toos le ícian que estaba tan mala,
que e estaba muriendo,
que si no iba pronto ya no la vería,
y que era tan solo un puñao e güesos.

Los dos no lloraron
cuando allí se vieron,
pus que no queaban
con los paeseres lágrimas en ellos.

Le tomó las manos,
la miró en silencio,
luego hablaron bajo
unas palabritas tan solo pa ellos.

Hablaron de too.
¡Qué no se ijieron!
Naide les oía,
pero daba pena tan solo del verlos.

Hablaron de too
¡Qué no se ijieron!
Ella hablaba cosas llenas e margura
y él ícia cosas llenas e consuelo.

¡Qué triste, Dios mío,
ese paesimiento!
él siendo e l' otra
mientras mande el cielo,
el querer en l' una,
y en l' otra el derecho.

Dios mío, Dios mío,
que e cosas se ijieron,
viendo el uno angustias
y l' otra sufriendo!
¡Dios mío, Dios mío,
daba pena el verlos!

Se pasó el verano con toos sus calores,
se renubló el cielo
y las avechitas, unas se volaron,
otras se murieron,
con too aquel frío,
con too aquel hielo.

Los días pasaron a prisa
y los días malos se reamanecieron,
esos días malos en que llueve a chuzos,
en que no hay trabajo, ni pan, ni en qué
[hacerlo.
En que el rancho cruje con las granizáas
y si baja nieve se nos viene al suelo;

llegaron los días que vienen aprisa,
esos días malos sin pan ni en qué hacerlo.

Pobre e los viejos que viven arriba,
sin hallar amparo, sin tener consuelo,
cuando en días güenos sufren tantas
[penas,
estos días malos, qué serán pa ellos!
Pobre e los viejos e la cordillera,
sufren en verano, mueren en invierno.

Jué un día Domingo
el que descogeron
pa bajar la Rosa, sobre parigüelas,
de lo alto del cerro.

Chuma iba ailante,
más que vivo, muerto,
atrás iba el otro, po hacer caridaes
a esos pobres viejos.

Era una obra güena
la qu' iban haciendo,
d'esas que Dios paga con más alegría
que si fueran rezos.

Bajaron del monte,
vadearon esteros,
con las parigüelas onde iba la Rosa
helá, como un hielo,

bajaron del monte,
llegaron al pueblo,
y el pobre e Chuma, en tierra sagráa
socavó un ujero.

Le miró los ojos pa siempre,
le juntó los labios medios entreabiertos,
esos labiecitos que si algo icían
eran amarguras, llenas d'esconsuelo;
le entibió los labios e tanto besarla,
y luego la puso entro del ujero,
la cubrió con tierra, y pa no olvidarla,
puso una cruz negra sobre aquel entierro;
y allí quedó tóo,
menos el recuerdo,
menos las angustias qui arriba del monte
quearon por ella sufriendo los viejos,
menos esas penas que quean gravás
como puñalazos, aentro del pecho!

E LA CORDILLERA

¡Qué alegre es la via
e la cordillera,
al menos en los días
e la primavera!

Mi paire era el dueño
e toa la nievera,
e la mina e cobre
y e la cantera,

y e la quebráa
e la lastimita,
qu'eran unos riscos
onde naide habita.

Que en l'ondo tenía
ranchos e vaqueros,
y un corral a un lao
pa guardar terneros.

Y arriba unos riscos
tan bien re negrios,
allá onde las águilas
hacen sus nios.

Y arriba e los riscos
el rancho el lionero

tapao e nieve
dende Enero a Enero.

En la puerta el rancho
siempre el tío Floro
con toa paciencia
enseñando un loro,

vivía allí solo
con ña Maalena,
una vieja pobre,
más que pobre, güena;

y con sus chiquillos
y con sus chiquillas,
siempre por los cerros,
andando en pandillas.

Qué via tan güena
cuando éramos niños,
¡ya no hay d'esos goces
ni d'esos cariños!

Yo, con mis hermanos
y con mis hermanas
íbamos a verlos
toas las mañanas.

Yíbamos pal cerro
toos reuníos,
con too cuidao
pa campiar los nios...

.....
¡Y pensar que aquello too está pasao!
¡Y pensar que aquello too se ha perdío,
que ya la bandáa toa se ha volao
y que ya no quea ni siquiera el nío!

Vendimos las tierras,
vendimos la mina,

y toos, re tristes
nos juimos asina.

Seguimos la via
bien desemparaos,
unos por los riscos,
otros por los praos.

y toos pensando
en lo güeno qu'era
esa via alegre
e la cordillera!

¿QUE LA IGA LO QUE SIENTO?

¿Qué la iga lo que siento,
pero menos enreao?
¿que yo mi humille e nuevo?
pa que responda más claro?

¡Si ella quere a too el mundo!
si el puchero es su guisao,
onde hay papas y cebollas,

onde hay e too mezclado...!

¡Si toos le han prometio...
y a toos les ha acetao...!
y pa toos ha tenío
lo que pa mí no ha gastao!
Si too lo sé! Y con too
la quero, como al pecao!



Carlos Acuña Núñez

(N. en Cauquenes, en 1886)



Adolescente aún, lanzó dos opúsculos de versos: *Primeras Flores* y *Floración agreste*. Su libro de poesías y cuentos *A flor de tierra* fué bien recibido por la crítica. El prologador de esta obra, Alberto Mauret Caamaño, escribe: «Acuña, en cuanto a poeta original, siente y observa por cuenta propia; los ripios importados no han ahogado las corolas de su fronda lírica. Va por ruta no trillada; por donde echará a andar pastoreando sus ensueños el futuro cantor de nuestra raza».

No es esto mucho decir. En Acuña Núñez, hay, ante todo observación propia. Su expresión es llana, tomada del natural; pero sin adoptar los vicios del lenguaje de nuestro bajo pueblo, error en que han incurrido algunos escritores en verso y en prosa hasta hacerse majaderos. Caracteriza gestos, espontaneidades, varoniles actitudes de nuestros tipos criollos y delinea cuadritos de costumbres y sucesos lugareños, con sencillo y verdadero colorido.

La obra de Acuña N. está en el mismo plano que *Alma criolla*, de Antonio Orrego Barros, y el criollismo de ambos se acerca a una de las fases del estilo de Carlos Pezoa Véliz,

ese enorme poeta de corazón netamente chileno.

REQUIEBRO

Cuando tu brazo moreno
gracioso pones en jarra,
y presuroso tu seno
late al són de la guitarra;
hay en tus ojos rasgados

el fuego de un vino viejo
de racimos asoleados
y la dulzura y el dejo
de un panal de las montañas
lleno de mieles extrañas...

VENDIMIA

Florcita que se moría
¡cuánto la quería yo!
En la vendimia olorosa
juntos íbamos los dos,
y su mirada era dulce
como la uva del parrón.

Bajo las hojas, sus dedos,
del racimo en el negror,
eran tan blancos, tan blancos,
así como el pan de Dios;
y si rozaban los míos
¡cómo temblaban, Señor!

Mi mano cogió la suya,
y ella quedó sin color,
sin una gota de sangre,

de un lienzo con el albor...
—¿Me quieres? Y ella me dijo:
«Te quiero»... y reía el sol.
.....

Los sarmientos están secos:
ni del racimo el negror,
ni las hojas de la parra
muestran su fresco verdor.
¡Los ojitos—granos de uva—
se secaron de mi amor!

Y cuando se reverdezcán
y ría otra vez el sol,
bajo las hojas, ¿qué dedos
cojerás, vendimiador,
si hoy vendimia su manita
en la viña del Señor?

EL PONCHO

Lò tejieron las manos de mi chiquilla,
la misma que me tiene muerto de amores,
y al sol, como una erada llena de flores,
cuando me lo echo al hombro, su trama brilla.

Cuando monto el mulato para la trilla,
el viento arremolina sus mil colores,
y, amarrado en el brazo, ni los mejores
me han probado la sangre con la cuchilla...

El me sirve de almohada en las noches duras,
cuando se duerme al raso en la cordillera
bajo el toldo sereno de las alturas.

Y, cuando así lo pongo, yo me dijera
que mi poncho, al oído, tenue murmura:
«Piensa en la dulce niña que me tejiera!»



Ignacio Verdugo Cavada

(En Concepción, 12 de Octubre de 1887).



Es un poeta de entonación robusta y severa. Por el cordaje de su lira pasa tanto el *venticello* apacible como las ráfagas huracanadas de la selva araucana. Es el cantor del copihue, esa flor de lis salvaje, color de nieve o de sangre, emblema de una raza vigorosa y sufrida.

Verdugo es, ante todo, personal. Se le ha visto copiar, a modo de epigrafe de una composición suya, unos escogidos versos de Francisco Villaespesa. Pero, en nada imita al poeta español. Verdugo es siempre Verdugo. Es un criollo neto; y lo es por su decir, por los motivos, colorido local y armonía triunfal de sus canciones. El y Augusto Winter son acaso nuestros mejores evocadores de las bellezas de Arauco. Verdugo tiene buena cohorte de seguidores. Se le imita la expresión del pensamiento dentro de un estilo sencillo, flexible y fogoso.

Un joven crítico penquista ha dicho de él que, al revés de cuando empezó a escribir, se preocupa hoy más que del vaso, del divino licor.

No está de más hablar aquí de «Chantecler», revista que alcanzó su mayor prosperidad bajo la dirección del poeta Verdugo. Se fundó este simpático hebdomadario humorístico e ilustrado en Concepción, el 23 de Abril de 1910.

COPIHUES

Copihue rojo

Soy una chispa de fuego
que del bosque en los abrojos,
abrió sus pétalos rojos
bajo el nocturno sosiego;
soy la flor que me despliego
junto a las *rucas* indianas,
la que, al surgir las mañanas
en las cumbres soñolientas,
guardo en mis hojas sangrientas
las lágrimas araucanas!...

Nací en las tardes serenas,
de un rayo de sol ardiente,
que amó la sombra doliente
de las montañas chilenas;
yo ensangrenté las cadenas
que el indio despedazó,
las que de llanto cubrió
la nieve cordillerana;
¡Yo soy la sangre araucana
que de dolor floreció!...

Mis flores rojizas son
pupilas en asechanzas;
son como puntas de lanzas
entre el polvo del *malón*...
Y, cuando sin compasión
me arrastra el viento en la vega,
soy arrebol que se pliega
y que presagiando está
no que la tarde se va
sino que la noche llega!

Hoy que el fuego y la ambición
arrasan *rucas* y ranchos
cuelga mi flor de sus ganchos
como roja maldición;
y, con profunda aflicción,
voy a ocultar mi pesar
en la selva secular
donde los pumas rugieran,
¡donde mis indios me esperan
para ayudarme a llorar!...

Copihue blanco

Yo llevo en mí el alma extraña
de un cisne de la laguna;
yo soy un rayo de luna
que se extravió en la montaña...
La palidez que me baña
es palidez de dolor
y si en mi diáfano albor
hay algo triste y doliente,
¡es porque soy solamente
una lágrima hecha flor!

En mis flores cristalinas;
en las mañanas nubladas,
se esconden amedrentadas
las almas de las neblinas;
y, al pie de aquellas colinas
donde rodó el español
ante el último arrebol
que tiñe de rojo el cielo,
¡soy como un blanco pañuelo
que se despide del sol!

Yo florezco entre las brumas
donde, ignorados y juntos,
lloran los indios difuntos
y se lamentan los *pumas*...
Yo brillo como haz de espumas
sobre el obscuro *chamal*,
y en la noche sin igual
de las indígenas trenzas
quedan mis flores suspensas
como estrellas de cristal.

Olvidadas y escondidas,
al borde de las barrancas
se agrupan mis flores blancas
como palomas dormidas...
Rayos de estrellas perdidas
dan transparencia a mi albor,
y si en mi triste color
el rojo ya no resalta,
no es que la sangre me falta:
¡es que me sobra el dolor!

Copihue rosado

En el doliente concierto
de la agonía araucana
yo soy como una campana
que se halla tocando a muerto.
Bajo el bosque desierto
ve el indio en mí un arrebol.
Y, cuando enfermo de alcohol
se echa a dormir en las *quilas*,
yo le dejo en las pupilas
una mentira de sol...

Por mis pétalos risueños,
donde una aurora agoniza,
corre la sangre enfermiza
de los mapuches pequeños.
Todo el dolor de sus sueños
lo llevo yo en mi interior;
por eso duda mi flor
cuando en el bosque revienta,
si soy lágrima sangrienta
o soy sangre sin color!...

Brotada al pie del osario
de una raza ya sin vida,
soy una aurora nacida
para servir de sudario!
Todo el bosque es un Calvario;
parecen tumbas las cunas
y, alumbrados por las lunas,
como almas de indios errantes
lloran los cisnes distantes
al borde de las lagunas.

Por eso mis flores muertas,
al rodar por los senderos,
tienen algo de luceros
y algo de heridas abiertas;
más en las selvas desiertas
valor yo al indio le doy,
pues recordándole estoy
con mi color tan extraño
¡que aún corre sangre de antaño
bajo las lágrimas de hoy!!!

LETANIAS DE PRIMAVERA

Sol de Primavera,
tú que por los valles y por las montañas y por los alcores
enciendes la hoguera
que hace estallar besos y germinar flores;

Sol mágico y rubio
que cambias en verdes cristales las olas salobres,
y ante cuyo effluvio

caen en las éras, como en un diluvio,
las rubias espigas, el pan de los pobres;

Tú, pintor divino, que de un duraznero
pintas una aurora de seda y de rosas,
y que en el más triste y helado sendero
pones el murmullo de un río parlero
y tejes el vuelo de las mariposas;

Tú, Dios que transformas los árboles viejos, cuajados de nidos,
en cajas de música y alcobas nupciales, donde el viento refrena su furia;
Tú, Sol, Tú, que agrupas las fieras en bosques henchidos
de savia y lujuria;

Tú, que te sonríes irónicamente
sobre los idilios del adolescente,
Sol de Primavera, alma de quimera,
adentro del alma déjanos, Sol de Primavera!...

*

Tú, altivo poeta, cantor de alegría,
que pasas por llanos, montañas y lomas,
entre el estallido de una algarabía
formada con ruidos de brotes que estallan, de ríos que cantan y amor de palomas;

Tú, que arrojas flores en los cementerios
y sobre la muerte que acecha escondida,
realizas los hondos misterios
del polén que vuela, cantando fecundas canciones de vida;

Tú, que en los crepúsculos
sangras dulcemente... y pones con esos tus tintes risueños,
vigor en los músculos
y en el alma ensueños;

Tú, piadoso y bueno, que tiñes de verde las mustias campiñas
y que, entre las flores, los frutos incubas;
Tú, amante, que infiltras calor en las viñas
y doras las uvas,
las uvas que un día
alivian de ricos y pobres la melancolía;

Sol de Primavera, alma de quimera,
adentro del alma pónnos alegría,
pónnos sentimientos, pónnos poesía,
Sol de Primavera!...

*

Pero ¡ay! y mañana... Cuando nuestros ojos
no tengan el brillo que Tú les pusiste;
cuando sobre el hielo de nuestros despojos
cruzen mariposas en un vuelo triste...

Tú, Sol, más piadoso con tus resplandores
que nuestros amigos y nuestras esposas,
harás brotar flores
sobre nuestras fosas;
cuando nuestras manos estén temblorosas

y no puedan robarse las rosas
que Tú desplegaste sobre las locuras de los soñadores;
cuando en nuestro cuerpo, ramaje marchito,
ya no haga su nido la bella Quimera,
entonces,... entonces, si ya estaba escrito,
miserere nobis, Sol de Primavera!!...

LA VOZ DE LA SELVA

Mientras llora una estrella que se
[mueve
sobre la cordillera que dormita
arrebujada en su chamal de nieve,
en el rincón más triste de la ruca,
sola y recién nacida una indiecita
como una águila nueva se acurruca...

Al asomar la vida en sus pupilas,
el alma maternal desplegó el ala
para ser sangre en flor entre las quilas
o lágrima en el agua que resbala...

Por eso es su dolor y su mutismo
y por eso sus sienes son tan blancas
como una flor que muere en un abismo
o un copihue que nace en las barrancas.

*

A pleno sol, con la intemperie en
[guerra,
llena de agilidad y de donaire,
creció la virgen india de la sierra
como una flor besada por el aire.

Para ella, en el bosque ensombrecido,
se abría cada triste madreselva,
como si fuera el último latido
del corazón sin sangre de la selva.

Y bajo los fulgores de las lunas,
eran también para sus ansias locas,
los nidos, que al copiarse en las lagunas,
colgaban de los flancos de las rocas
como si fueran delicadas cunas.

Para ella las águilas inmensas
y para ella desplegando el broche,
sangraban los copihues en sus trenzas
como un sol por encima de una noche.

*

Veinte veces la flor se hizo retoño
en el misterio que la selva fragua,
veinte veces las lunas del otoño
reflejaron sus iris en el agua.

Y una bajo el cristal de las lagunas
y otra sobre el sopor de los barrancos
se seguían el vuelo las dos lunas
a la manera de dos cisnes blancos.

Veinte años... Y al fulgor de los cre-
[púsculos
las ramas de un maitén entre las brumas
se le antojaban los fornidos músculos
de un mocetón degollador de pumas.

Y soñaba... sufría... deliraba
con mirarle venir, salvaje y bello,
del interior de la montaña brava
a dejarle una flor sobre el cabello...

Pero inútil... las hojas se cayeron,
las aves de los robles emigraron
y sus amores que sin sol nacieron
como estrellas lejanas se murieron...
como estrofas en flor se marchitaron...

Y entristecida por sus ojos pasa
la visión de sus ansias intranquilas
como si los dolores de su raza
se hubiesen hecho carne en sus pupilas...

Y en las noches, soñando pesadumbres,
se adormecía con su pena aleve,
creyendo ver en las lejanas cumbres
el perfil de una lágrima de nieve...

*

Una tarde por fin en esa hora
en que el silencio las quebradas puebla;
en la que el río al arrastrarse llora
arrebocado en su mantón de niebla;
y en la que enfermo de una pena extraña,
palpita bajo el chal de la tiniebla
el roto corazón de la montaña;
una tarde, la india adolescente
sintió que un brazo trémulo y ardiente
pasaba al rededor de su cintura,
que de su cabellera en el torrente
iban cayendo besos de ternura...

Escuchó que una voz le adormecía,
que una caricia, al fin, la atormentaba
y que su angustia, la de ayer, cedía
a otra angustia infinita que llegaba.

¡Ah! pero no era el mocetón moreno
nacido en medio de la selva brava
lleno de flores y de fuerzas lleno;
no era el muchacho por su amor soñado
a quien veía entre sus ansias locas
atravesando por el río a nado
matando pumas y escalando rocas.

¡No! No era él...Era el patrón del fundo
que llegaba hasta ella
con las ansias de un cóndor moribundo
que abre las alas cuando ve una estrella.

Era él, que en sus ojos seductores
iba a coger con repugnante injuria,
no la pálida flor de los amores,
sino la roja flor de la lujuria.

Y la pobre mapuche adolescente
partió a la grupa del corcel, risueña,
sin ver que allá... una garza, tristemente,
como un pañuelo trémulo y viviente
con sus dos alas le iba haciendo seña.

Y al galopar, su negra cabellera
bajo la tarde cuya luz se escombra,
parecía una indómita bandera
cantando rebelión entre la sombra...

A su vista, encorvadas las espaldas,
bajo el peso de un siglo de amargura,
pasaban las montañas de esmeraldas
en una fuga eterna hacia la altura.

Moría el sol. Siguiendo sus costumbres,
bajo la luz de la naciente luna
los pájaros salvajes de las cumbres
fueron volando a la montaña bruna
y al extinguirse ese tropel extraño
atrás quedóse rezagada una
de aquellas viejas águilas de antaño...

Y al proyectar su sombra sobre el suelo
abierta el ala donde el viento azota,
no sé si dibujó una cruz de duelo
o bien un pabellón que va en derrota...

Y llegaron por fin. Su alma de niña
sintió al mirar caer todas sus galas
como si un ave enorme de rapiña
le arrancase las alas.

Y en su alma azul, que convertida en
[yermo,
sintió la laxitud del que se expatria,

creció lo mismo que un copihue enfermo
la nostalgia infinita de la patria.

Y con el són de su natal lenguaje
hecho para los cánticos de guerra
o para los amores del salvaje,
el viento que venía de la sierra
le decía que todo en el bosque
la llamaba al cariño de su tierra
y a modo de una rara melodía,
en los suaves rumores del ramaje
escuchaba una voz que le decía:

«Soy la voz de tu montaña
siempre cubierta de niebla;
soy la tristeza que puebla
las quilas de tu cabaña...
Soy el sol, ese que baña
tus lagos al aclarar,
el que te viene a cuidar
tu alegría y tu pureza,
ese que vió tu tristeza
cuando empezaste a soñar.

Soy la luz que en el bohío
brilla un instante y se apaga;
girón de luna que vaga
como un fantasma en el río...
Soy la gota de rocío
que temblaba a tu pasar,
soy la luz crepuscular,
la que besó tus sonrojos,
la que dió llanto a tus ojos
cuando empezaste a soñar.

Soy el torrente sereno
que lleva caudal al río
el que en las tardes de estío
besó tu cuerpo moreno.
Soy la niebla en cuyo seno
venías sola a llorar,
soy el viento del quillar
que, en las tardes invernales,
lloraba entre tus chamales
cuando empezaste a soñar.

Soy un sol que tu no viste,
el que en las selvas indianas
te vió alegre en las mañanas
y en las tardes te vió triste;
soy la luna que seguiste
hasta perderse en el mar,
la que al mirarte llorar
en tus lagunas risueñas
te iba llamando con señas
cuando empezaste a soñar...»

Y al perderse esa voz, en su pestaña
se quedaban las lágrimas suspensas
lo mismo que un raudal en la montaña,

por sus pupilas lánguidas e inmensas
era toda su raza herida y rota,
que sollozaba un siglo de vergüenzas
en un solo momento de derrota.

Y así, al tender con honda pesadumbre
sobre las cordilleras su mirada
creía contemplar en cada cumbre
el perfil de una ruca abandonada...

*

El viento, el Trovador de los barrancos
ha sollozado una canción extraña;
dejando el lago azul, los cisnes blancos
se han escondido misteriosamente
al pie del robledal que el sol no baña,
porque se ha visto aparecer doliente
una mancha de sangre en la montaña...

*

Huyendo de su amante en la espesura
la doliente mapuche seducida,
dió a luz un hijo, gota de amargura
que se extendió en el vaso de su vida,

y al escucharse su primer vagido,
bajo las pardas rucas de la selva
como un trozo de nieve florecido
se abrió una madreselva.

De los ojos del pálido indiecito
la tristeza, esa herencia de la raza,
parecía escaparse, como un grito...
La india lo miró... Una amenaza
trazó en el aire con sus manos locas
y vengando a su patria en sus dolores
en un beso de amor unió sus bocas.
Le mostró el sol, le coronó de flores
¡y lo azotó en las rocas!

*

Al fondo de un barranco abandonado
el indiecito de los claros ojos
rodó como un copihue ensangrentado.
La montaña erizando sus abrojos
se abrazó del crepúsculo morado
y se cubrieron de fulgor sus moles
cual si en audaz, desorientada marcha,
toda una gran constelación de soles
rodase por debajo de la escarcha.

.....

La india marchando por la verde al-
[sombra
lloraba el precio de su cruel rescate
y su chamal flotaba entre la sombra
como una gran bandera de combate;

porque en la patria sus anhelos fijos
las bravas indias del Arauco bravo
saben ser asesinas de sus hijos
antes que ser las madres de un esclavo.

Sady Zañartu

(En Taltal, el 6 de Mayo de 1893).



En sus primeros trabajos poéticos se nota, en cuanto a la forma, la fisonomía de las modernas tendencias literarias: es aún el escritor que se inspira en sus lecturas, porque sabe poco de la vida y no ha observado sino el exterior de las cosas.

Cuando hacía el servicio militar, como aspirante a oficial, escribió su libro *Desde el vivac* (1915), compuesto de impresiones del cuartel y de la vida campesina. De esa época data su evolución hacia los motivos chilenos. Ahora trata asuntos de color y sabor coloniales y logra esbozar los rudos gestos de la psicología del pueblo. Bien por el poeta que explotando los nativos filones, casi vírgenes aún, hace genuino arte nuestro.

Mientras una valiente muchachada labora poesía introspectiva, aspira el ya un poco oxidado perfume de las flores baudelerianas o se entrega simplemente a una fetichista admiración por el excelso Rubén Darío, es loable que haya por estos lados cultores de la idiosincrasia chilena, de los repliegues característicos del alma chilena, de los momentos

heroicos y sorprendentes de nuestra Historia.

Nuestra Metrópoli, «la ciudad remota, olvidada entre los dos gestos más rotundos que tuvo el planeta,—los Andes y el Pacífico»,—como dice Eduardo Zamacois, ofrece motivos de poesía con sus mujeres bellas de belleza única en su piedad y recogimiento religiosos; con su cerro de roca viva en medio de la urbe, sus iglesias graníticas coloniales, sus casonas señoriales y solariegas cuya herrumbre española, entre trasplantados estilos, evoca todo un pasado homérico y legendario.

No esperemos que un observador penetrante como Zamacois venga a decirnos como cosa, aunque no nueva, olvidada, que Santiago es una ciudad alegre, hecha de risas, que puede llamarse París como «la ciudad sin noche». No esperemos que de fuera vengan a sorprender la caballeresca lealtad de nuestro «roto» tan extremada que en sus riñas sangrientas jamás hiere al adversario por la espalda. No aguardemos que un extranjero venga a hablarnos de nuestro «huaso» sobrio y rudo para las agrarias faenas; de nuestra gente brava, alegre, imprevisora; de nuestra «baya» regocijadora, escanciada por sus devotos en hondos «potrillos»; de nuestra cueca zandunguera, briosa, ágil, vibrante, llena de ardorosos zapateos y picarescos agachadillos. No esperemos, repito, que un Zamacois, varonil y galante, venga a conquistarnos nuestras mujeres diciendo de ellas, que son «parcas de estatura y de carnes, poco ventaneras, con dentaduras bellísimas y anchos ojos andaluces, ojos de obsidiana, negros y brillantes, cual si la luz, lejos de penetrar resbalase sobre la gran tiniebla de la pupila».

¡Es menester, jóvenes bardos, desentrañar los tesoros que ofrecen los veneros intocados de nuestra Leyenda, de nuestra Naturaleza, de nuestra Vida!

SANTIAGO ANTIGUO

Amo esos viejos tiempos de cajas y tambores
en que un abuelo mío se decía marqués,
y en que se recogían los señores oidores
en invierno a las nueve y en verano a las diez.

Hoy ¿quién no siente agrado mirando a un caballero
sujeto entre un enorme y negro corbatín?
Entonces se podía ser bueno y embustero
con decir dos palabras en sabroso latín.

Entonces los bostezos eran largos, muy largos,
y los días se hacían mucho menos amargos,
jugando al carga burro al calor del brasero,
a pesar que esos tiempos iban como tortuga
y las damas virtuosas mostraban sus arrugas
y los hombres gentiles su modo zalamero.

*

Amo también la casa de estilo solariego:
mojinete de piedra y puerta claveteada,
donde vivió un hidalgo que se llamó don Diego
y hubo un olor a mate con azúcar tostada.

Porque dentro esas casas de sombríos zaguanes,
con patios de naranjos y huertos perfumados,
nunca faltó una abuela que entre sus mil afanes
desgranara un rosario a los seres amados.

¡Cuántas cosas de amores enfriaron sus losas!
¡Cuántas veces al huerto se recogieron rosas
el día en que la niña soñó ser abadesa!...

Mientras desde el portón le hizo su última broma
con la alegre carita que en las tardes asoma
el grito que lleva la orgullosa calea...

EL CAPELLAN DE LAS CAPUCHINAS

(Fines del siglo XVIII).

—Que no ves que la misa me ha secado el gaznate
—decía en tono afónico el sacristán mayor—
Rosario, «mucha espuma» tiene este chocolate,
las monjas capuchinas lo dejaban mejor.

Bien sabía la vieja mulata que lo bate,
que si disminuía la espumita, el señor
diría: «poca espuma» tiene este chocolate,
las monjas capuchinas lo dejaban mejor.

Aunque muestra el muy pícaro una risa vedada
que medio disimula su nariz, colocada
sobre el vaho aromático que despiden el limón.

Mientras sigue sumiendo en el líquido hirviente
junto con su bocaza despoblada de dientes
una y otra tostada del fondo del tazón.

LA FONDA

Ya la gran fonda ostenta sobre el muro oscilante
el rumboso letrero: «Aquí está Silva». Trueca
esto con el estruendo del eco revibrante
y zandungero de una bien entonada cueca.

Las cantoras se han puesto chillones trajes claros
y embadurna a sus flácidos rostros el colorette;
de las orejas penden unos enormes aros
y los moños sustentan rosas y gallardetes.

En una carretela puesta festivamente
con disfraces de yedras, arrayanes y flores,
arribó de los campos toda esta buena gente.

Hoy mueven en cabriolas los pies guarosamente,
y más de algún pañuelo de a cuadros en colores
se agita y barre el piso, desesperadamente.

CUECA

Es el instante criollo y festivo
de una muchacha con anca muy gruesa
cuando un pañuelo de rojo muy vivo
flota por sobre su huraña cabeza.

Y más nerviosa que nunca, persigue
entre los huifas de su zapateo,
y esa insistencia con que él la persigue

pone en su cuerpo febril contorno.

Llega a su colmo lo alegre en la vida,
pues la pareja ya va muy unida;
y por fin atrévase el buen mocetón,
y en un postrer ademán, la rodilla
en tierra, ofrece a la guapa chiquilla
todo el albergue de su corazón!...



SEGUNDA PARTE

Poetas clásicos y románticos y algunos de tendencias tropicales e indefinibles se estrechan en este grupo en verdadera promiscuidad. Rezagados o separados del ambiente moderno, cultivan el arte cantando en viejas palinodias sus sentires repletos de la nostalgia y la vida de épocas que se doblan en la curva de un pasado polvoriento. Líricos de alto vuelo, los más, revisten sus ideas con hábitos de rancios estilos, y los menos, los más jóvenes, repechan por vestir a la moda, pero sin que hasta ahora logren posesionarse de ésta en toda la amplitud de su significación.

Por ser producto de un estancamiento algo lejano, no ocupan un lugar preferente en nuestra literatura.

Francisco Concha Castillo

(N. en Santiago, el año 1855).



He aquí un bardo genuinamente lírico, de serena y elevada inspiración. Sobresale por la clásica corrección de sus trabajos. Es de aplaudir en ellos la forma: líneas puras y contornos suaves. Y tanto más por estos mundos donde hay quienes estiman que escribir bien es hacerlo sin sujeción a canon alguno, ni aun a los más elementales de la Gramática y del Léxico.

A pesar de ser un esclavo del retoricismo consagrado, Concha Castillo no hace poemas soporíferos como pudiera creerse. Nó. En ellos el calor de la inspiración y la esplendidez de las imágenes interesan, entusiasman, cautivan.

Es cierto que puede notársele un defecto de escuela que es común a todos los clásicos y románticos: el monótono sonsonete de rima y aún del ritmo. En verdad es insufrible aquello de rimar eternamente *memoria con gloria* o con *historia*. En eso hay evidente olvido de las prescripciones del Buen Gusto. No es éste un detalle baladí, sino un defecto grave. Ese malhadado sonsonete, ese maldito enyugamiento de palabras, desacreditan los versos y por ende la

poesía. (Hay que mudar, incipientes escritores, esos ropajes gastados, envejecidos!). Y lo peor es que tan grave defecto no se debe a falta de recursos poéticos e incapacidad para eludir los vulgarismos, sino a simple incuria que impide la perfección en el Arte.

El sentimiento que Concha Castillo infunde a sus poesías no es puramente poético: siempre va unido a un hondo sentimiento de misticismo, desprovisto por fortuna de vulgares locuciones de sacristía. Bellas son sus composiciones: «El mar del alma», «Plegaria», «Dolor Generator», «Religión y Poesía», dedicada esta última a León XIII, pontífice, maestro y poeta. En estos poemas están las características de Concha Castillo: fraseología atildada, sentimientos honestos e ideales divinos, de los cuales fluye una filosofía humana y enaltecedora.

PLEGARIA

Te sueño allá en las cumbres del Cielo, Madre mía,
como te vió en sus raptos la santa profecía
de estrellas coronadas que forman tu dosel.
El aire azul te envuelve en su cendal flotante,
vela a tus pies la luna como rendido amante,
la aurora es tu diadema y el sol es tu joyel.

Alfombra es de tus plantas la zafirina esfera;
tu aliento hace en el mundo brotar la primavera;
tu amor es de las almas perenne juventud.
Si vislumbrar pudiese la humana criatura
tu hechizo irresistible, tu célica hermosura,
gozara en un instante de eterna beatitud.

¡Oh Virgen, que el sol viste! divina desposada;
la ardiente voz del ángel cual viva llamarada
se expande por los siglos en santa adoración.
Recojan nuestras almas sus ecos; y en tu nombre

haz que halle siempre un lampo de claridad el hombre,
y un nimbo de esperanzas su pobre corazón.

EL MAR DEL ALMA

Risas y lágrimas son
como el placer y el pesar,
flujo y reflujo de un mar
en perpetua agitación.
Tiene nuestro corazón,
siempre en activo desvelo,
por oleaje su anhelo;
ilusiones, por espuma;
tristes recuerdos, por bruma;
soñadas dichas, por cielo.

Como en el piélago mismo,
más de algún germen fecundo
guarda el alma en lo profundo
de su inexplorable abismo:
tiene, como él, su espejismo
de humana felicidad;
y en pos de la tempestad
que los conturba igualmente,
surgen, la idea en la mente,
y el sol en la inmensidad.

Quien quiera cruzar la vida
con inmutable bonanza,
arránquese la esperanza
a su pensamiento asida;
y, pues no sufre el que olvida,

destierre de su memoria
ensueños, amores, glorias,
fantasmas de la existencia,
y aniquile su conciencia,
que es el ara expiatoria.

Pero ya que es vano intento
eludir la suerte amarga,
y en la vida, corta o larga,
es forzoso el sufrimiento,
llene nuestro pensamiento,
algún ideal divino
que nos guíe en el camino
de la humana desventura
y nos alumbre la obscura
profundidad del destino.

Y siga el dolor llorando,
mientras sin pompa ni estruendo
sigue la virtud sonriendo
y la caridad amando;
sigamos con él luchando,
mientras no deje de haber
una verdad que creer,
una dicha que esperar,
un santuario y un hogar,
un amor... y una mujer.

¡NO HAS MUERTO, OH POESÍA!

No has muerto ¡no! no has muerto, oh Poesía,
pensamiento divino, voz canora
del inmenso universo. Todavía
la mensajera de la luz—la Aurora—
te trae cada día
el aliento de Apolo—la armonía—
y el ósculo de Urania vencedora.

No has muerto, no!

Te canta el firmamento
ya en el fulgor del astro vespertino,
ya en los raudos destellos siderales,
eco visible, luminoso acento
del lenguaje divino
con que hablan entre sí los inmortales.

Tu hálito es el aroma de las rosas,
amadas de Afrodita. Tu deseo
lo suspiran las auras vagarosas
y las plácidas ondas del Egeo...

Hija del sentimiento y la hermosura,
forma imperecedera y esplendente
del alma y de la vida, quien augura

tu muerte, es una larva en la natura,
es un guijarro más en el torrente
de la existencia humana...

Quien te olvida,
no tuvo juventud, no tuvo infancia;
no supo amar y vegetó en la vida;
no supo ver, fué un ciego. Tu fragancia
no la aspiró jamás...

No, tú no mueres;
tú no puedes morir, porque tú eres
algo eterno e inefable que palpita
en toda creación: todos los seres
llevan un soplo etéreo de Afrodita.

Tú no puedes morir, mientras el hombre
le rinda al padre Zeus su antiguo culto:
tú sola puedes pronunciar su nombre
e interpretar su pensamiento oculto.

Cómo no has de vivir, si tu armonía
resuena en el Empíreo, acá en el mundo,
del sacro Eliseo en la mansión umbría:
pues tan solo en el Tártaro profundo
enmudeces, oh eterna Poesía!!



Leonardo Eliz

(N. en Santiago, en 1861).



Es el mejor representante y uno de los pocos nobles sobrevivientes líricos de la caduca escuela clásica que va abandonando ya sus fortines polvorientos, arrojada por la invasión gloriosa del modernismo reaccionario y brillante.

Hizo sus estudios en varias escuelas y colegios de la Capital, pero su principal maestro fué la lectura de los grandes libros.

Sosteniendo rudos combates con la vida, ha sabido imponerse de las vicisitudes humanas, por su actitud heroica de patriarca y por el esfuerzo imperturbable y resuelto de su carácter plasmado en vigorosos moldes.

Desde muy niño fué filósofo. Sabía que en el estudio y el trabajo podría encontrar la ruta que le llevara a las alturas y se entregó a ellos con la fe en el alma y un gesto de santa resignación para las cruentas luchas.

Y decididamente ha llegado.

Su vasta labor le ha abierto las puertas de una reputación bien merecida entre los poetas de la generación pasada.

Su verdadera obra empezó el año 1889, figurando con

numerosos artículos sobre historia nacional, crítica y filosofía, que publicó en diarios y revistas del país y en órganos ilustrados de Buenos Aires, Montevideo, Lima, Bogotá y Caracas.

A mediados de ese mismo año lanzó su primera obra *Musas Chilenas*, sobre la cual un crítico dijo: «Al lado de un perfil trazado en estrofas pulidas y armoniosas, estampa un rasgo en prosa, definiendo la filosofía moral e intelectual de cada uno de los que retrata. Este es un libro originalísimo y único en su género en el país, y de sumo interés literario e histórico por las innumerables noticias que consigna».

Hoy, transcurridos ya cerca de treinta años de la aparición de esa obra, nosotros no negamos su interés histórico, puesto que nos ha servido para obtener algunos datos importantes para nuestro libro;

pero protestamos de los versos que coloca en ella al frente de los poetas que exhibe, pues se nos figura que, en algunos casos, faltan al respeto que se deben las personas del mismo sexo...

De todos modos, fué en aquel tiempo un triunfo para su joven autor. Hoy, queda fuera de todo comentario.

A *Musas Chilenas*, han precedido las siguientes obras, por orden cronológico:

Don Eduardo de la Barra, rasgos biográficos para servir de introducción a las poesías de este bardo (1.^a y 2.^a ediciones de la Casa Garnier de París, 1889-1890). *América y Colón*, poema lírico, 1892. *Un héroe del trabajo*, 1893. *Las rosas*, prosa y verso, 1902. *Los cantos del Sabid*, traducción de artículos y poesías de los más ilustres escritores brasileiros, (en colaboración con don Clemente Barahona Vega, 1903). *Poesías líricas*, 1910. *Viñamarina*, canción alegórica, 1906 i *Cora*, poema, 1910. *A la patria*, oda en la apoteosis del primer centenario de la Independencia Nacional, 1910. *Corona fúnebre de Humberto Solari C.*, 1910. *Reseña histórica del Liceo de Valparaíso, desde 1862 hasta 1912*, obra premiada en el certamen abierto por la dirección de ese establecimiento para celebrar el 50.^o aniversario de su fundación, 1912. *Apuntes para una bibliografía chilena sobre Cervantes; Cervantinas.*—Homero, Dante, Camoens y Cervantes, y *Apoteosis de Cervantes en el Parnaso*. Estos folletos fueron publicados en el presente año en conmemoración del tricentenario del Príncipe de los Ingenios, y muy aplaudidos por la crítica.

La más importante de estas obras es *Poesías Líricas*, que circularon triunfalmente por América y Europa, recibiendo el autor su consagración oficial como gran poeta. Conquistó por ella felicitaciones honoríficas de Eusebio Lillo, Ricardo Palma, José Zorrilla de San Martín, Jules Lemaitre, Federico Mistral, Sully Prudhomme de la Academia Francesa, de la Condesa Emilia Parde Bazán, José del Castillo y Soriano, Hermenegildo Giner de los Ríos, Miguel de Unamuno, el célebre ex-Rector de la Universidad de Salamanca; del sabio orientalista y polígrafo Angelo de Gubernatis, quien incluyó a Eliz, biografiado, en el «Dictionnaire Internationale des Ecrivains du Monde Latin» (tomo I, página 136), del filósofo Max Nordau y de muchos otros literatos eminentes de ambos mundos.

Sus poesías son hondamente claras y de un corte clásico insuperable, afligranado, tanto que podría confundirse con las de cualquier maestro de la llamada edad de oro de la literatura.

Eliz, es miembro honorario de la «Academia Pernambucana de Letras» y del «Instituto Arqueológico y Geográfico Pernambucano», de Recife; de la «Academia de Letras», de Bahía; del «Instituto Geográfico e Histórico de Minas»; del «Centro de Ciencias, Letras y Artes», de Capinas; del «Gremio Literario», de Bahía (Estados Unidos del Brasil); miembro fundador de la Sociedad Heleno Latina de Roma, etc., etc.

Con frecuencia publica traducciones del francés, italiano y portugués, y ha colaborado en diarios y revistas de toda la República y en las «Páginas Intelectuales», de San Juan (República Argentina) y en «La Revista de la Unión Ibero Americana», de Madrid.

Tiene en prensa una segunda edición corregida de su poema *Cora* y en preparación un nuevo volumen de *Poesías Líricas*.

En la actualidad es vice-Rector del Liceo de Valparaíso, y, sin disputa, uno de los escritores y poetas más ilustres de los que figuran en esta serie.

ANACREÓNTICA

No te descuides, niña,
del azulado cielo,
ni del bello océano
con su brillante espejo,
ni del blando susurro
del ambiente sereno.
No vivas confiada,
porque vivir es sueño,
y es un sueño la vida
con mucho sufrimiento;
que todo es vario giro,
pues se nublan los cielos
y ruge el mar airado
por conturbados vientos,
y hasta la flor se agosta
y hasta el aroma fresco
de bosques y jardines

se va en el aire presto,
como el amor y el goce
de un inconstante pecho.

No te descuides, niña,
del dios desnudo y ciego,
voluble y malicioso,
y que se pasa riendo,
sus flechas disparando
a corazones tiernos.
No busques imposibles,
que muchas, en sus sueños,
tomaron otra senda
y tristes sucumbieron
por ambiciones locas!
Mas, para ti, yo veo,
Teresa, dulce amiga,
un porvenir risueño

donde la dicha luzca;
porque tienes talento,
virtudes, y atractivos

como tu hermoso cuerpo,
como tu voz tan pura,
como tu rostro bello!

MADRIGAL

Estaba tiernamente enamorada
del Céforo una Rosa,
y cuando más lozana y olorosa
se erguía en el rosal entronizada,
el Cefirillo blando
ocultóse en sus hojas suspirando.
—«¿Qué traes, dueño mío?»—
—«Un beso de María,
que es bella como el alba en este día,
y guárdalo entre púrpura y rocío,
que un beso virginal es un tesoro!»

Y el Céforo voló. La flor amante
suspiró de terneza
y un suave rayo de oro
iluminó su espléndida belleza.
¡Qué dulcísimo instante!
Entonces comprendí, casta María,
el amor de las flores
y el beso de las vírgenes hermosas
que los céfiros guardan y las rosas.
¡Si aquella flor tuviera!... ¡En sus olores
el beso tuyo siempre encontraría!

SENSITIVA

Las rosas son mi amor, mi flor más
[pura;
porque de rosas coroné su frente
cuando la vi mirando su hermosura
en los limpios cristales de la fuente.

Y se oyeron mis voces angustiosas
cuando muerta la vi mirando al cielo,
y su cabeza coroné de rosas
y su frente besé con desconsuelo!

En cada Primavera el alma mía
recuerda alegre aquella edad pasada,
porque en el campo y en la selva umbría
vivió siempre feliz mi niña amada.

Y cuando vuelve el frío y torvo in-
[vierno,
recuerdo triste al caro bien perdido;
porque ese amor que yo creía eterno,
coronado de rosas se ha extinguido!...

RECUERDO

Por la tosca ventana entreabierta
contemplé de la luna el brillar
y el vaivén de la fronda en la huerta,
oyendo el murmurio del viento al pasar.

Un profundo silencio reinaba;
en la estancia no había una luz,
y muy triste y enfermo me hallaba,
cual ave que muere y oculta un saúz.

Al besarte las manos de armiño,
tus cabellos, tu púdica tez,
en tus ojos veía el cariño
que tú me juraste por más de una vez.

Y te dije:—«No olvides un día
al que canta tus gracias y amor,

cuando duerma en morada sombría,
borrado su nombre, sin lauro ni flor!...»

Tú, llorando, besaste mi frente,
y los dos no pudimos hablar;
pero, ¡cuánto lenguaje elocuente
ocultan las almas que saben amar!

Continuaba alumbrando la luna
la alquería y el campo sin flor;
mas, la brisa en la extensa laguna
rizaba las ondas con suave rumor.

Ya son idos los años, bien mío,
y recuerdo, con hondo pesar,
tus palabras, el triste bohío
y el viento de otoño gimiendo al pasar!

Julio Vicuña Cifuentes

(N. en la Serena, el 1.º de Marzo de 1865).



Fuí a visitarle, a conocerlo, en su residencia veraniega de San Bernardo. Desde el primer momento se dibujó ante mí la simpática figura de un sabio cultor de las letras, a la vez artista y poeta. Yo no iba prejuiciado por la idea de habérmelas con un académico de tomo y lomo: por sus libros y por sus ex-alumnos ya me sabía que don Julio no es un escritor emparedado dentro del cuadrilátero de la Gramática, la Retórica, el Diccionario y la Vulgaridad. Todo eso, bueno para hablar y escribir correctamente, al estilo de Pero Grullo, o un poco mejor. Pero no me imaginé que llegar a su morada, es como penetrar a un cenáculo de ambiente «muy antiguo y muy moderno», recordando una expresión de Rubén Darío.

Allí estaba el genuino artista que en todo momento salta los muros del Cuadrilátero para extenderse y remontarse hacia los amplios dominios de la Belleza.

En aquel momento sorpresivo y exquisito se aludió a nuestra antigua poesía clásico-romántica; se rememoró en detalle la indiscutible influencia de Rubén Darío en la plé-

yade de escritores que se albergaban bajo la tienda del diario «La Epoca»; se aplaudió la gestación y desarrollo de la poesía histórica,—nacionalista y criolla,—de Dublé Urrutia, Lillo y Orrego Barros; se musitó el nombre de Ricardo Fernández Montalva como si se evocase a un hermano ido, con frases de espontaneidad sincera, bañada en invisibles lágrimas; se habló de Isaías Gamboa para loar con entusiasmo su temperamento de hombre bueno y de poeta exilado y peregrino; se admiró la talla enorme de nuestro más vibrante lírico, Pedro Antonio González, que a vivir hoy sería uno de los mentores de nuestra juventud intelectual; leyéronse en «La Revista Cómica» poemas olvidados de Luis A. Navarrete y Abelardo Varela, ambos precursores de Marcial Cabrera Guerra en la obra de infundir en nuestro medio literario las primeras ráfagas de cultura artística, francesa y moderna. Por fin, llegamos a la falange numerosa y compleja de nuestros poetas de hoy que marcha, con pie firme, por el sendero de las divinas ensoñaciones. Aún se fué más allá; se defloró frescas páginas de obras de poesía nueva.—Y todo en un ambiente familiar, tranquilo y sereno; nada de zurriagazos; sólo quería disfrutarse con fruición, de las bellas modalidades poéticas, que es lo único digno de recogerse cuando se entra en los dilectos dominios del Arte.

Aunque la jornada literaria del señor Vicuña Cifuentes no difiere mucho de las de la generalidad de nuestros escritores estudiosos, ella es un ejemplo de renovación, de liberación espiritual. Nuestro poeta, a quien las últimas generaciones de colegiales y universitarios recuerdan con simpatías y veneraciones de maestro, salió de los rancios estancamientos de la congregación clásico-romántica y avanzó hasta irruir, con elegantes bríos de triunfo, por el campo multiforme de la parvada modernista, aunque sin apearse de su corcel romancesco, ni soltar el flordelisado escudo.

* * *

Don Julio Vicuña Cifuentes descende de una familia patricia e ilustre. Es hijo del escritor don Benjamín Vicuña Solar. Desde el año 1882 publicó en periódicos de la Serena sus primeras producciones. Después en Santiago continuó su labor literaria en diarios como «Los Debates», «La Libertad Electoral», «El Mercurio», «El Diario Ilustrado», y en otras publicaciones como la «Revista del Progreso», «La Revista Cómica», de que fué director, la «Revista de Chile», de que fué propietario, la «Revista Nueva», y la «Revista Chilena de Historia y Geografía».

Ha sido uno de los fundadores de las asociaciones literarias el «Club del Progreso», el «Ateneo de Santiago», el «Folk-lore Chileno» y la «Sociedad Chilena de Historia y Geografía». Durante varios años desempeñó en forma brillante la cátedra de castellano en el Liceo Miguel Luis Amunátegui. Es miembro del «Consejo Superior de Letras y Música» y de la «Comisión Permanente de la Biblioteca de Escritores de

Chile». También es miembro académico, perpetuo, de la «Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile». En 1916, fué elegido miembro de número (son 18) de la Academia Chilena, correspondiente de la Real Academia Española, en reemplazo del inolvidable escritor don Adolfo Valderrama.

* * *

Ha publicado: «La muerte de Lautaro», cuadro trágico en un acto y en verso; una traducción en verso castellano de las *Poesías Americanas* del poeta brasileño Antonio Gonçalves Díaz; «Contribución a la historia de la Imprenta en Chile»; «Coa» (1910); «Mitos y supersticiones» (1915); *Romances populares y vulgares* (1916), y Discurso de recepción del autor en la Academia Chilena (16 de Julio de 1916).

«Coa» es un estudio y vocabulario de la jerga de los delincuentes chilenos, escrita mediante informaciones de los directores y alcaides de gran parte de los establecimientos penales de nuestro país, informaciones que han sido cuidadosamente verificadas y depuradas por el autor. Esta jerga,—que no es propiamente un dialecto sino simple alteración del significado usual de las palabras y aún introducción de nuevos vocablos en la lengua común,—es empleada por individuos que en ella «gustan de entenderse, especialmente delante de los extraños, por cautela algunas veces, por comodidad otras, y a falta de razones más calificadas, por divertirse con la perplejidad de los no iniciados». Es oportuno recordar una observación de Lombroso: Los delincuentes hablan como salvajes, porque son salvajes que viven en medio de la civilización y de ahí es que empleen, como los salvajes, la onomatopeya, el automatismo, la personificación de objetos abstractos.

El autor ha recogido el material de su obra «Mitos y supersticiones» (342 páginas) de la tradición oral chilena, durante los años 1890 a 1910. Esta esforzada y meritoria contribución al Folk-lore chileno, que contiene referencias comparativas a los mitos y supersticiones de otros países latinos, es una obra que puede calificarse de fundamental, ya que los artistas y escritores encontrarán en ella los motivos o argumentos de más de una novela, cuento o poema.

El libro *Romances populares y vulgares* (tomo VII de la Biblioteca de Escritores de Chile, año 1912) recogidos también de la tradición oral chilena, ha sido completado con oportunas acotaciones escritas con erudición y elegancia, en forma de hacer su lectura muy amena e interesante. Aún el Romancero español no supera al nuestro en gracia, animación y picardía. Algunos de estos romances o *corridos* son netamente chilenos; los demás, de origen peninsular, han sido importados a nuestro país durante los tiempos de la Conquista y la Colonia y tienen el mérito singular de haberse chilénizado al pasar por la criba de la idiosincrasia de nuestro pueblo, sea conservando casi literalmente el texto primitivo, sea adoptando la fraseología de nuestra lengua huasa.

El *romance popular* se ha propagado de generación en generación mediante la tradición oral, o mejor dicho, por medio del recitado y más generalmente sirviendo de letra al canto, aunque no con la música sentida y monótona que los caracteriza en España, sino con la de nuestras tonadas alegres y bullangueras.

En cuanto al *romance vulgar*, que consiste en narraciones de alguna extensión transmitidas oralmente y rara vez impresos en pliegos sueltos,—siempre en versos asonantados como el anterior,—no se canta por lo general «sino que, según observa el señor Vicuña Cifuentes, se recita a la vera del fuego, «para acortar la noche», mientras las mujeres escarmanan e hilan la lana, o aspan y desvanan el hilo, para tejer el sayal, la frazada de cordoncillo, o el poncho doble o la vistosa manta payá; y los hombres arreglan sus aperos de labranza o sus avíos de montar, enseban las coyundas, soban el cuero para las ojotas, remiendan los costales y capachos, cosen los pellones, trenzan los lazos o tuercen el crin en la tarabilla».

El Discurso con el cual el señor Vicuña Cifuentes tomó posesión de su sede académica contiene, en síntesis, un concienzudo estudio de nuestra poesía popular, tan acabado como jamás se haya hecho, aún no olvidando el del atildado escritor don Adolfo Valderrama.

Se describen más adelante algunos *corridos* y *cantares*, de esos que saltan espontáneamente de la imaginación de nuestro pueblo o que han sido adoptados por corresponder al carácter de éste, ya levantisco, ya enamorado, ya burlón y picaresco, ya chanceador y dicharachero. Se han entresacado de aquel brillante discurso, en donde el señor Vicuña Cifuentes los ha engarzado al desdoblarse los infinitos repliegues de la psicología de nuestro ocurrente *roto*, tan patriota como varonil, tan sufrido como imprevisor en su pobreza, tan fatalista como busca-vida en los múltiples lances de su existencia, que constituye, a pesar de sus defectos, uno de los más sólidos basamentos étnicos de que pueda enorgullecerse un país.

EL HUASO PERQUENCO

Ayá va el guaso Perquenco
en su cavaño alasán:

ocho sorda'o' lo siguen
y no lo pue'en arcansar.
Trre' muerte' 'icen que deve
ar gorpe de su puñal:

uno era un viejo avariento
con cara'e necesi'á;
'l otro un'ermano trraidor
que lo vino a denunciar,
y tam'ién una mujer
que lo quería engañar.
.Corran, corran lo' sorda'o',
corran, corran sin parar.
Yo sé qui ar guaso Perquenco
ninguno lo va a arcansar.
A media noche llegó
cerca de la Rinconá',
a la casa di un compaire
(ayá) jué a desensillar:
—Que se levanten las niña',
que se levante mi a'ijá',
aquí está er guaso Perquenco
para oir una toná'.

EL VAQUERO

Da gusto ver un vaquero
por l'oriya 'e un espinal,
'ettras di una vaca negra
sin periya ni señal.
Unos 'icen qu' es di aquí,
otros 'icen qu' es di ayá,
yo conosco vien la vaca,
qu' es de negro, oscuro imán.
.Qu'én tuviera un laso gueno.
.qu'én la pudiera piyar,
pa meterl' a un guen potrero
pa que pudiera engordar,
para sacar charqu' y grasa
para 'acer un charquicán,
y con algunos amigo'
pa po'erla merendar.

CANTARES

¡Dónde habrá como la madre,
que en todo pone cuidado.
Cuando la madre se muere
quedan los hijos botados!

Preso en la cárcel estoy
por andar por mal camino;
por no hacerle caso a mi madre
este ha sido mi destino.

Nadie diga que no cree,
aunque sea pecador,

porque la virgen Maria,
siempre está en el corazón.

Dicen que el mundo es redondo
y que se mueve a compás:
la casa en que yo nací,
está onde mismo no más.

Ayer se me perdió un freno
en casa e ño Meneses:
todos son hombres honrados,
pero el freno no aparece.

Como campanas de palo
son las razones del pobre:
aunque suenen noche y día,
nadie aquí abajo las oye.

¡Que viva misiá, Juanita,
cogoyito de limón,
candadito de mi pecho,
llave de mi corazón!

¡Qué viva Tula mil veces,
cascarita de granada.
Yo me muero por Ud.,
y a Ud. no se le da nada!

Mi estimado caballero,
cogollo de albahaca en vega,
no tenga confianza en nadie,
la más amiga la pega.

¡Qué viva el señor don Lucas,
varillita de membrillo!
con ella le diera yo,
a ver si afloja el bolsillo!

Al señor don Juan de Dios,
cogollito de cilandro;
si fuera hermano del burro,
no se pareciera tanto.

Mi madre era Aguilera
viuda de Gómez,
y yo me llamo Anselmo
Rojas Mardones.

La mujer que a mí me engañe
se ha de poner pantalones,

el trabuco en las alforjas
y el cuchillo en los corriones.

Si la mujer sale mala,
no retarla ni pegarle:
mandarla a la casa e prenda
y el boleto pa su madre.

* * *

Pero volvamos al estudio de la personalidad del señor Vicuña Cifuentes como poeta lírico. Escribió sus primeras poesías allá en 1882-1887, año en que obtuvo un *accesit* en el Certamen Varela por su colección de rimas becquerianas. También es conocido su «Canto al Cóndor», el que, como dijo el académico Don Manuel Salas Lavaqui en su discurso de contestación al ya citado del señor Vicuña Cifuentes, «halaga el sentimiento del pueblo, se aviene con su manera de pensar, se grava sin dificultad en su memoria y será repetido de generación en generación hasta hacerse tradicional».

Después, hasta el año 1910, se ocupó preferentemente en atender su cátedra de castellano y en reunir el enorme material que le ha servido para componer sus libros ya mencionados y otros, sobre Folk-lore, que se propone publicar.

Ultimamente, nos ha dado la sorpresa de escribir a los 52 años de edad poesías tan lozanas y modernas como si aún no pasara de los treinta. Este hecho singular ha entusiasmado a nuestra juventud intelectual, que saluda en él a uno de nuestros poetas de verdad, seguro y firme, como un luminoso monolito de azules fulguraciones sobre la cima tradicionista y académica en que desde hace poco se encuentra.

De esta última época son sus bellas poesías «La Mimosita», «La Dama y el Caballero» y muchas otras que algún día formarán un libro de sabor antiguo y moderno. «La perfecta alegría» es un poema en que se ha alcanzado esa difícil sencillez que caracteriza a las obras de verdadero arte. En él parece fluir la palabra, el estilo de «Las Florecillas de San Francisco de Asís» que éste emplea al reprimir serena y dulcemente al Hermano Menor, «el enamorado de todas las cosas», cuyos mal contenidos arranques de amor al saber y a la vida le impiden, según el Seráfico Padre, disfrutar la única paz de este mundo, la perfecta alegría, espiritual y beatífica. En este poema el autor ha alcanzado la espontánea sencillez de las «Florecillas», divina fruición de que no logró disfrutar Rubén Darío en su perhecha composición «Los Motivos del Lobo», cuyas estrofas se resienten de algunas periferomas neológicas que desvirtúan un poco el ambiente pretérito del manso lenguaje de Francisco.

Una palabra más sobre «La Mimosita», esa delicada flor que una mano grosera arrojó al fango, vilmente. El doloroso drama que esta composición encierra como un palpitante trozo de mala vida y la suave musicalidad de sus estrofas flexibles y armoniosas, llevarán a las almas buenas un estremecimiento piadoso. La Mimosita, flor deshojada... La Mimosita, presa de amor y de infortunio... En alas de más de una canción, tierna y dolorosa, flotará el nombre de La Mimosita, ya bajo la enramada de los humildes hogares campesinos, ya entre las regias colgaduras de las señoriales mansiones.

LA PERFECTA ALEGRÍA

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo,
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

Temblando de frío bajo la capucha,
van dos mendicantes camino de Asís:
el abrigo es poco, la inclemencia es mucha,
y hay fieras hambrientas en el campo gris.
Ciegos por la lluvia, no ven la posada,
que el más viejo evita, huyendo la entrada
Alegre está el fuego que tiene delante.

El siervo León,
turbado y arisco,
—¿Acaso, murmura, por hoy no es bastante,
hermano Francisco?—

Francisco en silencio las lluvias encara,
velando su rostro bajo la capucha.
Dos leguas camina; de pronto se pára,
y dice al hermano, que humilde le escucha:

—Si el fraile Menor percibe los rastros
que dejan dos aves volando a la vez,
y el curso adivina que llevan los astros,
y sabe el origen del bruto y del pez.
Si tiene del árbol concepto seguro,
y el antro conoce medroso y obscuro
do habita el diamante que acendra el carbón;
si ha visto el oasis que oculta el desierto,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe por cierto
perfecta alegría.—

De nuevo en silencio sigue su camino,
y vibra de nuevo su acento divino:

—Si el fraile Menor eleva sus ruegos,
y ascienden al trono del Dios de Israel,
y puede, por ellos, dar vista a los ciegos
y voz a los mudos que siguen tras él.
Si alumbra al demente, da al sordo el oído,
y sana al leproso, y cura al tullido,
y levanta al muerto de tres días, con
el poder arcano que su empeño ayuda,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe sin duda
perfecta alegría.—

Sacude la lluvia que moja su cara,
y otra vez camina, y otra vez se pára:

—Si el fraile Menor no esquivo el ejemplo
y busca sencillo la paz del erial,
con sus propias manos edifica el templo,
y labra la tierra y teje el sayal.
Si ayuna a pan y agua, sus carnes macera,
con fervor predica la pobreza austera,
les habla a los sordos con el corazón,
allega a los tibios al celeste foco,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe tampoco
perfecta alegría.—

Con la frente baja que el cansancio inmuta,
los dos mendicantes prosiguen su ruta.

Y dice el hermano León:—¡Yo bendigo,
Señor, mi ignorancia, si viene de ti!
Mas, obra otro nuevo prodigio conmigo
y muestra a mis ojos la luz que no vi.
Si no está en la ciencia que ilumina al sabio,
si no está en la gracia que fluye del labio
del santo eremita morador del risco,
ni está en la plegaria que sube hasta el cielo,
hermano Francisco,
dame mejoría,

y dime en qué existe, sin dejar el suelo,
perfecta alegría.—

Francisco sonríe bajo la capucha,
y dice al hermano, que dócil le escucha:

—Si el fraile Menor, manchado de lodo,
al convento vuelve, vacilante el pie,
y el portero, airado, murmura «¡beodo!»
y su faz golpea y le grita «¡vé!»
y el fraile Menor lo sufre paciente,
puesta en Dios el alma, fija en Dios la mente,
y de amor del hombre lleno el corazón,
sin dejo que amargo su pecho contriste,
hermano León,
ya has mejoría,

y escribe que en esto no hay duda que existe
perfecta alegría.—

Eleva los ojos al cielo un momento,
y otra vez resuena su inspirado acento:

—Si el fraile Menor, cual lluvia temprana,
redime las almas de esterilidad,
purifica el lecho de la cortesana
con el fuego amable de su castidad.
Y el mundo ignorante le llama «¡perjuero!»,
o le dice «¡loco!», o le grita «¡impuro!»,
y el fraile bendice su tribulación,
y en ella, piadoso, su celo acrisola,
hermano León,
ya has mejoría,

y escribe que en esto reside la sola
perfecta alegría.—

Así dijo el santo con la faz serena,
y aun su voz parece que en el mundo suena.

Temblando de frío bajo la capucha,
los dos mendicantes llegaron a Asís:
la limosna es poca, la miseria es mucha,
la celda está obscura y el huerto está gris.
León, junto al fuego, su túnica seca;
Francisco, la cara rugosa y enteca
oculta en sus manos. Del pecho doliente
se exhala un gemido.

¿Qué nuevos pesares anublan su frente?
¿Qué aflige al ungido?

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo,
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

LA MIMOSITA

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita...

¿En dónde ahora están?

Los alegres cantos de su voz sonora,
sus tristes lamentos, si apenada llora,
¿qué oídos, ahora,
los escucharán?

Las vecinas cuentan que se fué muy lejos,
que vendrá muy pronto; que no volverá;
la humilde casita de los muebles viejos
con una herradura clausurada está.

¡Misterio! ¿Qué habrá?

Las vecinas cuentan que se fué muy lejos,
que reía alegre; que llorando va.

Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes, irá:
¡Pobre Mimosita! Con tal compañía,
¡quién puede decirnos dónde parará!

Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuérdo!... Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo, cuando estuve allá.

¿Vendrá? ¿No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas,
lucía con aires de fastuosidad,
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.

¡Qué perversidad!
Era rico el hombre: cadenas, sortijas,
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
no os quiero evocar.

Lejos del encanto de su voz sonora,
¿quién sabe si ríe? ¿quién sabe si llora?

Mejor es ahora
su historia olvidar.

LA DAMA Y EL CABALLERO

—Lo maté por desmandado,—por celos no lo maté,
lo maté por arrogante,—no por amor de mujer,
que en hembra mal maridada—nunca puse el interés,
ni agradaron a mis ojos—las tocas de la viudez.
Hombre mozo en tierra llana—no halla gloria ni placer,
doncella el tálamo pide,—doncella con doncellez;
barragana no la busco,—porque no la he menester.
Si otra cosa se os ofrece,—mandar, señora, podéis.—
Esto dijo el caballero,—puesto en el estribo el pie,
y con descompuestas voces—¡Menguado, la lengua ten!—
grita la dama, cogiendo—por las riendas el corcel.
—Malas manos envenenen—el agua que has de beber,
y cuando vayas de caza—te desconozca el lebre! .
Malos sueños te visiten—cuando yazgas con mujer,
y la hembra con quien cases—por dinero sea infiel.
Por traidores a tus hijos—a la horca mande el rey,
y a tus hijas arrebatén—villanos la doncellez.
—Aunque así fuere, señora,—dijo el apuesto doncel,
mejor será lo que dices—que lo que osaste ofrecer.

LA OCASION

—La rosa que ayer tarde en el jardín cogiste,
ya no estaba en tu pecho al volver del salón:
¿quién pudo arrebatártela, si tu no se la diste?

—La ocasión, madre, la ocasión.

—En tus mejillas rojas hay la huella de un beso,
(los besos dejan huellas cuando pecados son)
¿quién pudo, sin tu gusto, consumir este exceso?

—La ocasión, madre, la ocasión.

—Tu rostro languidece, se te acorta el vestido
y ya te viene estrecho al talle el cinturón,
¿quién pudo ajar tu honra, si tú no lo has querido?

—La ocasión, madre, la ocasión.



Ricardo Fernández Montalva

(N. en Santiago, el 23 de Enero de 1866).



Talvez, nuestro mejor poeta romántico. Perteneció a esa casta de bardos, como Espronceda y Acuña, que dejaron inédito su mejor libro: el poema de sus vidas, ese que nunca fué escrito, pero que todo el mundo conoce y recuerda con admirativo afecto. Así, tras la bohemia de Ricardo Fernández Montalva, quedó una estela de vivido idealismo que podría describirse en las páginas de una novela sentimental y emocionante. El literato don Antonio Iñiguez Vicuña, propietario de «El Ateneo de Santiago» (1884 a 1887), inició a Ricardo en el culto de las letras, nombrándolo director de esa hermosa revista. Por este tiempo escribió a vuela pluma varias novelas hoy casi olvidadas: *El lujo de las santiaguinas* (1884); *Merceditas* (1885); *El demonio de la venganza* (1885); *El joven Julio* (1886); y *La bella aldeanita* (1886). Después, siguió aspirando el venenoso espíritu de la tinta de imprenta: en 1888 formó parte de la redacción del diario «La Tribuna», y al año siguiente, de «La Epoca». El 5 de Mayo de 1888 el Teatro Santiago estrenó su drama *La Mendiga*, con éxito grandioso, dicen las crónicas de aquella

fecha. Los manuscritos de su drama araucano *Calaquena*, tres actos en verso; de su drama *Honra por honra*, y de su novela histórica *Caupolicán* fueron robados de su escritorio y seguramente destruidos por una mano vil.

Sus primeras poesías, breves, sugestivas rimas becquerianas, forman un pequeño volumen, *Íntimas*. Doce de estas composiciones fueron presentadas al segundo Certamen Varela (1887) y se publicaron en un volumen de obras premiadas en aquellos concursos, a los que concurrieron, entre muchos otros, Rubén Darío con sus «Rimas» y Eduardo de la Barra con dos colecciones de poesías sugestivas «Rimas laureadas».

Una mujer de mundo es su mejor drama. Su representación, que fué un triunfo, dió al poeta ruidosa popularidad. ¡Bella audacia la de ese escritor que se atrevió a presentar en las tablas, para escarmiento de muchas, a un tipo de mujer aristocrática frívola y egoísta que por concurrir a saraos abandona su hogar y descuida a sus hijos!

En *Nocturnos* (Santiago, 1897) reunió sus mejores poesías líricas, publicadas desde años antes en diarios y revistas a medida que las iba produciendo. Contribuyó grandemente a la popularidad de «La Lira Chilena», fundada por su hermano Samuel el 14 de Febrero de 1898, publicando trabajos poéticos e

impresiones en prosa que los lectores buscaban ávidamente muchas veces sin encontrar nada de Ricardo, al aparecer cada número de la revista. Fundó «La Revista Cómica» (1895-1898).

Ricardo Fernández Montalva fué todo un bohemio, y un bohemio de mucho talento y de más corazón que talento, como los que cruzan, bajo un ambiente de simpatía, las páginas de la novela de Henry Müller. Era admirable su espontánea facilidad para concebir y dar forma dulce y armoniosa a sus bellas concepciones. Cuenta su hermano Samuel que algunas veces recostado en su lecho, como entre sueños, solía dictarle tiradas de versos con una rapidez tal que aún escribiendo ligero no podía seguirlo. En más de una ocasión sus amigos hubieron de descifrar y copiar lo que escribiera en algún muro o en una mesa de algún bar, junto a las copas vacías. Sus estrofas son ilusiones destrozadas, lágrimas de decepción, quejas a la vida. Siente un infinito amor a una santa mujer, su madre. Sufrió sonriendo y escribió imprimiendo en sus versos el sello de su alegre tristeza.

La fisonomía poética de este vate se parece a la de otros románticos, singularmente a Manuel Acuña. Se asemeja, sin haberlo imitado. Cada uno se abandonó a su propio temperamento y ritmó su propio sentir, aunque ambos anhелaran, como Alfred de Musset, hundirse en el sueño eterno bajo la sombra de un sauce melancólico.

Con sus versos puros y sentimentales despertó hondas simpatías que rayaban en admiración y afecto. Cuando murió, siendo redactor del diario «La Reforma» de Valparaíso, el 5 de Noviembre de 1899, cada artista, cada lector, cada mujer soñadora le lloraron como a un hermano. En un número extraordinario de «La Lira Chilena» sus admiradores tejieron para él una corona de siempre-vivas.

Esa fué la bohemia de quien pudo decir como el poeta de *Las Noches*:

«Plantad, caros amigos, cuando muera
un sauce en mi morada de reposo.
¡Amo tanto su triste cabellera!...»

LA VIEJA CANCIÓN

Yo tengo una canción que sólo es mía.
Al pálido fulgor de las estrellas
yo la canto en mis noches de agonía.
Es la vieja canción de mis ideales
que lleva entre sus alas
las destrozadas galas
de mis queridos sueños inmortales!
La canción del cariño,
de santos embelesos,
que en la cuna del niño
se modula con risas y con besos;
la misma que, en seguida,
cuando se pierde el juvenil encanto,
se solloza en las tardes de la vida,
humedecida con amargo llanto!

Yo tengo una canción que sólo es mía.
Siempre que me hallo con mi pena a solas
en el mar de mi ardiente fantasía
bate el recuerdo las gigantes olas
de mi primera y única alegría;
cuando, buscando salvación y ejemplo,
de hogar piadoso en la serena calma,
no tenían las bóvedas del templo
la duda impía que me muerde el alma.

Esta duda fatal que me doblega
y sin descanso me persigue y hiere,
que es más terrible, impenetrable y ciega,
cada vez que el amor se aleja o muere,
es la vieja canción de mis anhelos,

sencilla, enamorada,
en un delirio de pasión robada
al eterno poema de los cielos!

Yo tengo una canción que sólo es mía!
Por más que en sendas de maldad te
[pierdas,

tú que fuiste mi amor, que sólo un día
respondiste a mi fe, tú la recuerdas!
Si en el silencio de la noche triste,
tu corazón aumenta sus latidos,
y todavía alguna voz existe
que nombre la virtud en tus oídos;
si asaltada por púdicos sonrojos
te detienes un punto en tu caída
y una lágrima rueda de tus ojos
a la arena candente de la vida;
si tu labio falaz dice mi nombre
en la hora veloz de tu cariño,
es porque escuchas mi canción de niño
que es la primera adoración del hombre!
Esa canción que suena
como ola suave que a la playa avanza,
es la vieja canción del alma buena
cantada en el altar de la esperanza!

Yo tengo una canción que sólo es mía!
Cuando Dios ponga fin a mis dolores,
yo moriré cantando mis amores
a los destellos últimos del día!

LA ESTATUA

Era la estatua aquella
entre todas las otras, la más bella;
que el aplaudido y soñador artista,
esculpiendo sus formas virginales,
tuvo, como modelo, ante su vista,
el ideal de sus sueños orientales.

El mármol de Carrara
que, en esa estatua, el escultor usara,
tenía la blancura cristalina
de la cutis, tan suave y reluciente,
tras de la cual al punto se adivina
la sangre joven, bulliciosa, ardiente.

La alegre primavera
derrocha sus bellezas por doquiera
la majestuosa estatua resplandece;
besada por el sol y por el viento,
y, sobre el rico pedestal, parece
como animada por vital aliento.

Al verla se diría
que brota de sus ojos poesía;
que de su labio, de caricias lleno,
se escapan tiernas frases amorosas,

y que su blanco, su turgente seno,
se estremece con ansias voluptuosas!

El escultor se queda
absorto ante ese mármol, que remeda
la hermosa realidad de sus anhelos,
y lleno de emoción se maravilla,
y, como frente a un ángel de los cielos,
delante de la estatua se arrodilla!

Y la visión aumenta
y cada vez más bella se presenta
hasta que el escultor, en su embeleso,
entre sus brazos estrecharla ansía,
y al darle, loco de pasión, un beso,
la encuentra inmóvil, silenciosa, fría!

*

Yo soy el escultor, tú la escultura;
sensible te creí y eres de roca...
¡No conozcas jamás la desventura
de aquel que busca amor, y, en su locura,
el mármol de una estatua solo toca!



Ricardo Prieto Molina

(N. en Concepción, 1868).



Fué en arte, como en todo, un *dilettanti*; mejor dicho, un esforzado que no llegó a la cumbre. Estudiando Derecho, lo sorprendió la Revolución del año 1891. Sin alcanzar a titularse abogado, cortó sus estudios para enrolarse en el Batallón Tarapacá. En una de aquellas batallas fratricidas cuyos nombres es mejor olvidar, fué herido en forma de que por invalidez hubo de concedérsele su retiro del Ejército con el grado de capitán, situación en que lo sorprendió la muerte el 22 de Noviembre de 1913.

Perteneció a la bohemia del tiempo de Pedro Antonio González. En esa ya legendaria camaradería de pintores y poetas, se distinguió Ricardo Prieto por el refinamiento de su cultura artística. Amaba los libros, buscaba la amistad de los artistas. Por eso, los artistas, que miraban este *dilettanti* como a uno de los suyos, le querían.

En diarios y revistas publicó parte de su labor poética. Con ésta y la que dejó inédita, podría formarse un libro. Los motivos de sus composiciones tienen su arranque en una concepción romántica, pero vaciada en moldes que

constituían meritoria novedad en aquella época. Caracterizó a este devorador de lecturas refinadas cierta delicadeza de sentimiento y de expresión que imprime un sello de simpatía a sus trabajos literarios.

ANTÍFONA

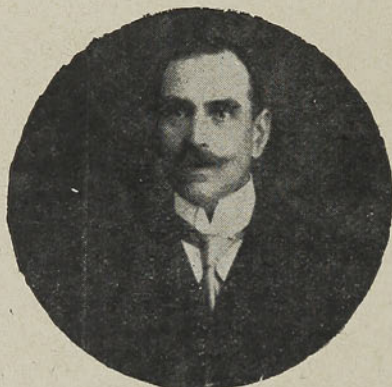
Oh! dame tu pasión de adormidera,
pálida flor de pétalos vejados;
lirio marchito de corola enferma.
¡Qué amargo es tu dolor, pobre violeta!
Acércate! Las hieles de tu alma
recogeré en la copa de mis penas.
Alza tu frente—alcázar de impurezas—
allí, mi labio dejará encendida
la ardiente llama de una azul estrella.

Como lánguido junco, tu cabeza
sobre mi pecho dulcemente inclina,
y enjugaré tus lágrimas acerbas.
Posa tus labios—como dos cerezas
que dieran su sabor—sobre mis labios
y huirán las tristes mariposas negras.
Y a tu alma de obscura Magdalena
tornará la ilusión, como una aurora
en la noche glacial de tus tristezas!



Gustavo Valledor Sánchez

(N. en Santiago, en 1870)



Hacia el año 1890 publicó sus primeros versos y artículos de índole literaria. Con el escritor Emilio Rodríguez Mendoza, fundó en Santiago la revista «El Año Literario». Es autor de *Cantos sencillos y poemas* con los subtítulos de «Rebeca», «La Gitana» y «Zoroastro» (1903).

Paralelo a las fulguraciones tropicales de los sonoros versos de Federico Zúñiga, a las románticas cantilenas de Ricardo Fernández Montalva y a los estruendosos arpeggios del lirismo de Pedro A. González, Valledor señaló en nuestra literatura un reguero de poesía serena, bruñida, correcta.

Ha sabido asimilar ambientes lejanos, logrando dar a algunos de sus trabajos poéticos cierto esmalte de exotismo, en forma discreta y de buen gusto.

A propósito de estas rememoraciones arcaicas,—principalmente románicas y helénicas,—permítasenos una ligera digresión. Mediante el estudio y asimilación

de los símbolos de la Biblia o de la Mitología, se puede trasplantar a nuestra época, enorme y positivista, una sensación de las dormidas y refinadas bellezas que ellos entrañan, pero al fin y al cabo, bellezas ya creadas y estilizadas en la Leyenda y la Historia o en el poema y el bajo relieve. Poco margen para la originalidad y la iniciación deja, pues, *el estilo decorativo* que busca nombres y símbolos en los museos del Arte. Así resultan hoy poetas con personalidad poco definida. De ahí es que para adquirir relieve personal y propio sea necesario poseer la visión hondamente evocadora de un Andrés Chénier, cuya fantasía serena le rodeó sin esfuerzo de un hermoso ambiente helénico; o el verbo potente y olímpico de un Leconte de Lisle que pudo mediante la traducción y la imitación, trasladar el espíritu de Homero a las márgenes del Sena.

Sin embargo, las incursiones de la fantasía a los templos del Arte Antiguo suelen desentrañar y re-mozar simbólicas creaciones que continúan admirándose como un recuerdo arcaico, pero vital. Y esto, naturalmente, hace bien; así se producen sensaciones artísticas paralelas o yuxtapuestas a las sensaciones que fluyen de la complicada vida moderna, en un aristocrático maridaje, amplio y armonioso.

FRINE

—«Oh, dignos magistrados. Oid. Voz injuriosa
contra Jove conspira.
No es de una virgen pura, ni de una honrada esposa,

ni una santa hetaíra.
Es voz de cortesana, de una mujer que infama;
que vierte en sus placeres
la mirra y el alóe para el mancebo que ama.
Y es indigna de Ceres!
Vosotros, del areópago, severos magistrados
designadle su suerte.
Sus crímenes son públicos, y los ritos sagrados
la condenan a muerte».

.....
Tímida, mas tranquila se muestra la culpada,
Friné la cortesana,
ante quien toda Grecia se prosternó, admirada
de la belleza humana.
Hipérides famoso defiende su inocencia.
El, sabio entre los sabios,
ama a Friné en secreto... Y brota la elocuencia
de sus divinos labios.
Habla de las calumnias, que dejan siempre huella,
de la envidia que grita,
y que a Friné persigue porque es amada y bella...
Y el tribunal medita.
Entonce en un instante, digno del arte Heleno,
el peplo de la hermosa
alza, y la muestra a todos con su desnudo seno
como una joven Diosa...
Y cual si apareciera la Venus de Citeres
en su inmortal grandeza,
los jueces se doblegan... Y triunfan los placeres
y triunfa la Belleza!

MELANCOLIA

Yo tengo en mi alma extraña poesía
con no sé qué de llanto y de plegaria;
mi culto es una virgen solitaria
que se suele llamar Melancolia.

Hijo del siglo y de su duda impía
yo busco la belleza como un pária
busca una patria... y en la lucha diaria
hallo la vida sin objeto y fría.

Ah! este misterio incomprensible y
[hondo!
este amor infinito a la belleza
que en el silencio de mi alma escondoo...

Solo deja un consuelo en su aspereza:
el de haberme mostrado hasta su fondo
el divino placer de la tristeza.

POE

En su palacio de marfil indiano
(es en los viejos tiempos de Judea)
tristes canciones en el harpa hebrea
toca un poeta-rey, un rey anciano.

El pueblo va a adorar al Soberano
que nuevos ritmos decadentes crea,
y cuando vibra el harpa, a cada idea

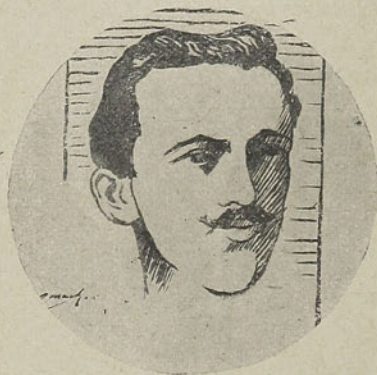
se oye un canto celeste y sobrehumano.

David murió, y en la Sión impía
ya la voz de los salmos se ha extinguido...
mas de esa extraña y muerta poesía
nació el alma de Poe...Y se han dormido
del Missisipi en la ribera fría
los dolorosos cantos del Ungido.



Marcial Cabrera Guerra

(N. en Talca).



Era allá por los años 1895-1904. Marcial Cabrera Guerra (Guerrette) escribía sus muy leídas crónicas santiaguinas. El salvadoreño Arturo Ambrogí, celebrado autor de «Marginales de la Vida», bien pudo decir de él que tenía, como el pobre Juan de la leyenda de Daudet, el cerebro de oro e iba arrojándolo, desperdiciándolo con gracia en sus gacetillas en «sol literario» de «La Ley».

A falta de revistas de arte, hubo de crear el «Anexo Dominical» de «La Ley», página literaria que publicaba prosas y versos de autores nacionales y extranjeros. Este Anexo publicado en 1898 y 1899, ha sido el precursor de las *Páginas Literarias*, que de cuando en cuando, suelen ofrecer nuestros principales diarios metropolitanos y de provincias. En 1913 una ráfaga de estas páginas volanderas dejó una luminosa estela en el prosaico farrago de la prensa.

Es el inolvidado fundador de la revista «Pluma y Lápiz» cuyo primer número apareció el Domingo 22 de Diciembre de 1900. La casa «San Carlos 639» era el hogar de

Guerrette y el hogar de la revista. Guerrette era simpático y tenía talento. Había en él cierto magnetismo que atraía al seno de su bohemia a los intelectuales jóvenes de aquella época. En «San Carlos 639», se reunían, charlaban, leían versos, preparaban el material del semanario. A ese tibio cenáculo llegó Víctor Domingo Silva, muchacho aún, sombrero en mano, preguntando por «Don Marcial»... A él llegó Antonio Bórquez Solar que, como Guerrette, tenía una covacha para escribir en el caserón de frontis rojo de «La Ley». A él arribó toda una caravana de peregrinos del arte: Jorge González, Ricardo Prieto, Osvaldo Palominos, César Muñoz Llosa, Magallanes, Federico Zúñiga, Honorio Henríquez, Oscar Sepúlveda, Pedro E. Gil, Jorge Prieto Lastarria, Saridakis, Santiago Pulgar y muchos otros no menos dignos de recordación.

Y no es esto todo. Una ocasión Guerrette divisó a un desconocido en uno de esos efímeros centros literarios de muchachos imberbes. Se acercó a hablar con aquel extraño, y pronto hubo de convencerse que *no era lo que parecía*. Descubrió que se las había con un artista retraído, azaz misántropo, que burlaba en silencio versos armoniosos, fogosos, relampagueantes... Aquel extraño era Pedro Antonio González. Si no le hubiera tendido su fraternia mano, ¡cuántos poemas hubieran permanecido para siempre envueltos en la sombra de lo inédito! Guerrette entró furtivamente a la buharda del poeta, recogió algunas hojas escritas, caídas de su tripódica mesa de trabajo y, publicándolas, llevó al bardo solitario los primeros aplausos de una jornada estruendosamente lírica. Si no le hubiera tendido su mano de amigo, ¡cuán aislado habría recorrido su penosa senda ese «extraño sonámbulo de la vida», como él llamaba al gran Poeta! «Respetando su enigma,—dice este nuevo *mamá Eyslette*,—había que caminar a su lado en un silencioso escoltamiento de veneración y de afecto, para ir descubriendo, en raras veces, las fugaces efusiones de su alma que en algunas ocasiones se alumbraba con rapidísimos lampos de alegría». Combatiendo amistosamente la indolencia del poeta ermitaño, Guerrette llevó sus versos a la prensa e impulsó la publicación de *Ritmos*, el primer libro de González, cuyo elogio hizo en el «Almanaque Sud-Americano» del año 1897. Y el coloso, pagándole el afecto con el afecto, le decía en un ejemplar de *Ritmos*, palabras inefables. He aquí algunos fragmentos: «A la hora de la amistad se ha juntado la de la gratitud: hora suprema, porque es la de los primeros ajustes del corazón... Tú me has empujado hacia la primera playa y hacia la primera aurora... Puedo, pues, remendar mi bajel, y reparar mis remos y aprestarme a una nueva travesía... Yo no sé hasta qué punto sean tuyos y hasta qué puntos sean míos estos *Ritmos*...»

Y qué manera de hacer obra de arte la de este Guerrette. No era un crítico ceñudo que lo encuentra todo anti-gramatical o demasiado audaz, o ultra revolucionario... ¡Nó! Cabrera Guerra, ante todo, estimulaba, enseñaba los nuevos rumbos, las orientaciones futuras. A través de sus impresiones artísticas soplaban ráfagas del aire azul de Francia...

¡Cuánta razón tenía Ambrogí! Guerrette se remontaba sobre el vulgar tono periodístico y hablaba

de los artistas en «sol literario». A González lo presentaba ante la América Latina con frases tan espléndidas como éstas: «No es de preferencia, el joven poeta chileno, el admirable pulidor colorista de la frase, que la da espejeos y la transforma en prisma para las irisaciones de luz; ni el apasionado del símbolo que llega al límite en que la idea se hunde en penumbras y queda arcana; ni el plástico cincelador que modela formas mórbidas en el verso. El es, más bien, un áspero, espontáneo y anguloso forjador de estrofas recias, donde encuadran las síntesis vigorosas y abarcales de su pensamiento».

Con qué fervor artístico prologaba los tomos de poesías de sus compañeros! Del libro *Brumas* de Miguel Luis Rocuant decía: «Hay en la esencia de este libro de poeta el culto místico a la belleza pagana, toda la voluptuosa adoración de las líneas y las formas; exhalada al través de un religioso sensualismo, que da su original y extraño carácter a esta poesía en que a cada paso la emoción sensual se purifica, se idealiza en la castidad de un virginal ensueño. Lo notaréis en sus símbolos, en su construcción fraseológica, donde a menudo los vocablos van agriamente reñidos unos con otros, manteniéndose la armonía sólo bajo el imperio del sentido interno de cada poema».

Desde tan elevada cima estética, Guerrette estimulaba a sus poetas amigos y dirigía los destinos de su revista de bohemia, de su querida «Pluma y Lápiz». Pero aquella farándula de muchachos idealistas que le rodeaba había de dispersarse. ¡Toda una barca destrozada por el oleaje de la vida! Hasta la bandera, la revista, sucumbió «a manos de un bellaco» (1) como ha dicho Pedro E. Gil. También el piloto había de caer arrastrado por las sombrías ondas. Por fin la noche se hizo en su cerebro algún tiempo antes de reposar para siempre en el eterno Arcano.

PERFIL DE MUJER

Ella era así. Tenía
el supremo poder de la belleza,
que prosterna a porfía
cuanto palpita en ti, ¡naturaleza!

Desde el altivo trono
de su soberbia de mujer hermosa,
recibía, en irónico abandono,
la ofrenda del mortal para la Diosa.

No era la de ella la belleza fátua
de la mujer sin expresión y seca,
de la mujer estatua
y la mujer muñeca.

Ella era carne viva y palpitante
bajo el ansia intuitiva del deseo,
virginidad en flor exuberante,
para entreabrirse al sol del gineceo.

Sobre su frente pálida y extensa
había irradiaciones de alboradas;
y entre los rizos de su negra trenza
la atracción de las sombras encantadas.

Había en su pupila soñadora
algo del llamamiento, algo del ruego;
y en sus labios vibraba la sonora
música de los ósculos de fuego.

Cuando marchaba la gentil coqueta
con su porte triunfal de soberana,
¡estrangulaba el pálido poeta
en la garganta el vitor y el hosanna!

Para aquella mujer todo era poco;
ninguno digno de besar su huella.
Y el trágico poeta, vuelto loco,
la vió, la quiso, y se mató por ella.

EL HIMNO DEL MARTILLO

...Yo amo el himno de notas armónicas
que el martillo del yunque en la fragua
con compás uniforme modula
sobre el trozo de hierro hecho ascua:
es un himno bañado de chispas,
y el más viejo de todos los himnos;
desde el día del hombre primero
lo oyen siglos y siglos y siglos.

Yo amo el himno de notas robustas
con que el combo del roto nervudo
labra un lecho a los rieles bruñidos
en la cima del Andes abrupto:

es un himno cuya arpa es la piedra,
que se canta entre nubes y nieves,
cuyo acorde en la cima brumosa
la agria roca repite y devuelve.

Yo amo el himno de notas metálicas
que el martillo con golpes veloces
les arranca a las planchas de acero
en la cumbre de eifélicas torres:
es un himno que brota en el éter
y descende vibrante a la tierra,
entonando a través del espacio
el hosanna del arte y la ciencia.

(1) «Pluma y Lápiz» tuvo una segunda brillante etapa en 1912, bajo la dirección de Fernando Santivan y Daniel de la Vega. En el primer número, varios de nuestros escritores consagraron un *In memoriam* a Marcial Cabrera Guerra, de quien Juan Espinoza dijo: «No dejó ningún libro, pero su «Pluma y Lápiz» vale por una biblioteca».

Yo amo el himno de notas iguales
y de ritmo monótono y seco
con que suena el sutil martinete
en la máquina audaz del telégrafo;
es un himno de una arpa unicorde
en que se hablan las razas distantes
con la eléctrica lengua que vuela
por las ondas del agua o el aire.

Los poetas de lira averiada

hagan himnos de acentos silábicos
y en seguida los echen al album
o los griten de frac ante el piano.
¡Oh, martillo, prefiero tus himnos
porque en ellos tú pones un alma:
y en el yunque, en la cumbre, en el éter
y en el hilo de alambre, tú el triunfo
del cerebro o del músculo cantas!



Allán Samadhy

(N. en San Isidro de Vicuña, el 11 de Enero de 1876).



Se trata del pseudónimo con que un literato ha dado a conocer su labor artística, a fin de evitar, a todo trance, (como si cumplierse estrictamente una consigna militar), que su verdadero nombre figure en público al pie de sus poesías. Este escritor esotérico teme que, al ser sorprendido en el flagrante delito de alinear renglones medidos y cortados, los hombres prácticos le hagan objeto de risa y escarnio.

Salvador Rueda califica a Allán Samadhy de «profundo poeta». Y el hispanófilo y crítico alemán Profesor Dr. S. Gräfenberg ha dicho en la «Frankfurter Zeitung»: «Las poesías de Allán Samadhy respiran dolor y renunciación; pero a la par delatan hondo sentimiento y vivaz fantasía, y permiten reconocer vigorosas facultades poéticas». Transcribimos estas opiniones sin darles, como a ciertos cánones religiosos recopilados, mayor valor o alcance que el que tienen aisladamente, por sí mismas.

Su libro de versos *Horas perdidas* (1908) fué muy discutido por la crítica.

Mantiene inéditas varias obras: *Lumen*, *Doña Inés de Pineda*, *Eros*, *Frutos agrios*.

AGUAS AL MAR

—Perro, ven; y consolemos
junto cada cual su pena,
pues se tocan los extremos...
Abrazados, lloraremos
tu cadena, mi cadena.

Tu cadena que rompiste,
¡guarda infiel! en tu locura
por vagar a la ventura...
(Cuchitril!... Ración segura!)
pan y hogar que extraña hoy, triste,
tu famélica flacura...
Mi cadena que me obliga

a marchar por ruta opuesta
a las que amo...

(¿Que te diga
tal sinceridad, no es yerro,
o simpleza manifiesta,
si no me comprendes, perro?)...
Mas, no importa! Ven, lloremos
nuestros dolores supremos...
Somos parias: confundamos
vil y azul, los dos extremos,
lejos, lejos de los amos...

LA GAVILLA DE LUMENA

—Quimera
no dejes
que muera.

Sé pía;
no enlutes
mi día.

Tus ojos
no radien
en ojos.

Derroche
caricias
tu noche.

Tu labio
restañe
tu agravio.

Sé buena;
sé pía,
Lumena.

—Alma sedienta de gloria,
en vano clamas al cielo:
es una luz ilusoria
lo que fascina tu anhelo...

Noble belleza
la que al par sabe
ser fortaleza
y arrullo de ave.
Sabia ternura

la de tu amor:
luz y hermosura:
fanal y flor.

Voy hacia el faro
de la esperanza
tras de tu aroma.

Brindas amparo
—fuerza y confianza—
tú, mi paloma...



Bernardino Abarzúa

(N. en Linares, el 28 de Septiembre de 1876).



Es presbítero, abogado, orador y periodista. Fué principal redactor del diario penquista «El País». Después, director de «La Unión», importante diario del Sur. Ha publicado numerosos artículos de crítica y literatura bíblica. En el Ateneo de Santiago mereció francos aplausos una silva suya «Música» declamada por una hermosa dama. Firma sus producciones con el seudónimo «Bedel».

Sus poesías, de un lirismo vibrante y vigoroso, se caracterizan por su atildamiento, sin rigorismos académicos. Sus poemas son humanos, plenos de color y vida. Declamados, recuerdan efectos orquestales.

No puede decirse que Abarzúa tenga enérgicos rasgos de una personalidad propia inconfundible. Su perfección y su «manera» se parecen a las de otros escritores de mérito, como dos fisonomías caracterizadas por un cierto común aire de familia.

NIÑO POBRE

Miradlo. Ese pobre niño
es un mirlo aventurero
que va buscando un alero
y mendigando un cariño.
Sobre su faz casi sería
y de mirada indecisa

murió, al nacer, la sonrisa
helada por la miseria.

Con sus harapos al viento,
del abandono al través,
tiene el profundo interés
de un lloroso pensamiento;

Y por el tumulto rueda,
de que se nutre el olvido,
como un átomo perdido
en una gran polvareda...

¡No le despreciéis! La luz
que hasta sus cabellos baja
les da un tinte de la paja
del pesebre de Jesús...

En sus pupilas asoma
de su conciencia la albura,
como en una grieta oscura
el ala de la paloma...

Su boca de proletario,
de donde un arrullo brota,
llevar parece una gota
de la sangre del Calvario.

Cada perla de sudor
que va a humedecer su frente,
lo mismo que la simiente,
lleva dormida una flor...

¡No le despreciéis! Acaso
en su cerebro de infante
guarda el sol que se levante
para alegrar nuestro ocaso!

Es pobre; mas del dolor
el genio a la gloria sube,
cual del rocío la nube,
como del alma el amor...

Su madre, al verle llorar;
le dejó en la frente impreso,
como un escudo, su beso
para que pueda luchar...

En su ruta solitaria
no le neguéis un cariño;
que la lágrima del niño
tiene sabor de plegaria...

¡Amadle! Porque, en verdad,
cual vuestros hijos pequeños,
ese niño tiene sueños
que abarcan la inmensidad;

Como los vuestros, ansía,
sin darse cuenta, un laurel,
y largas horas de miel
y triunfos de bizarría...

Ante el fervor que le expande,
las cumbres se vuelven llanos,
y saben crear sus manos,
y sueña que es *hombre grande*:

Y luego sueña feliz
que construye en el espacio,
en vez de choza, un palacio
y es su madre emperatriz;

Y presiente la pasión
con que una joven princesa
le corona la cabeza
y le sacia el corazón...

Y es unas veces guerrero,
y otras veces inventor,
y es marino y trovador,
y es artista y misionero...

Y, en tanto, su ideal sumo
columbra el turgio abyecto
donde hay zumbidos de insecto
y olor a tristeza y humo!

Y en su lecho mal oculto
bajo la techumbre rota,
el viento helado le azota
con la rabia de un insulto!

¡Pobre niño! Acaso ignora
lo que se debe sufrir
cuando queremos abrir
entre la noche una aurora!

¡Pobre! No sabe, en su afán,
que, doquiera lleve el paso,
sólo el dolor no es escaso,
que hace frío y falta el pan...

Dadle amor, antes que el odio
a que la injusticia impulsa
ponga en su mano convulsa
el fiero puñal de Harmodio...

.....

¿A dónde vas, niño incierto?
¡Ay! Los ensueños mejores
son un camino de flores
que siempre lleva al desierto!

¡Ven aquí! La Caridad
sus brazos abre y te espera...
Para el triste, es compañera
y para el pobre, heredad...

Por darle ese gran poder
de lo suave y de lo tierno,
la voluntad del Eterno
le dió mano de mujer.

Perfuma desde las flores,
refulge desde el lucero,
es descanso en el sendero
y sombra entre los ardores...

Vino de la Cruz en pos;
y, como sabe llorar,
ha podido consolar
y lleva el nombre de Dios...

¡Sueña en la pobreza activa,
niño amable! Y desde abajo
lleva la cruz del trabajo,
porque la gloria está arriba!

¡Oh niño del corazón!
Otro niño de Belén
soñaba mucho también
con la Cruz, que es redención!!



Federico González

(N. en La Serena; 2 de Julio de 1877).



Conocidos son sus dos libros de poesías: *Ráfagas* y *Oleajes* (1904).

En los Juegos Florales de Copiapó (Diciembre de 1911), ganó La Flor de Oro (primer premio), con su comedia en verso, «Don Pantaleón». En la pequeña Antología «La Joven Literatura Hispano-Americana» (París, 1906), de Manuel Ugarte, (libro deforme, urgido, hecho—según Rufino Blanco-Fombona—para que lucrase un librero europeo), figura F. González con un soneto, y sin una breve nota. También está embutido este poeta, tras un chaparrón de frases bombásticas, en la «Antología Chilena», de Pedro Pablo Figueroa, libro en que aparecen revueltos viejos y jóvenes, poetas y políticos, médicos y periodistas, y en que no están todos los que son ni son todos los que están...

Federico González mide, cuenta y pule sus ritmos hasta alcanzar la perfección retórica, y es correcto sin academicismo. El cordaje de su lira es grueso, de vibraciones sonoras, épicas. Su verso, recio y fuerte. Su idea, generalmente trascendental. Canta a la Patria, al Super-hombre, al Heroísmo. También—como todo poeta—ha escrito estrofas para expresar sus cariños y sus sentires íntimos. Sin embargo, González no ha descubierto ninguna veta. Sus temas suelen ser lugares comunes. Repite correctamente lo dicho, lo ya conocido. Esto hace que su personalidad literaria no se destaque única, distinta, a pesar del calor, fuerza y vehemencia de su frase.

Armando Rojas Molina ha dicho de González: «Juez, en el más pintoresco de los pueblos,—Vicuña, de clima paradisíaco—asoma la devoción de su arte (en medio del prosaísmo de su labor), con la lozanía de un crisantemo».

DON JUAN

Don Juan, en el marmóreo pavimento,
con falsa beatitud, cae de hinojos;
y en el altar de Dios fija los ojos
y en el Diablo tal vez el pensamiento.

Castá doncella de beldad portento,
del pudor dominando los sonrojos,
siente, curiosa, de mirarle antojos,

al escuchar su fervoroso acento.

Don Juan las cuentas del rosario gira
con mentido ademán indiferente,
mientras la hermosa de inquietud suspira
y dichoso del triunfo que presiente,
de vez en cuando a la doncella mira
cual mira al pajarillo la serpiente.

NERÓN

Nerón entreabre la pesada puerta
con mano firme y ademán sombrío,
y contempla en su loco desvarío
cual yace el cuerpo de Agripina muerta.

Lívido el rostro, la mirada incierta,
siente en sus venas sensación de frío.
Mas, luego avanza y la despoja impío

del tul con que su carne está cubierta.

Cree admirar de Venus la escultura,
el asombro refléjase en su vista
y le llena su crimen de amargura.

Otra belleza igual duda que exista:
...y extraño el pecho a la filial ternura
siente y llora a su madre como artista.

MAR ADENTRO...

Adornada de blancos azahares,
se columpia en las ondas la Barquilla.
Los Amantes, en busca de otros lares,
muy pronto en ella dejarán la orilla.

Cielo azul. Mar tranquilo. Suave am-
[biente.

Sobre la proa, la ballesta armada,
Cupido, malicioso y sonriente,
aguarda a la pareja enamorada.

Mientras él la recibe placentero
y le brinda magnífico hospedaje,
el Destino, que sirve de barquero,
viejo lobo de mar, apresta el viaje.

Y henchida al viento la gallarda vela,
la Barquilla, al País de la Fortuna,
en pos dejando reluciente estela,
parte, bajo los rayos de la Luna.

Y se aleja y se aleja la Barquilla...
Cediendo de su amor a los excesos,
los Amantes se estrechan...A la orilla
llega el cálido ruido de sus besos.

—¡Buen viaje! Procurad tiernos Aman-
[tes,
halagar a Cupido y al Barquero,
Las costas que buscáis están distantes
y el mar es peligroso y traicionero...

LA MUERTE DEL CISNE

El cisne está triste. Como antes no hiende
con regia apostura las ondas del lago.
Sobre el pecho inclina, silente y sombrío,
el immaculado cuello de alabastro.

El cisne está triste. Las ninfas contemplan
en mudo reposo su angustia infinita;
sus corolas,—húmedas de rocío,—abaten
los blancos menúfares que bordan la orilla.

El cisne está triste. Ha tiempo, una noche
de estío, que su alma sensible recuerda,
surcando las ondas, miró reflejarse
en ella la imagen fatal de una estrella.

Como cien puñales, sus destellos fúlgidos
claváronle el pecho tranquilo hasta entonces.
La amó con delirio... Sufrió intensamente
al verla ocultarse tras el horizonte...

Desde aquella noche que jamás olvida,
en que despertaron sus hondas ternezas,
no ha visto en los diáfanos cristales del lago
la imagen hermosa de su amada estrella.

El Cisne está triste. El cisne ha cantado...
Y al par que sus notas al cielo se elevan
y en una angustiosa convulsión perece,
las ondas del lago suspiran de pena...



Oscar Sepúlveda

(N. en San Carlos).

Conocido con el pseudónimo de *Volney*.

Perteneció al cenáculo de bohemios que dió vida y carácter a la revista «Pluma y Lápiz» de Cabrera Guerra, en uno de cuyos números del año 1904, anunció un libro de versos con el título de *Cantos del Paraíso*, que quedó inédito. Aquella bulliciosa y simpática caravana se desbandó del todo: unos volvieron a su terruño de provincia; otros mejoraron de condición ocupando un empleo canonjil o trabajando quizás una candidatura; otros sencillamente descansan allá en el frío barrio de los nichos... Sólo Oscar Sepúlveda continuó la bohemia, escribiendo para vivir, en diarios y revistas.

Desde edad temprana fué periodista, y más que eso, poeta finamente delicado. El escritor Luis Bettelini ha dicho con mucha oportunidad: «Encontramos en él la honda sutileza de Alfredo de Musset y el nostálgico lirismo de Byron. Sus versos se infiltran en el alma suavemente, como una melodía lejana. No parece sino que Sepúlveda escribió sus poesías bajo el influjo constante de una Serenata de Schubert».

Escribió hermosos artículos en el diario «La Tarde», de los hermanos Galo y Alfredo Irrarrázaval Zañartu, verdadero cenáculo de bohemia por el cual desfilaron Rubén Darío, Pedro Balmaceda Toro, Jorge Prieto Lastarria, Luis Orrego Luco y otros jóvenes intelectuales de aquella época. Después, Oscar Sepúlveda Huerta se trasladó al Norte y continuó su tarea periodística en «La Patria» y «El Nacional» de Iquique y en «El Industrial» de Antofagasta.

La individualidad ya legendaria de este poeta recuerda singularmente a Espronceda...

Bien lo pinta Samuel A. Lillo como un vagabundo bardo, como un renuevo de la edad de los trovadores romanescos. Lo recuerda con su gran chambergó bajo el cual caían rubios cabellos que servían de orla a su blanco rostro de nardo. Recuerda la dulce mirada de sus ojos claros que destellaba los ímpetus de un alma valerosa y los ardores de un alma abnegada, aguerrida en las luchas en pró del «piño de miserables bestias», que allá en la pampa o en la sierra desentrañan las riquezas del Señor!... Imagina que es un nuevo Juan Bautista que allá en el Norte, en el Desierto, pregona el Evangelio moderno con el potente y caldeado verbo de sus arengas de bardo y de adalid. Y después nos lo presenta como a todo redentor: perseguido, proscrito, y al fin herido por alevé puñal asesino que había de producirle una muerte aguda, lenta...

Fué autor de varias piezas teatrales entre dramas, comedias, zarzuelas y monólogos: «La Máscara», «Primavera», «Macul», «Amor plebeyo», «Salitre y yodo», «18 de Septiembre de 1810», «Album Antofagasta», «Diablos azules», «Genio y figura» (inconclusa), «La adúltera» y «En busca de una mujer».

Como Carlos Pezoa Véliz y Pedro Antonio González, Volney pasó sus últimos días en un hospital, en el del Salvador de Antofagasta, asistido por la generosidad de la gente culta de aquel puerto y rodeado del afecto de su hermano Augusto y de poetas fraternales como Luis Bettelini. Murió el 22 de Mayo de 1910, a la edad de 32 años.

«La Mañana» de Santiago (1913) dedicó una Página Literaria en recuerdo del que fué uno de los últimos bohemios contemporáneos del gran González. En este homenaje póstumo figuran trabajos de Honorio Henríquez Pérez, Luis Bettelini M., Guillermo Gallardo Nieto, Samuel A. Lillo y Luis Rodríguez Velasco.

Aquí es oportuno rememorar a Jorge Prieto Lastarria.

Con los malogrados Oscar Sepúlveda, Jorge Peña Castro y otros literatos fundó y dirigió el efímero periódico literario «La Epoca», a cuya modesta sala de redacción, bullicioso reducto de bohemios, solía concurrir el gran González. Jorge Prieto fué un elegante cultor del verso y de la prosa. Sus producciones: poesías, cuentos y artículos de impresiones, han quedado diseminados en revistas bonaerenses y del país



Colaboró de preferencia en «La Ley» y «Pluma y Lápiz» de Cabrera Guerra. Hacia el año 1906 fué profesor de Castellano en un Liceo de Talca.

En su anhelo de formarse una situación por su propio esfuerzo, se dijo un día: «Hay que dejarse de diarios y hacers luego hombre» y se marchó a Oruro (Bolivia), en donde ingresó en una compañía minera. El soñador de poesía de otro tiempo perseguía ahora un áureo ideal: filones de oro y libras esterlinas. Sus amigos lo habían visto alejarse como a Jason el argonauta, con la expresión alegre y la pupila fija en una sonriente esperanza. Pero este argonauta estaba destinado a no volver. El 13 de Febrero de 1907 un telegrama de Oruro, anunció que el soñador aventurero acababa de morir en aquella ciudad lejana. Así fué Jorge Prieto, el elegante cultor del verso y de la prosa, en cuya persona había ribetes de aristócrata y a la vez de bohemio.

EL VIAJERO

Palacio tan bello
que nunca podría
siquiera imitarlo
la fábula misma.
—Ilusión del Arte
quimérica y viva—
Rodando hecho escombros
que espantan y abisman
en haces de fuego,
de sombra y de ruina,
el Sol, a pedazos,
caía... caía...

De allá, lentamente,
la faz muda y lívida,
clavada muy lejos
la triste pupila,
andando el camino
que el polvo cubría,
del noble caballo,
soltada la brida,
venía el viajero.
—Caballo, camina!

Sepulcro que cierra
losa negra y fría,
tornó luego al mundo
la noche tristísima
y siguió el viajero:

—Caballo, camina!

Templaban los perros
sus lenguas fatídicas,
el viento agitaba
la pobre luz tímida,
fugaz parpadeo
de alguna bujía
que ardía a lo lejos
en choza pajiza;
seguía el viajero:
—Caballo, camina!

La ruta era larga.
¡No es tanto en la vida!
El hielo era un crimen,
la sombra un enigma...
Del bosque, las fieras,
rabiosas rugían,
visiones atroces
formaban en fila...
Seguía el viajero:
—Caballo, camina!

Montañas de siglos,
de eternas neblinas,
cerraban el paso...
La faz muda y lívida,
seguía el viajero:
—Caballo, camina!

RIMA BOHEMIA

Ay, yo no sé, yo no sé
cuánto encerraban en sí
esos versos que escribí
en la mesa del Café.

Pero la altiva Friné,
siempre que está junto a mí

recuerda lo que escribí
en la mesa del Café...

Y llora mucho Friné!
...Acaso llorando así
sentirá lo que sentí
cuando versos le escribí
en la mesa del Café!...

DUELO ETERNO

Proscripto que vas penando,
sin saber dónde ni cuándo
habrás de plantar tu tienda,
consuélate que en el mundo
hay esperar más profundo
y hay proscripción más horrenda.

Cadáver que, entumecido,
esperas que del olvido
surja tu postrero día,

consuélate que en el mundo
hay esperar más profundo
y sepultura más fría.

Alma sin amor, tu duelo
jamás hallará consuelo:
la soledad es tu guía,
la soledad, tu vivienda;
¡no hay proscripción más horrenda!
¡no hay sepultura más fría!

MAGDALENA MODERNA

¿Quién me condena? interrogó.
Y las gentes,
con gestos insolentes
y con tono iracundo,
le respondieron a una voz:
El mundo!
Ella, alzando su frente despejada,

lanzó una formidable carcajada,
y habló (sus ojos, en la turba, fijos):
—El mundo—mercader que me condena—
compra mi corazón, compra mi pena,
por el pan de mi madre y de mis hijos!
Siguió su paso, imperialmente brava...
Y la turba... callaba.

SIEMPRE

Cuánto tiempo, cuánto día,
largo y triste, vida mía,
que yo anhele
ver la santa poesía,
ver el cielo
de tu rostro, cuyo hechizo
es perdido paraíso
que mi ardiente devaneo
ver deseo
cada día más y más!...
Cuánto tiempo! Cuánto día,
vida mía!...
¿Dónde estás?...
¡Cómo sufro! Cuán amargo
es el tiempo triste y largo
de tu ausencia
que me cubre de letargo!
¡Cuál devora
mi existencia
esa ausencia
matadora!
Desfallece
mi alma en hondo desconsuelo,
pero crece
mi desvelo
más y más!

¡Si supieras! Te has marchado!
¿No sabías que te amaba
mi alma toda tuya esclava?
¿Te has marchado? ¿La has dejado?
¿Eres ángel y tu vuelo
ya tal vez alzaste al cielo?...
Yo me ofusco,
¡Tanto tiempo! Tanto día
que te busco!...
¿Dónde estás?...

Vuelve! Dame
que un instante, tan siquiera
yo te vea, yo te ame...
y después...amando, muera
del eterno amor que encierra
esta débil alma humana
por ti, reina! soberana
de los cielos y la tierra!
...No me escuchas?...
Mis angustias ya son muchas!
¿Volverás?
Ángel mío ¿no me escuchas?
¿No vendrás?...

Ya se calma

este loco devaneo
de mi alma...
Ya se calma, vida mía,
el tenaz, mortal deseo
que he sentido, tanto día,
más y más:
ver tu rostro, cuyo hechizo
es perdido paraíso
que creía

no volver a ver jamás;
ya se calma mi desvelo;
ya, mi negro desconuelo,
porque siento que, en mi alma,
¡oh blanquísima azucena!
de ternura siempre llena,
siempre amada, siempre buena
siempre estás!



Honorio Henríquez Pérez

(N. en Vallenar, en 1878).



Ante todo, una observación. Los «Estudios» que contiene este libro no son el resultado de una fría labor de gabinete o del simple análisis de papeles y datos, como si se tratara de confeccionar metódicas estadísticas de biblioteca. Mil veces, nó. Esta es una obra viva, engendrada al calor del ambiente, fervoroso y fraterno, creado por nuestros poetas jóvenes. Se han escrito estas páginas conviviendo con nuestros poetas; oyéndoles recitar sus últimas producciones; estimulando ante ellos sus aciertos iniciales o definitivos; fustigando ante ellos mismos sus claudicaciones punibles o sus desviaciones morbosas y desfallecientes. Así hemos abrazado al Hermano que ha vuelto y al que se ha ido; así hemos celebrado con entusiasmos de juventud, los triunfos de nuestros compañeros de cruzada artística.

Pues bien: Honorio Henríquez Pérez no ha venido al cenáculo de «Selva Lirica». No parece sino que nunca saliera de su celda de periodista empedernido. Llegué a imaginarme que el escritor estaría ya semi-asfíxiado por el vaho de la tinta de imprenta... Y abrí su tomo de versos, *El Surco*,

(1916). Muchas veces la lectura de un libro desvirtúa lamentablemente el concepto que de su autor se tenía por los pregones de la fama. Con Honorio Henríquez me ocurrió a la inversa: lo creí completamente absorbido por sus funciones de llenador de columnas y de redactor rápido y urgido. Esa opinión mía hube de reformarla después de la lectura de *El surco*, libro de remozo, que significa un feliz reverdecimiento de la arboración espiritual de su autor. Al voltear de sus páginas ligeras, se experimenta una sensación de frescura, como una brisa oxigenada que viniera de las «serranías de dombo azulenco» y pasara murmulando por sobre el fárrago, cansado y tedioso, de la urbe. Llamaradas de sol, ráfagas de ventoleras montañesas, aromas de margaritas silvestres, quietudes de remansos lejanos y escondidos, todo mezclado con el cotidiano vaivén, los súbitos zarpazos, las silenciosas angustias de un vivir encasillado, isócrono, monótono. Eso significan los retoños líricos de Honorio Henríquez.

Ha publicado: «Prima Facie», libro de cuentos y narraciones (1907); «Por Senderos de Amor», novela (1914); «Por la Gloria de San Ambrosio», novela (1916), premiada esta última por el Ateneo Nacional de Buenos Aires. Es autor, además, de «El Palacio de los Zánganos», novela; del libro de cuentos «De esta Tierra», premiado por el Consejo Superior de Letras, en 1912; y de otras obras sobre crítica, derecho e historia.

LA ESPIGA

Excursión vespertina.

De la siega vengo.

Vi caer las espigas.

Y las vi sobre el suelo

amarillas y flácidas;

sus bucles sin reflejos;

desmedrado el encanto

de su oro principesco.

Erizada la gleba.

Ya sin jugos los surcos.

No latía la tierra

como un vientre fecundo.

Madre de todos, madre

que das el pan y el jugo,

que dejas fecundarte

porque eres hembra. Tuyos

son los besos del agua

y del aire errabundo

en el amor sin cópulas

que da vida a los frutos.

Segado vi tu seno.

El segador hirsuto

cortaba haces de espigas

con el placer sañudo

de un hombre que arrancara

haces de bucles rubios.

Es ley. Savia del trigo,

eres el pan del mundo,

hostia blanca en los templos,

para el hambre, mendrugo.

Pensamientos sin fin.

Pensar en lo más hondo.

Cómo a vivir comienzan

la semilla y el óvulo,

la célula y la espiga.

Y, palpitando en todo,

el oculto misterio

y el eterno trastorno.

Quién supiera pensarlo,

si no lo ven los ojos,

cómo surge la vida

del seno doloroso

y del seno inconsciente.

Madre que das retoños,

tierra que das espigas,

bendito el humano asombro,

bendita fuerza del músculo,

bendito el fecundo soplo

y bendita la simiente

porque sois y porque somos.

Sal, osado pensamiento

del principio de la vida,

del principio de las cosas.

Semilla, tú das espigas,

espiga tú das el trigo;

y el trigo nos da la harina.

La evolución creadora

en la mies sube, en la vida

baja, y es fecundo rastro

bajo el sol, cuando germina,

bajo el suelo, cuando muere.

En todo, luz y energía,

celeste soplo en el niño

y áureo color en la espiga.

Se destiñe el crepúsculo;

se agiganta mi sombra;

mi ánima se recoge

y mi pensamiento explora.

Excursión interminable

al ansia que nos transforma,

a la fe que nos constriñe,

al dolor que nos asombra,

al cielo que nos cobija,

al pensar que nos traiciona,

a la tierra que nos nutre,

a la tumba abierta y fosca

y a la cuna que se mece

sobre el manto de las horas.

Más allá, más allá.

Siempre lejos, más lejos,

donde la vida acaba,

se hunden mis pensamientos.

Y estallan las auroras

y estallan los misterios

en el cielo infinito,

en el surco reseco,

en el vientre minúsculo,

en la leche del pecho,

en el alado espíritu

y en el vientre materno.

Salve el tallo sabroso,

salve la tierna espiga

segada a flor de tierra

para nutrirnos. Cima

y abismo en que se enlazan

el misterio de la vida

y el de la muerte. Salve

la mutilada espiga,

jugo sacro, dulce vaso,

soñadora hermana espiga.

Virgen blanca, como hostia,

rubia, como el oro rubio,

santa, como una madre,

buena, como un mendrugo.

Espiga, te vi caída

en la hora del crepúsculo.

El sol que te dió vida

mañana secará el surco

y te quitarán el trigo

y serás pan blanco y puro.

Porque en ti se confunden

las tres leyes del mundo,

trinidad de la vida:

hostia, pan y mendrugo.

Abel González G.

(N. en Curepto; 11 de Julio de 1879).



Autor de *Auroras y Crepúsculos*, versos (1898), y de cinco micro-poemas publicados en un solo folleto (1910): *En el Edén*, *Amor patrio*, *Aurora vespertina*, *Idilios del jardín* y *En el baile*. También es autor de otro poema, *Rosario*.

Es acaso el rimador chileno más laureado. Su pequeño poema *Creo* (1903), lo fué en un certamen de «La Revista Católica». Con una colección de poesías líricas obtuvo un segundo premio en el concurso abierto en 1910 por el Consejo Superior de Letras y con su composición «La Flor de Oro», de sabor medioeval, el premio de honor en los segundos Juegos Florales de Valparaíso. En 1912, ganó otro segundo premio en el certamen auspiciado por dicho Consejo, con una colección de poesías líricas y descriptivas: «Versos viejos». En los terceros Juegos Florales de Valparaíso (1913) conquistó la Flor de Oro con su composición «El canto al tordo».

Si hubiera de juzgársele como se juzga generalmente a los colegiales, ¡por el número de premios obtenidos!, Abel González, entre otros, sería uno de nuestros mejores poetas.

Pero, no podemos darle tal calificativo. Se oponen a ello, principalmente, sus versos de intención patriótica o social, en los cuales ostenta, como mortal estigma, un sello de pesada vulgaridad. Sin embargo, es justo reconocer que González tiene momentos de verdadero lirismo.

Cuando toca la fibra romántica, sabe ser sencillo y delicado. Mas, esto no significa que su técnica, sus argumentos y su manera de ver y sentir salgan de lo común. A veces no es de los que, ajustándose escrupulosamente a los cánones retóricos, producen renglones medidos que dejan frío o molestan al lector, pues suele comunicar a sus estrofas el calor poético propio de la inspiración.

LA FLOR DE ORO

Linda Betsy, vida mía:
yo codicio la *flor de oro*,
disputada en esta justa de galana poesía:
¡Oh, qué hermosa, coronando de tus bucles el tesoro,
oh, qué hermosa se vería!
enredada en tus cabellos,
donde el ébano y el oro sus colores han mezclado,
se diría un rizo de ellos
florecido en tu peinado...
Pues por eso es que tu amante, bardo oscuro y sin historia,
a probar también sus armas sale al campo de la gloria;
a probar su vieja pluma
que es su lanza de combate,
su arma noble, que al caído con sus golpes nunca abruma,
que no hiere por la espalda, que a los grandes no se abate.
Sí, por eso aquí me tienes
paladín en el torneo;
conquistar para tus sienas
la *flor de oro* yo deseo;
conquistarla en lid gloriosa,

peleando al son vibrante de cornetas y clarines,
contra hueste vigorosa
de esforzados paladines;
y después de la jornada,
en tu frente toda pura
de azahares coronada,
colocarla con mi mano, temblorosa de ventura,
y prenderla con un beso de mi boca apasionada.

Es tu amor el que me anima,
eres tú la que me impeles
a lanzarme en rauda vuelo, como un cóndor, a la cima
do se cogen los laureles.

Hay quien dice que son necios los que hoy cantan sus amores;
que los tiempos han pasado de los viejos trovadores,
de las nobles castellanas tan altivas como amantes,
de las lides amorosas,
de los hechos arrogantes,
de las citas misteriosas;
que los siglos han caído, como losas sepulcrales,
sobre plazas, y palenques y castillos señoriales
y han trocado en increíbles fantasías insensatas
las hazañas y los cantos de los bardos provenzales,
los románticos amores, las sentidas serenatas;
que fantasmas en el vasto cementerio de la historia
son las rancias tradiciones
que aun conserva la memoria
de esas éras opulentas en bizarros campeones,
en alegres cancioneros,
en andantes caballeros,
en encuentros y en asaltos a bastiones y castillos,
en idilios de princesas y de hermosos pajecillos,
en homéricas batallas, en magníficos torneos,
en brillantes cacerías y amorosos galanteos...
Diz que todas esas cosas que parecen estupendas,
hoy apenas si son mitos y fantásticas leyendas.

Es verdad que en el abismo
misterioso del pasado
el gentil romanticismo
es celaje ya apagado.
De esa edad de desafíos,
de proezas y de andanzas,
de locuras y amorios,
de palenques y de lanzas,
todo muerto ya se mira,
y el cadáver en la sombra descarnado se presenta,
mientras tanto, cual gusanos, la verdad y la mentira
se disputan su osamenta.
Es verdad que ni vestigios se conservan ya de aquello;
mas ¿quién niega que era todo tan grandioso como bello
y que todo despedía
un perfume de nobleza majestad y poesía?...

*

En la edad en que vivimos
no hay amor ni sentimiento.
¡Ay de aquéllos que amar saben, ay de aquéllos que sentimos.
cómo te amo y cómo siento!
Triunfadora la hermosura por el mundo ya no avanza,

ni ya es ella la que hoy día
a los brazos da pujanza,
a las frentes bazarria
y a los nobles corazones entusiasmo y esperanza.

El progreso con sus alas ha aventado las cenizas
de los tiempos medioevales, que se hundieron hechos trizas,
y ha traído para todos
los mortales, nuevas lumbres,
nuevos usos, nuevos modos,
nuevas leyes y costumbres.

Ha cambiado hasta los nombres
de las cosas y los hombres:
lo que el mundo llamó un día
fe, nobleza y heroísmo,
hoy se llama tiranía,
necedad y oscurantismo;
hoy las lanzas son cañones,
los corceles, dirigibles,
codiciosos mercaderes, los bazarros campeones,
y aventuras en la Bolsa, las proezas increíbles.

Hoy el guante o el pañuelo perfumado de una dama
no es de bravos paladines en las justas oriflame,
que los lleve a la pelea y en sus ánimos despierte
el arrojo temerario y el desprecio por la muerte.

¡Hoy peligros nadie afrenta
por presecas de tal monta!
Son más altos intereses
los que mueven, sin fatiga,
a los hombres de estos tiempos, a dar tajos y reveses
con las armas de la intriga.
Hoy quien ama es un Quijote,
hoy la espléndida presea
en las lides es la dote
de una hermosa... o de una fea.

Tal el mundo rueda ahora, como un bólido de nieve;
el dinero, ésa es la fuerza misteriosa que lo mueve,
y en su atmósfera de hielo
la armoniosa poesía, del amor hermana santa,
con las alas en letargo, no es paloma que alza el vuelo,
ni que arrulla ni que canta.
De esta edad en el ambiente
vibrar se oye solamente
del metal el yerto ruido,
cuyo són más grato suena
de las damas al oído
que el acento más sentido
de amorosa cantilena

El antiguo sentimiento ya no alienta ni respira
en cantares o en las notas de un laúd o de una lira;
ya no se oyen dulces trovas, ni ya cuenta en sus romances
el piadoso peregrino
los peligros y los lances
asombrosos del camino;
ya no entona, apasionado,
su canción a la cristiana desdeñosa a quien adora,
el gentil abencerraje, a compás del són templado
de la suave guzla mora;
ni ya en alas, se dilata,
de la brisa, en el espacio,
la nocturna serenata

junto al gótico palacio.

¡Ah, las musas de estos días
ya no riman dulcemente sus tristezas y alegrías!
Hoy inspiran otros cantos a los nuevos trovadores,
donde el torpe escepticismo
lanza histéricos clamores;
donde muestra el realismo
al desnudo la impudicia de sus férvidos amores;
donde en vez de alegres trinos,
y rumores de cascadas
y de arroyos cristalinos,
se oyen sordas carcajadas
y rabiosas negaciones,
arrancadas por la duda
a los pobres corazones,
a que yerta y venenosa como víbora se anuda.

La divina poesía
ya no canta, ya no siente, cual cantaba y cual sentía:
cuando hoy ríe está impregnada su sonrisa de amargura,
cuando gime o cuando llora de su pecho mana hieles
y si airosa quiere erguirse con brillante vestidura
a la vista se presenta con ropaje de oropeles.
¡Pobres musas! ya no tienen blancas alas de querubes;
han cambiado como todo:
ya no vuelan por las nubes,
hoy se arrastran por el lodo.

*

No es extraño, linda Betsy, no es extraño, ya lo creo,
que al salir, como me miras, a la arena del torneo,
ostentando una armadura de otros tiempos a la usanza,
con mi pluma como lanza
y tu nombre por divisa,

no es extraño que provoque mi presencia a todos risa.

Mas ¿qué quieres?... Aunque sea por lo rancio mi atavío
de fantásticas edades creación estrafalaria,
no tengo otro, tú lo sabes, y ataviado con lo mío,
salir quiero sin disfraces a esta justa literaria.

De lo grande y de lo bello soñador enamorado,
peregrino en el presente soy un hijo del pasado:
pues por eso es que, vertiendo mi alma toda en mis estancias
al palenque me adelanto, sin orgullos altaneros;
pero erguida sí la frente, con altivas arrogancias,
como antaño los valientes trovadores caballeros.
Soy obscuro, nada valgo;
pero al toque del combate siento un fuego que me inflama,
y a luchar a los torneos y a las justas siempre salgo
por mi Dios a quien adoro, por mi patria y por mi dama.

A luchar por mis amores,

por mis nobles ideales:

por mi fe, que es la fe santa que heredé de mis mayores,
la que al hombre da consuelos y esperanzas inmortales;
por mi patria idolatrada,
donde el cóndor libre impera,
paseando entre sus garras, azul, blanca y encarnada,
la magnífica bandera
de la estrella nacarada;
y por ti paloma mía,

mi esperanza, mi alegría,
de mi pecho soberana,
la arrogante castellana
del palacio de mis sueños de ternura y poesía...

Por ti, Betsy, aquí hoy me tienes paladín en el combate;
por ti siento que, ambicioso de vencer, mi pecho late;
a tu frente los laureles que conquisté ceñir quiero;
soy tu bardo enamorado, tu rendido caballero;
para mí no quiero nada,
que a mi frente ya cansada,
donde entierran los pesares hondamente sus raíces
y aparecen las arrugas, cual profundas cicatrices,
a mi frente que su lustre ya ha perdido en luchas crueles,
ya no cuadran, vida mía, ya no cuadran los laureles.

Mas si alcanzo la victoria y si dejo, cual quisiera,
la flor de oro del torneo
enredada entre los bucles de tu espesa cabellera,
como premio de mi hazaña sólo un lauro yo deseo:
¿Sabes cuál? con ansia loca
por laurel para mi frente quiero un beso de tu boca.



Luis Felipe Contardo

(N. en Molina; 1880).



El esplendor y movimiento rebelde que había en sus canciones de antaño, auguraban un poeta de ideales modernos con tendencias a un naturalismo sano y robusto. Empero, una irresistible vocación por la clerecía ha aminorado este exquisito temperamento artístico. A quienes interese diré que Contardo fué alumno de los Seminarios de Talca y Concepción, del Colegio Pío Latino-Americano de Roma y de la Universidad Gregoriana hasta graduarse en 1901 de Licenciado en Teología y ordenarse de sacerdote dos años más tarde. Fué director de «El País», diario de Concepción. Es notable como conferencista y orador sagrado. Actualmente, es Secretario del Obispado de Concepción.

Como se ve, es un prohombre del clero que ha conseguido ese mérito a costa de un sensible desmedro de su personalidad artística. Con todo, su labor como poeta es meritoria. Hace algunos años fué laureado por su poema *Flor del monte*. Sus sonetos traen a este Florilegio una nota bíblica cuyos ecos han de resonar puros y armoniosos en cierto grupo de poetas sensuales. Sin poseer el prodigioso arrebató lírico de

Fray Luis de León ni la candidez paradisiaca de Fray Juan de la Cruz, en sus poesías,—escritas allá en Galilea,—reboza la íntima emoción del que ha logrado pisar la misma Tierra en que florecieran divinas azucenas al paso del divino Jesús...

Beso Divino....

Fué al pie de unas palmeras.

Las turbas silenciosas
que no sienten fatiga, y olvidadas del pan,
escuchan de los labios de Jesús altas cosas,
y ante el hondo Misterio, pensativas están...

Unos niños levantan sus caritas de rosas;
de los ojos divinos les atrae el imán;
acercarse quisieran, mas las manos rugosas
de los viejos Apóstoles se oponen a su afán.

Y Jesús dijo entonces:—«Dejadles: son los dueños
del cielo de mi Padre todos estos pequeños;
dejadles que a Mi vengan, e imitad su candor
si queréis formar parte de mi reino bendito».—
En seguida inclinóse hasta el más pequeñito,
y lo besó, lo mismo que se besa una flor...

Retablo.

Ya José, terminada del día la faena,
en el umbral enjuga de su frente el sudor;
y la Virgen María, para la parca cena,
las escudillas lava con sus manos de flor.

De la Luna que nace, la claridad serena
envuelve la casita, dulce nido de amor;
en el huerto inmediato hay olor de azucena
y aleteos de tórtolas y agua que hace rumor...

Y adentro...—¿cayó acaso de la altura un lucero?—
como una palomita que se acoge al alero
para esperar del día nuevo la nueva luz;
como un lirio que pliega, para soñar, su broche;
encanto de los cielos, sol que alumbra la noche,
en su pequeña cuna duerme el Niño Jesús...

Angelus en Nazareth.

En las suaves montañas, ya la última huella
se borra lentamente, de la luz vespertina.
Lámpara del crepúsculo, temblorosa una estrella
sobre el mundo se enciende:—El Señor la destina
a advertir a las almas que recuerden aquella
tarde del Gran Misterio, que los siglos domina,
en que fué cielo el casto seno de una Doncella
y la raza del hombre se hizo raza divina.
Entre la paz augusta que desciende a los montes,
plegaria de la tierra, la voz de la campana
llena de melodías los vagos horizontes...

Hacia arriba se tornan las miradas tranquilas,
y en una gran dulzura, toda la angustia humana
del corazón reboza y tiembla en las pupilas...

En Caná.

Esta tierra es sagrada: recibió estremecida,
de su mano el primero, el suavísimo dón,
cuando el agua en las ánforas floreció enrojecida
por la gracia que obtuvo la materna oración.

Y aquí en la casta frente de dulce prometida
bendijo, y en la frente juvenil de Simón,
el amor que dos vidas confunde en una vida
y de dos corazones amasa un corazón.

Luego encendió la llama de otro más santo anhelo,
y las dos almas puras entrevieron el Cielo
en las hondas pupilas del Divino Señor;

Y de las sienes vírgenes, deshojadas las rosas,
ceñidas de azucenas se fueron presurosas,
siguiendo en sus caminos al Amor del Amor...

Misterium Sacrum.

Campos de Galilea, campos llenos de espigas,
laderas en que medra la viña secular;
vosotras recogisteis de Jesús las fatigas,
seguido de las turbas le mirasteis pasar...

Vosotros le ofrecisteis imágenes amigas
que, hechas después parábolas, enseñaban a amar...
¡Oh! dulce Galilea, tanto recuerdo abrigas
en tu seno sagrado, que eres como un altar!

De tus suaves colinas en que el trigo ya es oro,
de tus vidas que guardan en germen su tesoro,
de esta tierra bendita, donde mis pasos van,
se elevan, entre ardientes fulgores celestiales,
por sobre los sarmientos, por sobre los trigales,
hecha vino su sangre y su cuerpo hecho pan!...



Alberto Mauret Caamaño

(N. en Santiago; 1880).



La lira de este poeta tiene cuerdas finas que rumorean arpegios dulces, suaves, armoniosos. Detesta las clarinadas épicas. Nada de frases rimbombantes. Su principal objetivo es halagar el oído con la música del verso y estremecer las íntimas fibras. Su poesía no es trascendental; no hace con sus versos ni filosofía ni obra doctrinaria. Tampoco se preocupa de dar vigor o novedad a sus ideas. Sus estrofas resultan livianas, simpáticas, gustables. Las mujeres adoran a Mauret. Lo prefieren y se lo aprenden de memoria. El ha sabido corresponderles: ha sido con ellas galante, fino delicado. Las idealiza, las endiosa. Las compara con las flores. Las coloca en medio de un Edén, con aleteos de brisas, perfumes deleitosos, claros de luna, cantos de mirlos y ruiseñores.

Mauret Caamaño recuerda los tiempos de «La Lira Chilena», el popular semanario dominguero de Samuel Fernández Montalva. En esa revista barata, dicharachera, sustanciosa como una «cazuela a la chilena», publicaba Mauret sus

versos románticos, serios o graciosos, para regocijo de castos enamorados. Poca novedad hay en sus versos, si se quiere; pero su espíritu es sano, inócuo, al revés de lo que ocurre con algunos vates de hoy, cuyas frases destilan veneno de escepticismo y de grosera sexualidad.

En 1908 publicó su primer volumen de poesías, *Alma*. Pedro Pablo Figueroa dice de él en su «Antología Chilena»: «Fecundo y afanoso, ha llevado sus producciones a la prensa americana y europea, como el «Album Salón», de Barcelona, «La Prensa», de Buenos Aires, «El Cojo Ilustrado», de Caracas, y «Mundial» la célebre revista del insigne Rubén Darío, de París.

Mauret ha dirigido y redactado «El Búcaro Santiaguino» y «La Prensa», de Valparaíso, y formado parte de la redacción de «Zig-Zag» y «Corre-Vuela». Organizador del Ateneo de Valparaíso, fué su presidente en varios períodos.

Bibliografía.—*Alma*, poesías líricas, dos ediciones; *Notas críticas*, (estudio literario); *Héroes y patrios*, (sonetos); *En el regazo de Venus*, (poesías líricas), obra editada en Valdivia, 1914; y *A la hora del café*, (versos).

POR EL AZUL

Por el azul.

Una noche romántica de Enero
en que lucía el cielo esplendoroso,
llegó hasta mí, turbando mi reposo,
la suspirante endecha de un jilguero.

Era un canto, a la vez que lastimero,
dulce gemido de embriaguez y gozo,
una esperanza en flor hecha sollozo,
de un ave enamorada de un lucero.

Y en medio de la noche blanca y grave,
llenó mi corazón el aire suave
del aria pasional, llorosa y bella...

Y al cielo alzó mi pecho su querella;
que hace tiempo que sueño como el ave,
con el amor de una lejana estrellal

Viaje romántico.

Tengo hastío del mundo, tengo hastío
de las caricias que con fiebre loca
al brindar el placer en dulce boca,
dejan el corazón árido y frío.

Fragancia virginal, albo rocío
para mi juventud el alma invoca...
Ir donde nadie con su planta toca,
mas allá del azul, es lo que ansío.

Si tu amor me otorgase la fortuna,
sería mi deseo niña hermosa,
que en esta noche blanca cual ninguna,
nuestras almas, en fuga milagrosa,
viajasen por un rayo de la luna
sobre fragante pétalo de rosa!

El alma de las rosas.

El fugitivo aroma de las rosas
lleno de una sutil melancolía,
hace vivir en la memoria mía
los tiempos idos y las muertas cosas:

Las mañanas de sol y las hermosas
noches de claridad y de armonía,
cuando era el alma, que al azul se abría,
enjambre encantador de mariposas.

Hoy, en la angustia de un pesar acerbo,
busco la flor que en mi poder conservo,
pálida rosa que al partir me diste;
llevo a mis labios su corola trunca,
y siento renacer, más hondo y triste,
el dulce amor que no te dije nunca!

Amada, sé la flor...

En un jardín alegre y floreciente
vivían sin zozobras ni deslices,
una rosa de vívidos matices
y alado insecto de color luciente.

Al soplo de las auras, blandamente
el follaje extendía sus tapices
donde el insecto y el botón, felices
soñaban con amarse eternamente.

Al aspirar la esencia de la rosa
en deliquio ideal, la mariposa
daba a la flor el iris de sus alas...

Amada, sé la flor. Y así, risueños,
sobre tu aroma virgen y tus galas
dejaré el polvo de oro de mis sueños!

Cerca de ti.

Que te dijera yo, qué te dijera
de lo más hondo de mi amor nacido,
que, melódica música en tu oído,
cándido ensueño para tu alma fuera!

Una rima sutil de primavera
llena de arrullos y gorjear de nido,
un verso pasional recién florido
con alas de ilusión y de quimera...

Yo te diría lo que el alma siente
cuando a tu lado estoy, y en el ambiente
bebo tu aliento que mi dicha labra;

cuando mi corazón gime de antojos
al dulce fuego de tus lindos ojos
y al eco arrobador de tu palabra!

Alas y besos.

Brilla el sol y el ambiente se embal-
[sama;
entre sus giros, jugueteó el viento,
de mil rumores el fugaz contento
recoge y por los cármes derrama.

Tendido bajo un árbol, en la grama,
volaba a ti mi dulce pensamiento,
cuando dos aves con afable acento
se posan a cantar sobre una rama.

Estrechan en un beso su destino,
y el pico junto, delicioso trino
sube al azul en trémulas escalas...

Para soñar en embriaguez secreta,

de tu ilusión a las celestes alas
enlazaré mis alas de poeta!

Vida diáfana.

Desde la cuna a la atisbante fosa
como un suspiro la existencia rueda;
¡feliz quien al morir escuchar pueda
de la esperanza la canción hermosa!

No vive aquel que la ambición hospeda
nutrido de estultez y servilismo;
¡vive la larva al sol, que de sí mismo
teje y destee su vellón de seda!

Así, tu alma suave y luminosa:
en un minuto de embriaguez de rosa
transforma tu existir... Bebe las galas
de la luz y del ritmo y de las flores;
¡y teje la ilusión de tus amores
con el azul y el oro de tus alas!



Gustavo Silva

(N. en Tongoy; 1881).



Tuvo felices aciertos. El público se engañó. Algunos intelectuales también. Armando Donoso fué el más ciego y el que anduvo más lejos de todos. Aseguró en los «Jueves Literarios», difunta página de «El Diario Ilustrado», de 11 de Septiembre de 1913, que Gustavo Silva era «un buen poeta»...

Profundo error. Imperdonable lijereza y ofuscación indignas del talentoso autor de «Los Nuevos».

Gustavo Silva ha escrito buenos versos, porque sabe hacerlos, tiene comprensión artística y conoce intensamente el espíritu de la multitud. No es un poeta. Declaración espontánea suya y convicción íntima de nosotros.

Un buen día vió las columnas de la prensa, invadidas por una lluvia de angostas poéticas. Vió cómo pululaban sobre el público con monótono ruido de pesados élitros, y se dijo: ¿Y por qué no he de ser poeta, yo, director de una revista, espíritu culto y aficionado al arte, hermano de Víctor Domingo Silva y autor de varios cuentos «al semanal» y de un ensayo de novela? ¿Por qué no habré de enseñar a esa parvada de cantores chachareros la manera de hacer versos

buenos, que, si no alcanzan a revelar la apocalipsis de un temperamento artístico propio y efectivo, por lo menos significarán algo, enseñarán algo en medio de tanta nadería?

E hizo versos y versos correctos.

Luego se presentó a algunos concursos públicos y salió premiado. Y alcanzó cierta fama de a tres cuartos, a pesar de sus pesares. Porque Gustavo Silva, debemos confesar, es, ante todo, honrado y sincero como pocos de los intelectuales que conocemos. De aquí el reconocimiento de su propia incapacidad poética, que ha sabido salvar con ingeniosos ajustes, y del deleznable criterio de ciertos jurados, a quienes ha atacado en la prensa con verdadero fuego de justicia. De aquí también su escrúpulo de que tomemos en consideración su escasa obra poética, hecha para satisfacer—según él mismo—momentos fugitivos de

un capricho sentimental o de su egoísmo, y no para la conquista de un renombre o cediendo al impulso ciego e instintivo de su alma.

Sus versos fueron perfectos y ligeros. Un afrancesamiento de la forma, sobria y chic, como para ser desplegada en aristocráticos salones, encerraba ideas galantes que no pasaron más allá de producir un ruido de cristalería agradable a los oídos.

Hoy no hace versos; en cambio publica en la prensa artículos de trascendental importancia social y política.

Ha entregado a la luz pública, una novela, *El doctor Leroy*, y un *Estudio sobre Derecho Internacional*.

Se recibirá pronto de abogado. Ha sido director de la revista semanal «Sucesos» y de «La Mañana», diario liberal fallecido no hace mucho. Fué también profesor de Castellano en la Escuela Naval de Valparaíso. Hoy es redactor del diario santiaguino «La Nación».

BAJO EL CIELO Y SOBRE EL MAR

El espíritu se pierde
en un inmenso vagar...
Hay mucho azul, mucho verde,
bajo el cielo y sobre el mar.

(El horizonte, imprecisa
línea de nunca acabar,
movible curva plomiza,
ya del cielo se desliza,
ya remonta sobre el mar).

Ni una vela, ni una nube.
Como un ansia de soñar
del mar hasta el cielo sube,
baja del cielo hasta el mar.

El mar verde, junto a mí,
y el cielo azul, sobre el mar.

Parecen decirme: «Aquí
sí que se puede soñar.

Aquí se puede soñar,
luchador atormentado
de horizontes limitado...
Ven a soñar junto al mar.

Tu cerebro está cansado,
tu corazón va a estallar:
sueña, sueña, atormentado,
bajo el cielo y junto al mar».

Y el pensamiento se pierde
en un inmenso vagar,
bajo el azul, sobre el verde,
sobre el cielo y bajo el mar.

EL ÓSCULO PRIMERO

El ósculo primero fué furtivo.
Yo lo exigía con ardor sincero;
tú lo negabas con desdén altivo,
cuando, de pronto, sobre el labio esquivo...
¡Ah! fué furtivo el ósculo primero!

Enrojeció tu rostro. El altanero
desdén trocóse en un enojo vivo;
y oí, saliendo de tu labio esquivo:
«Torpe», «grosero», «ruín», «mal caballero»..

¡Ah! el ósculo primero fué furtivo!

Tú adelante, yo atrás, yo pensativo,
tú enojada, tomamos el sendero,
bajos mis ojos, tu mirar esquivo;
y en el Parque vacío, un caballero
alado, de experiencia y genio vivo,
cantó al vernos bajar por el sendero:
«¿El ósculo primero fué furtivo?
¡siempre es furtivo el ósculo primero!»

TREN EN LA NOCHE

Despierto en la alta noche;
no sé lo que me pasa;
me incorporo anhelante;
abro los ojos; nada.
La impenetrable obscuridad en torno;
el reloj, anda que anda.

Un ruido se aproxima;
entre la sombra avanza;
un fogonazo súbito...
¡Ah! Es un tren en marcha!
¡Si será el tren nocturno
en que los pobres viajan;

el tren de los bohemios,
de los tunos, del hampa;
el tren de los que huyen,
el tren de la desgracia.
el tren de la miseria
que Pezoa cantara!

¡Si será algún prosaico
y tardo tren de carga
que sus enormes carros
pesadamente arrastra!
El tren en que la tierra
sus tesoros nos manda:
el cobre de sus minas,
el vino de sus parras,
el trigo de sus eras,
la leche de sus vacas,
¡las reses que el cuchillo
del matador aguarda!

Resopla que resopla,
prosigue el tren su marcha,

cual si fuera escapando de la furia
de los perros que ladran.

¿Duermo o velo? ¡Quién sabe!
pero, al rayar el alba,
me incorporo, y de súbito
las manos se me van a la garganta...

¿Soy un ladrón que huye
de la justicia humana?

¿O el bracero que busca
el trabajo que falta?

¿Soy un hijo escapado
de la paterna casa,
o la res que el cuchillo
del matador aguarda?

Se rebelan mis nervios;

¡qué cosa más extraña!

Los ojos se me nublan;

no sé lo que me pasa...

¡Es como un ansia de llorar, como una
desoladora angustia que desgarras.



Federico Zúñiga

Cuando en «Pluma y Lápiz» (primera época), en «Luz y Sombra» e «Instantáneas», Zúñiga publicaba sus hermosos y violentos poemas en que se advertía la «influencia del viejo león mejicano» de que habla Armando Donoso en su deteriorado Parnaso Chileno, muchos intelectuales y gente culta le auguraron un feliz porvenir literario, superior al de los muchachos talentosos que compartían con él los laureles en aquella época. Y no se crea que era hiperbólico semejante augurio, ya que entre esos muchachos figuraban Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Lagos Lisboa, Boza y otros idealistas que hoy ocupan un lugar prominente en nuestra literatura.

Los versos de Federico Zúñiga sobresalían por la macidez de la idea caldeada en moldes ciclópeos, por la efervescencia romántica a veces, reivindicadora y altruista otras, que bullía en ellos como una ola hirviente, y por el relieve vigoroso de su innegable personalidad.

Sin embargo, cuán lejos de la realidad estaban aquéllos que pensaban en el porvenir glorioso de Zúñiga como poeta.

Su imaginación, creadora y fértil un tiempo, pasó veloz como un meteoro por la constelación de nuestro azul poético.

Su bohemia forzosa le originó aquellos cantos de rebelión que murieron con la entrada del poeta temporario al recinto absorbente del tálamo nupcial.

Hoy le tenemos en San Bernardo gozando del crepúsculo de un amor feliz, de sus rentas y de la lectura de sus poetas favoritos para quienes—como ha dicho alguien—tiene un dulce recuerdo de hermano descarriado.

GRITO

¿Callar? ¿Por qué? Mientras brame
la tempestad del delito
será mi cántico un grito
que la justicia reclame;
la frente de cada infame
he de escupir y además
le arrancaré de la faz
el nimbo de la mentira.
¡Que se haga astillas mi lira,
pero callarme jamás!

Nada me importa que el necio
se befe de mi pasión:
No hay más negro bofetón
que el bofetón del desprecio!
En todo combate recio
como hoy lucho he de luchar,
aunque el dolor a abrazar
me venga, como serpiente:
¡El dolor, como el torrente,
siempre depura al pasar!

Siempre huyendo de las calmas
lucho, idólatra del sol:
¡El combate es un crisol
donde se templan las almas!
Con ramilletes de palmas

a la cima, con mi acero
me abriré paso, el primero
entre la gran muchedumbre.
¡El cóndor vuela a la cumbre
y hacia el bosque el jilguero!

Yo he de bregar hasta que
un patíbulo no quede,
hasta que el último ruede,
de los tiranos en pié,
hasta que alguien sienta fe
y los jueces con temor
sepan sintiendo dolor
que condenar no es sublime,
que un crimen no se redime
con otro crimen peor!

De la gloria siempre en pos
hacia los Gólgotas corro;
¡Yo clavaré en este Morro
la bandera de mi voz!
Siento el empuje de un Dios
y en la lid trágica y fiera
yo seré como la hoguera
que a la tiniebla derrota
y que si un viento la azota
con más fulgor reverbera!

CREPUSCULAR

En cascadas satánicas de nieblas
el crepúsculo estalla y en derroche
bate espléndidas palmas de tinieblas
a la sombría Emperatriz: la noche.

Brilla el ocaso, cual si en él se hubiera
dado un brochazo de rubí; parece
que allí un incendio de oro reverbera
o que un lago de sangre resplandece.

Se escuchan por doquier voces extrañas
al sentir del misterio los bautismos...
¡La aurora es oración de las montañas
y la noche oración de los abismos!

De las líricas arpas del follaje
cual trovadores, mágicos los vientos
arrancan triste su canción salvaje,
como una bocanada de lamentos!

El piélago al sentir que el sol se aleja,
como un sultán sonámbulo desmaya
y preludia las notas de su queja
en el tambor de rocas de la playa.

El dolor en el alma se dilata
y está la luna en la extensión vacía,
como un broquel de cincelada plata
puesto en el seno de la noche umbría.

Ya la bóveda azul está de fiesta
mientras las sombras a la tierra asaltan,
y en el zenit, mientras el sol protesta,
cual perlas de oro las estrellas saltan.

Esta es la hora en que el amor risueño
sobre el olvido sus fulgores vierte...
¡El amor es la gloria de un ensueño
y el olvido es el triunfo de la muerte!

Es la hora en que aspiro la fragancia
de un sueño azul, en tanto que golpea
a mi cerebro, en la embriaguez del ansia,
como un martillo de cristal, la idea!

Esta es la hora en que el amor gigante
vomita semilleras de embeleso
y tiembla el alma al escuchar vibrante
la musical detonación del beso!

Es la hora en que ansío las miradas
de una mujer que es, cuando la veo
un manojo de frescas alboradas
ceñidas por la cinta del deseo!

Es hora del Amor! Mi alma suspira
y todo, todo de pasión se engríe:
fulgura la oración, tiembla la lira,
cantan los sueños y el deseo ríe!



Juan Manuel Rodríguez

(N. en Valparaíso; el 12 de Setiembre de 1884)



Es un bohemio recalcitrante, sin enmienda, sin Dios ni ley. Su espíritu debe flotar en las páginas inolvidables de Mürger.

Se consagró a la poesía en plena adolescencia, haciendo sus primeras armas al lado de Alberto Mauret, Víctor Domingo Silva, Jorge González Bastías y Federico Zúñiga, en «Pluma y Lápiz», la inolvidable revista de Marcial Cabrera Guerra.

Un romanticismo tropical se agitaba nerviosamente en sus primeros versos que eran el reflejo de su juventud audaz y turbulenta.

Algunos años después escaló la dirección de «Sucesos», una de las revistas más importantes del país, desde el último peldaño, dedicando a ella, desde 1904 hasta 1913, todo su esfuerzo material e intelectual. A él le debe dicho semanario la gran circulación y popularidad de que goza dentro y fuera de Chile. En 1910 fundó «Monos y Monadas» otra revista de importancia en la que se hizo célebre su seudónimo Juan del Campo, creando, en «Cinematógrafo Porteño», a Usebio Olmos, el héroe fiel del pueblo, que le sobrevivirá seguramente. Usebio Olmos es la caricatura de nuestro *roto*,

valiente, enamorado y pendenciero. Listo para cambiar un bofetón o una puñalada, por una amenaza o por un insulto; buen amigo de las mujeres, del mosto y de sus camaradas; burlón consigo mismo en la buena o mala fortuna; dicharachero y mordaz, taimado y generoso, incivil y galante, traicionero con los cobardes y noble con los valientes.

Juan Manuel Rodríguez retrató en su héroe, con cierta hipérbole, el alma genuina del bajo pueblo con todas sus deformidades y con todo su amasijo de buenos y malos sentimientos.

En un libro publicó, hace poco en Santiago, las *Aventuras de Usebio Olmos*, que obtuvo un verdadero éxito de librería.

En 1909 dió a luz un tomo de poesías *Páginas Sentimentales*, que le consagró definitivamente como poeta y que fué bien recibido por la prensa del país. En este libro su autor vació, como una agua clara y fresca, en versos sencillos, sonoros e imperfectos a veces, todo su sentimentalismo de soñador espontáneo, sin lanzarse a rastrear por los viejos y polvorientos senderos del clacisismo ni a la captura violenta de psicologías oscuras en las lustrosas calzadas del modernismo revolucionario.

En 1912 estrenó en el teatro Victoria de Valparaíso un monólogo, «Usebio Olmos» que fué delirantemente aplaudido por las populares galerías, y una comedia «La silla vacía», en dos actos, de costumbres nacionales y género criollo, que obtuvo buen éxito.

Como un sarcasmo de la vida, observaremos que, a la misma hora en que su esposa entregaba el alma a lo Desconocido y el poeta se retorcia entre sollozos de angustia, la obra se estrenaba triunfalmente, respondiendo como una burla al eco de sus sollozos aquel otro eco indiferente de los aplausos de la multitud.

Hoy, la poesía de Rodríguez es más sobria y reposada. Galante, ceremoniosa y afrancesada cuando habla del amor; robusta, nerviosa y soberbia cuando evoca a la patria; y triste, escéptica y amarga, como la de Pezoa Véliz, cuando descubre alguna sombra de miseria, vagabundeando en los recodos de la vida ordinaria.

Ha obtenido dos premios en los Juegos Florales de Valparaíso, celebrados en 1910 y 1911.

Es autor de dos comedias: «La Reja», en un acto y «Los Frágiles», en tres.

Marzo 5 de 1917.—Acaba de fallecer Juan Manuel Rodríguez, víctima de la misma enfermedad que ultimó a Rubén Dario.—Dejó un drama inédito: *Fatalismo criollo*.

Nosotros, que por ciertas trabas imposibles de romper, no hemos podido lanzar desde las páginas de esta obra nuestro anatema para los culpables de su muerte prematura, cumplimos la dolorosa

misión de despedir sus despojos a los piés de un nicho, con frases que deberían servir de escarmiento a los explotadores del talento ajeno, y de sonidos de alarma y unión para los pobres periodistas.

EN UN ABANICO

Oh! mi duquesa gentil,
mujer caprichosa y rara
me has pedido un verso para
tu abanico de marfil.

Y al ver un gesto infantil
florecer sobre tu cara,
en tus labios yo rimara

un verso raro y sutil.

Porque sabes ¡oh! traviesa
y encantadora duquesa,
que tu risa musical

es como un rondel sonoro,
como una cascada de oro
cayendo sobre un cristal.

NOCHE BLANCA

Está desierto el jardín
y la noche encantadora,
y en la brisa embriagadora
hay fragancias de jazmín.

En el silencio un violín
bajo el arco canta y llora
a la luna soñadora

una balada del Rhin.

Con la música despierta
en mi cerebro sombrío
lleno de un trágico albor,
el recuerdo de esa muerta
que vi flotando en el río
como si fuera una flor.

SOUVENIR

¿Recuerdas? Fué en el salón
misterioso y perfumado...
Como un pájaro asustado
temblaba tu corazón;
temblaba tu blanca mano,
mano blanca, mano breve,
como un capullo de nieve
sobre las teclas del piano.

Oyendo la melodía
un dulzor extraño y riente
como el agua de una fuente
se desbordaba y caía
sobre un ensueño lejano,
tan blanco como esa breve
manita de nardo y nieve
que escarceaba sobre el piano.

Ignoro por qué reí,
ignoro por qué lloré,
el piano gimió do... re...
y tu boca me dió el sí;

y al estrecharte profano
la manita blanca y breve
me pareció flor de nieve
deshojada sobre el piano.

Tu boca endulzó mi duelo
tú me amabas, yo te amaba,
en la sombra nos espiaba
una estrellita del cielo;
y al mirar tu blanca mano
me pareció por lo breve
mariposa de oro y nieve
jugueteando sobre el piano.

¿Recuerdas la serenata?
En cada nota reía
con la clara melodía
de una cascada de plata;
y en el teclado tu mano
parecía, blanca y breve,
una paloma de nieve
aleteando sobre el piano.

DIA DE LLUVIA

La lluvia pena deslíe
sobre mi alma soñadora...
¿en dónde está el sol que ríe
cuando florece la aurora?

Hace frío. Se desgrana
la lluvia en claros raudales
y al azotar la ventana
lagrimean los cristales.

En un jarrón, sin olores,
enfermas de negro hastío,
hambrientas de luz las flores
se están muriendo de frío.

Simula el piano sonoro
un ataúd de armonías...
¿dónde está nuestro sol de oro,
el viejo sol de otros días?

Del cerro la bruma baja
y sobre el campo desierto,
me parece una mortaja
extendida sobre un muerto.

En los árboles escuetos
la niebla enreda su velo,
y semejan esqueletos
que imploraran algo al cielo.

Estoy leyendo el proemio
de un libro sentimental
que un gran poeta bohemio
escribió en el hospital.

Habla de una niña buena,
flor de amor y de misterio,
que la tisis y la pena
llevaron al cementerio.

Habla de una santa hermana,
de alba cara y alba toca,
que endulzó la angustia humana
y las hieles de su boca.

Es una historia sentida
de lo que fué y ya no existe,
un pedazo de esta vida,
siempre triste, siempre triste.

La gloria que no se alcanza,
una ilusión que se trunca,
la suerte de una esperanza,
¿retornará? nunca... nunca...

Una existencia que arranca
de un golpe la muerte alevé,

una historia que es muy blanca
como la bruma y la nieve.

La lluvia cae y desgrana
sus negras melancolías,
mientras llora en la ventana
sus tristezas y las mías.

Pasa un soplo de agonía,
y hasta en la sombra se advierte
en esta alcoba vacía
el hálito de la muerte.

Besa el frío mi faz mustia,
la lluvia cae a raudales,
y pienso en toda la angustia
que anida en los hospitales.

Y veo el arroyo turbio
espejo fiel de esa vida
que combate en el suburbio
con la tisis homicida.

La pena de los que van
con su amargo desconsuelo
humedeciendo su pan
con las lágrimas del cielo.

Pienso en el mágico sol
que hace estallar el retoño
y pinta con su arrebol
los crepúsculos de otoño.

En ese sol de luz rubia
que con su ardiente fulgor,
es a través de la lluvia
como una aurora de amor.

Bello sol, gloria del día,
que borras la pesadumbre
de aquella eterna agonía
de los hogares sin lumbre.

Pones oro en los armiños
y son tus rubios reflejos
la alegría de los niños,
el consuelo de los viejos.

Buen sol ¿a dónde te has ido?
Lagrimea mi ventana
porque tu ausencia es olvido...
¿la visitarás mañana?...

Que tus alegres fulgores
disipen mi esplín sombrío
y resuciten mis flores
que están muriendo de friol...

MI AGONIA

(Ultimos versos del poeta).

La sombra me envuelve, y en mi lecho de enfermo
estoy solo e inmóvil, como en un ataúd:
los ruidos nocturnos me asustan... no duermo...
y siento en el alma extraña inquietud.

Hundido en el silencio, los ojos muy abiertos,
contemplo de la noche fatídica visión;
parece que de lejos los ojos de los muertos
invitan a los míos que baje a su prisión.

Fastidia el fuerte olor a medicina;
el tic tac del reloj remeda un corazón,
y en la soledad nos tienta la morfina
prendiendo fantasías a la imaginación.

La muerte a veces llega con sus manos heladas,
me aprieta la garganta para hacerme toser;
ya he visto sus huellas en mis carnes gastadas
por la tisis que mina lentamente mi ser.

Llega silenciosa, me ausculta y se marcha,
la espero... con ansia secreta la veo llegar;
va dejando en el suelo pisadas de escarcha
y en el aire caldeado un aliento polar.

Mi vida corre como un río, se va lentamente
y aún no he terminado de escribir mi canción;
yo la siento escaparse y en mi delirio ardiente
quisiera aferrarla a mi corazón.



Juan Ballesteros Larraín

Es un poeta de escasa facundia, pero de mérito. Este consiste, sobre todo, en la índole profundamente subjetiva y mística de sus versos empapados de no sé qué angustia becqueriana que los hace inconfundibles. Su escuela poética es ambigua: clásica por la forma y con pujos modernistas, por el fondo.

Su jornada lírica empezó por los años 1900 a 1906, en la famosa «Lira Chilena» de Fernández Montalva. Obtuvo el primer premio en un concurso literario abierto en aquellos tiempos por «El Heraldo» de Valparaíso, al que concurrieron centenares de poetas, y cuyo segundo premio correspondió a V. D. Silva.

En 1908 publicó su primer libro *Versos íntimos*, edición privada de cien ejemplares, en el que se adivina la impresión de los dedos pálidos del legendario autor de «Rimas».

Ha colaborado en muchos diarios y revistas del país, con artículos diversos sobre filosofía, cuestiones sociales, asuntos psíquicos y otros de la misma importancia.

En los Juegos Florales celebrados en 1911, en Valparaíso, alcanzó una recomendación por su hermosa poesía titulada «Auto Trasunto», que, a decir de su autor, el juicio crítico que elevó el jurado fué un contrasentido y una arbitrariedad, pues en él se expresa que «en hermosos versos el poeta desarrolló una idea muy parecida a la de la poesía premiada, pero en su fondo prosaica y poco atrayente». (Véanse Los *Juegos Florales* de Valparaíso, 1911, 2.º tomo).

Según Ballesteros, su composición «pareció sacrilega y atea al jurado» que fué presidido por el alma ciegamente católica y periodística de Egidio Poblete.

«Hace largo tiempo—nos expresa el poeta—no escribo, porque no me es posible conciliar el prosaico y abrumador trabajo de una oficina comercial con las elucubraciones poéticas o literarias que requieren la más severa paz y despreocupación de cuestiones mercantiles o familiares. Pero, así como la vertiente que encuentra un atajo, forma con sus aguas un lago tranquilo, sin un rumor, pero profundo, así



la vertiente de mis impresiones y pensamientos contenidos, ha formado un lago que tal vez un día no lejano podrá vaciarse en otro libro».

Esperamos que el poeta cumpla su promesa, para pronosticar definitivamente si llegará a ser o no de los consagrados.

SONETO

He amado y me han amado y ¡oh ironía!
ni me amó la que amé ni yo he pagado
con amor otro amor... Y todavía
no sé lo que es amar y ser amado!

Me estoy poniendo viejo y no he logrado
que sea realidad el ansia mía;
hoy el último amor me ha subyugado...
¿será un nuevo imposible, una utopía?

Ojos azules de mirada pura,
ojos azules con chispear de ensueños,
ojos que habéis causado mi locura...

ved cuánto os amo, ved que sois los dueños
de mi albedrío... Siempre con ternura
miradme ojos azules, zahareños...



Ernesto Montenegro

(N. en San Felipe; 6 de Abril de 1885).



Hijo de su propio esfuerzo. Tostado por el sol aldeano, de buena pasta, corazón sano, vigoroso espíritu. Como Víctor Domingo Silva, Gil y Bórquez Solar ha hecho, para soñar y vivir, profesión de escritor. Desde los diez y ocho años ambuló en las oficinas de los grandes diarios porteños y santiaguinos, vaciando en sus columnas desde el artículo de fondo, correcto y macizo, hasta la prosa urgada y elástica de la sección cablegramas. No gasta melena ni gusta de aventuras nocherniegas: su modo de vivir es un ejemplo de buen sentido, así como el buen gusto adorna cuanto escribe. En él, la idea prima sobre el sentimiento. Su prosa vale más que sus versos. Aguila es, pero herida en un ala: el estilo poético suyo está resentido de prosaismo, de prosaismo diarístico. ¡Es la suerte de tantos! Verse morir como poetas para vivir como periodistas, prácticos profesionales o adinerados consortes...

En los primeros Juegos Florales de Valparaíso (1910), fué laureado con la *flor natural* por su poema *Gesta Patria*, en que rapsodia los hechos más culminantes de nuestra Historia

desde Pedro de Valdivia hasta el alborar de la República. (No es inoportuno recordar aquí a la Reina de esos Juegos Florales, la bella señorita Emma Bobillier Bañados, cuya prematura muerte contristó hondamente a los jóvenes poetas de este país. La gratitud de los pobres artistas ha derramado flores y versos sobre la tumba de esa Reina del Amor y de la Hermosura):

Con el título de «Alma Chilena» (Valparaíso, 1912), publicó un volumen formado con lo más selecto

de la poesía y la prosa literaria de Carlos Pezoa Véliz. Contiene un Prólogo de Montenegro y un «In Memoriam»: Epílogo de Augusto G. Thompson, escrito en Etén (Perú) y sendas poesías de V. D. Silva, Jorge González Bastías y Alfredo Guillermo Bravo. Es una edición esmerada, aunque no completa, pues un laudable propósito de selección omitió en ella algunos interesantes trabajos del autor de «Pancho y Tomás».

Es autor de otros poemas: *La gran Ciudad, El Exilio, La Pléyade y Ahasvero*.

Como corresponsal de «El Diario Ilustrado» y la revista «Sucesos» ha enviado (1915-16) impresiones de viaje y de la Exposición de San Francisco de California. Allá en la lejana Yankeelandia, Montenegro ha formado su hogar, el que,—según decir de sus íntimos,—ha empezado a poblarse de ángeles rubios. Después de luchar en un medio desconocido, ha logrado crearse una halagüeña situación: escribe para diarios y revistas que en aquel gran país se editan en lengua castellana. Así obtiene por su labor periodística una remuneración por lo menos diez veces mejor que la que perciben generalmente los corresponsales de diarios chilenos en el extranjero. Lo dicho: Montenegro es hijo de su propio esfuerzo, un bello ejemplo de la pujanza de nuestros compatriotas que, al sentirse asfixiados en nuestro limitado ambiente, emigran en busca de horizontes más amplios.

AHASVERO

(Fragmentos)

Prólogo.

«Ahasvero»: el poema de la tristeza errante, ansia inefable, anhelos de aventura y reposo, desaliento que asalta de pronto al caminante, inquietud del vivir sedentario y fastuoso.

La nostalgia de un vago país nunca habitado, cansancio de los días por venir, y tristeza de la marcha implacable que lleva hacia el pasado nuestra vida, este sueño de amor y de belleza.

Marchar con la mirada fija en el horizonte, buscar la patria lejos de la tierra nativa, y queriendo alcanzarla tras el cerco del monte, seguir del espejismo la meta fugitiva.

Rodar, rodar el mundo perseguido del tedio que adivina el mañana, que marchita sus flores, y sin hallar al alma para su ansia remedio, sucumbir bajo un fardo de miseria y dolores.

El poema doliente de la legión que vaga buscando en el desierto la Tierra Prometida; y cuando ya el consuelo de entreverla le halaga, sentir que le abandona para siempre la vida.

Inmensa caravana lanzada por la suerte a la senda por donde no se torna jamás, reposo le deparan las playas de la muerte donde la barca espera, sin timón ni compás.

El hombre errante.

Le vieron las airadas tribus de Palestina hollar los legendarios caminos del Señor. Cual para el cán rabioso, de la plebe asesina sólo injurias partieron. Roma oyó su clamor.

Antiguas urbes, ebrias de sangre y de festines, castillos medioevales, razas de allende el mar, burgos de altas murallas con lanzas y clarines, presas de espanto súbito le miraron pasar.

París fué su refugio de un día. Los pastores de la estepa, los nombres de las selvas del Sur, repechando el sendero de los patrios alcores de su hogar le arrojaron como a trágico augur.

La angustia del Milenio culminó cuando el paso del errante fantasma rompió su espectación: como un astro, perdido vino desde el Ocaso y se perdió en Oriente su macabra visión.

Nunca se vió más raro y adusto peregrino: su figura encorvada bajo el roto sayal, con sus sandalias férreas y su bordón de espino ilustra las leyendas del ciclo medioeval.

De su nariz la curva duramente aguileña, sus barbas centenarias, su voz de ronco són y el trágico alboroto de su nevada greña le acusan como estigmas de eterna maldición.

El pueblo lo apedrea, las jaurias lo acosan; en extranjeras lenguas le insultan al pasar, y hasta los dulces niños en su dolor se gozan. La noche y el desierto son su amada y su hogar.

Mientras por los caminos arrastrándose avanza, como una estrella luce su moribunda fe: cruzar tierras y mares, y un día, en lontananza, doblando la rodilla, evocar lo que fué.

Y al ver surgir al fondo de la yerma campiña de la casa paterna la atroz desolación, las hierbas de su campo, los troncos de su viña, sangraba de amargura su viejo corazón...

Si aquella voz secreta que le empuja callara, al borde del sendero se echaría a dormir... Y dejando a su espalda la patria siempre cara, ya piensa en el regreso, ya sueña con morir.

Dones malditos.

La maldición del cielo siempre es fecunda. Vaga torva legión de réprobos dentro la Humanidad; bohemia que el aroma que lo lejano embriaga, encarnación doliente de la Movilidad.

Dispersas en el polvo de abandonada vía sus huellas se entrecruzan, profundas de ilusión. El rastro del meteoro, mientras luce, es su guía, no importa caiga a Oriente, al Sur o al Septentrión.

¿Dónde su patria? ¿Al fondo de qué región incierta se oculta, o entre ruinas de qué remota edad? ¿De tierras sumergidas, o hacia qué raza muerta les llama la sirena de la Curiosidad?

Pasan como sonámbulos pisoteando la vida, sin ver que, bajo el velo de una ambición fatal, su dicha no distaba del punto de partida lo que la criatura del vientre maternal.

El joven forastero que a los rústicos nidos de la aldea descende—¡oh amigos!—a implorar para sus labios cárdenos, para sus pies rendidos, un poco de agua fresca y un rincón del pajar.

Ama como vosotros la vida lugareña, los plácidos destinos que se estancan, y el bien humilde pero estable que en la quietud se sueña: ¡vuestros goces envidia, vuestras penas también!

Sus afiebrados ojos brillan con más ternura

al fulgor de la lámpara, y el grupo familiar
sentado en torno al fuego, con su alegría cura
su esplín de un horizonte vacío y circular.

Los juegos... las historias... El piensa en la lejana
visión de un pueblecillo mitad huerto y jardín,
donde junto a la puerta se extinguirá una anciana,
rezando, por si ha muerto, o porque vuelva al fin.

Y ella (¿por qué?) al recuerdo del hijo ausente evoca
la figura del viejo peregrino que un día
se detuvo a su puerta. Y al gesto de su boca,
ella le dió en su vaso del agua que bebía.

Su voz ¡extraño enigma! recia como el diamante,
sobre el cristal marcara rojiza trizadura.

Y la joven esposa sintió que en ese instante
el fruto de su vientre tembló con su pavora.

¿Era el dón misterioso de un profeta mendigo
para el hijo deseado?—Su infancia miserable
fué una sonrisa triste bajo el materno abrigo,
y halló la vida odiosa y halló la muerte amable.

Hasta que al fin la misma voz que le hirió en el seno
maternal con imperio que toda duda ablanda,
le echó a correr el mundo, ya calmado y sereno,
al ritmo que sus pasos encamina: ¡anda! ¡anda!



Jorge Downton



Publicó hace algunos años, en «Zig-Zag», una serie de
bellas poesías sentimentales, humanas y breves, que eran
balbuceos prometedores de canciones de buena pasta y li-
rismos de una alma destinada a mayores alturas.

Desgraciadamente el poeta fué prematuramente ultima-
do por el periodista y hombre práctico.

Pero, hace poco, hemos sabido que se está dedicando de
lento al drama, y, al efecto, tiene para representar dos pie-
zas teatrales, que, estamos seguros, obtendrán éxito si van
saturadas de ese mismo espíritu dramático y extraño que
movía el magnífico resorte de sus primeros versos.

Es redactor del valiente diario «La Opinión».

ALCOBA DE BOHEMIO

He llegado a mi pieza solitaria,
desmantelada y fea,
sarcófago que guarda los secretos
de mis horas de amor y de tristeza.
Aquí hay un lecho y unos cuantos
[libros,

un cuaderno de versos, un poema
que lo escribió mi pluma y que yo leo
en las horas de pena.

Aquí de una mujer está la historia
escrita en unas cartas donde, acerba,
apura el alma la poción maldita

de un amor que apagó la indiferencia.

Allí, sobre el estante, unos diplomas
viejos amarillean:
laureles cosechados en la infancia
en el ámbito frío de una escuela...

Esta es mi pieza, mi sin par refugio,
más que refugio es una madriguera
donde hay un loco triste y solitario
que modula cadencias.
Ese loco soy yo, que, cuando gime

en el campo la trágica tormenta,
cojo la pluma y río a carcajadas
burlando la feroz naturaleza.

Entonces es cuando amo
más que nunca esta pieza.
Afuera hay rachas, viento y granizada;
aquí una luz que tiembla,
alumbrando el espacio donde un hombre
con las venturas inmortales sueña.

RIMAS

La pobre-modista
se ha tornado tísica,
que tantas puntadas
matan, aniquilan...

Esta noche es tarde,
esta noche es fría,
sólo se oye lejos
al guardián que silba,
mientras ella cose
blancas sederías.

Uno que trasnocha
pasa y la divisa,
y se va pensando:
«se gana la vida».

No tiene corazón, pero es hermosa,
sabe tocar el piano;
yo me adormezco oyéndola, tendido
sobre el jergón de tintes apagados.
Qué bien toca su música, cautiva,
y hace caer los párpados;
¡y pensar que tan honda poesía
brotó bajo sus manos!

*

La gigantesca ola,
que provocó tormentas y borrascas,
siendo loco terror de marineros,

murió mansa en la playa
y arrancó una sonrisa
de placer a la boca de mi amada.

Y yo, como la ola,
gladiador gigantesco, de rodillas
he caído a las plantas
de la mujer querida
mirándole a la boca, fijamente...
¡cielos, que no sonría!

*

El poeta murió.
murió desengañado:
mujeres más heladas que la muerte
envenenaron ávidas su tránsito...
¡Qué consecuente el mundo
que dejó abandonado:
hay una estatua de mujer...de mármol

*

No sabía qué hacer y por las calles
vagaba pensativo.
Mi nombre obscuro no podía darle
valor a mis escritos.
Tuve hambre... Un mendigo mutilado
implorando piedad, con voz llorosa,
recibía monedas.—Feliz, dije;
¡puede pedir limosna!

ECOS DE LA SIERRA

Era Juan el pallador
más famoso de la villa
en la enramada y la trilla
tenía el puesto de honor.
¡Es tan bueno ser cantor!
apenar a medio mundo

con el quejido profundo
de una pena que desgarra,
modulando en la guitarra
toque suave, gemebundo...
—Toca, Juan, tócame aquello...
eso triste... Y canta Juan

la historia d'el, de un gañán
de enamarañado cabello,
que amó a un ángel puro y bello,
un ángel que ya no existe...
Qué canto es aquel ¡tan triste!
Qué canto es aquel ¡tan vago,
que da pena!...—Pasa un trago...
¡Pa qué ese canto pediste!

Terminó ya la canción,
el corro se despereza
sacudiendo la tristeza
que se apegó al corazón...
Ha llegado la ocasión
de premiar a ese que canta

con un nudo en la garganta...
Se recolecta dinero
y Juan, como un pordiosero,
recibe el pago en la manta.

Soporta el pobre la prueba
de su destino crüel
¡le pagan toda la hiel
que dentro del alma lleva!
¡Qué triste es cuando se eleva
el genio del soñador
buscando el triste sabor
de un recuerdo que es su daga,
tener que aceptar la paga
que le dan a su dolor!



Alberto Méndez Bravo

(N. en Angol, el 1.º de Abril de 1886).



Su lírica tiene todas las regularidades, protuberancias y raquitismos de la escuela romántica, pero se adivina en ella una secreta inclinación hacia los modernos ideales estéticos,

La asendereada literatura de poetas como Campoamor, Zorrilla, Núñez de Arce y otros del siglo XIX, parece haber influido poderosamente en la formación de su temperamento artístico; y, en la evolución progresiva que sus versos van experimentando en los últimos tiempos, la lectura de la obra poética de nuestros jóvenes autores que son los representantes del más formidable movimiento modernista que se haya desarrollado en toda la América Latina y en la propia España.

Los cantos de Méndez Bravo tienen motivos, aderezos y fáciles psicologías de mujer. Atraviesan por el alma, inanimados, ligeros, sin dejar huella de su paso. No son varoniles como deben ser los de un hombre que frisa en la edad más vigorosa de la vida.

Es un perfecto orfebre de la estrofa mecánica; casi un onomatopéyico. Si su espíritu tuviera emociones más hon-

das y si sus pensamientos abandonaran la pesada envoltura de metáforas en desuso, podría llegar a ser un poeta. Hoy, no es más que un versificador afortunado. El mismo está convencido del escaso mérito de sus producciones. Sin embargo, estimamos que no es un caso completamente perdido...

En 1910, obtuvo el primer premio en un certamen literario que se llevó a efecto en la ciudad de Talca.

En 1912, publicó un folleto de cantos patrióticos, *Lira heroica*, y en Septiembre de 1915, fué laureado con la *flor de oro* en los Juegos Florales celebrados en la provincia del Ñuble (Chillán). Estos Juegos Florales han sido, sin duda alguna, los que en Chile han llamado más la atención por su verdadero fracaso artístico. Leyendo los versos premiados nos hemos convencido de que el jurado procedió con inmoralidad, cobardía o incapacidad de criterio, pues ninguna de las composiciones merecía el premio de honor, y, en consecuencia, debieron declararse desiertos los referidos juegos... Formaron el jurado los poetas: Samuel A. Lillo y Jerónimo Lagos Lisboa, chilenos, y Abel Alarcón, boliviano.

Es autor de *Vislumbres*, versos.

A última hora, en prensa ya *«Selva Lírica»*, el poeta nos envía su bella composición *«Polvo y Eternidad»*, que viene a confirmar nuestro augurio de que Méndez Bravo no es un caso completamente perdido.

ERES LA MISMA

Eres la misma! Tiempo y olvido
pasan por tu alma sin dejar huella:
¡así el vetusto peñón erguido
rompe la ola que en él se estrella.

No sientes dichas, ni sientes penas;
pasa tu vida como un letargo
y en tus sonrisas se nota apenas
de tus recuerdos el dejo amargo.

Tú misma cara, tu mismo ceño...
¿Eres soberbia, tímida o fatua?
¿Eres la esfinje de algún ensueño
o el alma errante de alguna estatua?

Dudas presentes, placeres vivos
me martirizan cuando te veo.
Son nuestras almas desiertos nidos
sin un arrullo ni un aleteo.

Tú disimulas. ¡Intento vano!
Bajo el ropaje de tu faz mustia
te baña en sombras el hondo arcano
de tus insomnios y de tu angustia.

Estás al borde de la pendiente
del hondo abismo de tu destino;
llevas la noche sobre la frente
y en tu alma llevas el torbellino.

Aún tengo abierta la cruel herida,
mi joven sangre por ella brota:
riego del germen de nueva vida,
de un nuevo idilio primera nota.

Vivo y espero! Pasa la noche;
viene la aurora y el sol calienta:
todas las flores rompen el broche
con el chubasco de la tormenta.

Vivo y espero! Soy árbol verde;
tengo promesas de hojas y flores
y hasta de un nido que me recuerde
el ya deshecho de mis amores.

No me da envidia tu fría calma,
tu indiferencia no me exaspera: ...
para el sombrío yermo de tu alma
no tendrá flores la primavera...

POLVO Y ETERNIDAD

Venimos del misterio, vamos hacia el enigma
por la vieja y curvada ruta de los destinos,
un soplo de esperanza mueve nuestras ideas,
un ansioso egoísmo turba nuestros sentidos.
La vida nos seduce con albores de cima,
la muerte nos aterra con vértigos de abismo
y así vamos y vamos como nube en el viento,
como arena en la playa, como espuma en el río.
Pobre carne que sientes, pobre carne que anhelas,
ansia cristalizada de un espasmo divino,
¿por qué no fuiste tono del paisaje lejano,
por qué no fuiste bruma, por qué no fuiste trino?
Santificada sea la belleza inconsciente
que en la tierra es aroma y en el éter fluído.

Dolorosa atadura de materia y espíritu,
vas como sombra errante por un largo camino
y eres en el enorme libro de los arcanos
una página blanca y un sarcástico signo.
Lloras?... Tu sentimiento será soplo en el aire.
Amas?... Besos y labios se plegarán marchitos.
Todo lo que eternizas con febriles anhelos
no son mas que emociones, sueños y desvarios,
tenues espasmos de ala que en la selva agostada
dormirán en silencio cuando se rompa el nido.

Que en el seno del tiempo la existencia prosiga
y que fluya y refluya como un mar el destino;
volverán las tristezas de los días de invierno
y las noches de luna del ardoroso estío,
rugirán nuevas olas en los mares lejanos,
rozarán nuevas alas las espumas del río,

pero yo cual corriente de agua que del desierto
quiere saciar el ansia ya me habré consumido,
seré sólo recuerdo, página del arcano
¿quién sabrá comprenderme si no sabe de signos?
¿Hacia qué otro misterio se abrirán las pupilas
de los que mueren? ¿Tiene su alma nuevos latidos?
Arcano: tú lo sabes, tú que todo lo creas,
tú que todo lo agotas, tú que el largo camino
pueblas de luz y sombra, de rosas y de espinas,
de silencio y aroma, de pájaros y ritmos.
Gracias porque eres sólo transformación perpetua,
maravillosa fuerza que del lodo mezquino
hizo constelaciones en el espacio y ojos
en la tierra y entre ellos el misterio infinito.

Que se desate el nudo, que se vaya mi espíritu,
que me cubra la tierra como el follaje al nido
y que la mano sabia de la muerte transforme
mi carne en cosa bella, sana, sin apetitos.
Lo que tanto he querido lo besaré en mi nada,
lo que tanto he aspirado lo ahogaré en mi olvido.
Y que broten las flores y que trinen las aves
y que rujan los mares y que murmure el río;
yo como virgen ala pasaré por el bosque,
yo como nota errante pasaré por los trinos
o tal vez seré un árbol que proyecte su sombra
sobre la fatigada silueta del camino.
La carne dolorosa que retoñe mañana
¿abrirá las pupilas cuando yo sea brillo?



David Bari

(N. en Santiago, el 28 de Octubre de 1886).



Empezó su labor literaria en «El Quilapán», diario de Traiguén, con trabajos en prosa y verso. Publicó un libro, *Musa revuelta*, que el autor repartió entre sus amigos íntimos, sin entregarlo al mercado de las librerías. Ha publicado en el periódico radical «El Coquimbo», de La Serena, numerosos artículos de carácter literario o político. Mantuvo en unión con otros poetas,—Julio Munizaga Ossandón, Felipe Aceituno y Alamiro Miranda Aguirre,—la revista literaria «Penumbbras», la mejor en su género de las provincias del Norte, en aquella época.

En varios pueblos ha dictado conferencias sobre educación, psicología y literatura. Ha sido el organizador de varias sociedades artísticas y escuelas nocturnas de proletarios.

En los primeros Juegos Florales celebrados en Santiago, el 22 de Diciembre de 1914, obtuvo el tercer premio, por su poema *Salomé*, escrito en cuartetos correctos y armoniosos.

GERMINAL

Es una tarde pesada
en que el sol cayendo a plomo,
parece una luz plateada
sobre la visión de un cromo.

Los altos trigales rubios
con las espigas henchidas,
sienten pasar los efluvios
sobre las aguas dormidas.

El rudo patrón abarca
la labor desde el atajo
y todo el peonaje enarca
su dorso sobre el trabajo.

El lento sudor que brota
de la sien que el sol fustiga,
va cayendo gota a gota
hasta humedecer la espiga.

De vez en cuando el labriego
se enjuga la frente mustia
con un ademán que es ruego,
que es súplica y es angustia.

Un hondo suspiro altera
su rostro grave y adusto
y yergue en la sementera
la majestad de su busto.

*

Margarita, la muchacha
amada por Juan Andrés,
su frente morena agacha
sobre un manojo de mies.

Tiene incendiado el cabello
por la luz que arriba brilla
y muestra como el destello
de un sol en cada mejilla.

Sus duras carnes palpitan
bajo la falda de sarga
mientras sus ojos se agitan
por la emoción que la embarga.

Y mira al mozo que la ama
con su amor de campesino
y ve en sus ojos la llama
de un pensamiento asesino.

De un pensamiento que brota
al ver esa forma amada
y que es una ardiente nota
sobre su vista cansada...
...Ya no lo ve pero siente,

la muchacha, la rudeza
con que esa mirada ardiente
en todo el cuerpo la besa.

*

El rojo sol ya se apaga
tras la montaña vecina
y en el alto espacio vaga
como una luz purpurina.
...Ya terminó la faena
y algún labriego cansado,
con sus torpes manos, llena
de manojos el sembrado.

Mientras la vieja inquilina
de vuelta de la tarea,
lentamente se encamina
hacia el hogar de la aldea.

Solo una moza se espera
en actitud indecisa
mirando la sementera
donde la luz agoniza.

De pronto sus labios rojos
se sienten como oprimidos
y siente besar sus ojos
por unos labios queridos...
...Ni una débil queja inicia
su ser que el amor inunda
y se entrega a la caricia
sobre la tierra fecunda.

Ante la selva que emana
aquel perfume que excita
como una flor soberana
sobre la tierra bendita.

Y en las dulcísimas calmas
confunden su mutuo anhelo
y así se vengan sus almas
de la injusticia del cielo.

.....

Una fiebre de ternura
besa la huella manchada,
que mojará la amargura
de toda la inquilinada.

Mientras las aves veían
del verde prado al extremo,
dos bocas que se oprimían
con un delirio supremo...



Manuel Tomás Alcalde

(N. en Pisagua, 31 de Diciembre de 1887).



Es escasa, pero firme, la labor de este poeta que vive en un retraimiento pecaminoso, alejado de los cenáculos y lanzaderos artísticos.

Sus versos suaves y temblorosos, cantan la vida íntima del hogar, con la sencillez dolorosa de un Becquer.

Atraviesa por ellos el escalofrío de las brisas pamperas que acariciaron sus primeros ensueños.

Su espíritu se conmueve con el roce infinito y menudo de los actos cotidianos que se desenvuelven al amparo del hogar, en las horas teñidas de una vaguedad y quietud indefinibles, bajo el calor amarillo de la lámpara o del tibio desborde ceniciento de los crepúsculos.

Las poesías de Manuel Tomás Alcalde, son, casi siempre, diálogos interiores que sostiene su espíritu con los objetos y seres que avivan su inspiración. Tienen ternuras de manos femeninas e imploraciones de enfermo. No hay en ellas rebeliones de forma ni ideas disidentes, y, sin embargo, ja-

más sus pensamientos tienen figuras deprimidas o bastardas. Carecen de fuego exterior pero son henchidas de tierna miel espiritual.

Su estilo es universal como el del cantor de *Rimas*. Es pan para todas las edades y todos los espíritus. Hemos intercalado a Alcalde en esta serie, porque aún le quedan trechos que salvar. Es joven y animoso. Suyo es el porvenir. Ante sus ojos están abiertos los caminos del ideal.

Guarda inédito un tomo de sus poesías con el título de *Bajo el ala*.

AL CAER LA TARDE

Oh! dulzura infinita
la que evoca la música al llorar
de los tiempos pasados
los recuerdos y dichas que nunca volverán.

A veces por la tarde
cuando mi hermana sobre el piano da
fuego a músicas muertas,
a músicas que ya no volverán,
mi soñador espíritu
al sentirse por ellas balancear
se remonta y se aleja
y volviendo al pasado en donde están
sus esperanzas rotas,
su amor tan grande cuanto fué fatal,
da luz a esos divinos
tiempos que ya no han de volver jamás...

Oh! dulzura infinita
de esa música vieja y celestial!
Cómo delira el alma,

cómo vuelven los tiempos que se van
y los recuerdos muertos
resucitan y brillan mucho más!

Dulce hermanita mía
no dejes de tocar,
no dejes que esa música bendita
termine su llorar.

Toca hermanita mía, toca, toca,
¡No dejes de tocar!...

Nuestros dulces recuerdos de la infancia
vuelven con ella y al sentir su afán,
nuestras almas despiden el perfume
de su intensa, dulcísima piedad.

No dejes de tocar, dulce hermanita,
mira la tarde que se muere ya,
mira en mis ojos su tristeza inmensa,
mira su palidez que hace llorar.

No te retires nunca de ese piano,
hermanita, ¡no dejes de tocar!



Benjamín Velasco Reyes

(N. en Santiago, el 26 de Abril de 1889).



Su composición «Gesta de orgullo» es una especie de credo literario: Aspira a encastillarse en un personal aislamiento artístico, sin importarle que murmure el rebaño. Se ha desligado, o al menos así lo desea, de la oprimida caravana de los retóricos para marchar por el libre sendero. Lo llaman los clarines de una nueva aurora.

A pesar de estas loables aspiraciones de amplitud artística, el poeta semeja un pequeño Prometeo encadenado. En su labor se nota la angustia de la esclavitud académica que anhela redimir. Hasta el ambiente de reglamento y disciplina de las aulas,—lo que está bien en ellas y en todo agrupamiento de individuos,—parece infiltrarse en sus tiradas de versos de correcta factura. Describe los perfiles regulares de las cosas, sin el encanto de lo impreciso y de lo sugerible. Desarrolla sus motivos poéticos con un verismo simple y casi matemático. A causa de estas deficiencias estéticas, rara vez logra comunicarnos el arrebató emocional que con un solo rasgo suelen producir los virtuosos del verso.

Hay en la obra de este poeta un no sé qué de extraño y doloroso. La vida lo ha torturado; el pesimismo ensombrece su espíritu; piensa que acaso su ideal, la Belleza, no sea más que un miraje fugitivo. Por eso quizá, un sentimiento de íntima angustia suele rebalsar en algunos fragmentos de sus poemas. Antes de publicar un libro, ojalá se decida a revisar su obra, a evitar el fárrago de versos correctos, pero verbosos, desmesurados con relación a sus motivos e ideas matrices. Quisiéramos ver a Velasco Reyes construir su obra definitiva, dentro de proporciones y límites justos y armoniosos, sobre el sedimento íntimo de acidez y hastío que en su vigoroso temperamento ha infiltrado la Vida.

LOS AVENTUREROS

Salieron, bajo el sol, una mañana
vibrante, al florecer la primavera,
y fueron por la larga carretera,
con su sano alborozo, en caravana.

El viento errante su canción temprana
desmenuzaba sobre la pradera,
y aquella voz para sus almas era

como una triste evocación lejana.

Siguieron por los áridos senderos,
hollando los desiertos solitarios,
con su ruda visión de aventureros.

Y hallaron, al final, sólo el suplicio
de sus sueños—Calvario de Calvarios—
entre los cuatro muros del prejuicio!

CANCION DE AMOR

Tristeza:

Son blancos lirios salpicados
de lodo y sangre mis cariños.
¡Adoran tanto tu belleza!

Nacieron todos desolados
y están sufriendo como niños.
Son blancos lirios salpicados
de lodo y sangre mis cariños.

Recuerdo:

Pronto la negra noche vino,
y no lucieron las estrellas.
¡Selva de horror en que me pierdo!
Era el espectro del destino,
y el corazón tiene sus huellas.
Pronto la negra noche vino,
y no lucieron las estrellas.

Olvido:

Entre los árboles, la luna...
Hay un descanso en la jornada.
¡El lago azul está dormido!
Ningún halago de fortuna
llega hasta el alma iluminada.
Entre los árboles, la luna...
Hay un descanso en la jornada.

EL PICAFLOR

Y este artista es artista de sentimiento fino...
Un alma delicada y repleta de amor,
que en medio del encanto del jardín femenino
posee el alto orgullo de ser el picaflor.

Romancero galante y adorador de todas
las flores pintorescas de ese lindo vergel,
las halaga con tiernos madrigales y odas,
de perfume de rosas y de sabor a miel.

Ama a la rubia de ojos verdes... Porque la rubia
es precioso fragmento de alborada y de sol,
en cuya cabellera su oro el astro diluvia,
y en cuyo rostro pone la aurora su arrebol.

A la blanca de pardas pupilas... Porque es ella
claridad de apacible luna primaveral,
reflejos sobre nieve de fulgores de estrella,
y pureza de sueños de virgen oriental.

A la morena de ojos negros... Que la morena
con su gracia hechicera de tropical mujer,
del jardín de las bellas es mitad de azucena
y mitad de violeta, flor del atardecer.

Así adora este artista noble a todas las flores
del jardín femenino... Y las adora con
románticos arranques, como los trovadores,
que es un hijo de Apolo y es un gran corazón!

No cree ya en el triste y fatal egoísmo
del amor... Su alma, nervios, calor, fuerza, amplitud,
y por eso él las ama con todo el altruísmo
que nace de la altiva y viril juventud.

Este modo curioso de su amor tan extraño,
lo ha bebido en la ciencia de un audaz alemán,
filósofo muy raro y paladín de ogaño,
mezcla de Zoroastro, Jesucristo y Satán.

Y adora el romancero singular así a todas
las flores pintorescas del humano vergel,
y les dedica tiernos madrigales y odas,
de perfume de rosas y de sabor a miel.

Que este artista es artista de sentimiento fino,
un alma delicada y repleta de amor,
que en medio del encanto del jardín femenino
posee el alto orgullo de ser el picaflor.

CONFESION

Mujer que por mi senda no he visto más que un día,
medio velada en una penumbra de tristeza,
has entrado a mis nervios con tu rara belleza
y has hecho un solo ritmo de tu sangre y la mía.

Apareciste como la vaga lejanía
de algo muy doloroso que a rebelarse empieza,
ensueño de crepúsculo en la naturaleza
de una alma que hizo artista la juventud sombría.

¿Sabes? Has encendido la lámpara que llora
la nostalgia infinita de tus labios sensuales,
blanca luz de una núbil anunciación de aurora.

Pero a pesar de todo lo que me oigas, amada,
aunque un milagro en besos trueque mis madrigales,
y te dé hasta la vida... no te habré dicho nada.



Héctor Arnaldo Guerra

(N. en Copiapó; 1891).



Pocos poetas, a la publicación de un libro, han recibido una descarga tan furibunda de la crítica, como Héctor Arnaldo Guerra cuando lanzó a luz en 1913 sus *Poesías Líricas*. Se ensañaron en tal forma los descontentadizos dómines de la prensa que no sólo se limitaron a vapulear la obra sin consideración alguna, sino también la propia, la sagrada persona del autor de ese libro. Y bajaron hasta los charcos para satisfacer sus injustas e insólitas venganzas. Y el poeta, ante la turba que ladraba a sus umbrales, se cruzó de brazos desafiadoramente y les arrojó al rostro el profundo desprecio de su silencio.

Desde esa fecha se ha encastillado. Trabaja en la sombra. No por temor a los perros del barrio, sino por orgullo, por fe en sí mismo; para no darles el placer de que muerdan sus talones.

Nada más inícuo que el proceder de algunos escritores al dejar caer sobre la obra de un autor joven, que es sincera-

mente artista y de mérito, la férula de sus ataques más sangrientos. Es repugnante blandir la pluma por sectarismo o por crueldad. Es justificable limpiar los campos de la broza, cuando ésta es pura broza; pero es indigno arrancar con ella perfumadas florecillas que pueden ser adorno de esos mismos campos.

Poesías Líricas, es un pequeño volumen de versos repletos de juventud dolorosa, romántica y humanitaria. Obra de los quince años no luce la bizarrías del tecnicismo oficial del arte moderno ni las sutilezas del afrancesamiento allegado a muchos de nuestros jóvenes poetas. No hay tampoco en ella esa precocidad filosófica que deja el estudio o la lectura de los grandes maestros, pero hay mucho corazón, mucho lirismo, mucho sentimiento, dignos de una acogida fraternal.

Se ve en sus versos al poeta emocionado ante el dolor, el amor y la belleza. Se ve en sus torturas vaciadas en un molde contiguo a su mano, que no aspira a deslumbrar con formas hinchadas de moda sino a cumplir con el secreto mandato de su sinceridad artística.

Héctor Arnaldo Guerra, poeta superior a muchos otros que se sientan impunemente, olímpicamente,

en sillones de ateneos y academias nacionales, labora en el orgullo de su retiro deliberado, hermosos poemas que en época no lejana nos darán una prueba de la ligereza e injusticia de los zoilos que lo atacaron y del mérito innegable, del temperamento incorruptible de su alma de artista.

Estudia leyes en la Universidad del Estado.

AL PIE DE «MISERIA»

(Doloroso mármol de Ernesto Concha, escultor chileno).

Miseria es una lágrima vertida en el altar de la miseria. ¡Pasa por sobre esa escultura dolorida como un trágico gesto de amenaza!

Es la visión de los humildes. Esos desamparados que la vida arroja como envoltura de mezquinos huesos para que alguna cárcel los recoja.

Los que no sienten la caricia sana de los hogares. Los que van uncidos al yugo vil de la injusticia humana que instituye opresores y oprimidos.

Los que han hambre de pan. Los que [amenazan... en el suburbio misero en que gimen... Y olvidados de todos se entrelazan, soñando en redimirse por el crimen.

*

Miseria es una flor. Con religioso ademán la contemplo, blanca y pura,

entreabriendo su cáliz tembloroso bajo el azul radiante de la altura.

Es la visión del porvenir. En ella no queda rastro de lo humano. Es una flor de quimera que se torna estrella para poder besarse con la luna.

Y luego, nada. Junto a mí sollozo el pedazo de mármol. La tristeza, que lo animó, como una mariposa, ha venido a posarse en mi cabeza.

Mis párpados se cierran. Se ilumina el paisaje de azul. Muere la tarde gloriosamente. Sobre mi retina hay un ensueño luminoso que arde.

Arriba el grupo doloroso brilla pleno de luz, pleno de amor, sonriente, por ostentar la enorme maravilla de un sol de redención sobre su frente.

Y luego, nada. Junto a mí sollozo el pedazo de mármol. La tristeza que lo animó, como una mariposa, ha venido a posarse en mi cabeza.

PECADORA

(En la sala de disección).

Como una blanca rosa deshojada sobre el gélido mármol yace inerte, triste flor de miseria, abandonada en los brazos helados de la muerte.

Joven y bella y alba cual la nieve, conserva aún su divinal frescura: ¡Es que la muerte a veces no se atreve a marchitar de un golpe la hermosura!

Sus ojos de un color negro de duelo, por los que vaga un halo de tristeza,

al apagarse, contemplando el cielo se han quedado con lánguida fijeza.

Y así desnuda, en el marmóreo lecho a cuyo borde la arrojó la vida, con las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud solemne y recogida,

la que fuera en el mundo pecadora, y vendiera al placer su ebúrneo seno, es Magdalena mística que implora la piedad del apóstol nazareno.



Berta Quezada

(N. en Chillán, en 1893).



Parece destinada a ocupar un sitio de preferencia en nuestra literatura. Aunque de cuño inferior a Gabriela Mistral y a Olga Azevedo, tienen sus poemas rebeliones de fondo, que no encontramos en aquéllas y que ponen en su personalidad artística una coloración original, individual, nobilísima a veces, degenerada otras, pero nunca a medias tintas como señal de mediocridad.

Su estilo tiene impetuosidades de mujer neurótica; estruja la idea para un feliz alumbramiento o aborta desgarreros que repugnan al espíritu menos exigente. No hay aburguesamiento en su poesía. Sólo hay extremos que acusan grandes esfuerzos o grandes cretinismos.

Esta poetisa, que ya sería una realidad para las Bellas Letras si no viviera aplastada por los prejuicios del cuadrilátero de hierro en que encierran ciertos padres de América a las «hijas de familia», posee un fuerte temperamento artístico que dará bellos frutos cuando la vida misma sa-

ture sus ideales con esa cultura necesaria e imposible de capturar en las bibliotecas o en el estrecho círculo de un hogar hostil a sus aspiraciones.

Tienen, algunas de sus estrofas, todo el vicio de una literatura parlamentaria, hecha o deshecha con el temor de ofender la norma imperante en cuestiones de moralidad y con la satisfacción de sentirse buena para las personas que pueden juzgar sus actos de mujer. En otras ocasiones sus pensamientos se internan por el camino de la virtuosidad, de la sinceridad emocional, de la emoción desnuda de paramentos artificiales, y entonces su poesía es audaz, libertaria, combativa, de renovación; se ve lucir al fondo de ella un pedazo de espíritu moderno, heroico y macizo. Así, diríamos que la damisela escrupulosa se encierra tras las puertas de sus quehaceres domésticos y aparece la artista, únicamente la artista, prestigiada por la aureola triforme de alma, corazón y cerebro.

Con un mayor conocimiento del valor estético del ritmo en los versos y con un criterio más firme sobre las tendencias de la poesía contemporánea, a la que Berta Quezada suele aproximarse, llegará en pocos años a ser una poetisa distinguida.

Hoy su estilo es indefinible: tiene pensamientos de romántica, mezclados con substancias de un modernismo ya fogueado y con girones de anatomía clásica.

Conserva inédito un libro de versos.

MOTIVOS

Como carreta vieja cruje la vida
y deja
una lágrima negra en el camino.
Como algo impalpable
penetra por los poros de la vida
el rey sutil: Amor,
y la vida florece su belleza
delante la gloriosa
mentira del amor.

*

Tengo una hambre infinita de pan espiritual.
Sacie, Señor, mis ansias tu mano celestial,

y yo vertiendo mi alma en
la belleza augusta que, como pan divino,
tus bondades me den,
coma y dé a mis hermanos en una santa unción
mi pan espiritual
vuelto ritmo y canción
en las cuerdas sagradas que cantan mi emoción.

ANUNCIACION

Siento como el preludio de una orquesta invisible...
Veo cómo la vida se agita en derredor,
cómo sale al mundo la vanidad humana,
cómo vence en las luchas el Dolor!
Oigo el salmo a la vida que canta el Universo
en las flores, el aire, en el agua y el verso...
Quiero aunar a la orquesta
una nota vibrante de alegría sonora,
pero,
¡siento un olor a muerto
que mana de mi alma!

AQUELLA TARDE...

Charlábamos los dos aquella tarde.
Yo tenía a mi espalda la ventana entornada.
Conversábamos de arte.
Leíste tus poemas llenos de honda poesía...
Afuera el sol, inquieto,
por ver lo que hacíamos,
cruzó como un hilo por una rendija
de aquella ventana,
y una madreselva que en vano empinaba
los diez arabescos que teje una rama,
moviendo sus finas hojas, suspiraba...
El sol, aburrido de no mirar nada,
se escurrió corriendo como lagartija...
Seguimos charlando; yo abrí la ventana
y como en suspenso penetró la sombra...
Una fresca rama de la madreselva
entró curioseando.
Yo entre mis tristezas sonreía pensando
que el sol blanquecino y la madreselva
y también la sombra,
que acaso creyeron mirar un secreto,
oyeron tan solo el murmullo suave
que hacían tu alma y mi alma
al charlar sobre arte...

DESENCANTO

Siento una soledad desoladora
en torno de mi alma dolorida...
Afuera suena a cascabel la vida
y aquí en la soledad crece mi herida.

Se hace sombra mi vida lentamente
y me parece un sueño mi existir...
¡Abre tu puerta Eternidad sombría,
mátame de vivir!

MI FUENTE

Mi alma es como una fuente
que en un jardín soñara...
Su agua límpida y pura
cuando copia la vida
la hace más delicada...

Mi alma es como una fuente
que cantando a la vida
arrullara a la muerte...
Tiene mi fuente notas

que al mundo suenan raras,
y por eso mi fuente
es murmullo, en el día,
en la tarde, elegía,
y un cántico en la noche.

Mi alma es como una fuente...
En nocturnos idilios
conversa con la luna
melancólicamente...



Benjamín Oviedo Martínez

(N. en Talagante, Diciembre 17 de 1894).



Ha obtenido varios premios en diversos certámenes literarios y una recomendación en los Juegos Florales de Valparaíso (1911 y 1913).

Obrero infatigable de las letras, su mayor mérito consiste en el fervor desesperado con que tiñe sus versos y en la terca fecundidad que no le abandona nunca.

Ha publicado cuatro libros: *Ingenuas*, *La Voz de la Naturaleza*, *Lo triste es así...* y un poema patrioter, y tiene en preparación un arsenal de volúmenes en verso y prosa.

Predomina en ellos cierta tendencia objetivista que bien puede darle el relieve de una individualidad en la época presente.

Es demasiado joven, posee la métrica como el mejor de los poetas clásicos y es tesonero como ninguno. Esperamos que, con estas cualidades y el estudio más observado de la naturaleza, a la que ha podido cantar con cierta soltura en uno de sus libros, logre desentrañar los tesoros que escapan a su pluma y espíritu demasiado inexpertos.

Por ahora nos limitaremos a repetirle lo que hace algún tiempo le dijimos desde la prensa: «Estudie, penetre y recapacite antes de lanzarse con una nueva obra. Así no tendrá que arrepentirse de ella.

Es demasiado joven para pensar en exhibicionismos pecaminosos y en acaparar títulos de volúmenes que ningún beneficio reportan a las Bellas Letras y que, por el contrario, pueden formarle un ambiente desagradable y hostil para sus futuras jornadas literarias».

LA INDIFERENCIA DE LA LUNA

La fuente llora... El plenilunio
vierte su fría claridad...

Y el agua llora su infortunio
con llanto pleno de ansiedad...

Y aquel sollozo indefinido
que deja oír el surtidor,
por el ambiente adormecido
dilata un eco de dolor...

No mueve un hálito el ambiente...
La luna sigue indiferente
por la profunda inmensidad.

¿Qué importa a ella que una fuente
llore su pena amargamente
bajo su fría claridad...?

Bajo la luna que desgrana
su blanca y fría claridad,
se oye una música lejana
llena de espiritualidad...

No es del vulgar organillero
ni es de algún piano esa canción:
semeja un grito lastimero

de un torturado corazón...

Ante esa pena solitaria
lanzada a modo de plegaria
al seno de la soledad,

El corazón se junta al duelo...
Sólo la luna por el cielo
sigue insensible a la piedad...

De un ronco viento desprendida
pasó una ráfaga glacial,
que profanó y dejó sin vida
la flor más bella del rosál.

Vino la aurora y vió el destrozo:
se entristeció su blanca faz
y palpité como un sollozo
sobre la muda tierra en paz...

Todos los árboles lloraron...
Las aves, cuando despertaron,
enmudecieron de aflicción...

Sólo la luna, que se iba,
mostró, sonriendo despectiva,
su rostro pálido y burlón...

EL MARQUÉS DE BRADOMIN

(Al margen de las «Sonatas»).

Como un ejemplo de actitud suprema
y gesto heroico hacia el supremo fin,
el nuevo manco nos narró el poema
del divino marqués de Bradomín.

Biblia galante son esas memorias
donde la Vida se embellece con
la divina armonía de las glorias

de la acción, la emoción y el corazón.

Extraño es el Marqués en esta era
tan hostil al fulgor de la Quimera
y al relámpago azul del Ideal;

Aquel Marqués que atravesó el sendero
como un solemne y loco caballero
«feo, católico y sentimental»...



Carlos Garcés Baeza

(N. en Talca, en 1894.)



Es un poeta, sin duda alguna, este adolescente modesto y desconocido que dedica sus mejores horas en plasmar sobre líricos moldes sus jornadas de alma, en cuanto se lo permiten los cerebrales y prácticos estudios de medicina.

Labrador silencioso del arte, su actuación en la vida poética es anónima. Sus versos forman un album personal voluminoso. Encierran una fruición de sinceridad y ternura deleitables, que arranca chispas de verdadero ingenio a su espíritu, y que, más tarde, con los tesoros que le ofrecen el ejercicio de la experiencia, los incultos poemas de la vida y la profundidad secreta de sus actos, pueden convertirse en un fuego de inspiración ferviente y definida.

Domina la forma y la idea no le es rebelde. Aquella tiene entonaciones varoniles y sólida complexión; y ésta es menuda y vacilante, pero suele tener arrebatos y energías que la yerguen a las supremas alturas.

Confiamos en que Garcés Baeza, como buen Caballero del Espíritu, no deponga su magnífico acero y se tienda a dor-

mir, fatigado e inexperto, sobre los arenales ingratos del Ideal.

OTOÑAL

¡Qué pálida tarde! ¡Qué frío, qué frío!
¡Qué tarde sin luz!
¡Qué triste las cosas, calladas, sin brillo:
son almas que sueñan en santa quietud!
Yo siento en mi espíritu, repleto de ensueños,
la racha de Otoño...
(Ya las hojas secas llenan los senderos).
Callados senderos: ¿dónde están los coros?
En el viejo mármol el chorro divino
¡qué triste murmura!
Se mecen las ramas, muy lentas, sin ruido.
(Un cisne atraviesa la quieta laguna).
Yo no sé qué exhalan las cosas: yo tengo
inmensa nostalgia,
ansias indecibles, algo de esos cuentos
azules, fantásticos, de genios y de hadas.
¿Qué es de la princesa de los bucles de oro?
¿Qué es del hada bella?...
(Murmura la fuente sus penas de Otoño.
Ya muere la tarde... Los árboles sueñan...)



Juana Inés de la Cruz



A rivalizar con los portaliras de este país llegaron *Gabriela Mistral*, Victoria Barrios, Olga Azevedo, Berta Quezada, Aída Moreno Lagos, Juana Inés de la Cruz. (Este último es un pseudónimo que nada tiene que ver con el nombre de la sermoneadora sor y poetisa mejicana).

Autora del volumen lírico *Lo que me dijo el silencio...* (1915): Juana Inés de la Cruz explota el tema mínimo. Escancia en vaso pequeño. No preguntéis si hay corrección académica en sus versos. A propósito de este libro, un crítico palmetario podría aprovechar la ocasión para escribir un severo estudio sobre infracciones a la gramática y a la retórica. Pero no es eso lo que honradamente debe aquilarse en un primer libro de juventud que es a la vez fruto de inexperiencia. En estado embrionario, si se quiere, en las candidas páginas de este libro flota algo que es como la exigua exteriorización de un estro romántico que planea del amor y de la vida en un tono elegíaco, semejante al de Juan Ramón Jiménez.

Juana Inés de la Cruz habla, a media voz, de un romance casi platónico, casi extraterreno. Su frase es titubeante; pero entraña el germen de un estilo nutrido de expresiones vagas, imprecisas, como la sensación que ella trata de producir de lo misterioso, de lo indefinible. Su literatura es aún reminiscente; pero ya se diseñan en ella muñones de alas propias.

Gabriela Mistral, ya consagrada, posee un estilo varonil; Juana Inés de la Cruz, incipiente aún, es intensamente femenina.

En 1915 publicó *Horas de Sol*, colección de prosas breves.

El llorar de un crepúsculo
viene a mí estremeciéndome
con temblores de estrella
y rumores de fuente.

Palidecen las rosas...
Vagas incertidumbres
me cogen, lentamente,
y en su regazo me hunden.

Pienso en el desflorado
amanecer de un sueño
que refleja sin fiebre
la luna de un espejo...

*

Un puñado de rosas
nos lanzaron al rostro
la juventud, la vida
y nuestros sueños de oro.

Marchitaron las rosas
y todas sus espinas
clavadas se quedaron
en nuestras hondas vidas.

*

Todas mis inquietudes
audazmente sinceras
en estos versos, hijos
de mis buenas quimeras,
dirán cómo he cambiado
de aquel ayer a hoy;
amé, lloré, reí,
canté a un justo dolor.

Y voy a la conquista
de un nuevo Vellochino.
Te espero en el cercano
recodo del camino.



Juvenal Rubio

(N. en Santiago, en 1896).



Es un poeta de mérito y, sobre todo, inconcebiblemente modesto.

No está de más advertir que la modestia entre los intelectuales chilenos es como un hallazgo, como una piedra preciosa difícil de encontrar.

En cambio, la pretensión, el exhibicionismo, la vanidad... ¡Con qué angustia recuerdo, las palabras del sabio: Vanidad, vanidad y todo vanidad!

¡Con qué repugnancia he visto cerca de mí a hombres como Ernesto Guzmán, Alberto Ried y Pedro Prado, que juntos deben sumar cerca de ciento diez años, fabricarse en menos de un mes una antología de poetas y ponerse a la cabeza de los que figuran en ella, convirtiéndose así en jueces de sus propias obras, en sancionadores de sus propios actos!

¡Con qué desprecio he mirado a un Antonio Bórquez Solar, ambular de imprenta en imprenta en solicitud de columnas para sus versos de costra, y cómo me he estremecido de vergüenza por nuestro pobre Chile al verlo proclamarse el primer poeta del habla castellana!

¡Con qué tristeza he visto a muchachos de talento como un Carlos Díaz, transformado en un Pablo de Rokha, símbolo reflejo de una estética sancho-pancina, receptáculo de la secreción de toda una primitiva generación de pulpos, hacer bocina con sus manos para aullar a todo pulmón su servilismo admirativo por un Nietzsche, y olvidar las enseñanzas rudimentarias de este gran filósofo que en uno de sus libros exclama: «El que se ve obligado a hablar más alto de lo que está acostumbrado, exagera ordinariamente las cosas que quiere comunicar». «Un hombre parece tener más carácter cuando sigue su temperamento que cuando sigue sus principios». «Acaba uno de recibir la sabiduría de un filósofo y se va por las calles con el sentimiento de estar reformado y hecho un gran hombre, pues sólo encuentra personas que no conocen esa sabiduría; por consiguiente tiene algo desconocido que decir sobre todo. Cuando llega uno a conocer un código, piensa en seguida en ser juez!»

¡Con qué indignación he contemplado el matonaje de un Benito Rebollo, imponer a bofetadas su arte de última hora, que tiene toda la rusticidad de un hombre inculto que ve mucho, muchísimo, pero a quien le falta todo ese sentimiento artístico que no puede cotizarse en el mercado y que no puede construirse o formarse con procedimientos químicos o con recetas de cocina!

¡Con qué laudables intenciones observo diariamente a un Carlos Canut de Bon, gritando lo que no es ni será nunca con los minúsculos comelines de sus cabellos de cenobita prófugo en la metrópoli, y con las matracas de su macfarland, cuyos faldones se abren en una súplica de ala, en una solicitud de descanso eterno!

Por último ¡con qué indiferencia he visto a un Pedro Gil, cuarentón convertido en dómene inconsciente, blandir los puñales mohosos y carcomidos de una gramática propia para defender a un Anatolio Bórquez Solar, y atacar una obra que no conocía; y, más tarde, después de recibir el precio de su artículo mercenario, declarar ante un poeta romántico, que su defensa a Bórquez ha sido producto de la amistad y de la conmiseración que siente por él...

Juvenal Rubio se inicia recién en la poesía. Sus primeros tanteos prometen una bella jornada espiritual.

No pertenece a ninguna escuela literaria. No hay influencias extrañas en él. Escribe como siente su corazón, como su cerebro piensa, como ven sus ojos; y sus versos nevados por un sentimiento casi elegíaco, hablan de pasiones angustiosas recogidas en las calles ciudadanas y desentrañadas bajo el cielo sereno de los campos y sobre las verdes colinas que los senderos cruzan como un alivio para el caminante.

Su estilo es sabroso, despojado de todo amaneramiento ideológico, de todo neurosismo metafórico.

Sus poemas se hacen burdos o delicados según el ambiente en que actúan. Así, en los bajos fondos de la urbe, serán ásperos cantos de miseria, de dolor y escepticismo, y, en plena serenidad campestre, arrulladores salmos al amor, a la vida y a la esperanza.

La métrica suele flaquear en sus versos; sufre dislocaciones que destruyen el ritmo exterior y distraen la armonía interna que debe perdurar en toda circunstancia sobre la poesía lírica.

Con más sólida preparación, Juvenal Rubio llegará a ocupar un buen lugar en nuestra literatura.

LAXITUD

Al campo me fuera y en el pasto verde
tirara mi cuerpo
como algo inservible,
como un jergón viejo,
como el esqueleto
de algún perro hambriento
que murió ignorado
en una dolida mañana de invierno,

y así me quedara
por muy largo tiempo,
sin nada... sin nada en el alma,
dormidos los huesos.

Estas tardes brutas
tan llenas de sol
semejan el alma de las prostitutas
enfermas de anemia, borrachas de al-
[cohol...

MELANCOLIA DEL NEVAR

Señor Invierno, Señor
de las mañanas heladas,
nos sumes en un sopor
de nostalgias angustiadas.

Yo te quería ver,
y a la oración te vi pasar
con tu cansancio de llover
y tu blancura de nevar.

Ibas sonriendo, y agoreros
cuervos y buhos te seguían;
rezó su salmo el aguacero
y las estrellas se perdían...

Mi calle tuvo los temblores

de una romántica mujer,
la que ha perdido sus amores
que nunca más han de volver.

En esa calle solitaria
quedó tu hastío y tu sopor,
y el ritmo gris de tu plegaria
sollozó en cada corazón.

Señor Invierno, Señor
de las mañanas heladas,
en la fuente de mi amor
no dejes nieve estancada,
Señor Invierno, Señor!

OPTIMISMO EN EL SENDERO

Sendas maravillosas de mi aldea interior,
haced que en vuestras piedras nunca viva el dolor.

Estad siempre risueñas como una primavera;
que jamás falten rosas en las enredaderas.

Sed báculo y alivio para los peregrinos,
sabrosas como el pan y dulces como el vino.

Ningún romero sentirá la pesadez de la fatiga,
porque sus árboles darán una serena sombra amiga,
y si alguno sintiera dolorosa emoción
habrá paz y consuelo para su corazón.

El sol en mis senderos será mansa oración,
que tendrá el optimismo de una fresca ilusión!



Reseña sobre los poetas no comprendidos en los estudios anteriores.

A pesar de que nuestro propósito, al emprender esta obra, ha sido el de exponer y estudiar la poesía chilena de mérito, sin distinción de escuelas literarias de ninguna especie, tomando como punto de partida la fecha de la publicación de *Ritmos* (1895), hasta el presente, es decir, durante un período de poco más de veinte años, hemos completado nuestro trabajo haciendo un rápido viaje retrospectivo por los caminos que formaron y recorrieron nuestros gloriosos poetas antepasados. Hemos querido detenernos, por una parte, delante de aquellos cuyas producciones líricas han dejado gratos recuerdos en los anales del Parnaso Nacional; por otra, delante de los pocos que, vivos aún y cargados de fama, como los anteriores, asoman raras veces por el mundo literario y buscan o han encontrado en el retiro y el silencio una piadosa calma para sus fatigadas sienes; y, por último, delante de todos los que, dentro del período señalado, han tenido una semi-feliz o casual actuación poética o hicieron labor temporal, liviana y perdurable, y de los que, más modernos y jóvenes aún, continúan batallando, repechan y se cansan visiblemente y, a veces, muy de tarde en tarde, nos ofrecen una que otra piedra preciosa incrustada en amasijos de insignificante valor. Casi poco o nada puede esperarse de estos últimos; sin embargo, hay algunos que, por su precocidad y facundia o por sus nuevas inclinaciones artísticas de que están haciendo gala, bien pueden lograr sacudirse de la mala atmósfera que se han formado por sus apresuramientos y defectos de juventud y llegar a ocupar un puesto de honor en las filas de nuestros poetas.

Empezaremos con Mercedes Marín del Solar, Salvador Sanfuentes, Hermógenes de Irisarri y Jacinto Chacón, que fueron los que, sin duda alguna, iniciaron el movimiento de la verdadera poesía lírica en Chile, allá por el año 1842, publicando sus trabajos poéticos en la revista «El Semanario» de la Capital.

MERCEDES MARIN DEL SOLAR.—(Nació en Santiago, en 1804. Murió en 1866).—Ingeniosa poetisa. En cantos viriles vació sus lirismos de fuego loando a la libertad de la patria y a sus héroes. Su obra fué volandera; corre en los periódicos de los tiempos en que actuó. No dejó libro publicado ni se ha hecho edición de sus versos. Se hizo célebre por su *Elegía* a la muerte de Portales.

SALVADOR SANFUENTES.—(N. en Santiago, en 1817. M. en 1860).—Delicado cantor de la naturaleza y de las glorias patrias; es, hasta ahora, uno de los poetas que han escrito más versos en América. Su poema *El campanario* fué la obra principal de este autor y la que le dió una fama bien merecida. Publicó además sus leyendas indígenas de carácter narrativo: *La laguna de Rauco*, *Ricardo y Lucía* o *la Destrucción de la Imperial*, *Teudo o memorias de un solitario*, y otras de mérito inferior.

HERMÓGENES DE IRISARRI.—(N. en Santiago, en 1819. M. en 1886).—Poeta, diplomático y crítico social y de arte. El escritor D. Jorge Huneeus Gana ha dicho de él: «Irisarri representa esencialmente en nuestro renacimiento literario de 1842, la nota del buen gusto poético y del severo classicismo greco-moderno en que se han inmortalizado Chénier, Vigny, Sully-Prudhomme, Ginsti, Manzoni y Carducci.—Como ellos, ha ido a buscar el arte, ante todo, en la perpetuidad helénica de las perfecciones de la forma, y aun cuando nuestro poeta no tuvo ni la originalidad de sentimiento ni la fuerza productiva de aquellos grandes ingenios, mostró, sí, en sus muchas traducciones e imitaciones poéticas, una cultura literaria y una delicadeza artística tan grandes como las de sus modelos, llegando en algunas de esas piezas, la imitación de «La mujer adúltera», de Alfredo de Vigny, a rivalizar con el célebre original y a conquistar para su frente un laurel poético de tanto precio como el que le mereció a Andrés Bello su imitación

con tanta razón afamada de «La Oración por todos», de Víctor Hugo». No dejó libro; su producción fué escasa, pero correctísima, impecable.

JACINTO CHACÓN.—(N. en Santiago, en 1822).—Poeta de ocasión, el más fuerte de los épicos de su tiempo. Sus hermosos versos a la patria son dignos de figurar en cualquiera antología, por la movilidad de su estilo y la brillantez de sus ideas. Fué político y estadista distinguido y ocupó un asiento en el Congreso Nacional.

EUSEBIO LILLO.—(N. en Santiago, en 1826).—Eminente autor de nuestra «Canción Nacional». El más delicado de los poetas del romanticismo, en su época. Hay un perfume femenino de alma en sus estrofas que ponen un apacible bienestar en los corazones. Fué un poeta insospechable. Sus canciones tienen hoy el mismo mérito de antaño. Su estilo afiligranado encierra ideas dignas de su envoltura. Autor de varios poemas, dramas, leyendas y novelas, que no han visto la luz pública.

GUILLERMO MATTA.—(N. en Copiapó, en 1829).—Otro de los cantores fecundos de Chile. Con su poesía centelleante, impulsiva y batalladora, removió las estancadas aguas de nuestro Parnaso. Encendió los primeros fuegos del más alto romanticismo. Se le habría creído un hijo de las selvas, caldeada la sangre por el calor de los trópicos. Artista incorruptible, fué su lema «el Arte por el Arte». Sus versos convincentes y emocionados hinchaban a veces su fondo en pro de la persecución de un alto ideal cívico y para llegar fácilmente al espíritu de la multitud, de quien hubiera querido ser su único educador. Publicó en España, el año 1858, una colección de sus *Poesías*, y en 1887, en Leipzig, dos volúmenes de *Nuevas Poesías*.

GUILLERMO BLEST GANA.—(N. en Santiago, en 1829).—Poeta en el más alto concepto de la palabra. Un amor desesperado y divino palpita en sus poemas de exquisito y amplio mérito. Muchos de sus sonetos eróticos, obras de un orfebre, pueden figurar hoy al lado de cualquier canto moderno, por la fuerte savia de sus ideas. El género subjetivo predomina en sus versos, en forma de que esta tendencia le hizo personal e inconfundible en su época. Fué su maestro espiritual Lamartine. Autor de varios libros y piezas dramáticas. Descolló brillantemente por la factura de sus sonetos, que son verdaderos poemas de emoción artística. Publicó: *Poesías* (1854) y *Armonías* (1884). Hace poco se dió a luz una edición de sus poesías, prologada por Antonio Orrego Barros.

ROSARIO ORREGO.—(N. en Copiapó, en 1834).—Poetisa y novelista. Dirigió «La Revista de Valparaíso» y abarcó en la prensa hasta los artículos de fondo. Escribió varias novelas de trama sencilla y vulgar. Sus versos destilan armonías de amor y tocan levemente el espíritu. El dolor agita a veces nerviosamente sus estrofas. Un estilo periodístico maltrata generalmente la substancia de éstas y les da un carácter prosaico.

ADOLFO VALDERRAMA.—(N. en La Serena, en 1834. M. en Santiago, en 1902).—Médico, poeta y escritor. Culto, como pocos. En su mocedad escribió versos satíricos que eran aplaudidos entusiastamente por sus compañeros de aula. En la edad más vigorosa de su vida produjo innumerables composiciones, en las que campeaba la sátira social en forma finísima, punzante y jovial. Hería sin levantar manchas de sangre. Por las puntas de su pluma vertía un ácido azucarado. Triunfó en este género y su triunfo perdurará por mucho tiempo entre nosotros.

Sus principales obras son: *Maria*, (novela epistolar, 1878); *Al Amor de la lumbre*, (poesías románticas, 1881); *Después de la tarea*, (narraciones, cuentos y leyendas, 1882); *Bosquejo histórico de la poesía chilena: Necesidad de estudiar la lengua castellana* (1878), y varios trabajos literarios y científicos.—Famosa se hizo la polémica en verso que sostuvo con el poeta argentino Carlos Guido Spano en 1876.

MARTIN JOSÉ LIRA.—N. en Santiago, en 1834 y murió en Valdivia el año 1867, cuando su labor empezaba a destacarse en forma brillante con sus cantos descriptivos a la naturaleza. Sin perseguirlo, supo comunicar a sus estrofas un tinte parnasiano que le habría abierto las puertas de la originalidad. Fué filósofo hasta en el dolor. Cayó consumido por el arte y las labores del luchar cotidiano.

BENJAMIN VICUÑA SOLAR.—(N. en la Serena, el 5 de Marzo de 1837).—Fundó en su pueblo natal la revista hebdomadaria «El Eco Literario del Norte» (1857) y el periódico político «El Demócrata»

(1858). Se vió perseguido y tuvo que ocultarse, por haber hecho circular, burlando la censura, una hoja suelta que contenía sus versos subversivos «Grito de guerra coquimbano». Desempeñó, entre otros, el cargo de Diputado al Congreso durante las legislaturas de 1867 y 1873, y después el de Intendente interino de Coquimbo. Murió el 8 de Octubre de 1897.

Floreció este poeta en un período de álgida efervescencia romántica. Como la casi totalidad de los escritores chilenos de su época, sufrió las poderosas influencias literarias de Espronceda, el Duque de Rivas y Zorrilla y algo de Lamartine y Musset.

En 1906, se publicó en Santiago un volumen de poesías líricas de don Benjamín Vicuña Solar, titulado *Recuerdos*, en cuya Introducción el escritor don Julio Vicuña Cifuentes da de su señor padre amplias e interesantes informaciones genealógicas y biográficas. Contiene este volumen lo más selecto de la producción poética del señor Vicuña Solar. Leerlo es internarse en un elevado ambiente de fantasía romántica, a la vez equilibrado y sano; es evocar nombres, fechas y episodios que constituyen algo así como la vivida historia de una noble familia.

EDUARDO DE LA BARRA.—(N. en Valparaíso, en 1839).—Armando Donoso ha dicho de él: «La obra de Eduardo de la Barra como poeta, filólogo y polemista, es considerable. Sus poesías han sido editadas en dos volúmenes, en los que se incluyen sus Fábulas y «Contra-Rimas» a «Rimas», de Rubén Darío; años antes había publicado la Casa Garnier un tomo de composiciones varias, premiadas en el Certamen abierto por don Federico Varela. Como filólogo citaremos sus versiones de Horacio, sus arreglos del poema del Cid y estudios numerosos de métrica castellana. En sus poesías cortas, es de la Barra un poeta subjetivo, sentimental y filósofo, a la manera de Becquer y de Heine. Mas, en sus poemas de largo aliento: *Cantos de la sierra* y *Poemas del Pacífico*, burila sus versos con el amor del más austero parnasiano».

Publicó, fuera de un sinnúmero de obras de todo género, dos volúmenes: *Poesía subjetiva* y *Poesía Objetiva*. Era un temperamento acomodaticio y asimilador. «Poeta múltiple y proteiforme—dice alguien—debemos expresar que la verdadera originalidad que encontramos en él, está precisamente en esa facultad rara y poderosa de reproducirse con igual pureza, armonía y elegancia de formas, en todos los estilos a la vez».

Es autor del Prólogo de «Azul», de Rubén Darío, publicado en Valparaíso el año 1887 y sustituido posteriormente por el de Juan Valera.

CARLOS WALKER MARTÍNEZ.—(N. en Valparaíso, en 1842).—Como muchos otros espíritus talentosos de su tiempo, fué rimador, nó por un impulso genuino de su naturaleza, sino tal vez por un egoísmo muy natural en aquella época de su actuación lírica, en que casi todos los intelectuales hacían versos por sport. Sin embargo, tuvo tan felices aciertos, que a veces se llega a dudar de si fué o nó un poeta; por lo menos demostró tener una perfecta visión artística y un conocimiento muy desarrollado de la técnica literaria. Fué autor de un libro de *Poesías Líricas* (1868), *Romances Americanos* (1871), *Varias Leyendas* (1874); *Páginas de un viaje a través de la América del Sur* (1877); *El Dictador Linares* (1877), *El Proscrito* (leyenda, 1878), etc.

JOSÉ ANTONIO SOFFIA.—(N. en Valparaíso, 1843).—El más armonioso de los temperamentos románticos de nuestra poesía. Un amor universal late en sus versos saturados de una emoción de arte, familiar y mansurrona. Cultivó, mediocrementemente, el género humorístico. Autor de *Poesías líricas* (1875), *Hojas de otoño* (1878), y *Poemas y poesías* (1879).

CARLOS MORLA VICUÑA.—(N. en Santiago, en 1846).—Poeta, periodista, diplomático, político e historiador. Se hizo célebre por su espléndida traducción al castellano del famoso poema en verso «Evangeline» de Longfellow. Este poeta le felicitó calurosamente por ese trabajo que demostró, fuera del sabio conocimiento de la lengua inglesa que poseía Morla, un exquisito temperamento de artista asombrosamente comprensivo de las emociones ajenas.—Sus versos, como todos los de la época en que le correspondió actuar, ensayan la fácil palinodia del romanticismo.—Publicó: *Veintiuno de Mayo* (poema), impreso en París; *Historia de la Isla de Juan Fernández* y *La vida del Vice-Almirante Lynch*.

Ocupó varios puestos importantes en la Administración Pública.

VÍCTOR TORRES ARCE.—(N. en Santiago, en 1847. M. en 1883).—Sus *Poesías Líricas* (1874), con prólogo de Domingo Arteaga Alemparte, revelaron a un poeta de corazón, profundamente subjetivo,

hermano menor del célebre cantor de «Las Golondrinas». Dejó inéditos algunos dramas y novelas. Su estilo es sencillo y penetrante. Consagró al amor sus más hermosos ensueños espirituales.

También es autor de las siguientes obras: *El falso honor* (drama); *La mujer: La revolución de los puñales*; *El sacrificio inútil*, etc.

ERNESTO RIQUELME.—(N. en Santiago, en 1852).—Los poetas que figuran en esta Reseña, lo están por haber dejado, entre muchos otros de mérito interior, una rememorable huella en la evolución de nuestro lirismo. La mayor parte de ellos ha *autorizado* una labor abundante en libros, revistas y otros papeles públicos. Algunos han escrito no menos de doscientos mil versos...

Pero hay excepciones que se imponen. Mejor dicho, quisiéramos que la excepción fuera la ley. Hay hombres privilegiados que nacen para escribir verdaderos poemas en las páginas de sus propias vidas. De estos hombres fué Ernesto Riquelme, héroe, muerto a los veintisiete años en el homérico combate de Iquique, en el cual tuvo el gesto sublime de disparar «el último cartucho del último cañón», mientras su nave, rasgada pero invicta, se hundía.

Mas, para aligerar las monotonías de a bordo, Riquelme tocaba su violín... Y de su alma, ensoñadora y romanesca, fluían versos espontáneos y emotivos... Y esos versos supervivirán en el recuerdo legendario como un adiós a la vida, después de haberla vivido bellamente en gracia de artista.

PABLO GARRIGA.—(N. en La Serena, en 1853).—Tenía su arte cierta inclinación panteísta y su estilo movimientos ceremoniosos de clásico atormentado por los escrúpulos de la forma. Sus estrofas tienen colorido visual, pero les falta el fuego sacro de la poesía honda. Es autor de un grueso volumen de *Poesías*, con prólogo de don Benjamín Vicuña Mackenna (1882). Antes había publicado su primer libro: *Ensayos poéticos* (1875).

PEDRO NOLASCO PRÉNDEZ.—(N. en Santiago, en 1853. M. en 1907).—Fué un poeta de épicos lirismos. En versos bronceados, esplendorosos, torjados con un calor de vida semejante al de Pedro Antonio González, encerraba sus pensamientos de romántico togoso, casi tropical. Se dirían sus estrofas un núcleo de fuego movido por vientos huracanicos. Autor de las siguientes obras: *Ratos de ocio* (retratos en verso); *Siluetas de la Historia* (1886); *Siluetas* (1887); *Nuevas siluetas* (1888); *Siluetas de Combate* (1889), etc.

Fué Cónsul de Chile en Buenos Aires.

RAFAEL SEGUNDO TORREBLANCA.—(N. en Copiapó, en 1854).—En poesía nada significa la cantidad; lo que importa es el mérito de la calidad. Así, pudo Gutierre de Cetina hacerse célebre escribiendo muy poco, acaso un solo madrigal. Recordamos esto a propósito de Torreblanca. Torreblanca se conquistó los laureles del héroe en la Guerra del 79. Como sus compañeros de armas, sabía lo que son el Desierto y las montañas atacameñas, pues había hecho su jornada de trabajo tesorero bajo el sol de las pampas y en los oscuros laberintos de las minas. Como sub-teniente de un batallón, fué el primero en clavar la bandera azul, blanco y rojo, en la cumbre de un peñón artillado por el enemigo. Peleó en varias batallas y al fin murió en una de ellas. Entre sus compañeros de armas hubo así centenares de héroes, de héroes anónimos. Sólo que Torreblanca se salvó del olvido. Porque Torreblanca era poeta... Antes de morir, el brillante atrida compuso un canto, *Adiós*, nostálgico y melancólico. Con ese canto se despidió de su amada, y, a poderlo, muchos de sus compañeros hubieran hecho lo mismo. Ese canto corresponde a una de las fibras del corazón chileno. Por ello no puede olvidarse el nombre del poeta que encontró la oportuna expresión de aquel momento episódico.

POLICARPO MUNIZAGA VARELA.—(N. en 1860).—Ilustre padre del joven poeta de nuestra generación modernista, Julio Munizaga Ossandón. En el certamen Varela, celebrado en 1887, fué premiado un manojito de sus versos con el título *Recuerdos*, vibraciones de un alma quiétescamente romántica. Falleció el año 1890. Sus hijos publicaron en 1910 los versos del poeta, bajo el título de *Rimas Póstumas*, prologados por don Julio Vicuña Cifuentes, quien, entre otros párrafos, dijo: «Como escribió para satisfacción propia sin el propósito de coleccionar sus versos, no corrigió con la severidad que habría sido de desear, trabajo al que, por otra parte, no se mostraban muy propicios los autores de ese tiempo, que olvidaban pronto lo que escribían, o que acaso estimaban, no sin razón a veces, que las correcciones pensadas y no sentidas, sacrifican la espontaneidad sin conseguir la perfección.

Sea como fuere, las poesías del señor Munizaga Varela pertenecen a una escuela que ya ha sido juz-

gada, y en ellas se encuentran, como es natural, los aciertos y caídas que caracterizan a las de sus contemporáneos.

ABELARDO VARELA.—Notable figura de bohemio, algo olvidada en nuestros días. Descolló como colaborador y redactor de «La Revista Cómica» que señala, en nuestra historia literaria, la época de transición del romanticismo al modernismo.

Ricardo Fernández Montalva fundó esta memorable revista en el año 1895, en colaboración con el dibujante Luis F. Rojas, quien ilustró dicho semanario dominicano hasta que dejó de publicarse en 1898. En Marzo de 1896, el poeta Julio Vicuña Cifuentes sucedió a Ricardo Fernández Montalva en la dirección literaria, hasta Septiembre de 1897, época en que entró a dirigirla Abelardo Varela.

Hoy día es una curiosidad hojear esta revista algo ingenua, algo bohemía. Ricardo Fernández Montalva, Eduardo Grez Padilla, Federico González, Benjamín Vicuña Solar, Julio Vicuña Cifuentes, Julio Tapia Miranda, Luis Rodríguez Velasco, Lauro González Letelier, Eduardo de la Barra, Samuel A. Lillo, Alejandro Parra Mege, Emilio Rodríguez Mendoza (A. de Géry), Efraím Vásquez Guarda, Carlos Velarde, Alberto Mauret Caamaño, Isidoro Errázuriz, entre otros, vaciaron en este semanario sus poesías o versos románticos. Figuran poesías y prosas de los poetas exóticos: Manuel Ugarte (argentino), José Santos Chocano (peruano), Roberto Brenes Mesén (costarricense), Arturo Ambroggi (salvadoreño), Leopoldo Lugones (argentino), Isaías Gamboa (colombiano), Rubén Darío (nicaragüense), Federico Barreto (peruano). Y, por otra parte, René Brickles, Antonio Bórquez Solar, Julio Vicuña Cifuentes, Marcial Cabrera Guerra, Abelardo Varela, Ricardo Prieto Molina, Gustavo Valledor, Luis A. Navarrete, acentuaban las tendencias de la poesía contemporánea con sus poesías originales y sus traducciones de Baudelaire, Banville, De Lisle, Prudhomme, Longfellow, Poe, Whitman, Verlaine.

En esta obra de renovación lírica, Abelardo Varela ocupó sin duda uno de los primeros puestos.

De los poetas que hemos mencionado hasta aquí, en la presente Reseña, ninguno existe hoy; pero sí, muchos, casi todos, viven en nuestros recuerdos empapados de gratitud y de afecto, por la influencia trascendental que ellos ejercieron en la poesía chilena y por el mérito innegable de sus obras.

* * *

Los poetas que vienen a continuación están vinculados a las postrimerías del anterior movimiento literario y los hemos separado de los anteriores por estar vivos. Prosiguen en nuestros tiempos cultivando la tendencia, hoy anacrónica, con que se iniciaron.

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO.—(N. en Santiago, en 1838).—Es uno de los pocos sobrevivientes de aquel círculo de bardos que tan brillante papel desempeñó en el período de 1860-1880. Sus cantos escritos en un lenguaje del más acendrado aticismo le han conquistado un sitio en la Real Academia Española. Su poesía *A los héroes de Iquique*, le abrió las puertas de una fama bien merecida por su lírico patriotismo. Como autor dramático alcanzó un gran triunfo con su comedia *Por amor y por dinero* (1879). Publicó un tomo titulado *Obras poéticas* (1909).

Este anciano y popular poeta, reliquia gloriosa de aquel romanticismo ateminado y pulcro que el año 1860 empezó a arrojar su modesta pero trascendental semilla sobre los desiertos y áridos campos de nuestras bellas letras, prosigue cultivando en el recogimiento de un retiro forzoso, su huerto espiritual que, de vez en cuando, despide aromas con perceptibles resabios de colinas remotas y para siempre perdidas, y observa con indefinible tristeza cómo desfila ante sus balcones coloniales la gallarda y hercúlea falange de los poetas jóvenes, llevando al frente el trapo rebelde de la renovación y de los modernos ideales artísticos.

HERIBERTO DUCOING.—(N. en Valparaíso, el 16 de Agosto de 1849).—Es el poeta más interesante, el más recundo y el más activo de esta Reseña. Para hablar de sus obras, de su actuación en la vida pública y de su asombrosa actividad intelectual, sería necesario dedicarle un volumen. En verso ha cultivado todos los géneros, con sin igual donaire. Es un artista en toda la significación de esta palabra; un hombre-poeta que debió nacer bajo la sombra de los rascacielos yankees.

Repito: es la figura más interesante de las que figuran en esta Reseña. Tal vez en un día no lejano dediquemos a este ilustre poeta y escritor un juicio que esté a la altura de su importancia.

Bibliografía.—Ha producido *mil sonetos*, más o menos. Forma cada género una larga serie: a nuestros poetas; filosóficos, políticos, tipos, sátiras sociales, virtudes, vicios, estudios diversos, etc. Por estar ellos relacionados entre sí, tienen, ante todo, un mérito que podría llamarse de conjunto. Además: *siete monólogos en versos*, algunos de los cuales, como *El Fonógrafo* y *El Gran Cómic*, han sido representados con éxito en Talca y Constitución; y *tres piezas teatrales*: *El camino de la Felicidad*, *Por dinero y sin dinero* y *Los Amores de un Litigante*. Y por fin tiene una enorme cantidad de composiciones líricas de diversa extensión y género.

Biografía.—Fué: Director Gerente del Banco Hipotecario; Secretario General del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso; Secretario del Comité de la Cruz Sanitaria durante la guerra de 1879; Fundador de la Escuela Horacio Mann del mismo Puerto, en unión de los Edwards, Lastarria y Murillo; Cronista de «El Deber» (1876); Intendente de las provincias de Cautín y Talca, siendo reelegido en esta última (1896); Miembro del Partido Radical; Elector de Presidente; Gerente de la Feria Agrícola de Talca (1901-1903); Colaborador de «El Mercurio» de Valparaíso, hasta 1915, donde figuró con muchos artículos, en su mayor parte de índole social y económica; Miembro del Jurado para las composiciones poéticas del Concurso Swinglehurst patrocinado por ese mismo diario (1916), etc., etc.

Actualmente reside en Viña del Mar, cultivando en silencio la poesía.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.—(N. en Valparaíso, en 1852).—Hace versos desde antaño. Ha consagrado su vocación poética a cantar al amor universal y a hacer propaganda de las doctrinas de Augusto Comte y de Littré, poniendo en su acción más calor de humanidad que los referidos filósofos.

Sus versos pecan de prosaísmo.

SANTIAGO ESCUTI ORREGO.—(N. en Rancagua, en 1855).—Pertenece a la generación de Pedro Nolasco Préndez, Concha Castillo, Garriga y Pedro Antonio González. Hasta en sus últimas y recientes producciones, algunas de las cuales han sido premiadas en concursos públicos, conserva su antigua tendencia clásico-romántica. Es de esos poetas bonachones, cuya literatura a nadie molesta, precisamente porque no alcanza a llamar la atención de los demás. Es autor de varios poemas: *A través del infinito*, *El Héroe*, *Atacama* y otros. Actualmente es Rector del Liceo de Quillota.

MANUEL ANTONIO ROMAN.—(N. en Doñihue, provincia de O'Higgins, en 1858).—Es fama que antiguamente, allá en tiempos de Fray Luis de León, Calderón y Lope, muchos jóvenes que sentían el esplendor divino en su alma, se hacían monjes en busca de aquello que sólo los conventos podían proporcionarles ampliamente: libros, manuscritos, folios y, en una palabra, grandes bibliotecas literarias. Entre nosotros, que sin duda hemos tenido el Clero más culto de Hispano-américa, sería interesante formar un manuscrito o un florilegio de la labor poética de los eclesiásticos que han existido y existen en nuestro país. Un libro así tendría que tocar uno de los aspectos más hondos de nuestra vida colonial y republicana: la influencia del Clero en la evolución, laxitud y amplitud de nuestra poesía, y en general de nuestro arte. Divisaríamos allá en la neblinosa época de la colonia a los obispos Humanzoro, Alday y Sobrino Minayo, anatematizando las primeras representaciones teatrales en nombre de la Moral. Divisaríamos al famoso padre López, el Quevedo chileno, improvisar echando atrás el manto de su profunda teología, chistosas y picantes estrofilas para solaz de la gente en reuniones y jaranas. Regocijados leeríamos versos del padre Oteiza, el padre Escudero y el cura Morán. Después encontraríamos a Camilo Henríquez, el varón más ilustrado de su época, componiendo obras teatrales y aún himnos y letrillas para templar el patriotismo republicano. El canónigo Esteban Muñoz Donoso (1844-1907) se destacaría con sus poesías religiosas y su poema épico *La Colombia*, con el cual el poeta eclesiástico alcanzó su *os magna sonaturum*, por lo menos dentro de las aulas del Seminario de Santiago, del que fué profesor durante más de cinco lustros. Rodolfo Vergara Antúnez, Juan R. Salas Errázuriz, Luis Felipe Contardo, Bernardino Abarzúa y muchos otros clérigos y frailes, escritores de mérito dentro de sus arcaicas tendencias, y sin contar por supuesto a los versificadores ramplones que en el gremio de la clerecía, más que en ningún otro, abundan.

Una de las figuras descolantes de nuestros literatos eclesiásticos es el doctor don Manuel Antonio Román, versadísimo lingüista y por añadidura «poeta en castellano y latín». Es autor de un *Diccionario de Chilenismos*, obra enorme que basta para justificar su nombramiento de Académico Correspondiente y su notoriedad como escritor entendido, investigador y acucioso. En la Biblioteca Internacional de Obras Famosas, tomo XXII, figuran algunas de sus poesías encendidas por la llama del amor sacro que se nutre en el Evangelio y en la hagiografía.

AMBROSIO MONTT Y MONTT.—(N. en Santiago, en 1860).—Abogado, poeta y diplomático. Cultivó con gusto el soneto. Tal vez fué el sonetista de su época: forma clásica, impecable, monótona, y

substancia llena de un sentimiento caballeresco. Publicó tres libros de versos: *Amor y Patria* (1882); *Veladas Líricas* (1885) y *Chispas de la Hoguera* (1888).

ALBERTO DEL SOLAR.—(N. en 1860).—Rubén Darío, desde las columnas de la revista «Mundial» dijo de este escritor:

«La Real Academia Española, que acaba de abrir sus puertas al escritor chileno Alberto del Solar en calidad de miembro correspondiente, ha realizado un acto de completa justicia. Ha tiempo que el autor de tantos libros plausibles—que acaban de aparecer compilados en una bella edición de Obras Completas—era merecedor de tal homenaje. Fuera de sus méritos de novelista, de narrador, de poeta, de autor dramático, ha sido siempre cultivador de la tradición castiza de nuestra lengua, y no ha transigido ni aún con la singular costumbre—que creo que se debe a don Andrés Bello—de usar la *i* latina, como conjunción, en los casos en que todos usamos la *y* griega, o *ye*. Va bien, pues, Del Solar, entre los que tienen por especial misión limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano.

Una de las particularidades que distinguen a Alberto del Solar es su americanismo, demostrado desde antaño. Desde sus recuerdos sobre la guerra del Pacífico, en la cual siendo muy joven tomó parte por mar y por tierra, hasta sus últimos trabajos, casi todos, todos pueden decirse, se refieren a nuestra América, y principalmente a Chile, su patria, o a la República Argentina, patria de sus hijos.

En esos recuerdos a que me he referido, brilla un vibrante amor de la tierra natal y de sus glorias, y se habla con palabras de verdad y de entusiasmo—«yo vi, yo estaba allí»—del heroísmo del soldado chileno, de su terribleza y de su resistencia. Y no hay, desde luego, ninguna manifestación de odio o rencor al enemigo. En la novela *Huincahual*, que pasa en tiempos del antiguo Arauco, y que habría regocijado a Marmontel y logrado la aprobación de Chateaubriand, se trata de luchas y amores entre personajes de las razas contrarias: la conquistadora y la autóctona. La narración es clara, sencilla, con justa y precisa erudición, como que se apoyaba el autor en documentos del eminente americanista Medina, y de un interés sostenido y atrayente. «Me ha gustado e interesado tanto, que pienso hablar de ella cuando hable de otras novelas hispanoamericanas», escribía don Juan Valera.

En *Rastaquouère*, otra novela, trabaja Del Solar en materia contemporánea y graciosísima; está muy galanamente escrita, y contiene muchas y muy saludables enseñanzas.

La novela *Contra la marea* entusiasmó a poetas como Rafael Obligado, cuando fué leída en reuniones literarias en casa de ese noble e ilustre amigo; yo asistí a algunas durante mi permanencia en Buenos Aires. Es también labor americana, de ambiente argentino, y en ella como en *El faro*, otra novela—escrita sin que conociese el autor «La Tour d'Amour», de Rachilde—aparece uno de los elementos que ejercen mayor atracción en la facultad imaginativa y creadora de Alberto del Solar: el mar.

Alguna vez—hace ya años—expresé mis elogiosos pensares en el prólogo de uno de sus libros. Hoy podría agregar que ha contribuido a la formación del teatro nacional argentino, con la presentación de más de una obra celebrada, a pesar de lo dificultoso de la empresa. De su comedia *El Dr. Morris*—que creo se ha representado también en inglés—decía el poeta Diez-Romero: «Es una de las obras de teatro más seductoras que se hayan representado en este país». Y de *El faro*, *Chacabuco*, y otros trabajos, se han hecho los juicios más satisfactorios.

Mucho habría que decir del crítico, del conferencista, de algún excelente ensayo de historia; mas ello no cabría sino en líneas mayores. Debo, sin embargo, hablar del poeta. Y aquí volveré a recordar cómo aviva su fantasía, y le mueve a expresarse métrica y sonoramente la vasta influencia oceánica, advertida desde su infancia en la pintoresca y encantadora Valparaíso. Cuando aparecieron en «La Nación», de Buenos Aires, versos de Del Solar, el hecho causó asombro. Sus colegas de la prosa se asombraron; ante los mundanos y los de los millones perdió méritos; los poetas, celosos de su ciudad sagrada, le exigieron el «schiboleth». Con todos ellos supo entenderse; y al publicar recientemente su poema *El Diamante azul*—en que siempre aparece la prodigiosa Thalassa—se ha visto que se trata de un verdadero lírico, conocedor de nuestro parnaso y de los grandes poetas ingleses, y cuya factura de corte clásico no le impide vuelos muy modernos, pegaso y aeroplano. Páginas entusiásticas se han escrito sobre ese hermoso poema—entre ellas una notable de Luis Beriso—y en ellas se alaba el dominio de la expresión y la fuerza imaginativa. Yo he leído con detención esos resonantes y ágiles versos que expresan un significativo «mito», y que juntan la gracia de las ficciones y metamorfosis antiguas a un tema que no puede ser más real, en las férreas y mecánicas tragedias de nuestros días: el naufragio del «Titanic». Una leyenda comentada por los diarios, a raíz de la pérdida de aquel colosal barco, dió motivo a que Del Solar escribiese su conmovedora y musical obra, y el poema surgió, digno del poeta y de la poesía.

Siendo Secretario de la Legación de Chile en la Argentina contrajo matrimonio con una distinguida dama de ese país, y formó un hogar suntuoso que, puede decirse, es el centro de reunión de los artistas de esa tierra y en el que Del Solar ha hecho todo lo posible por propender al acercamiento intelectual de ambas naciones.

A pesar del juicio de Ruben Darío, nosotros consideramos a Del Solaf como un representante del versificador a la alta escuela.

NARCISO TONDREAU.—(N. en la provincia de Coquimbo, en 1861).—Retirado hoy de la vida activa de las letras, fué ayer un maestro de la pasada generación lírica. Sus versos apacibles buscaban inspiración merodeando entre los lejanos templos del helenismo pagano. Tuvieron felices interpretaciones artísticas que hoy duermen bajo la indiferencia. Es autor del libro lírico *Penumbas*, y del poema *Los Balmacedonautas*.

* * *

Así como en los campos y en las poblaciones alejadas de los centros urbanos, existen rapsodas menesterosos de alma, cantores ambulantes de labio leporino, que eligen, para comentar en bien o mal cortadas estrofas, temas cazados de entre los sucesos o acontecimientos importantes que se producen a la luz pública, y con los cuales entretienen su flaco numen haciendo rimas *Al rodeo*, *Al nacimiento de tal niño*, *Al desborde del río tal*, *Al crimen de Loncoche* o al *Contrapunto entre un guardián y el poeta*, etc., etc., así también, en el seno mismo de las populosas y modernas capitales, existen *poetas* que, a falta de inspiración propia, se aprovechan de la celebración de cualquier fiesta nacional o extranjera, o de éste o aquél asunto puesto en boga por la historia o por los ciudadanos, para satisfacer su amor propio, dando a conocer en kilométricas y agudas composiciones en verso, sus cualidades fútiles y contumaces de vulgares versificadores.

Por esto, no es extraño verlos componer estrofas *A la Independencia*, *Al descubrimiento de América*, *A la Juventud*, *A la Instrucción*, *Al aviador Figueroa*, *Al Presidente electo*, *Al Cerro Santa Lucía* o *A la Exposición de animales*. Y esto con tono enfático, doctoral, olímpico, sin el menor átomo de novedad.

¿Esta debilidad es excusable siquiera en personas cultas, en intelectuales que han atravesado ya el litoral de los veinte años?

Estimamos que nó. Está bien que un colegial, empapado en las estrechas enseñanzas del primer año de literatura haga versos—así como los hemos hecho casi todos, allá en nuestra niñez, cuando el bozo era una leve insinuación de pelusilla de durazno sobre nuestro labio—conmemorando, desde la tribuna complaciente del aula escolar, la celebración de tal o cual aniversario glorioso; pero, no es justificable y si verdaderamente punible que, individuos de criterio ya formado, de edad que va camino de las canas y de cultura más o menos relamida—no diremos con títulos universitarios y experiencias artísticas—vengan a caer en la ignominia de tan mezquinas trivialidades.

A esta clase de poetas pertenecen muchos de los que van en esta Reseña. Por esta vez, no individualizaremos, limitándonos únicamente a estampar en este paréntesis nuestra protesta contra aquellos que hacen de la poesía una egoísta, satisfacción orgánica y del Arte una lamentable chacota cerebral.

Clemente Barahona Vega, Rodolfo Polanco, Manuel A. Hurtado, Ramón Escuti Orrego, José Angel Venegas, Rodolfo González (Flora Donoso Glez), Ambrosio Montt y Montt, José Ignacio Escobar, V. Marín Besoain, Luis Galdames, Tito V. Lisoni, Luis Martínez Rubio, Angela M. de Carvajal, Victoria Cueto, Eduardo Castillo Urizar, Manuel Varas Espinosa, M. A. García Zegers, Carlos Garrido Merino, Waldo Díaz, Wenceslao Castro Zamudio, Eduardo Grez Padilla, César Muñoz Ilosa, M. Poblete Cruzat, Hortensia Baeza de Bustamante, Samuel Fernández Montalva, Javier A. Urzúa, Félix Rocuant Hidalgo, Luis R. Boza, entre otros, fueron personas de talento que salieron de la mano, formando un solo cuerpo, durante un período de efervescencia lírica nacida no se sabe por qué influjo maligno, en «La Lira Chilena» y otras revistas de aquella época (1894-1905, aproximadamente). Todos escribieron versos más o menos románticos y sonoros y más o menos buenos y legibles; pero, pasado el entusiasmo adolescente, con su pecaminosa ambición de exhibicionismo, guardaron sus herramientas de trabajo y se entregaron en brazos de la vida práctica. Y aquel grupo se disolvió para siempre, tal como había aparecido: en un solo cuerpo, demostrando así que el Arte, la Poesía, fué para él una simple y egoísta satisfacción orgánica.

Por fortuna esta ráfaga de versorrea fué victoriosamente contrarrestada y deshecha por el espíritu moderno y verdaderamente artístico que Marcial Cabrera Guerra supo injundir a la revista «Pluma y Lápiz» (1902-1904).

A continuación se incluyen breves notas sobre algunos de estos ex-poetas, por haber desarrollado mayor actividad en nuestro ambiente literario.

CLEMENTE BARAHONA VEGA.—(N. en Santiago, el 12 de Octubre de 1863).—El señor Barahona Vega ha sido biografiado y bibliografiado como nadie en nuestra tierra. En «El Diccionario Biográfico de Chile», de Pedro Pablo Figueroa pueden buscarse datos y referencias sobre tan incansable escritor. Las obras que ha publicado desde el año 1885 en verso o prosa, con o sin ilustraciones y retratos, originales y traducidos, solo o en compañía, pasan de cuarenta.

Es todo un literato. Su producción ha sido exuberante y variada hasta el extremo de tratar las materias más disímiles. Más que como poeta se ha hecho leer como periodista, redactor de sesiones, crítico, narrador y traductor. Comedido y tesonero ha logrado distinguirse en diversas academias, sociedades, asambleas y comicios.

No es un poeta lírico, dicho sea con perdón de este conocido improvisador de versos salerosos. Sus estrofas suelen hacer reír con chistes de buena ley. Pero su lira tiene las cuerdas flojas. A menudo, desafina. Carece de estro, de ese «algo divino» a que alude Bécquer.

El señor Barahona es un gran cazador de frases. Ha practicado esta útil gimnasia taquigrafiando y redactando sesiones. Pesca al vuelo decires, proverbios o cantares y luego nos los presenta en un folleto.

Uno de sus méritos más simpáticos es el ser correspondiente de la «Société des Amis des Roses».

Al igual que su íntimo amigo don Leonardo Eliz, es un admirador de la rodología, y como tal ha escrito «La zamacueca y la rosa en el folk-lore chileno» (1910).

Ha publicado las siguientes obras poéticas: *Botones de rosas*, poesías líricas (1886); *Toques de clarín* (1901); *El kundimiento de la Esmeralda* (1904); *De brocha gorda y llaca* (1905), humorística, prosa y verso; *Entre ellos* (1912) y *Canto a Prat* (1914).

Para referir una de las más interesantes fases de la personalidad del señor Barahona Vega, hay que recordar que es miembro de la «Academia Mineira de Letras» de Juiz de Flora, la segunda metrópoli del Estado de Minas Geraes. Aún más: casi no hay instituto, centro científico o literario del Brasil que no le haya discernido el título de «miembro correspondiente». Es un brasilófilo. Presidentes de la República hermana y Ministros de Chile en Río le han escrito con elogio o le han tributado sus aplausos. En colaboración con Leonardo Eliz, publicó en 1903 la obra en prosa y verso, traducida del portugués, *Los cantos del sabiá*, que contiene bellísimas poesías de tropical esplendor. Ese mismo año tradujo también *Trovas y modinhas populares del Brasil*.

RODOLFO POLANCO CASANOVA.—(N. en Copiapó, el 25 de Octubre de 1866).—A los dos años de edad sufrió un ataque cerebral que le paralizó el uso de las piernas para el resto de su vida. Ha condensado esta desgracia suya en la conocida poesía *A mi silla*. Aunque el metro empleado, octosílabos, no es el más apropiado para el género serio,—ha dicho Pedro Antonio González,—esta poesía triunfa por la belleza y originalidad de las ideas y porque consigue hacernos vibrar intensamente.

Junto con González, de quien fué leal amigo, escribió sus primeras «cosas» en «La Vanguardia», periódico santiaguino. Con cuentos, poesías y artículos sueltos ha colaborado entre otros papeles públicos, en «Pluma y Lápiz» de Marcial Cabrera Guerra, «La Lira Chilena», «Los Lunes», «El Alba» de Montevideo, «La Revista» de Valparaíso y «Zig-Zag». También ha lanzado en la prensa numerosos artículos de crítica literaria. En «Nueve días de tren», publicó sus impresiones de viaje por el Sur.

Polanco desea ser ante todo, un poeta «sujerente». Es poco original: su poesía es refleja, de calco o imitación. Es un rememorador de Bécquer y de Heine.

En sus rimas, emplea de preferencia el asonante, y al menos en la forma se acerca a Bécquer más que a Eduardo de la Barra. Su estrofa es ligera, armoniosa, fugaz. Agradable de leer, en una palabra.

En 1913, publicó una *Ojeada crítica sobre la poesía en Chile*, folleto que contiene un estudio de nuestra poesía a partir desde Salvador Sanfuentes (1842). Sin pretensiones de ser un pontífice o un trascendental a lo Max Nordau, sus apreciaciones suelen ser justas. Sólo en un caso fué partidario: agredió a Pedro Prado, porque no usa los antiguos, gastados moldes. Mas olvidó decir que Prado tiene (sea o no retóricamente imperfecto) su molde propio, y en él vacía hermosas concepciones. Con todo, Polanco no se complace en propinar el zurriagazo inquisitorial. No pertenece a alguna sociedad de elogios mutuos, orales o escritos, ni al gremio de los pescadores de imperfecciones literarias,—como dice Manuel Ugarte,—que hacen hincapié en pequenezes gramaticales o retóricas con el vedado propósito de ocultar lo que encuentran de bello o de sincero dentro del arte más puro, al través de una obra, de una página, o en la vida de un poeta.

JAVIER URZUA SILVA.—(N. en Curicó, en 1874).—Es autor de un pequeño volumen de poesías, *Notas ligeras*, cuyas estrofas se suceden con esa conocida simetría monótona del cartabón retórico. Sin embargo, emana de sus versos cierta simpatía propia del que escribe sin pretensiones. Escribe y aún publica, por simple sport intelectual, composiciones bien cortadas y bien terminadas y como concebidas

de antemano para declamarlas buscando un efecto inmediato, ocasional y pasajero: el aplauso del público.

Urzúa es un feliz improvisador de versos de ocasión: versos de álbum, a la muerte de un gran poeta, a la muerte de un amigo, con motivo de un cumpleaños. En otros términos, versifica por compromiso y por consideraciones de carácter extrínseco a la poesía genuina que fluye espontáneamente de lo profundo del yo, del propio temperamento lírico, con sus sensaciones individuales y únicas, lo que necesariamente ha de dar una nota nueva en la enorme e ilimitada sinfonía de la poesía personal o lírica.

MANUEL POBLETE GARÍN.—Armando Donoso en su «Parnaso Chileno» dice de este poeta: «Verdadero y hondo estudio; realidad, belleza y originalidad suma, revela en todas sus composiciones, Poblete Garín. Cuadros realistas, engalanados con lo pulido y bello de la frase: maneja el castellano con soltura y precisión, modelando sus conceptos a medida de la inspiración que guía su pluma». Publicó: *Poemas del amor y de la muerte* (1905).

EDUARDO GREZ PADILLA.—(N. en Molina, en 1875).—Es verdaderamente sensible que la jerga forense y el viciado ambiente de los tribunales, hayan malogrado las hermosas disposiciones artísticas de este escritor. ¡Cuántos han nacido poetas y han debido revestirse de una áspera corteza de prosaísmo para que no los sorprenda y vitupere el Vulgo!...

Ha publicado los siguientes libros: *Mis versos* (1894); *Mis dioses* (1896) y *Hacia la cumbre...* (1916). Este último volumen de poesías hubo de publicarlo con el anagrama de *Rodriquer Pallala*, cediendo al lamentable prejuicio, propio de gente estúpida, de que el ser poeta o literato está reñido con las solemnes funciones de la abogacía. Es cierto que entre nosotros forman legión los abogados que escriben y alegan en estilo árido, seco, vulgar. Saben mucho; pero su redacción rastrera, desprovista de concisión y elegancia, a nadie sorprende ni cautiva, y rara vez logra sacudir la explicable modorra de los pacientes señores magistrados...

Hacia la cumbre... es una colección de versos románticos, escritos con vehemencias cálidas y tropicales. Está dedicado el libro a Emma Ortiz, bella artista del canto, que inspiró al poeta una pasión extremada, loca, romántica. Las estrofas de Grez Padilla son fáciles, fluidas, caudalosas, escritas al correr de la pluma, con espontaneidad notoria y evidente. Ha llenado los moldes clásicos, especialmente sextinas y décimas, con una facilidad digna de mejor aplicación. Es como si el autor poseyera un tonel de vino añejado y fuera llenando copas, hasta el borde, ni una gota más ni una gota menos. Pero el autor parece no tener noticias de los nuevos rumbos de la poesía lírica, ni remotamente. Así sus versos suenan hoy como notas de música demasiado sabida: «Tosca», «Sobre las olas», «El Vendedor de pájaros»... Y eso que Eduardo Grez Padilla escribe sus versos con más talento que algunos de los autores de su generación.

TITO V. LISONI.—(N. en Santa Cruz de Curicó, en 1876).—Con sus poesías y prosas literarias ocupó un sitio prominente en la revista «La Lira Chilena», la «Revista Nacional» de Buenos Aires y otras publicaciones chilenas y extranjeras. En su labor poética no hay mucha emotividad; predomina en ella un esfuerzo cerebral vigoroso, especialmente en sus composiciones de índole civil y doctrinaria.

Ha realizado una labor enorme tanto en la prensa (artículos literarios y jurídicos), como en pro del conocimiento recíproco de las repúblicas novo-mundanas, singularmente respecto de Venezuela, Centro América y las Antillas. Actualmente es Cónsul General de Venezuela en Chile y Decano del Cuerpo Consular de Santiago. Ha recibido numerosas condecoraciones y otras distinciones honoríficas.

Ultimamente ha escrito una «Portada» para un libro de versos del poeta venezolano Nerio A. Valarino. En ese prólogo dice entre otras cosas: «La juventud americana aún se siente libre de esa presión de utilitarismo que domina en nuestra época. Egregios cultores hablan a las musas, llegan a ellas como un sacerdote frente al altar. El ruido que pasa no interrumpe la oración terrorosa y las lámparas del templo siguen derramando torrentes de luz sobre las cabezas devotas.—En Santo Domingo, Fabio Fiallo hace cantar al ruiseñor, cerca de las flores del sendero, las tristezas del amanecer y nos habla de la amada querida y eterna; en Venezuela, Andrés Matta, Pedro E. Coll, desparraman el incienso vaporoso ante la imagen del amor y de sus castidades divinas; en Colombia, Julio Flores ilumina las almas con el fulgor de sus cantos apasionados, de sus arrobamientos y de sus expansiones; en el Perú, José Santos Chocano, arrebatada el acento a las epopeyas y con él desafia el rugido de las tormentas oceánicas; en Chile, Víctor Domingo Silva, inspirado en las solemnidades de las pampas, la voz del desierto y los gritos airados del paria, hace vibrar los espacios con ritmos insuperables; Leopoldo Lugones, en la Argentina, con vibrantes apóstrofes, endiosa al caído y al que sufre y proclama los apogemas de la Igualdad.—Toda esta poesía, todo este nervio que campea en las cimas nos transporta a regiones elevadas, nos hace pensar intensamente y

nos convence de que en el regazo del Sagrado Monte arde la luz de las vestales y vive el espíritu que engendra anhelos impecables.—La poesía americana tiene mucho exotismo, de originalidad propia de la tierra. En ella la voluptuosidad del sentir, el vigor del temperamento, la frase morbida, que traduce los estados del alma, reflejan sus tendencias y le dan ese sello característico del ambiente que nos envuelve, de la donosura de nuestros cielos y de nuestros panoramas.

FRANCISCO ZAPATA LILLO.—Publica de vez en vez algunas poesías, o como quiera llamárselas, en la prensa diaria. No es un poeta, a pesar de que Manuel Ugarte lo incluye como tal en *La Joven Literatura Hispano-Americana* y exonera de ella a Ernesto A. Guzmán, Samuel A. Lillo, Pedro Prado y a nuestros mejores poetas, demostrando así el valor respetable de su obra.

LUIS A. ZAMORA.—(N. en 1879, en Tomé).—Abogado. Los escasos poemas que le conocemos nos hablan de un espíritu hondamente pensador y anhelante de descubrir el misterio de las cosas en su dramática inmutabilidad. Hace tiempo, nada sabemos de este rimador.

CLAUDIO BARROS.—Como poeta clásico tiene brillantes aptitudes. En el molde sólido y trabajado de sus versos suele vaciar hermosas ideas con tal fervor de artista que consigue desvanecer la frialdad que caracteriza a las obras clásicas. Su bella poesía «Amor» fué merecidamente premiada en los Juegos Florales Cervantinos que se celebraron en Abril de 1915.

RAMON L. HENRÍQUEZ.—(N. en Talagante, 1881).—Hacia los años 1888-1902 frecuentó los corrillos literarios y escribió versos plenos de fervoroso romanticismo. Fué uno de los jóvenes escritores concurrentes al cenáculo «El Bohemio», cuyos «tétes literarios» se verificaban en casa del atildado escritor don Augusto Orrego Luco. A aquellas veladas memorables, que contribuían a dar carácter a la época literaria santiaguina a que aludimos, concurrían Diego Dublé Urrutia, Antonio Orrego Barros, Federico Gana, Arturo Ambroggi, Luis Gana, Claudio Barros y algunos otros. Este Cenáculo Literario publicó una revista, «El Bohemio», de corta duración.

También formó parte Henríquez de la «Academia La Juventud», junto con Oscar Sepúlveda y Guillermo Labarca Hubertson. Dicho instituto fundó la revista «La Ilustración», que fué continuada por los hermanos Poblete Cruzat y casi tuvo tanta simpatía en el público como sus contemporáneos «Pluma y Lápiz», de Cabrera Guerra, e «Instantáneas», de Augusto G. Thomson.

Con el escritor y poeta Luis Martínez Rubio, dirigió Henríquez la revista «El Búcaro Santiaguino», ilustrado por el dibujante Luis Gutiérrez. También dirigió la revista «La Aurora», destinada como otros semanarios ilustrados de aquella época, a divertir a la gente con caricaturescos de las costumbres santiaguinas.

Es interesante un momento de charla con personas como Ramón L. Henríquez que en tiempos mejores demostraron buenas disposiciones para el Arte y que, absorbidos hoy enteramente, por el prosaísmo de la vida práctica y profesional, no escriben, no sienten ya el estremecimiento lírico, y se limitan a recordar sus viejos versos... En este caso se encuentra Carlos Villalón Lillo, que figuró en el movimiento literario promovido por la revista «Chantecler» de Concepción. Así ha abandonado las bellas letras Luis Galdames, autor del libro poético *Savia Joven* (tanteos poéticos), acaso el mejor de su época y que abrumado hoy por sus tareas educacionales, quiere echar al olvido su obra de versificador. Así también Lisandro Santelices, autor del volumen *Tierra Virgen* (1907), que ya no escribe sino la prosa del papel sellado y que a ratos suele acordarse de sus versos de otro tiempo.

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR R.—Bardo temporero, de ocasión. Se dió a conocer como poeta épico en la «Lira Chilena» allá por los años 1898 a 1900.

Su «Oda a la Independencia de Chile» obtuvo el primer premio en el Certamen abierto por dicha Revista. También su oda «Ofrenda a Chile en el Aniversario de su Independencia» obtuvo el primer premio en el Concurso celebrado por «La Ilustración», semanario santiaguino de arte y literatura. Como se puede colegir por estas fáciles marcas de consagración, Escobar era un especialista en enfermedades patrióticas, que hoy están desterradas en absoluto de nuestras clínicas literarias.

En 1904 publicó su primero y único libro *Flores Silvestres*, con prólogo de Luis Orrego Luco. Cincuenta y tantas composiciones líricas forman este tomo que agradó mucho en aquel tiempo en que el ambiente estaba estragado de un romanticismo a la Musset. Los versos de este volumen son sonoros, bien modelados, puros y sin pretensiones. Nada más.

La política absorbió a Escobar sus buenas disposiciones para fabricar literatura. La vida práctica, la rutina, el dinero y la natural propensión humana a la estabilidad y conservación de la especie, le han hecho dedicarse de lleno a la carrera de las leyes, en la que ha obtenido algunos triunfos. Tanto mejor para los artistas y para él mismo.

Ultimamente ha dado un paso más hacia la cumbre de sus ensueños de hombre: ganó una campaña electoral que le hizo Diputado del Departamento de Santiago.

Ojalá triunfe en los estrados del Congreso y en Los Tribunales de Justicia, ya que no tuvo vocación y recursos suficientes para hacerse glorificar en los sagrados templos de Apolo.

EDUARDO CASTILLO URIZAR.—(N. en Santiago, el 13 de Abril de 1881).—Ha colaborado en «La Lira Chilena» y «La Revista de Chile». Usa el pseudónimo «Eseu».

Su profesión de Abogado le impide dedicarse al arte, como él lo deseara.

En 1913 sacudió el polvo de sus olvidados manuscritos y publicó un pequeño volumen lírico con el título de *Flores Silvestres*.

El estilo de Castillo U., aunque más baldío de giros poéticos, es muy semejante al de Luis Galdames y José Ignacio Escobar: sencillez de concepto y expresión; nada de prodigios métricos ni de históricas contorsiones del lenguaje. Mas, también poca novedad, ninguna originalidad. En todos ellos las concepciones y los ritmos se sujetan al cartabón de todos aprendido, a los viejos cánones retóricos. De esta disciplina, es lógico, resultan composiciones correctas, simétricas, homogéneas; pero, como contienen otro y otro *leit-motiv* ya conocido, no tocan ninguna nueva fibra del sentimiento, no descubren en los repliegues de las almas emociones no sentidas aún, aún no vistos azules horizontes, aún no perseguidas fantásticas quimeras. Con todo, Castillo Urizar merece los elogios que se le han brindado. No es un profesional borronador de carillas y escribe por mero pasatiempo espiritual, sencillamente, sin pretensiones.

Es de sentir que las exigencias de la vida le hayan desviado del florido sendero por el cual empezó a deslizarlo su temperamento artístico.

* * *

Por fin, vienen otros que han aparecido simultánea o posteriormente al grupo mencionado. Muchos no son casos perdidos: trabajan tenazmente y de vez en cuando demuestran tendencia a renovarse o morirarse. Otros, los menos, aun cuando están en el vigor de la juventud, demuestran cansancio y estagamiento.

LUIS BETTELINI MONTENEGRO.—Poeta bohemio, atormentado en forma extraña por la suerte. Sus rudos y originales bagajes poéticos han sido averiados por el abrupto vivir que no le da más tiempo que el necesario para salvar el cuerpo de las zozobras del mundo. Ha publicado tres libros de cierto mérito literario.

MIGUEL LUIS NAVAS.—Publicó en «Zig-Zag» algunas bellas composiciones que revelaron más de lo que se esperaba de una firma desconocida. Hoy, nada se sabe del poeta. Posiblemente se lo han tragado las preocupaciones de la vida práctica.

JUAN A. ARAUS.—(N. en Valparaíso, en 1875).—Es poco conocido como poeta, aunque su labor es considerable.

Sus versos, algo disparejos, cantan la vida suburbial y oscura de los pueblos, desentrañando con robustez y naturalidad la miseria de los conventillos, el dolor de los hospitales, la vida de los bohemios que atormenta la suerte, la labor fatigosa de las bestias y todo aquello que, como las injusticias sociales, sublevan su espíritu forjado en las luchas humanas.

Sus poesías, ante todo, son humanitarias y racionales. Vibra en ellas un temblor inconfesable de indignación socialista de pacíficas reflexiones, sin arrebatos de destrucción ni gestos amenazadores de vivido anárquico.

En moldes románticos, a veces, y de corte moderno, otras, pero siempre con desaliño, muestra el dolor plebeyo en la herida fresca de un verso, con la humildad y paciencia de los que esperan conmover por las lágrimas antes que por la bruta imposición de la fuerza.

«Carne de los rieles», «Bestias de carga», «En los hospitales» y «El desfile interminable», son las poesías que ponen más de relieve la personalidad modesta de este poeta salido al escenario público con el criterio artístico ya maduro y definitivo.

TOMÁS GATICA MARTÍNEZ.—(N. en 1881).—El novelista, el escritor galano y valiente, prima sobre el Poeta.

A los diecinueve años publicó su primer libro de poesías *Ensayos Líricos* (1900), obra estimulada con frases ardorosas por algunos distinguidos intelectuales de su época.

Libro incipiente es éste con los defectos y virtudes de los primeros frutos de un corazón adolescente. Un romanticismo puro y bien intencionado vacía sus sentimientos de humanitarismo, de amor y de sinceridad, en el molde de robustos versos a veces desperfeccionados por conservar la integridad, el puritanismo de las ideas.

En 1904 publicó *Pensativas*, continuación de la obra anterior, que demuestra el afán del poeta por los antiguos cartabones y el avance de su poesía por los caminos del perfeccionamiento y de la corrección. Un amargo escepticismo empapa los versos de este volumen apasionado y doloroso. A veces provocan una sonrisa de tristeza los temas infantiles, casi ingenuos, de algunas de sus composiciones que, tanto por los caracteres que se insinúan en sus diálogos, como por la forma en que expresan sus pensamientos, nos hacen recordar las narraciones caseras y mansas de Juan de Dios Peza.

En 1908, lanzó a la luz pública su novela *Gran Mundo*, en la que hace un estudio a grandes rasgos de la alta sociedad chilena, hurgando sus defectos, analizando sus costumbres, como un fino moralizador que no recurre al ataque violento y escandaloso del insulto y de la debelación sino a la ironía velada y a la picardía escocedora, indirecta, del crítico noble.

En 1913, obtuvo un espléndido triunfo con su nueva novela *La Cachetona*, triunfo intelectual y de librería que vino a afianzar sólidamente sus cualidades propias del escritor de costumbres nacionales.

Como *Gran Mundo*, este libro ha alcanzado fuertes aplausos y ruidosas censuras: los primeros, de aquellos que estiman la obra de un escritor por la índole y valentía, por el mérito moral, por el origen, los efectos y la sincera naturalidad con que ha sido modelada; las segundas, por aquellos envidiosos que nunca faltan en las esferas periodísticas y por aquellos que miran en los personajes de la obra el reflejo de algunas de sus flaquezas, de sus sentimientos mezquinos, o la impudicia de alguna protuberancia que deforma su físico.

De algunos defectos, superficiales, de segundo orden, en el desarrollo del tema, adolece *La Cachetona*, pero estos defectos se olvidan, se perdonan ante la bien conformada plasticidad anímica del carácter de sus personajes, que se mueven con pasos frívolos, indiferentes, en la escena de las frases, pero que, por esto mismo, adquieren profundo relieve de psicología para el observador.

Como periodista, Gatica Martínez, ha hecho una gran jornada.

En 1900 fué Director de «La Revista de Chile». En 1902, perteneció a la redacción de «El Chileno», de Santiago. En 1904, dirigió «La bandera de Chile», semanario de corta vida, cuyo editor fué el inteligente sociólogo y abogado italiano, Enrique Piccione. Y, por último, desde 1906 pertenece al personal de colaboradores de «El Diario Ilustrado».

Ha publicado trabajos en verso y prosa en las revistas y periódicos más importantes del país. Ha ensayado también, pero lamentablemente, el género festivo, y hecho representar algunas obras teatrales con éxitos y fracasos sucesivos.

Fué director de la revista «Zig-Zag».

EDUARDO VALENZUELA OLIVOS.—(N. en Santiago, el 4 de Enero de 1882).—En 1909 publicó su primer libro *Infantiles* en el que aparecen recopiladas algunas composiciones poéticas que publicó en diversas revistas literarias. Es autor de un segundo volumen de versos: *Toques de clarín*.

Ha cultivado con preferencia la poesía lírica, en estilo sencillo y fácil, dedicándose al género descriptivo, especialmente a cuadros de la vida íntima del hogar.

Ha hecho representar varias pequeñas obras teatrales, entre ellas su monólogo «El repórter», su comedia «Veraneo en Zapallar» y un diálogo «Consulta médica», representado con gran éxito.

Además, ha escrito otros juguetes cómicos y diálogos en prosa y versos, como el intitulado «El último día».

Toda su obra es liviana, sin pretensiones, y como tal, perecedera. Sus versos son sentimentales; cultiva el género criollista con mucha propiedad y elige asuntos conmovedores de la vida dolorosa de la gente del pueblo. Describe sin artificios y sin protestas, desentrañando imperturbablemente las miserias y sufrimientos que masca la pobreza frente al capital.

En casi toda su obra lírica campea en forma visible la influencia de Juan de Dios Peza y de Manuel Flores.

RAMÓN ANGEL JARA R.—(N. en Malloco, en 1884).—Según su propio decir «ha escrito sus composiciones en momentos de alegría o de pesar, jamás por inspiración».

Ante todo es un rimador. Su producción es fácil y adolece de cierto sello de vulgaridad. Ni los poetas de Francia ni los de Hispano América lo han influenciado en forma alguna visible.

Sin embargo, entre sus numerosos trabajos impresos, puede encontrarse alguno que revela al inspirado momentáneo.

GUSTAVO MORA PINOCHET.—(N. en Concepción, en 1885. M. en Santiago, en 1915).—Formó parte de la Academia Literaria «Eduardo de la Barra», de perdurable recuerdo y de la que salieron poetas y escritores de tanto talento como Carlos Mondaca, Leonardo Penna, Alejandro Andrade Coello y muchos otros.

Publicó sus primeros trabajos en diarios de provincia, en los que figuró con poesías y cuentos criollos de escaso mérito.

Fué sin disputa el literato más laborioso de la presente generación, tanto que, agotados los temas propios de su temperamento artístico, bajó con frecuencia en busca de ellos a las regiones más inadecuadas y menos espirituales, componiendo versos sin ninguna novedad y de abominable gusto a «El cigarrillo trigo», a «El pequén» y a otros asuntos de mezquino interés.

La fecundidad asombrosa de este autor, perjudicó considerablemente la buena disposición literaria que había revelado en algunos de sus trabajos poéticos. Con más observación de la vida real de la naturaleza y de los hombres, y menos complacencia de los directores de diarios y revistas que le habían abierto las puertas de una popularidad inmerecida, bien pudo colocarse en el grupo de nuestros intelectuales y abandonar su carácter de simple «aficionados» como él mismo se solía llamar.

Sus poesías, de clásica factura, tienen a veces inflexiones dolorosas y erguidas, pero, en la mayoría de ellas, después de rastrear por entre un prosaísmo desesperante, concluye con añejas epifonemas románticas, forzadas y fútiles, indignas de esta época en que el pensamiento va camino de la realidad en su aspecto más severo.

En Diciembre de 1909, publicó su primer libro, *Melancolias*, que la crítica trató con más benevolencia que sinceridad. Como su título lo revela, muchas de las producciones de este libro, frutos de la época infantil, son de índole sensiblera, impropia de «la edad del juego y de la risa».

Pero donde este poeta alcanzó un pequeño triunfo, fué con su colección de *Traducciones del famoso poeta italiano Olindo Guerrini (Lorenzo Stecchetti)*, publicada en 1910.

La crítica oficial, con justicia, recibió bien este libro, tanto por tratarse de una obra de cierto mérito, como por ser vertida del original de un autor extranjero de indiscutible reputación.

El joven escritor Félix Nieto del Río, ha asegurado en un artículo que su autor llega hasta superar al poeta italiano en el soneto de la página 152, de dichas traducciones. Nosotros reconocemos la habilidad mecánica de G. Mora para traducir el italiano, pero estimamos que las ideas, la idiosincrasia de la poesía de Stecchetti ha perdido su refinamiento con la traducción de aquél.

A fines del mismo año de 1910, publicó un tercer libro de poesías con el título *De mi vergel*, que pasó a la posteridad envuelto en la indiferencia que provocan las obras anticuadas y chirles.

Por último, en 1911, dió a la publicidad otro libro de traducciones de diversos poetas italianos, entre los que figuran Leopardi, Carducci, Pascoli, Prati, Stecchetti, Tussiuato y otros menores, con mejor aceptación y de más mérito que la obra anterior.

Tenía en preparación una novela, *Vida íntima*; otro libro de versos sobre asuntos nacionales, *Pequeños poemas*, y continuaba la *Traducción de D'Annunzio y Ada Negri*. En este campo de las traducciones era donde esperábamos que lograría figurar con brillo.

Pero, en 1915, a principios de año, murió abandonado de todos en la Casa de Orates de Santiago.

Eterna paz al poeta vencido por los vértigos del mundo y las locuras irresponsables de la carne.

Nuestro recuerdo, siempre piadoso ante el castigo de la muerte, velará mucho tiempo el sepulcro de este modesto compañero de cruzada, a quien la Vida reventó en sus brazos asesinos y voluptuosos y para quien el Arte no tuvo nunca una verdadera caricia fraternal.

PEDRO A. MACUADA OVIEDO.—Es un desertor de la poesía.

Como Federico Zúñiga, sus primeros tanteos literarios eran reveladores.

Empezó a publicar delicadas poesías al estilo de Gutiérrez Nájera, en la revista «Zig-Zag». Muy aplau-

didada por la juventud intelectual de hace algunos años fué su «Lulú», breve poema en que relata en sentidas estrofas endecasílabas, la historia de «una diosa maga de los suntuosos templos de la orgía».

JULIO C. BARRENECHEA.—En «Zig-Zag» hemos leído algunas de sus composiciones líricas, reveladoras de un temperamento artístico delicado, aunque sometido a las limitaciones de la añeja poesía clásico-romántica.

LUIS A. UNDURRAGA.—(N. en Santiago, en 1885).—La labor de este poeta modesto y sutil es considerable y se conserva inédita en su mayor parte. Sus poesías bien podrían ocupar tres tomos. Distínguense por la diafanidad clásica de su estilo, que a veces, desgraciadamente, rueda en lo prosaico, y por la emotividad filosófica que las mueve en una zona de optimismo sincero y perseverante.

Su pequeño poema «Absolución» acusa, tanto en la forma como en el fondo, cierta influencia del inmortal autor de «El Monje», Pedro Antonio González.

Son dignas de ser mencionadas muchas de sus poesías, de entre las cuales «Mi Bohemia», que, por ser la más fiel y honda manifestación de su temperamento artístico forjado en el estudio y la observación intensa de la vida y las cosas, lo coloca sobre una plataforma de sano prestigio y pureza de sentimientos humanitarios.

Obtuvo una recomendación en los Juegos Florales de Valparaíso, en 1911, por su hermoso trabajo lírico «Ideas», de fondo filosófico y estilo correcto y sencillo.

La publicación en un libro de sus mejores poesías, sería una nota nueva y grata en nuestros anales literarios.

CARLOS SOTO AYALA.—(N. en La Serena, en 1886).—Es pedagogo en castellano. Siendo muy mozo publicó un toleto de versos: *Sensitivas*, no mal recibido en su pueblo. *Literatura coquimbana*, es el título de diversos estudios biográficos y críticos, de los literatos de la provincia de Coquimbo, obra de la cual ha visto la luz sólo una parte. Es autor de los poemines regionales: «La huérfana», «Chalalupang», y «Nuevos rumbos».

Su estilo entronca con el de la generación romántica. Su manera poética se acerca más a Guillermo Blest Gana que a algunos de nuestros «nuevos». La técnica de sus estrofas no es descuidada, mas, en los motivos de sus trabajos no se descubre novedad. No es un virtuoso ni un trascendental; pero, su decir es fácil y correcto, y el sentimiento que fluye de sus renglones es siempre puro hasta la castidad.

En Concepción, fundó hace tres años la revista de arte «Ideales», que nació al morir esa otra también simpática revista que se llamó «Chantecler». Muy loable es la labor didáctico artística que actualmente realiza entre un núcleo de jóvenes intelectuales de Concepción.

FELIPE ACEITUNO.—Ha escrito pocas, pero sentidas estrofas. Es todo un temperamento artístico, que por simple inopia, se mantiene casi inédito y casi anónimo.

Es autor de las composiciones «Mares y naves», «La guitarra» y otras que los amigos de este poeta hermético se saben de memoria.

CESAR HERRERA.—Es un poeta hipotético, patrioter y rutinario, que ha adquirido cierto renombre en Taena y pueblos del norte, por haber obtenido el premio de honor en los primeros Juegos Florales celebrados en esa capital, el 4 de Abril de 1915, con su trabajo lírico «El Cóndor».

Maneja el verso con soltura y cierta elegancia que dan un realce artificioso a la oquedad de sus ideas ramplonas y añejas. Herrera, a juzgar por su verborrea de romántico petardista, debe pertenecer a la parvada de poetastros que hace veinte años, más o menos, en tumulto afeminado, inundó los reducidos de la prensa nacional.

Los poetas como César Herrera y tantos otros congéneres, no deben ser considerados como tales, pues carecen de inspiración propia, de fuego interior, de esa divina esencia que no necesita incentivos deleznales para poder perfumar.

Vivimos en una época muy distinta a la que respiraron nuestros abuelos. Son pocos los rezagados y a éstos, me refiero a los malos, a la hez antigua, hay que demoler. Pasaron ya los tiempos en que los poetas melenudos y sublimes, desde lo alto de una roca, salpicando humedad con los labios, lanzaban desaforados sus tremebundas odas al progreso, al águila, al genio de la Gloria, a las cumbres de los Andes, al océano, a la imprenta o a las víctimas del terremoto.

Hoy la poesía ha cambiado profundamente de rumbo.

Ya abandonó sus aberraciones etéreas, sus epilepsias incontinentes de falsa altura, sus cascabeleos de palabras vacías, para detenerse en los olvidados problemas de la tierra, en las manifestaciones sutiles y diminutas de la vida vulgar, en las pasiones que agitan el espíritu humano, en la filosofía que emerge de los menudos cuerpos que pueblan los caminos, en las torturas y placeres que surgen del alma bajo nuevas envolturas, en las miserias y en los vicios del universo, y en los multiformes delirios que la ciencia y el estudio prenden en las pupilas ávidas del soñador.

Y porque César Herferra D. no profesa las religiones de esta poesía, que es la natural, única y moderna, consideraremos que no es poeta o es un poeta hipotético, como muchos de los que figuran en esta reseña de nuestra obra.

CARLOS A. JARA R.—Ha dirigido varias revistas, entre las cuales recordamos «Papel y Tinta» y «Copihue Rojo». Sus versos son vigorosos, sin cerebralismo, como producto de un corazón sentimental. No tiene pretensiones: canta y su poesía encierra emociones vaciadas mansamente, sin acudir a la tortura de una inspiración forzosa. El defecto de sus versos nos habla a lo vivo de su espontaneidad.

ANTONIO BAUZA.—(N. en 1888).—En 1910 publicó *Vibraciones*. En el prólogo de este volumen lírico dice Ignacio Verdugo: «Por todo el libro pasa un soplo de tristeza y de apasionamiento que nos hace pensar que, en el fondo del espíritu del poeta, hay algo más que angustias de juventud... Hay toda la amargura de la vida».

Así canta al paisaje y la selva como las tristezas del paria y del indio. Sus décimas recuerdan a las de Núñez de Arce, por su vigor, precisión y solidez lapidaria.

ARMANDO ROJAS MOLINA.—(N. en Vicuña, departamento de Elqui, en 1889).—El lirismo de Rojas Molina no significa una nota nueva en nuestro concierto poético. Es un seguidor de Pedro Antonio González. Algunos de sus versos se acercan tanto en su fisonomía a los del gran bardo, que dudamos pueda sacudirse de su enorme influencia lírica y darnos los elementos distintivos de un estilo propio. Con todo, se presiente en él—como álguien lo ha dicho—«un poeta de cepa nueva y robusta por su viva desnudez introspectiva y sugestionante evocación».

Este candidato a artista es un eterno descontento de su obra. Escribe una tirada de versos; los corrige; borra la mitad; cercena y estruja los que quedan, en busca de la esencia. Así le resultan composiciones de frases cortadas, breves, lacónicas. Entre líneas se traduce cierta pretensión de encerrar en cada verso todo un poema.

La publicación de su primer volumen poético, *Las flores de mi huerto*, originó un incidente.

Nuestro autor reunió en un folleto de cincuenta páginas aquello de sus versos más corregidos, más limados. Como perros al bofe, cayeron los críticos sobre el cuerpo del delito.

Uno le dijo: «No valía la pena hacer gemir los tórculos de la prensa con estas naderías poéticas». Otro le echó en cara que no burilase rimas tan maravillosas como las de Gustavo Adolfo Bécquer. Otro, más cruel, le dijo poco más o menos: «Ud. tomó dos versos perfectamente buenos... pero ajenos, y como se trataba de sorprender al lector, los adulteró y plagió sin más trámite». Otro, más osado, al dispensarle el honor de leer una de sus composiciones, entendió «cinco moros» en vez de «sicomoros» y esto so pretexto de hacer un chiste.

Ante esta carga cerrada, Rojas Molina, tuvo un gesto de orgullo. Rabiosamente arrancó de su folleto aquellas páginas que con razón o no estigmatizó la Sátira, y lanzó en veinticuatro horas una «segunda edición corregida» de su libro, esta vez reducido a quince páginas de versos y seis páginas más, que contienen un artículo candente denominado: «Mi respuesta a los críticos».

En su afán de reducirse, de seguro, Rojas Molina quedaría más satisfecho si pudiera reeditar su artículo convertido en esta sola frase: «Mis detractores son unos asnos: no gustan de manjares, sino de trapos y papeles».

La prosa de Rojas M. está muy por encima de sus versos. Ha dado a la prensa artículos políticos, entrevistas e impresiones literarias que han llamado la atención hasta de aquellos que censuran «sus flores».

ALAMIRO MIRANDA AGUIRRE.—Casi ningún dato personal hemos logrado obtener respecto a este poeta que en 1908 se nos presentó con un tomo de versos *Nimbos*, empapados de sentimiento estudiantil y de mediocre valer literario, no obstante algunas de sus composiciones que revelaron un temperamento poético prejuiciado por el aula escolar, pero propenso a una cercana evolución ascendente. En

este libro, el autor vació sus ensueños de adolescente, cincelados más por esfuerzos del corazón que por madurez del cerebro. Por eso sus versos son sencillos, sin afectación y fáciles. Más tarde le hemos visto figurar en «Zig-Zag» y otras revistas nacionales con bellas poesías que han venido a confirmarnos la idea que nos sugirió su primer libro. Hace tiempo que nada sabemos de este autor. Parece haberse alejado de las letras, para contraerse de lleno a desempeñar un cargo público en la capital del departamento de Elqui.

JUAN CARRERA.—Espíritu exquisito, fuertemente moderno. Su poesía tiene movimientos pensantes y gira dentro del círculo dorado del simbolismo. Ha publicado en la prensa algunos juicios críticos sobre arte, que demuestran una sólida y substanciosa preparación.

ALAIDE JORQUERA DE ROMERO.—En los certámenes organizados por el Ateneo de Santiago y por la Sociedad de Lectura de Señoras, a principios de este año, conquistó el primer premio con su poema «Las palomas de la paz», revelador de buenas dotes literarias. Nada más conocemos de esta joven poetisa que reside en Valparaíso.

JORGE E. SILVA S.—(N. en Santiago, el 2 de Enero de 1892).—Con diversos pseudónimos ha desparramado su producción poética en diarios y revistas, tanto del país como del extranjero.

No ha publicado ningún volumen de poesías, y, según su propia expresión, no piensa hacerlo, salvo que algún editor le compre sus versos con tal objeto, lo que por mucho tiempo más será aquí imposible.

Silva ha escrito una serie de hermosos *poemas bíblicos*. Son breves, gustables, de factura genuinamente moderna, saturados de un misticismo sano, del que puede decirse que por sí solo constituye la mejor censura de la sensiblería fanática. Estruja y comprime hasta dar la esencia. Si escribiera menos prosa, laborara más el ritmo, acaso pudiera arrojarlos a puñados granos de oro.

VICTORIA BARRIOS.—Poetisa serenense.

Desde 1906 ha escrito en verso y prosa con el pseudónimo de «Pasionaria» en diversas revistas de arte y periódicos de su pueblo («La Tribuna», «La Idea», «Penumbas») y en diarios de Santiago.

¿Su escuela?—Ninguna.—«Nunca he tratado de clasificar mis versos y ni siquiera de examinarlos detenidamente»,—ha dicho en una autobiografía que, aprovechándose de un extravío postal, un indiscreto publicó.—En el Ateneo, la señorita Barrios ha arrancado con sus versos, sonoros aplausos, la mitad de los cuales se han debido, sin duda, a su juventud y simpatía, que son *fashionables*.

Titulada en el Pedagógico, de profesora de Castellano e Inglés, se dirigió en Noviembre de 1913 a Londres, donde perfeccionó sus estudios en el idioma de Byron.

Sus concepciones, que suelen ser de algún aliento, no son una nota nueva en el común ambiente; pero sus pensamientos respiran pureza y simpatía.

JUAN ROJAS SEGOVIA.—(N. en Ercilla, en 1893).—Su obra publicada *Alma Prisionera* (1913), es una serie de poemas en prosa. Ellos revelan un poeta. Es increíble que un muchacho de veinte años pueda enseñar tanta filosofía vivida. No sonríe. Sus frases destilan tristeza, amargura, espiritual amargura. Parece observar la vida a través de un cristal ahumado. No es como los bohemios de Mürger que la miran alegremente a través de una copa de rubio champagne. Pero ese dolor le encumbra a una región de serena poesía: desea, como él dice, hacer libros dignos de los dedos de rosa, para que los comprendan las almas que sufren y aman, sueñan y deliran, esas almas de ambiciones ilimitadas, abiertas a todas las manifestaciones de los bellos ideales. Es un muchacho de sencillo corazón, de compleja sensibilidad. Hará lindas figulinas a la vez que hermosos poemas. Sin embargo, hasta hoy, vale más como poeta en prosa que como poeta en verso.

JOCELIN ROBLES.—Falleció hace poco, a los veintidós años, cuando sus baluceos líricos prometían una jornada artística honradamente bella. Se dió a conocer en la revista «Primerose» con poesías empaçadas de un sentimentalismo rubendariaco.

Murió tísico en Santiago, el año 1916.

FERNANDO ELIZALDE.—(N. en 1893).—Sobre este buen soñador recientemente ingresado a la falange de los modernistas, y por cuyos poemas, si nos hubieran llegado a tiempo, habría podido figu-

rar entre los poetas de la segunda serie de este libro, el talentoso escritor Edgardo Garrido Merino escribe: «Ha sido una revelación para el público y para mí, el advenimiento a las letras nacionales del inspirado poeta Fernando Elizalde.

Me toca a mí—su viejo camarada de años infantiles—hacer la presentación de este artista hasta hace poco ignorado.

¿Quién es Fernando Elizalde? han preguntado muchos al leer los fuertes y hondamente bellos poemas publicados en la revista «Aliados». Elizalde es un buen muchacho de provincia; un solitario. Su espíritu de recias herencias ha sabido acuñarse en el ambiente estrecho de los pueblos norteños. Su alma florece en cantos a la vida, cantos desgarrados, melancólicos, que hablan de un corazón infeliz y escéptico.

Allá por los años 1905 fué mi compañero de banco en el liceo de Valparaíso. Era un muchacho tímido, de esos que hablan avaramente y lo observan todo con unos ojos ingenuos que, para sus compañeros, eran una interrogación. Y hoy el observador de antaño, el niño tímido y triste, el malpocado, que nunca tuvo arrestos en los juegos pícaros de los colegiales, se nos revela un poeta hondo y sobrio. El dolor de la vida lo encauzó por las veredas de un arte serio; no ha podido tener horas serenas para cultivar el preciosismo y todo ese aparato banal y artificioso que deslumbra a los poetas jóvenes.

Elizalde ha elevado las alas y ha hecho dura su voz al contemplar los panoramas misérrimos que le brinda el mundo.

Sus versos nos han llenado de emoción. No son una promesa sino una realidad. Esperemos...»

LUIS DE TORREALBA, Ernesto Torrealba Contreras en la vida ordinaria. (N. en 1895). Autor de *Rubies*, versos, con prólogo del querido poeta nicaragüense Alberto Ortiz, fallecido en Santiago el año 1913.

Como su tío Francisco Contreras, el parisino escritor y brillante versógrafo, se ha iniciado en las letras con aires de renovador. Y sus estrofas, firmes y revolucionarias, anuncian el arribo de un poeta que tiene la pupila colmada de visiones futuristas y el alma cascabeleante de un ritmo nuevo y atrevido.

Estas revelaciones hechas a los diecisiete años, no acusan mera bizarria de juventud sino un verdadero espíritu artístico.

Dará a luz: *Jardines enfermos* (versos).

ROBERTO SANCHEZ BOLAÑOS.—(N. en Santiago, en 1895).—Publicó un volumen de versos, *Noches lejanas*.

Este libro es la poma verde, pero robusta, de un corazón sentimentalista. Mucho dolor y amor jóvenes e hiperbólicos, filtran entre sus versos de corte viril; mucho nervio enmarañado con pulposas contorsiones hacia las encrucijadas del rastrerismo; mucho fervor artístico y alma de poeta, abiertos como unos labios bellos en el oscuro rostro de sus ideas mal expresadas, pero absoluta carencia del fondo y emotividad espirituales, que es preciso beber en los surtidores de la vida observada largamente, sin precipitación infantil.

A falta de fondo, posee la forma de un artifice, primer paso para lanzarse cuesta arriba hacia las grandes exploraciones...

Aunque sin rumbo literario fijo, las poesías de Sánchez B. revelan un poder intuitivo de afinidad sorprendente, una rara cualidad de percepción artística. Por eso hemos visto que sus versos carecen en absoluto de originalidad, e imitan de manera inequívoca ya sea a P. A. González, J. Asunción Silva, Pezoa Véliz o al venezolano Andrés Bello.

Pero este es un don que bien quisieran poseer muchos de nuestros «maestros» improvisados, que no tienen nada propio ni nada de otros, y que barbarizan las ideas encajonándolas en verdaderos ataúdes métricos.

Sánchez B. tiene penetración, comprensión, visión psicológica—llamémosla—para aplicar a sus versos la misma cadencia externa, el mismo vigor intrínseco de los poetas cuya lectura conmueven su alma vacilante de artista.

Esta es una buena gimnasia espiritual, que, con seguridad, más tarde, inundado ya su corazón y su cerebro por los invisibles regueros de las pasiones bien conformadas y de los intensos deslumbramientos que ponen sobre las ideas la observación de la vida en reposo, ha de abrirle camino y le dará fuerzas para que llegue al pórtico de los soñados templos.

ARTURO TORRES RIOSECO.—(N. en Talca, en 1898).—Hemos recorrido todos los perfumados senderos de nuestra lírica selva. Sin miedo ni favores, nuestra mano ha machetado la venenosa cizaña y las púas traicioneras para abrir el camino de las orquídeas, acantos y nenúfares. A nuestro paso hubo

mastines que nos mordieron y lagartos cerdosos que pretendieron amilanarnos. Bordeamos los charcos y saltamos por sobre los fangales, en busca de las grutas cristalinas. Y hemos bebido en sus aguas aromadas, frescas, confortantes. Por fin llegamos al término de nuestra jornada. Al detenernos hemos procurado escrutar en el horizonte: siluetas muchachiles surgen de lo desconocido y se esbozan con perfiles nuevos y prometedores.

Entre estas siluetas se destaca Arturo Torres Ríosco. Sus poemas entrañan exquisiteces y refinamientos ¿diremos, insospechables? ¿Por qué este niño no es alegre? ¿Acaso él no siente esa canción interna, sin palabras con que halagan y sugestionan las primeras esperanzas, las primeras ilusiones, el amor primero y único? ¿La juventud dejó de repiquetear a su oído sus alegres y silenciosas campanillas de oro?

Cosa inverosímil! Este muchacho nos habla del dolor del silencio, del silencio que pesa enormemente en su espíritu. Nos dice que su pensamiento tiene retorcimientos de angustia; nos descubre sus torturas interiores, las heridas del fracaso, el desaliento de sentirse hoja que cae en el remanso de la selva. ¿Y su corazón? A su corazón lo compara con un girón de lino desprendido y ajado, con un vellón de nieve cuya albura deshojaron las zarzas del sendero. El amor es para él la fuente única en la esterilidad de la pradera; en los labios de la mujer encuentra frescor de musgos y perfumes de rosas para aliviar y aromar su cansancio. Después siente el hastío y el amargo recuerdo de los días vividos y siente, bajo el dolor del silencio, cómo se va deshilachando su espíritu, lentamente.

Todo esto es hermoso ¿pero son versos de una sinceridad insospechable? Preferiríamos que otros poemas suyos, plenos de espiritual alegría se derramaran como una lluvia de rocío en el alma de los que son ya hombres, reseca por el sol de todos los días, por las monotonías y los cansancios del trabajo cotidiano.

* * *

Finalmente hay otros poetas jóvenes, poco conocidos aún, que se han revelado con producciones de cierto mérito, pero sin que éste haya sido bastante para apreciar su incipiente labor.

De entre éstos se yerguen como una promesa:

NEFTALÍ DE LA FUENTE, bohemio recién llegado a la capital, forastero de una de las provincias del Norte, y que después de ambular por nuestras calles, sin pan ni techo, encontró un albergue transitorio en la oficina de «Los Diez» y en el Cenáculo Artístico de «Selva Lirica», para perderse poco después, tal como había llegado: misteriosamente.

TILDA LETELIER, muchacha de un fervor artístico saturado de cristiana sentimentalidad.

AIDA MORENO LAGOS, poetisa moderna, de fuste lírico encendido en los fuegos mismos de Gabriela Mistral.

MARIO MORENO FLORES. (N. en 1894; Santiago).—Su libro de versos: *El collar de las Visiones*, que publicará en breve, nos dará a conocer a un poeta modernista de violentos arrebatos.

JORGE OCTAVIO FLORES, JUAN MARIN y GUILLERMO ARANCIBIA LASO.—Muchachos menores de veinte años. Repechan formidablemente. Nos inspiran profunda confianza.

MANUEL BIANCHI GUNDIÁN y ENRIQUE MIQUEL ZAMUDIO, corazones empapados de un sentimiento romántico que suele asomarse a las fuentes de la poesía elegíaca.

GRIGELDA JIMENEZ y MARIA STUARDO, almas esencialmente femeninas cuya fruición lírica acusa una verdadera devoción de arte.

JORGE ORFANOZ ROJAS, ex-director de la simpática revista «Luz y Sombra», que nos dió a conocer en ésta girones de un espíritu emocionado ante la Belleza.

IGNACIO FONTECILLA RIQUELME, tal vez el más niño de los que figuran en este capítulo.

RICARDO CORVALAN TRUMBULL.—El escritor Jorge Hübner Bezanilla, refiriéndose a Corvalán, dice: «Es un poeta niño. No tiene diez y siete años. Este tiempo le ha enseñado a cultivar la forma; hoy es casi parnasiano pero, sobre la frialdad de las elegancias, se adivina su alma de poeta fuerte, precozmente atormentado».

Y por último: **MANUEL VALENZUELA G., GUILLERMO KÖNENKAMP C. y J. MOLINA GUZMAN:** Tres recién iniciados que pueden llegar. Marchan hacia el modernismo y sus últimos pasos significan un esfuerzo.



Simples Versificadores

Aquí viene la jornada más ingrata para los autores del presente libro: la publicación de la lista de nuestros *pseudos poetas*, que es necesaria, imprescindible, para integrar el estudio sobre la poesía chilena. Hubiéramos querido no incluirla en estas páginas, para evitar malas horas a los que en ella se ven representados; pero, por lealtad artística, nos vemos forzados a hacerlo a fin de impedir que se continúe despreciando a esta tierra pródiga en magníficos poetas, con producciones de versificación aguachirle, que, trascendiendo muchas veces hasta los países extranjeros, sirve para que con ellas se prejuzgue nuestra capacidad lírica. Es necesario intentar, siquiera alguna vez, la extirpación de la ramplonería que infesta a nuestro Parnaso.

Figuran en este capítulo, los últimos, la broza de nuestra actual literatura. Algunos tienen cierta popularidad por haber recibido certificados de competencia en algunos concursos literarios y juegos florales; por haber publicado un buen número de libros, dirigido algunas revistas o leído versos en el Ateneo de Madrid... Sin embargo, hemos dado vueltas y revueltas la labor de estos liróforos de la legua, tan insignificantes como fecundos, para encontrar en ellos un remoto chispazo de emoción artística honrada, pero inútilmente.

En unos, hemos encontrado deficiencia poética desastrosa, vaciedad encubierta con ungüentos decorativos y aparatosas actitudes; en otros, prosaísmo desesperante, falta absoluta de nervios, y conatos, reflejos y mezclas híbridas de todas las escuelas literarias existentes; y, en todos, un loco afán de producir versificación de mala ley, destinada a aparentar lo que no tienen ni tendrán nunca: talento literario.

Hé aquí a los más notorios de estos simples versificadores:

**CARLOS A. GUTIERREZ,
LUIS E. CHACON L.,
GUSTAVO MELCHERTS,
BLANCA MILLER DE LAGOS,
INDALICIO PALMA SUAREZ,
ISMAEL PARRAGUEZ,
BLANCA VANINI SILVA,
RAFAEL VIANCOS CALDERON,
EFRAIM VASQUEZ JARA,
HUMBERTO BORQUEZ SOLAR,
VICTOR BARROS LYNCH,
FRANCISCO A. LIRA D.,
JUAN ALBERTO CHESEBROUGH,**

SAMUEL FERNANDEZ MONTALVA,
ALBERTO CARRASCO C.,
JULIO KLOQUES CAMPOS,
ROBERTO MIRANDA.

A continuación agregamos algunos juicios sobre aquellos que más se han *distinguido* por su tenacidad gastada en desprestigiarse públicamente ante las Bellas Letras.

CARLOS A. GUTIERREZ.—(N. en 1867).—En el Certámen Varela obtuvo un premio por una colección de poesías líricas; otro le discernió el Ateneo de Santiago. En 1894 publicó su libro de versos *Estancias*, y en 1904 otro, *Al pasar*, este último escrito en el Viejo Mundo y editado en Leipzig. El señor Gutiérrez ha escrito muchos versos, sonajeros, con el monótono cascabeleo de las más vulgares consonancias. Choca en ellos el énfasis tribunicio y abundan figuras retóricas demasiado traginadas. En el tomo XXII de la Biblioteca Internacional de Obras Famosas figuran varias de sus composiciones versificadas. Creemos que el hecho de tener una distinguida situación como Médico y Profesor, no justifica en modo alguno el considerarlo como uno de los poetas representativos de nuestro país. Eso es olvidar a muchos de nuestros poetas de verdad, o sencillamente contribuir a la formación de un erróneo concepto del nivel artístico de nuestra poesía.

LUIS EDMUNDO CHACÓN LORCA.—El escritor argentino Alejandro Sux, en su pequeña obra «La Juventud Intelectual de la América Hispana» (prologada por Rubén Darío, año 1911) hace figurar a Chile con los poetas Samuel A. Lillo y Miguel Luis Rocuant, los escritores Baldomero Lillo y Luis Roberto Boza, el pintor Aristodemo Lattanzi y el poeta y *periodista* Luis Edmundo Chacón Lorca.

¡Así se fabrica la historia... literaria! Que Sux, al hablar de la juventud intelectual chilena, se preocupe de nuestros poetas Rocuant y Lillo,—olvidando a muchos otros,—no está del todo mal. Pero exhibir al señor Chacón como a uno de los genuinos representantes de nuestra poesía, eso merece calificativos acres que es mejor no pronunciar. Sux reconoce que la obra de este autor, *Hojas dispersas*, «parece ser el libro de un principiante sin personalidad» y sin embargo el muy bárbaro se afana en esbozarlo y presentarlo como a uno de nuestros poetas. Sux acepta los atrevimientos e innovaciones por más inverosímiles y extravagantes que sean, pero no quiere que las valentías y reformas parezcan andrajosos mantos cubiertos de púrpura destinados a velar defectos y a encubrir incapacidades. Y a renglón seguido agrega que los versos del suodicho autor son de una inocencia primitiva, de una vulgaridad desalentadora, sin ideas, sin sentimientos verdaderamente sentidos, donde la forma es monótona y las figuras completamente viejas. ¡Qué criterio!... Deja al señor Chacón convertido en chupa de dómine, como diría cualquier fraile; lo estropajea de lo lindo y por fin le aconseja que abandone la lira y ¡las musas... La lira y las musas, tal como suena... Y a un hombre así, lo presenta Sux como a un prototipo para que por él conozcan en el extranjero a los intelectuales, a los poetas chilenos!...

Sux nos debe una reparación. Tal vez encontró en el señor Chacón puntillos de luchador dinamitero y de escritor ácrata, y sin miramiento alguno lo tomó de los cabellos y lo metió a viva fuerza en su grupo archi-cosmopolita de jóvenes intelectuales hispano-americanos. Ya se ve que este Sux es capaz de todo, hasta de *chorotegear* al mismísimo Padre Eterno...

Noticula.—En descargo del aludido escritor argentino, conviene advertir que él no es el único. A Alejandro Sux, al simpático Sux, bien puede disculpársele un poco eso de no distinguir con claridad cuáles son los muchachos mas «luminosos», más «intelectuales» de una república literaria; puede disculpársele; él, demasiado trabajo ha tenido con mezarse la abundante melená, añudarse la corbata amariposada y terciarse una capa trovadoresca. Lo que no admite justificación posible es la ignorancia de un Doctor, el Dr. José Rogerio Sánchez, que se titula Catedrático de Literatura en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y que en 1911 publicó en Madrid su obra «Autores Españoles e Hispano-americanos» (volumen de 913 páginas).

Aunque este catedrático expresa que no se trata de hacer una historia de la Literatura sino una especie de *manuductio*, al través de la literatura escrita en lengua española, el hecho positivo es que ha pretendido confeccionar un estudio crítico de las obras principales de dichos autores, como el mismo Sánchez lo dice explícitamente en la portada de su libro. Imposible concebir un libro más deforme! No figuran en él los mejores escritores de cada país hispano-americano, y en cambio los hay algunos de quinta o sexta magnitud. No menciona a los colombianos Isaías Gamboa y Luis Carlos López; ni a los dominicanos Fabio Fiallo y Tulio Cestero; ni al ecuatoriano Juan Montalvo; ni a los uruguayos José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig, Carlos Roxlo y Delmira Agustini; ni a los argentinos Andrés Chabrilón, Evaristo Ca-

rriego y Enrique Banchs. Estos autores,—sin contar muchos otros de primera fila,—han debido figurar en el libro de Sánchez en el lugar que ocupan varios escritores de mérito inferior.

Y no es esto todo. Como decíamos, Sux no es el único: ya hemos visto que le acompaña el Dr. Sánchez en eso de publicar libros disparatados en Europa. Escritores ignorantes o negligentes ha habido que han estampado en letras de molde errores más o menos solemnes que, a la postre, no han servido sino para desprestigiarnos gratuitamente en el extranjero.

Andrés González Blanco, en su obra «Los Contemporáneos» (segunda serie), año 1908, expresa que el poeta José Santos Chocano dedicó su *Elegía Tropical* «al infortunado poeta chileno Isaías Gamboa». González Blanco no conoce a los poetas de Chile ni los de Colombia, nación a la cual pertenece como una de sus más descollantes personalidades, ese «bello poeta» que se llamó Isaías Gamboa. Y lo que es peor, González Blanco copió y no entendió la Elegía de Chocano, en la que se alude a la patria tropical de Gamboa, y en manera alguna a Chile, país austral en que el poeta residiera temporalmente.

Max Nordau también ¡cosa increíble! ha desbarrado al referirse a nuestro país en su obra «Degeneración», en la que nos alude como a la República más revolucionaria de Sud América. Esto revela que Nordau conoce mal nuestra historia política. Estimamos que un escritor serio no debe pontificar sobre lo que «conoce en forma deficiente. Sepan Max Nordau y todos los escritores que por ser ciudadanos de un país viejo se creen autorizados para expresarse despectivamente de las nacionalidades nuevas, que Chile es el país sudamericano que ha tenido menos revoluciones y que las pocas habidas en él lo han sido, nó por caudillaje, sino en pro de su constitución política, que es sin duda la más sólida de Sud-América.

Victor Hugo es el escritor que ha dicho la cosa más risueña acerca de Chile. Desde 1830, más o menos, rolan por toda la haz del planeta centenares de ediciones de las obras del «Emperador de la Barba Florida» entre las que figura la titulada «Littérature et Philosophie mêlées». En ella dice Hugo: «Ercilla écrit ses vers sur des peaux de betes dans les forets du Mexique»... El autor de «La Araucana» no estuvo jamás en Méjico y según su propio decir escribió su libro «muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos».

GUSTAVO MELCHERTS.—(N. en Valparaíso, en 1872).—Ha trabajado en la prensa durante más de quince años y ha colaborado en muchos periódicos y revistas del país.

Hace tiempo publicó un tomo de poesías titulado *Asonantes*, que, por carecer de mérito, pasó inadvertido.

Con este autor acontece algo extraño. Desde que se inició mediocrementemente en la carrera literaria publicando poesías en la «Lira Chilena» de Samuel Fernández Montalva, hasta la fecha, no ha podido arribar, a pesar de ser un infatigable versificador.

Sus poesías, por lo común asonantadas, no dejan de tener cierta fluidez y sutileza sensoria como en su «Soneto» dedicado a la memoria del joven periodista y escritor, don Humberto Solari Cantwell, muerto prematuramente en Valparaíso. Pero ignoramos qué secreto maleficio tortura la vida de este «poeta», casi anónimo, haciéndolo fracasar hasta en las más íntimas de sus empresas.

BLANCA M. DE LAGOS.—(N. en Santiago, en 1880).—Muy fecunda, pero de escasísimo mérito. Ojalá no continuara publicando lo que escribe.

«Se inició en las letras» desde muy niña, figurando con versos frívolos y hechos por «encargo especial», como ella misma candorosamente lo declara.

Ha colaborado en revistas y diarios de provincias.

Es una ardiente admiradora de Bécquer, pero, a juzgar por sus producciones, jamás ha logrado comprender el alma de ese enorme poeta.

En 1910 publicó su primera obra, un ensayo dramático, y después un tomo de versos *Flores del Alma*. Ocupa al presente el cargo de Directora de una Escuela Elemental de Illapel.

INDALICIO PALMA SUAREZ.—(N. en San Felipe, en 1882).—Es un desairado, un amante burlado de las Musas. Perteneció a la «Academia Literaria Eduardo de la Barra, de gratos recuerdos. Ha colaborado infatigablemente en «Corre-Vuela», la revista más hospitalaria del país. Con esta declaración queda hecha nuestra impresión sobre su obra. Sus versos son gritones y no logran más que despertar com pasión. Para tranquilidad de las letras, no nos ha amenazado con la publicación de ningún libro.

ISMAEL PARRAGUEZ.—(N. en Colchagua, el 26 de Agosto de 1883).—Ha publicado: *Un idilio menos*, poema, 1903; *Poesías infantiles*, 1907; *Flora chilena*, poesías, 1908; *De dulce y de grasa*, cuentos y

versos festivos, firmados con un anagrama, 1909; *Flora exótica*, poesías, 1910; *La araña*, novela santiaguina, y *Urbe*, (1916) poema en dos cantos y un paréntesis.

Un paréntesis: El crecido número de obras de este autor, está en relación inversa a su talento literario. Es inútil que nos detengamos a escarmentar su obra; no hay un vellón de que se pueda hacer uso para limpiar nuestra pluma...

Es autor, además, de una serie de libros pedagógicos sobre la enseñanza del canto escolar, ramo de cuya difusión se preocupa con vivo interés y sin igual acierto desde sus cátedras en el Instituto Nacional y en el Liceo de Aplicación, de Santiago. Entre dichos libros figuran un *Tratado de Musicología* y un *Compendio de Historia de la Música*.

Según Rodolfo Polanco, versista mediocre y añejo, el literato y filósofo español, Julio Cejador, ha escrito sobre las *Poesías infantiles* lo siguiente: «Este libro de versos para niños es una joya. Yo no creo que su autor prometa, porque ya da de sí bien sazonados frutos. Ha logrado lo que nadie en castellano, fuera de nuestros dos fabulistas y de Hartzenbusch, y aún, más al alcance de los niños está el poeta chileno».

Nosotros estamos de acuerdo con el señor Cejador: *Poesías Infantiles* es un buen libro de versos para niños, como lo son todos sus versos y todos sus volúmenes.

RAFAEL VIANCOS CALDERON.—(N. en San Felipe, en 1886).—Este Abogado publicó en 1910 su novela *Los ideales de Clemente*, que alcanzó algunos juicios desfavorables y muy bien merecidos de la prensa.

En los Juegos Florales celebrados en Valparaíso, fiestas que vienen siendo ya como el lanzadero público de los poetas zurraposos, ha obtenido varias recomendaciones que le han hecho un daño irremediable.

En el Certamen de 1912, el Consejo Superior de Letras de Santiago le concedió el único accésit por su colección de *Cuentos*.

Aunque Viancos se ha dedicado a la poesía desde muy niño y obtenido varios premios durante su larga época de incubación, no ha logrado aún descollar a pesar de sus esfuerzos y de su tenacidad.

Sus versos casi esencialmente patrioterros, no tienen los arranques épicos de Samuel Lillo—su maestro—y son pesados y monótonos.

Sus poesías «La visión de San Martín» y el «Canto épico a los héroes de la Concepción», son sus mejores trabajos.

Nos ha prometido, desgraciadamente, publicar éstos últimos y su nueva novela *Retiro de Ilusión*.

Las Bellas Letras permanecen mudas como una esfinge, ante este ofrecimiento del poeta.

EFRAIM VÁSQUEZ JARA.—(N. en Santiago, en 1887).—En 1911 publicó su primer libro, un tomo de *Versos*, del cual, estamos seguros, se habrá arrepentido. En este folleto no hay un solo trabajo que no sea producto de la ramplonería y de la vulgaridad. Sin embargo le hemos dado un rincón en este capítulo, como a tantos otros, por ser consecuentes con la primera idea que tuvimos al publicar la presente obra, cual fué la de incluir en ella a los autores que han tenido o tienen alguna actuación en nuestra literatura, durante la época prescrita, y que, a pesar de no tener ningún mérito, se han dado a conocer debido a la benevolencia interesada de las revistas o diarios, cuya mayor parte alimentan sus columnas con la colaboración gratuita de los autores pordioseros de publicidad.

Vásquez Jara y Roberto Miranda, tal vez sean los versificadores que más nos han hecho sonreír piadosamente e inspirado un profundo desprecio.

Ojalá busque y encuentre en las selvas de la Jurisprudencia los vellocinos que ha perseguido inútilmente en las laderas del Olimpo.

SAMUEL FERNANDEZ MONTALVA.—(N. en Santiago, en 1879).—Su nombre está vinculado a la revista semanal «La Lira Chilena» (1898-1911). Un núcleo de versificadores verbosos vació en las columnas de ese semanario un fárrago de renglones métricos. La revista se creó un ambiente popular, se vendía y daba pingües utilidades a su feliz propietario, quien escribía prosas y versos, en enorme cantidad, para el gusto de «sus lectorcitas». Es verdad que en ella solía aparecer algunos Domingos la firma del malogrado Ricardo...

En 1902 Marcial Cabrera Guerra fundó «Pluma y Lápiz». Esta revista, como también «Instantáneas» y «Luz y Sombra», de Augusto G. Thomson, lograron formar otro núcleo de jóvenes escritores que han levantado muy alto el prestigio de nuestras bellas letras: Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Francisco Contreras, Luis R. Boza, Federico Zúñiga, Miguel Luis Rocuant, Ernesto A. Guzmán, Ignacio Pérez Kallens (Leonardo Penna), Ricardo Prieto Molina, Oscar Sepúlveda, Pedro Emilio Gil, Guillermo Labarca Hubertson, Jorge Prieto Lastarria y otros.

El espíritu moderno, con finalidades hacia un arte esquisito y sincero, que flotaba en las páginas de

estas revistas, contrarrestó la influencia reaccionaria y morbosa de «La Lira Chilena», revista a la cual vino a herir de muerte el hebdomadario «Zig-Zag». Sin embargo, Samuel Fernández M. se esforzaba en dar vida artificial a su popular semanario, hasta que dejó de aparecer en 1911.

Las labores de Ricardo y Samuel Fernández Montalva han contrastado entre sí: la del primero fué desinteresada, espontánea y vivida, con un simpático tinte de bohemia; la del segundo fué acomodaticia y oportunista para llenar una revista al gusto de sus lectores y lectoras.

Sin embargo, en su colección de poesías *Golondrina* hay despuntes de verdadero lirismo, de estremecimientos románticos y sinceros, que constituyen una excepción en quien está habituado a hacer mera literatura.

HUMBERTO BORQUEZ SOLAR.—Abortó sus primeros trabajos siendo ya un hombre.

Su obra es escasa y sin mérito, a pesar del quijotesco altruismo de don Juan Enrique Lagarrigue que la alaba, y del accésit por su «Oración al Trabajo» y de otros premios que le colgaron su propio hermano Antonio y el Jurado de los Juegos Florales de Valparaíso, cuyo representante más conspicuo fué Ronquillo, Egidio Poblete...

Bórquez el más pequeño, ha publicado un folleto en versos abominables con el título de *Ramillete Poético*, fragmento de su libro *Efluvios* en el cual nos amenaza con otro: *De las sombras a la luz* y con uno de cuantos: *Al través de la vida*.

Le rogamos no cumpla su sangrienta promesa. El público, nosotros, ya estamos ahitos de fetos literarios. ¿Para qué contribuir al ensanche del vasto cementerio?

La buena madre patria le agradecerá más que prosiga con ahinco en su noble tarea desde la Cátedra de Castellano en la Escuela Normal de Curicó, ciudad donde reside actualmente.

Es hermano de Antonio Bórquez Solar.

ROBERTO MIRANDA.—(N. en Santiago).—Lleva publicados dos libros de versos. Hemos leído el último, *Sombras*, cuyo título es un soberbio reflejo de su contenido. Creemos que jamás autor ha bautizado una obra con mayor propiedad. Es un mamotreto de poesía huera, llena de *sombras* imposibles: los disparates se suceden en él con tanta frecuencia y promiscuidad que nos ha hecho arrojar el libro, con la más justa y nerviosa de las indignaciones.

Quisiéramos hacer la vivisección de sus versos para convencer a los lectores, pero, afortunadamente, les evitaremos esta vía-cruis, por no disponer de la paciencia que se requiere para operar sobre un monstruo literario en descomposición.

No se nos pregunte el por qué de nuestro afán de incluir en esta obra a autores de tal naturaleza, pues volveríamos a repetir lo que por sí mismo se deja subentender: porque es necesario desnudar a ciertos *poetas* de la popularidad absolutamente falsa, metida a fuerza de bombo y exhibicionismos vergonzantes, erigida por medio de comilonas rociadas con gruesos vinos y que les abren un artículo a dos columnas en la prensa barata; porque es preciso eliminar de los Jardines Prohibidos a los invasores literarios con ínfulas de propagandistas y gestos apostólicos de maestros; y porque, en fin, se impone la necesidad de obligarlos a dejar la pluma que, en sus manos se convierte en tijeras de sastre, en compás de carpintero o en estuche de piedras falsas.

Para desprestigio de las letras Roberto Miranda tiene en preparación una novela, otro tomo de versos y una obra teatral.

FRANCISCO A. LIRA D.—Ha puesto su fácil cualidad de versificador al servicio de azuzar multitudes en las Casas del Pueblo, mortificando con sus carroñas líricas la noble causa de la redención social, de la noble anarquía por medio de la razón y de la lógica.

Sus composiciones en verso parecen panfletos contruidos después de una larga lectura de libros de caballería.

VÍCTOR BARROS LYNCH.—Autor de *Ofrenda Lírica*. Nada puede decirse de un folleto en que no hay nada...

JUAN ALBERTO CHESEBROUGH, autor de *Prosas Rimadas* (1902), con fotografías artísticas del mismo. Aun como réclame de estas fotografías, los versos de dicho libro serían malos.

BLANCA VANINI SILVA, autora de varios folletones literarios con pretensiones trascendentales, *Oda a Italia*, por ejemplo;

JULIO KLOQUES CAMPOS, autor de *Tardes de Otoño* (1909) y varios libros en versos; y

ALBERTO CARRASCO C., colaborador de «Primerose» en la época nefandamente rastrera de esta revista, son verdaderas nulidades literarias que no merecen la pena de ser comentadas en otra forma.

Lírica Araucana

La raza de los aucas ha sido, cual ninguna otra americana, digna de la Epopeya. Ercilla la inmortalizó en su poema «La Araucana»; Pedro de Oña, en su «Arauco domado»; Hernando Alvarez de Toledo, en su «Purén indómito». Fueron los olifantes de la guerra titánica entre el ibero conquistador y los cobrizos indígenas de Arauco, puñado de sanguinarios hercúleos e indomables que costaron a la Corona de España, —como se ha dicho tal vez sin hipérbole,—más desvelos y dinero que la dominación del resto de los aborígenes de América. Pedro Antonio González rapsodió en su poema «El Toqui» las estruendosas luchas de los aucas, bravos defensores de sus selvas, con los invasores curacas, venidos de allá de muy al Norte, del país del Sol... Figuras homéricas yacen en esos poemas, admirados sin ser leídos, que en cuanto se ven sólo por fuera parecen monumentales criptas del Pasado. Allí se rememoran amazonas de pletóricas ubres y mocetones, bravos como montañeses pumas, cuyos fornidos brazos manejaron heroicamente la honda y la flecha, la maicana y el colihue. Yace ahí Caupolicán que pudo conquistarse el galón máximo de cacique de caciques paseándose, más que sus competidores en la formidable prueba, durante tres días y tres noches con un enorme madero sobre sus hombros. Ahí yace Lautaro, el astuto, que rehuye el cautiverio después de haber aprendido del adversario el arte de pelear y corre a enseñarlo a los suyos, a quienes informa que el temible guerrero español no forma un solo cuerpo con su caballo. Ahí duerme Colo-Colo, consejero de indianos reyes, como lo fué de príncipes helénicos el venerando Néstor. Ahí rebullen las cenizas de Fressia, mujer de Caupolicán, que arranca de su seno a su único hijo y lo estrella contra las rocas, razonando que no quiere ser madre del hijo de tal caudillo, a quien moteja de cobarde por no haberse hecho matar antes que caer prisionero.

Bravo fué el araucano (*are*, ardiente; *aucca*, hombre de guerra). Luchaba contra la opresión y la esclavitud. La tradición, el recuerdo latente de sus guerras, acerbó su alma taciturna. El indio de hoy es triste, como las puestas de sol que contempla allá en las soledades de sus bosques. Se ve invadido, se siente conquistado y sufre con ese profundo sentimiento de los fuertes. Cinco siglos há, Arauco era libre. Sus llanos y sus lagos eran de los aucas. Hoy van de retirada. Deben limitarse en pequeñas reducciones o replegarse hacia las montañas, allá en el lejano horizonte. El conquistador ha profanado, con el riel, las vírgenes selvas. El indio de hoy es triste. Aquí y allá ve usurpados los dominios de sus abuelos. Al alejarse, al trasponer el último alcor que fuera suyo, divisa su roca abandonada, maldice a los sayones que de su hogar lo lanzaron a virtud de un contrato leonino con algún usurero explotador de sus vicios y de su ignorancia. El araucano tiene el alma sombría. Es que contempló el definitivo derrumbe de su imperio. Es que contempla, desde sus lejanos reductos, la agonía de su raza.

Taciturno, abatido, el indio modula su *gul*, su canción. Un trovador espontáneo, un *gulkatuwe*, siente como el trucao de sus selvas, el impulso del canto y compone para entonarlo breves composiciones sujetas a una retórica embrionaria. Allá en la época de la Conquista, incitó a sus compañeros, a sus peñi, a defenderse de los invasores. Ogaño, en verso, rudo, invita al amor entre los quilquiles y bajo los ulmos.

De ruca en ruca, va el rapsoda selvático modulando sin lira ni laud su canto rítmico no aprendido. Después de la danza en torno de un canelo, recita composiciones con frase cortada y voz sonora. Para narrar o cantar las guerreras tradiciones o amenizar con versos y discursos un jolgorio o un *machitun*, cruza la montaña espesa, sigue la ondulada senda, pasa de la choza que está junto a un grupo de pinos a la choza plantada a orillas de un lago cristalino y azuloso. Y allá, entre añosos robles, bajo un dosel de copihues,

en medio de una rueda de indios taciturnos, el gulcatuve modula su gemebunda canción, al compás intermitente de su *cultrum* (tambor). Los reflejos del sol poniente iluminan su cobrizo rostro. El trucao, pajarraco agorero, canta sus silbos golpeados y lúgubres que en escala descendente atenúan el tono hasta extinguirse, como el alba de lo salvaje, en los silos y cuévanos de la boscosa montaña.

* * *

Estos poetas indios han permanecido generalmente anónimos. Cantan como los pájaros, sin escribir sus himnos, que la Tradición no ha transmitido sino en contables casos a las posteriores generaciones. Han sido eruditos europeos y chilenos (1) quienes han escriturado por primera vez los dialectos mapuche, pehuenche y huilliche, matices del habla araucana. Ellos han ido a las rucas a recoger las canciones, cuentos, leyendas, episodios y narraciones costumbristas de los indígenas para dar a conocer a los estudiosos todo un monumento fragmentario de historia, epopeya y lirismo. «La lengua de los araucanos, aunque es de bárbaros,—dice De Augusta,—no solamente no es de bárbaros, sino que aventaja a las demás lenguas, así como los Andes sobresalen entre las demás montañas; de manera que a quien la posea le parecerá ver a las demás como de lejos y bajo sus pies, conociendo claramente cuánto en aquéllas hay de superfluo y cuánto les falta». Y agrega el mismo erudito: «Esta Nación, hoy día tan despreciada por cierta clase de personas que desea y propone el secuestro de sus bienes y hasta el exterminio de su raza; esta Nación vive, piensa, ama, tiene sus leyes tradicionales, sus ideas religiosas, su culto, poesía, elocuencia, sus canciones, su música, sus artes, sus fiestas y juegos, vida cívica, sus pasiones y virtudes».

* * *

(Desde antiguo los araucanos han contribuido a dar una nota exótica en obras teatrales. Celebrados poetas españoles escribieron piezas de este género a raíz de la publicación de «La Araucana» (1578) de Ercilla y de los «Hechos de don García Hurtado de Mendoza», obra publicada por don Cristóbal Suárez de Figueroa, adicto cortesano de la noble casa de los Hurtado de Mendoza. Se recuerda «La Belligera Española», escrita con personajes araucanos, por Ricardo de Turia (pseudónimo); «Gobernador prudente», de Gaspar de Avila; «Arauco domado», por Lope de Vega; «Hazañas de don García» (1622); y «Los españoles en Chile» (1665), por don Francisco González Bustos.

La obra «Hazañas de don García» fué una de las más representadas en Chile durante la Colonia y ofrece la peculiaridad de haber sido compuesta por nueve poetas, algunos de ellos muy renombrados; D. Antonio Mira de Amézua, el Conde del Basto, D. Fernando Sudeña, Guillén de Castro, D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Luis Vélez de Guevara, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas y don Luis Delmonte.

En el ofrecimiento de esta obra se expresa: «El Estado de Arauco, breve en el sitio, pues contiene sólo 18 leguas, está labrado con huesos españoles.»

Por su parte Lope de Vega llamó a Arauco «la más indómita Nación que ha producido la tierra».

* * *

CALVUN (SEGUNDO JARA).—Es el más famoso poeta araucano y el primero en escribir versos en su propio idioma. Hacia el 1872 nació en Copín, al sur del río Cautín. Su padre fué el indio labrador Catrín y su madre la india Rupaillán, pertenecientes a las familias de Munan y del famosísimo cacique Calvucura. «Buen hombre era mi padre,—dice Calvún en una autobiografía escrita el año 1896,—por eso me casó con la hija de Lemunan».

(1) «Estudios araucanos», del sabio poliglota Dr. Rodolfo Lenz; «Lecturas araucanas», por Fray Félix José de Augusta, con la colaboración de Fray Sigifredo de Fraunhaeusl; «Historia de la civilización de la Araucanía», por D. Tomás Guevara; «El poeta de los bosques», estudio revistero de Pedro Pablo Figueroa; «Reseña sobre nuestro Teatro Nacional», por don Nicolás Peña M.; «Faz social y gimnasia araucana», por Manuel Manquilef.

Nómade por atavismo, muy niño se alejó de la ruca paterna y se detuvo en Perquenco, al Oriente de Púa, en donde aprendió a deletrear el castellano y a escribir en su idioma nativo, el mapuche. Más tarde Calvún ingresó a una escuela en la cual fué alumno del preceptor Namuncura, a su vez instruido por los monjes franciscanos de Collipulli. Pero el verdadero maestro y educador de Calvún fué el ilustrado escritor y propietario agrícola de Lautaro don Víctor Manuel Chiappa. Cuenta el entusiasta araucanista que allá por el año 1896 llegó a sus aserraderos en busca de trabajo un mocetón de buena presencia y admirable despejo. Era el poeta de las selvas, Segundo Jara, de nombre indígena Calvún. «El lector Americano» de J. Abelardo Núñez y un pedazo de la traducción castellana del «Micromegas» de Voltaire fueron los dos primeros libros que Calvún leyó y aprendió con asombrosa facilidad. Su imaginación rápida y su prodigiosa memoria le permitieron dictar al señor V. M. Chiappa y al Dr. Lenz las leyendas y cantos de su raza. Es autor o relator de gran parte de las composiciones poéticas que el Dr. Lenz ha logrado perpetuar en sus libros fonéticos y folklóricos, a igual que los episodios heroicos y míticos que a su manera bárbara contaron otros poetas tradicionistas, como el picunche (hombre del Norte) Juan Amasa y el huilliche (hombre del Sur) Domingo Quintuprai.

El diario «El Mariluán» de Victoria, ha contribuido a esparcir por la región de la Frontera, el nombre del poeta Calvún.

Alejado de su hogar, Calvún ha gustado vagabundear por los bosques, solitario y triste, con esa enorme tristeza panteística que surge de la montaña, allá en donde la senda ondula a través de una sucesión de colinas verdeguantes, cubiertas a trechos por gigantescos árboles seculares.

Se ha dicho de él que es el Byron araucano.

Consciente de su misión de poeta, este indio ha rendido culto idólatrico a la Leyenda, a la Naturaleza y a la mujer de Arauco. Es el poeta de los épicos guerreros de su pueblo, al par que de la salvaje belleza de sus bosques, sus alboradas y sus lunosas noches, allá en las misteriosas florestas. Es el rapsoda de las mujeres selváticas, a las que ha llamado locamente, con vehementes arrebatos pasionales, pero sin festinar jamás sus prestigios como hombre y como poeta: ha sabido mantener su noble gesto de hombre sobrio, que no se embriaga como es costumbre entre los de su raza.

Hoy nada sabemos del poeta indiano. ¿Irá aún de ruca en ruca relatando tradiciones y episodios? ¿O ya duerme en paz, allá en la selva, bajo un dosel de copihues?

* * *

He aquí, en síntesis, dos de sus cantos:

«Canto de Añihual».—Dos indios viajan con Añihual, uno de los más bravos defensores de Lonquimai, en lucha con los españoles. Han errado el camino y son perseguidos por una cuadrilla de huincas. A Añihual, que va en caballo blanco, le persigue un membrudo huinca, que corre en caballo manchado. Estrechado contra un río, cruza las aguas y en la opuesta orilla encuentra mocetones que pueden auxiliarlo. Con ellos cruza el río y castiga a su formidable perseguidor, hiriéndolo en un costado. Porque fué intrépido, salvó su vida. Ahora, cualquier mocetón puede despreciarlo.

«Calvucura en Boroa».—El cacique Calvucura, famoso por haberse señoreado en las pampas argentinas, se dirige con sus mocetones a Boroa, en donde se estrella con la mesnada de Tripainán. Los calvucuranos forman un torbellino del cual surgen lanzas y bridas. Los de Boroa,—esos indios de cabelleras blondas y ojos azules,—repelen el sorpresivo malón. Sólo Calvucura puede huir en su caballo. Los demás, sus mocetones, con sus bélicos arrees, quedan cautivos en Boroa.

* * *

Las canciones araucanas son entonadas generalmente por sus mismos autores, al compás del «trompe». Los juegos de chueca son animados por el canto. Los trilladores y los pescadores melifican sus tareas con versos entonados. El «machi», especie de médico religioso, que evoca al dios Pillán para conjurar una epidemia o un maleficio, canta entre gestos, rezos y exclamaciones que engendran un ambiente cabalístico de misterio y superstición.

Así el moluche Benito Naguín expresa sus cantos breves, más breves que los de Calvún. Juan Amasa compone su «Canto a la trilla», adecuado para animar las danzas que indios e indias bailan sobre las éras en vertiginosas bacanales. Domingo Segundo Huenunamco deleita con sus cantares a los moradores de las

selvas tanto como *Pascual Painemilla, Ambrosio Naquilef, Antonio Culallén, Carmen Cunillanca y Camilo Mellipán.*

Por idiosincrasia los araucanos anhelan, en poesía y música, la nota patética. Son muy inclinados a las canciones de carácter amoroso, sentimental y elegíaco (llamecán).

Casi toda una familia, la de los Hueitra, parece haber nacido para cantar la tristeza de sus almas taciturnas. El viejo cacique Mauricio Hueitra cuenta un engañoso sueño en una breve estrofa. Julián Hueitra, Caniú Hueitra, Domingo Hueitra, Teresa Hueitra, Painemal Hueitra, rapsodían sus íntimos sentires sus quejas, sus lágrimas. Y como aquellos los Tripaiantu (Marcial, Rosario, Magdalena y Emilio) pallan también sus requiebros y sus amoríos, sus exorcismos supersticiosos y sus parlamentos bélicos, en lánguidas y patéticas canciones, al igual que Juan Rayunahuel, Valerio Calicull, Manuel Segundo y Amalia Aillapan, José Allunque, Filomena Carunao, Juana Marinao, Manuel Curuhuala, Juan Callulef y Mariano, Rallunao.

He aquí los motivos de algunas canciones de estos rapsodas de Arauco:

Un indio roda-tierras nombra los diversos puntos por los cuales ha pasado hasta que llega a su terruño, el país de los manzaneros.

Un araucano compara su pobre situación presente con aquella en que vivía su padre rico. Antes, al llegar a casa de un cacique, decían de él: «Allí viene, bárranle el suelo; acá se va a sentar». Ahora, a pesar de ser ya mozo, no le miran las doncellas ni los hijos de buena familia.

De lejanos lugares viene un huilliche; y al encontrar a su hijo entona un canto, un canto sencillo en que modula la expresión «hijo, hijo», entre las palabras Telahuania, Comahuaquia, Camaraquira, Suaquianni. El pallador se aleja, y aquel hijo suyo queda bañado en lágrimas.

Un indio de lejanas tierras ha venido a pedir en matrimonio a una india. Ya ha pagado el precio de su escogida. La niña no opone otro reparo que el de la distancia que la separará de la ruca de sus padres —«¿Por qué ha fijado sus miradas en mí un hijo de otras tierras?» dice quejumbrosa. Teme; cree que sufrirá hasta llorar. La madre interviene y la convence de que debe ser la mujer de ese indio. Y, acompañada de un hermanito suyo, se aleja la desposada con su nuevo dueño.

Para concluir, notaremos que existe una poesía araucana culta, obra de eruditos y estudiosos de idioma aborigen. Así algunos monjes, a la vez misioneros y sabios, han compuesto himnos sagrados en lengua araucana con el objeto de infiltrar el sentimiento evangélico en las rudas almas de los moradores selváticos. Por su parte, Manuel Manquilef, profesor del Liceo de Temuco, tradujo a su nativo idioma mapuche el libro de versos de Samuel A. Lillo *Canciones de Arauco.*



Poetas Ácráticos

Durante la Colonia (1541-1810) habría sido extemporáneo el surgimiento de un poeta ácrata. No había Pueblo; no había ciudadanos. La Monarquía y la Clerecía española dominaban con poderes absolutos: la esclavitud y la servidumbre en todo su apogeo. Indios, mulatos, esclavos eran intermediarios entre la bestia y el hombre. Y toda esa recua permanecía fatalmente en la ignorancia, sin leer, sin escribir, sin hablar...

Con todo, en momento oportuno, el espíritu rebelde había de engendrar un Mesías: *Camilo Henríquez.*

Nacido en la ciudad de Valdivia (20 de Julio de 1769), fué enviado por sus padres al Perú, en donde el niño genial ingresó al Convento de San Camilo de Telis, en Lima, denominado también Padres de la Buena Muerte. Devoró libros de teología, historia, medicina y ciencias políticas. Se familiarizó con los filósofos franceses del siglo XVIII, en cuyas obras bebió el espíritu de la libertad política y religiosa. Una acusación de cuasi apostasía, ante el Santo Oficio de la Inquisición, de Lima, no lo amedrentó. Llegado a Santiago en 1811, fué el primer patriota que se atrevió a proclamar la oportunidad de independizar en absoluto a Chile de la Dominación española, en un manifiesto revolucionario que circuló manuscrito, firmado con el anagrama *Quirino Lemachez*. Fundó, con otros patriotas, el primer periódico chileno: «La Aurora» (13 de Febrero de 1813). Desaparecido este periódico el 1.º de Abril de 1813, fundó otro: «El Monitor Araucano». —A raíz del desastre de Rancagua, emigró a la República Argentina, en donde redactó la «Ga-

ceta Ministerial», «El Censor» y «Las Observaciones», hacia los años 1817-18.—Regresó al país en 1822, y fué diputado-secretario del Congreso Nacional de ese año.—Escribió: «La Camila», «La procesión de los tontos», «Inocencia en el asilo de las virtudes», dramas; «El catecismo de los patriotas», «Ensayo a causa de los sucesos desastrosos de Chile» y «Bosquejo de la democracia», traducido de Bisset. Murió en 1825.

En estas obras, y singularmente en sus numerosas poesías patrióticas, flota el espíritu rebelde que Henríquez supo comunicar a sus contemporáneos. Fué, en verdad, un ácrata, un ángel satánico, que se rebeló contra el régimen monárquico imperante. Con todo, hay que reconocer que el fraile de la buena muerte no usó el verso sino como medio de hacer propaganda libertaria. Las estrofas fluían de su pluma espontáneamente, pero resultaban urgidas, inharmónicas. Antes que poeta fué un prócer, un gran patriota. Es su espíritu acrático el que supervivirá a través de todos los tiempos.

Los espíritus-barreras no aparecen sino de tiempo en tiempo: cuando sube la marejada de los prejuicios, errores y rutinas. Hacia el año 1843, Francisco Bilbao apasionó hondamente con la publicación de su estudio «Sociabilidad Chilena» en el periódico mensual «El Crepúsculo».—Era un espíritu ardiente y poético,—dice José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos literarios*,—pero su poesía brillaba como una manifestación del acendrado misticismo que formaba el fondo de su sentimiento: no podía dejar de ser creyente, y faltándole su antigua fe en el catolicismo romano, se asilaba en el evangelio, para condenar aquella creencia, y buscaba la satisfacción de su misticismo en la metafísica mesiánica de Lamennais y otros socialistas teológicos». Y agrega Lastarria: «La verdadera proyección del siglo XVIII estaba en el proceso que Bilbao formaba, en su escrito, antes de formular su síntesis nueva, a nuestro pasado católico y feudal, a nuestra revolución, a los gobiernos que la habían comprendido o contrariado, al gobierno y al partido pelucón que reaccionaban contra ella y que restablecían y afianzaban el pasado español y colonial».

El estudio «Sociabilidad Chilena» provocó un escándalo histórico. El escrito de Bilbao fué acusado de blasfemo, inmoral y sedicioso. Un fiscal formuló la acusación ante los Tribunales. De ahí nació la celebridad de aquel estudio filosófico: hubo de hacerse de él una segunda edición. Se siguió el ruidoso proceso, y ante la Corte Suprema tuvo ocasión el apóstol de aplicar este estigma: «Aquí dos nombres, el de acusador y el de acusado, dos nombres enlazados por la fatalidad histórica, y que rodarán en la historia de mi patria. Entonces, veremos, señor Fiscal, cuál de los dos cargará con la bendición de la posteridad. La Filosofía tiene también su código, y este código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. ¡Eh, bien! innovador, hé aquí lo que soy. Retrógrado, he aquí lo que sois!...»

El Tribunal invocó una Ley de Indias, una ley colonial, y condenó al estudio «Sociabilidad Chilena» a ser arrancado del periódico que lo contenía y enseguida quemado por mano de verdugo...

Al lado de los escritores rutinarios, esclavos de las reglas académicas, que antes de tener una idea o una sensación propia, saben que pueden llenarse una carilla o una tirada de catorce versos, con tal o cual lugar común y tal o cual figura retórica, están los pensadores, los caracteres audaces y viriles, las almas integérrimas, los espíritus-barreras que derrumban dogmas y prejuicios con la rigidez de un ariete o erigen nuevos y fecundos principios que desafían al error con la firmeza de una pirámide.

Al lado de los carneros de Panurgo, corre desenfrenadamente el brioso corcel de Mazzepa.

Dejando atrás a los pusilánimes, a los mediocres, a los fraccionarios, a los serviles parodiadores, avanzan victoriosamente los fuertes, los personales, los buscadores de ignoradas bellezas y originales rumbos.

Entre estos espíritus evolucionadores, está el poeta ácrata, el poeta rojo, el poeta que levanta el amenazante pabellón de los descontentos sobre las cabezas estremecidas por agitaciones huelguistas o revolucionarias.

El poeta ácrata es el rapsoda de la Anarquía. Es el amigo del Hombre y del Pueblo. Es el portavoz de la rebelión contra el Poder y la Fuerza Armada. Es el portavoz de la gleba y de la hampa. Es el son de combate de lo abyecto. Es el grito amenazante del hambre y del dolor. Es la protesta de la mugre, del sudor y de la sangre. El poeta ácrata celebra el triunfo del puñal, el adoquín y la dinamita; propone la extirpación de la burocracia y de la oligarquía y aún la destrucción del régimen social existente.

Pero veamos qué puede ser el poeta ácrata entre nosotros.

Toda la América, esa reserva de energía con que cuenta la humanidad, es republicana y libre. Algunos de sus Estados se sienten enfermos del abuso de libertad: al máximo de libertades ha correspondido el desmembramiento y la anulación del principio de autoridad, sin el cual no hay gobierno ni armonía política posible. Por una imperfecta adaptación a países nacientes de viejos estatutos políticos, ha habido en América tiranuelos y mandarines como también revoluciones y caudillajes. El afán de trasplantar

e imitar los progresos de Europa ha hecho evolucionar violentamente a estas repúblicas nuevas, a las cuales se le encuentra muy incivilizadas cuando se las parangona con monarquías caducas e imperios milenarios. Entre los útiles trabajadores cosmopolitas que llegan a las playas americanas,—pobres los bolsillos y ricas las cabezas de energía y de técnica,—suelen arribar propagandistas de ideas libertarias y agitadores de profesión que sin importarles un ardite el mejoramiento de nuestro pueblo, aparentan interesarse por su causa con el propósito único de explotar a unos cuantos incautos. Tal es el principal aspecto del ambiente que, para el desarrollo de la poesía acrática, existe en América.

En esta situación, es menester distinguir entre ácratas falsos y ácratas de verdad. El novel poeta que en las barateras ediciones de Maucci y Sempere, lee y asimila a Gorki y Bakounine; se sugestiona y escribe versos en que habla del látigo siberiano, creyendo que los atroces sufrimientos del pueblo slavo se repiten en Chile, hace indudablemente obra acomodaticia y falsa. El joven que usa corbatín rojo, frecuenta las bibliotecas, concurre a los meetings y perora ante cualquier prójimo que desee oírle, pero que se escurre cobardemente cuando se trata de ayudar al «compañero» caído o al «compañero» miserable, ese es un falso ácrata, un ácrata teórico, un ácrata bibliómano: un ocioso.

Empero, es necesario reconocer que en Chile, como los demás países americanos, existen miserias y opresiones, abusos y expoliaciones, desigualdades e iniquidades, en las diversas etapas de la vida política y privada, que en las ciudades se manifiestan como rebalse de la ambición y del egoísmo de los poderosos, y en las aldeas, campos y haciendas, verdaderos señoríos feudales, subsisten como resabios de nuestra época colonial.

La explotación del obrero por el Capital, sobre todo por el extranjero, existe en Chile. Ese abuso se sufre principalmente en las minas y las pampas. Es triste la condición del trabajador de las salitreras a donde llegan los hombres más esforzados de nuestra raza: allá se les trata como a bestias de carga, se les esquilda en las pulperías, se les envenena con alcoholes, y junto a los cachuchos, pierden la salud y la vida.

El poeta que observa nuestra democracia y nuestra aristocracia; que convive con nuestros trabajadores en las bahías, fábricas, pampas y labrantíos, y canta después de oír el doloroso ritmo del corazón popular, es un poeta acrático de verdad, un ácrata sincero. Y estos no son numerosos aquí. No pueden ser muchos: al fin y al cabo, aquí hay campos, costas, mares y montañas,—infinitos caminos y horizontes,—para cuantos quieran trabajar, para los hijos del país y para los hijos que emigran de los viejos países pietóricos. Acaso por esta circunstancia observó Alejandro Sux, al referirse a nuestro talentoso escritor Baldomero Lillo, que las modernas concepciones filosóficas han tenido entre nosotros algo de cobardía en las exposiciones y un temblequeo de inseguridad en la argumentación; que nuestros gestos valientes han sido pocos y que nuestros escritores rebeldes han tenido que replegarse en retirada hacia el silencio. Sux no nos habría lanzado tan amplio reproche si antes hubiese comparado la situación demográfica de América con los países que han servido de cuna a la filosofía del anarquismo. Y ni siquiera equiparó las condiciones étnicas de su país con el nuestro. Es verdad que en la República Argentina la poesía acrática ha alcanzado más esplendor que en ninguna otra sección del Nuevo Mundo. Entonces ¿de qué se enorgullece Sux? Alberto Ghirardo y Mario Chilopegui ¿acaso interpretan las vibraciones del corazón argentino? ¿No es verdad que han explotado principalmente una poesía exótica, trasplantada, para satisfacer el gusto de las masas de inmigrantes que descontentos de sus propios países, arriban a la Argentina como a una tierra de promisión?

En cambio, nosotros no hemos tenido ambiente tan propicio para semejantes alardes en verso. Ante todo, somos chilenos; hemos luchado con el océano y la montaña, y lo que somos lo debemos, casi exclusivamente, a nuestro esfuerzo.

Así se explica que nuestros poetas acráticos no hayan pretendido reformar el Mundo. Han cantado sencillamente el dolor de nuestro pueblo,—proletario, minero o inquilino,—y lo han hecho con sinceridad. Esto no quita que de vez en cuando aparezcan versificadores vacuos y destemplados que tratan de asombrar con ridículas hipérboles y ramplonerías.

También es digno de notarse un verdadero fenómeno de metamorfosis literaria, entre nosotros. Muchos noveles escritores hicieron sus primeras armas disparando venablos sobre el lobo humano, o bien, tratando de arrebatar su quijada de asno a los modernos Caínes. Pero muchos comprendieron que sus propagandas líricas sonaban a hueco, o sencillamente que habían errado sus naturales caminos. Otros, abandonaron sus rojas campañas y rasgaron el trapo anarquista, sólo porque se avergonzaron de ser un número en la masa del pueblo. Sin embargo, estos desertores dejaron ocasionalmente memorables huellas de haber vivido con sinceridad sus emociones de poetas rebeldes.

Aun resuenan armoniosamente las clarinadas de *La Nueva Marsellesa* de Víctor Domingo Silva, quien tuvo el gesto de declamarla ante una efervescente muchedumbre en huelga, en un malecón de Valparaíso.

Antonio Bórquez Solar ha tenido rasgos brillantes y originales como poeta acrático: *Los Pobres* es uno de los mejores trabajos de su libro «Campo Lírico», y su composición *Los Huelguistas* mereció que

el renombrado escritor argentino Manuel Ugarte la aplaudiera en su obra «Las nuevas tendencias literarias» (1908).

Carlos Pezoa Vélis empezó a escribir el intenso drama del alma popular. Sus poemas *El organillo*, *Pancho y Tomás*, *Alma chilena*, trasudan sangre, infiltran pena, destilan llanto... y aquellas inolvidables impresiones en prosa que el poeta recogió en las pampas calicheras...

De Carlos R. Mondaca y Alfredo Guillermo Bravo, baste decir que se han olvidado ya que en otros tiempos ensayaron la poesía acrática, con encomiable éxito.

En este punto, merecen recordarse especialmente Domingo Gómez Rojas y Manuel Rojas. El primero concluyó por repudiar su opúsculo de poesías libertarias *Rebelías líricas* (1913), que fué muy celebrado por los anarkos. Hoy es uno de los poetas que figuran en el *círculo de oro* de este Libro Lírico. En cuanto a Manuel Rojas (nacido en Buenos Aires, hijo de padres chilenos, el 8 de Enero de 1896), también ha desertado: salió de la obscuridad de los barrios arrabalescos y de un golpe se conquistó un puesto honroso entre nuestros líricos jóvenes. Despuntó como un poeta delicado y cuidadoso de la forma.

Ahora es el momento de tratar a nuestros verdaderos ácratas, a los que nacieron ácratas y no han claudicado. Estos hombres visten generalmente la blusa del proletario y trabajan ya en las pampas del Norte, ya en las hulleras del Sur, ya en las fábricas, ya en las linotipias de los diarios metropolitanos o en las cajas de cualquier oscuro periódico de provincia. Algunos usan melena desgrednada y sueltos corbates rojos. Son estudiosos, son conscientes. Azuzan y arrastran a las masas populares cuando se trata de contener los avances de la burguesía arrivista, las inhumanas explotaciones del Capital, o los excesos de los poderes oligárquicos. En los mítins, sus versos agresivos y fustigadores suelen provocar acusaciones sórdidas y estallidos de tormenta. Aun se recuerda con horror el movimiento social de 1905, en la capital de Chile: con ocasión de haberse ausentado de ésta los batallones de la guarnición militar, para formar parte en unas maniobras, se levantaron pobladas de los más bajos fondos sociales. Necesitaban reclamar algo impreciso, tal vez el pan, tal vez el mejoramiento de su condición abyecta; la protesta no iba dirigida a un hombre, a un representante de la autoridad; no, los puños crispados, los semblantes furibundos, los labios enardecidos, se dirigían a la Autoridad, a la Sociedad entera, a los palacios en que se alberga el Poder. Entonces, el burgués tomó las armas y muchas cabezas de aquella bestia policéfala cayeron. La tragedia no cesó hasta la llegada del Ejército.

No menos memorable es la huelga de Valparaíso, en 1907; y la más grande, la de Iquique, el 21 de Diciembre de ese año. Los sufridos pampinos de Tarapacá se levantaron en demanda de protección y de justicia. Llegaron a Iquique no a destruir el Poder, sino a solicitar su amparo. Se temió a la bestia humana y un General ordenó al Ejército cañonear a la multitud: centenares cayeron. La sangre allí derramada será en lo sucesivo el mejor argumento de la causa del pueblo.

He aquí a algunos de nuestros verdaderos ácratas:

MAGNO ESPINOZA.—No tiene biografía conocida, como ocurre con casi todos sus compañeros. Alguien ha dicho de él: «Por lo heroico de su vida, por la vigorosidad de sus ímpetus y por la nobleza de su temperamento, merece, más que muchos, ser mencionado con cariño y respeto. Respeto por el hombre; cariño por el artista».

LUIS OLEA.—Fué uno de los inspiradores del aludido movimiento social de 1905. En el periódico en verso «El Cantor del Pueblo» (Coquimbo, 1908) aparece un soneto suyo que es un latigazo a la fuerza armada. Antes había dado a luz numerosas publicaciones acráticas en opúsculos populares. Murió en Bolivia hacia el año 1908.

ALEJANDRO ESCOBAR Y CARVALLO.—En 1904 germinó un considerable movimiento acrático. Acaso influyó en él la estadía en Chile de los anarquistas Pedro Gori e Inocencio P. Lombardozi. En ese año «el compañero» P. Solís Rojas publicó sus opúsculos de *Poesías Acratas* en los que figuran numerosos versos de Escobar y Carvallo, como también de Luis Olea, Luis E. Recabarren, Magno Espinoza, Marcial Cabrera Guerra.

Lució felices disposiciones este escritor rebelde. Hoy es simplemente un teósofo. Sus antiguos compañeros de bohemia lamentan su alejamiento del anarquismo.

EDUARDO GENTOSO.—También se ha distinguido por sus versos democráticos y batalladores.

FRANCISCO PEZO.—N. en el año 1885. Es el más representativo de nuestros poetas acráticos contemporáneos. Desde hace quince años ha tomado parte activa en el movimiento social de este país.

Es un ácrata tratable. Y también un bohemio que tiene sobrado talento para señorearse en los barrios sub-urbanos. Se preocupa grandemente de su cultura, la que, dada su condición de proletario, es enorme. Traduce del francés, inglés e italiano. Ha estudiado a fondo la ciencia sociológica y los más importantes movimientos obreros habidos en Europa y América. Es autor de más de trescientos manifiestos y proclamas. En Ateneos y Centros Obreros ha dado centenares de conferencias acerca de las más variadas materias relacionadas con el mejoramiento moral y económico del Pueblo. Sus estudios han versado especialmente sobre las llamadas cuestiones sociales, sobre anarquismo, socialismo y sindicalismo, y sobre las doctrinas neo-Malthusianas.

En «El Rebelde», «La Protesta», «El Productor», «Luz y Vida» y otros periódicos anarquistas aparecidos en Chile desde el año 1895 ha colaborado con artículos y traducciones.

En Iquique, alguien editó un Cancionero Revolucionario con versos selectos de Pezoa. Por él se ve que la poesía roja es un matiz de la poesía popular. Estos versos de Pezoa se cantan generalmente adaptándolos a la música de las canciones populares.

Las mejores composiciones poéticas de Pezoa son: *El ladrón*, *Anarkos*, *De vuelta del mitín*, *Canto de venganza*. Esta última se ha divulgado con el nombre de «La Pampa» y con música de «La Ausencia», al extremo de ser cantado en los movimientos obreros de Chile, Argentina y Uruguay.

En las pampas argentinas, en las salitreras, en las minas de Bolivia y en las obras del Canal de Panamá, han vibrado en gargantas estremecidas por el dolor las estrofas de este anarko, a la vez poeta doctrinario y cancionista.

ANTONIO ACEVEDO HERNANDEZ.—(N. en Angol, 1887) También cabe mencionar aquí a Antonio Acevedo Hernández que empezó escribiendo, en verso lírico, algunas arengas libertarias. Casi toda su labor tiene una marcada índole acrática. Los solos títulos de sus obras dan idea de esa tendencia: Su «canto alegórico» forma parte de una colección de versos líricos, «Poemas de la Impotencia». Sus «Elegías», recuerdan el tono sentimental de Juan R. Jiménez. «Por la patria» es un apóstrofe contra la guerra. Dramas sobre problemas agrarios: «En el rancho» (veinte representaciones en un año); «La puñalada» y «El Inquilino» (representado). Dramas ibsenianos: «Degenerado» (representado) y «Super-mito». Trilogía del Suburbio: «Almas Perdidas» (tres actos; representado); «Carcoma» y «María Luisa». Dramas ideológicos o de tesis: «El Dueño» y «El Salmo de la Vida». Leyenda dramática: «Camino de Flores» (representada). Novelas: «La raza fuerte», estudio sobre el pueblo chileno, prologado por Armando Donoso; y «Tierra adentro», idilio campesino.

Seis años atrás Acevedo Hernández era casi un analfabeto. Hoy marcha a ocupar un buen puesto entre nuestros autores dramáticos. Por falta de dinero no ha publicado ninguno de sus libros, de los cuales se ha mencionado anteriormente solo los que, a juicio del autor, merecen editarse, pues conviene saber que este ácrata ha tenido la valentía de echar al fuego aquellos de sus manuscritos que le tenían descontento.



Versificadores festivos y satíricos. Los fabulistas

Para completar nuestro estudio sobre la poesía, agregamos algunos párrafos sobre aquellos autores que han cultivado o cultivan en verso, con más o menos acierto y celebridad, el género festivo y satírico. Al mismo tiempo incluimos pequeñas notas sobre nuestros fabulistas. Lo hacemos así, tomando en consideración que para el desarrollo de sus facultades humorísticas o con tendencia a moralizar, dichos autores usan de los mismos moldes de que se valen los cultores del arte serio y profundo.

FESTIVOS Y SATÍRICOS

Hemos incluido en las primeras partes de nuestro libro a los intelectuales que, salvo raras excepciones, merecen según nuestro criterio el calificativo de *poetas*.

Este calificativo, hablando honradamente, ¿es aplicable a Manuel Blanco Cuartín, Daniel Barros Grez, Adolfo Valderrama, Belisario Guzmán Campos, Rafael Allende, Efraín Vásquez Guarda, Ricardo Montaner Bello, Alfredo Irarrázaval, Armando Hinojosa, Roberto Alarcón Lobos, Pedro E. Gil, Andrés Silva Humeres, etc., etc., personas que han hecho o siguen haciendo versos festivos o satíricos, o que han vaciado en la fábula sus enseñanzas o moralidades?

¿Son *poetas* estos escritores? ¿Son escritores estos *poetas*?

Si nos ceñimos estrictamente a la significación, al alcance que la palabra *poesía* merece de los señores maestros y profesores de literatura de nuestros colegios, y a los textos oficiales de poética implantados en los mismos, tendremos que inclinar la cabeza con una afirmación a la primera pregunta, aunque haciendo una salvedad.

La poesía se divide en tres géneros principales, de los cuales el *lírico* es el primero.

En la parte principal de nuestra obra hemos colocado exclusivamente a los *poetas líricos*, es decir, a aquellos que (extractemos un instante) «expresan de un modo lleno de animación el estado interior de su alma, sus impresiones, sus ideas, sus reflexiones y los afectos más blandos así como las más violentas pasiones de su corazón».

¿Están en este caso los versos de los escritores citados?

Indudablemente que nó.

Siguiendo la rutina de cualquier tratado de literatura, admitimos que el género *lírico*, principal y primero, se subdivide en géneros secundarios, de *segundo orden*, entre los cuales figuran en último término las composiciones festivas, ligeras o humorísticas, las fábulas, etc.

Estos géneros de segunda categoría son los que cultivaron o cultivan Blanco Cuartín y demás satélites, géneros que, por ser de esta naturaleza y de este orden, no hemos contemplado al organizar la parte más importante del presente libro.

Tendríamos, pues, que los escritores aludidos son «poetas» pero de género secundario, y en *Selva Literica* caben, exclusivamente, los *poetas líricos* de género principal.

Hechas estas observaciones, sigamos con la segunda pregunta.

¿Son escritores estos *poetas*?

Sí; en realidad son simples escritores, y éste es el calificativo más propio, sin que por esto sea menos digno de su talento.

Son escritores festivos en verso, y nó *poetas*. Un poeta es algo más intenso, más delicado, menos epitérmico que el escritor festivo o que los autores de fábulas. Pues no es lo mismo vaciar el alma, la esencia del espíritu, en el molde de los versos profundos, dolorosos y vívidos, que jugar con las palabras como quien maneja bolas de billar, haciendo ruidos huecos, retrueques y carambolas, o que hacer frasecitas para enseñar máximas o aforismos azucarados por la retórica. No tienen igual valor las tristezas, los dolores, las fatigas, las ternuras o el amor, asomados como una sombra empapada de alma a los ojos, que las piruetas de los labios, las sacadas de lengua, las contorsiones de los párpados y las cejas y los cambios ridículos de facción, o el deseo de moralizar en verso comparándonos con los animales, y que no persiguen otro objeto que provocar la hilaridad en las barrigas sensibles del grueso público o abrir más los sentidos de los estudiantes de moral.

La poesía está reñida con la burla, con la sátira, con la risa en los dientes.

* * *

La poesía festiva y satírica nació durante el período de la Colonia, allá por el año 1780. Encendió las primeras luces de este género de versificación, el español Fray Juan de Barrenechea y Albis con una humorística epopeya: *La Tucapelina*, que firmó con el seudónimo de Pancho Millaleubu. Le siguieron: don Manuel Fernández Ortelano, autor de varias narraciones jocosas de mediocre valor literario; el célebre dominicano Fray Francisco de B. López, el Quevedo chileno; el padre Escudero; el Capitán Lorenzo Mujica; el cura Clemente Morán; Fray Manuel de Oteiza, y los menos conocidos: Antonio Campusano y Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Fuera de las célebres producciones del padre López (epigramas, sátiras, chistes, improvisaciones festivas, etc.), movidas por la aguda picardía del inmortal Quevedo, y de las décimas del Capitán Mujica, no encontramos en la literatura de aquella época algo que les supere en calidad. Versos bien cortados la mayor parte, generalmente de ocho sílabas, con ideas oportunistas pero sin trascendencia moral ni social, con efectos de retruécanos superficiales más que de fluidez psicológica, formaron un conjunto que, para ser los primeros balbuceos de una cuerda nueva y desconocida, tuvieron el gran mérito de ser como una orientación hacia el nacionalismo, más bien dicho hacia el criollismo, si pudiéramos llamarlo. Así, la sal de los epigramas, la elasticidad de los chistes, tenían sabores y movimientos intensamente locales, a pesar de la honda influencia que ejerció en ellos el espíritu de la literatura y de la sangre aventurera de los españoles. Era como una especie de sorda tendencia hacia la liberación de razas, hacia la formación de un terruño propio con modalidades propias.

Pero, la verdadera poesía chilena, fruto del humorismo y de la sátira, comenzó a perfilarse más o menos el año 1840 con:

MANUEL BLANCO CUARTIN.—(Nació en Santiago, en 1822).—Este ilustre patriota y hombre de letras, publicó fuera de una gran cantidad de versos hilaridantes y teñidos de espíritu mordaz, las siguientes obras: *Blanca de Lerma* y *Mackendal*; *Poesías Líricas*; *Lo que queda de Voltaire* y *La Poesía Lírica Moderna*.

En seguida agregamos algunos datos sobre los versificadores chilenos que continuaron con ingenio la labor de Manuel Blanco Cuartín:

ADOLFO VALDERRAMA.—(N. en 1834).—Nuestro más culto satírico: su sátira es noble, sin sangre, elegante, diplomática.

FANOR VELASCO.—(N. en 1843).—En los periódicos «La Linterna del Diablo», «El Charivarí» y «La Campana» dejó las huellas de un sutil espíritu festivo.

DANIEL CALDERA.—Autor de los dramas *El Tribunal de Honor* y *El Último Ramses*, cuyo humorismo tenía un fondo amargo y brutal: nació en sus obras la amarga ironía burlesca del pueblo.

JUAN RAFAEL ALLENDE.—(N. en 1850).—Su sátira tenía sacudimientos cómicos a veces y otras fuertemente trágicos. Se hizo célebre con sus periódicos «El Padre Cobo» y «El Padre Padilla». Publicó: *La República de Jauja* (comedia) y *José Romero* (drama). Es autor de otras piezas teatrales como *El que dirán*, *La comedia en Lima*, *El General Daza*, *Moro Viejo*, *El Huérfano*, *Víctima de su propia lengua* y *Las Mujeres de la India*. Fué también poeta popular.

Luchador incansable, actuó en todos los hemisferios de la vida espiritual. Hizo buenos lirismos, novelas, artículos de fondo y sátiras en verso. Levantó ronchas y tuvo enorme popularidad, única quizás en su época y dentro de su esfera de acción. Su musa festiva, hinchada de pimienta y ácidos corrosivos, iba contra ciertas informalidades de la política y contra cierto régimen social y religioso. Su obra corre impresa en la infinidad de hojas periodísticas de las que fué irremplazable director.

EFRAÍM VÁZQUEZ GUARDA.—(N. en 1862).—Leonardo Eliz habla: «En sus poesías se descubre a la simple vista sus tendencias de escuela: la sátira, aguda y cáustica por una parte, y la ironía jocosidad de Enrique Heine, por otra».

* * *

Hasta aquí los representantes del humorismo antiguo, de la sátira añeja, del chiste con resabios de época de la Independencia.

Alfredo Irarrázaval Zañartu inicia en 1887, con sus *Renglones Cortos* (versos) un movimiento que podría decirse de renovación, de modernización del género festivo, de ampliación de los elementos de que se echaba mano para hacer reír al público y para satisfacer una espiritual tendencia caricaturadora. Arrojó a un lado la forma pesada de nuestros abuelos, se sacudó el polvo de la idea amarrada a cierto yunque ocasional, accidental y de mera costumbre, satura sus composiciones de un aire sutilísimo y emprende

una cruzada de depuración del ambiente civil, no del acto individual como lo habían hecho antes sus predecesores.

Con él empieza esta nueva etapa que es, hasta hoy, la más vigorosa y la que se acerca más a los dominios del arte:

ALFREDO IRARRÁZAVAL ZAÑARTU.—(N. en Santiago, en 1867).—En 1885 publicó sus primeros versos «A los Héroes de Iquique», poema en que (según un biógrafo eminente) «pecando contra la gloria del héroe de la Esmeralda, la crítica le dió una lección que él no quiso acatar como fallo inapelable de la opinión y se rebeló contra ella pretendiendo hacerse justicia propia contra el Director de «El Imparcial» de Santiago».

Tres años más tarde dirigió el periódico satírico-humorístico «El Gil Blas» y algún tiempo después fundó y redactó en compañía de un hermano suyo el diario «La Tarde», famoso por sus artículos de combate en defensa de los intereses nacionales y de depuración administrativa.

Más tarde ingresó a «El Ferrocarril», donde colaboró con brillantes artículos sobre problemas económicos y hacienda pública.

En el diario «La Epoca» empezó a publicar sus versos más notables de género festivo. Sus *Renglones Cortos y Guitarrazos*, forman una colección de rimas chispeantes de gracia y picardía, en las cuales satiriza maliciosamente a ciertos personajes de pseudointerpretancia en su época, y narra, con picante ingenio y mordaz ironía, las costumbres ridículas y añejas de nuestro pueblo, describiendo, con un naturalismo sorprendente y una vivacidad luminosa, el lado flaco de sus caracteres, sus extraños procedimientos en la vida ordinaria y sus defectos corporales que le sugieren en verso los más endiablados símbolos.

Con *La Procesión del Pelicano* y un sinnúmero de poemines humorísticos que publicó en aquel diario y en «La Lira Chilena», quedó Irarrázaval Zañartu consagrado como el más agudo, el más satírico, el más genial de nuestros escritores jocosos, tanto que su nombre rodó con vientos de reputación por las repúblicas de toda la América latina, sin encontrar un émulo, ni un adversario digno de su cuño.

La politiquería y la clerigalla imperantes, tal como hoy, en los tiempos en que le cupo actuar de periodista, y las bajas pasiones ocultas entre ciertas capas sociales, obligaron al escritor a romper la monotonía secular del ramplón romanticismo con sus clásicos mamotretos, en que vegetaban casi todos nuestros poetas-momias, para levantar, por primera vez en el país, el canto nuevo, desconocido y varonil del verdadero humorista. Fué Irarrázaval Zañartu quien encendió los fuegos de artificio de la poesía jocosa, festiva, hilaridante; de la poesía que se mofa finamente de los defectos humanos con la sana índole de moralizar.

Irarrázaval, conserva en Chile, sin disputa, la primogenitura del buen verso festivo-satírico.

Es de lamentar que la política y la diplomacia hayan robado a las letras nacionales a este distinguido abanderado.

ROBERTO ALARCON LOBOS.—Ha publicado pocas pero sabrosas y chispeantes tiradas de versos en el semanario «La comedia humana» y en la revista «Zig-Zag» de que fué Director. Algunas de sus parodias humorísticas despertaron la atención del grueso público por sus caricaturas del lenguaje criollista y los tipos netamente locales que por ellas desfilaron. Es conocido en las letras con el pseudónimo de Galo Pando.

P. S.—Acaba de fallecer este escritor (1917).

DESIDERIO LIZANA.—En las Fiestas Cervantinas del presente año salió premiada la composición que preparó al efecto; *Sancho en el Cielo*. Versifica con soltura y prosaísmo. Tiene la facilidad y el gracejo del pallador. Su obra es perecedera como todo producto del esfuerzo fácil, hecho para agradar y hacer reír a las masas. Es notario público de Santiago.

PEDRO E. GIL.—Tiene cerca de cuarenta años de edad.

Como malabarista de la frase, reconocemos un talento en Pedro Gil. Es el primer malabarista americano. Vital Aza, el viejo maestro español, debe de haberle escrito poco antes de morir: «Ud. mueve perfectamente sus instrumentos en la pista, tiene figuras hermosísimas y actitudes elegantes, conserva el equilibrio y la apostura, la elasticidad y la inflexión, pero no sé por qué parece que sus instrumentos están vacíos, que son de lata o de cartón, que son fraudulentos, pues no demuestran ningún esfuerzo íntimo en Ud. Resumen: un arte mecánico, un arte al alcance de todos por lo fácil y cómodo; no tiene un gesto que revele al gran artista que habría sido yó, si la muerte no se hubiera interpuesto entre mi cerebro y el mun-

do, y de que he dado pruebas elocuentes ante un público de intelectuales que me buscaba con verdadera fiebre».

Y en realidad los versos de Pedro E. Gil son muy correctos, castizos; juega con las palabras diabólicamente; hace con ellas figuritas, piruletas que son un encanto, que agradan y hacen reír por el ingenio calemburesco del escritor; que hacen abrir los labios con el aleteo de una sonrisa, sin llegar al corazón; pero, sus versos son vácuos, carecen del *fondo* picaresco necesario, falta en ellos la idea que los haga perdurar en la conciencia de los oyentes, y que los libere del doloroso olvido en que van cayendo desde hace más de dos lustros.

Pedro Gil E. fué uno de los primeros colaboradores de «Pluma y Lápiz», en los dos periodos de su publicación.

Desde la primera época de estas revistas, en 1900 más o menos, donde hizo sus primeras armas, ha seguido escribiendo versos y prosa en la prensa nacional y extranjera con fecundidad asombrosa. Reunidos sus artículos y versos alcanzarían a unos seis volúmenes. Son un modelo de pureza de estilo y de riqueza de vocablos, dignos de mejor suerte.

Ha escrito diversas piezas teatrales: entre otras, «El Rey Consorte», pequeña comedia que fué injustamente premiada por la Sociedad de Artistas y Escritores en el concurso literario abierto en 1914. Dicen que el premio se repartió en familia. Nosotros nos lavamos las manos con el público y la prensa que aplaudieron estrepitosamente la comedia dramática «Cielito» de Daniel de la Vega y recibieron friamente la obra de Pedro Gil.

Como periodista Antuco Antúnez ha ocupado puestos en «El Mercurio» y en «Zig-Zag» de Santiago.

Hoy hace de su talento una profesión: colabora en «Sucesos» y «Monos y Monadas».

ARMANDO HINOJOSA.—Es más joven tal vez que el anterior. Empezó, niño aún, su carrera literaria en la difunta y traginada «Lira Chilena», cultivando el género lírico-romántico.

Algunos años más tarde enarcó sus alas hacia un nuevo horizonte, quizás el definitivo, brindándonos con primicias en verso, salerosas y picantes, que le auguraron una feliz consagración.

En la revista «Zin-Zal», que ha dirigido dos veces, y en «Cocoroco» obtuvo un verdadero triunfo con sus caricaturas en verso y prosa de políticos distinguidos y personajes de nuestro mundo social, y con el ingenio satírico desplegado por su pluma en el análisis de tópicos de actualidad.

Ha colaborado en casi todas las revistas del país y en muchas del extranjero. Ha sido corresponsal de «El Diario Ilustrado», en su último viaje por Europa, de donde trajo un verdadero arsenal de conocimientos que enriquecerán, sin duda alguna, sus producciones literarias.

Sus composiciones son correctas en el decir, pero el chiste es a veces demasiado grueso. Parece que la línea glotona de su físico estuviera en armonía con la de su espíritu.

Como dramaturgo, ha hecho representar diversas obras que se han salvado y obtenido aplausos en las tablas por sus ribetes de jocosidad.

Su última obra *Castillo de naípe* no ha sido aún estrenada en público.

Se ha entregado de lleno al periodismo y al servicio de la política.

ANDRÉS SILVA HUMERES.—(N. en Concepción, en 1883).—Su vena jocosa le ha hecho conquistar algunos laureles.

Su monólogo *Un sablazo*, recitado por el conocido actor español Joaquín Montero, en el Teatro de Concepción, 1909, le revistió de una gran popularidad que aunque no alcanzó a extenderse fuera de los límites de dicha capital, lo colocó, por su mérito, en uno de los primeros lugares del pequeño grupo de versificadores risueños que encabeza Armando Hinojosa.

Ha colaborado en diversas publicaciones nacionales, y ha sido cronista de «El País», diario de su pueblo natal.

En su lírica sería, que también cultiva con cierta facilidad y sentimiento, aunque con prosaísmo, se advina la influencia de Campoamor y Juan de Dios Peza.

La obra de Silva Humeres es esencialmente vagabunda, podríamos decir, ambulante. Ha escrito mucho y conservado poco. Sus versos, reunidos, podrían alcanzar a formar tres volúmenes, que enriquecerían sin duda alguna la literatura festiva de nuestro país.

Hoy presta más dedicación al comercio que al arte. Es de sentirlo por las galerías intelectuales.

PEDRO J. MALBRAN.—Es el más joven de nuestros humoristas. La gracia de sus versos contiene mohines de la más cómica espiritualidad. Provocan a risa sus ideas apretadas de observación y chistes. Hace caricaturas de las palabras, modismos, filosofías y vulgaridades del ciudadano, con la pícara inten-

ción de burlarse de ciertas reglas y previsiones inútiles para la humanidad y cediendo a una especie de fatalismo optimista que deja enredado en los versos, como vellones de su propia personalidad. Publicará próximamente un libro.

LOS FABULISTAS

No existen en Chile verdaderos *fabulistas*. Existen sí fabulistas eventuales, de fábrica. Porque Eduardo de la Barra, Letelier y Guzmán Campos, entre otros, aparecieron a la luz pública no por inclinación propia, no por espontánea voluntad, sino estimulados o empujados por el premio que les ofrecieron en el certamen de la Academia de Bellas Letras (1875) y por don Federico Varela, el año 1887, en su famoso Certamen Literario.

Dichos autores lograron obtener cierto éxito porque supieron encubrir con sus talentos el harapo de mediocridad que palpita en cada una de sus fábulas. Por eso se ve en ellas, más que una obra espiritual y de estudio psicológico, el producto de una labor de obrero, del profesional de la versificación.

Sin embargo, son dignos de ser mencionados por ser los únicos representantes de un género literario caído en desuso, innecesario, y bueno para solaz de los estudiantes de instrucción primaria.

A continuación va una reseña sobre nuestros fabulistas:

DANIEL BARROS GREZ.—(Nació en Colchagua, el año 1834).—Fue un poliglota consumado: conocía cerca de veinte idiomas. Sus *Fábulas Originales*, le revelaron como el mejor de los autores de esta clase de composiciones. Escribió en vida cerca de quinientas, algunas de las cuales pueden colocarse al mismo nivel de las de Harzenbusch, por el relieve naturalísimo de los elementos que figuran en sus pequeñas piezas en verso.

Sus obras principales son: *El Huérfano* (novela); *Pipiolos y Pelucones* (romance histórico); *Cuatro Remos* (novela), que fue todo un éxito; *La Guerra con España* (estudio); *Cuento para los niños grandes*; *Excepciones de la Naturaleza*; *Manual de Topografía*; *Estudios sobre el verbo hacer*; *La Dictadura de O'Higgins* (drama); *El vividor*; *Como en Santiago*; *La Colegiala*; *El Testarudo*; *El cuasi-casamiento*; *El ensayo de la comedia*, *La Vocación* y *El Logrero*, comedias; y *El Número 3*.

Obtuvo diversos premios en algunos Certámenes públicos. Dejó inéditas y se publicarán próximamente: *Apuntes para un Diccionario de Chilenismos* y *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, la más importante de sus obras.

SANDALIO LETELIER.—(N. en Talca, en 1835).—Publicó en diversos diarios algunas fábulas y versos líricos que acusaban en él un fuerte temperamento artístico. Preocupaciones comerciales horadaron posteriormente su personalidad.

EDUARDO DE LA BARRA.—Se dió a conocer como fabulista de buena pasta el año 1887, figurando en el Certamen Varela con sus *Fábulas Originales*, que obtuvieron el primer premio, al mismo tiempo que sus *Poesías Sugestivas*, *Rimas* y *Tratado de Métrica*.

Fue Rector del Liceo de Valparaíso.

ABRAHAM JORQUERA.—(N. en Santiago, en 1841).—«Fabulista de sátira aguda y cáustica» ha dicho alguien. En plena edad madura empezó a escribir poesías líricas empapadas de un romanticismo con entonaciones tropicales.

BELISARIO GUZMAN CAMPOS.—(N. en Santiago, en 1847).—Escritor en verso, jubilado. Su *Fábulas*, a decir de Eliz, «merecieron un accésit y los conceptos del jurado de: ser magistrales y de honrar a un escritor de genio», en el Certamen Varela del año 87.

Es un representante de la mediocridad-ambiente.

JOSÉ TOMÁS 2.º MATUS.—(N. en Talca, en 1859).—Abogado y escritor jurídico de nota. En el Certamen Varela obtuvieron mención honrosa sus versos líricos *Renglones Medidos*; y fueron recomenda-

das sus *Fábulas Políticas*, notables por los caracteres regionales, bien definidos, que atraviesan por ellas. En 1887, mereció un accésit en el Certamen Universitario con su estudio: *Del nombramiento de los funcionarios judiciales*.

RICARDO MONTANER BELLO.—(N. en 1868).—Cultivó el género lírico, mediócremente, como tantos otros. También la fábula, alcanzando con un manojó de éstas una mención honrosa en el Certamen Varela. Conquistó, cuando joven, un sinnúmero de premios en diversos lances públicos. Ayer: fuegos artificiales, polvareda, humo. Hoy: nada, nada, nada.

ROSA GIRARD DE ESCUDERO.—El último ejemplar de este género de literatura primitiva, ad-hoc. Con sus *Fábulas Fantásticas*, elogiadas por el jurado del Certamen Varela de 1887, alcanzó a encender en el público una lucecilla de mérito. Murió para el arte, como había nacido: de improviso.

Ateneo de Santiago

Esta importante institución artística y literaria fué fundada el 1.º de Mayo de 1899 con el siguiente Directorio:

Directores

Señores: Santiago Aldunate Bascuñán
Paulino Alfonso
Roberto Huneeus
Elías de la Cruz
Juan N. Espejo
Ricardo Cabieses
Jorge Huneeus
Pbto. José Eduardo Fabres
Dr. Carlos A. Gutiérrez
Alamiro Huidobro
Eduardo Lamas
Ricardo Montaner Bello

Secretario Permanente:

Samuel A. Lillo

Pro-Secretario:

Diego Dublé Urrutia

Tesorero:

Eduardo Lamas

El Directorio actual es el que sigue:

Directores:

Señores: Santiago Aldunate Bascuñán
Ricardo Montaner Bello
Joaquín Díaz Garcés
Roberto Huneus
Juan N. Espejo
Paulino Alfonso
Antonio Bórquez Solar
Guillermo Pérez de Arce
Gonzalo Bulnes
Luis Rodríguez Velasco
Manuel Magallanes Moure
Miguel Luis Rocuant

Secretario:

Samuel A. Lillo

Pro-Secretario:

Antonio Orrego Barros

Tesorero:

Pedro Mandiola

Un gran rol ha correspondido a este Ateneo en el desarrollo de la cultura artística y en el fomento de las Bellas Letras.

Desde su tribuna se han dictado conferencias sobre los más diversos temas: desde la cuestión social, de interés para todos, hasta los cálculos de astronomía, de importancia sólo para los iniciados. Se han unido la música y el verso para glorificar el arte asombroso de Rodin. Se ha interpretado a Chopin, Bach, Grieg, Wagner, Mendelssohn, etc. Mientras un pacifista levantaba el apostolado del amor universal que canta Lagarrigue, un hijo del pueblo acariciaba sus ideales acráticos para encenderlos frente a esa misma multitud que escuchaba al anterior.

Todo esto se ha promiscuado donosamente en el ámbito del Ateneo. Y por él no sólo han cruzado los viejos y jóvenes intelectuales de esta tierra, sino también personalidades literarias de renombre mundial.

Sobre sus modestas tablas hemos visto la silueta melancólica del glorioso patriarca de las letras españolas: ese «gran don Ramón de las barbas de chivo» de que habló Darío; a Blasco Ibáñez, el brillante y mercantil artista de «Los cuatro jinetes de la Apocalipsis»; a Manuel Ugarte con sus doctrinas de quijote moderno y su verba acerada; a Belisario Roldán con su palabra de oro estrellada de lentejuelas de romanticismo tropical; a Cavestany, anciano poeta sobreviviente de aquellos tiempos legendarios en que la capa y la espada realzaban la figura de los amantes frente a las rejas del castillo lunado y meditabundo; a Rafael Altamira el célebre profesor madrileño; a Eduardo Marquina, el príncipe de los líricos hispano-americanos, y a tantos otros sabios y artistas que no recordamos en estos instantes.

El alma y músculo de este prestigioso cenáculo artístico que se llama Ateneo de Santiago, ha sido exclusivamente su laborioso Secretario, el laureado poeta Samuel A. Lillo.

El, con sus entusiasmos pródigos de juventud, con su fervor artístico inextinguible, ha mantenido latente el fuego familiar de esas veladas en que tribunas y galerías parecen compartir en el círculo de una intimidad común, la caricia ensoñadora del culto espiritual.

El, solo, ha tenido que soportar el chubasco, de las protestas de ciertos puntillosos padres de familia, que han encontrado inmorales algunas manifestaciones líricas de la audacia juvenil y que se han revuelto indignados ante la gloriosa desnudez del Arte! ¡Es la belleza artística atacada por ese mismo hato de imbeciles que se arroba frente a los perifollos de cualquier ramera vagabunda!

Y esos ataques, esas protestas del burgués contra los oradores valientes del Ateneo, han sido carga-

dos al creador, al sostenedor de sus veladas gratuitas, al alma y músculo de esa corporación: a Samuel A. Lillo. ¿Por qué? Porque este Secretario integérrimo los merece. Ha trabajado más de lo que debía...

Pero este poeta insospechable, ha tenido su compensación: ha encontrado sus glorificadores inespereadamente: ellos, con sus protestas, han puesto de relieve su amplitud de criterio y su labor anónima, curvada con tanto sacrificio sobre su despacho de funcionario de la Universidad de Chile. Así, ofendido; así, atacado, comprendemos que es él, únicamente, el alma y músculo del Ateneo.

El Directorio actual de esta institución es deficiente. Debe sufrir diversas modificaciones, para que pueda desarrollar perfectamente sus bellos ideales. No es posible echar sobre los hombros de un solo miembro del Directorio que consta de quince, el pesado fardo de una empresa bastante ingrata, por lo que encierra de garantía pública y de labor material.

Hay en la lista del personal directivo nombres que, para los propósitos con qué fué fundado el Ateneo santiaguino, como institución científica, artística y literaria, nada aportan ni nada representan, y que es necesario reemplazar por otros de actividad práctica, de méritos positivos, de responsabilidad intelectual.

Don Santiago Aldunate B., eminente diplomático, nada significa dentro del Ateneo sino un adorno invisible, impalpable. Sencillamente, no hace falta. Es preciso sustituirlo. El, como digno Embajador de nuestro Gobierno en un país extranjero, no puede obrar a la vez como miembro del directorio del Ateneo de Santiago. Por lo demás, creemos que esto le hará poca falta.

Don Ricardo Montaner Bello, don Roberto Huneus y don Paulino Alfonso, no merecen el sitio que se les ha designado. No basta para ser director de un Ateneo haber fabricado uno que otro libro mediocre o haber escrito algunas docenas de fábulas insustanciales o diversas tiradas de versos inútiles. Deben renunciar.

Don Luis Rodríguez Velasco, venerable anciano, poeta de los viejos tercios de nuestro romanticismo primitivo, hoy en desarme, debe entregar a la juventud, a la virilidad, el sillón que nominalmente ocupa.

Supongo que a él, antiguo Ministro de Estado, nada le significará abandonar ese modesto sillón. Y, por último, Antonio Orrego Barros, empleado público, que invierte todas sus actividades fuera del recinto de la Pro-Secretaría del Ateneo, para el que fué nombrado, sin dedicarle un solo minuto desde hace varios años, debe también resignar su puesto, ya que no puede atenderlo.

Para este cargo de actividad e iniciativa se requiere un joven de talento y emprendedor.

Proponemos al vigoroso literato Jorge Hübner Bezanilla.

Para los puestos de directores en reemplazo de los que deberían cesar, creemos de bastante prestigio para el Ateneo los nombres que se quisiera elegir de entre los siguientes: Juan Francisco González, Armando Donoso, Gustavo Silva E., Guillermo Labarca Hubertson, Pedro Prado, Alberto Mackenna, Víctor Domingo Silva, Julio Ortiz de Zárte, Enrique Tagle Moreno, Julio Vicuña Cifuentes y Eduardo Barrios.

Confiamos en que los miembros de esta institución comprendan los defectos y la necesidad que señalamos en su propio beneficio y que pronto cambien el estado de su organismo para que así puedan ampliarse sus rumbos.



Consejo Superior de Letras y Bellas Artes

El ex-Ministro de Instrucción Pública y escritor don Jorge Huneus Gana, deseoso de crear una institución que estimulase el desenvolvimiento de la Literatura y las Bellas Artes, dictó, el 31 de Mayo de 1909, el decreto orgánico del Consejo Superior de Letras y Bellas Artes, que tendría la supervigilancia de la enseñanza artística en los institutos del país, y tendería, por medio de certámenes, al acrecentamiento de la producción intelectual. Posteriormente, el 15 de Junio de ese mismo año, nombró las personas que deberían constituir el Consejo y que fueron:

Primera Sección, de Letras y Arte Dramático: Señoras Inés Echeverría de Larraín y Mariana Cox de Stuen; y señores Luis Rodríguez Velasco, Augusto Orrego Luco, Gonzalo Bulnes, Juan Agustín Barriga, Carlos Silva Vildósola, Daniel Riquelme, Luis Orrego Luco, Samuel Lillo y Miguel Luis Rocuant.

Segunda Sección de Artes Gráficas: señora Rebeca Matte de Ñiguez; y señores Raimundo Larraín

Covarrubias, Luis Dávila Larraín, Paulino Alfonso, Enrique Cousiño, Fernando Alvarez de Sotomayor, Rafael Correa, Simón González, Alberto Mackenna S., Alberto Valenzuela Llanos, Alvaro Casanova Z., y Ernesto Courtois Bonencontre.

Tercera Sección, de Música: señora Amelia Cocq; y señores Manuel Fóster Recabarren, Luis Arrieta Cañas, Marcial Martínez de F., Daniel Amenábar Ossa, Pbto. Vicente Carrasco, José M. Besoain, Jorge Balmaceda Pérez, Luis S. Guiarda, Alberto Ceradelli y Enrique Soro.

A fines de aquel mismo mes, las personas nombradas se reunieron en sesión, y después de oír su exposición sobre los motivos que lo impulsaron a crear el Consejo, y de dar las gracias, a nombre del Gobierno, a las personas que habían aceptado formar parte de este nuevo organismo intelectual, se procedió a elegir Presidentes y Secretarios de cada Sección. Fueron designados, Presidente de la Sección de Letras, don Gonzalo Bulnes; de la de Artes Gráficas, don Enrique Cousiño; y de la de Música, don Carlos Silva Cruz; y Secretarios, los señores Tomás de la Barra, Hernán Castillo y Agustín Cannobbio, respectivamente. Secretario General del Consejo, para cuando sesionaran las tres Secciones reunidas, fué designado el señor Miguel Luis Rocuant.

El Consejo ha celebrado concursos en diversas ocasiones, pero con resultados medianos.

Porque debemos hacer presente, a sus certámenes, como a todos los que se celebran en el país, no se presentan nuestros mejores literatos y artistas por temer la incompetencia o la parcialidad de los jurados, que son elegidos casi siempre de entre los intelectuales de criterio más rancio y más estrecho.

Esto no sólo sucede en las justas poéticas o literarias, sino también, y en una forma más lamentable, en el Salón Oficial de Pintura, que se celebra cada año.

Así hemos visto con verdadera indignación formar parte del jurado de Pinturas, a señores de muy buena presencia, muy respetables en todo sentido, pero que entienden tanto en materias artísticas como cualquier alumno del primer curso de la Escuela de Bellas Artes.

Entre estos dignos caballeros, diletantes los más, mencionaremos a varios, para que alguna vez siquiera dejen el camino expedito y entreguen sus puestos, a las personas que tienen verdadera preparación para servirlos: don *Paulino Alfonso*; don *Alvaro Casanova*, pintor mediocre de marinas que, a decir de don Fernando Alvarez de Sotomayor, el gran artista español que dirigió nuestra Escuela de Bellas Artes, serían indignas de llevar la firma de Martínez Abades, insignificante borroneador de telas por ese estilo; *Alberto Valenzuela Llanos*, nuestro gran paisajista, pero a quien, por haberse educado en las más añejas escuelas, le falta espíritu de juventud, y, por lo mismo, carácter de imparcialidad y entusiasmos propios de un maestro que debe estar renovando hasta morir y no hundido en un estancamiento hermético, alejador de simpatías y provocador de celos casi justificables. Valenzuela Llanos, nos han declarado varios pintores jóvenes, es el polo diametralmente opuesto al venerable maestro don *Juan Francisco González*, todo corazón de siglo XX; y don *José Backaus*, flamante y petardista rastreador de los pintores franceses.

Por lo demás, ha sucedido que todo el que confía en la justicia de los fallos, tras una primera prueba se pliega al enorme grupo de la juventud que ve en las justas literarias y artísticas una repartición de galardones a nombres oscuros, preparada audazmente antes de iniciarse los concursos y como para satisfacer a los miembros de una misma familia.

¿No hemos visto acaso, a un Antonio Bórquez Solar, colgar el primer premio a su hermano Humberto, concursante de versos dignos de cualquier pallador?

¿No hemos visto acaso a un José Backaus prenderse a las solapas de su chaquet, el premio de honor en el Salón Oficial del año pasado, a pesar de ser miembro del mismo Jurado que le concedía tamaña distinción?

Juventud: es necesario reaccionar.

Es preciso que también vosotros forméis parte en este concierto antes que toque a difuntos. No se ha de abandonar todo en manos de esa destenida y respetable matrona: la costumbre, con su séquito de calvas aceitosas y manos temblantes.

¿No se ha visto que la juventud de mérito triunfa estruendosamente cada vez que sus esfuerzos son solicitados?

¿No hemos compartido con orgullo y satisfacción fraternales, el triunfo de Gabriela Mistral, Munizaga Ossandón, Pedro Sienna y David Bari, en los más bellos Juegos Florales celebrados en Chile bajo el control de Armando Donoso y Magallanes Moure, espíritus sutiles eternamente jóvenes?

¿No nos hemos estremecido de placer frente al arte laureado de Pablo Burchard, Julio Ortiz de Zárate, Almira Moisin, Camilo Mori y Fernando Mesa, en el último Salón Oficial, por un Jurado de que eran miembros el admirable retratista Exequiel Plaza y el esforzado y fervoroso Oscar Lucare; ambos representantes de la joven y viril generación?

¿Acaso Pedro Prado, Víctor Domingo Silva, Jorge González Bastías, Gabriela Mistral, Daniel de la Vega, Angel Cruchaga, Jorge Hübner, Julio Munizaga Ossandón, Max Jara, Mondaca, Alberto Moreno, no son criterios dignos de controlar el valor lírico de nuestros poetas?

¿Acaso los jóvenes artistas, Arturo Gordon, Carlos Isamit, Jerónimo Costa, J. Ortiz de Zárate, Lau-

reano Guevara, Pablo Burchard, Alfredo Bustos, Luis Meléndez O., Juan Carrera, Alfonso Leng, Humberto Allende y Rengifo, no representarían con verdadero prestigio el papel de fiscalizadores de las obras pictóricas y musicales?

Nosotros no somos sectaristas ni exclusivistas: pedimos igualdad de fuerzas, distribución equitativa de criterios dentro del Jurado de los certámenes artísticos y literarios.

Vamos contra la exclusión de la juventud por absorción de la madurez. Contra la primacía numérica de ésta sobre aquélla. Contra la inferioridad intelectual de la edad sobre los entusiasmos modernos.

¿Obtendremos el triunfo?

Esperemos algún tiempo.

Si no, ya sostendremos con más furor nuestra campaña, ya demoleremos ciertas estériles figuras decorativas, desde las columnas de una próxima revista...

Esperemos algún tiempo...



Concursos Poéticos

Desde antaño se han celebrado en Chile torneos literarios con el propósito de estimular el cultivo del verso. Aunque no simpatizamos francamente con estos procedimientos, porque fomentan cierta literatura ex-profeso o de clisé, reseñaremos los más importantes de esos torneos, en cuanto ellos constituyen una de las formas de nuestra actividad artístico-poética y son factores imborrables de toda historia literaria.

CERTAMEN POETICO DEL AÑO 1842.—El más antiguo de que tenemos noticia. Fué celebrado el 3 de Mayo de 1842 con el objeto de solemnizar el aniversario patrio y de estimular el desarrollo de nuestra naciente literatura. Aunque en aquellos tiempos de cultura escolástica «se daba preferencia al estudio de la métrica», sin distinguir ésta de la poesía, el certamen en cuestión fué una pequeña aurora, un despertar infantil de nuestras bellas letras. Santiago Lindsay, muchacho de veinte años, obtuvo el primer premio; le siguieron en mérito Ramón F. Ovalle, Francisco Bilbao y Javier Rengifo, niños cuya edad no pasaba de los diez y seis años. Es lástima que estos albores nacieran malogrados por el aherrojamiento de la enseñanza dogmática y hermosillesca de aquella época. No tenían estos jóvenes mayor intuición artística que la escritora doña Mercedes Marín del Solar, que en 1837 había escrito su canto «A la muerte de Portales», primer vagido de la *poesía lírica* en nuestro país.

CERTAMENES DEL CIRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS.—Fundada esta institución por José Victorino Lastarria el 21 de Agosto de 1859, abrió ese año un concurso sobre el tema *A la Independencia de América*. Resultó premiado un canto de José Pardo, y obtuvo el accesit una oda de Eduardo de la Barra.

En 1860, el Círculo verificó un certamen con motivo de la muerte del primero de los poetas de aquella época, Salvador Sanfuentes. El primer premio fué adjudicado a Manuel José Olavarrieta y el segundo a Adolfo Valderrama, por sus composiciones tituladas *A la muerte de don Salvador Sanfuentes*. Y con motivo de la erección de una estatua al sabio naturalista, Abate Juan Ignacio Molina, los Amigos de las Letras realizaron otro concurso poético, en el que obtuvieron Eduardo de la Barra el primer premio y Manuel José Olavarrieta, el segundo.

Leer estas composiciones, es convencerse que la *poesía lírica* continuaba sonajera y retumbona, fabricada especialmente, encuadrada en el marco de hierro de un tema, o pie forzado.

CERTAMENES DE LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.—Un grupo de intelectuales de ideas avanzadas fundó esta Academia el 20 de Marzo de 1873. En un concurso verificado por ella en 1875, para celebrar una Exposición Internacional, se premió la balada *A la fraternidad en la Industria* y también un *Himno*, ambas composiciones cantables, de Eduardo de la Barra, Secretario de la Academia.

Además, celebró el aniversario patrio en 1875 con un certamen en que Manuel Antonio Bozo fué premiado por su oda, de corte clásico, *Al dieciocho de Septiembre*: canto heroico, escrito en versos hepta y endecasílabos con rimas pobres y sonoras y con giros y lugares comunes aprendidos en la antigua literatura española.

Certamen Varela.—En 1887, el acaudalado hombre público D. Federico Varela,—uno de nuestros escasos Mecenas,—ofreció premios en dinero para los mejores trabajos que se presentasen sobre seis temas diferentes, en verso y prosa.

El diario «La Libertad Electoral», al publicar las bases de ese concurso, aplaudió el estímulo y el empuje que con él se daba al cultivo de las bellas letras en un país en que, como el nuestro, la literatura nacional recién se abría camino.

Compusieron el Jurado los ilustres publicistas D. José Victorino Lastarria, D. Diego Barros Arana y D. Manuel Blanco Cuartín.

«Canto épico a las glorias de Chile en la Guerra del Pacífico» se tituló el primero de los dos temas poéticos de aquel certamen. Con sendos cantos Pedro N. Préndez y Rubén Darío obtuvieron el premio por mitad. Sobre el trabajo de Préndez dijo el Jurado: «Tiene estrofas viriles, pensamientos elevados, versificación fluida y robusta; y si en alguna parte se nota algún verso prosaico o flojo, ello está compensado por la generalidad de las bellezas que en él abundan». Del *Canto* de Darío se expresó así: «Si no es propiamente un canto épico libre de defectos, tiene el mérito de ofrecer pensamientos hermosísimos, una verificación generalmente buena y muy sonora. Hay en este poeta inspiración y buen gusto; sobre todo fantasía delicada y viva, y numen generoso y potente».

Al referirse al tema sobre poesía becqueriana expresó el Sr. Varela: «El género sugestivo, breve y delicado por excelencia, pues sólo insinúa las cosas, y substancioso, porque suele contener más ideas que palabras, cuadra bien al espíritu de nuestros tiempos y por lo mismo es hoy estimado y conviene que lo fomentemos. Servirá para atemperar nuestra poesía nacional, que suele ser demasiado verbosa, introduciendo en ella cierto gusto por la sobriedad, la delicadeza y la pasión que campean en Becquer y los que siguen su escuela».

El poeta D. Eduardo de la Barra obtuvo el premio mediante sus dos colecciones de poesías sugestivas, que con el título de *Rimas laureadas* publicó en 1889. Rubén Darío compitió en aquel torneo con sus *Rimas*, verdaderas filigranas de tropicales y diamantinos reflejos que son tan bellas y alucinantes como las de Becquer. La juventud de aquella época aplaudió sin reservas al novel trovador nicaragüense y hasta llegó a dudar de la ecuanimidad del árbitro, por no haberle adjudicado el premio. De la Barra quiso desvanecer ese prejuicio y escribió en breve tiempo sus *Contra-Rimas*, originales parodias de las lindas rimas rubendarianas.

También merecieron elogios del jurado de este certamen, entre otros, Pedro O. Sánchez, Delfina María Hidalgo, José Tomás Matus, Luis Felipe Barros, Santiago Escuti Orrego, Carlos Luis Casanueva, Julio Vicuña Cifuentes, Oscar Torres, José del C. García, Policarpo Munizaga Varela, José Eduardo Moreno, Ricardo Fernández Montalva, César Zilleruelo, Vicente ao. Santos, Raimundo del R. Valenzuela, Ramón Escuti Orrego, Samuel Núñez Olachea, Francisco Hedena y Carlos A. Gutiérrez, por sus «colecciones inéditas de poesías del género sugestivo o insinuante: *Rimas, Poesías líricas, Renglones medidos, Uns historia, Rayos y sombras, Ayes del alma, Rimas, Poesías, Hojas marchitas, Recuerdos, Rimas y confidencia Colección de poesías, Cantares, Rimas, Composiciones poéticas, Poesías diversas, Poesías, Ensayos y Rimas*, respectivamente.

«Fábulas originales en versos», resultaron premiadas las de Eduardo de la Barra y Daniel Barros Grez, y distinguidas, las de Belisario Guzmán Campos, Ricardo Montaner Bello, Rosa Girard de Escudero, Manuel Valenzuela Ortiz y José Tomás Matus, éste último por sus *Fábulas políticas*.

Todas estas poesías y fábulas mencionadas se publicaron en 1887 en la Antología del Certamen Varela.

CONCURSOS POÉTICOS DE VALPARAISO.

Primeros Juegos Florales.—Celebráronse el 22 de Septiembre de 1910, con ocasión del Centenario Patrio, patrocinados por un Comité de la Juventud.—Mantenedor de los Juegos: Víctor Domingo Silva; premio del torneo (flor de oro) Ernesto Montenegro, por su poema *Gesta Patria*; Reina de la Fiesta: señorita Emma Bobillier Bañados.

Segundos Juegos Florales.—Patrocinados por la Prensa, se celebraron el 1.º de Octubre de 1911.—Mantenedor: Ernesto Montenegro; premio del torneo (flor natural): Abel González, por su poesía *La Flor de Oro*; accésit Manuel Magallanes Moure, por su poesía *Himno al Amor*; accésit: Alfredo Guillermo Bravo, por su composición *La Sonrisa*.—Reina de la Fiesta: señorita Blanca Soublette.

Terceros Juegos Florales.—Auspiciados por la Prensa tuvieron lugar el 21 de Mayo de 1913.—Mantenedor: Gustavo Silva Endeiza; premio del torneo (flor natural): Abel González, por su poesía *El canto del tordo*; primer accésit: Ismael Parraguez, por su composición *La Inspiradora*; segundo accésit: Humberto Bórquez Solar, por su composición *Oración al Trabajo*.—Reina de la Fiesta: señorita Luisa Gómez Lobo Guevara.

Concursos literarios Swinglehurst.—Toman su nombre de H. E. Swinglehurst, su fundador. El primero de estos concursos, que tuvo carácter de Juegos Florales, se verificó el 21 de Mayo de 1914.—Mantenedor: Alfredo Guillermo Bravo; primer premio (medalla de oro): Carlos Barella, por su poesía *Los Viejos*; segundo premio (medalla de plata); Luis A. Hurtado, por sus versos *El hermano lobo*; tercer premio

(medalla de bronce): David Perry, por sus versos *Crepúsculos Galantes*.—Reina de la Fiesta: señorita María Elsa Stahr Prieto.

De estos certámenes se han verificado: el segundo, el año 1915, y el tercero, el año 16.

Concurso del Círculo Naval.—Se verificó en 1910. Tema patriótico, Romancero Naval: primer premio, Víctor Domingo Silva; segundo premio, Samuel A. Lillo.

CONCURSOS POÉTICOS DE SANTIAGO.

Primeros Juegos Florales.—Organizados por la Sociedad de Artistas y Escritores, celebráronse el 22 de Diciembre de 1914, en el Teatro Santiago, con la asistencia de Su Excelencia el Presidente de la República. Mantenedor: Víctor Domingo Silva; premio del torneo (flor natural, corona de laurel y medalla de oro de la I. Municipalidad): *Gabriela Mistral*, por su trabajo *Los Sonetos de la Muerte*; primer premio (corona de laurel, medalla de oro de «El Mercurio»): Julio Munizaga Ossandón, por su *Plegaria a María*; segundo premio (un objeto de arte de la revista «Sucesos»): *Pedro Sienna*, por sus *Rogativas a mi corazón*; tercer premio: David Bari, por su poesía *Salomé*; accésit: *Claudio de Alas*, por su *Psalmó al Amor*; primera mención honrosa: J. Lagos Lisboa, por su composición *Los Castillos*; segunda mención honrosa: Alberto Mauret Caamaño, por su poesía *Rosas de Todos Santos*.—Reina de la Fiesta: Señorita María Letelier del Campo.—Corte de Amor: Señoritas Sara Ovalle Castillo, Delia Izquierdo Matte, Raquel Izquierdo Matte, Teresa Vicuña Correa, Raquel Humeres del Solar, Juana Vicuña Correa, Eliana Guerrero Cood, Irene Wilson, Isolina Humeres del Solar.

Juegos Florales del Consejo Superior de Letras y Música.—Con honradez literaria que enaltece a esta entidad artística, se declararon desiertos los Juegos Florales que ella se proponía celebrar en el año 1913. No hubo esta vez ese afán de premiar la ramplonería. El Jurado acertó al castigar con frases como éstas: «Si de lo individual pasamos a lo colectivo, nuestro juicio no es menos desfavorable a las poesías enviadas, pues hemos observado en su conjunto, inexperiencia técnica en el manejo de los distintos metros, desorden en el desenvolvimiento ideológico y formal de los temas, rebuscamiento de vocablos, para vertir sensaciones recordadas de lecturas más que sentidas al contacto de la realidad, desmedida tendencia a los temas de la vida vulgar, tomadas a sus aspectos exteriores, no en la belleza que puede contener, carencia de elevación mental en la manera de tratar los temas patrióticos, desnaturalización de los sentimientos amorosos por influencia de sensualismo ficticio, e inclinación manifiesta a los motivos líricos que intentan asombrar por lo paradójico, cuando no por la anárquico de las ideas, más que a convencer por el sentimiento de su belleza artística».

CERTÁMENES DEL CENTENARIO (1910).

Tema: una colección de poesías líricas. Primer premio exaequo: Víctor Domingo Silva y Santiago Escuti Orrego; segundo: Abel González G.; menciones honrosas: Rodolfo Polanco y Carlos A. Gutiérrez. Tema: una colección de poesías épicas o narrativas. Primer premio: Víctor Domingo Silva; segundo: Samuel A. Lillo; menciones honrosas: Abel González y Antonio Orrego Barros.

Dado el mérito de los trabajos presentados a estos certámenes, agregaremos que fueron premiados o distinguidos: Fernando Santiván, N. Yáñez Silva y Guillermo Labarca Hubertson, por sus novelas; Rafael Maluenda, Mariano Latorre Cout, N. Yáñez Silva, F. Santiván, Luis Roberto Boza e I. Parraguez, por sus colecciones de cuentos; Antonio Orrego Barros, Rafael Maluenda y Eduardo Barrios, por sus piezas dramáticas; y Miguel Luis Rocuant, César Silva M. y N. Yáñez S., por sus estudios críticos.

JUEGOS FLORALES VARIOS.

Juegos Florales Cervantinos.—Auspiciados por la colonia española de Valparaíso, celebráronse el 23 de Abril de 1916, fecha del tricentenario de la muerte de Cervantes.—Mantenedor: Julio Vicuña Cifuentes.

Tema, *El Amor*:

Primer premio (flor de oro y mil pesetas): José Peláez Tapia (español), por su poesía *El Caballero del Amor*; premio especial: Luis A. Hurtado, por su trabajo *Amor de los Amores*; primer accésit: Claudio Barros por su poesía *Amor*; segundo accésit: padre agustino David Rubio, por su *Canto al Amor*.

Tema, *la Lengua Castellana*:

Primer premio: Samuel Lillo, por su *Canto Lírico a la Lengua Castellana*; segundo premio: David Bari, por su *Canto a la Lengua de Cervantes*.

Reina de los Juegos: Señorita Sara Rioja Ruiz. Corte de Amor, maceros y pajes.

Juegos Florales de Viña del Mar.—Por primera vez leváronse a cabo el 26 de Septiembre de 1915, auspiciados por la Academia Literaria de esa ciudad.—Mantenedor: Manuel Magallanes Moure. Premios: la Flor de oro: Julio Aparicio Pons, por su trabajo *El Trono de Flora*; medalla de oro: José María Pinedo,

por su trabajo *La Soberana*; medalla de plata; Carlos Arenas, por su *Balada*; medalla de plata: Fernando García Oldini, por su *Sinfonía Nocturna*.—Reina de la Fiesta: Señorita Violeta Gándara Pastor.—El Discurso del Mantenedor es una hermosa evocación de los antiguos Juegos Florales, aquellos en que los trovadores disputaban en verso sobre bellas y sutiles cuestiones de amor, ante la Reina y la Corte de Damas, los que fallaban y discernían los premios conforme al Código del Amor.

Juegos Florales de Tacna.—Por primera vez se celebraron el 4 de Abril de 1915.—Mantenedor: Anselmo Blanlot Holley; premio del torneo (flor natural): César Herrera, por su poesía *El Cóndor*; otro premio (jazmín de plata): Ernesto de la Cruz, por su composición *Autumnal*.—Reina de la Fiesta: Señorita Raquel Blanlot Reissig.

Juegos Florales de Ñuble.—Patrocinados por la revista «Primerose» se verificaron en Chillán el 21 de Septiembre de 1915, día de entrada de la Primavera.—Comisión directiva: Narciso Tondreau, Rafael Maluenda y Jocelyn Robles.—Mantenedor: Evaristo Molina Herrera: primer premio (violeta de oro): Alberto Méndez Bravo, por sus *Tres Sonetos*; segundo premio: Luis A. Hurtado, por su *Evocación* y tercer premio: Juan Manuel Rodríguez, por su composición *La cuerda rota*.—Reina de la Fiesta: Señorita Inés Jarpa Reyes.

* * *

Acaso hemos sido pródigos en certámenes, concursos y juegos florales. Opinamos que conviene restringir al mínimum estos llamados simonistas a los cuales,—como a empleos vacantes,—ocurren cardúmenes de pobres de solemnidad literaria. El desideratum sería que se celebrasen Juegos Florales solamente una vez cada año, pero con el mayor esplendor posible. La sede podría variar, radicándose una vez en Valparaíso, otra en La Serena, otra en Concepción, etc. El Ateneo de Santiago o el Consejo Superior de Letras y Bellas Artes podrían tomar la dirección permanente de esos Juegos Florales únicos en cada año.



ÍNDICE

	Págs.
Introducción.....	V-XVI
Algunos párrafos sobre esta obra.....	XVII-XXI
Distribución de los trabajos.....	XXIII-XXVI

PRIMERA PARTE

I

Pedro Antonio González.....	1-23
Horacio Olivos y Carrasco.....	24-27
Ernesto A. Guzmán.....	28-37
Zoilo Escobar.....	38-43
Miguel Luis Rocuant.....	44-51
Francisco Contreras.....	52-56
Manuel Magallanes Moure.....	57-63
Jorge González Bastías.....	64-70
Carlos R. Mondaca.....	71-78
Victor Domingo Silva.....	79-109
Jerónimo Lagos Lisboa.....	110-118
Max Jara.....	119-125
Pedro Prado.....	126-140
Alberto Moreno.....	141-148
Julio Munizaga Ossandón.....	149-152
Enrique Carvajal.....	153-155
Lucila Godoy.....	156-169
Daniel de la Vega.....	170-181
Jorge Hübner Bezanilla.....	182-185
Carlos Barella.....	186-192
Angel Cruchaga Santa Maria..	193-198
Luciano Morgad.....	199-208
Pedro Sienna.....	209-214
Alberto Valdivia.....	215-217
Pablo de Rokha.....	218-221
Olga Azevedo.....	222-224
Juan Guzmán Cruchaga.....	225-228
Daniel Vásquez.....	229-231
Juan Egaña.....	232-236
R. Echevarría Larrazábal.....	237-239

II

Antonio Bórquez Solar.....	243-253
Luis A. Hurtado L.....	253-256

	Págs.
Alberto Ried.....	256-258
Arm. Carrillo-Ruedas.....	258-262
Guillermo Bouch.....	262-265
Alfonso de la Jara.....	266-269
Guillermo Muñoz Medina.....	270-273
Mariano Sarratea Prats.....	273-274
Juan N. Durán.....	275-276
Victoriano Lillo.....	276-277
Edmundo Jorquera González..	277-289
Alfredo Guillermo Bravo.....	279-285
Luis Enrique Carrera.....	286-288
Carlos Préndez Saldías.....	289-290
Enrique Ponce.....	291-294
Vicente Huidobro.....	294-300
Armando Blin.....	301-302
Elías Arze Bastidas.....	302-303
Lautaro García Vergara.....	304-306
David Perry.....	307-309
Eusebio Ibar.....	309-310
Gabriel de León.....	310-311
Evaristo Molina Herrera.....	312-314
Marcial Pérez Cordero.....	314-316
Roberto Meza Fuentes.....	316-317

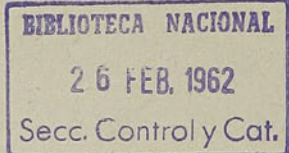
III

Augusto Winter.....	321-324
Samuel A. Lillo.....	324-335
Diego Dublé Urrutia.....	336-343
Carlos Pezoa Véliz.....	344-355
Antonio Orrego Barros.....	355-360
Carlos Acuña Núñez.....	360-361
Ignacio Verdugo Cavada.....	362-367
Sady Zañartu.....	367-369

SEGUNDA PARTE

Francisco Concha Castillo.....	373-375
Leonardo Eliz.....	375-377
Julio Vicuña Cifuentes.....	378-385
Ricardo Fernández Montalva..	385-387
Ricardo Prieto Molina.....	387-388
Gustavo Valledor Sánchez.....	388-389
Marcial Cabrera Guerra.....	390-392
Allan Samadhy.....	392-393

	Págs.		Págs.
Bernardino Abarzúa	393-394	Berta Quezada.....	432-434
Federico González.....	395-396	Benjamín Oviedo Martínez.....	434-435
Oscar Sepúlveda.....	397-400	Carlos Garcés Baeza.....	436
Honorio Henríquez Pérez.....	400-401	Juana Inés de la Cruz.....	437
Abel González G.....	402-406	Juvenal Rubio.....	438-439
Luis Felipe Contardo.....	406-408		
Alberto Mauret Caamaño.....	408-410	Reseña sobre los poetas no con-	
Gustavo Silva.....	410-412	tenidos en los estudios ante-	
Federico Zúñiga.....	412-413	riores.....	441-460
Juan Manuel Rodríguez.....	414-417	Simple Versificadores.....	460-465
Juan Ballesteros Larraín.....	417-418	Lírica Araucana.....	465-468
Ernesto Montenegro.....	418-421	Poesía Acrática.....	468-472
Jorge Downton.....	421-423	Escritores festivos en verso....	473-477
Alberto Méndez Bravo.....	423-425	Los Fabulistas.....	477-478
David Bari.....	425-426	Ateneo de Santiago.....	478-480
Manuel Tomás Alcalde.....	427	Consejo Superior de Letras y	
Benjamín Velasco Reyes.....	428-430	Bellas Artes.....	480-482
Héctor Arnaldo Guerra.....	430-431	Concursos poéticos.....	482-485



Esta obra fué iniciada por sus autores
a fines del año 1912 y terminada en 1917.

Su impresión empezó en Octubre de
1916 y terminó en Abril de 1917.

